



ÓSCAR SOTO COLÁS

LA  
SANGRE  
DE LA  
TIERRA



Dos familias, dos bodegas en La Rioja del siglo XIX,  
dos rivales en busca del mismo sueño:  
elaborar el mejor vino



La Rioja, 1853. Víctor Arriola, criado en la mejor sociedad de Bilbao, nunca imaginó lo que cambiaría su vida con el traslado de la familia a Haro para trabajar en el naciente negocio de la industria vinícola.

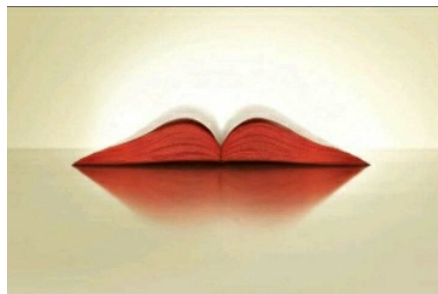
Allí descubrió a un padre ambicioso, infiel y sin escrúpulos, que le despreciaba. Pero también el amor de la dulce Mariola, hija de los bodegueros a quien su padre pretendía destruir.

La sangre de la tierra es la historia de dos familias, dos bodegas, dos rivales, que persiguen, a costa de lo que sea, un mismo sueño: elaborar el mejor vino. Es además el retrato de una época única que vio cómo una pequeña región se transformaba en uno de los mejores centros vinícolas del mundo.

Óscar Soto Colás



## **La sangre de la tierra**



Título original: *Óscar Soto Colás*  
La sangre de la tierra, 2019

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 21/01/2020

*A Cristina.*

*Con otoños de oro la inventaron. El vino  
fluye rojo a lo largo de las generaciones  
como el río del tiempo y en el arduo camino  
nos prodiga su música, su fuego y sus leones.*

JORGE LUIS BORGES, *Soneto del vino*

**Primera parte**  
**1853**

# Capítulo 1

## I

Aquella era la primera vez que Víctor Arriola salía de su Bilbao natal en sus veinte años de vida. Durante los dos días de trayecto, el muchacho había podido maravillarse del hermoso cambio de paisaje. Las escarpadas y verdes lomas de su Vizcaya natal dejaban paso a las suaves llanuras cultivadas de Álava y, a unas pocas horas de su destino, las montañas que guardaban la entrada a La Rioja se alzaban imponentes ante él.

Pese a la dureza del camino, el viaje había transcurrido sin sobresaltos. Tanto el carruaje donde viajaba la familia como el carromato con enseres que les seguía avanzaban con tranquilidad.

Víctor asomó la cabeza por la ventanilla y observó con curiosidad el paisaje. Las afiladas cumbres de piedra brillaban bajo el tímido sol del invierno y el río Ebro fluía con poderoso caudal, paralelo al camino desde hacía unas leguas. Le llamó la atención una caprichosa formación de roca caliza por entre la que fluía el río y a la que se encaminaban siguiendo el sucio camino de tierra.

—Eso son las Conchas de Haro. Tras ellas se halla nuestro destino. La Rioja —le dijo su padre, señalando con su mano la impresionante formación.

Miguel Arriola era hombre reservado y poco dado a hablar. Por eso, que hubiese colocado su mano sobre el hombro de Víctor y señalado la impresionante formación rocosa era un hecho insólito. Al punto retiró la mano del hombro de su hijo y regresó a su mutismo.

Frente a él su madre, Inés de Muruaga, permanecía sumida en el silencio que había mantenido desde la partida. La mujer estaba con la mirada fija en un pequeño libro, casi en la misma postura desde que partieron de Bilbao.

El coche alcanzó las Conchas y el camino descendió con brusquedad hasta quedar casi a la par que el impresionante río. El cochero hubo de esforzarse para reducir el tiro de los caballos en la pendiente. El Ebro bajaba crecido debido a las lluvias de otoño, y si se asomaba el brazo por la ventanilla y se inclinaba lo suficiente casi podían tocarse sus bravas aguas. No le costó imaginar que en las ocasiones en que el río bajara más crecido el agua inundaría la calzada. Dejado atrás aquel tramo, el camino se alejaba del río y acometía un suave descenso en dirección a Haro. El destino de la familia Arriola.

A pesar de la distancia, el pueblo se mostraba por primera vez ante los ojos del chico. Apiñado en torno al cerro donde se aposentaba, resultaba minúsculo en comparación con Bilbao.



Quizá su madre tenía razón y su negativa a mudarse estaba justificada, al fin y al cabo. Víctor se asomó a la ventanilla para poder observarlo mejor. ¿Quién podía cambiar las deslumbrantes calles de la ciudad vizcaína por aquel insignificante punto en mitad de la nada? ¿Cómo comparar siquiera las impresionantes torres de Begoña con la discreta iglesia que se veía brillar en la distancia en lo más alto del cerro? ¿O el majestuoso mar Cantábrico con aquel río?

Como adivinando su desilusión su padre se acercó a él.

—El verdadero tesoro de esta tierra no está en sus pueblos —dijo, enigmático. Su hijo lo observó interrogante. Miguel señaló los campos por entre los que transcurría el camino. Lo único que Víctor podía ver eran viñas. Hectáreas y hectáreas de viñas. Dónde quiera que posara la vista, las vides creaban un océano que lo abarcaba todo. Miguel prosiguió—: Su vino. Ese es el verdadero valor de esta tierra. Y algún día habrá más, muchas más vides plantadas. Ya lo verás. Y nosotros seremos ricos gracias a ellas.

Frente a ellos, su madre se revolvió irritada en el asiento.

Víctor continuó mirando por la ventanilla un buen rato. Lo cierto era que, tras dejar atrás los inmensos campos de cereales, las viñas dominaban ahora el paisaje. Y si su padre decía que aquel sitio escondía un tesoro en sus viñas, debía de ser cierto. No por nada el negocio de los Arriola desde hacía dos generaciones consistía precisamente en eso, en comprar vino directamente a los viticultores de la región riojana y transportarlo hasta Bilbao, donde aquellos caldos rojizos eran bien apreciados. Ahora su padre había decidido que el negocio debía de estar donde se producía.

No eran pocas las veces en que Miguel Arriola maldecía ante la llegada de toneles aguados o menos llenos de lo pactado. No se podía confiar en los campesinos, repetía una y otra vez. Así que, tras cerrar unas ventas con exportadores locales, la familia comenzó los trámites para mudarse a La Rioja. Con la oposición desde el primer momento de Inés. Pero, a fin de cuentas, ¿qué entendían las mujeres de negocios?

El muchacho se quedó sumido en sus pensamientos unos segundos más. Observó con detenimiento las cuidadas hileras de vides que se extendían en las colinas, el terreno que aún quedaba por cultivar a los pies de las montañas, la cercanía del puerto bilbaíno para embarcar aquellos toneles. Sí. Ciertamente las posibilidades eran inmensas. Aquel iba a ser su negocio un día. Así pues, se dijo a sí mismo que debía aprender tanto como pudiera de aquel mundo. La plantación de las vides, el proceso de elaboración del vino y la posterior venta del caldo. Solo de aquel modo, entendía el muchacho, se podía controlar todo el proceso y exprimir la totalidad de su valor.

Miró de reojo a su madre, que seguía concentrada en el libro. Entendía su reticencia a dejar Bilbao atrás. Según le había dicho, en aquella tierra solo había labriegos analfabetos que no entendían nada que no tuviese que ver con el terruño. Lo más opuesto posible al ambiente culto y refinado en el que se desenvolvía a diario en la capital vizcaína. Asimismo, la reciente muerte de su padre la había afectado sobremanera. El abuelo materno, el marqués de Beria, era estricto y reservado, pero sentía adoración por su hija. Tras la muerte de su mujer dos años antes no había levantado cabeza.

Pese a todo, el chico entendía ahora los motivos por los que su padre había tomado esa decisión. La Rioja poseía un tesoro líquido que aquellos campesinos no sabían aprovechar. Se limitaban a elaborar un vino que vendían por un ochavo. Ya se encargarían su padre y él de sacar todo el partido que aquellos incultos no sabían ver. Debía hablar con su padre, hacerle saber que

comprendía y valoraba la decisión de dejar Bilbao atrás. Tenía ya edad suficiente para colaborar en la empresa familiar.

El Ebro retornó ante sus ojos, vibrante y bravo. Para cruzarlo debían pasar por un puente en la localidad de Briñas, Haro ya estaba a tiro de piedra. En lo alto del cerro de la Mota, la torre de la iglesia de Santo Tomás se perfilaba con claridad contra los valles.

## II

Días después, el palacete de los Arriola lucía engalanado desde primera hora de la mañana. La familia daba una cena para algunos de los personajes más influyentes de la villa.

Víctor llevaba vestido de gala desde primera hora. Desde que llegaron a Haro no había podido siquiera salir de la casa solariega que la familia había adquirido muy cerca de la puerta de San Bernardo, en la misma plaza del ayuntamiento. En pleno centro del pueblo.

Eran cerca de las siete cuando llegaron los primeros invitados. Una de las criadas dio el aviso y al punto la familia se dispuso a esperar a los pies de la escalera. Inés se atusó con vigor el cabello y se alisó el vestido. Cuando se dio por satisfecha revisó el aspecto de Víctor. Este llevaba un traje a medida de amplias solapas con chaleco entallado. Asintió complacida.

El primer carruaje entró en el amplio portal del palacete y se detuvo. Tal y como habían ensayado, el matrimonio se acercó a recibir a pie de pescante a los invitados, mientras Víctor esperaba junto a la escalera.

El portal era lo bastante grande como para que los carruajes dieran la vuelta en él, por lo que no se crearían atascos.

Los invitados fueron llegando con cuentagotas. Primero, don Luis Núñez, un conocido terrateniente ubicado en una cercana localidad, y su esposa. Después, Lázaro Mendieta, alcalde de la villa, y su mujer. Él era un conocido liberal, a pesar de lo cual era apreciado en el pueblo, donde por lo general las ideas políticas eran reaccionarias. Ella, una insípida dama que llevaba un pomposo vestido anticuado. A estos les siguieron don Antonio Narváez, médico de la plaza, y esposa; el párroco de Santo Tomás, Pedro Rocha; don Manuel de la Orden, boticario, quién llegó acompañado de Juan de la Mata, teniente con mando en plaza de la Guardia Civil. Y, finalmente, don Martín Zabala y su esposa, Matilde Orozco. Don Martín era un afamado productor de vino con quien Miguel tenía tratos y una buena amistad. Buena prueba de ello fue el abrazo con que ambos hombres se obsequiaron al verse.

—¡Me alegra que por fin te hayas decidido a mudarte! —exclamó Martín con efusividad.

Inés observó a la pareja con detenimiento. Él era un hombre fornido y alto, pero de ademanes campechanos y vulgares. Ella tan oronda como insulsa. No había más que mirar su ropa, pretenciosa y banal, para darse cuenta de que estaban más acostumbrados a tratar con bestias y aperos de labranza que con gente refinada. La mujer tomó a Inés de la mano y le plantó dos sonoros besos en las mejillas. Algo por completo inapropiado, pero que la marquesa de Beria supo disimular con la mejor de sus sonrisas.

—Llevamos meses esperando este momento —dijo con entusiasmo Matilde—. No puedes imaginar la de veces que Martín le ha dicho a tu marido que se trasladara aquí.

Inés lanzó una incisiva mirada al vinatero.

—Así que es a don Martín a quien he de agradecer dejar Bilbao —saltó.

—Bueno, yo solo le di mi opinión...

La mujer se acercó al hombre y le tendió la mano para que la besara. No quería volver a ser sorprendida con otra afable y fuera de lugar muestra de efusividad de aquel par de paletos.

—No importa de quién fuera la idea, lo importante es que aquí estamos —dijo Miguel, zanjando el asunto. Se notaba que tenía ganas de finalizar aquella conversación—. Este es mi hijo.

—Señaló a un ufano Víctor que, cabeza erguida, observaba la escena.

—Y esta, mi hija.

Del carruaje descendió una joven de la edad de Víctor. Pelo rubio ceniza recogido en un coqueto moño y ojos azules. El vaporoso vestido verde de la niña brillaba a la luz de los candiles.

Incluso Inés hubo de admitir que se trataba de una agradable sorpresa para aquel lugar dejado de la mano de Dios. Cuando se acercó a ella comprobó admirada que los modales de la niña eran igualmente refinados. Así pues, se pueden cultivar flores en el fango, pensó, mientras se acercaba a darle la bienvenida.

—Esta es nuestra hija, Mariola —presentó con orgullo Martín.

La muchacha acompañó las palabras de su padre con una reverencia.

Junto a la escalera, Víctor no podía apartar los ojos de aquella bella criatura. No imaginaba algo más hermoso que aquella chica. Notó que sus manos sudaban cuando tomó las de ella para besarlas con ceremonia. Su voz temblaba ligeramente al presentarse. Se maldijo por ello.

—Os sentaréis juntos a la mesa —dijo alegre Matilde.

Víctor asintió al instante. Mariola cabeceó, discreta y sumisa.

El pequeño grupo se dispuso a ascender al primer piso, donde se desarrollaría la cena y donde antes se tomaría una copa de vino en honor de los recién llegados.

El vaporoso vestido de Mariola dificultaba el ascenso y el muchacho ofreció con caballerosidad su brazo a la joven para ayudarla.

—¿No hacen buena pareja? —preguntó, divertida, la madre de la chica.

—Demasiado buena —murmuró Inés en voz baja.

Los dos adultos y los jóvenes se encaminaron al salón. Allí dentro los invitados charlaban animadamente en espera del comienzo de la cena.

—Aquí están nuestros anfitriones —dijo el alcalde a viva voz—. Dejen que sea el primero en darles la bienvenida a la leal villa de Haro.

—Tan leal como usted —dijo con sorna el guardia civil.

El alcalde no podía dejar pasar aquella pulla, todos los presentes lo habían escuchado con claridad. El teniente De la Mata llevaba menos de un año en la plaza y ya habían sido tres las veces que a cuenta de la política se enzarzaban en una discusión. En opinión del político, el guardia extralimitaba su cometido con comentarios como aquel. Además, daba la impresión de que la copa de vino que sostenía en sus manos no era la primera de la noche.

—¿A qué se refiere usted, señor De la Mata? —dijo.

El militar se encogió de hombros.

—¿A qué iba a referirme? A que aquí mande Espartero, Fernández de Córdova o el conde de

San Luis, usted sigue en el cargo. Entre liberales anda el juego.

Era cierto que la eficacia de don Lázaro para capear los sucesivos cambios de gobierno y mantenerse como alcalde era prodigiosa, pero lejos de considerarse un chaquetero, al edil le gustaba catalogarse de superviviente. Muchos habían sido los miembros de su propio partido que intentaron moverle la silla sin éxito durante los seis años que llevaba al frente del consistorio.

—Yo solo digo que los liberales lleváis demasiado tiempo mandando en este país —intervino Luis Núñez.

Las palabras del terrateniente expresaban el sentir de buena parte de la burguesía y comerciantes de la zona. Sin embargo, don Lázaro Mendieta sabía nadar entre dos aguas como si ese fuese su medio habitual.

—Usted no puede decir que estos años de gobierno progresista le hayan ido mal, don Luis —apuntó el edil—. Su trigo y cebada se venden mejor que antes y a mejor precio.

El terrateniente no pudo por menos que dar la callada por respuesta.

El párroco también creyó necesario intervenir en la conversación.

—Los liberales, no digo yo que todos, porque aquí el señor Mendieta es de misa diaria, pero la mayoría, empezando por Espartero, son ateos y descreídos. —La voz de don Pedro Rocha poseía un inusitado odio.

Un silencio siguió a las palabras del religioso, quien, como si no hubiese dicho nada digno de reseñarse, apuró su copa de vino como si tal cosa.

Miguel se vio impelido a intervenir para reconducir la conversación hacia otros terrenos.

—Caballeros, hablemos de negocios y dejemos la política para los profesionales como nuestro querido alcalde. Estarán ustedes de acuerdo en que la llegada de franceses a la región por culpa del oídio está cerca y es una oportunidad para todos.

Un murmullo de asentimiento recorrió la estancia.

Desde que la plaga del hongo llamado oídio asolara las regiones vinícolas francesas, productores de todo el país galo habían puesto sus ojos en España, pero las vides del Mediterráneo y Aragón también habían sido tocadas por la fatal plaga; por fortuna, La Rioja seguía libre de la enfermedad. Como interesado en el tema, al ser bodeguero, Martín Zabala se aclaró la voz antes de dar su opinión:

—Como bien dice nuestro anfitrión, los franceses compran todo el vino que pueden en España, ya que su producción apenas llega a un mínimo. Valoran su cuerpo para dar fuerza a los suyos. Aquí ya han comenzado a tratar con productores locales y eso traerá riqueza a la región.

Un gruñido por parte de De la Mata cortó el discurso del vinatero. El guardia civil parecía empeñado en arruinar la velada antes incluso de que esta comenzara.

—Esos condenados gabachos solo nos quieren porque sus vides se pudren por el hongo. Quieren comprar barato y vender nuestros caldos como si fuesen los suyos. Yo digo que mejor lo soltábamos al río que dar un solo azumbre de tinto a esos malparidos. —El estado de embriaguez del guardia civil resultaba tan incómodo como ridículo—. Y ustedes como buitres esperando que vengan —prosiguió tras dar otro tiento a su copa—, bailándoles el agua. Como si el dinero de esos malditos fuese mejor que el español que usamos en las tabernas para pagar sus caldos.

Nadie dijo nada. Satisfecho de sus palabras, De la Mata calló, no sin antes proclamar alguna maldición más. Don Lázaro se acercó a Miguel y le susurró al oído:

—Tendrá usted que excusar a nuestro guardia. El abuelo del señor De la Mata murió allá por

el diez a manos de las tropas de Napoleón. Lo suyo con los franceses viene de largo.

A la luz de aquella información, Miguel se sintió en la obligación de anunciar que aún faltaba un invitado por llegar.

—Les ruego que dejemos nuestros gustos y manías para otra ocasión. Todavía falta un invitado y temo que los vericuetos que está tomando la conversación no sean de su agrado.

Todos entendieron la indirecta.

—No me diga, amigo don Miguel, que ha invitado usted a algún súbdito de nuestro país vecino —inquirió don Lázaro.

—Así es, estimado alcalde. —Se dirigió ahora al grupo—: Como bien saben ustedes, es mi intención trasladar mi negocio de compra y venta de vino a Haro y para ello estoy en conversaciones con el hijo de un bodeguero de Burdeos que reside estos días en Haro. Mi interés en él es alto, ya que me permitiría vender los caldos que compre en Francia sin necesidad de intermediarios.

—¡Ah, apuesto a que se refiere usted a *monsieur* Jouet! —exclamó ufano el alcalde.

—¿Lo conoce usted?

El alcalde se atusó con gran pompa el ancho bigotón. Quería dejar claro que nada de lo que sucedía en Haro era ajeno a su máximo regidor.

—El señor François Jouet es un viejo conocido de esta villa. La bodega que su padre posee en Burdeos lleva décadas comprando vino de la región para completar su producción. Suele venir todos los años, aunque nunca tan pronto. Por lo general, se deja caer por la zona cuando las uvas ya verdean. Su visita está sin duda relacionada con el fatal hongo. Imagino que querrá ser el primero en negociar antes que otras bodegas francesas hagan lo mismo. No hace ni dos semanas que se presentó en el ayuntamiento para anunciar su regreso, para varios meses esta vez, por lo que me dijo.

Corroborando sus palabras, una de las criadas irrumpió en el salón, dispuesta a anunciar la llegada del francés. No pudo realizar su labor, ya que como una centella un hombre joven irrumpió en la estancia.

—Olvidemos los formalismos —dijo con una amplia sonrisa bajo su mostacho pelirrojo.

El alcalde le salió al paso y le saludó con efusividad.

—¡*Monsieur* Jouet! ¡Qué agradable sorpresa encontrarle en esta pequeña reunión!

La etiqueta dictaba que los anfitriones fueran los primeros en saludar al invitado, la torpeza de don Lázaro solo podía deberse al deseo de interponerse entre el recién llegado y el guardia civil.

—Señor y señora Arriola, es un placer ser invitado a su casa —dijo el francés.

—Le felicito. Habla usted muy bien el español —dijo Miguel, estrechando su mano.

—Llevo viniendo a España desde hace varios años. He tenido tiempo para practicar el idioma. Pero a pesar de sus amables palabras, me temo que el español sigue siendo un idioma complejo para mí.

—¡Tonterías! Lo habla usted mejor que muchos que han nacido aquí —bromeó el alcalde mientras lo llevaba hacia el comedor.

El francés era un hombre atractivo que apenas pasaba la barrera de los treinta años. El traje marrón a cuadros y el gabán negro a la moda realzaban su altura y le daban un porte distinguido.

Su mano enguantada tomó la de Inés y la besó con una sentida reverencia.

—Es un placer tener a una dama de una ciudad importante como Bilbao entre nosotros. A buen

seguro, traerá un poco de cultura y luz a este pueblo —dijo en tono meloso.

—*Monsieur Jouet* es un amante de las artes —intervino don Lázaro.

—¿Es eso cierto? —Coqueteó Inés—. ¿Y cómo disfruta de su pasión en un lugar tan apartado?

—Por desgracia, a excepción de alguna comedia en algún patio y de las que no llevo a disfrutar del todo por mi desconocimiento completo del idioma, es poca la oferta de la villa.

—Estoy segura de que en alguna ocasión podremos asistir juntos. Será un placer traducirle los giros del idioma que no llegué a entender.

—¡Ah! ¿Así pues habla usted francés? —terció el alcalde.

—*Comme une deuxième langue* —respondió Inés.

Sin embargo, las palabras de la mujer iban dirigidas al comerciante francés. Este sonrió y volvió a besar la mano de su anfitriona.

Don Lázaro sintió que debía intervenir. No podía ponerse en tela de juicio la oferta cultural de su villa. No delante de él.

—En cualquier caso, el asunto del teatro se resolverá en cuanto Gobernación autorice su construcción —sentenció, estirando las solapas de su levita con ímpetu.

—Lo que mi buen amigo Lázaro quiere decir es que cuando Gobernación nos dé el dinero necesario, se construirá un teatro en condiciones en Haro.

El comentario hiriente provenía del boticario, pero don Lázaro no pudo sino asentir.

—Y una plaza de toros. No olvide eso, mi querido alcalde. Algo largo tiempo perseguido por esta villa y que de momento no ha sido posible —apuntó el médico—. ¿Le gustan a usted los toros, señor Jouet?

—Tuve la oportunidad de presenciar una corrida en Zaragoza, pero me temo que no es algo que considere de mi agrado. Es un espectáculo sangriento. Demasiado para mi gusto.

—Tiene gracia que a los que invadieron España hace cuarenta años les repugne la sangre. Con lo bien que la hicisteis correr durante una década. —La pulla lanzada por el teniente De la Mata no pasó desapercibida para ninguno de los presentes.

—Creo que es hora de que nos encaminemos al comedor y demos comienzo a la cena —intervino Miguel para calmar los ánimos.

El grupo celebró la propuesta con ganas.

Tal y como había aconsejado Matilde, Víctor y Mariola se sentaron juntos. El resto del orden a la mesa lo dictó el protocolo. Al punto los sirvientes comenzaron a traer platos.

Una sopa espesa y potente a base de verduras y arroz fue el entrante. A la luz de las velas, el grupo atacó el plato con ansia. Inés comprobó horrorizada que el habitual jerez para acompañar los entrantes era sustituido por un fuerte vino tinto de la zona. Debía hablar con la cocinera en cuanto tuviese ocasión. Aquel error no podía repetirse.

Miguel estaba interesado en agradar al comerciante francés, así que se ocupó de sentarlo en el extremo de la mesa opuesto al guardia De la Mata. Además, se preocupó porque la conversación girara en torno a temas locales, como la agricultura o la reciente vendimia.

—Las lluvias tardías del pasado verano han hecho que la cosecha sea aún más escasa que otros años —se quejó Martín Zabala.

—Pero, por fortuna, la escasez no fue tal como para tener que pagar precios disparatados por la uva. Esos condenados campesinos creen que pueden pedir el precio que les venga en gana desde que Francia está interesada en nuestros caldos —apostilló Luis Núñez.

Aunque sus negocios se centraban casi en exclusiva en cultivos de cereales, una parte de los beneficios del terrateniente provenían del vino.

—Peor fueron las cosas en la zona de Laguardia y Logroño, según tengo entendido. Una tormenta de piedra echó a perder muchas viñas este agosto —intervino Antonio Narváez.

—Pocas rogativas y rezos se habrían hecho, seguro —sentenció don Pedro.

El grupo asintió casi al unísono la frase del párroco. Más por zanjar la cuestión que otra razón.

Se sirvió el primer plato, que se componía de asado de pescado o de caza, según el gusto, y ensalada para acompañarlo.

—Un prodigio para el aceite, un avaro para el vinagre, un prudente para la sal y un necio para removerla —exclamó divertido el terrateniente, usando las cucharas para servirse una buena ración de verdura.

La ocurrencia se refería al modo en que se había de aliñar la ensalada. El grupo respondió con risas al chascarrillo.

—Así pues, está usted interesado en trasladar su negocio de compra de vino a Haro, señor Arriola —inquirió el alcalde.

—Esa es la idea —respondió Miguel, mirando de reojo a su mujer—. Creo necesario instalarme en la zona. Hace años que mi familia compra caldos en la región. Era cuestión de tiempo que me instalara en La Rioja.

—Buena iniciativa esa, amigo Miguel —exclamó ufano don Luis—. Controlar el precio desde su origen mismo le dará más beneficios, sin duda. Brindo por su empuje.

Sentado en silencio junto a Mariola, Víctor asistía a la conversación con el mayor interés. Sin embargo, la turbadora presencia de la joven le impedía poner toda su atención a cuanto se hablaba.

—Amigos —exclamó don Lázaro—, creo que estamos aburriendo al señor Jouet con nuestra charla provinciana. Olvidamos que tenemos a la mesa al dueño de una importante bodega de Burdeos.

—Al contrario. Estoy muy interesado en su conversación —se excusó el francés—. Pero me temo que Viñedos Jouet sea una modesta bodega al contrario de lo que dice nuestro querido alcalde. Y, en cualquier caso, el dueño es mi padre, no yo.

—¿Cómo está el asunto del oídio por Francia, señor Jouet? —inquirió Martín Zabala.

El francés frunció la boca en un pliegue como muestra de su preocupación.

—Desde que se propagó esa maldita plaga hace tres años, la producción no ha dejado de bajar. En toda Francia es imposible encontrar una sola cepa que no esté afectada, y lo peor es que también ha llegado al Mediterráneo entero y al resto de Europa.

—Así pues, gracias al clima, La Rioja es una de las pocas regiones libres de ese condenado hongo.

Jouet asintió tras dar un tiento a su copa de vino.

—Les aseguro, caballeros, que en breve habrá cola a la puerta de las bodegas para comprar sus vinos.

Un murmullo de satisfacción tímido se sintió en la mesa. Alguno de los presentes ya estaba haciendo cuentas mentalmente.

—Y díganos, ¿le gusta a usted el caldo de la región? —preguntó don Luis.

—Son más fuertes de lo que estoy acostumbrado, pero he de decir que el vino de Rioja es apreciado en Francia desde hace generaciones.

—Claro, usted estará más habituado a los caldos borgoñeses o de Burdeos. Mucho más suaves que los de aquí —sentenció don Antonio—. Tuve ocasión de degustar uno de sus vinos en un reciente viaje, Pichon Baron. ¿Lo he pronunciado bien?

El francés sonrió.

—Lo ha pronunciado usted *parfaitement*. El Pichon Baron es uno de los vinos más famosos de la región de Burdeos. A buen seguro pudo usted notar las diferencias entre nuestros caldos. Estas comienzan con la elaboración misma de los vinos y pasan por la variedad de uva e incluso el modo de venderlo. Nosotros nos decantamos por la venta en botellas y ustedes prefieren los barriles o pellejos.

—¿También con el vino queréis darnos lecciones? —El tono resentido de Juan de la Mata sorprendió a todos.

Hubo un instante de incertidumbre hasta que el francés respondió en tono calmado.

—Ni mucho menos. No es poco el vino riojano que es vendido en mi patria todos los años.

—¡Claro! Entonces no os importa que nuestros caldos sean más fuertes. Para rellenar vuestros toneles con algo más que aguachirri.

Un silencio incómodo se instaló entre los presentes.

—Pues yo creo que Burdeos tiene mucho que enseñarnos sobre cómo vender nuestros caldos —exclamó de improviso Miguel—. Y, si Dios quiere, yo pienso aprender de ellos.

Toda la mesa se giró en su dirección.

—Tengo pensado emprender un viaje a la región de Burdeos en cuanto me sea posible.

Inés miró de hito en hito a su marido. Estaba claro que aquella era la primera noticia que tenía. Miguel le devolvió la mirada.

—Y Víctor me acompañará —prosiguió, señalando al muchacho.

—¿Víctor? —exclamó Inés—. Creía que regresaría conmigo en un par de meses a Bilbao. Tiene que proseguir sus estudios en el liceo. Es lo que habíamos acordado.

Miguel tomó su copa y dio un largo y profundo sorbo.

—Lo que ha de aprender en el Liceo lo aprenderá conmigo. Y le servirá de mucha más utilidad. Al fin y al cabo, él heredará el negocio un día.

—Lo que tú digas —concedió la mujer, apretando los dientes.

Inés dibujó en su frente una mueca de desdén. Un gesto que duró solo un instante, pero que no pasó desapercibido para nadie en la mesa. Miguel le sostuvo la mirada antes de dirigirse a su hijo.

—¿No estás tú de acuerdo, Víctor?

—Claro que sí, padre. Me muero de ganas de que llegue ese momento.

Miguel sonrió complacido. Rompiendo el protocolo, tomó la jarra de tinto y él mismo relleno la copa de su hijo con generosidad. Al chico le estaba permitido beber en las comidas una copa de vino rebajada con agua, pero aquella era la primera vez que se le ofrecía un trago como a un adulto.

Miguel alzó su copa y se dirigió al grupo.

—Por esta tierra y por los negocios que hemos de hacer gracias a ella —dijo.

Todo el mundo bebió con alegría.



Víctor también apuró su copa con fruición. Se sentía entusiasmado. No solo su visión y la de su padre coincidían por completo, además tenía de testigo de aquel momento que lo convertía en hombre a Mariola. No podía sentir más dicha. Complacido, se retrepó en la silla.

La cena continuó entre conversaciones sobre negocios, política y toros. El vino corría con alegría y las risas comenzaban a ser cualquier cosa menos recatadas. En ningún momento estaban las copas vacías ya que, al punto, una solícita criada las rellenaba. Inés se preguntó si todas las celebraciones y actos de aquella tierra se regaban siempre tan generosamente.

Víctor solo tenía ojos para Mariola. Esta parecía ignorar el interés del joven y hablaba sin cesar con las damas que tenía junto a ella. El muchacho no sabía cómo reclamar su atención. Lo que tenía claro era que quería volver a verla y para ello debía solicitar su permiso.

Ya a los postres, el vino consumido comenzaba a pesar en los asistentes y algunas lenguas se deslizaban peligrosamente cerca del borde entre lo correcto y lo desaconsejado. Sobre todo, la de Juan de la Mata. Lejos de suavizar el tono con el comerciante francés, el oficial de la Guardia Civil continuaba sus pullas e indirectas. No dejaba de mentar la derrota de los franceses en el catorce. Sin reparo alguno se jactaba de las excelencias de Cuevillas, un célebre guerrillero riojano que durante la guerra contra Napoleón había llegado a quemar un convento donde se acuartelaban los franceses. Pese a ello, el bodeguero francés permanecía impertérrito ante aquellas palabras que el resto de los comensales juzgaba como excesivas y harto peligrosas. Algunos se preguntaban cuándo perdería la paciencia Jouet.

Pero De la Mata continuaba bebiendo y sus palabras eran cada vez más aceradas e hirientes. De nada servían las discretas llamadas al orden que se le hacían desde todos los ángulos de la mesa. En cierto momento pidió silencio y puesto en pie elevó su copa. Su estado de embriaguez empezaba a ser visible y a punto estuvo de tirar los cubiertos al incorporarse.

—Quiero alzar mi copa por el glorioso ejército español que expulsó a los gabachos de una patada en el culo —dijo, con la arrogancia propia de alguien borracho.

Un silencio tenso se extendió en el comedor. Nadie secundó el brindis del guardia civil.

—¿Nadie brinda conmigo?

Las miradas esquivaron a un De la Mata ebrio y carente de sensatez alguna.

—¡Al diablo, pues! Beberé yo solo. ¡Muerte a los franceses!

Aquello colmó la paciencia de Jouet.

Se levantó con ímpetu y señaló con un dedo al guardia.

—Señor —dijo con autoridad—, le ruego que abandone esa actitud o me verá obligado a actuar en consecuencia. Está usted faltando al respeto a los súbditos de mi país. ¡Esa guerra de la que habla sucedió hace cuarenta años! Ni usted ni yo habíamos nacido. No sea ridículo.

Los presentes se quedaron paralizados. Aquel incidente se barruntaba desde el comienzo de la cena.

—*Monsieur* Jouet —terció don Lázaro—. Me temo que el señor De la Mata ha bebido demasiado. Todos lo hemos hecho, en realidad. Le imploro que no tenga en cuenta unas palabras que sin duda son fruto del alcohol.

—¡No necesito que nadie me defienda, maldito liberal! —bramó De la Mata—. Me basto y me sobro para poner las peras al cuarto a este gabacho. ¡Salga a la calle conmigo si es usted un hombre!

—Don Juan —terció Luis Núñez—, le ruego que reconsidere sus palabras. Es usted un oficial

de la Guardia Civil. ¡Debe dar ejemplo!

—Por eso mismo reto a este gabacho a batirse conmigo.

Sin previo aviso el guardia bordeó la mesa con inusitada rapidez hasta llegar a la altura de Jouet. Su brazo trazó un veloz arco en el aire y abofeteó la mejilla del francés.

Los presentes se quedaron helados. Durante unos instantes nadie dijo nada.

Finalmente, Luis Núñez y Martín Zabala agarraron al guardia y a duras penas lo apartaron del francés. Este, haciendo gala de cuanta dignidad disponía, se alisó el traje y con un enérgico ademán solicitó que se le trajera sombrero y guantes.

—Señor Arriola, ha sido un placer que espero repetir. Lamento que al final se haya enturbiado tan agradable velada —dijo.

—Yo soy quien le pide excusas por este desagradable incidente.

El francés se colocó los guantes con parsimonia y se inclinó para besar la mano de su anfitriona.

—Inés, le tomo a usted la palabra. Espero verla pronto en alguno de esos teatrillos de los que hemos hablado.

La mujer no obvió que el bodeguero no solicitaba el consentimiento de su marido. Sonrió de modo imperceptible.

—Y usted —el francés señaló con desdén a De la Mata—, tendrá noticias de mis padrinos.

—Señor Jouet, no puede usted tomarse en serio las palabras de un borracho —intervino don Lázaro—. ¡Si a duras penas se tiene en pie, por el amor de Dios!

Jouet hizo una casi imperceptible reverencia con la cabeza antes de salir de la estancia a grandes zancadas.

Don Lázaro sacó un pañuelo del bolsillo con el que se limpió el sudor que cubría su frente.

—¡Pero hombre de Dios! —exclamó con grandes aspavientos, dirigiéndose a Juan de la Mata—. ¿Pero cómo se le ocurre a usted semejante osadía? ¡Un duelo, nada menos! ¿Pero usted se cree que vivimos en el siglo pasado?

Por toda respuesta el guardia civil se alzó todo lo alto que era con su barbilla apuntando al techo.

—Estos condenados gabachos mataron a mi abuelo y alguien tiene que responder por ello —dijo con una serenidad que parecía ajena a su estado de embriaguez. Después se cuadró marcialmente y salió de la estancia con decisión.

—Discúlpenme —dijo a trompicones el alcalde, esta vez hablando al resto del grupo—, he de quitarle esa idea de la cabeza. ¡Un duelo! ¡Como si fuésemos bárbaros! ¡Mi sombrero y guantes! ¡Rápido!

Don Lázaro se despidió a toda prisa de los presentes y se encaminó tras los pasos del guardia.

El resto de los comensales se miró con perplejidad. Durante unos minutos nadie dijo nada en el comedor. Solo el sonido de los cubiertos al ser retirados por las criadas se escuchaba en la amplia estancia.

—Yo también me voy tras ellos, no sea que alguien cometa una tontería —dijo el párroco.

Viendo que se daba por concluida la velada, Luis Núñez y su esposa tuvieron unas amables palabras antes de irse ellos también.

—Una magnífica cena, a pesar de todo. Espero que sea la primera de muchas. No se molesten en acompañarnos. Yo mismo me encargo de dar aviso a mi cochero —dijo el terrateniente,

estrechando la mano de Miguel.

De igual modo, el boticario manifestó su intención de acompañarlos y juntos se encaminaron en dirección a la escalera.

En la estancia solo quedaron Víctor, Mariola, Matilde, Martín, Inés y Miguel.

Fue este último quien habló.

—Creo que al menos deberíamos fumarnos un puro. ¿No te parece? —dijo a Martín, como si nada hubiese pasado.

Inés le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—Creo que lo mejor será que cada uno se vaya a la cama —sentenció.

—Estoy de acuerdo con tu esposa —apuntó don Martín—. Ya habrá ocasiones para fumar ese cigarro.

Así pues, la señora de la casa ordenó a una de sus criadas que diera aviso al cochero y los seis se encaminaron escaleras abajo.

Ya en el portal, y mientras los adultos esperaban al carruaje, Víctor se las arregló para tener unas palabras a solas con Mariola.

—Yo quería decirle que me gustaría volver a verla —dijo sin ambages. La muchacha se sonrojó al instante. Su mirada pasó con recato de sus manos a la punta de los pies. Aquella era la primera vez que un chico mostraba interés en ella—. Si usted quiere, claro está. Y acompañada de quien estime oportuno, por supuesto —continuó Víctor.

—El domingo asistiremos a misa en Santo Tomás —acertó a decir la joven—. Podrá usted verme ahí.

Víctor sonrió complacido. Tenía una cita real. Mariola se despidió con torpeza y se alejó en dirección a su familia, que ya la reclamaba. El carruaje acababa de llegar.

Un minuto después la carroza se perdía en la oscuridad de la noche. Los criados cerraron el gran portalón que sonó con estrepito. Miguel posó su mano en el hombro de su hijo.

—Mañana mismo comenzarás a salir conmigo. Tienes que aprender el oficio —dijo.

El muchacho sonrió. Juntos subieron las escaleras.

Unos pasos detrás Inés los miró con recelo. Alzó la cabeza y ordenó a las criadas que apagasen luces. Siguió a su marido e hijo con la dignidad que pudo.

Después, en la habitación del matrimonio, no pudo callar por más tiempo.

—¿Cuándo pensabas decirme que este viaje era definitivo? —Miguel resopló con fuerza mientras se desvestía. No dijo nada. La mujer prosiguió—: Esto no era lo acordado —se quejó—. Tú te quedabas aquí y Víctor y yo regresábamos a Bilbao en unos meses. Eso fue lo que hablamos.

—He cambiado de idea. Haro es el lugar idóneo para mi negocio y aquí nos quedaremos —replicó. Aunque calmado, su tono era amenazador.

Inés no se echó atrás. Era momento de defender su postura. Pero tenía que ser astuta y jugar bien sus cartas.

—De acuerdo. Pero deja que Víctor venga conmigo a Bilbao y cuando concluya sus estudios regrese aquí. Vendrá preparado para tomar las riendas del negocio. Para hacerlo más fuerte.

—El chico se queda aquí. Que aprenda el oficio conmigo. De tomar las riendas del negocio, como dices, me ocupo yo. Así como de hacerlo crecer. No tengas tantas prisas en matarme.

—¡No permitiré que me arrebates a mi hijo!

Por toda respuesta Miguel se echó a reír.

—¿Y cómo vas a impedírmelo? Estás muy lejos de Bilbao.

—¡Volveré yo sola a Vizcaya si es necesario!

—Nada te lo impide. Eres libre de irte mañana mismo. Pero dudo que quieras enfrentarte a esa humillación —dijo con sorna.

—El dinero de mi familia es mío. ¡Y el título!

Poco antes de morir su padre había añadido una cláusula a su testamento para que Miguel no pudiera echar mano a la fortuna y tierras familiares mientras Inés viviera. Nunca sería marqués de Beria ni vería un real sin el consentimiento de su esposa.

—Como te digo, puedes abandonarme cuando gustes —exclamó con serenidad.

Inés podía regresar sola a Bilbao, claro estaba. Pero las habladurías acerca de por qué volvía sin su esposo e hijo a la capital vizcaína la perseguirían. Era la marquesa de Beria, no podía permitirse un escándalo así. No tenía otra opción que quedarse en aquel condenado pueblo hasta ver qué sucedía.

Elevó la cabeza con orgullo y salió de la habitación con paso lento. Desde ese día el matrimonio no dormiría en la misma cama.

### III

Dos semanas habían transcurrido desde el incidente de la cena y en el pueblo no se hablaba de otra cosa que no fuera del duelo entre don Juan y el comerciante francés. Unos aseguraban que Jouet había olvidado la defensa de su honor, dejando correr el asunto y que no era nada más que una disputa entre borrachos. Otros, que no estaba lejana la fecha del duelo. Incluso no faltaban los que sostenían que el guardia había tenido que tragarse su orgullo y acudido al día siguiente al lugar donde se alojaba el bodeguero francés, y presentar sus disculpas. Sea como fuere, el asunto era la comidilla de Haro y de pocas cosas se hablaba tanto esos días como de aquello en las tabernas. Hacía décadas desde el último duelo y todo el mundo, de un modo u otro, estaba expectante ante lo que pudiera suceder.

Inés se hallaba en la galería que el salón poseía con vistas a la plaza. Un cielo plomizo y oscuro se difuminaba al otro lado de los cristales. Tampoco ella era ajena a los cotilleos sobre el duelo entre Jouet y el guardia civil. A sus oídos habían llegado toda clase de rumores por boca de sus criadas. Intentaba dar el menor crédito posible a aquellas habladurías. Pero lo cierto era que desde aquella velada su mente vagaba dispersa en numerosas ocasiones y pensaba en el apuesto bodeguero francés más de lo que hubiese querido.

A aquellos pensamientos contribuía el hecho de ser poco más que una prisionera en su propia casa. Se sentía engañada, traicionada por su propia familia. La promesa de regresar a Bilbao tras unos meses, los necesarios para preparar el palacete y que Miguel estuviese instalado, era ahora papel mojado. Los planes de su marido incluían arrebatarle a su hijo. Y Víctor parecía encantado con el repentino interés de su padre hacia él. Pasaba los días en su compañía, aprendiendo el oficio, decía. Pero no eran pocas las jornadas en que el muchacho llegaba trastabillando y oliendo

a morapio, ante el beneplácito de su padre. Se sentía sola en aquel caserón ajeno.

Miguel nunca había prestado atención alguna a su hijo, tenía la esperanza de que perdiera pronto el interés en el muchacho.

—Señora —la voz de una de sus criadas interrumpió sus pensamientos.

Aquella mañana había decidido salir. Debía elegir telas para nuevos vestidos, y aunque le habría gustado poder ir a Vitoria o Logroño debía de conformarse con la única modista de la villa.

—Enseguida voy —respondió.

Poco después ama y empleada caminaban bajo los arcos de la plaza. El invierno se adivinaba en el ambiente en todo su esplendor. Un viento gélido soplabla con fuerza por las estrechas callejuelas y a lo lejos, las montañas blancas de nieve festoneaban el horizonte.

No bien habían dejado atrás la plaza cuando una voz conocida la sorprendió. Para desgracia de Inés, se trataba de la mujer de Martín Zabala.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Matilde.

Inés contuvo un gesto de fastidio. Aquella pueblerina la exasperaba y bien podría decirse que hasta la llegaba a acosar. No habían sido menos de tres veces las que se presentara en casa con cualquier excusa. Incluso sufría su presencia en misa. Hasta entonces había podido despacharla con rapidez. Pero ahora, en mitad de la calle, no tenía posibilidad de escapar de ella. Se preguntó si no estaría esperando a que saliera de casa para asaltarla; aquella mujer parecía dispuesta a todo para reclamar su atención.

—Doña Matilde, qué bueno verla a usted —se obligó a decir con la mayor educación posible.

—¿Adónde van ustedes esta tarde tan fría?

—A mirar telas a la modista —respondió con calma. Debía mantener las formas.

—¿Con su criada? ¡Quite, quite! ¡Qué sabrá ella de moda! ¡Si solo es una chiquilla! Yo la acompañó.

Sin mediar palabra, Matilde la tomó del brazo y con una enérgica seña ordenó a la muchacha que regresara a casa.

Inés hubo de contener las ganas de mandarla a paseo. Hizo de tripas corazón y ambas emprendieron el camino.

—¿No cree que mi hija y su hijo hacen muy buena pareja? —inquirió de improviso Matilde—. No me dirá que no se ha fijado en cómo se miran cuando pasean juntos por las cercanías de la iglesia cada domingo.

Inés no era ajena al interés de su hijo por Mariola. ¿Qué clase de madre habría sido si no se hubiera fijado en ello? Pero esperaba que Víctor recordase que era un noble y la joven la hija de un par de pueblerinos.

Asintió por mero compromiso.

—Son los dos muy jóvenes para pensar en amoríos —sentenció.

La modista tenía su negocio en el segundo piso de una antigua casa de la calle Siervas de Jesús, muy cerca del convento situado al final de la misma travesía. A él se ascendía a través de una empinada escalera interior poco iluminada.

A la puerta acudió una jovencita que las acompañó servicial hasta el salón donde esperarían a la modista. Inés echó un vistazo a la estancia. Telas de diversa índole se apiñaban en un rincón. Un discreto sofá en tonos verdes junto a la ventana y una mesa camilla eran todo el mobiliario. Por toda decoración una corona de flores silvestres colgaba de una de las paredes. Pensó en las

diferencias entre aquel discreto negocio y las brillantes modistas que solía visitar en Bilbao. ¡Qué lejos de la sensación de ser obsequiada hasta el exceso por ellas! Todo en aquel lugar le parecía pequeño o falto de estilo. Incluso el espejo *psiqué* de cuerpo entero del que disponía el negocio se le antojó pequeño y poco iluminado.

—Ya verá, esta modista es sensacional. Yo misma me hago aquí todos los vestidos —exclamó ufana Matilde.

Inés observó con recelo la indumentaria de la mujer. Sin duda, aquella no era la mejor de las referencias posibles.

Al poco apareció la modista.

—Es un honor que visite esta casa —dijo, inclinando el cuerpo en una reverencia de un modo casi humillante.

La marquesa de Beria ahogó una mueca de fastidio. Decidió acabar pronto y solicitó que le mostrarán telas. No quería pasar en aquel lugar más tiempo del necesario.

Servicial, la modista las invitó a tomar asiento mientras ordenaba a su ayudante que fuera acercando rollos de muestras.

—Ya verá la señora marquesa qué preciosas telas acabo de recibir. ¡De París mismo son algunas!

Enseguida, un mar desordenado de telas de toda procedencia inundaba la estancia. Algunas eran rechazadas al instante por Inés, otras que podían ser válidas eran separadas del resto. La modista fue cantando las excelencias de las telas sin que la clienta viera en ellas gran cosa. Matilde se afanaba en apostillar las palabras de la costurera y, tomando entre sus dedos las telas, se empeñaba en que admirara las virtudes de estas.

Por fin, cuatro de los tejidos fueron dados por buenos y la modista comenzó con las medidas. Su ayudante iba tomando fiel nota de ellas.

Se esperaba algo de charla banal de aquel momento, así que fue Matilde quien comenzó. Como no podía ser de otro modo, los cotilleos versaban sobre el duelo entre el Jouet y Juan de la Mata.

—He oído que el guardia Juan de la Mata se ha marchado de la ciudad —dijo con un deje de maldad.

—No me extrañaría —replicó la modista—, ese joven francés no parece de los que dejen pasar una afrenta así como así.

—¡Desde luego que no! Tendría que haber visto usted sus ojos cuando De la Mata le abofeteó. ¡Parecía que allí mismo lo iba a matar!

—¡Lo que es el francés es guapo de narices! —exclamó la ayudante de la modista.

—¡Y tanto! —replicó entre risas Matilde.

Inés asistía a aquella insustancial charla con resignación. Sin embargo, no pudo reprimir una sonrisa al escuchar aquellas palabras. Por lo visto, no era la única a quien Jouet le parecía atractivo.

—Pero, de todos modos, para tres semanas casi que va ya y de duelo nada de nada. A ver si al final mucho ruido y pocas nueces —dijo la modista con retintín.

—Claro, mujer —replicó Matilde—. Un duelo estaría muy mal visto en los tiempos que vivimos.

—Duelo ha de haber. ¡Que el honor de uno es el honor!

—Bien pronto ha de ser. Esta misma noche irá el padrino del gabacho a fijar fecha y campo

donde batirse —dijo la ayudante.

La modista dejó caer la cinta de medir y cogió de la mano a la muchacha.

—¡Qué sabrá una chiquilla como tú de eso! —dijo con enfado—. ¡Pues mucho más de lo que usted se cree! Que me lo ha dicho otro guardia del cuartel.

Matilde y la modista conminaron a la chica a proseguir. Aunque trató de disimular su interés, también Inés se aprestó a escuchar las explicaciones de la joven.

—Parece ser que hasta Burdeos ha llegado la noticia del duelo. Y al padre del señor Jouet le parece bien que su hijo limpie el honor con sangre. Que por lo visto luchó en las guerras de Napoleón y el honor de la familia le parece lo primero. Así que esta misma noche un amigo del bodeguero irá a la casa cuartel en busca del guardia a decirle hora y sitio del duelo.

La muchacha disfrutaba del interés que su relato despertaba. Sus palabras poseían un tono ceremonioso, se sentía desvelando un gran secreto.

—Además —continuó—, por lo que se rumorea, no es este el primer duelo del franchute. Que ya tuvo antes varias pependencias en Francia. E incidentes en Zaragoza y Pamplona.

—¿Qué tipo de incidentes? —inquirió la modista.

—Asuntos de damas, por lo que dicen. Parece ser que al señor Jouet las faldas le hacen perder la cabeza. ¡No respeta ni a mujer casada! —Un gesto de falso recato recorrió el rostro de la modista. Con señas conminó a su ayudante a que prosiguiera—. Algo de eso ha de haber —continuó la chica—. Porque parece que el teniente De la Mata no solo le lanzó el guante por el asunto de su abuelo y las guerras de Napoleón.

—¿A qué te refieres, chiquilla? —preguntó Matilde.

—Por lo que parece, el francés cortejó el año pasado cuando vino a comprar tinto a la pretendida del teniente De la Mata y de ahí viene el pique, ¡y no de los muertos de una guerra que nadie recuerda ya!

Matilde y la modista se miraron, cómplices, y prorrumpieron en una gran carcajada.

—¡No me extraña que triunfe! ¡Con la buena planta que tiene el gabacho! —dijo la modista entre risas.

¿Jouet un mujeriego? Inés sintió que algo ardía en su interior al pensar en las manos del joven sobre la piel de otra mujer. Se obligó a mantener la compostura. Su voz, serena pero autoritaria, resonó con fuerza en el salón.

—Señoras, compórtense como damas no como verduleras.

La modista asintió con mansedumbre y retomó su labor. También su ayudante enmudeció y fijó la vista en el cuaderno.

Aunque de mala gana, Inés dejó que la modista prosiguiera tomándole medidas. Concluida aquella tarea sin que nadie dijera palabra, dio instrucciones de cómo habrían de ser los vestidos. De cintura estrecha, volantes dando amplitud a la falda y manga abombada en la muñeca. Puso igual cuidado en elegir la pasamanería adecuada para ellos. Ante la sorpresa de la modista y de Matilde misma, remarcó con énfasis que las faldas habrían de ser lo más largas posible.

—Pero barrerá el suelo con ella —dijo con cierta sorna la modista.

—Falta le hace a este pueblo —fue toda la respuesta de Inés.

## IV

Tal y como había predicho la ayudante de la modista, aquella misma noche se presentó un amigo de Jouet en calidad de padrino de este en la casa cuartel de la Guardia Civil para fijar lugar y día del duelo. Este se desarrollaría el primer lunes de febrero al alba, en algún lugar junto a la vega del río que no trascendió dada la prohibición de los duelos. Las armas elegidas por los contendientes serían pistolas y pese al ofrecimiento del francés, De la Mata rehusó presentar sus excusas para olvidar aquel asunto, quedando pues citados para batirse a muerte.

La noticia corrió como la pólvora en la villa y no había nadie que al día siguiente no supiese de la noticia.

Inés no fue ajena a ello y bien entrada la mañana una criada le vino con el cuento.

—¿Es que en esta casa no hay nada que hacer más que pegar la hebra como una correveidile?  
—Fue su malhumorada respuesta.

Pensar que Jouet podía morir le hacía sentir un hondo pesar. ¿Cómo era posible si tan solo lo había visto un par de veces?

No estaba enamorada de su esposo; eso lo supo desde el primer momento en que lo vio. Sus padres, a falta de un hijo varón heredero, habían fiado todo en aquel prometedor comerciante de vinos. Los Muruaga eran una familia aristócrata venida a menos. Dueños de un marquesado menor y sin posibilidad de medrar, no podían aspirar a más que a casar a su hija con un miembro de la pujante burguesía vizcaína. Aunque la fortuna de Miguel era magra, no podía compararse a la aportada por los Muruaga; la pareja comenzaba con un buen capital su matrimonio.

Ella solo le había pedido una cosa, que la llevara a vivir a Bilbao. Y él había cumplido hasta entonces. Con Miguel lejos de la ciudad vizcaína cada vez con más frecuencia debido a su trabajo, ella se dedicaba a la vida ordinaria de una dama de su estatus. Pero una cosa era no querer a su marido, algo que bien mirado le sucedía a la mayoría de los matrimonios de su clase, y otra encapricharse del francés, que podía estar muerto en dos semanas.

Sin embargo, cuando se dejaba llevar su imaginación volaba libre. Imaginaba al apuesto francés rescatándola de aquel cautiverio camuflado de matrimonio y llevándola lejos de aquel pueblucho de tres al cuarto.

Se forzó a dejar de pensar en Jouet y retomó sus labores. Sentada junto al amplio ventanal continuó bordando.

Tras comer sola, como era costumbre desde su llegada a Haro, Inés regresó a la galería. Fuera, el día parecía más frío que el anterior, y junto a la ventana el calor que producía la chimenea no era suficiente. Pidió que se le trajera un brasero. Los inviernos en aquel pueblo eran mucho más fríos que en Bilbao. Según le habían dicho, no era infrecuente que volviera a nevar antes de la primavera e incluso bien entrada esta. Además, como había podido constatar, las heladas eran muy habituales en las largas noches. Dudaba que pudiera acostumbrarse a ello.

Mientras esperaba el brasero, se quedó un rato contemplando a través de la ventana. Los lugareños iban y venían, protegiéndose del inclemente tiempo como podían. El ambiente en general era gris y pesado y auguraba más frío aún. Por fin el brasero fue puesto a sus pies, bajo la amplia falda. Aun así, el frío que exhalaban los cristales se le metía en la piel, se puso un chal sobre los hombros y continuó bordando.



A la caída del sol y cuando las lámparas de aceite de la plaza comenzaban a encenderse, la criada regresó.

—Señora —dijo con mansedumbre—, tiene usted una visita.

Inés pensó con irritación en Matilde.

Pero no era la insistente mujer; para su sorpresa, era Jouet quien solicitaba verla.

Nerviosa, hizo pasar al joven a la vez que recogía su labor y se alisaba los pliegues del vestido mientras se obligaba a calmarse. Dejó el chal en el respaldo de la silla y se aprestó a esperar al francés junto a la puerta.

Este entró luciendo una irresistible sonrisa. Besó su mano y tendió los guantes a la criada que salió de la estancia con premura.

—Señor Jouet, ¿a qué debo este honor? —dijo la mujer, acompañando al hombre al sofá.

—Le prometí a usted que la llevaría a una comedia en cuanto me fuera posible. Y he aquí que hoy mismo he sabido que se celebrará una en el corral de comedias que hay junto al hospital de San Agustín. El autor es Lope de Vega, muy popular en España, según tengo entendido.

—Me temo que olvida usted que soy una dama casada.

La sonrisa de Jouet se ensanchó.

—¡Los españoles y su sentido de la posesión! ¿Qué hay de malo en que dos amantes del arte vayan juntos a ver una inofensiva comedia?

Inés le devolvió la sonrisa.

—¿Y cuándo es el día elegido? —preguntó.

—El viernes 8 de febrero.

La mujer hizo veloz los cálculos.

—Eso será días después de su... duelo —dijo.

Jouet sonrió con vehemencia.

—Así es. ¿Le genera a usted algún problema la fecha?

Inés miró con detenimiento al francés. No era arrogancia lo que se veía en sus ojos, solo seguridad.

—Le confieso que su duelo con el señor De la Mata me tiene preocupada.

El francés mostró perplejidad.

—¿Y por qué es eso?

—Puede usted morir, *monsieur* Jouet. ¿No es consciente de ello?

El hombre lanzó una amplia carcajada.

—¿De veras cree usted que ese guardia puede siquiera estar a mi altura? No durará ni media, ya lo verá. —Jouet se acercó a ella. Tomó sus manos sin vergüenza alguna ni muestra de decoro. Algo se encendió dentro de Inés—. Qué considerada por su parte temer por mi seguridad —dijo él, bajando la voz hasta casi susurrar.

—No se burle usted de mí. Se lo ruego.

—Nada más lejos de mi intención, Inés.

El francés utilizaba su nombre de pila con calculada intención. Sus manos continuaban cogidas.

—Prométame que tendrá cuidado, señor Jouet.

—Haré más que eso. Diga que asistirá conmigo a la representación y yo cumpliré mi palabra llevándola.

Inés asintió. De improviso fue consciente de la cercanía de sus bocas, de sus manos cogidas. Se apartó con rapidez.

Justo a tiempo. En ese mismo momento entraban en el salón Miguel y su hijo. El joven fue quien más se extrañó de la presencia del francés. Mientras que su padre se limitó a sonreír al ser consciente de la presencia de este.

—¡Tenemos visita! —exclamó jovial.

Aún llevaba el maletín con redomas, pipetas y demás objetos de su oficio. Se acercó con paso presuroso y estrechó la mano del otro hombre. Era difícil saber qué decían sus ojos.

—*Monsieur* Jouet ha tenido a bien invitarme a la representación de una comedia el próximo mes —dijo Inés—. Si a ti te parece bien, claro.

Mantuvo la mirada de su marido. Si estaba nerviosa por la interrupción no lo aparentaba.

—¡Claro, querida! ¿Por qué habría de parecerme mal? —Miguel palmeó la espalda del francés con efusividad—. Se queda a cenar, ¿verdad, amigo Jouet? —dijo como si tal cosa—. Va siendo hora de que usted y yo hablemos de negocios.

## Capítulo 2

### I

La mañana no podía estar más fría. Carmen caminaba con cautela. La nieve acumulada en la ribera del río formaba un manto que cubría todo y escondía de la vista peligrosos troncos y ramas. Desde antes de la salida del sol rebuscaba leña en la vega del río Tirón, y ahora, muy cerca de su desembocadura en el Ebro, el hatillo que cargaba de ramas rotas a la espalda comenzaba a pesarle demasiado. Lo depositó en el suelo y decidió tomarse un breve descanso. Sus ojos verdes otearon el horizonte. El perfil de los edificios de Haro se recortaba en la distancia contra un cielo que comenzaba a clarear.

A sus diecisiete años era la mayor de cinco hermanos, y eso acarreaba una serie de responsabilidades que no había pedido, pero a las que no podía negarse. Entre ellas estaba la de rebuscar algo con que alimentar la estufa en los días fríos como aquel. Solía realizar aquella labor con la ayuda de alguno de los pequeños, pero esos días los críos andaban con fiebre y toda la responsabilidad recaía en sus cansados hombros. Su padre, sin trabajo desde que acababa la vendimia y hasta que llegaba la primavera, buscaba ocupación durante los meses del invierno. Aunque de sobra sabía Carmen que pasaba demasiado tiempo en la taberna, ella no podía decir nada al respecto. Era el hombre de la casa y podía hacer lo que se le antojase. Su madre bordaba y cosía con bastante buena maña, por lo que los pocos reales que entraban en casa durante el invierno provenían de ella. Bastante tenía con eso. Por lo tanto, a ella no le quedaba otra que realizar las tareas de la casa como una adulta. Aquello no era justo, pero poco podía hacer por remediarlo. Era casi una mujer, tenía que cumplir con su cometido sin rechistar.

Se sentó en el tocón de un árbol, frotándose las manos para hacerlas entrar en calor. Echó un vistazo a su alrededor. La quietud de la rivera solo era rota por el canto de un pájaro en la distancia. Copos blancos comenzaban a caer a su alrededor. La víspera había nevado durante buena parte de la tarde y la noche. Parecía que la mañana no sería mejor.

Pensó en lo agradable que sería su jergón en esos instantes. A pesar del frío y la humedad que reinaban entre los muros de su casa y de tener que compartir colchón con su hermana pequeña, no se le ocurría un lugar mejor donde estar.

Las copas de los chopos y álamos de la rivera le impedían ver la casa que la familia poseía extramuros de la villa. Un sencillo y humilde edificio de una sola planta en una zona a la que llamaban el Barranco. El nombre no estaba puesto a la ligera. Localizada en la abrupta ladera noroeste del cerro de la Mota, se trataba de una zona que descendía casi a plomo sobre el río

Tirón. En la antigüedad se asentaba allí mismo un castillo. Sus ruinas, aunque escasas, aún daba buena cuenta de aquel tiempo remoto. Algunas de las casas actuales contaban en sus paredes con piedras de los lienzos de la antigua fortificación. Allí solo vivían las familias más humildes que no podían permitirse otra cosa. Y no era por nada. Aparte de lo alejado del centro de la villa que estaba, ascender la cuesta que llevaba hasta el Barranco no era una cuestión menor.

Carmen suspiró con desgana. Pensar en la que le esperaba cargando con el atado de leña le producía escalofríos. Además, contaba con la ingente nieve que se acumulaba y que dificultaría su ascenso. Miró la leña apilada junto a ella. Aunque le tentase la idea, no podía escatimar su carga, hacerlo podía suponer un buen par de tortas de su madre, amén de la obligación de bajar de nuevo al río y volver con más. Se levantó y se dispuso a continuar su labor. No podía hacer nada más excepto seguir rebuscando leña que pudiese ser de utilidad.

Un ruido proveniente de lo profundo del bosquecillo la sobresaltó. Dos detonaciones sonaron a cercana distancia. Con cautela se aventuró en busca del origen de aquellos disparos.

No tuvo que caminar mucho; en un pequeño claro se topó con un grupo de hombres. Por instinto Carmen se agachó tras el tronco de un árbol y observó la escena. Eran ocho hombres los que podía contar. Dos de ellos vestidos con uniforme de la Guardia Civil y el resto caballeros que, a juzgar por sus ropas, eran personas importantes. Era uno de aquellos hombres quien hablaba en voz lo bastante alta para que pudiera escucharle.

—¡Caballeros! Les ruego que reconsideren este sinsentido. Aún están a tiempo. No tienen ustedes que poner en riesgo sus vidas.

El caballero iba y venía de un lado a otro, gesticulando con vehemencia. Pero a excepción de ella misma nadie parecía prestar atención a sus palabras. El resto de los hombres formaba un círculo en cuyo interior estaban dos caballeros, uno de ellos guardia civil. Carmen vio que ambos sostenían una pistola en la mano que ahora estudiaban ante la mirada del resto. Ambos observaban el arma con cuidado. Miraban a través de su cañón, apuntaban a un lugar del horizonte. Entonces entendió qué sucedía. Hasta el Barranco habían llegado las noticias de un duelo entre un guardia de la dotación de la Guardia Civil y un comerciante francés. Ella estaba siendo testigo de aquel duelo. El sonido que había escuchado eran seguramente disparos de aquellas armas para probar su funcionamiento. Cuando los contendientes cargaron nuevamente las pistolas la joven supo que había acertado. Carmen observó que uno de los caballeros ejercía de juez y marcaba el protocolo a seguir.

Con gran ceremonia y bajo la atenta mirada del resto, caminó a grandes zancadas en dirección opuesta al grupo, midiendo la distancia con sus pasos. Sus pisadas dejaban una marca fresca sobre el manto blanco que cubría el suelo del bosque. En un punto determinado se detuvo y trazó una amplia marca en la nieve con una rama que usaba a modo de puntero. Después repitió la operación en la dirección opuesta. A pesar de no saber contar, Carmen calculó que recorría idéntica distancia y marcaba el terreno a la misma altura. El juez observó su labor y, satisfecho, regresó al centro del círculo. Los dos contendientes le tendieron sus armas ya cargadas para que las estudiase en busca de irregularidades. Hecha la comprobación las pistolas regresaron a los adversarios. Todo estaba listo.

El improvisado círculo se abrió y los caballeros formaron en una hilera a una distancia prudencial. Tan solo el que ejercía de juez permanecía cerca de los duelistas. A una señal suya, estos se acercaron y se colocaron el uno frente al otro. Ignorando el gélido viento que soplabá

entre los árboles, ambos contrincantes se quitaron las casacas que llevaban.

—Cuando dé la orden caminen hasta la marca del suelo, gírense y dispáren sus armas. Les recuerdo que, como parte ofendida, el señor Jouet puede detener el duelo en el momento que estime oportuno sin menoscabo alguno de su honor.

—¡Recuérdelos que de igual modo pueden optar por un *deloper*! —gritó el caballero que con tanto afán trataba de detener el duelo minutos antes.

El *deloper*, o errar el disparo a propósito, era la norma más sensata y la opción más habitual en los duelos. Aquella era una solución para ambas partes y bien podía haber sido algo arreglado con anterioridad entre los duelistas y sus padrinos. Ambos contendientes pactaban acudir a la cita tal y como su honor reclamaba, para después fallar aposta el tiro. Como las reglas establecían que solo se podía disparar una única vez, esa acción permitía a los contendientes mantener su honor intacto.

—Tal y como dice don Lázaro —continuó el juez—, tienen ustedes la opción de errar el tiro a propósito. Cumpliendo así con su parte y viendo su honor satisfecho. Pero les recuerdo que si el otro duelista opta por disparar a su contrincante estará en su perfecto derecho.

A una señal del juez ambos duelistas se pusieron espalda con espalda. A excepción de las furiosas ráfagas de viento que agitaban la ropa de los contendientes, un silencio tenso reinaba en la escena. Como queriendo remarcar la gravedad del momento, la nieve comenzó a caer con más fuerza.

—¡Ya! —gritó el juez, y también él se colocó en lugar seguro. Los duelistas recorrieron la distancia fijada con lentitud. A pesar de ello fue el guardia civil quien llegó primero a su marca. Se giró y apuntó con el arma al francés. Incluso desde la distancia que la separaba, Carmen veía la mano del guardia temblar. De igual modo, el francés alcanzó la marca en la nieve y también él se dio la vuelta. Pero el brazo con que sostenía su arma permanecía pegado al cuerpo. Ambos contendientes permanecían estáticos. Uno apuntando al otro y este con actitud de no usar su arma. Las ráfagas de viento levantaban una cortina de nieve entre ellos. Por fin el guardia civil se movió. Alzó el brazo que sostenía la pistola por encima de su cabeza y disparó al cielo. Todos pudieron ver que su disparo era errado con toda intención. La bala se perdió en el techo del bosque, a mucha distancia sobre la cabeza del francés. El sonido despertó ecos entre los árboles. El hombre parecía ahora más calmado. Bajó el brazo y miró a su oponente. Este le observaba con cautela. Durante unos instantes el tiempo pareció congelado. Incluso el viento cesó y la nieve caía ahora mansa sobre los contendientes. De improviso el francés alzó el arma y apuntó con una rapidez inusitada. Sonó un disparo. El tiro dio de lleno en el pecho del guardia que cayó al suelo. Su rostro era la expresión misma de la sorpresa. En su camisa comenzaba a aflorar una mancha carmesí. Cuando uno de los testigos, el médico a juzgar por el maletín que portaba en la mano, corrió en dirección al herido, la blanca nieve se teñía ya de la sangre del guardia.

Nadie se movió a excepción del galeno hasta que el francés regresó al punto del que había arrancado y tomó su casaca del suelo. Se la puso con calma y con un cabeceo se despidió con total naturalidad. Nadie diría que acababa de disparar a un hombre indefenso. Tendió su arma aún humeante al juez y junto a sus padrinos abandonó la escena. El grupo se apiñó en torno al caído.

Rodilla en tierra, el médico alzó la cabeza. Negó con una mueca de tristeza.

—Ha muerto. Le ha disparado justo en el corazón —dijo mientras se ponía en pie.

El caballero que con tanto ímpetu se empeñaba en frenar el duelo se acercó hasta el cadáver.

Se inclinó sobre el cuerpo. Sus rodillas dejaron un cerco en la virginal nieve. Carmen vio con claridad el gesto de sorpresa de su rostro.

—Estaba acordado. Ayer mismo hablé con ellos. ¿Por qué le ha disparado? —decía una y otra vez.

—No se martirice, don Lázaro —le dijo uno de los presentes—. No se puede fiar uno de la palabra de un francés. A ver si lo aprende usted ahora.

Le ayudaron a ponerse en pie. Su rostro estaba descompuesto. Aquello le había afectado sobremanera. Él mismo y otros dos caballeros se quedaron junto al cuerpo mientras el resto buscaba un transporte en el pueblo para el desventurado duelista.

Carmen decidió que era momento de irse, no fuera a ser que alguien la viera. Se alejó con la misma cautela con que hubo llegado.

Una vez lejos, continuó buscando leña que pudiera usarse, como si nada hubiese sucedido. Pensó en el cuerpo tendido de aquel pobre infeliz que había confiado su vida al honor del otro. Decidió que lo mejor sería no contarle a nadie lo que había visto. Nada bueno podía sacar ella de todo aquello.

## II

Horas después regresó a su casa con el atado de leña bajo el brazo. Las huellas en la nieve de la empinada cuesta reflejaban la dificultad con que había cargado con la madera. Una débil, pero reconfortante columna de humo salía de la chimenea de su casa. Al menos podría calentarse mientras hacía la comida.

Al entrar en casa un coscorrón de su madre fue todo el recibimiento que halló.

—¿Se puede saber qué horas son estas?

—Perdone, madre. Es que como ha nevado no encontraba madera que se pudiera aprovechar —se defendió.

Un ademán de la madre anunció otro golpe, sin embargo, lo dejó estar y se dirigió a la mesa donde había apilada algo de ropa en la que trabajaba.

—¡Entra y ponte con la comida, que tu padre vendrá con hambre! —ordenó.

Carmen asintió con mansedumbre y se encaminó al hogar. Allí la leña ya consumida permanecía amortecida y hubo de removerla con el atizador para tratar de generar algo de calor. Hacía tanto frío dentro de la casa que la muchacha podía ver su propio vaho. La madera que traía aún estaba húmeda, no podía contar con ella hasta dentro de un buen rato. Mientras, debía ingeniárselas para mantener el luego ardiendo. El resto de sus hermanos correteaba en la estancia, nadie parecía dispuesto a ayudar.

Toda la planta de la casa era una única pieza, con una vasta tela colgada de una cuerda a modo de separador de la cama de matrimonio.

Dejó la leña junto al calor del hogar para que fuera secándose y salió al exterior. Apiladas junto a la entrada había unas cuantas maderas del día anterior que de milagro no estaban cubiertas

de nieve. Aunque húmedas, podían aprovecharse. Entró y las echó al fuego, utilizó el vuelo de su propia falda para dar aire a la llama y avivarla. Por fin consiguió que ardiera. Se dispuso a preparar la comida. Las camas sin hacer para que se ocrearan y el tazón del desayuno de su padre esperaban también que se pusiese con ello. Sus tripas rugieron con fuerza recordándole que no había tomado nada sólido desde la noche anterior.

Pasado el mediodía su padre llegó a casa. Para entonces hacía ya un buen rato que la sencilla sopa de verduras hervía y ahora, retirada del fuego, esperaba a ser servida. El padre traía bajo el brazo una hogaza de media libra y un atado de papel de estraza con un cuarto de libra de carne que hizo la boca agua de todos los presentes. El hombre se quitó la gorra que dejó colgada tras la puerta y se encaminó a la mesa de la cocina. Ni siquiera se molestó en saludar. Olía a vino y Carmen pensó que lo mejor era no decirle nada, no fuera a ser que recibiera algún golpe.

La familia se sentó a la mesa y tras servirse el hombre y la mujer de la casa, les tocó el turno a los hijos.

Al finalizar el padre lanzó una severa mirada a la muchacha. Se llevó un pedazo de pan a la boca y se limpió las migas con el dorso de la mano antes de hablarle.

—Esta tarde te vienes conmigo al pueblo —dijo—. Con un poco de suerte para la noche habrá una boca menos que alimentar.

—¿De qué hablas tú ahora? —preguntó la madre.

El padre la miró como si no hablasen el mismo idioma. Suspiró con exasperación antes de explicarse.

—El carnicero me ha dicho que en el palacete de la plaza andan buscando una chica para la casa. Parece que la han comprado unos de Bilbao y el personal que han contratado se les queda corto. Los reales que le den nos vendrán bien.

—Y si se va la niña, ¿quién me ayudará a mí con la casa? —se quejó la madre.

—¿Ayudarte? ¡Ni que esta casucha requiriera mucho trabajo! ¡Hazlo tú misma! ¡La niña se viene esta tarde conmigo y no se hable más! Y cállate, no vaya a sacar la mano de paseo —sentenció con un gesto que no dejaba lugar a duda.

La madre todavía rezongó por lo bajo, poco más podía hacer que murmurar.

El padre se dirigió ahora a la hija.

—Te vistes, te lavas, coges tu vestido y te vienes conmigo. ¿Está claro?

Carmen tragó saliva antes de asentir.

—Sí, padre.

### III

A la hora acordada, padre e hija descendieron la cuesta, dejaron atrás el Barranco y se adentraron en el pueblo. Carmen llevaba un pequeño hatillo con las cuatro cosas que podía llamar suyas. Llegados a una taberna en una callejuela junto a la plaza, el padre le ordenó que se quedara esperando fuera. Poco tiempo después salió acompañado de un hombre rollizo y con mala

estampa. Su ropa con restos de sangre delataba que se trataba del carnicero del que su padre había hablado.

—Esta es —dijo el padre, señalando a la niña.

El carnicero la estudió un rato antes de decir nada.

—No sé yo. Poca cosa me parece.

—Vamos, ¡no me jodas! Que la quieren para barrer y fregar, no para levantar sacos.

El carnicero aún se lo pensó un poco. Finalmente asintió.

—De acuerdo, me la llevo ahora mismo a la casa.

El padre se frotó las manos con alegría.

Carmen temblaba por dentro, estaba muerta de miedo.

—Escúchame —le dijo su padre con tono severo—, haz lo que le digan y cada semana el sueldo entero a casa. ¡Que no me entere yo que sisas un real! ¿Entendido?

Después le dio la mano al carnicero y entró de nuevo en la taberna sin mirar atrás.

Para sorpresa de la muchacha, el carnicero mostraba una sonrisa amable.

—Tú tranquila. Que vas a estar mejor en esa casa que con el animal de tu padre. ¡Anda, vámonos!

La pareja se encaminó al palacete de los Arriola.

Llamaron a la puerta y una criada les hizo pasar a una habitación de la planta baja. Al poco llegó una malhumorada mujer de expresión adusta.

—Buenas tardes, doña Casilda —saludó el carnicero, jugueteando nervioso con la gorra entre las manos—. Esta es la chica que le dije.

La mujer estudió a Carmen con detenimiento. Rodeó a la joven y la obligó a alzar la barbilla. Solo faltaba que le hiciera abrir la boca para ver sus dientes.

—Un poco joven me parece —sentenció por fin.

—Dele usted una semana a ver cómo se desenvuelve —pidió el carnicero—. Yo respondo por ella.

—¡Como respondas por ella como por los corderos que nos traes! A ver, niña. ¿Sabes leer y escribir?

Carmen negó con la cabeza.

—¿Y de cuentas sabes algo?

La muchacha volvió a negar.

—¿Es que no tienes lengua?

—No, señora. No sé de números.

—Entonces, ¿qué me traes aquí, si puede saberse? ¿Para qué me habría de servir esta chiquilla?

Carmen miró a la mujer, aunque esta se dirigía al carnicero. Tenía que decir algo. De ello dependía que la cogieran. Si volvía a casa con una negativa el enfado de su padre sería de los que no olvidaría con facilidad. Se armó de valor y elevó la voz:

—No sé leer ni escribir. Ni tampoco sé de cuentas porque nadie me ha enseñado. Pero conozco todas las monedas, nadie me engañará con las vueltas, y soy de fiar. Sé llevar una casa como la mejor. Lavar, fregar, barrer y hasta hacer la comida si es necesario. Además, aprendo rápido y si usted cree que saber de letras y números me ayudará en este trabajo no tendrá usted chica más aplicada en el estudio que yo.



Carmen creyó ver una sonrisa en el rostro de la mujer. Pero si fue real o fruto de su imaginación duró un instante. Al momento la mujer tenía en su rostro el mismo mohín serio y semblante de piedra.

—En esta casa hay solo tres reglas, jovencita —dijo con tono duro—. Una, se trabaja mucho y se habla poco. Dos, quien tiene las manos largas dura poco bajo este techo. Y tres, harás lo que se te pida sin preguntar. Ah, y me llamarás doña Casilda. ¿Has entendido?

—Sí, doña Casilda.

La mujer la estudió aún unos segundos más. Era difícil calcular el tiempo, a Carmen aquellos instantes le parecieron horas. Por fin doña Casilda suspiró y esbozó una mueca de fastidio.

—En fin —dijo—. Que se quede. Ya te diré algo la semana que viene.

—Muchas gracias, doña Casilda —dijo el carnicero.

El ama de llaves se dirigió a la chica:

—Ahora instálate en tu habitación, y mañana te quiero lista para empezar.

Cuando el carnicero se fue, una criada un poco mayor que ella la llevó a una habitación que le explicó compartiría a partir de entonces con ella misma.

—Soy Luisa —se presentó—. Tú no estés nerviosa, niña. Que en esta casa se está bien. Los Arriola no son los peores patrones que puedes tener.

Después le enseñó la casa. La planta baja con la cocina, patio, despensa y habitaciones del servicio. La segunda planta con las habitaciones de los señores, una salita para recibir, el salón y el comedor. En el ático se guardaban las ropas de otra temporada y diversas cosas de poca utilidad.

Le explicó con paciencia que no debía dirigirse a los señores Arriola excepto cuando estos le hablaran, limitándose a saludarles respetuosamente con la cabeza. Luisa también le indicó el modo correcto de hacerlo.

—Ni demasiado inclinado para parecer suplicante, ni demasiado arriba como para parecer altiva.

Le explicó que se levantaría a las cinco. Lo primero que haría sería encender la chimenea del salón y los fuegos de la cocina para cuando los señores y el resto del servicio se despertaran.

Aparte de ella misma y Luisa, el servicio se componía del ama de llaves, la cocinera, llamada Adelina, y Lucio, que hacía las veces de cochero y servía un poco para todo.

Cuando Luisa le aclaró que no debía acarrear ni cortar la leña, sino tan solo tomar cuanta necesitara de la leñera, Carmen sonrió sin reparo.

Debía también vaciar orinales y orear las camas, que luego habría de hacer. Ayudar en la cocina y lavar los utensilios usados. Nada que no hubiese hecho en su propia casa antes.

—Además, te encargarás de ir a los mandados y de fregar suelos y escaleras y limpiar puertas y ventanas. No creo que doña Casilda te deje aún limpiar la delicada plata o la cristalería, pero fíjate cómo se hace porque un día te tocará a ti. ¿Crees que podrás con todo?

Carmen miró a su alrededor. Comparada con la vida que llevaba en su casa aquello le parecía un paraíso.

—Creo que podré —dijo con una media sonrisa.

## Capítulo 3

### I

La bodega que Martín Zabala poseía era una de las más antiguas de la región, amén de singular. Su origen se remontaba a época antigua cuando ya los romanos comenzaron a plantar vides en tierras riojanas. Excavada directamente en la roca, se adentraba tres pisos en el subsuelo, era lo que se denominaban calados. Un impresionante laberinto de pasillos que de forma caótica se adentraban en la tierra y donde se almacenaban las enormes cubas con los caldos del año. Al piso a más profundidad los trabajadores lo llamaban *lo hondo*.

Al contrario que en regiones francesas como Burdeos, donde el vino se envejecía para su refinamiento, en La Rioja se vendía siendo aún un caldo joven. Por lo tanto, los calados de la bodega de Zabala cumplían un servicio de almacenamiento y no se dedicaban a la producción del vino. Este se elaboraba en el piso superior, donde una impresionante prensa que databa de varios siglos atrás se encargaba de extraer el preciado néctar de las vides.

Había igualmente algo que hacía más singular la bodega de Martín. Hacía un año, durante una exposición en Madrid, vio un utensilio que le pareció de gran utilidad: un montacargas. Este no era más que una simple plancha de hierro forjado que se deslizaba en sus rieles adentrándose en el subsuelo o ascendiendo de él con la fuerza del vapor. Martín adivinó enseguida que aquel ingenio sería muy útil en su bodega y, a pesar del alto coste, ordenó que le construyeran uno. Seis meses después, la bodega disponía de una máquina con la que la labor de subir y bajar toneles y pellejos de los pisos inferiores resultaba mucho más sencilla. Además, el artilugio le había granjeado cierta fama en la región e incluso hoy todavía numerosos curiosos se acercaban a la bodega para ver aquel artefacto.

Sentado a la mesa de su despacho, Martín vislumbró a Miguel y a través de la cristalera le invitó por señas a pasar.

Ambos hombres, tras un cordial abrazo, se sentaron el uno frente al otro.

Martín miraba a su viejo amigo sin saber cómo comenzar aquella conversación. El asunto que debía tratar con él no era agradable. Desde su llegada a Haro, Miguel se había dedicado a comprar la producción de vino de ese año, incluso antes de que esta fuese una realidad. Por lo general, los campesinos cultivaban las vides durante el invierno y la primavera, pactaban el precio de la uva bien entrado el verano y cobraban al finalizar la vendimia en septiembre. Un ciclo que llevaba sin cambiar desde hacía siglos. Lo que Arriola estaba haciendo era tan simple como novedoso.

Inicialmente los campesinos habían recelado de la oferta. ¿Quién en sus cabales pagaría por algo que aún no existía? Pero Miguel insistió. Por supuesto, el precio sería menor de lo que se pagaría meses después, pero el labriego recibiría la mitad del dinero contante y sonante mucho antes de lo habitual y el resto con el vino ya elaborado. Con los reales en el bolsillo, había argumentado el comerciante, podía hacerse frente a un invierno que, por lo general, no ofrecía ingreso alguno. Pero los campesinos eran tozudos y no se fiaban de aquel recién llegado. Nadie daba un real por aquella idea.

—La gente de por aquí es de naturaleza desconfiada —se decían entre risas los bodegueros y comerciantes—. Nadie va a aceptar su trato. ¡Sobre todo cuando les ofrece menos dinero del que sacarían vendiendo el vino elaborado!

Pero para la sorpresa de todo el mundo, al poco un gran número de campesinos habían firmado aquel acuerdo. Los bodegueros de la región minusvaloraron la acción de Miguel y confiaron en la habitual reserva de los lugareños. Ahora se encontraban con que gran parte de la producción de la región estaba en manos de un solo hombre.

Eso había hecho que varios afectados por el tema hablaran con Martín para pedirle que pusiera fin a las prácticas de su amigo.

Miguel intuía la naturaleza de aquella reunión. Conocía demasiado bien a su camarada y sabía que su empuje le había creado enemigos. Lo que no se esperaba era que Martín fuese uno de ellos.

—¿Y bien? Tú dirás por qué me has hecho venir —dijo, jugueteando con el sombrero entre sus dedos.

—Han llegado a mis oídos ciertos asuntos que como amigo me veo en la obligación de comentar contigo. —Miguel se puso recto en la silla. La postura cómoda que antes observaba se convirtió en rictus serio y expectante. Con un gesto de la mano le conminó a comenzar—. Estás comprando gran parte de la producción de vino de la zona y eso no está gustando a otros bodegueros y comerciantes.

—Es a lo que me dedico, a comprar vino y venderlo después. Al mejor precio, si es posible —dijo con cierto tono de sorna.

Martín dio una sonora palmada sobre la mesa.

—¡No me vengas con esas! Para empezar, estás comprando antes de que el vino esté producido, ni siquiera han salido los primeros granos de uva y tú ya has cerrado varios tratos. Nadie compra el vino sin que esté elaborado. Lo que estás haciendo es robar a los campesinos, pagando precios más bajos, y quitar la posibilidad de ganar beneficio a las bodegas.

Miguel respondió en un tono pausado y calculado.

—Yo no estoy robando nada a nadie. Si pago menos reales por el vino es porque asumo el riesgo de adelantar dinero medio año antes que otros y si el resto de las bodegas no tiene producción que se adelanten como yo he hecho. Ya oíste a Jouet, los franceses van a venir a comprar toda la producción posible. Si no lo hago yo lo hará otro... ¿O es que lo que te preocupa es no haber sido tú quien haya tenido esa idea?

—¡No digas tonterías! De sobra sabes que yo solo me dedico a producir mi vino y no me complico la vida. Mis caldos se venden bien y no necesito más líos. Al contrario que tú, mi ambición es sencilla, consiste en tener un negocio que me dé para vivir bien y una familia a la que quiero.

—Yo no tengo la culpa de que seas tan corto de miras.

Martín hubo de aguantarse las ganas de responder a aquellas palabras. En aras de su vieja amistad, trató de rebajar el nivel de tensión de la conversación.

—¿No te das cuenta de que tus prácticas perjudican a otros? Eso te está creando muchos enemigos.

—Los beneficios que obtendré al concluir la vendimia de este año suplirán con creces ese inconveniente —exclamó con sarcasmo Miguel.

—¿Y qué me dices de los riesgos? Por ejemplo, si algún campesino pierde la cosecha antes de ser una realidad, bien por una tormenta o por alguna de las muchas plagas que atacan la vid. O si con los cuartos ya en los bolsillos abandonan sus quehaceres y en septiembre te encuentras sin reales y sin vino. ¿Crees que podrás reclamar el dinero una vez se lo hayan gastado?

—En ese caso, me quedaré con sus tierras. He hecho que un abogado de Vitoria redactara el contrato. Si alguno de ellos incumple este trato, sus tierras pasarán a mi poder.

Martín meneó la cabeza ante la tozudez de su amigo.

—No te reconozco, Miguel.

Este se levantó, harto de aquella conversación.

—Si no tienes ningún asunto más, será mejor que me vaya antes de que alguno de los dos diga algo de lo que se arrepienta.

—Pues sí, hay algo más de lo que quiero hablarte. —El vinatero mantenía un semblante sereno e invitaba a su interlocutor a volver a tomar asiento. Este accedió, aunque emitió un suspiro a modo de queja—. Creo que tu hijo va a pedir la mano de Mariola en breve —dijo Martín.

Aquella noticia no pilló de sorpresa a Miguel. Había pasado tiempo con el muchacho y estaba al tanto de su interés por la hija de Zabala.

—Todo parece indicar eso —respondió.

—¿Y tú estás de acuerdo con la idea?

El otro sopesó un instante su respuesta.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Tu esposa no parece de la misma opinión —se atrevió a decir Martín.

—Inés hará lo que yo diga.

—Lo sé, lo sé. Pero hace tiempo que quiero hablar contigo de algo. —Martín decidió que tras el mal trago de la conversación anterior era el momento de sincerarse con su amigo—. Matilde está intentando hacerse amiga de tu mujer desde que llegasteis a Haro. Mi esposa y yo mismo pensamos que Inés se siente sola en ese caserón vuestro y que necesita salir más. Integrarse en la vida social del pueblo. A excepción de a misa, no se la ve salir de casa. Aunque parece que otros la visitan en tu ausencia...

Martín tanteó el efecto que sus palabras causaban en Miguel. Este le miraba con una expresión neutra. Sin embargo, el tono de sus palabras era tenso.

—¿Qué insinúas?

—¡Nada! De sobra sé por ti que hacéis vida cada cual por su lado desde hace tiempo. Pero este es un pueblo pequeño y la gente empieza a hablar.

—Espero que no estés diciendo lo que creo que estás diciendo. Martín se levantó de la mesa, la bordeó y se sentó en la silla libre junto a su amigo. Posó una mano en el hombro de Miguel y lo miró con fijeza.

—Lo único que digo es que Inés y ese bodeguero francés se ven demasiado y la gente habla.

—Preocúpate de tus asuntos, Martín.

—Tienes razón. Perdona que me meta donde no me llaman —se disculpó el vinatero.

Un silencio tenso y afectado sobrevoló a ambos hombres.

—Si no tienes más que decir, me marchó —dijo Miguel al poco.

Se levantó de la silla y sin estrechar la mano de su anfitrión ni mirarlo siquiera salió del despacho.

Desde el otro lado de la cristalera, Martín lo vio salir de la bodega con andar firme y sereno.

## II

Carmen se había acostumbrado a la rutina del palacete como si llevara toda la vida sirviendo. Después de solo un mes la casa no tenía secretos para ella. Su jornada comenzaba antes de la salida del sol, y hasta bien entrada la noche no se iba a la cama. ¡Siempre había algo que hacer! Se podría decir que sus labores eran las mismas que cuando vivía bajo el techo de sus padres, pero de algún modo se sentía más libre.

El resto del servicio la había acogido con cariño, y aunque al principio tuvo algún encontronazo con doña Casilda, ahora también ella la trataba con el mismo tono distante que al resto. No fueron pocas las veces en aquellas primeras semanas en que la seca mujer le corrigió los modales o le recriminó la falta de etiqueta. Doña Casilda representaba el espíritu de aquella enorme casa. Pese a ser rígida y seria hasta el extremo, poseía un fondo noble y con un gran sentido del honor. Su dedicación por los señores de Arriola venía de lejos. El ama de llaves era la única empleada actual que había servido en la casa de Bilbao. Nadie osaba decir algo malo de los señores o del señorito en su presencia. Y no es que en la casa no hubiera habladurías de los amos, estas pululaban por los viejos pasillos como espíritus en pena. Especialmente maledicentes eran las referencias a las numerosas visitas de Jouet cuando el señor Arriola no estaba.

Carmen se mantenía al margen de aquellos rumores. Ver, oír y callar era una máxima que llevaba a rajatabla. Y en justicia, poco podía decir de los señores. Ni bueno ni malo. Se contaban con los dedos de las manos las veces que la señora o el señor le habían dirigido la palabra o mostrado la más mínima atención. Cuando estaba en la misma estancia que los señores de Arriola bien se podía creer que era invisible. No se podía decir lo mismo del señorito Víctor. En más de una ocasión lo pillaba mirándola de reojo. A esa atención respondía con prudencia y recato y apartaba la mirada al instante.

Aquella mañana se levantó, como siempre, rayando el sol. La casa era fría y la helada caída en el exterior no mejoraba las cosas. Se frotó las manos con energía antes de asearse en la jofaina. El agua fría le hizo mascullar una maldición. No entendía ese afán que mostraba doña Casilda en que se lavaran en mañanas tan frías como aquella. Mientras se vestía, Luisa se revolvió nerviosa en la cama de al lado.

Salió de la habitación en silencio. En la casona no se oía nada. La gélida temperatura de la planta baja le hacía ver su propio vaho.

En las frías paredes la sombra que proyectaba el candelabro bailaba caprichosa. Encendió el hogar de la cocina y se sirvió un frugal desayuno a base de pan negro y leche. Más espabilada, se dispuso a subir a la planta superior.

Aquella era una mañana especial, aunque no lo pareciera.

—Feliz cumpleaños —se dijo a sí misma cuando se vio reflejada en el enorme espejo del salón.

Ese día cumplía dieciocho.

Encendió el fuego de la chimenea. Con las llamas crepitando acercó las manos para calentarse. En esas estaba cuando la presencia de doña Casilda se materializó al otro lado de la puerta.

No era infrecuente que el ama de llaves se levantara a hora tan temprana, pero Carmen no la esperaba aquel día. Sobresaltada, dio un respingo.

—Buenos días, doña Casilda —saludó la joven.

La mujer respondió con un desganado movimiento de cabeza.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que descorras las cortinas en cuanto entres? ¿Cómo pretendes ver en esta penumbra?

—Se me olvidó, doña Casilda. Perdón.

—¡Poco que tienes que hacer y no lo haces bien!

A grandes zancadas el ama de llaves se acercó hasta el ventanal y con un ademán enérgico descorrió las cortinas. Abriendo las contraventanas después con idéntico ímpetu. Una costra de hielo se extendía al otro lado del cristal.

Ambas mujeres salieron del salón y encaminaron sus pasos hacia el comedor. Carmen se apresuró a descorrer las cortinas y abrir postigos sin mediar palabra. En cuanto la tímida luz de un cielo que comenzaba a clarear iluminó el comedor, doña Casilda reclamó su atención. Su dedo huesudo señalaba el imponente reloj de pie junto a la pared. El tictac de aquel artilugio era todo el sonido que podía escucharse en el comedor.

—A ver —dijo en tono paciente—. ¿Qué hora es?

Desde su llegada al palacete a Carmen le había llamado la atención sobremanera aquel artilugio. La esfera dorada con las agujas plateadas, el trabajoso labrado en madera de la parte superior, el atrayente movimiento del péndulo. Todo en él la fascinaba. Le parecía increíble que todo el tiempo del mundo cupiese en ese artefacto. Hacía una semana que doña Casilda la había instruido para que supiese leer la hora y ella se esforzó en recordar todo. Estudió el reloj con gesto concentrado. El péndulo se movía rítmicamente en el interior acristalado. Repasó lo que le habían dicho y fijó toda su atención en las manecillas.

—Las siete menos cuarto —dijo con voz segura.

La mujer asintió complacida. Carmen aprendía con rapidez y eso era algo que apreciaba en la joven. Una mueca de satisfacción se extendió en el rostro del ama de llaves. También la criada sonrió orgullosa, había respondido correctamente. De inmediato, el semblante pétreo regresó a doña Casilda y sus ojos inquisidores señalaron la chimenea.

—¡A ver si ahora te vas a dar ínfulas por saber algo que un niño puede aprender! —exclamó—. Enciende la chimenea y sigue con tus labores.

—Sí, doña Casilda —dijo Carmen, agachando la cabeza.

—Ya que sabes leer la hora, a las doce te quiero en la cocina —dijo el ama de llaves antes de

salir del comedor.

Eso era fácil, pensó Carmen, cuando ambas agujas apuntaran arriba. Miró el reloj con aire vanidoso.

Durante el resto de la mañana la joven deambuló de aquí para allá en la casona. Afanada como estaba en sus labores casi se le pasó la hora. A las doce en punto descendió la escalera y se adentró en las estancias del servicio hasta llegar a la cocina. Allí la esperaba una sorpresa.

De pie, alrededor de la gran mesa donde se preparaban las comidas, estaba la totalidad del personal del caserón. Luisa, Adelina la cocinera y Lucio el cochero. También estaba doña Casilda.

—Sabemos que es tu cumpleaños —exclamó de improviso Luisa, rodeándola con los brazos.

Aquella era la primera vez que alguien la felicitaba por su cumpleaños. En realidad, era la primera vez que alguien recordaba que era su cumpleaños. Lágrimas de emoción se deslizaron por sus mejillas. Se abrazó con fuerza a Luisa. También a esta se le escaparon las lágrimas.

—¡Vamos, vamos! No se pongan ustedes sentimentales —se quejó Lucio.

Incluso doña Casilda se acercó y le dio dos sonoros besos. Aquello podía considerarse como casi un milagro. La fría ama de llaves era poco dada al contacto con otros seres humanos.

—Te hemos comprado esto entre todos. —Luisa le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de seda.

Aquello era demasiado. Se secó las lágrimas con la manga de la blusa y liberó el pequeño paquete de su envoltorio.

Era un sencillo reloj de bolsillo con leontina de níquel. No era gran cosa si se comparaba con el imponente reloj de oro del señor Arriola, pero a ella le parecía el objeto más valioso del mundo. Sus ojos verdes miraron a los presentes con agradecimiento. Se abrazó a ellos uno por uno.

—Doña Casilda ha colaborado más que ninguno —le susurró Luisa al oído.

Carmen buscó con la mirada al ama de llaves. Esta le devolvió la mirada con una ternura poco habitual en ella.

—¡Y te hemos hecho esto! —exclamó Adelina.

La cocinera sostenía en sus manos un discreto pastel con escarcha de azúcar. Un lujo al que doña Casilda se había negado en principio para acabar claudicando al final.

El pastel fue cortado en seis partes iguales y devorado con ganas, no se podía desperdiciar ni una migaja. Doña Casilda no quiso comerse su parte y esta fue engullida por Lucio. Carmen se chupaba los dedos al igual que el resto de los presentes. Se sentía la mujer más afortunada del mundo.

Concluido el festejo cada cual volvió a sus labores. Carmen observó con deleite la esfera del reloj y consultó la hora, lo hacía cada cinco minutos. Aquello era lo máspreciado que poseía, no solo por el valor económico del reloj, que a pesar de la sencillez del modelo no habría de ser poco, sino sobre todo porque se lo habían regalado. No tenía nada que pudiera considerar como suyo hasta entonces. No olvidaría aquel cumpleaños en su vida.

### III

Las tardes de domingo eran el único momento de la semana que tenían libre. Carmen y Luisa se encaminaban entonces al paseo de la fuente ubicado extramuros de la villa, donde pasaban la tarde.

Ambas muchachas salieron del palacete a eso de las dos. Pese al tiempo desapacible, la plaza estaba llena de gente que deambulaba de aquí para allá. Descendieron en dirección a la puerta de la muralla cuando se toparon con la madre de Carmen. No era habitual que la mujer abandonara el Barranco internándose en la ciudad. Si lo hacía, supuso su hija al ver el manajo de prendas que llevaba bajo el brazo, era porque se dirigía a casa de la modista. Era una labor que antes desempeñaba la muchacha.

Se plantó frente a ellas.

—¡Vaya! ¡Si es la señora marquesa en persona! —se burló.

—Hola, madre —acertó a decir Carmen.

Luisa la miraba sorprendida.

—¡Así que por eso no ayudas a tu madre! ¡Para irte a la fuente a hablar con los chicos! ¡Menudo oficio el tuyo!

Aquello no era justo. Hasta el último real de su sueldo iba al bolsillo de su padre sin que ella lo viera siquiera. La rabia la inundó.

—En mi tiempo libre hago lo que quiero. ¡Que para eso me lo he ganado! —le espetó de improviso.

Una expresión de sorpresa se pintó en el rostro de su madre, pese a lo que reaccionó con rapidez y la abofeteó.

La chica se pasó la mano por la dolorida mejilla. Vio de reojo que se había formado un pequeño corro de curiosos a su alrededor. Tomó la mano de Luisa.

—Vámonos —le dijo sin dar tiempo a reaccionar a su madre.

Ambas chicas se alejaron ante el estupor de la mujer.

—¡Esto no quedará así! ¡Tu padre se encargará de ti! —le gritó. Carmen temblaba de pies a cabeza. Sus piernas parecían a punto de doblarse y así es muy probable que hubiese sucedido de no ser porque sintió la cálida mano de Luisa reconfortándola.

La criada apretó la mano para hacerle saber que estaba con ella. A paso ligero llegaron a la fuente. El resto de la tarde se deslizó deprisa. A Carmen no se le había pasado el susto del todo, pero gracias a la compañía de Luisa pudo ir dejando atrás el incidente y al final acabó por olvidar lo sucedido.

En el paseo de la fuente abundaba la juventud aquel domingo como tantos otros. Despreciando el frío reinante un buen número de jóvenes merodeaba en las cercanías buscando la compañía del otro sexo. De entre los chicos habituales uno en particular había llamado su atención hacía unas semanas. No demasiado alto, pero de porte gallardo, el joven la miraba domingo sí y domingo también con gesto cómplice. Aquel día se decidió a hablarle.

—Soy Ángel Zaldierna —se presentó mientras se descubría.

Se alejaron unos pasos buscando algo de intimidad. Tras un rato de charla banal el chico le dio detalles de su vida.



Hijo de un labrador de la zona, el muchacho pasaba de los veinte y se dedicaba al campo.

Mientras le narraba su vida, Carmen observaba sus ojos marrones enmarcados en unas pestañas enormes y sus bien formados labios. Sus manos fuertes jugueteaban nerviosas con la gorra.

Estuvieron un buen rato pegando a hebra, hasta que la campana de la iglesia de la Vega dio las seis y Luisa le recordó que debían marcharse.

—Espero volver a verte, Carmen —dijo Ángel al despedirse.

Mientras se alejaban, la chica giró la cabeza y vio que él la miraba. Sonrió para sus adentros. Apretó con fuerza la mano de su amiga y echó a correr alegre. Tratando de seguir su ritmo, Luisa le gritaba sin entender qué sucedía.

Al llegar al palacete ambas amigas sonreían cómplices. Atrás quedaba el incidente con su madre y ahí hubiese quedado, relegado al olvido, de no ser porque en el portón del caserón les aguardaba el padre de Carmen. Nada más verlo la muchacha se echó a temblar. El olor agrio a vino que desprendía se podía sentir desde antes de llegar.

—Hola, padre —dijo con un hilo de voz.

Apretó con fuerza la mano de Luisa. También ella estaba aterrorizada, la mirada del hombre destilaba locura. Pese a ello, su voz era calmada y firme.

—Me ha dicho tu madre que te ha visto esta tarde —dijo.

Carmen solo supo asentir. Tenía tanto miedo que las palabras no acudían a su garganta. El hombre siguió hablando:

—No le hagas caso. Tu madre no es más que una holgazana. No como tú, hija, que trabajas para darle a tu padre todo lo que ganas. Pero tienes algo que se te ha olvidado darme.

Aquellas extrañas palabras no presagiaban nada bueno. Su padre avanzó un paso en su dirección. Ella retrocedió por instinto.

—Ya le han dado a usted el sueldo de la semana. No tengo nada más.

—Tienes un reloj. Por él me darán más de la miseria que ganas en esta casa.

—¿Un reloj? ¿Qué reloj? —mintió la muchacha.

El hombre soltó un bufido. Estaba intentando controlar el deseo de golpear a su hija.

—La modista se lo ha dicho a tu madre. Estos señoritingos te han regalado un reloj de bolsillo. ¡Dámelo!

Aunque lo hubiese llevado encima, Carmen no estaba dispuesta a entregárselo. Y tampoco iba a poder quitárselo, el reloj descansaba en el fondo del cajón de la mesilla de su habitación. Con sorpresa, el hombre vio la determinación reflejada en los ojos de su hija. La novedad le hizo dudar unos instantes. Se recompuso y dio un nuevo paso en su dirección. Esta vez, la muchacha no retrocedió.

—¿Sabes cuántas semanas podrán comer tus hermanos con ese dinero? —Trató de camelarla el hombre.

Carmen no aguantó más. Como sucedió con su madre, una rabia desbordante se apoderó de su ser.

—¿No querrá usted decir el vino que podrá comprar con él?

El padre abrió los ojos de tal modo que su aspecto de demente se agudizó. Rápido como una serpiente tomó a su hija del brazo y la atrajo hasta él. El tufo a alcohol que desprendía dio arcadas a Carmen.

—¿Así es como pagas que me haya matado trabajando para ti toda tu vida, desagradecida?

—¡Usted solo sabe trabajar en la taberna!

El bofetón fue tan rápido que no lo vio venir. Se tambaleó y estuvo en un tris de caer al suelo. Luisa le soltó la mano y entró corriendo en el caserón.

El padre abrió la palma de la mano. A pesar de la poca gente que había en la plaza a esas horas un círculo de curiosos observaba el incidente sin saber si intervenir.

—¡El reloj o te parto el alma!

—Pues pártamela, porque no se lo voy a dar.

El hombre titubeó. Era la primera vez que su hija le plantaba cara. Recurrió a lo único que sabía que le otorgaba ventaja. Alzó la mano, dispuesto a golpear a su hija de nuevo. Carmen cerró los ojos esperando el bofetón.

—¡Tóquela y duerme usted en el calabozo antes de que pueda decir amén!

La voz de doña Casilda bramó en la plaza. Con agilidad, se plantó junto a ellos y desafió al hombre con la mirada. Por si su sola presencia no fuera suficiente, la acompañaba el cochero. El padre de Carmen soltó el brazo de su hija, quien se apresuró a abrazar al ama de llaves. Pese a ello, la voz del padre seguía siendo desafiante.

—Lo que tiene mi hija es mío y ese reloj que le han regalado me pertenece.

—El reloj es de su hija. Nosotros se lo hemos regalado y usted no se lo va a quitar.

Doña Casilda usaba su tono de voz más enérgico. El padre negó con nerviosismo. No sabía qué hacer con aquella entrometida.

—¡He dicho que el reloj me pertenece! —saltó, dando un paso en dirección a la mujer.

Lucio también se movió de prisa y se interpuso entre el hombre y doña Casilda. Un par de los curiosos reunidos se aprestó de igual modo a defender a la mujer. El ama de llaves apartó a todos y se plantó a un palmo de aquel borracho.

—Más vale que se marche de aquí antes de que llame a la Guardia Civil. A ver si con ellos es usted tan valiente —le retó. El hombre maldijo a viva voz. Plantado frente a la mujer, con los puños tan apretados que la sangre no les llegaba, continuaba mirando con aire desafiante. Pero doña Casilda no se amilanó—: Ni se le ocurra acercarse a Carmen ni tocarle un solo pelo o acabará en la cárcel en menos que canta un gallo. Y desde ahora el dinero que gane su hija se lo queda su hija. Vaya despidiéndose de ver un solo real de esta casa.

El hombre gruñó de puro odio. La mueca de desdén que cubría su rostro le desfiguraba de un modo grotesco. Con la boca contraída en un rictus de desprecio y las venas de su frente palpitando con fuerza parecía una bestia enajenada. Señaló con un dedo que temblaba de rabia a su hija y se alejó con el rabo entre las piernas.

Carmen se abrazó a doña Casilda y lloró en su hombro. También Luisa se le acercó y le pasó la mano por la espalda.

—Perdóname —le dijo compungida—. El otro día fui a recoger unas telas de la señora a casa de la modista y fui yo quien le contó lo del reloj. Quería que viera lo que se te quiere en la casa.

La chica se puso a llorar desconsolada. Carmen la abrazó con ternura. Con aquel gesto decía a su amiga que no había nada que perdonar. Doña Casilda se alisó el vestido y dando una palmada se dirigió a los presentes.

—¡Ea! ¡Cada mochuelo a su olivo, que aquí no hay más función que ver! Y vosotras a la casa. Que hay que servir la cena.

Con aquello se dio por concluido el incidente. Como si nada hubiese sucedido, el palacete de los Arriola volvió a su habitual rutina. En la planta de arriba y ajenos a lo sucedido, los señores se disponían a sentarse a la mesa. Mientras, abajo, el servicio se afanaba en sus labores.

Tras la cena y ya repuesta, Carmen se dirigió a doña Casilda en el portal. El ama de llaves supervisaba la retirada de cubiertos y demás piezas del servicio.

—Quería darle las gracias por ayudarme —dijo ruborizada.

La mujer restó importancia con un movimiento de la mano.

—Ponte a fregar los cacharros de la cena o te cantaré el gallo —dijo como si tal cosa.

—Sí, doña Casilda.

La joven ya se encaminaba a la cocina cuando el ama de llaves la llamó.

—Y Carmen —le dijo—. A partir de mañana aprenderás a leer y a escribir. Y a hacer cuentas. Luisa te ayudará. ¿Está claro?

La chica tardó unos instantes en reaccionar. Por fin sonrió e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Sí, doña Casilda.

## Capítulo 4

### I

—Hablaré con mis padres en cuanto tenga ocasión—dijo Víctor con tono firme.

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Mariola antes de asentir.

La pareja llevaba viéndose con regularidad desde la llegada del joven. Cada domingo, tras la misa, paseaban por entre los árboles que rodeaban la iglesia de Santo Tomás, ante la mirada de sus padres. Aprovechaban cada instante del que podían disponer para estar juntos.

Aun así, el contacto físico entre los dos se limitaba a lo sumo a cogerse de la mano. Aquel cortejo entraba dentro de lo habitual, todo estaba imbuido del mayor de los decoros.

Aquella mañana de primavera paseaban bajo los castaños del patio de la iglesia. Sobre sus cabezas la luz del sol se filtraba entre las hojas de los árboles y los pájaros animaban la escena con sus cantos. Los rigores del invierno empezaban a ser un recuerdo. Víctor hablaba con pasión y la muchacha le observaba embelesada.

El joven iba contando a Mariola los planes que desde hacía meses bullían en su cabeza. Era la primera vez que los decía en voz alta y la chica estaba fascinada con su discurso. El muchacho tenía todo planeado.

—Mi padre me enseña todo sobre el mundo del vino y yo por mi cuenta estoy aprendiendo lo que él no puede instruirme. En eso he de dar las gracias a tu padre, que con infinita paciencia responde todas mis preguntas. En poco tiempo podré montar mi propio negocio.

Aquella era una reflexión harto tiempo meditada y debida a la imposibilidad de trabajar con Miguel. Padre e hijo compartían ahora más tiempo del que nunca habían pasado y cada día que pasaba el chico estaba más convencido de que su futuro no pasaba por el negocio familiar. Miguel lo trataba con la frialdad con que obsequiaba a todo el mundo, pese a que cuando estaba negociando con alguien ajeno, el comerciante se transformaba y parecía el ser más amistoso del mundo. Con el paso de los meses Víctor había dejado de mendigar el afecto de su padre, que daba la sensación de estar disponible de modo fingido solo para sus negocios. Se limitaba a asentir a todo cuanto el comerciante decía y no añadir nada más que un ocasional «sí, padre» o «no, padre». El comerciante no toleraba que nadie pusiera en duda su mando, y Víctor aprendió por las malas que era mejor callarse sus ideas y tomar nota de cuanto pudiera aprovechar.

Estaba convencido de que había pastel más que suficiente para dos Arriola en la región. Se basaría en los métodos de su padre, pero pondría en práctica sus propias ideas. Miraba al futuro ilusionado. Se casaría con Mariola y en unos pocos años sería el dueño de un próspero negocio.

No podía sentirse más feliz. Estaba entusiasmado.

Los dos chicos y los cuatro adultos descendían las empinadas calles que desembocaban en la plaza. Por detrás de la pareja, Miguel y Martín charlaban con frialdad, conservando las formas, pero sin el afecto que antes se tenían. Desde la conversación en el despacho ambos hombres apenas se habían visto. El comerciante continuó con sus prácticas, intentando hacerse con más arrobas de uva antes de que los franceses viniesen y el precio fuese demasiado alto.

Delante de ellos Matilde iba hablando con Inés. Víctor se fijó en su madre con detenimiento. Estaba más delgada que nunca y unas grandes ojeras destacaban en su rostro. Su andar, sin embargo, seguía teniendo el porte altivo de siempre. Pero desde su llegada a Haro se había vuelto una mujer reservada. Sintió una punzada de remordimiento. Madre e hijo casi no hablaban ya, a no ser para referirse a alguna cuestión del día a día. El muchacho sabía que ella no hacía nada por aclimatarse al cambio, pero no podía dejar de sentir que no había estado allí para ella. Y anunciarle el deseo de prometerse a Mariola no iba a ser la mejor noticia para la mujer.

La idea de que Víctor se casase con la hija de un vinatero no agradaba a su madre, eso lo sabía. Inés aspiraba a juntarle con alguna heredera de las ricas familias bilbaínas. Pero tenía que entender que su futuro ya no estaba en Vizcaya. Su porvenir estaba entre aquellas vides, en el rojizo caldo que se destilaba de ellas. Estaba enamorado de Mariola y ella lo estaba de él, aunque en el matrimonio el amor no fuese algo necesario, los dos jóvenes ansiaban estar juntos.

En silencio, mientras pasaban junto a antiguas casonas de pasado noble, Víctor pensó que no iba a alargar aquello. Hablaría con ellos ese mismo día.

Matilde miraba a la pareja con satisfacción.

—Nuestros hijos pasan juntos cada vez más tiempo. A ver cuándo nos dan una alegría —dijo la mujer de improviso.

Inés echó un vistazo, los chicos iban demasiado pegados el uno al otro para su gusto.

—Son demasiado jóvenes para amoríos —sentenció.

—¡Mujer, siempre dice usted lo mismo! ¿Pero es que no ve la buena pareja que hacen?

—¡De sobra lo veo!

La marquesa de Beria se mordió las ganas. Desde hacía unas semanas aquella odiosa mujer no dejaba de referirse a los jóvenes como pareja. De no ser por la etiqueta que debía mantener, le habría dicho cuatro cosas. Optó por callarse antes de dar de qué hablar. Apretó los dientes y levantó la cabeza con altivez.

## II

A la hora de la cena en el comedor de los Arriola Víctor reclamó la atención de sus padres. Se aclaró la voz antes de hablar.

—Como bien sabéis, desde hace unos meses he trabado amistad con Mariola Zabala. Una amistad especial, por así decirlo. Es mi intención pedir su mano, por lo que antes he considerado hablarlo con ustedes.

Un silencio solo roto por el crepitar de la chimenea se apoderó de la estancia. Finalmente, Inés habló. Sus peores temores se habían hecho realidad y trató de imprimir un tono casi reverencial a sus palabras.

—No puedes hablar en serio, Víctor. Es la hija de un simple vinatero. ¡Poco más que un labriego! Como divertimento está bien, pero no puedes pensar en tomarla como esposa.

—Con el debido respeto, madre. Mariola es la hija de un próspero viticultor; sus modales y educación son tan refinados o más que los de cualquiera. Usted misma lo sabe.

—¡Por el amor de Dios! Piensa lo que estás diciendo. Eres el futuro marqués de Beria. ¡No puedes casarte con una labriega!

Inés lanzó una mirada a su marido. A pesar del distanciamiento entre ambos, contaba con que Miguel estuviera de su lado. Este asistía con semblante serio, pero sin intervenir en la conversación.

—Cambiarás de idea en cuanto la trates, madre. Mariola es una mujer encantadora, ya lo verás —prosiguió el muchacho.

—¿Es que no piensas hacer nada para detener este sinsentido? —le recriminó Inés a su marido.

Por fin pareció que aquello iba con él. Tomó aire y se dirigió a su hijo.

—¿Cuándo piensas hablar con Martín? —preguntó.

—En cuanto tenga vuestro consentimiento.

—¡Os habéis vuelto locos los dos! —Inés estallo en un ataque de ira.

Se levantó precipitadamente y volcó el plato y la taza con café que estaba tomando. Salió a grandes zancadas de la estancia ante el asombro de su hijo. Por su parte, Miguel observaba la mayor de las indiferencias ante el comportamiento de su esposa.

El chico quiso salir tras ella, pero su padre le detuvo.

—¡Déjala! Hace años que tu madre vive en su propia fantasía. Aún sigue creyendo que su título le otorga un poder especial; está tan ciega que no ve el mundo que se avecina. El verdadero poder lo ejerce el dinero, no los títulos.

Víctor midió aquellas palabras. Pese a estar de acuerdo con su padre, era de su propia madre de quien hablaban. Un poso de amargura le oprimía el alma. Le habría gustado correr tras ella como cuando era un chiquillo.

—De momento, será mejor que hable yo con Martín. En cuanto pueda, arreglaré todo con él —continuó Miguel—. Ya te diré qué hemos acordado.

Sin una felicitación o un simple apretón de manos, el comerciante salió del salón. Su hijo se quedó sentado un rato más. Rodeado de un silencio y un vacío que se le antojaban enormes.

Tenía lo que quería, pero no lo había imaginado de ese modo. Sabía que era difícil que su madre diera el visto bueno a aquella boda, pero su actitud era totalmente hostil a la idea. Abandonó el comedor. Estaba convencido de que con el tiempo acabaría por aceptar a Mariola.

En su habitación, Inés maldecía entre dientes. ¿Cómo había podido Miguel apoyar en su locura a Víctor?

Se juró a sí misma que haría lo que fuera necesario para evitar aquella boda. Aunque con ello perdiese su alma y reputación.

Lo que fuera necesario.

### III

La boda entre Víctor y Mariola era ya una realidad y era habitual ver al chico en la bodega de Martín. Además de ser familia en breve, al muchacho le interesaba aprender todo lo relacionado con el mundo del vino desde todos los ángulos. Ayudando en la bodega de su futuro suegro podía conocer todos los puntos de vista. De ese modo el chico se había hecho una idea mejor de cómo funcionaba el mercado del vino.

Existían dos figuras clave: los campesinos, que se limitaban a cultivar las vides y recoger sus frutos, y los dueños de bodegas, como Martín, que compraban la uva a los primeros. Una vez obtenido el vino, un comerciante como su padre lo compraba y vendía después fuera de la región, o negocios locales y pequeños se hacían con los caldos según su demanda. Martín Zabala era de los pocos en la zona que aparte de viñedos poseía una bodega con prensa propia.

El dinero de los labriegos dependía de lo buena y cuantiosa que fuese la vendimia ese año, y ese asunto siempre estaba en el aire hasta el momento final. Por eso la idea de Miguel había sido tan bien acogida. Comprar el vino antes de que fuera una realidad hacía que los labradores tuviesen una cierta seguridad. A pesar de que cada vez que salía el tema, Martín se afanaba en dejar claro que se oponía a aquella idea, al igual que el resto de los viticultores, había acabado por aceptar que ese año Miguel iba a ser el dueño de prácticamente todo el vino de la zona.

Víctor se maravillaba de que a nadie se le hubiera ocurrido algo tan sencillo antes. Esa idea y otras que habían tomado forma en su cabeza las guardaba para sí. Anhelaba el momento en que se independizase y pudiera poner sus ideas en marcha.

—¿Cómo va, hijo?

La voz de Martín poseía un deje afectivo que el muchacho pocas veces había escuchado de su propio padre.

—Bien, don Martín. Tres esta mañana —dijo el chico.

Se refería a los pellejos que habían pasado por la puerta de salida aquella mañana y que eran apuntados con tiza en una pizarra. Según se acercaba el buen tiempo la demanda era cada vez mayor. A aquel ritmo el vino de año anterior se acabaría antes de la próxima vendimia, en septiembre.

Aquel éxito en mitad del mal momento económico se debía en gran parte a la notoriedad de Martín en toda la región. Le llegaban encargos desde plazas tan distantes como Zaragoza o Pamplona. Era una de las ventajas de pertenecer a la Junta Gremial de Cosecheros de Logroño.

A pesar de ello, la Bodega Zabala prefería trabajar en las cercanías. Por supuesto, sabía que si abarcara mayores distancias podría hacer mejores tratos, pero se limitaba a vender su vino a pocas leguas a la redonda sin complicarse demasiado. Víctor achacaba aquella falta de ambición al carácter de su futuro suegro, y si bien no lo censuraba, se decía a sí mismo que no procedería de igual modo cuando el negocio estuviese a su cargo.

Las cuentas que echaba el joven le dejaban un prometedor porvenir por delante. En un año dispondría de su propio negocio. En unos cuantos heredaría el de su padre y el de su suegro. Para cuando eso sucediese tenía ambiciosos planes que lo convertirían en un hombre importante.

—¡Ven conmigo! —le espetó su futuro suegro de improviso.

A pesar de su notoriedad, Martín seguía siendo un hombre sencillo, de maneras llanas. Sus

manos estaban apoyadas en la espalda del joven cuando le indicó que le acompañara.

Le señaló las escaleras, ya que el montacargas solo se usaba cuando se requería bajar o subir peso.

Descendieron los empinados escalones y se adentraron en los subterráneos de la bodega. Excavados en la dura piedra del subsuelo de la villa, los túneles se extendían en varias direcciones. Un ambiente húmedo y frío les rodeaba a medida que descendían.

Víctor no había estado nunca en aquella parte de la bodega.

—El primer subterráneo sirve para almacenar depósitos de vino. Más abajo hay otros dos pisos, hasta la zona que llamamos *lo hondo*, y que apenas se usa —indicó Martín.

Cuando llegaron a *lo hondo* el vinatero señaló con la cabeza hacia la oscuridad. Se adentraron en un antiguo túnel excavado directamente en la tosca piedra a base de pico y que tenía varios pies de altura. A Víctor le maravilló la fuerza y la determinación necesaria para horadar la piedra de aquel modo. Se detuvieron en una estancia pequeña.

—Quiero que veas una cosa —le invitó Martín.

El hombre utilizó la vela del candil que llevaba para encender un par de lámparas de aceite y después las depositó en una cavidad de la piedra. Una fría corriente de viento hacía titilar la llama. Olía a humedad y en algún lugar se escuchaba el sonido del agua gotear. El vinatero indicaba algo con su dedo índice. Dos barricas de vino que descansaban en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Víctor.

—Hace tiempo que di orden a un tonelero de que construyera estos dos toneles y se llenaran de vino para envejecerlos. ¡Como hacen con los vinos finos en Francia! Pensé que algún día lo bebería en la boda de Mariola y ese día ha llegado.

El hombre lucía una sonrisa orgullosa en su rostro. Víctor se acercó a las barricas y las miró con curiosidad. Estaban bien acabadas y, a ojo, calculó que cabrían en su interior diez o doce cántaras. Nada que se acercara a los enormes depósitos de las plantas superiores.

Sabía que en Francia aquella era una costumbre habitual. Envejecer el vino en barricas y dejarlo un tiempo en el silencio y la oscuridad de una bodega refinaba el caldo y le daba un sabor menos fuerte. No obstante, nadie en la zona lo hacía y se seguía elaborando un vino de año, como siempre. Víctor sabía que cierto clérigo lo había realizado con éxito pocos años atrás en la zona de Álava, pero la idea no llegó a cuajar. Pocos estaban dispuestos a dejar de ganar un dinero hoy por hacerlo mañana, y envejecer el vino requería de un cuidado que mermaba el beneficio.

Así pues, el chico sentía curiosidad por ver cuál era el resultado. Adivinando su pensamiento, Martín se acercó a la barrica y con la ayuda de un martillo se dispuso a extraer el corcho de la parte superior.

En sus manos mostraba un sencillo utensilio. Era poco más que una varilla con un recipiente cilíndrico tallado en uno de sus extremos.

—¿Para qué sirve? —preguntó curioso Víctor.

—Se llama venencia. Es un invento para poder catar el vino del interior de las cubas o toneles. Se introduce esta especie de vaso en el líquido y se extrae vino para probarse.

Agradado con su propia explicación, el bodeguero introdujo la venencia en el tonel y pidió a Víctor que trajera dos jarros que había junto a la lámpara.

Cuando se llevaron el vino a los labios la decepción no pudo ser mayor. El caldo sabía más fuerte que cualquiera que hubieran probado. Esperaban algo sutil y delicado, pero su paladar les



conminaba a escupir el amargo líquido.

—¡No entiendo qué ha pasado! —exclamó Martín.

Se apresuraron a abrir el segundo barril. El resultado fue igual. Aquel vino era imbebible, puro vinagre.

—Me temo que no basta con dejar el vino en la barrica y ya está, don Martín. Pero no se preocupe usted. Beberemos el que tiene arriba.

Martín solo pudo asentir mientras maldecía el momento en que se le había ocurrido aquel experimento.

—¿Y ahora qué hago yo con estas barricas tan pequeñas? —se preguntó mirando los toneles con rabia.

—Mi padre habló de hacer un viaje a Burdeos. Le prometo que me enteraré del proceso con todo detalle y repetiremos el experimento si se tercia. Hasta entonces dé orden de vaciarlas y guárdelas usted aquí abajo.

El vinatero se pasó la mano por la poblada barba. Desde hacía unos meses le había dado por dejarse las patillas y el bigote y afeitarse la parte de la barbilla, a la moda. Resopló con resignación.

—Eso será lo mejor —sentenció.

Ambos emprendieron el regreso a la superficie.

## IV

Una semana después, Víctor emprendió con su padre un viaje a Burgos, donde Miguel iba a realizar unas gestiones burocráticas.

Habían llegado la víspera, y tras pasar la noche en una pensión, con las primeras luces se encaminaron a la Diputación donde se entretuvieron gran parte de la mañana. Tras ir de un despacho a otro, salieron del edificio sin concluir sus asuntos.

—¡Malditos burócratas del tres al cuarto! —bramó el comerciante nada más poner un pie en la calle.

Callejearon en silencio en una zona cercana a la catedral burgalesa. Miguel no había vuelto a pronunciar palabra desde que salieran de la Diputación. Caminaba mohíno y a gran velocidad. El día estaba fresco e iban arrebujados en sus abrigos.

A indicaciones de Miguel, se metieron en una pequeña taberna. Su hijo barrió con la mirada el lugar. Era casi la hora de la comida y el pequeño local empezaba a llenarse de parroquianos. Se sentaron a una mesa. De improviso se les unió un hombre elegantemente vestido.

—Hoy Vas a aprender una valiosa lección. Límitate a observar y callar —le dijo su padre, inclinándose para no ser escuchado por el recién llegado.

No se molestó en presentarle al extraño y tampoco este hizo nada por saber quién era Víctor. Pidieron la comida.

El chico decidió hacer caso del consejo paterno y se dedicó a observar sin meter baza en la

conversación. Valoraba mucho que su padre lo hubiese llevado a aquel viaje con él y en lugar de enviarlo de vuelta a la pensión le dejase ser parte de la comida en la taberna. Eso significaba que lo consideraba un hombre en toda regla.

La comida transcurrió sin que él apartara su atención de la mesa. Se sirvió abundante vino. Víctor ya había tenido dos malas experiencias con el tinto y no quería achisparse y que se le trabara la lengua, por lo que decidió moderarse. Por su parte, tanto el extraño como su padre bebían alegremente y ya iban por la tercera jarra de vino cuando el desconocido le habló por primera vez.

—¿Y este mocoso no bebe más? —dijo, haciendo gala de un estado de embriaguez visible—. ¡Vamos, chaval! Acaba ese vaso que te sirvo otro.

—Aún es un niño. Déjalo en paz —indicó Miguel, llevándose el vaso a los labios.

A Víctor aquellas palabras se le clavaron en el estómago como si fuese el filo de un cuchillo. ¿Eso era lo que su padre pensaba de él? ¿Un niño? Le demostraría que estaba equivocado.

Apuró el contenido de su vaso de un trago y extendió el brazo pidiendo más. Eufórico, el desconocido dio una sonora palmada a la mesa para apuntalar su conformidad y le sirvió un generoso trago. Miguel lo miró con expresión neutra y al punto reanudó su charla con el otro hombre. Daba la impresión de que lo que hiciese su hijo le daba igual.

La conversación entre el desconocido y Miguel continuó. Víctor pudo deducir que aquella reunión era un atajo para las gestiones que su padre debía efectuar en la Diputación. Su sensación se confirmó cuando su padre le entregó unas monedas al desconocido.

El chico continuó bebiendo. Cuatro vasos después el mundo giraba a velocidad de vértigo ante sus ojos. Se sentía morir. Una pesadez que parecía afectar a cada poro de su cuerpo lo invadía. Las conversaciones en la taberna le llegaban inconexas, como si estuviesen en otro idioma. De improviso le entraron unas ganas tremendas de vomitar, el vino trasegado pugnaba por vaciar sus tripas. Se levantó precipitadamente y tropezando con las mesas buscó la calle mientras a sus espaldas escuchaba risas y chanzas.

Ya en la calle vomitó hasta que le dolió el estómago. Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer. Se quedó en esa postura unos instantes, con los brazos apoyados en las rodillas y la cara hundida en el pecho. El fresco viento que soplaba le alivió un poco. De improviso su padre se plantó junto a él. El muchacho se apartó el cabello de los ojos para mirarlo. Se sentía tremendamente avergonzado de lo sucedido e intentó balbucir una excusa. La voz grave de su padre lo detuvo.

—Aceite de oliva —le dijo.

Víctor alzó la cabeza y miró a su padre sin entender sus palabras. Su mirada estaba perdida entre mechones de cabello que le tapaban los ojos.

—Antes de beber tómate un vaso de aceite de oliva. Te protegerá el estómago, pero sobre todo te permitirá beber lo mismo que los demás sin que te afecte tanto.

El chico asintió casi sin fuerzas. Miguel se irguió todo lo alto que era y le habló sin mirarlo a la cara. Su mirada estaba perdida en el cielo burgalés.

—No vuelvas a avergonzarme de este modo —sentenció. Sin añadir nada más echó a andar. Víctor hubo de hacer un gran esfuerzo para incorporarse y seguir sus pasos. Cuando se colocó a la par que su padre este siguió hablando en tono calmado y firme—: Ese hombre es un alto cargo de la Diputación. Todas las gestiones de hoy y las que debíamos haber realizado mañana se han

solucionado con un duro de plata. Aprende de ello, no hay nadie en este país que no tenga un precio. Es así como se hacen los negocios en España. Y no olvides que es en las tabernas donde se cierran esos negocios. Aprende a beber y tendrás una ventaja sobre los demás.

Después Miguel calló y dejó a su hijo rumiando sus palabras. Continuaron el resto del camino en silencio.

## V

Embozada en una capa a pesar de la agradable temperatura primaveral, Inés se deslizó en silencio al exterior. Descendió la calle hasta salir fuera de las murallas de la villa y esperó a Jouet en un pequeño huerto con una sencilla casita muy cerca del río. Era el lugar habitual dónde solían verse. El método utilizado para hacer llegar una carta al francés era el acostumbrado. Doña Casilda se había encargado la víspera de contactar con el hombre. El ama de llaves era la única persona en quien Inés confiaba en la casa. Al servicio de sus padres desde que era una niña y después al suyo propio, doña Casilda era el apoyo que la sostenía esos días.

Ni cinco minutos habían pasado cuando François Jouet se internó en el huerto, cuando la vio fue a su encuentro con rapidez. Las llores de los cerezos que los rodeaban hacía semanas que florecían esplendorosas. Ahora los pétalos cubrían el suelo. Jouet se abalanzó sobre la mujer.

—Mi querida Inés —dijo el hombre, besando su mano—. Dos semanas sin verla a usted han sido un suplicio.

La mujer respondió con una cálida sonrisa a aquellas palabras.

—Me ha resultado imposible venir a verlo antes —dijo ella.

—No se excuse usted. Lo que importa es que estamos juntos por fin.

Jouet la estrechó entre sus brazos y la besó con ansias. Se sentaron en un murete de adobe junto a una tapia. Bajo las ramas de una higuera.

—Necesito un favor de usted, François —inquirió Inés de improviso.

—Si está en mi mano —repuso el francés, dándose importancia.

—Mi hijo pretende casarse con la hija de un labriego. Martín Zabala.

—No sé qué entiende usted por labriego. Don Martín Zabala es un floreciente vinatero. O mi español se resiente o llamarle labriego no le hace justicia.

—¡Es un pueblerino en busca de mi título! ¡Eso es lo que es! —Jouet calló. Nunca antes la había visto enojada y la deseó aún con más fuerza. La mujer prosiguió—: Necesito que me ayude a detener esa boda.

El comerciante la miró sorprendido.

—¿Cómo puedo yo ayudarla en eso?

—¿Usted me ama, François?

El francés sonrió confuso.

—Por supuesto que la amo, doña Inés.

—Entonces ayúdeme a detener esta locura. Mi hijo no puede casarse con una pueblerina.

—Pero no veo cómo puedo serle de ayuda.

—Contrate a alguien que dé un aviso a ese advenedizo de Martín.

Jouet parpadeó confuso ante el cariz que estaba tomando aquella conversación.

—No sé si entiendo lo que me quiere usted decir.

Inés se levantó espoleada por la frustración.

—Lo que le estoy pidiendo es que contrate usted a una pareja de bandidos que dé una paliza a don Martín Zabala. Nada serio, solo un susto que le quite las ganas de esa condenada boda, y hágalo antes de que sea tarde.

—Lo que me está pidiendo usted va en contra de la ley.

De improviso la mujer se puso a horcajadas sobre él. Se levantó las faldas y con fuerza tomó la mano del hombre en la suya y la colocó entre sus piernas. Balbuciendo, los dedos de él se abrieron camino bajo la ropa. Inés recibió las caricias con pequeños gemidos, mientras que su boca se acercó al oído y susurró en voz entrecortada.

—Sé que frecuenta usted casas de mala reputación en cuanto le es posible, *monsieur* Jouet. No se preocupe, no me escandalizo por ello. Es usted un hombre y lejos de su esposa, en Francia, tiene necesidades. Pero si me hace este favor, le juro que todo el placer que esas mujerzuelas le proporcionan lo tendrá usted de mí multiplicado.

Los ojos de Jouet estaban fijos en la boca de la mujer. Su lengua asomaba lujuriosa entre unos labios encendidos de deseo. Inés siguió hablando con voz melosa.

—No habrá depravación que le niegue ni pecado que no quiera cometer con una sola indicación de su voz. Seré suya siempre que lo desee, *monsieur* Jouet. Contrate a un par de malhechores y dé un aviso a Martín Zabala para que no siga adelante con esta boda y tendrá en mí una puta.

Jouet se lanzó a su boca movido por un ansia que ignoraba poseer. Sus labios se fundieron en un borrón rojizo alimentado por el deseo acumulado.

—He soñado con esto desde que te vi la primera vez —dijo él.

Su voz entrecortada se mezclaba con besos y los gemidos que volaban fuera de sus bocas. Inés se detuvo y lo obligó a mirarla a los ojos.

—¿Me ayudarás, François?

El hombre asintió con mansedumbre antes de que sus manos se dirigieran de nuevo bajo la falda de la mujer. Buscaron entre la ropa hasta hallar lo que ansiaban. A empujones la llevó hasta la caseta y la besó contra la puerta hasta dejarla sin respiración. Sus hábiles manos trazaban senderos en la piel de Inés. Sus cuerpos se juntaron y él la besó hasta hacerle casi daño. Ella respondió mordiéndole el labio. Jouet se llevó los dedos allí donde los dientes de ella se habían posado y descubrió que sangraba. Divertido la observó antes de lanzarse a su boca de nuevo. Después la subió a pulso, ella le rodeó con sus piernas y así entraron en la caseta.

El camino que unía Haro y Logroño discurría paralelo al río Ebro durante casi todo el itinerario, zigzagueando entre viñedos a ambos lados. Aquel día, una ligera bruma cubría las riberas del río. A pesar de que la víspera un sol primaveral había calentado con fuerza, la temperatura había bajado al caer la noche y ahora numerosas placas de hielo aguardaban al paso de las ruedas. Pese a la pericia del cochero, este miraba con mil ojos el terreno que hollaba el carruaje, los caballos podían pisar el frágil hielo y partirse una pata. Un sol tímido amagaba con salir tras unas pesadas nubes grises, pero el cielo permanecía encapotado.

Existía un servicio de galera que recorría las casi once leguas que separaban la villa jarrera de Logroño, pero estaba destinado al populacho. La galera era poco más que una gran caja con ruedas y toldo para proteger de las inclemencias. Tirado por mulas y sin muelles que mitigaran el irregular terreno, a las molestias propias del servicio había que sumar que se detenía en las postas de varios pueblos. A todas luces resultaba un medio lento e incómodo y era fácil que el coche se retrasara, por lo que muchas veces el carruaje no llegaba a Logroño antes de la hora de la comida. Así pues, en aquel medio de transporte, que algunos calificaban de tortura medieval, no era habitual ver nobles o comerciantes pudientes. Los notables ciudadanos que no podían permitirse un carruaje en propiedad lo alquilaban, aunque no era nada barato. No obstante, cualquier cosa era mejor que ser vistos tomando una galera.

Aunque ese no era el parecer del humilde Martín Zabala, esa mañana dormitaba en el interior del coche simón que circulaba con la capota bajada para proteger al viajante del relente del amanecer. Su destino eran las oficinas del Banco de San Fernando en Logroño, donde pensaba depositar una pequeña cantidad de dinero, fruto de unas ventas. Unos ochenta reales en monedas de plata, una cantidad no demasiado importante, pero bastante elevada para tenerla en casa.

Al doblar un recodo el carro detuvo su tiro sin previo aviso, haciendo que Martín a punto estuviese de golpearse con la parte delantera del vehículo.

El bodeguero ahogó un juramento y se asomó al exterior.

—¿Se puede saber qué sucede?

Las palabras se le helaron en la boca ante el panorama que tenía ante sí. Dos hombres embozados a lomos de sus monturas aguardaban al paso del carro armados con sendas pistolas de chispa. Una de ellas apuntaba a un asustado cochero que, manos en alto, no se atrevía a decir palabra.

No era frecuente que hubiese asaltos en aquella zona, no al menos desde que la guerra carlista concluyera en el cuarenta. Sin embargo, de vez en cuando algún que otro viajero era asaltado. Martín maldijo su suerte, esta vez le había tocado a él.

—Buenos días, caballero —dijo uno de los bandidos—, ¿tendría la amabilidad de bajar del carro?

El tono de voz era tan calmado y las palabras tan corteses que nadie diría que se estaba produciendo un robo. Con una mueca de fastidio Martín Zabala obedeció y puso pie en tierra.

Mientras el tembloroso cochero hacía lo mismo, el bodeguero observó con detalle a sus asaltantes. El que había hablado era alto y delgado y llevaba un pañuelo negro anudado a la cabeza. Martín observó que además lucía una vieja casaca que le venía grande. El otro tenía aspecto patibulario y una gran cicatriz que le recorría el rostro desde el ojo a la barbilla. El del pañuelo descabalgó y dejó su montura al cuidado de su compañero. Con caminar quedo se acercó a su víctima. Aunque el cañón de su arma señalaba el suelo, su tono enérgico y firme decía que en

cualquier momento eso podía cambiar.

—Haga el favor de darnos todo cuanto de valor lleve encima —ordenó.

Martín echó mano de la faltriquera y la sopesó unos segundos, finalmente, se la tendió con un gesto de fastidio. No tenía intención de dar su vida por un puñado de monedas con la efigie de Isabel II.

El bandido dejó caer unos cuantos reales en sus manos e hizo un cálculo rápido. Sonrió de medio lado.

—¿Y el resto?

Zabala se encogió de hombros.

—Eso es todo cuanto llevo encima. ¿Acaso creíais que estabais robando a Pedro Romero?

El asaltante lo miró con recelo un instante. Volvió a revisar la faltriquera y al concluir su arma apuntó directamente a Martín.

—¡Queremos el resto del dinero!

—No hay más dinero.

El del pañuelo lanzó un juramento a voz en cuello.

—¡No mientas! Llevas encima más de cinco doblones de centena. Lo sabemos de buena tinta.

Martín no entendía qué estaba pasando. ¿Quién le había dicho a aquella pareja de sabandijas que lo asaltarán? Dio un tímido paso en dirección al bandido tratando de hacerse entender.

—Os aseguro que no llevo una moneda más. Esos reales son todo lo que traigo encima. Os lo juro por la vida de mi hija.

Las palabras del bodeguero no podían ser más sinceras y el ladrón del pañuelo se dio cuenta de ello al instante. Bajó el arma y de nuevo profirió un juramento.

—¡Maldita sea su estampa! Ese señorito de tres al cuarto nos ha engañado —dijo a su compañero.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el otro.

—¿Qué vamos a hacer? No dejar testigos —dijo el del pañuelo, apuntando su arma en dirección a Martín.

Sin previo aviso el bodeguero se lanzó contra el salteador. Lo golpeó en el pecho con toda la fuerza de su corpachón y este cayó de espaldas al suelo. La pistola salió despedida hasta caer bajo el carruaje. El otro bandolero no se lo pensó dos veces y disparó su arma. Una flor de sangre se formó en el pecho de un sorprendido Martín que cayó a tierra sin proferir palabra alguna. Un grito salió de la garganta del conductor del carruaje que asistía impotente a aquella escena.

El bandido cargó el arma y disparó de nuevo, esta vez el cochero. Después picaron espuela y se alejaron como si en ello les fuera la vida. Tanto fue así que ambos regresaron al norte de Navarra de donde eran originarios y jamás se les vería más al sur de Elizondo.

Martín Zabala murió en el acto. La bala le dio casi en pleno corazón. Peor suerte tuvo el cochero que se desangró lentamente.

Cuando llegó a la escena un carruaje ambos hombres ya habían muerto.

## Capítulo 5

### I

Inés no sabía qué pensar. Desde que llegara al pueblo la noticia de que Martín Zabala había muerto en un asalto estaba en un sin vivir.

Aquello no era lo hablado con Jouet. El francés debía contratar a un par de malhechores que dieran un aviso al bodeguero. Tan solo un susto con el claro mensaje de que debía cesar en su empeño de casar a su hija con Víctor. Pero ¿matarlo? Aquello no entraba en sus planes.

Desde el incidente la mujer no pegaba ojo. Incluso aunque todo fuese una fatal casualidad, si se descubría que había incitado a Jouet a contratar a dos matones podía ser acusada de cómplice de asesinato. Hubo de ejercer sus mejores dotes de actriz en el entierro y dar su más sentido pésame a una desconsolada Matilde, que se abrazó a ella con ansia.

Los remordimientos la martirizaban. ¿Habían sido sus palabras las culpables de la muerte del bodeguero o era todo fruto del azar?

Por si fuera poco, François no daba señales de vida desde hacía una semana. Era habitual que el francés se ausentase de la villa por negocios, pero nunca más allá de dos o tres días. Sus cartas habían dejado de llegar desde el día del asalto de Martín.

La presencia de doña Casilda en el vano de la puerta del salón la sacó de su ensimismamiento.

—¿Otra vez pensando en el condenado gabacho? —le recriminó el ama de llaves. La anciana entró en el salón. La había visto nacer y prácticamente se crio entre sus faldas. La confianza de tantos años de relación le permitía hablar en ese tono—. ¡Olvídate ya de él! Que solo te traerá problemas. Esto no es Bilbao, niña, aquí la gente habla y cuchichea. No tienen nada mejor que hacer en todo el día —prosiguió el ama de llaves.

—Envía a alguien de tu confianza a la pensión y que pregunte por Jouet.

Doña Casilda abrió los ojos como platos.

—¿Te has vuelto loca? Eres una mujer casada. ¿Qué va a pensar la gente si alguien de esta casa hace semejante locura?

—Me importa un bledo lo que la gente opine. Estoy harta de esperar. Tengo que saber a qué atenerme hoy mismo.

El ama de llaves intuyó que sucedía algo que no alcanzaba a comprender del todo. Se sentó en el sofá junto a Inés. Le tomó la mano y la miró con fijeza.

—Te conozco desde el día que te parieron. A ti te pasa algo.

Durante el tiempo que duraba un latido de corazón la señora estuvo a punto de confesar la

verdad. Sabía que, incluso si revelaba que había conspirado junto con el francés y tenía algo que ver con lo sucedido a Martín, el ama de llaves estaría de su parte. No obstante, decidió guardarse aquella información para ella de momento.

—Me pasa que llevo toda la vida esperando y estoy cansada. Envía alguien a la pensión de Jouet y que no venga sin una respuesta.

El ama de llaves asintió en silencio.

En la cocina del piso inferior Luisa, Carmen y Adelina hablaban en una pausa antes de comenzar con la preparación de la comida. Como no podía ser de otro modo, la conversación versaba acerca del asalto de Martín.

—¡Qué pena lo del señor Zabala! —comentó Adelina con tristeza.

—¿Creéis que afectará a la boda del señorito Víctor con Mariola? —inquirió una curiosa Luisa, señalando al techo. Aquella era la seña que usaba el servicio para referirse a cualquiera de los señores de la casa.

La cocinera negó con vehemencia.

—¡Anda esta! ¿Y por qué habría de afectar a la boda? ¿Acaso se casaba él?

—No, mujer. Pero, al fin y al cabo, era quien iba a llevar a su hija al altar.

—Pues si el padre no puede alguien la llevará. No sea que por una bala salga la señora Inés ganando —dijo con malicia la cocinera.

—¿Por qué dices eso? La señora ya ha dado sus parabienes a la boda —señaló Luisa.

—¡Que te crees tú eso! La señora marquesa cree que Mariola es poca cosa para su hijo. ¡Que cada vez que el señorito Víctor y la chica están juntos se la llevan los demonios! Si no fuera porque el señor la ha obligado, a buena hora daba esa su bendición. Le debe parecer que los del pueblo no somos suficiente para ella.

—Mujer, creo yo que después de todo este tiempo la señora tiene otra opinión del pueblo...

—De eso nada, que esa tiene a menos vivir con unos pueblerinos como nosotros. Bien claro parece que le tira más lo francés que la tierra.

Luisa y Adelina ahogaron una risa maledicente.

—¿Y tú qué dices, Carmencita? Que tú por no pecar no hablas —inquirió Adelina, plantándose frente a la sirvienta.

La chica se encogió de hombros. Como era habitual, asistía muda a la conversación de las dos mujeres. Cumplía a rajatabla su máxima de oír, ver y callar.

—A mí eso ni me va ni me viene. Y no me llames Carmencita, que no me gusta nada.

—¡Hija, tú siempre tan callada cuando se trata de los de arriba! —se quejó la cocinera.

Luisa quiso meter baza en la conversación.

—Hablando de los de arriba, ¿os habéis fijado que desde hace una semana el francés ya no viene por la casa?

La voz firme de doña Casilda interrumpió a Luisa y tronó en la cocina. Brazos en jarras, su presencia era temida como si se tratase de un nublado.

—¿Se puede saber qué hacéis ahí como pasmarotes? ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que darle a la sinhueso?

El grupo se disolvió al instante.

—Tú no, Carmen. Ven conmigo.

Ambas mujeres salieron de la cocina. Ya en el portal, doña Casilda la llevó a un aparte y le



habló con firmeza, un dedo sarmentoso apuntalaba cada palabra.

—Lo que te voy a encargar ha de quedar entre tú y yo. Si me entero de que cuentas una sola palabra de esto a alguien te pongo de patitas en la calle. ¿Está claro?

—Usted ya sabe que yo soy una tumba.

El semblante del ama de llaves se relajó un instante. Su voz tenía ahora un tono confidente.

—Lo sé. Por eso te encargo esta labor. —Hizo una pausa. Carmen supo al instante que a la anciana le costaba pronunciar aquellas palabras—. Llégate a la pensión de la plaza y pregunta si el señor Jouet sigue alojándose ahí o se ha ido. En ese caso pregunta dónde se fue. ¿Lo has entendido?

La criada miró a doña Casilda de hito en hito. Se sacudió la sorpresa como pudo antes de que el ama de llaves la recriminara por su actitud.

—Deme usted unos reales —dijo.

—¿Cómo te atreves?

—A la dueña de la pensión no va usted a callarla con unos reales, pero tiene una chica que la ayuda con las camas y a preparar la comida. Con unas monedas esa no dice nada. Digo, a no ser que quiera usted mañana que todo el pueblo se entere de que alguien del palacete ha ido a preguntar por el francés.

El ama de llaves tardó una décima de segundo en entender lo que Carmen le decía. Rebuscó entre sus ropas y le tendió unas monedas.

—Con estas bastará —dijo Carmen, devolviéndole un par de ellas.

La sirvienta salió del palacete por la puerta de atrás.

Al poco llegó a la pensión. Tras preguntar por la chica que ayudaba en la casa, esta la atendió en la escalera.

—¿Está el francés? —preguntó Carmen.

La chica la estudió recelosa durante unos segundos.

—¿Quién lo quiere saber?

Carmen sacó una moneda de entre sus ropas.

—Aquí, mi amiga doña Isabel —dijo.

La efigie de la monarca brillaba en la palma de su mano. La chica cogió la moneda y se la guardó en un bolsillo.

—Dile a tu amiga Isabel que el francés hace seis días que se fue y nadie sabe dónde.

—¿No ha dejado señas por si alguien preguntaba por él?

—Yo de eso no sé nada. Tendrás que preguntarle a la dueña. Pero me extrañaría, porque se ha ido antes de cumplir el mes que tenía pagado.

Carmen le tendió otra moneda.

—Dice mi amiga doña Isabel que no quiere que se sepa que nadie ha venido a preguntar.

La chica cogió la moneda y sin decir palabra volvió a meterse en casa. Carmen regresó al palacete y contó lo que sabía a doña Casilda.

Cuando concluyó le esperaba una sorpresa: su padre había muerto.

## II

A las cinco del día siguiente el cortejo fúnebre recorría las calles en silencio. Un carromato conducido por un grave conductor llevaba la sencilla caja de madera. Delante de él iba don Pedro, el párroco, acompañado de un par de monaguillos abriendo la comitiva. Detrás iban la familia, vecinos y amigos. Todo el mundo conocía al difunto de un modo u otro. Bien fuera porque hubiesen compartido un azumbre de vino con él o porque Haro era un pueblo pequeño.

Junto a sus hermanos, Carmen caminaba en silencio. El sonido de las pisadas en el empedrado producía un suave murmullo que se unía a los cuchicheos de los presentes. Su madre iba del brazo de Marcos. El joven era ahora el cabeza de familia y como tal debía de comportarse. Los hermanos pequeños caminaban contagiados del aire serio de la procesión.

Llegados al cementerio solo la familia se acercó a la tumba que estaba recién abierta en la tierra. Don Pedro alzó la voz, su responso se limitó a repetir vaguedades y tópicos de otros entierros.

Eso no le impidió aceptar los reales que Carmen le dio para misas en honor del alma del difunto. A la joven aquel gesto le parecía artificial, si había un infierno, su padre estaría pudriéndose en él. A pesar de ello, cumplió con su obligación.

Concluido el sepelio, la gente fue retirándose poco a poco. Carmen se iría también. No tenía nada más que hacer allí. A punto de salir del camposanto su madre se le acercó a grandes zancadas. Marcos iba a su lado, tratando de calmarla.

—¡Tú lo has matado! —le espetó a bocajarro.

Carmen esperaba algo así. Sabía que una vez su función como pagadora hubiese concluido su madre no tardaría en echársele encima. Pero no estaba dispuesta a entrar al trapo. Se dio la vuelta e ignoró a la mujer. Aquel desprecio fue peor que cualquier cosa. Su madre la agarró por el hombro y la obligó a mirarla.

—Tu humillación lo ha matado. Debería de caerse la cara de vergüenza.

—El vino ha sido lo que le ha matado, no yo.

Su madre la miró y se echó a llorar. Carmen volvió a enfilar la salida del cementerio.

—Era un buen hombre. No se merecía esto.

La joven no aguantó más. Ante aquel comentario ya no podía callarse. Se encaró a su madre sin importarle que la gente las mirara.

—Era un borracho y un vago. Usted misma sabe mejor que nadie lo que ese animal podía hacer cuando bebía. Sí, era muy simpático en la taberna, cuando había vino de por medio. Pero en casa era una bestia. Está mejor en la tumba en la que está. De milagro no ha matado a uno de sus hijos de una paliza.

—¡Tu padre era una buena persona! No te consiento que hables así de él.

—¿Quiere que cuente a todo el mundo lo que ese santo me hizo? ¿Quiere que les cuente lo que usted y yo sabemos?

Ante aquellas palabras la madre se quedó callada y quieta como una piedra. En sus ojos brillaba un temor absoluto a lo que Carmen pudiera decir.

La mirada aterrada de sus hermanos pequeños le hizo detenerse. Ellos no se merecían aquello. Agachó la cabeza y sollozó de pura rabia.

—Era una bestia —dijo en voz baja a modo de sentencia.

Todo el mundo la miraba con los ojos como platos. De repente asintió el peso de todas aquellas miradas sobre ella y no pudo soportarlo. Dentro del bolsillo apretó el reloj y se alejó en dirección a la salida.

Antes de salir del camposanto su hermano Marcos se le acercó a la carrera. Ambos estaban muy unidos desde niños.

—No quiero que dejes de venir a vernos por culpa de madre le dijo al borde del llanto.

—Eso no va a pasar nunca. Te lo prometo.

El chico pareció serenarse con aquellas palabras. Con la muerte de su padre el mundo entero se le había venido encima. Ahora era el cabeza de familia y su trabajo como aprendiz de tonelero no dejaba mucho dinero, pero era todo cuando tenían.

Ambos hermanos se despidieron con un abrazo. La chica lo vio alejarse y sintió lástima por el futuro que le esperaba.

Durante una hora Carmen caminó sin rumbo fijo. Su hogar era ahora el palacete de los Arriola, pero no quería pasar la noche en él. Pensó en Ángel, y decidió aguardar a que cayera el sol.

El joven dormía en una habitación alquilada junto a la plazuela de San Martín. Su ventana daba a la calle, así que Carmen buscó en el suelo una piedra y la lanzó contra los cristales. Hubo de repetir aquello tres veces. Por fin, el rostro somnoliento del chico se asomó a la ventana.

—¿Quién va? —preguntó.

—Soy yo. Ábreme, anda.

—¿Carmen?

Minutos después, la puerta de la calle se abrió. Ángel solo llevaba los pantalones puestos. Su torso brillaba a luz del candil que usaba para guiarse en la oscuridad. Entraron en silencio. Carmen suspiró al traspasar el umbral, esa noche necesitaba más que nada sentirse amada en brazos de alguien. Tenía que huir lejos del vacío que se había instalado en su interior y llegar a donde nunca había llegado con él.

Subieron las escaleras en silencio y cerraron la puerta de la habitación tras de sí. El cuarto solo tenía un catre pequeño, una silla y una cómoda desgastada. Dentro olía a sudor y a cerrado. La luz de la calle entraba por los resquicios de las contraventanas tiñendo la escena de un azul que parecía casi irreal.

Se besaron a los pies de la cama. Todo eran prisas y caricias atropelladas. Ella lo serenó. Tomó sus manos y las guio por el interior de sus muslos. Aquellas manos estaban acostumbradas a la dura tierra, pero se convertían en suaves cuando rozaban la piel de la mujer amada. Se dejó hacer. Quería sentirse como arcilla en los brazos de él. Sopló la llama de la vela.

Lo tomó de la mano y lo atrajo hacia la cama. Se tumbó y le invitó a ponerse sobre ella. Un gesto de lujuria iluminó el rostro del chico. Carmen lo quería dentro, donde nadie había llegado jamás. Le acarició la nuca mientras él entraba entre sus piernas. El calor de su cuello, el cabello húmedo de sudor deslizándose entre sus dedos. Se sentían flotar.

El chico comenzó a gemir como un animal. Su cuerpo brillaba perlado de sudor. Ella le acarició el pecho y se llevó los dedos a la boca. Quería saborearlo, llenarse de él.

Ángel gemía cada vez con más fuerza. Carmen sentía tanto dolor como placer y ambas cosas le parecían adecuadas al momento. Se asió a los fuertes brazos de su novio y cerró los ojos. Un mar de oscuridad bajo sus párpados y nada más. Aquella noche quería estar lejos de todo. A oscuras

buscó la boca del chico y se besaron; no como si no hubiese un mañana, sino precisamente porque lo había y empezaba ahora.

Tras unos empellones más, él se arqueó y ella sintió una ola de calor inundar sus entrañas.

Resoplando, Ángel se apartó de ella y se quedó tendido a su lado. La oscuridad era total y tan solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones entrecortadas. De improviso, Carmen sintió un frío que la calaba hasta los huesos. Buscó el cuerpo cálido de Ángel y este la abrazó. Sin saber por qué, sintió un profundo deseo de llorar y abrazada al hombre que la amaba se dejó llevar por aquella necesidad.

No recordaba cuándo se había quedado dormida. A su lado, Ángel también dormía a pierna suelta. Estaba casi amaneciendo. Se levantó de la cama, se vistió y salió a la calle en silencio.

Acertó al pensar que la puerta trasera del palacete estaría abierta. Se deslizó en el interior dispuesta a acometer sus labores, como si lucra un día cualquiera. La presencia de doña Casilda en la cocina la asustó.

—Creía que no volvías hasta mañana —dijo la mujer.

Desde hacía unos meses el ama de llaves dormía tan poco como un búho.

Carmen no respondió. Se acercó hasta la pared donde estaba migado el delantal y se lo puso de espaldas a ella.

—¿El entierro ha ido bien? —La criada no supo qué decir. Se encogió de hombros por toda respuesta—. Le pagaba. ¿Lo sabes? A i u padre, le daba dinero. —Los ojos verdes de Carmen reflejaban una sorpresa auténtica—. Creía que lo sabías. De vez en cuando le daba alguna moneda. No gran cosa, el pobre infeliz se contentaba con muy poco.

—¿Por qué? —preguntó Carmen.

—Porque de otro modo no te hubiese dejado en paz.

Carmen se mordió el labio inferior.

—Gracias —acertó a decir y los ojos se le llenaron de lágrimas.

### III

La víspera Jouet había dado señales de vida. Un mensajero trajo una carta de su puño y letra. En ella le decía que había tenido que ausentarse unos días de Haro y la conminaba a reunirse con él al día siguiente en el huerto junto al río donde solían verse. Inés entendió que la urgencia se debía al asunto de Zabala.

Miguel andaba esos días ocupado y no solía llegar a casa hasta bien entrada la noche, por lo que a la mujer no le costó nada escaparse hasta el lugar convenido tras la misa de siete. Ni siquiera se lo dijo a doña Casilda. Estaba segura de que el ama de llaves intentaría convencerla de que no asistiese a la cita.

La oscuridad comenzaba a adivinarse en el cielo cuando llegó ni lugar acordado.

Le extrañó que Jouet no la esperara en el exterior como era su costumbre. Se dirigió a la casa. Abrió la puerta y entró en ella. Era una sencilla edificación de adobe que el francés había

alquilado junto al resto de la finca para sus encuentros. Dentro no había nadie, tan solo el desvencijado catre que tan bien conocía, una silla y una pequeña mesita con una jofaina ahora vacía. Esperó en silencio mientras fuera el sol se ocultaba ya del todo y la noche se adueñaba del mundo.

Al poco la puerta volvió a abrirse y alguien entró.

—Hola, querida.

La voz de Miguel a sus espaldas la sobresaltó. Confusa, no supo qué decir. Se quedó con la boca abierta y un rictus de sorpresa pintado en su rostro.

—Veo que esperabas a otra persona —dijo su marido con sorna. Inés hizo amago por fin de reaccionar y balbució una excusa. Miguel la detuvo con un movimiento de la mano.

—No te esfuerces en disculparte. Resultaría patético a estas alturas.

El hombre bosquejó una mueca de desprecio.

—¿Crees que no lo sabía? ¿Por tan ciego me tienes?

Las palabras del hombre resonaron en la caseta. Inés estalló de rabia. Él no tenía derecho a juzgarla.

—Tú me empujaste a ello. ¡Obligándome a venir a este pueblucho! Miraste para otro lado.

—Hice más que eso. François y yo arreglamos todo para que vuestros encuentros no fuesen un problema. ¿De verdad crees que este sitio lo había alquilado ese gabacho? Pues no. Son mis reales los que pagan tu adulterio.

La mujer no entendía lo que estaba sucediendo. ¿Era real tamaña indignidad?

—¿Me compartiste como si fuese...?

—Como si fueses una propiedad a la que sacar partido, querida. Nada más. Ponernos de acuerdo en el precio fue sencillo. El francés tenía lo que quería y yo también.

—¿Tú? ¿Tú qué sacabas de todo esto?

Miguel se tomó su tiempo para responder. Estaba disfrutando de aquel momento. Como un castillo de naipes el mundo de su esposa se venía abajo gracias a él. Con pasos calculados caminó hasta la pared opuesta.

—Nuestro amigo Jouet tenía durante unos meses el capricho que quería y yo el tiempo necesario para mis manejos. Mientras tú estabas ocupada encamándote con ese franchute, yo estaba comprando el vino de la próxima cosecha. Tu querido *monsieur* Jouet ha resultado no ser nada más que otro heredero consentido y sin empuje para nada en la vida, excepto sus pasiones. El vino, el juego y, por supuesto, las faldas. Sencillo de manejar. ¿Quieres saber dónde está ahora?

A pesar de las revelaciones de su marido, Inés se moría de ganas de saberlo. Aguantó con estoicismo y se mordió las palabras que pugnaban por salir de su boca. Aun así, Miguel respondió a su propia pregunta.

—Imagino que a estas alturas estará cerca de Francia y habrá de explicar a su padre por qué no tiene ni una sola arroba de uva comprada. Temo que no volvamos a disfrutar su presencia nunca más por aquí.

—Está bien. Se acabó, has ganado. ¿Qué harás ahora? ¿Repudiarme públicamente?

El hombre sonrió con satisfacción. Su mujer ignoraba que aún se guardaba un as. Una confesión que se clavaría como un puñal en el alma de Inés.

—No, querida. Esto no se ha terminado, aún queda lo mejor. Hace dos semanas François vino a verme. Estaba nervioso, muy agitado. Me contó vuestra conversación. Me dijo que le habías

pedido que contratara a un par de hombres para que dieran una paliza a Martín y le dijeran que se olvidara de casar a su hija con Víctor. Confieso que cuando se anunció la boda supe que te volverías loca de rabia, pero ¿esto? Era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Le dije que dejara todo en mis manos y que lo mejor sería que regresara a Francia antes de que el asunto le salpicara. No sin antes hacer que firmara una declaración con lo que acababa de contarme. Por supuesto, a él le dije que trataría de hacerte entrar en razón y que esa declaración solo sería usada en caso de necesidad. Después, yo mismo contraté a dos rufianes, a quienes aseguré que esa mañana nuestro amigo Martín transportaría una suculenta cantidad de dinero. Lo de que lo mataran fue cosa suya. Aunque admito que intuía que el asunto se pondría peligroso si no encontraban los doblones, nunca creí que llegaran a tanto.

—¡Tú eres quien lo ha matado! No te saldrás con la tuya, Miguel.

El hombre lanzó una teatral carcajada.

—Ya lo he hecho, Inés. Con la declaración de Jouet nadie dudará de que tú has sido la instigadora de lo sucedido. Todo el mundo lo verá claro: el francés huyó en cuanto las cosas se pusieron feas, y tú misma contrastaste a los ladrones que mataron al pobre Martín.

—Esa declaración no prueba nada, solo es un papel firmado por un cobarde.

—Un cobarde con el que todo el pueblo sabe que te veías a espaldas de tu marido. Además, es notorio que te opones a la boda. Nadie dudará de mi versión.

—Contaré lo que acabas de decirme, que estabas de acuerdo con François, que fuiste tú quien contrató a esos dos bandidos...

—¿De verdad crees que alguien dará crédito a la versión de una adúltera?

Inés estaba tan atónita como enrabiada. Su boca se abría y cerraba con un movimiento maquinal. Entendiendo la gravedad de aquello a lo que se enfrentaba, acabó por claudicar. Miguel tenía razón. Nadie escucharía su versión. Trató de sacar de sí misma toda la dignidad de la que era capaz.

—¿Y ahora qué? —dijo.

El hombre sonrió y de dos pasos se plantó junto a ella. Aunque su rostro era sereno, sus ojos emitían una furia amenazadora.

—Ahora harás lo que se te pida en cada ocasión. Para empezar, te olvidarás de regresar a Bilbao, anularás la cláusula de nuestro matrimonio que me impide tocar el dinero de tus padres y pondrás las tierras heredadas a mi nombre. Asistirás a la boda de tu hijo con Manola con la mejor de tus sonrisas y estarás a mi servicio siempre que lo desee. No te preocupes, que solo te quiero para aparentar que somos un matrimonio. A tu cama eres libre de llevar a quien quieras, pero procura que nadie lo sepa. Ya he sido cornudo una vez, dos sería culpa mía y me obligaría a tener que hacer algo al respecto. En otras palabras: te ruego que si en el futuro pretendes tener un amante este sea menos conocido que Jouet. Un mozo de cuadra o uno de esos labriegos que tanto detestas, por ejemplo. —La mujer se mordió las ganas de replicar. La humillación era el tributo que su marido exigía. La última demostración de que era él quien mandaba—. Bien, si estamos de acuerdo firma esto. —Miguel le tendió un pergamino.

En él renunciaba a la herencia de sus padres en favor de su esposo. Inés firmó. No tenía otra opción.

Su marido se guardó el documento con la rúbrica y sin añadir nada más salió de la caseta a grandes zancadas.

—Alguna vez alguien te hará pagar por todo esto, Miguel.

El hombre se detuvo bajo el marco de la puerta.

—Tal vez, querida, pero no será hoy.

## Capítulo 6

### I

Pese a la muerte de Martín la boda seguía su curso según lo previsto. Matilde estaba henchida de entusiasmo. No veía la hora en que Víctor y su hija estuvieran frente al altar. Tras quedar viuda, aquella era toda la ilusión que le quedaba. Por su parte, Mariola estaba cada día más nerviosa.

La fecha quedaba cada vez más cerca, tan solo faltaban diez días.

Miguel seguía con sus negocios lejos del pueblo y pocas eran las noches que pasaba en su casa. En el pueblo se rumoreaba que asuntos de camas ajenas tenían la culpa de aquello.

Inés apenas se dejaba ver. Aunque todo Haro sabía que era debido a su marido, la mujer había acabado por dar su bendición a la boda. Sin embargo, no participaba de ninguno de los preparativos de esta. Es más, nunca salía de casa y las contadas veces en que lo hacía era para asistir a misa. Nadie tenía trato con ella.

En cuanto a Víctor, su vida consistía en instruirse cuanto podía en el mundo del vino. El chico aprendía deprisa e incluso echaba una mano siempre que le era posible en la bodega de los Zabala. Ahora que Martín había muerto, el negocio quedaba en manos de Matilde, pero estaba claro que a pesar de que ofertas no le faltarían era cuestión de tiempo que lo cediera a quien iba ser en breve su yerno. Al fin y al cabo, las mujeres no sabían nada de aquellos asuntos.

### II

El día de la boda el tiempo no podía ser mejor. Lucía el sol y un cielo azul que no parecía tener fin se extendía sobre sus cabezas. Alguna nube se mantenía cerca de los montes, pero la lluvia parecía descartada.

Junto a la puerta de la iglesia de Santo Tomás, Víctor elevó su cabeza y contempló la fachada. Tomó consciencia del paso que estaba a punto de dar. Miró a su padre junto a él, y a su madre que estaba un poco apartada de ellos. ¿Su matrimonio con Mariola sería igual de desgraciado? Alejó aquellos pensamientos de su cabeza y se concentró en la espera.

Eran las once de la mañana y el calor primaveral empezaba a notarse. Tiró con fuerza de las solapas de la chaqueta. Llevaba un viejo traje negro arreglado para la ocasión. Galera negra a la



cabeza y por primera vez en su vida bastón. Juguetaba nervioso con él por la falta de costumbre.

—¡Ya llega la novia! —gritó alguien con algarabía.

Varios miembros distinguidos de la villa asistían a la boda. Nadie importante quería perderse la boda de la hija del difunto Martín Zabala. Aunque lo hacían por su propia iniciativa, ya que hablando en sentido estricto no había más invitados que la familia cercana a los novios.

Tras el preceptivo retraso, finalmente el coche de los Zabala llegó a la plazuela frente a la iglesia.

Matilde descendió sabiéndose protagonista del momento. Al instante, una pléyade de interesados la rodeó y le dio la enhorabuena. La mujer estaba encantada con el interés que despertaba y tan solo echaba de menos a su esposo para que la felicidad de aquel día fuera completa. Imaginó que de estar presente el bodeguero este estrecharía las manos que le fueran tendiendo con un mohín de incomodidad, pero igual de orgulloso que ella.

Cuando Mariola descendió del carro se hizo el silencio. La joven llevaba un sencillo vestido en color marfil de corte alto que realzaba su busto. Muy del gusto parisino. Al verla, Víctor no pudo sentirse más dichoso. Se iba a casar con aquella hermosa mujer.

Matilde sabía que Inés no estaba de acuerdo con aquella boda. Para la marquesa de Beria su hija no era suficiente para Víctor. De todas formas, besó a su futura consuegra con efusividad por mantener las formas.

Los cinco se encaminaron a la entrada de la iglesia con andar ceremonial. Inés iba unos pasos por detrás del resto.

Víctor observó detenidamente a su madre. A pesar de que mantenía el porte altivo, se la veía apagada. Siempre había sido muy devota, pero desde hacía un tiempo la religión era su modo de vida. Asistía con fervor a misa y a cuanto acontecimiento religioso acontecía en la villa. Pero todo ello desde la soledad más absoluta. A excepción de doña Casilda, pocas eran las personas que cruzaban más de una frase con ella. Ni siquiera él. Se fijó que llevaba un sencillo vestido que no realzaba su figura en modo alguno. Qué lejos estaban los tiempos en que la mujer estaba al tanto de la moda y observaba cuanto estaba en su mano para enaltecer su belleza. Comparando con la alegre jovialidad que desprendían los presentes, Inés parecía asistir a la ceremonia solo porque era su obligación. Su rostro no reflejaba emoción alguna.

Don Pedro les recibió en el altar. El anciano párroco estaba desmejorado. Tosía a menudo y su rostro estaba blanco y perlado de sudor. En el pueblo se empezaba a cuchichear que en breve vendría un nuevo sacerdote ya que don Pedro no llegaba a Navidades.

Pese a su aspecto, el cura llevó a cabo la ceremonia sin titubeos. Su voz entonaba con energía las frases en un latín perfecto. A Víctor aquello se le hacía eterno. No veía la hora de salir ya convertido en marido de Mariola. Se fijó en la joven mientras el párroco recitaba un párrafo de las Sagradas Escrituras.

Su futura mujer estaba preciosa. Con el cabello recogido en un discreto moño a su espalda, era imposible no mirarla extasiado. La modista había elegido dotar al vestido de la novia de un generoso escote que completaban unos hombros descubiertos. El talle ajustado y liso y la alta cintura contrastaban con el amplio vuelo de la falda bordada y le daban un aire discreto y sensual. Víctor adivinó la mano de Matilde tras ello. La largura de la parte inferior del vestido hacía que, arrodillada como estaba ahora, la tela se plegara y necesitara de ayuda. Al contemplar los voluptuosos hombros de Mariola y la delicada curva de su busto se estremeció. Esa noche aquel

cuerpo sería suyo. Sintió que una punzada de lujuria acuchillaba su estómago. Hubo de forzarse a dejar de pensar en ello, estaba en un templo.

Poco después caminaban por el pasillo central de la iglesia, ya convertidos en marido y mujer.

Miguel fue el primero en felicitar a la nueva pareja. Después lo hizo Matilde, quien no escatimó en afectos para los dos, y, ante la sorpresa de Víctor, su madre se acercó y tuvo unas palabras con ellos.

—Te deseo lo mejor, hijo —dijo, acompañando las palabras de una sonrisa franca.

Después felicitó a su nueva nuera y se alejó en dirección a la calle. Víctor no pudo evitar sentir tristeza al ver lo alejado que se sentía de su madre. Pero no se permitió desanimarse. Era el día de su boda. Miró a su esposa a los ojos y le sonrió. Con un gesto la conminó a salir.

Fuera, una multitud de niños se apelotonaba ante la puerta de la iglesia. Esperaban que los nuevos novios les lanzaran caramelos, guirlache o cualquier otro dulce y, si había suerte, alguna moneda de cobre. Una costumbre que Martín hubiera estado encantado de mantener viva. Ante su ausencia, fue un pariente cercano el encargado de llevarla a cabo.

Cada lanzamiento era recibido con un griterío ensordecedor. Los chavales se lanzaban a por los caramelos como si les fuese la vida en ello. Cuando no hubo más por lo que pelearse se alejaron a disfrutar de su botín.

Las dos familias se encaminaron a la casa de los padres del novio.

El palacete estaba engalanado con cintas de colores y ramos de azahar y otras flores. El servicio al completo recibió a la nueva pareja en el portal y sus miembros fueron felicitando a los jóvenes de uno en uno. Concluido aquel acto se dirigieron al comedor del primer piso.

La estancia había sido arreglada para la ocasión. Numerosas guirnaldas y flores enganchadas al mantel alegraban la vista y daban un aire de fiesta al evento. Un cuarteto de música venido desde Burgos amenizaba la comida. Al banquete solo asistían, junto a los novios y sus padres, un pequeño grupo de parientes de Mariola, algunos de los regidores de la villa y el cura. Menos de dos docenas en total.

Por lo general, no era cometido del servicio atender las mesas en esas ocasiones, tal labor recaía en los llamados caballeros de honor. Estos solían ser amigos del novio y parientes lejanos y eran los encargados de que nada faltara ese día. Pero, por petición de Víctor, se optó por que las criadas sirvieran la mesa y se contrató a un par de chicas como refuerzo. Doña Casilda se afanaba en que todo saliera bien y desde primera hora había estado dando órdenes. No quería extraños en sus dominios, y aceptó a regañadientes la ayuda extra.

Tras recibir las felicitaciones de todo el mundo, la nueva pareja se sentó a la mesa. Los dos flanqueados por sus respectivos padres, como mandaba la tradición.

La comida salía de la cocina y era llevada a la mesa con celeridad. Carnes, pescados y asados diversos eran puestos ante los comensales que los devoraban con ganas. Era casi la una de la tarde, así que dado lo tardío de la hora había apetito de sobra entre los presentes.

Todo era regado con el vino que el difunto Martín había dispuesto para la ocasión y se hizo más de un brindis en su honor. Con la primera copa en el paladar Víctor pensó en su suegro y en el incidente de las cubas y el vino envejecido. Cuando él tomase el control de la Bodega Zabala haría un vino del que sentirse orgulloso, las cosas serían diferentes.

El postre consistía en una tarta que Adelina había elaborado según las órdenes de doña Casilda; de dos pisos, relleno de crema y sin escatimar azúcar en el exterior. La cocinera puso

todo su esmero en el postre y hubo murmullos de admiración cuando las criadas entraron con el pastel al comedor.

Como la ceremonia de corte de la tarta requería de los novios, estos se pusieron en pie y salieron al centro de la estancia donde se alojaba la mesita de los postres. Mariola cortó la primera porción y con gran boato se la ofreció a su marido ante los vítores y aplausos de los presentes. Cogidos de la mano regresaron a sus asientos. La pareja era la viva imagen de la felicidad. Se repartió el pastel entre el resto de los presentes que dieron buena cuenta de él con ganas.

Concluido el banquete, los invitados se dirigieron al salón donde tomarían el café. Como de costumbre, hombres y mujeres hicieron corros diferentes, cada cual con sus cosas. Después, cuando la charla se volvió más animada, los presentes se disgregaron en varios grupos.

Sentados en diferentes mesas, Mariola y Víctor se buscaron con la mirada en varias ocasiones. Para entonces la novia ya se había cambiado de vestido, ahora llevaba uno menos ceremonial, pero que realzaba su cuerpo de idéntico modo. Víctor no veía el momento de quedarse a solas con ella. Ahogó las ganas en la bebida y atendió a la conversación.

Los temas eran de naturaleza local e incidían en la cosecha de uva del año. Aunque nadie lo decía en voz alta, todos censuraban que Miguel se hubiese hecho con casi la totalidad de ella. En el fondo, pecaban de envidia y todos se preguntaban por qué no se les había ocurrido aquello a ellos. Sobre todo ese año, que la cosecha se presentaba espléndida y toda la producción de vino se vendería mucho antes de lo habitual. La plaga de oídio no remitía y asolaba prácticamente toda Europa. Esas semanas no paraban de llegar comerciantes franceses en busca de vino y todos habían de tratar necesariamente con Miguel. La demanda era alta y Arriola podía marcar el precio que quisiese. Después de la vendimia iba a ser un hombre muy rico.

—¿Cómo va el asunto de la casa, Víctor? —quiso saber el párroco.

La pareja había alquilado una casona en la parte alta de la villa. Pero se trataba de un edificio antiguo y debía arreglarse antes de ser habitable.

—Para el año que viene estará lista.

Aquello pareció ser del agrado de don Pedro.

—Ya se sabe que el casado casa quiere, aunque sea un detalle que tu padre se ofrezca a que viváis con ellos.

Como si supiese que se hablaba de él, Miguel interrumpió la conversación.

—Hijo. Hay algo que quiero decirte —exclamó con el aire ceremonioso que reservaba para las grandes ocasiones—. He esperado hasta este día para comunicártelo. ¿Recuerdas aquel viaje a Burdeos que tú y yo íbamos a emprender? Mediante un comerciante de Bilbao he conseguido que sea posible. Nos vamos en tres días.

Víctor miró a su padre sin saber muy bien qué decir. Por fin abrió la boca.

—¿Tres días? Padre, acabo de casarme. No puedo dejar a Manola sola.

Miguel restó importancia a las quejas de su hijo.

—Tienes toda la vida para estar con tu mujer. Hasta te cansarás de ello, créeme. Pasaremos todo el verano en Burdeos. ¿Qué mejor sitio para aprender? Además, no tendremos otra oportunidad como esta.

Víctor se debatía. Por un lado, nada le apetecía más que ese viaje. Allí podía terminar de aprender lo que necesitaba, pero no deseaba dejar a Mariola sola ahora que acababan de casarse.

Mucho menos todo el verano.

—Tendría que hablarlo con Mariola.

—Tonterías, eso no es asunto de ella —prosiguió Miguel, apoyando su mano en la espalda de su hijo—. Necesitas ver mundo. No meterte bajo las faldas de tu esposa. Ya tendrás tiempo de hartarte de ella. Nos quedaremos en Francia hasta antes de la vendimia. Hay mucho que podemos aprender de esos gabachos.

A regañadientes, Víctor reconoció que pocas cosas le apetecían más que pasar el verano aprendiendo las técnicas de cultivo y elaboración del vino de las que tanto había oído hablar. Buscó con la mirada a su esposa. Esta reía en mitad de un grupo de familiares, ajena a lo que estaba sucediendo a pocos pasos.

—¿No podría venir Mariola? —preguntó.

—Es un viaje demasiado largo para una mujer y allí se aburriría como una ostra. Es mejor que se quede aquí, con tu madre. Se harán compañía.

—Mariola podrá aprender de su vida cristiana y fervorosa —señaló el párroco, mirando a Víctor.

La referencia a Inés pilló por sorpresa a todos. Incluso hubo quien debió sofocar una risa ante el comentario. El párroco parecía ignorar lo sucedido.

Víctor tenía que aceptar aquel viaje aun con reticencias. En el mejor de los casos, al volver de Burdeos podía tomar el control de la bodega de Martín y llevar el negocio con lo aprendido en Francia. Merecería la pena alejarse unos meses de Mariola.

### III

Ya de noche, los nuevos esposos se miraron cómplices. Víctor aún no le había contado nada del viaje a Mariola. No hubiese podido, aunque quisiese. Solo tenía ojos para la mujer. Sus ojos recorrían su cuerpo con ansia. Se besaron junto a la cama. Un beso largo, sin prisas que les dejé ganas de más.

Su ya esposo la ayudó a desnudarse. Un suave rubor poblaba las mejillas de la chica cuando estuvo vestida solo con unas enaguas ante él. Después se quedó sin nada.

Apagaron el candil y se acostaron. El aliento de Víctor sabía a vino. El chico se sentía un poco mareado por lo que había bebido, pero no quería parar. Se subió sobre ella y se abrió paso con delicadeza. Sus manos exploraban ahora el terreno que tanto tiempo había imaginado. Mariola gimió al sentir el tacto de la piel de él. Se aferró a los hombros de su marido cuando sintió el primer empujón. Gritó con una mezcla de placer y dolor a partes iguales. Tenía tanto miedo como curiosidad. Se dejó llevar. Sus cuerpos se unieron mientras el sudor perlaba sus cuerpos. La boca de Víctor buscó los labios de ella y esta respondió a aquel anhelo con más deseo.

La mañana llegó rápida. La luz que entraba por entre las contraventanas iluminaba el cuerpo de ella dotándola de un aura casi mágica. Víctor la miraba dormir en silencio. Sintió que alejarse de aquel cuerpo todos aquellos meses iba a ser un suplicio. Se subió de nuevo sobre ella y

comenzó a besarla con ansias. Quería aprovechar el poco tiempo del que disponían.

## Capítulo 7

### I

El verano estaba siendo esplendoroso. Las altas temperaturas se sucedían día tras día y un calor bochornoso se adueñaba de las tardes. Las altas temperaturas obligaban a permanecer en casa, lo que hacía que a la hora de la siesta el tiempo pareciera detenerse.

Sentada en la galería con vistas a la plaza, Mariola observaba al otro lado de los cristales la quietud de Haro. No había un alma a la vista.

Doña Casilda entró tras llamar a la puerta.

—¿Quiere la señora un café con algún dulce? —dijo en tono serio.

Mariola lanzó una mirada al reloj de la pared. Ya era la hora de la merienda, el tiempo se le había escurrido entre los dedos. Sin embargo, no tenía apetito.

—No, gracias, Casilda, pero sí que me tomaría un vaso de agua. —El ama de llaves cabeceó para mostrar su conformidad y se dispuso a salir del salón—. ¿Dónde está doña Inés? —preguntó la joven.

Doña Casilda la miró suspicaz antes de responder.

—Hace un rato que terminé de hacer la siesta y ahora está bordando en su habitación.

Bordando. Su suegra se pasaba los días enteros aferrada al bastidor sin salir de su habitación. Debía de tener un ajuar enorme, pensó con sarcasmo.

—¿Querría preguntarle si le apetece acompañarme esta tarde un rato en el salón?

Aquel no era el primer intento de la joven por mantener una relación amistosa con Inés. Desde que Víctor se fuera a Burdeos, Mariola había intentado entablar una relación con su suegra, hasta la fecha sin obtener resultado.

—Se lo diré enseguida, señora.

—Gracias, Casilda. Y por favor, deja de llamarme señora. Doña Inés es la señora de la casa. Yo soy solo Mariola.

El ama de llaves se permitió esbozar una ligera sonrisa a la vez que asentía. Pese a ello, volvería a llamarla señora a la mínima ocasión; era su forma de mantener las distancias con una extraña.

Doña Casilda salió del salón cerrando la puerta tras de sí.

Mariola se quedó sumida en sus pensamientos de nuevo, al otro lado de las cristaleras seguía sin haber movimiento alguno. Pensaba en Víctor. Lo echaba de menos. Entre los preparativos del viaje y las prisas de la partida no tuvieron tiempo para disfrutar el uno del otro. Todo había ido

demasiado rápido y ahora pensaba en él a todas horas. El sabor de su piel, su olor, todo lo que tenía de él eran recuerdos que ocupaban la mayor parte de su tiempo. Y en aquella casa se sentía tan sola.

Su suegra era como una presencia fantasmal que apenas le prestaba atención. Era habitual que comiera sola ya que Inés no salía de su habitación en todo el día. Tan solo se dejaba ver a la hora de la misa, a la que asistía sin falta. Pero incluso entonces la mujer se limitaba a saludar sin efusividad. Su madre no pisaba el palacete de los Arriola. Aunque ignoraba los motivos, sabía que las relaciones entre Matilde y la marquesa de Beria no eran buenas. Así que los contactos con su madre se limitaban a algún paseo ocasional y la comida en su casa a la que asistía todos los sábados.

La criada entró con una bandeja sobre la que había una jarra de agua y una bonita copa. Le hizo una leve reverencia y dejó la bandeja sobre la mesa del centro. Cogió la jarra y se dispuso a verter agua en la copa.

—Deja, Carmen. Me sirvo yo misma. Gracias.

Mariola no estaba acostumbrada a tanto boato. En su casa solo tenían una criada que era como de la familia y que bastante tenía con la comida y la limpieza como para encargarse de servirle agua. Además, no se sentía cómoda dejando que otros hiciesen algo que ella misma podía hacer. Tenía manos que podía usar. Casi le arrebató la jarra de las manos a la criada. Esta se colocó frente a ella.

—Doña Mariola, mi trabajo es servirle el agua. Si lo hace usted misma dejaré de ser necesaria en la casa y perderé el jornal que gano con ello.

Mariola reflexionó sobre aquellas palabras. La criada la miraba con aire tímido, pero su voz estaba cargada de seguridad. Avergonzada, le devolvió la jarra y esperó paciente a que la copa estuviera llena.

—Gracias —dijo una vez apuró el agua.

Carmen asintió. Le caía bien la señorita Mariola. Siempre respondía a su ayuda con una sonrisa. Siempre tenía una palabra agradecida para el servicio, incluso cuando se empeñaba en hacer ella misma las cosas. Pero sobre todo le gustaba porque era la única que no fingía que el servicio no estaba en la estancia. Para los señores, Luisa y ella eran invisibles.

Ambas tenían edad similar y entre ellas se había creado un vínculo especial. Por eso se atrevía a hablarle de aquel modo. Y aunque mientras hablaba temía haber ido demasiado lejos y se arrepentía de sus palabras, ahora sentía que hacía lo correcto.

Otra cosa de ella que le gustaba enormemente: se sabía en qué estancia de la casa había estado porque siempre dejaba las cortinas descorridas. Al contrario de doña Inés, con quien la casa siempre estaba a oscuras. Eso le recordó que debía transmitir un mensaje del ama de llaves.

—Doña Casilda me pide que le diga que la señora Inés no puede acompañarla. Está...

—Está bordando —concluyó la frase Mariola. Las dos chicas ahogaron una risa como pudieron—. ¿Siempre ha sido así la señora? —indagó.

La criada dudó unos instantes si debía responder.

—Yo no la conozco hace tanto como el ama de llaves, pero —bajó la voz para que nadie más la oyera—, doña Casilda dice que en Bilbao la señora era más alegre. Que se pasaba el día en la calle, yendo a fiestas.

Mariola sentía pena por su suegra. Entendía el trastorno que representaba mudarse de una urbe

como la capital vizcaína a aquel pueblo de nada. Debía de sentirse la mujer más sola del mundo. Juzgó que debía ayudarla.

—¿Qué puedo hacer para hablar con ella, Carmen? Quiero aliviar un poco su sufrimiento. Las dos estamos solas, deberíamos hacernos compañía.

Carmen reflexionó unos instantes.

—Acompáñela usted a misa esta tarde. No puede negarse a ello y podrán hablar de camino.

Mariola asintió. Aquel le parecía un buen plan.

—Dile a la señora que me gustaría acompañarla a la iglesia esta tarde —dijo resuelta.

La sirvienta sonrió cómplice. Hizo amago de llevarse la bandeja, pero antes había algo que quería decir.

—Señora, yo quisiera pedirle un favor. —Nerviosa, la criada jugueteaba con el pico del mandil que llevaba y sus ojos no se apartaban de las puntas de sus zapatos. Con un movimiento de muñeca Mariola le conminó a seguir—: Usted sabe que tengo novio, Ángel. Y es nuestra intención casarnos el año próximo si es posible, pero ya sabe usted lo achuchada que está la vida. El caso es que yo quería pedirle si usted podría hablar con su señora madre y que le diera trabajo en la bodega. Es trabajador y honrado y lleva toda la vida entre viñas. Sería de gran ayuda en el negocio.

Mariola se levantó y en un gesto fuera de lugar la tomó de las manos.

—Por supuesto, Carmen. Cuenta con ello. Hablaré con mi madre en cuanto tenga oportunidad.

## II

Aquel había sido para Víctor un verano intenso que, no obstante, tocaba a su fin. La cercanía del otoño se intuía en las suaves colinas de Aquitania. Las nubes arracimadas en torno a las montañas anunciaban lluvia. La vendimia estaba cercana y en el aire se empezaba a adivinar su proximidad. Sentado frente al inmenso mar de vides que se extendía hectáreas a la redonda, Víctor reflexionaba sobre aquel verano que se escapaba ante sus ojos. Los recuerdos de aquellos meses le llegaban vividos al pensar en ello.

No podía sentir más alegría por haber realizado aquel viaje. Lo que había aprendido y descubierto era algo que atesoraría el resto de su vida. Sentía que sus conocimientos sobre el vino eran superiores a cualquiera que hubiese conocido en Haro. Burdeos era tan diferente de lo que conocía en La Rioja que a veces dudaba de que ambas regiones se dedicaran a elaborar el mismo producto. Mientras que para los recios labradores de la zona riojana el vino era solo un modo de vida, para los franceses era su vida misma la que cultivaban. La pasión y mimo con que cuidaban cualquier aspecto de la elaboración del vino le hacía sentir envidia.

Ardía en deseos de poner en práctica lo aprendido. Antes de nada, había aprendido de los errores que Martín cometiera con aquellos toneles de vino. Su equivocación comenzaba en el propio recipiente. La barrica había de estar hecha de roble a ser posible, no servía cualquier madera. Tampoco bastaba con dejar el vino sin más en la oscuridad de la bodega. Era necesario



tratarlo con cuidado. Cambiarlo de recipiente cada seis meses para limpiarlo de posos y otros residuos y, por último, clarificarlo para refinar su sabor.

Recordaba la carcajada de Pierre cuando le contó el experimento de su suegro. Comparado con el cuidado con que se trataba todo en Burdeos, lo que Martín había hecho era una perfecta chapuza.

Pierre era quien había guiado a Víctor por los misterios de la producción vinícola de Burdeos. Hijo de aragoneses emigrados, hablaba un español aceptable y era perfecto para enseñarle los entresijos de todo. Todo un buscavidas fogueado en mil batallas. Rondaba los treinta, aunque bien podía ser más joven. Se manejaba bien con todo el mundo y estaba a cargo un poco de todo. Lo mismo desnietaba vides que limpiaba las cubas o le tocaba arrimar el hombro para remontar el vino de un tonel a otro.

Curiosamente, a pesar de estar rodeado siempre de vino, no solía beber. El vicio que le perdía eran las mujeres. Soltero como estaba, no se molestaba en disimular que visitaba con frecuencia los burdeles de la zona. Aparte de esa debilidad, Pierre era casi un asceta comparado con el resto de los trabajadores de la bodega.

No habían sido pocas las veces a lo largo del verano que invitara a Víctor a sus escapadas a los burdeles de la zona.

—Tú estás recién casado, pero frecuentar la compañía de esas damas no va en contra del matrimonio. Al contrario, hacemos con esas mujeres lo que con nuestras esposas no haríamos por respeto. Es una necesidad de nuestro género —le decía.

Aquella particular lección acabó por convencer al chico, quien acompañó al francés una noche de agosto. De aquel modo se abrió para él un mundo de placeres que tan solo había vislumbrado con Mariola. Durante su estancia en Burdeos se haría adicto a ellos.

Pero, aparte de enseñanzas sobre la vida, Pierre era una excelente fuente de información sobre los vinos de la región. Víctor recordaba con claridad la primera lección que le había enseñado nada más llegar a Burdeos.

—Observa que aquí se ordenan los viñedos alrededor de un castillo. Un *château*, que se dice en francés. Allí se lleva la uva ya recogida y se elaboran los caldos, es un lugar destinado casi exclusivamente a la producción de vino. Hay que reconocer que los gabachos son un rato prácticos.

Al bilbaíno le resultaba curioso que Pierre se refiriera a los franceses en esos términos, cuando él mismo era galo de nacimiento. El chico respondió explicando la forma de funcionar que conocía.

—En La Rioja la mayoría de los productores de vino no tienen viñedos. Los campesinos se encargan de cultivar las vides y después usan las bodegas para producir su vino, bien a cambio de un dinero o de una cantidad del vino que salga.

—Ese método es atrasado —sentenció el francés—. En Burdeos los grandes productores poseen vides o compran siempre la uva a los mismos campesinos. Así se aseguran una cosecha de calidad. Además, aquí no se mezcla la uva como hacéis en España, donde os da igual la clase y mezcláis sin sentido.

En eso Víctor no podía sino dar la razón a Pierre. Incluso reconoció no sin pudor que en La Rioja solo se usaban un par de variedades de uva y él mismo no conocía ni la mitad de las que se plantaban en Burdeos. Las variedades *cabernet sauvignon* o *merlot* le resultaban totalmente

ajenas. Él tan solo conocía la graciano o la garnacha.

—Si algún día queréis hacer un vino fino y de calidad en La Rioja, lo primero que habrá que hacer es plantar vides de aquí y seleccionar el grano a usar una vez den frutos.

Víctor tomó nota mental de aquel consejo, que no caería en saco roto. Nada más comenzar su labor en Haro pensaba pedir que se le enviaran varios plantones franceses.

A medida que el verano fue avanzando, la relación entre ambos se había ido afianzado en una sólida amistad. Tanto que un día el de Bilbao le confesó lo que tenía intención de poner en práctica.

—Creo que hubo un cura que ya lo intentó hace años —repuso Pierre, rascándose la cabeza.

—Manuel Quintano —respondió ufano Víctor. Conocía al dedillo su vida—. Intentó exportar los métodos de trabajo de aquí.

—¿Y le fue bien?

Víctor no supo muy bien cómo responder a aquello.

—Los cosecheros no quisieron invertir en vinos finos. Ten en cuenta que envejecer vino hace que los beneficios se retrasen. Pero se dice que hizo unos buenos caldos.

—Pues espero que tengas mejor suerte que él.

Días después, el francés lo llevó a la bodega, donde le explicó los diferentes tiempos que tenía que pasar el vino en el interior de la bodega. Víctor se afanaba en recordar cada palabra para luego transcribirlas a papel en la tranquilidad de la casa de huéspedes donde se alojaban. Desde su llegada a Burdeos, el chico anotaba toda la información en un cuaderno que era su posesión más valiosa.

Una de las cosas que más le sorprendieron fue la figura del llamado mayordomo de bodega. Este era una suerte de químico en quien se delegaba la responsabilidad de elaborar un buen vino fino. La finca que visitaban disponía de uno, pero, según aseguraba Pierre, las de mayores producciones contaban con dos y hasta tres. El mayordomo de bodega se encargaba de cuidar todo lo relacionado con la buena salud del caldo. Observaba la temperatura y humedad a la que era expuesto el vino, controlaba los tiempos de envejecimiento en barricas mediante catas y se encargaba de clarificarlo en la recta final del proceso.

A medida que conocía más de aquella profesión más le maravillaba todo lo referente a ella. Le parecía una suerte de alquimia. Un milagro que transformaba un simple mosto en un néctar refinado y apetecible. No había un puesto que se le pareciera en las bodegas de La Rioja. Nadie velaba de aquel modo por lograr un vino de calidad. Lo que él conocía eran bodegueros que preferían elaborar cantidad y que ni se les pasaba por la cabeza invertir un solo real en cuidar su producto. ¡Qué diferente era el mimo con que se trataba todo en Burdeos! Los franceses estaban orgullosos de su industria vinícola, y tenían sobradas razones para estarlo.

Cuanto más sabía, más ganas tenía de llevar aquellos métodos a La Rioja. Por su parte, Pierre se sorprendía de lo atrasado que estaba todo al otro lado de los Pirineos.

—Debéis de tener problemas para vender vuestra producción —aseveró cierta tarde.

Víctor asintió.

—Algunos años ha habido que malvender los últimos toneles. Pero con el asunto del oidio la producción entera se vende sin problemas.

—Pero el hongo no va a durar para siempre. Un día se encontrará una cura y la plaga se acabará.

Aquellas palabras fueron las que terminaron de convencer a Víctor de que debía dejar de dedicarse solo a vender vino y empezar a producirlo.

Otra cosa que diferenciaba los caldos bordeleses de los riojanos era que estos se vendían por lo general al por mayor, en pellejos o toneles.

—En Burdeos hay muy poco vino que salga al por mayor. Casi todo se vende embotellado. Así se asegura que su venta se dirigirá a paladares refinados, que pagan mejor que las tabernas.

Aun con sus ascendentes españoles, Pierre hablaba siempre con orgullo de los vinos franceses y de su industria.

Víctor no perdió ripio de las explicaciones del francés. Se mostraba intrigado y curioso y asaeteaba a su guía con todo tipo de preguntas.

Ahora se aproximaba el momento de regresar a España y contaba los segundos para poder poner en marcha su plan y comenzar a elaborar un vino refinado que compitiera con los franceses. También para ver a Mariola, se obligaba a pensar.

Pero antes había una visita que se moría de ganas de realizar.

La víspera, Pierre le aseguró que podría visitar el sanctasanctórum de la bodega, las cavas donde envejecía el vino. Un lugar que hasta entonces le había estado vetado. En esa ocasión los iba a acompañar Miguel. Para extrañeza de Víctor, al enterarse, el comerciante insistió en ir con ellos.

### III

Inés recibió la petición de Mariola con reservas. Desde que la joven vivía bajo su mismo techo procuraba estar poco en su presencia. Evitaba a la chica siempre que le era posible. No obstante, esta vez no podía negarse. Resignada, a las siete de la tarde salió a la calle acompañada de su nuera.

El calor aún pegaba fuerte en el exterior, pero una brisa comenzaba a soplar con timidez entre los arcos del ayuntamiento. Ascendieron la empinada cuesta que conducía a Santo Tomás en silencio. Al entrar en el templo notaron al instante una frescura que se agradecía. Desfilaron por el pasillo central en dirección a las bancas de delante, donde la marquesa tenía por costumbre sentarse.

Viendo a ambas juntas había quien se sorprendía y miraba a la pareja con curiosidad. Inés estaba acostumbrada de sobra a las miradas y cuchicheos a su paso. Sabía que la llamaban adúltera a escondidas y lo aceptaba con resignación. Pero a la joven despertar aquel interés se le hacía extraño. Saludaba a los conocidos mientras seguía a su suegra hasta su sitio. No era tonta. Sabía que en el pueblo se decía que su suegra había tenido algún asunto con aquel francés, Jouet. Su misma madre se lo dijo. Pero no estaba segura de que no fuesen nada más que habladurías. Además, de ser cierto ¿cómo iba a perdonar aquello su suegro?

Mariola estaba convencida de que solo eran maledicencias contra su suegra por ser una forastera. Y aunque la mujer no hacía nada por integrarse en la vida del pueblo, estaba segura de

que la gente acabaría por callarse. Ignoró las miradas que les lanzaban y se concentró en la homilía.

Don Pedro tenía incluso peor aspecto que el día de su boda. El religioso tosía a menudo y en un par de ocasiones no pudo seguir leyendo las sagradas escrituras y tuvo que aguardar. Al concluir el sermón su aspecto era el de alguien que a duras penas se tiene en pie. Mariola lo comentó a la salida. Buscaba un motivo para conversar con Inés.

Su suegra se limitó a mirarla sin añadir nada.

Igual de silentes emprendieron camino hacia la casa. Los asistentes a la misa también salían y se desperdigaban por la villa. El sol aún seguía en el horizonte, aunque se perdería tras los montes en poco rato. La temperatura continuaba siendo alta, pero el viento soplaba ahora con brío. Mariola creyó ver en aquella brisa una buena oportunidad para conversar con su suegra.

—Está refrescando —dijo—. ¿Le apetece a usted que vayamos dando un paseo hasta la fuente? Nos vendrá bien después de un día tan caluroso.

Inés se limitó a negar con la cabeza. Continuaron andando hacia la casa.

Al llegar frente al palacete, Mariola calculó que habían cruzado tres o cuatro frases a lo sumo desde que se fueran. No entendía el aire distante con que la mujer la trataba. Ella había intentado mil veces entablar amistad. Todas infructuosas, y ahora de nuevo en la casona volverían el silencio y la soledad. Decidió que tenía que hacer algo al respecto.

—¿Por qué le disgusto tanto a usted? —preguntó a bocajarro.

La cuestión pilló fuera de lugar a una sorprendida Inés, que la miró confusa.

—¿Por qué dices eso? —acertó a decir.

—No habla conmigo, ni siquiera me acompaña en las comidas. Rehúye mi presencia y no sé la razón. Lo mínimo que podría usted hacer es decirme por qué. —Inés miró a su nuera como si la viera por primera vez. ¿Era posible que aquella inocente chiquilla no supiese nada? No supo qué decirle. La joven continuó plantada frente a ella. Estaba dispuesta a tener allí mismo una respuesta —. Sé que no soy la esposa que usted soñaba para Víctor. No soy de una ciudad como Bilbao. No he ido a la ópera en mi vida ni leo en latín o griego. Pero soy educada y discreta. Hacendosa y leal. Si alguna vez la he ofendido le pido perdón. Pero no voy a pedirle excusas por querer a Víctor. Quiero a su hijo y él me quiere a mí. ¿Qué más puede desear para él que ser amado por la mujer que quiere?

Los ojos de Inés se humedecieron ante aquellas palabras. Mariola decía en voz alta algo que ella misma sabía cierto desde hacía poco tiempo. Si tuviera la oportunidad de deshacer lo hecho. Pero aquello era imposible. La vergüenza le impidió mirar a los ojos a su nuera.

—No me desagradas, Mariola. Soy yo quien ha de pedirte perdón.

Mariola se sorprendió de aquello. ¿Por qué tenía que pedirle perdón?

—Ven —dijo su suegra—, demos ese paseo.

Ambas pasaron de largo frente al palacete y continuaron calle abajo.

El camino que conducía al paseo de la fuente estaba lleno de gente que había pensado lo mismo que ellas; también buscaban el frescor del atardecer. Se formaban grupos para conversar unos minutos, los caballeros aprovechaban aquellos recesos para quitarse el sombrero y aliviar el bochorno.

Ambas mujeres caminaban sin prisa. Al verlas pasar los curiosos cuchicheaban hipócritas.

—¿Sabes de qué hablan? —preguntó Inés. La pregunta incomodó a Mariola. La joven no quiso

entrar al trapo y se encogió de hombros. Esto provocó una sonrisa amarga en su suegra—. Hablan de mí. Me tildan de mala mujer porque me enamoriqué de Jouet. Y tienen razón. Me veía con él. —La sinceridad de Inés dejó sin palabras a Mariola. La mujer continuó. Sentía que cada palabra que decía era una liberación—. Y antes de que me juzgues, quiero que te preguntes qué habrías hecho tú de estar en mi lugar. Obligada a dejar con engaños todo lo que conoces. Para seguir a tu marido y sus sueños. Porque los tuyos no valen nada. Tu marido, que es un modo educado de referirse a un desconocido con el que te obligaron a casarte. —La marquesa de Beria miró con ternura a su nuera. Mariola estaba pálida y no sabía cómo asimilar la hiel que desprendían aquellas palabras—. Tú amas a Víctor. Eso es algo que envidio. A mí me obligaron a casarme con alguien a quien ni siquiera conocía. Alguien a quien solo había visto una vez en mi vida. Y después de la boda las cosas no mejoraron. Miguel y yo no solo no nos tenemos afecto, sino que con el paso del tiempo hemos desarrollado una antipatía natural hacia el otro. No hemos tenido la suerte de al menos sentir respeto por el otro con la convivencia, como sucede en otros matrimonios.

—Pero eso no justifica que engañase a su esposo.

El tono de Mariola no poseía un deje de superioridad. Sus palabras no escondían un juicio. Eran el honesto sentir de una inocente mujer que aún no sabía nada de la vida. Inés sintió una mezcla de envidia y pena por su nuera.

—¿Crees que Miguel no sabía lo que sucedía? ¿Incluso que no veía con buenos ojos aquello? —Mariola se detuvo en seco. Aquella insinuación la avergonzaba—. Tu suegro, querida, es un hombre astuto. Pero no temas, por fortuna, ese tipo de hombre no abunda. Si además de poder, Dios hubiese dado inteligencia a los hombres, no sé qué sería de nosotras. —Una sonrisa motivada por simpatía se dibujó en la boca de Mariola—. Mientras yo me entretenía con el francés, él se encargaba de usar esa situación para su propio beneficio. ¿Y crees que él no tenía sus distracciones también?

Mariola estaba escandalizada. ¿Era posible tanta mentira en un matrimonio? Pese a ello, no podía evitar sentir una ligera empatía con aquella historia. No dejaba de pensar qué hubiese sucedido si a ella la hubiesen obligado a casarse con un desconocido. Pero no podía excusar aquel comportamiento.

—De cualquier modo, eso no justifica un engaño.

—Pues si buscas arrepentimiento no es eso lo que encontrarás. —Inés alzó la voz y la cabeza y lanzó una mirada desafiante a su nuera. Refrenó el gesto y al momento retornó a un tono pausado y humilde—. No me arrepiento de ello... pero sí de otras cosas. —Su nuera la miraba sin llegar a comprender del todo. La joven ignoraba lo que ocultaban aquellas palabras. Inés decidió que eran suficientes confesiones por un día. No obstante, sintió que debía advertir a la chica—: Víctor es demasiado inseguro. Necesita de la aprobación del mundo como un niño la teta de su ama de cría. Puede parecer lo contrario, pero sigue siendo solo un crío necesitado de afecto. Yo lo parí y sé que tiene una cara oculta que no querrás ver.

Mariola se sorprendió de escuchar aquello. Aunque dichas con cariño, eran las palabras de una madre que advertía de lo peligroso que su hijo podía ser. Por alguna razón la joven vio en aquella sentencia algo premonitorio.

Inés siguió hablando con la mirada fija en los azules montes del norte. Como si su espíritu pudiera recorrer la distancia que la separaba de su tierra natal.

—Victor está a tiempo de salvarse. Idos lejos de aquí. Aléjalo de su padre y comenzad de nuevo. Y si alguna vez tienes ocasión, dile que su madre lo quiso siempre.

De improviso, los ojos de la mujer se anegaron en lágrimas. Estalló en un llanto sin consuelo. Su semblante pétreo y la actitud altiva desaparecieron y los sustituyó un sollozo que parecía interminable.

Mariola la abrazó y ella se dejó llevar por aquella caricia.

Anohecía y en el cielo algunas nubes se arremolinaban en los montes. No sería extraño que hubiese tormenta aquella misma tarde.

Cuando Inés se calmó nuera y suegra retomaron el paso. Aquella iba a ser la primera y única vez que ambas compartieran tanto. Al llegar al palacete, los silencios regresarían de nuevo entre ambas mujeres, y lo harían para no irse jamás.

## IV

Atardecía ya cuando Víctor, Miguel y Pierre deambulaban por el interior de la bodega.

A medida que se internaban, la cantidad de barriles apilados contra los muros crecía, hasta que en el corazón mismo de la bodega su número era enorme. Allí, bajo tierra, centenares de barriles con vino envejeciendo en la oscuridad aguardaban en silencio. Todo cuanto su vista abarcaba eran inmensas pilas de toneles que cubrían la pared por completo, desde el suelo al techo.

La sala donde se hallaban era de grandes proporciones y la luz del candil que llevaban consigo no incidía en los pisos más elevados. Víctor calculó que la cantidad de toneles era simplemente increíble.

—Y eso que este año con el condenado hongo hay menos producción —aseguró Pierre—, pero ya puedes ver el número de barriles que hay.

El francés y Víctor se habían apartado unos pasos. Miguel los observaba desde cierta distancia.

—¿Y cómo se maneja tanta cantidad de barriles? ¿Qué hacéis para moverlos? —preguntó el muchacho con los ojos fijos en los toneles.

Su guía sonrió y se señaló los fornidos brazos.

—No queda otra que moverlos a mano —dijo con orgullo.

Víctor alzó la vista y no pudo evitar soltar un silbido de admiración. Ciertamente, no era nada fácil manejar los barriles llenos. Se necesitaba mucha maña.

—Es impresionante —exclamó.

El francés ahogó una risa y le palmeó la espalda con energía. El chico miraba todo con ojos hambrientos. Le puso una mano en el hombro.

—Esta bodega no surgió de la noche a la mañana. Todo esto requiere de dinero. Mucho dinero. El negocio de tu padre de comprar y vender al mejor precio posible es la mejor opción.

Víctor miró a Miguel y de repente supo que su padre estaba tras las palabras del francés.

Meneó la cabeza para cortar aquella conversación.

—Veo que le has contado a mi padre mi idea de producir en La Rioja un vino de calidad —dijo, defraudado—, pero es mi intención, y créeme que tú discurso no me frenará.

—¡Tonterías! —bramó la voz de Miguel Arriola. Con tres zancadas el hombre se plantó frente a su hijo. Su dedo señalaba ceñudo a Víctor—. Comprar uva y vender vino. Ese es nuestro negocio y lo seguirá siendo si un día quieres heredarlo.

Víctor intentó razonar con su padre.

—El oídio no va a durar para siempre. Tarde o temprano se hallará un remedio y entonces los vinos riojanos volverán a malvenderse. El futuro pasa por elaborar un vino que compita con los franceses, padre. En breve, la bodega de Martín será mía y podré hacerlo realidad.

—Nunca permitiré que ensucies nuestro nombre. ¡Los Arriola no somos vulgares campesinos!

—¿Es que no se da usted cuenta? ¿Tan ciego está?

La bofetada llegó tan de improviso que Víctor cayó al suelo, junto a una pila de toneles.

—Tú harás lo que se te ordene o juro que te desheredaré —sentenció Miguel, alzando el bastón amenazante sobre su cabeza.

—Yo no soy como mi madre. No logrará que me someta a usted —gruñó Víctor, poniéndose en pie.

El bastón trazó una línea en el aire y habría caído sobre el chico si Pierre no se hubiese interpuesto entre padre e hijo.

—¡Señor Arriola! ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Contrólese! Es a su hijo a quien está pegando.

—La culpa es suya, condenado gabacho. Usted le ha llenado la cabeza de pájaros.

## V

Al día siguiente padre e hijo emprendieron el regreso a La Rioja en una vieja diligencia alquilada. Ninguno dijo una sola palabra durante todo el trayecto. La relación entre padre e hijo se había roto definitivamente. Los dos eran conscientes de ello. Estaban cerca de Pamplona donde iban a hacer noche cuando el carruaje se detuvo de improviso.

—¿Qué demonios pasa? ¿Por qué nos paramos? —bramó Miguel, asomando la cabeza por la ventanilla.

Lo que vio lo dejó helado. Frente al carro y en mitad del camino había un par de hombres a caballo que apuntaban al cochero con sendas pistolas de chispa.

—Por fin lo encontramos —dijo uno de ellos. Llevaba un pañuelo negro anudado a la cabeza—. No sabe lo que nos ha costado dar con usted. Al final nos dijeron que estaba en Burdeos y aquí nos tiene, a reclamar lo que es nuestro.

Miguel estudió al asaltante unos segundos.

—¿Los conozco? —preguntó.

—¡Vaya si nos conoce! Le hicimos un trabajo hace unos meses. Uno que no salió como se esperaba. ¿Recuerda?

El comerciante ahogó un juramento al caer en la cuenta.

—¿Conoce usted a estos hombres, padre? —dijo Víctor, sacando él también la cabeza por la ventanilla.

—¡Tú no te metas en esto! —bramó Miguel.

—Eso, chico. Obedece a tu padre —rio el bandido.

Miguel trató de calmar los ánimos.

—Si es por eso podemos arreglarlo.

—Claro que vamos a arreglarlo. En cuanto nos dé todo lo que lleven por las molestias que nos ha ocasionado. Bajen de la diligencia usted y su hijo —ordenó el del pañuelo.

El cochero ya estaba en tierra y los tres ocupantes se pusieron en fila junto al pescante con las manos en alto.

El otro asaltante, un hombre más alto y con una terrible cicatriz en el rostro, se les acercó y sin previo aviso le propinó un fuerte puñetazo en el estómago a Miguel. Este se dobló sin poder respirar y cayó de rodillas al suelo.

—Esto porque al hijo de mi madre no lo engaña nadie —le dijo con desdén el bandido.

Para cuando el comerciante se recuperó, el del pañuelo ya estaba encaramado en el portaequipajes y echaba a tierra los dos baúles que iban en él. Mientras el de la cicatriz no dejaba de apuntar con su arma a los tres ocupantes de la diligencia, empezó a revisarlos en busca de dinero. La ropa era arrojada al suelo sin cuidado. Papeles y demás objetos personales acabaron esparcidos por el camino. Cuando acabó, sin embargo, no había encontrado ni un solo real.

A grandes zancadas se plantó a un palmo de Miguel.

—¿Y el dinero? —bramó.

Miguel señaló el interior de su abrigo. Al momento el bandido rebuscó entre sus ropas y extrajo una bolsa con monedas. La tanteó.

—¿Y el resto? —dijo.

—Es todo cuanto llevamos —se defendió Miguel.

El bandido sonrió sin ganas.

—¿Venís de Burdeos de hacer negocios y esto es todo? No me haga usted reír. —Retrocedió y apuntó con la pistola a Víctor—. Danos todo el dinero o dispararé a tu hijo.

—No llevamos más que eso —insistió Miguel.

Sin previo aviso el salteador disparó su arma a la pierna del chico. De su rodilla salieron esquirlas de hueso. Víctor aulló de dolor y cayó a tierra. El bandido cargó el arma de nuevo.

—¡No hay más dinero! —bramó Miguel.

—El próximo disparo irá a su corazón. Por última vez, ¿dónde está el dinero?

—¡En el interior del baúl marrón! ¡Escondido en un doble fondo en su tapa!

Miguel se abalanzó sobre su hijo que gritaba desesperado.

El del pañuelo hizo un gesto al de la cicatriz y este revisó el fondo de la maleta. Dio con algo en ella y esbozó una sonrisa triunfante. Sacó de entre sus ropas una navaja de por lo menos cuatro pulgadas con la que rasgó la tela de la tapa del baúl. Extrajo de su interior un gran fajo de billetes.

Tan rápido como habían llegado, los bandidos subieron a sus monturas y se alejaron a toda velocidad.

—La próxima vez que quieras engañar a alguien piensa bien a quién —le recomendó el del pañuelo antes de espolear a su montura. En el suelo, Víctor Arriola perdió el conocimiento.



## Capítulo 8

### I

Carmen descendía las escaleras del palacete con una bandeja con algo de fruta y agua. La llevaba tal cual la había subido. La señora Inés no había probado bocado.

Ya en la cocina estuvo a punto de tropezar con Luisa. Esos días todos andaban sin poner atención a lo que hacían.

—No ha tocado la bandeja —anunció Carmen en tono triste.

—No come nada desde lo que le pasó al señorito Víctor.

—A cualquiera se le cerraría el estómago al enterarse —intervino Adelina. La cocinera decía en voz alta lo que todos pensaban.

Todas asintieron en silencio mientras retomaban su labor. No obstante, la conversación no podía girar en torno a otra cosa. Luisa dejó de fregar un instante y miró compungida a sus compañeras.

—La que lleva la peor parte es doña Mariola. Tan joven. Recién casada como quien dice y teniendo que vivir con esa carga.

—Mujer. Llamar carga a un inválido es poco cristiano —se quejó Adelina.

—¡Anda que no! Que lo mismo anda como que tiene que seguir postrado en una cama de por vida. Dime tú si eso es vida.

Como era habitual en ella, Carmen no decía nada, pero asentía por dentro. Desde que llegara la noticia del accidente todo había sido confusión. Primero aquel mensajero que traía aviso de que Víctor se hallaba en un hospital de Pamplona debido a una herida. Nada se especificaba en la misiva de la gravedad de esta.

A los pocos días llegó Miguel. El comerciante no solo regresaba porque su presencia poco aportaba a la salud de su hijo, además la vendimia había comenzado y entendía que su lugar estaba en Haro. Nadie se atrevería a recriminarle su comportamiento.

Con expresión serena dio la noticia a Inés y Mariola.

—Víctor ha sufrido un accidente durante nuestro regreso —dijo sin entrar en detalle—. Los doctores han conseguido salvarle la vida, pero han tenido que amputarle la pierna.

Ambas mujeres estallaron en llanto.

Unos días más tarde y tras arreglar unos asuntos, Miguel regresó a la ciudad navarra. Mariola se ofreció a acompañarlo. Sentía que su lugar estaba junto a su esposo. No obstante, su ofrecimiento fue rechazado. No podía hacer nada por Víctor y su visita quizás alterase al chico.

Después llegaron semanas sin tener noticias, sin saber qué sucedía con el muchacho. La criada no podía imaginar algo peor para una recién casada que desconocer el destino de su esposo. Ella misma imaginaba vivir en aquel mar de confusión con Ángel y se sentía morir.

No habían sido pocas las veces durante aquellas semanas en que Mariola se abrazó a ella y lloró desconsolada. Ambas leían las cartas que Miguel enviaba y en las que poco o nada se podía sacar en claro del estado de Víctor.

La criada no sabía qué decir. La confusión en que vivía la recién casada se le antojaba terrible. En unas cartas se decía que la fiebre continuaba y no respondía al tratamiento. En otras daba la impresión de que la vida del muchacho no corría peligro y estaba estable dentro de su gravedad. Solo se podía esperar. El destino del muchacho estaba en las manos de Dios.

Finalmente, llegaron noticias fidedignas desde Pamplona. Miguel y su hijo regresaban a casa en unos días. Se decidió entonces, a pesar de que las reformas en la nueva casa de la pareja estaban avanzadas, que los dos se seguirían alojando en el palacete. A Carmen no le cabía duda de que aquella idea provenía de doña Inés. Pero no solo no podía censurar la decisión de una madre, sino que, en honor a la verdad, era acertada. Víctor estaría mucho mejor atendido en aquella casa teniendo todo el servicio a su disposición.

A partir de ahí, tan solo se esperaba la llegada de padre e hijo, prevista para el día siguiente si todo iba bien.

Carmen terminó su faena. Decidió que iría a comprobar si Mariola había probado algo del almuerzo. Ascendió las escaleras con paso veloz y se plantó ante la puerta de la habitación. La bandeja seguía en el mismo sitio en que ella la había dejado. La comida estaba intacta. La recogió y llamó con los nudillos. Entró sin esperar respuesta. Se preguntó qué habría hecho doña Casilda si viera las libertades que se tomaba con la joven ama.

Las cortinas estaban corridas y la oscuridad reinaba en la habitación. Mariola permanecía tendida en la cama, si se había percatado de la llegada de la criada no daba muestras de ello. Con caminar presuroso la sirvienta se acercó a los ventanales y descorrió las cortinas con ímpetu. Al instante la luz inundó la estancia, como una bofetada.

—Cierra eso, por favor —se quejó Mariola.

Carmen negó con vehemencia.

—No, señora. Tiene usted que comer y a esta habitación le falta luz. —Le tendió la bandeja que depositó en la cama. La señora se giró sobre sí misma dándole la espalda—. ¡No me sea usted cría! Tiene que comer.

—No tengo apetito.

Carmen se la quedó mirando. Durante un instante se le pasó por la cabeza la idea de salir de la habitación. ¿Quién era ella para estar allí? Tan solo la criada. Pero la idea de que se si se iba nadie más cuidaría de la joven la empujó a perseverar.

—Coma, doña Mariola. No querrá que el señor la vea así mañana. Tiene que ayudarse primero a usted misma para ayudarle a él.

Mariola se volvió y la miró con lágrimas en los ojos. Se limpió con el dorso de la mano y se incorporó. Tomó el vaso de leche y se lo llevó a los labios. A pesar de que estaba helado la joven se lo bebió casi de un trago. Obligándose a ello acabó por dar con la comida que había en la bandeja.

—Tengo miedo —confesó de improviso la joven.

Carmen depositó la bandeja sobre la mesita de la cama y se sentó a su lado. Las manos de Mariola tomaron las suyas.

—¿Y si no sé ayudar a mi marido? Ha perdido una pierna. Es un tullido. ¿Y si no es el mismo? ¿Cómo voy a saber cómo tratarle si apenas hemos vivido bajo el mismo techo tres días?

La criada se abrazó a ella y dejó que llorase sobre su hombro. No podía hacer otra cosa.

—No puede usted dejarse llevar por esas ideas —dijo, transcurrido un rato—. Tiene que ayudar al señor y para eso tiene que hacer de tripas corazón y apoyarle en todo. Para empezar, arréglese. Mañana viene su marido y tiene que verle a usted guapa.

Mariola sonrió sin ganas. Se secó las lágrimas y se levantó de la cama. Carmen salió de la habitación convencida de que había hecho algo bueno.

## II

A la mañana siguiente, el servicio al completo aguardaba la llegada de la diligencia. Además de los trabajadores, doña Inés y Mariola esperaban con igual impaciencia. La carroza llegó poco antes de las diez. Como nadie quería que la llegada del chico fuese un espectáculo se decidió que la diligencia entrara hasta el portal. De ella descendió un ojeroso Miguel, que saludó con un gesto de cansancio pintado en su rostro. Después fue Víctor quien se dejó ver. Hubo de ser ayudado a descender de la carroza. Lucio fue su hombro y se afanó con celo en ayudar al amo.

El aspecto del muchacho no podía ser más revelador. El rostro mustio, cerúleo, y una mirada ausente delataban su estado de ánimo. Llevaba un sencillo gabán que le quedaba enorme de lo delgado que estaba. Había perdido mucho peso.

Con gran esfuerzo, se acercó a su madre y Mariola, quienes lo miraban compungidas. Las muletas y la ayuda de Lucio fueron necesarias para completar aquel sencillo trámite.

Carmen asistía a aquella escena con los ojos empañados. No había tratado demasiado con el muchacho, pero sentía una lástima infinita por su desgracia, y sobre todo por la de su mujer. El resto del servicio estaba igualmente desolado. Adelina se secaba las lágrimas con la punta del delantal. Luisa hipaba con la cabeza gacha. Tan solo doña Casilda permanecía impertérrita ante la escena.

Víctor besó a su mujer y después a su madre. Inés no pudo aguantar más la congoja.

—¡Hijo mío! —aulló.

Se lanzó a los brazos de Víctor y sollozó en su hombro.

El muchacho aguantaba con dignidad el llanto de su madre. Nadie se hubiese atrevido a separar a aquella mujer de su hijo. Tras un rato, Inés pareció serenarse. Se separó del cuerpo del chico, quien aguantaba el equilibrio de modo precario apoyado en las muletas. Su rostro denotaba el esfuerzo que debía de hacer para lograr estar en pie. La mujer se secó las lágrimas que surcaban su rostro y de improviso lanzó una mirada feroz a su marido.

No dijo nada. Tan solo le miró durante poco más de un instante. Pero todos los presentes se dieron cuenta del odio que destilaba aquella mirada.

—Bajad el equipaje de los señores —ordenó con voz seca doña Casilda.

Carmen y Luisa se apresuraron a hacer lo que se les pedía.

—¿Puedes subir tú solo o necesitas que te suban? —dijo Inés a su hijo.

El muchacho observó las escaleras con aflicción. No obstante, no estaba dispuesto a dejarse derrotar a las primeras de cambio.

—Creo que podré yo si alguien me ayuda —dijo. El timbre de su voz era igual de débil que su estado de salud.

—¡Ya habéis oído! —vociferó Inés—. Que alguien lo ayude.

Tal labor recayó de nuevo en el cochero mientras que el resto del servicio se encargaba de bajar del portaequipajes los baúles de la familia. Cada peldaño representaba un mundo para el chico. Con esfuerzo y jadeando alcanzó el piso superior. Desde lo alto de la escalera Mariola cruzó una mirada con Carmen. La criada trató de infundirle ánimos.

### III

Tiempo después, Víctor dio su primer paseo por el exterior. Aún estaba tan débil que caminar tan solo un poco lo dejaba exhausto, pero el chico progresaba en su recuperación. Desde hacía unas semanas usaba una sola muleta en lugar de dos.

Víctor, Mariola e Inés llegaron al portal. A la escena también asistía Carmen.

—El médico ha dicho que aún es pronto —avisó Inés.

Víctor restó importancia a aquel hecho.

—Hace un día estupendo. Me niego a seguir encerrado en casa para siempre.

—Entonces de acuerdo. Pero daremos tan solo un pequeño paseo por la plaza. Nada de hacer esfuerzos.

Mariola asistía a la escena sin poder meter baza. Su marido se encontraba débil y solo el hecho de salir a la calle podía ser excesivo. Pero nadie iba a tener en cuenta su opinión. Al menos, pensó que alguien debería acompañarlos.

—Aún es muy pronto para tantos excesos. Por lo menos que alguien nos acompañe por si acaso. Carmen, ¿podrías avisar a Lucio para que nos ayude? —dijo.

Madre e hijo le miraron como si hasta entonces no hubiera estado presente.

—No avises a nadie —ordenó Víctor.

—Insisto en que alguien nos acompañe.

—No es necesario —le espetó su marido—. Solo vamos aquí al lado. Ya salimos nosotros dos solos. Quédate tú en la casa.

Mariola miró a Inés buscando en ella una muestra de apoyo. Pero solo recibió una mirada vacía y sin emoción alguna. Su suegra nunca quería disgustar a su hijo, fuese el comportamiento de este el que fuese. Ambos salieron a la calle solos.

Desde que llegara al palacete, Víctor no se había separado de su madre, relegando el papel de la chica al de una mera acompañante.

La joven suspiró sin saber qué hacer. Carmen se le acercó.

—Dele usted tiempo. Acaba de llegar.

—Me trata como si no existiera. Yo solo intento ayudarlo, pero él se niega a ser ayudado. Al menos por mí. No sé cómo tratarle sin que me haga sentir que estorbo.

La criada la abrazó.

—No se preocupe, doña Mariola. Irá pasando, usted siga a su lado.

Pero nada cambiaba. Según transcurrían los días, el trato de Víctor hacia su esposa era cada vez más injusto y cruel. Ella tan solo deseaba ayudarlo, pero el muchacho rechazaba aquella ayuda una y otra vez.

Aquello era la comidilla de la casa. En la cocina no se hablaba de otra cosa a todas horas.

—Al marido de mi hermana lo hirieron en la guerra del cuarenta. Lo dejaron sin hombría. Desde entonces no toca a mi hermana ni para darle un beso —dijo Adelina.

La cocinera estaba preparando un succulento estofado para la comida.

Carmen y Luisa la miraron sin saber a dónde quería ir a parar.

—Pero a don Víctor le falta una pierna, no la hombría —defendió Luisa.

Era la hora de preparar la cena y en la cocina el servicio estaba a pleno rendimiento.

—Eso no lo sabes —dijo con maledicencia la cocinera—. ¿Por qué no se lo preguntas tú a la señora Mariola? A ti te tiene aprecio, Carmen. Si hasta ha colocado a Ángel en la bodega.

La criada ignoró la pulla y siguió pelando patatas. Luisa y Adelina reanudaron el chismorreó.

—De todos modos, es igual. Los hombres son tan simples que sea un colgajo o sea una pierna entera se sienten menos hombres si les falta algo. Os digo yo que este va a traer a Mariola por el camino de la amargura el resto de sus días.

—¡Se puede saber qué murmuráis!

La voz de doña Casilda bramó en la cocina. El silencio se hizo por completo. Desde la llegada de Víctor el ama de llaves era aún más seca y rígida. Gritaba a todas horas y no pasaba ni un día sin que alguien fuese víctima de su mal humor.

Se acercó con paso firme a la cocinera. Su dedo huesudo la señaló a modo de advertencia.

—Si te vuelvo a oír hablando de don Víctor te pongo de patitas en la calle.

Adelina no se atrevió a negar aquella acusación. Musitó una disculpa y regresó a su labor con la cabeza gacha y en silencio.

## IV

Miguel apenas pasaba tiempo en la casa. Si antes se dejaba ver poco y tanto Inés como él llevaban vidas aparte, ahora nunca se los veía juntos. Se rumoreaba que el hombre tenía un nuevo hogar en Vitoria donde alojaba a una mantenida y donde pasaba seis de cada siete noches. Lo cierto es que podía permitírselo; el dinero que había ganado con la vendimia de ese año era muchísimo. Sin embargo, el palacete comenzaba a mostrar algunos desperfectos y no hacía nada por arreglarlos.

Desde su regreso, Víctor se había aferrado a su madre como cuando era un niño. Era la única persona con la que observaba un trato afectuoso. Con el resto del mundo se comportaba como si este le debiese algo.

Quien peor trato recibía era Mariola, que sufría a diario un comportamiento infantil y egoísta. Pero la joven no dejaba de esforzarse en cuidar a su marido. Los desaires con que este la obsequiaba habían dejado de ser siquiera tenidos en cuenta. Aunque en ocasiones la crueldad que le infligía era tal que se mordía los labios y se alejaba para llorar a solas, la joven no cejaba en su empeño.

Aquella tarde esperaba su regreso con ansias y confiaba que aquel momento marcará la reconciliación entre ambos. Inés estaba en misa, por lo que el mérito de la sorpresa se le atribuiría ella. Ese pensamiento egoísta le hizo sentirse culpable, pero en realidad la idea había sido suya, por lo que era del todo normal que pensara de ese modo.

Mariola escuchó llegar el carruaje en el portal y, nerviosa se levantó del sillón. Habían comprado un pequeño coche simón que Víctor usaba en exclusiva. El sencillo y discreto carruaje constaba de dos plazas con toldo y era tirado por una mula. Su pequeño tamaño era una de sus mayores ventajas, podía callejear por la villa sin problema y a la vez realizar pequeños trayectos a otros pueblos. La joven se alisó el vestido y se colocó el moño con un movimiento maquinal. Revisó el aspecto de su regalo y cuando lo juzgó correcto se plantó junto a la puerta y esperó.

El sonido de la muleta golpeando el frío suelo de los escalones era una característica a la que se había acostumbrado. Paciente, aguardó que la puerta se abriera. Víctor entró y ni siquiera la miró. Como siempre, su rostro reflejaba el esfuerzo que le suponía ascender las escaleras.

—Buenas noches —saludó sin ganas.

Con andar renqueante se acercó a la chimenea para calentarse.

—Tengo una cosa para ti —dijo la joven.

Su marido la observó con recelo. No dijo nada. Se giró y siguió tratando de entrar en calor.

—¿No quieres saber qué es? —insistió ella.

—¿Qué es? —La voz de Víctor no mostraba emoción alguna.

Mariola ignoró la desgana de su marido y con paso raudo se dirigió a la esquina opuesta del salón y empujó la silla de ruedas hasta el centro de la estancia.

—¿Qué es eso? —repitió Víctor.

—Es una silla de ruedas inglesa. He tenido que esperar seis semanas a que la trajeran y gracias a un amigo de la familia de Bilbao que la ha podido recibir.

Víctor miró la silla como si observara un aparato de tortura medieval. Ciertamente el objeto que estaba frente a él invitaba a todo menos a sentarse. Se trataba de un modelo al que llamaban Bath por la localidad inglesa donde se había inventado. Consistía en una especie de triciclo con dos grandes ruedas metálicas en la parte de atrás, de las que nacía una barra para empujar. Comparada, la rueda delantera, que podía girarse mediante un manillar de hierro, era tan pequeña que parecía ridícula. Un reposapiés ajustable y un pequeño toldo que podía regularse trataban de otorgar un poco de comodidad a un aparato que parecía todo menos cómodo.

—¡Aparta esa monstruosidad de mí! —bramó Víctor.

Mariola no daba crédito a la reacción de su marido. Estaba convencida de que aceptaría de buen grado aquella mejora en su independencia.

—Con ella podrás salir a la calle sin depender del carruaje.

—¡Apártala!

La voz del hombre poseía una furia que Mariola no había visto nunca en él. No sabía qué hacer o decir.

—Pero creí que te ayudaría a tener una vida normal —titubeó la joven. Rompió a llorar.

Víctor no sintió compasión de aquellas lágrimas.

—¿En qué estabas pensando? ¿Crees que iba a aceptar este circo? ¿Qué iba a ir por ahí montado en esta abominación como si fuera un bufón?

—Piensa en la autonomía que te otorgaría. He leído que en estados como el tuyo puede ser de gran ayuda.

Su marido le lanzó una mirada de tal odio que Mariola supo • que de haber podido soltar la muleta la habría abofeteado.

—Estados como el mío. Llámalo por su nombre. Soy un lisiado. ¡Un maldito lisiado!

—¡No sé cómo tratarte, Víctor! Me rehúyes a todas horas, ni siquiera duermes conmigo. Yo solo quiero ayudarte.

—Si quieres ayudarme no te inmiscuyas en mi vida. Y mucho menos te creas con derecho a mejorarla con inventos del demonio como este.

Aun a riesgo de caerse, el joven se apoyó en la pierna sana y golpeó la silla de ruedas con la muleta.

Ante esa demostración de cólera Mariola estalló de rabia.

—Soy tu esposa. No puedes pensar que voy a quedarme al margen de lo que te pase.

—Lo que me pase es cosa mía. Lo mejor que puedes hacer es alejarte de mí. No deberíamos habernos casado nunca.

Mariola lo miró con los ojos abiertos como platos. Aquel golpe bajo le dolió más que nada en el mundo. Se secó las lágrimas con la manga del vestido y empujó la silla hacia la puerta. Salió de la estancia y lanzó el artilugio escaleras abajo.

## V

A una semana de las Navidades llegó el mal tiempo. La víspera cayeron los primeros copos y ahora al alba nevaba con fuerza y un viento gélido soplaba pertinaz. Las bajas temperaturas de la noche habían formado carámbanos de hielo en los tejados.

Desde su regreso a Haro, Víctor y Mariola no compartían alcoba. Si ya durante el día la relación entre ambos era escasa, al caer la noche cada uno dormía en su propia cama. Sentado en la suya, Víctor estaba sumido en su miseria. La pierna que le faltaba le picaba un horror. Le habían explicado que era habitual que cuando se amputaba un miembro este picara o incluso doliera, aunque fuese cosa que pareciera sobrenatural. Esa mañana picaba de lo lindo, recordándole su patética existencia.

El reciente episodio de la silla de ruedas fue la gota que colmó su paciencia. No podía seguir un solo día más siendo un dependiente que necesitaba de los demás para cualquier cosa. Antes

prefería la muerte. Cualquier cosa antes que ser un tullido por el que se sentía lástima. Lloró desconsolado. En público no se permitía aquella debilidad, pero a solas en su cuarto habían sido muchas las veces que derramara lágrimas de rabia. Se serenó y lanzó una mirada a su alrededor. Si llegara el momento, ¿cómo se mataría? Ni siquiera podía contar con usar una de las vigas del techo para colgarse. No podría realizar toda aquella operación sin ayuda. Era un maldito inútil que ni siquiera podía apartarse del medio cuando era solo un estorbo. Sus ojos se anegaron de lágrimas de nuevo. Se secó con rabia y se levantó de la cama.

Apoyándose en la muleta llegó renqueante hasta el escritorio. Se sentó en la silla y palpó la llave que llevaba en uno de los bolsillos interiores del traje. La extrajo y la colocó en uno de los cajones del pequeño mueble. Dentro estaba el cuaderno que rellenara en Burdeos con anotaciones sobre la elaboración de vino. Lo tomó en sus manos y lo abrió con nostalgia. Mientras lo hojeaba le asaltaron infinidad de recuerdos. En esas páginas estaba toda la ilusión que sintiera tan solo unos meses atrás. Todo parecía tan lejano ahora. ¿Cómo había olvidado aquello?

Hasta aquel maldito accidente tenía sueños, ilusiones, una vida que deseaba vivir. Ya nunca tendría nada de aquello. No podría ser feliz con Mariola. Su pierna amputada lo impedía. Pero su vida podía tener un propósito.

De repente lo vio claro. Condenado a una vida desgraciada, podía dedicarla a perseguir su sueño. Ahora no existía nada que lo impidiese. El accidente podía tener su lado positivo. Elaborar un vino de calidad en La Rioja sería el objetivo de su miserable existencia. Él sabría sortear los impedimentos que su minusvalidez le generaba.

Aún disponía de la bodega de Martín. Sabía que Matilde la gobernaba desde la muerte de su marido, pero ansiaba quitársela de encima. Estaba seguro de que si hablaba con ella le cedería el control del negocio; en cualquier caso, él lo heredaría tarde o temprano, ¿por qué no adelantar el momento?

Decidido, salió de la habitación e hizo tintinear la campanilla para llamar al cochero.

Al poco, el pequeño coche simón llegaba a la bodega de Zabala. Las ruedas dejaron un surco en la blanca nieve. Aunque ya no nevaba, todo cuando abarcaba la vista estaba teñido de un blanco virginal. Haciendo un gran esfuerzo, Víctor descendió del carruaje rechazando la ayuda del cochero. Era la primera vez que intentaba bajar solo y aunque a punto estuvo de caerse consiguió poner pie en tierra sin la ayuda de un solícito Lucio, presto a echar una mano si era necesario.

—Espera aquí —ordenó el joven.

El cochero jugueteaba nervioso con la gorra entre sus manos. El suelo estaba lleno de peligroso hielo. Si algo le sucedía al señor la culpa recaería sobre él.

—¿No quiere que lo ayude a llegar a la bodega?

Víctor negó con vehemencia. Renqueante, se encaminó al edificio y recorrió la poca distancia que lo separaba del mismo por su cuenta. Aquella era una prueba que se ponía a sí mismo. Debía hacer las cosas por sí solo.

Nada más verlo, Matilde le salió al paso. Aunque sentía un gran afecto por su yerno, la mujer casi no lo había visto desde su regreso. No sabía cómo tratarlo y aunque su hija callaba, sabía que se comportaba con ella de malos modos. Hubo de hacer un esfuerzo para apartar su mirada de la pierna amputada.

—Pero, hijo, ¿cómo no has avisado de tu llegada? Te habríamos ayudado. ¡Y en un día con tanta nieve!



—No se preocupe, doña Matilde. He de valerme por mí mismo.

—¡Vamos! ¡Entra! —le indicó la mujer, señalando la puerta.

Para acceder a ella había que sortear tres escalones en los que hasta entonces no habría reparado. Víctor sonrió con amargura, ahora veía obstáculos en cualquier lugar.

—¿Quieres que entremos por la puerta de cocheras? —ofreció Matilde.

Víctor se negó. Subió con gran esfuerzo dejando caer en cada peldaño el peso de su cuerpo en las muletas. Su suegra lo miraba con los labios fruncidos, sin atreverse a decir nada. Admiraba el coraje del joven, aunque temía que se cayera con cada movimiento.

Habitar la casa que él y Mariola habían alquilado en la parte alta de Haro era imposible, dadas las circunstancias, y en otoño se decidió rescindir el compromiso con el dueño.

En el interior de la bodega los trabajadores cesaron sus labores y se acercaron a él. Casi todos lo conocían de vista y se esforzaban en mostrar la mejor de sus sonrisas, mientras le saludaban corteses gorra en mano. Aquellas muestras de compasión era lo que peor llevaba el chico. Odiaba que lo trataran con condescendencia, pero se limitó a responder a las muestras de afecto con una sonrisa fingida. Se estaba convirtiendo en un experto en disimular.

Entraron en el despacho y se sentaron a la mesa. A Víctor se le hacía extraño no ver al otro lado de esta a Martín y aunque tenía todo el derecho al ser dueña del negocio, una mujer no podía estar al frente de la bodega.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó.

La mujer se encogió de hombros.

—A mí esto no me supone más que quebraderos de cabeza. Aunque no se me caen los anillos por venir todos los días, este no es lugar para una mujer.

—De eso mismo quería hablarle a usted. —Víctor se retrepó en la silla—. Aunque la figura de Martín es insustituible, creo que ha llegado el momento de que un hombre tome el control de la bodega.

Matilde asintió.

—Tienes razón y créeme que me da mucha pena porque Martín no habría querido que fuera así. Esto era su orgullo, pero no tengo otra opción que vender la bodega.

—Hay una alternativa y hacer que la bodega siga ligada al apellido Zabala.

La mujer se mostró expectante. Víctor se lamentó por no haber acudido antes a hacer aquella petición. Era su derecho al casarse con Mariola. De todos modos, aún estaba a tiempo de reclamar lo que era suyo.

—Lo que quiero decirle, Matilde, es que ahora que Martín no está puede usted contar conmigo. Creo que, aunque me falta la experiencia, poseo las ganas necesarias y he aprendido mucho en este tiempo.

Matilde lo miraba sin entender qué quería decir todo aquello.

—¿Quieres decir que tú quieres llevar la bodega? —Sus palabras tenían un poso de incredulidad.

Su yerno se removió nervioso en la silla.

—Al fin y al cabo, la bodega pertenece a Mariola y yo soy su esposo. Le aseguro a usted que llevaré el negocio como Martín hubiese querido.

Su suegra emitió un pequeño gemido de conmiseración. Aquella muestra de lástima fue como si le dieran una puñalada en pleno corazón. Matilde le hablaba con tono quedo.

—En tu situación este negocio está fuera de tu alcance. No digo yo que antes de ello no hubieses podido hacerte cargo y bien sé que Martín te tenía mucho aprecio. Pero, en tu estado, tu lugar está en casa, con Mariola. Dándome un nieto... que ya es hora. —Víctor palideció ante las palabras de Matilde. Esta lo miró de hito en hito—. Porque solo te falta la pierna, ¿no, hijo? —El chico se quedó tan sorprendido que no supo qué decir. Lo último que esperaba era que su suegra pusiera en duda su hombría—. Tú no te preocupes por nada. Quédate en casa con tu esposa y olvídate de la bodega. Que ya buscaremos el modo en que no os falte de nada.

Con el orgullo clavándose en el pecho como una gigantesca espina, Víctor salió del despacho y, renqueante, se alejó en dirección a la calle.

Sentado en el coche simón tuvo tiempo de pensar en lo sucedido. Aunque las cosas no habían salido como esperaba al menos ahora sabía qué debía hacer para hacerse con la bodega.

## VI

Pasada la medianoche, el palacete estaba en completo silencio. Las sombras que creaban las lámparas de aceite danzaban enloquecidas en las paredes. Mariola entró en su cuarto y se desnudó.

Un rato después, cuando estaba en la cama, escuchó un ruido al otro lado de la puerta. No le costó identificar el característico sonido de la muleta de Víctor.

La puerta se abrió y la figura de su marido se materializó en el umbral. El joven entró y se acercó hasta la cama. Mariola quiso decir algo, pero no supo qué. Permaneció en silencio, expectante. Observó cómo Víctor se sentaba en la cama y después se tumbaba en ella para colocarse a su lado. La mujer trató de ayudarle y sus manos fueron rechazadas. Gimiendo por el esfuerzo, se puso sobre ella. Ella se dejó hacer. Estaba tan sorprendida que era incapaz de articular palabra.

Cuando sintió que su esposo entraba en ella se permitió un pequeño grito fruto de la sorpresa. No obstante, era agradable notar el calor del cuerpo de alguien después de tanto tiempo. Trató de besarle, pero el chico apartó su rostro.

Desconcertada, lo acarició, pero tampoco sus manos eran bien recibidas. Era un acto maquinal, sin alma. Sin pasión ni emoción alguna y sin mirarse a los ojos.

A Mariola le parecía que aquello que le penetraba no era sino una fría barra de hierro. Qué diferente era todo de aquella primera vez la noche de bodas. El recuerdo de aquellos tres días la hizo llorar.

Sobre ella, Víctor gemía y gruñía más por el esfuerzo que por placer. Su rostro crispado reflejaba una gran concentración.

Por fin el hombre se derramó dentro de ella con un espasmo. Al instante se apartó casi con violencia de encima y se dejó caer sobre el colchón. A pesar de estar agotado por el esfuerzo se levantó de la cama casi de inmediato y salió de la habitación sin decir palabra.

El tac-tac de la muleta resonó con fuerza el pasillo hasta mucho después.

La escena se repitió varios días hasta que de nuevo Víctor dejó de acudir a la cama de su esposa.

Mariola volvió a asumir su existencia vacía y sin afecto.

Al mes siguiente se confirmó que estaba embarazada.

## Capítulo 9

### I

A mediados de enero Ángel Zaldiena y Carmen Egea se dieron el sí quiero ante el nuevo párroco de Santo Tomás. Don Pedro había muerto con la llegada de las primeras nieves del invierno.

El convite de celebración fue escaso y el vestido de la novia era prestado y fue arreglado para la ocasión. Como luna de miel la pareja tan solo pudo pasar dos días en Bilbao. Pese a todo, aquello les parecía un regalo. Disfrutaban de cada segundo juntos como si fuese el último.

Alquilaron un sencillo piso en la primera planta de un edificio extramuros, muy cerca del convento de los agustinos. Carmen podía pasar tres noches a la semana fuera del palacete. Salía tras servir la cena y regresaba a la salida del sol, y aquellas noches eran las más felices de la semana.

Al placer de compartir lecho con Ángel se sumaba el hecho de que por primera vez tenía un lugar al que podía llamar suyo. El trabajo de su esposo en la bodega y su propio jornal no eran gran cosa, pero les permitía llevar una vida sencilla y humilde. En cualquier caso, nada podía hacerles más felices. Lo poco que tenían era suyo. Lo habían pagado con el sudor de sus frentes.

Aquella mañana ambos compartían un exiguo desayuno antes de salir a sus respectivos trabajos.

—Parece que doña Matilde ya ha decidido qué hará con la bodega. Esta misma mañana nos dirá algo a los trabajadores —dijo Ángel mientras removía una taza de loza con café con leche.

Al hombre le gustaba tomarlo bien humeante y solía echar en él los pedazos duros de pan que hubiese por la cocina.

—Doña Mariola no sabe nada. Bien que se lo he preguntado cuando he tenido oportunidad. De todos modos, a saber quién os viene ahora de jefe.

El hombre se encogió de hombros.

—Esas son cosas de los patrones. Nosotros a trabajar, que para eso nos pagan.

—¡Mira que si, como se dice, se la ha vendido al marqués de Murrieta!

—Eso son solo habladurías. Me apuesto lo que quieras a que el asunto va a quedar en la familia. Además, ¿qué se le ha perdido a ese buen hombre en Haro?

—Pues Luisa me ha dicho que no hace ni una semana que se le ha visto por el pueblo. ¿Quién te dice que no era para negociar con doña Matilde?

Luciano Murrieta era un famoso noble que hacía tan solo unos meses había comenzado a

producir vino al estilo de Burdeos en Logroño. Los rumores sobre que estaba interesado en una bodega en Haro corrían como la pólvora por el pueblo, y, como no podía ser de otro modo, había quien aseguraba que era la bodega de Matilde Zabala.

Ángel quitó importancia a las palabras de su mujer con un ademán de la muñeca.

—Qué sabrá Luisa de todo esto. Y qué sabréis las mujeres de negocios.

Carmen se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¡Mira este! ¿Acaso no os ha pagado todos estos meses una mujer? ¿Y no ha sido doña Matilde quien ha llevado la bodega en ausencia de su marido?

Su marido torció la boca para mostrar su disconformidad. En el fondo, alababa la labor de Matilde al frente de la bodega.

—Pero eso era diferente. Una cosa es que una viuda haya de hacerse cargo del negocio de su marido y otra que una vez haya pasado un tiempo siga mandando. Que la bodega no es sitio para una mujer, te lo digo yo.

La mujer hizo oídos sordos a aquel comentario.

—Porque se me hace tarde, si no te iba a decir yo a ti cuatro cosas sobre las mujeres. Anda, que si no fuera por nosotras se os comía la mierda.

Aquel comentario acabó con la discusión.

Ángel guardó silencio. Hubo de reconocer que su mujer se encargaba incluso de dejarle la muda lista por la mañana o de lo contrario a buen seguro iría todos los días con la misma.

La mujer salió de la cocina. Instantes después, se escuchó la puerta de la calle.

Ya en la fría escalera se intuía que el invierno seguía apretando con fuerza. Si bien no nevaba desde Año Nuevo, aún eran frecuentes las heladas y la que había caído aquella noche era de cuidado.

Carmen se detuvo entre dos peldaños y se subió el cuello del chaquetón antes de salir a la calle.

De improviso la oscuridad fue rota por la chispa de un chisquero que iluminaba el oscuro portal.

—Hola, Carmencita —dijo Manuel, prendiendo un cigarrillo.

Desde que entrara a trabajar en la bodega, Ángel había trabado amistad con Manuel Ureña. Era un hombre entrado en la cuarentena y el oficial al mando del joven. Al pasar tantas horas juntos, era normal que entre ellos se hubiese generado cierto afecto. Pero a Carmen aquel hombre le daba mala espina. Sabía que bebía demasiado y no era la primera vez que la buscaba a solas. Aunque no había nacido el hombre que le diera miedo, decidió mantener las distancias.

Bajó los últimos peldaños y lo saludó sin efusividad.

—Buenos días, don Manuel. Enseguida baja mi marido.

—Mujer, no me llames de usted, que no soy tan viejo.

Carmen no hizo comentario al respecto. Se limitó a seguir caminando. Sin embargo, el hombre estaba en medio del pasillo y por fuerza debía pasar a su lado. Se pegó a la pared para evitar rozarlo.

Al pasar junto a él, el hombre extendió el brazo y apoyó su mano en la pared de enfrente. Estaba tan cerca que el papel empapado en licor de los cigarrillos que fumaba le llegaba con nitidez.

—Mira que le tengo dicho yo a Ángel que tiene mucha suerte de tenerte, Carmencita. Que una

hembra como tú requiere de mucha atención e igual a él le falta experiencia.

—Descuide usted, que mi marido me tiene muy bien atendida. Y no me llame Carmencita, que Carmen es el nombre que el cura me puso —replicó la mujer a la par que se deslizó tras el brazo de Manuel.

Este rompió a reír mientras la chica salía a la calle. Antes exhaló el humo de su cigarrillo y le dedicó una mirada cargada de lujuria.

—Algún día, Carmencita. Algún día —masculló entre dientes.

## II

Víctor Arriola se cruzó con Ángel y Manuel en la puerta de la bodega. Ambos trabajadores se descubrieron y saludaron con respeto. El joven no reparó en ellos. Sus ojos estaban fijos en el despacho de Matilde. Hacia allí se encaminó sirviéndose de ayuda de la muleta.

—¿Y este? ¿Habrá venido ya a tomar posesión del negocio? —bromeó Manuel.

Ángel no dijo nada. Ambos hombres se internaron en el edificio camino de sus respectivos tajos.

Víctor entró en el despacho todo lo veloz que su estado le permitía. Ni siquiera dejó que Matilde le sostuviera la puerta.

—Doña Matilde, venía a hablar con usted sobre la bodega. Me han llegado rumores de que ya ha decidido venderla. Como le dije la última vez, estoy dispuesto a hacerme cargo de ella. Es mi derecho como marido de Mariola.

Incómoda con aquella conversación, la mujer balbució una excusa mientras indicaba que se sentara.

—Pero, hijo, creía que había quedado claro. Tú no puedes hacerte cargo del negocio.

—Por lo visto, soy capaz de darle a usted un nieto, pero no soy bastante hombre para llevar esta bodega. ¿Es eso lo que quiere decir?

Los ojos del joven destilaban desprecio. Matilde sintió miedo de su yerno. Trató de calmar los ánimos.

—Víctor, entiéndelo. En tu estado no podrías. Este trabajo no es solo sentarse a esta mesa. ¿Cómo iban a respetarte los trabajadores?

—Le aseguro que sé hacerme respetar, aunque no pueda estar en los calados trabajando con ellos.

Matilde tomó aire. En aquellos momentos deseaba estar en cualquier lugar excepto allí. Su yerno no iba a entrar en razón fácilmente.

—Puedes estar tranquilo, que no os va a faltar de nada ni a Mariola ni a ti ni al bebé.

—Me va a perdonar, suegra, pero preferiría ser yo quien trajera la comida a la mesa de mi familia y no su caridad.

—No es caridad, Víctor. Mariola y tú necesitáis ayuda y yo estoy más que encantada de poder echaros una mano. En tu situación, bastante haces ya. Entiende que llevar este negocio es

imposible para ti. Sé razonable, hijo.

Víctor se quedó en silencio. Temía perder los papeles y decir algo de lo que se arrepentiría más tarde. Por mucho que le doliese, dependía de la ayuda de su madre y de la mujer que tenía frente a él. Trató de hacerla razonar.

—Le pido que lo reconsidere, doña Matilde. Puedo encargarme de este negocio. Me faltará una pierna, pero estoy más que capacitado para ello.

La mujer negó con la cabeza.

—Eso es imposible, Víctor. Tu sitio ahora está con Mariola. En casa.

Un relámpago de rabia atravesó a Víctor.

—¡No soy un maldito inútil que haya de pasarse el día en casa! Ese es lugar para las mujeres —gritó. Dio una sonora palmada en la mesa y su suegra se echó hacia atrás en la silla.

—Víctor, por favor. Te ruego que te controles.

El joven se pasó, nervioso, las manos por el cabello. Le había dado a aquella arpía lo que ansiaba: un nieto. Su lugar estaba en la bodega. Era su derecho. ¿Qué otra cosa le quedaba ahora?

Tomó aire con calma.

—¿Y a quién le ha vendido usted la bodega, si puede saberse? Matilde frunció los labios en una fina línea.

—Creía que ya estabas al tanto.

—¿Al tanto de qué?

Sus palabras se quedaron suspendidas por la sorpresa al ver a su padre entrar al despacho.

—Hola, hijo —lo saludó Miguel.

Desde que regresaran de Francia el trato entre ambos era escaso. Ninguno de los dos había vuelto a hacer referencia a lo sucedido en el viaje de vuelta, pero lo tenían muy presente.

—¿Qué hace usted aquí? —Fue todo lo que atinó a decir Víctor.

Doña Matilde intervino cortés y señaló al recién llegado la silla que quedaba vacía.

—Tu padre está aquí...

—Estoy aquí para comprar la Bodega Zabala —interrumpió Miguel.

Víctor se quedó mudo ante aquella revelación.

—¿Usted? —balbució al fin.

—Sí, hijo. Doña Matilde ha tenido a bien aceptar mi oferta.

El joven era incapaz de asimilar la información. Su padre se había negado una y mil veces a que la familia produjera vinos, ¿y ahora compraba la bodega?

—Yo creía que ambos lo sabíais —se excusó Matilde.

Miguel restó importancia meneando la cabeza.

—No se preocupe usted. Y siento importunarla en su propio despacho, pero, si no le importa, querida Matilde, me gustaría hablar a solas con mi hijo.

—Claro, claro —dijo la mujer, levantándose se la silla y saliendo a toda prisa.

Una vez los dos hombres estuvieron solos, Miguel se levantó y con calculados pasos se plantó frente a la cristalera que daba a la bodega. Con las manos a la espalda ya parecía *de facto* el dueño de esta.

—Matilde me dijo que habías venido a hablar con ella. Por lo visto, sigues empeñado en manchar nuestro apellido.

Víctor alzó la cabeza y miró a su padre.

—¿Sabía que quería la bodega y aun así la compra usted?

Miguel asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No creas que la compro por eso, aunque en cierto modo tú me diste la idea. Como sabes, la primavera pasada compré el vino a los campesinos antes que nadie. A pesar de tener que poner de mi bolsillo los cuartos antes de que el producto estuviese en mi poder, obtuve un gran beneficio con ello. Pero este año habrá otros comerciantes y bodegas que quieran adelantarse viendo mi triunfo del año pasado. Además, los campesinos no venderán tan barato. Ya se sabe que la plaga de oídio empeorará y en Francia habrá menos producción, es muy probable que incluso afecte a La Rioja. Lo que quiere decir que habrá más demanda de vino y eso hará que la uva se venda a un precio más alto. En pocas palabras, adelantar el dinero este año ya no será tan buen negocio. —El joven miró a su padre sin saber adónde quería ir a parar. Todavía de espaldas a Víctor, Miguel siguió hablando—. Pero, como sabes, la mayoría de los comerciantes de la zona no poseen bodegas propias y han de alquilar otras como la de Zabala. Así que, al escuchar tu majadería sobre hacer vino, se me ocurrió que si puedo hacerme con esta bodega podría poner el precio que quisiera por alquilarla tras la vendimia. De ese modo, con los contactos que hice en Burdeos, podré vender el vino como he hecho hasta ahora, pero además cobraré por elaborar el de otros.

—¿Así que no tienes intención de elaborar un vino al estilo de los de Burdeos?

Miguel se giró y clavó sus ojos en los de su hijo.

—¡Por supuesto que no! ¿Aún sigues con esa tontería de hacer un vino al estilo francés? Se seguirá produciendo vino tal y como Martín hacía. Por algo, aparte de la bodega, la compra incluye numerosos viñedos de doña Matilde, pero eso es todo. —El hombre resopló desairado y se alejó de la ventana. Sabiéndose ya dueño de la bodega, se sentó a la mesa que poco antes había ocupado su consuegra. Apoyó las manos en la barbilla y se inclinó hacia delante—. Olvida esa sandez y trabaja para mí de nuevo, Víctor. Lo que pasó en Burdeos es parte del pasado. Junto a mí, aún puedes labrarte un futuro. Tienes un hijo en camino que te necesitará y nadie te dará trabajo con tu defecto.

Aquello fue como un golpe para Víctor. Escuchar a su padre hablar de su pierna mutilada cuando él era el responsable de ella lo llenó de un hondo coraje. A pesar de todo, se serenó. Para ello hubo de hacer un gran esfuerzo, pero no podía permitirse perder los nervios. Tenía que mantener la cabeza fría. Al fin y al cabo, aquella era una de las lecciones que su padre le había enseñado: no era bueno negociar con el ánimo exaltado.

Respiró hondo y pensó en cuál debía ser su siguiente movimiento.

Al otro lado de la mesa Miguel lo miraba expectante.

—De acuerdo, padre —consintió Víctor—. Trabajaré con usted.

El comerciante se levantó de la silla y se le acercó con una sonrisa triunfal en los labios.

—Pese a todo, aún haremos de ti alguien con porvenir —dijo satisfecho—. Buscaremos un puesto a medida que te permita trabajar en tu estado.

Víctor permaneció en silencio mientras su padre lo abrazaba. De momento, había conseguido acceder a la bodega. Ahora tenía que girar el timón de esta para ir en la dirección que él quería. Ya se ocuparía de ello en el momento oportuno. Si tenía que pasar por encima del hombre que lo había dejado tullido, lo haría sin pensarlo dos veces. Para él, Miguel Arriola ya no era su padre, sino el obstáculo que una vez salvado le devolvería la confianza en sí mismo.



### III

El oídio hizo su aparición en La Rioja aquella primavera. Ya había noticias de su expansión por Cataluña, Levante y sobre todo el norte del país, donde la enfermedad adquiría niveles catastróficos, pero hasta entonces el clima relativamente húmedo de la región había protegido a las vides riojanas del temido hongo.

Sus síntomas eran un polvillo blancuzco que en ocasiones llegaba a necrosar la hoja de la vid hasta el punto de doblarla sobre sí y llenar de manchas negras los sarmientos de la planta. La uva seguía creciendo, pero acababa por morir.

Pese a los intentos por buscar un remedio aún no había un modo de frenar la acción del hongo y hectáreas enteras de vides se echaban a perder en toda Europa ante los ojos impotentes de sus cuidadores.

Ante la gravedad de la plaga, ese mismo año el Estado español convocó un concurso público dotado con un premio de veinticinco mil duros para quien hallara un remedio. A pesar de las numerosas recetas, incluidas muchas originarias de Francia, ninguna tenía hasta la fecha el más mínimo éxito.

El polvillo, como se conocía en la zona a la enfermedad, afectó de forma desigual, pero en general todo el mundo daba por seguro que la vendimia ese año sería menor que otros. Precisamente ahora que los precios del vino estaban por las nubes.

### IV

Cuando la venta de la bodega se hizo oficial, Víctor fue convocado a una reunión en la misma.

En el despacho, además de Miguel, estaba un caballero de mediana edad, de aspecto circunspecto. Ambos observaban en detalle un abultado fajo de papeles.

Con un gesto, el comerciante conminó a su hijo a sentarse frente a ellos. Después, con aire triunfal pasó a detallar los cambios que tenía pensados para el negocio.

—Tengo que poner al frente de la bodega a gente de mi confianza. Yo ni tengo tiempo ni ganas de estar aquí todos los días —comenzó Miguel.

Víctor no dijo nada. De sobra sabía que su padre no pasaba tiempo en Haro y a sus oídos había llegado el rumor de que vivía con su mantenida en Vitoria. Ya no se molestaba en fingir que su matrimonio no era nada más que una farsa. El hombre continuó su discurso. Sus ojos no miraban a su hijo, estaban fijos en la enorme cantidad de papeles sobre la mesa.

—Para empezar, quiero que sepas que la bodega seguirá teniendo el nombre de tu suegro. Es algo que Matilde me pidió y por lo que a mí respecta me da igual. Además, tal y como ya te adelanté, a partir de ahora, además de producir vino, nos dedicaremos sobre todo a alquilar a otros estas instalaciones. Por eso necesito a alguien de confianza que lleve las cuentas. Por lo visto, tus suegros no creían conveniente atender a esos detalles. Tú eres demasiado joven para hacerte cargo de ello, quizá con el tiempo lo hagas. Por eso he decidido poner al mando al señor

Elías Elorriaga, con quien llevo años trabajando y cuenta con mi total confianza. —Señaló al hombre a su diestra.

—Pero yo creía que...

Miguel enarcó las cejas ante la interrupción de su hijo.

—¿Creías qué? ¿Que te pondría a ti al frente? Estás muy verde aún. Tú estarás bajo su mando, con la esperanza de que algún día puedas tomar su puesto. Cuando seas digno de mi confianza.

Víctor se tragó el orgullo y miró al hombre del que hablaba su padre con curiosidad. Su aire atildado y su semblante inexpresivo le recordaban a un autómatas. Corroborando su sensación, Elías Elorriaga se levantó y de un modo casi mecánico estrechó su mano. Después, sin decir una sola palabra, volvió a sentarse junto a su patrón.

El chico asintió a las palabras de su padre, que continuó hablando sin prestarle más atención de la que se presta a un insecto.

—De igual modo, necesitamos un nuevo encargado en la bodega. Alguien que conozca sus entresijos y sepa lo que se hace. Tras hablar con los trabajadores me he decidido por Manuel Ureña. Parece un trabajador con experiencia y sobre todo es dócil.

El chico hizo memoria; tenía visto por la bodega a aquel hombre. Llevaba años trabajando para Martín y era ciertamente un obrero experimentado, pero en su opinión había trabajadores más capacitados y sobre todo menos dados al vino.

—¿Por qué no ha buscado alguien ajeno a la bodega? —preguntó.

Miguel sonrió de modo taimado.

—Podría haberlo hecho, pero si quieres un perro que sea fiel saca uno de la perrera y ponlo al cuidado de esta. No encontrarás animal más agradecido.

Su propio hijo hubo de admitir que no conocía nadie más artero que el comerciante. Hasta que llegara su momento podía seguir aprendiendo mucho de él.

—¿Algo más, padre?

Miguel apartó por primera vez los ojos de la mesa y se fijó en su hijo durante un segundo.

—Nada más. De momento, el señor Elorriaga y yo hemos de revisar las cuentas para dejar esto saneado. Vuelve al palacete, ya te avisaré cuando seas necesario aquí.

Víctor asintió y salió del despacho en silencio.

De camino a casa en el coche simón reflexionó sobre la reunión.

Estaba seguro de que el verdadero motivo del ofrecimiento de su padre era el remordimiento. Eso y el hecho de que nadie pudiera decir nunca que su familia no tenía siempre comida sobre la mesa. A pesar de que sus padres llevaban vidas separadas, Víctor sabía que una generosa asignación mensual de dinero llegaba a la casa puntualmente. Esos ingresos eran los únicos con que la familia contaba. Era el modo de Miguel Arriola de asegurarse que jamás le echaran nada en cara mientras vivía su vida en Vitoria.

Además, que su padre no lo hubiera puesto a cargo de las cuentas demostraba que no confiaba del todo en él. No importaba, de un modo u otro tendría acceso al negocio y ya se encargaría él de usarlo en su beneficio llegado el momento.

Por ahora tocaba hacer lo que se le pedía sin rechistar. Conocía muy bien a Miguel y sabía que si algo valoraba era que nadie contradijera lo que ordenaba. Poco a poco se ganaría su confianza y cuando llegase el momento su respeto. Al fin y al cabo, tenía un buen maestro del que aprender.

De vuelta al palacete Inés lo asaltó cuando entró al portal.

—¿De verdad piensas trabajar con tu padre? —le preguntó a bocajarro.

El chico sabía que aquella conversación con su madre era inevitable y la había pospuesto ya demasiado tiempo. Meneó la cabeza para confirmar su decisión. La mujer emitió un gruñido de frustración.

—Te conozco. Sé que has aceptado para tratar de ganarte su confianza, pero eso nunca pasará. Miguel no quiere a nadie excepto a sí mismo.

—Madre, entiendo que tú y él no os llevéis bien y que cada uno haga su vida, pero no evitarás que trabaje para él. No tengo otra salida.

—Por supuesto que la tienes.

—¿Crees que quiero trabajar para él? Pero nadie da trabajo a un lisiado. ¡No tengo opción!

Víctor estalló de rabia. Lágrimas surgidas de la frustración y el miedo se derramaron por sus mejillas. Inés lo estrechó contra su pecho, como tantas veces había hecho de niño. Dejó que su hijo se desahogase hasta que el llanto cesó y su cuerpo dejó de estremecerse. Entonces lo apartó y lo miró a los ojos.

—Déjame que te ayude —le dijo—. Déjame que te ayude a hundir a Miguel Arriola.

## Capítulo 10

### I

Marcos Egea salió de la casa del Barranco cuando aún era de noche. A pesar de estar bien entrado junio el frío todavía era intenso por las mañanas y trató de entrar en calor frotándose las manos. Se puso en camino. Descendía la cuesta mirando al suelo, sumido en sus pensamientos. El sol pugnaba por salir en el este y una porción de cielo comenzaba a brillar en tonos rojizos. Una ligera brisa soplaba agitando sus ropas, se subió las solapas de la chaqueta para combatir el relente.

El camino hasta la zona del río se le hizo corto. Se plantó frente al taller y se quitó la gorra antes de entrar.

Llegaba tarde y, como siempre que lo hacía, don Sebastián le lanzó una mirada reprobatoria desde el fondo de la tonelería. El maestro tonelero sacó el reloj de bolsillo y se lo mostró con un gesto recriminatorio.

—Llegas siete minutos tarde —le dijo.

El chico se encogió de hombros.

—Usted perdone, don Sebastián. No oí la campana de la iglesia y se me fue el santo al cielo.

El tonelero entornó los ojos. Resopló con resignación y señaló un rincón del taller.

—Anda, ponte con la cuba esa de una vez, que ya vamos con retraso.

Marcos asintió y se apresuró a colocarse el mandil. Su compañero Gaspar sacudió la cabeza cuando pasó a su lado.

—Siempre llegas tarde. Un día de estos se va a cansar y te va a poner de patitas en la calle —le dijo.

—¿Qué quieres? Si tengo que levantarme y preparar el desayuno yo mismo.

Gaspar sacudió la cabeza y regresó a su labor, que consistía en rebajar unos listones en sus extremos hasta lograr el grosor necesario para ensamblarlos entre sí. Se afanaba en cepillarlos con pericia y de modo enérgico, de vez en cuando dejaba la herramienta y se agachaba para comprobar si había logrado la uniformidad adecuada en la madera.

El chico lo observó unos instantes. Su compañero llevaba dos años más que él en el oficio y se notaba la experiencia. Él nunca llegaría a su nivel, estaba seguro de ello. Resopló resignado.

La cuba en la que estaba trabajando ya había sido ensamblada por don Sebastián y Gaspar, su trabajo consistía ahora en rebajar la parte inferior de las duelas, donde irían encajadas en el fondo de la cuba. Para tal labor se usaba una especie de sierra y una placa de hierro que recibía el

nombre de cro. No se necesitaba demasiada precisión y sí fuerza para realizar aquella labor, pero hasta la fecha, era la tarea de mayor responsabilidad que le habían encomendado.

Se plantó frente a la enorme cuba y respiró hondo. Aquel trabajo no le agradaba, pero no tenía otro remedio que hacerlo lo mejor que podía, al menos hasta que pudiera irse. Agarró la parte superior de la cuba y comenzó a tirar de ella para colocarla en el suelo. A pesar de no estar concluida pesaba bastante y hubo de hacer un verdadero esfuerzo para que no se le cayera encima. Sabía que era cuestión de maña, se lo había visto hacer a Gaspar decenas de veces y él no iba a ser menos. Sudaba a mares y la camisa se le pegaba a la espalda. Por fin la depositó en el suelo, se secó la frente y se inclinó sobre ella. Comenzó a cepillar la madera con gesto de concentración.

A media mañana el trabajo avanzaba y un buen montón de virutas poblaba el suelo del taller. Don Sebastián se le acercó y sin decir nada le observó trabajar unos instantes. Marcos estaba tan concentrado que ni se dio cuenta de la presencia a su lado.

El maestro se colocó en cuclillas junto a él y echó un vistazo al interior de la cuba. Marcos soltó el cro, se limpió la ropa de virutas y se apartó para que revisara su labor.

—¡Está mal! —le recriminó mientras sus manos repasaban la madera.

Marcos se secó el sudor y resopló frustrado. El maestro tonelero gruñó algo, negó con la cabeza y se alejó de visible malhumor.

—Esto no es lo mío —dijo entre dientes el chico.

Gaspar se le acercó y se puso a repasar la labor. Era un privilegio que al llevar más años que él se podía permitir, por mucho que en ocasiones resultase irritante.

—Como no te esfuerces más te vas a la calle en breve —dictaminó Gaspar tras una meticulosa inspección—. Por cierto, tu hermana está en la puerta.

—¿Carmen?

Gaspar se encogió de hombros antes de alejarse hacia su puesto de trabajo.

—La que trabaja para los Arriola —le dijo.

Marcos se quitó el delantal y se encaminó veloz a la puerta. Tal y como le había dicho su compañero, su hermana mayor lo esperaba en la calle. Junto a ella estaba Luisa, la otra sirvienta de la casa.

Carmen le dio dos sonoros besos y lo abrazó.

—Hola, Marcos —saludó Luisa.

A Carmen no se le escapó que había un deje meloso en la voz de la criada. Aunque Luisa tenía más años que el chico, no se lo podía recriminar. Su hermano era ahora un joven atractivo. Era espigado y poseía un cuerpo bien formado y fibroso que se adivinaba bajo la camisa de trabajo. No obstante, para ella él sería siempre un niño, su hermano pequeño.

—Vamos a lavar al río y me he dicho que por qué no traerte algo de comer. Toma —le dijo mientras le tendía un paquete envuelto en un pañuelo.

—Pues qué alegría verte, Carmen.

El chico abrió el paquete y los ojos se le salieron de las órbitas cuando vio su contenido. Era lo único que comería hasta la noche.

—¡Bizcocho! —exclamó atacando la comida sin ningún reparo.

Carmen sonrió al ver aquella expresión de niño feliz que tantas veces había visto en él. Miró a Luisa, que devoraba con los ojos al chico.

—Anda, ve tú delante que enseguida te alcanzó —le dijo.

La criada entendió al instante la indirecta y se marchó con el gran cesto de ropa en la cabeza. Antes de irse le lanzó al muchacho una última mirada. Cuando se quedaron a solas, Carmen tomó a su hermano del brazo y le invitó a dar un paseo.

—Que no tengo mucho tiempo para comer, hermanita. Estoy trabajando —se quejó.

Una tibia brisa procedente del río agitaba sus ropas.

—¿Cómo están madre y los hermanos? —preguntó Carmen.

—Madre sigue igual. Ya casi no trabaja, dice que le duelen las manos —dijo Marcos en un tono neutro—. Los hermanos crecen deprisa. Cada día están más grandes.

—¿Tenéis suficiente dinero?

—Nos apañamos con lo que yo gano en el taller —dijo sin alegría. Carmen rebuscó entre las ropas y sacó unas monedas.

—No puedo juntar mucho, pero algo es. Toma, os vendrán bien. El muchacho negó con la cabeza.

—No, ya nos has ayudado lo que has podido y ese dinero te hace tanta falta a ti como a nosotros. Sobre todo, ahora que vais a ser más. —Señaló la cintura de su hermana. Esta se tocó la tripa, como si hubiese olvidado que estaba ahí—. ¡Estás gordísima! —dijo entre risas Marcos.

—Y aún me quedan tres meses para salir de cuentas. No quiero ni imaginar cómo me voy a poner de aquí al parto.

—¿Ya es seguro que trabajes con ese tripón?

—¡Deja de meterte con tu futuro sobrino! —La chica le dio un golpe cariñoso en el brazo—. Y sea seguro o no, no me queda otro remedio. Si puedo, trabajaré hasta la misma víspera del parto, que el dinero siempre viene bien. Además, Luisa me ayuda mucho. La pobre lleva semanas haciéndolo todo por mí.

—Una chica guapa esa Luisa.

—Ya me he fijado en cómo la miras. ¡Y en cómo te mira ella, granuja! ¡A ver cuándo sientas la cabeza y te buscas una novia! —bromeó la mujer.

Su hermana le despeinó como cuando eran niños. El chico sonrió despreocupado. A Carmen le gustaba verle así. Alegre y olvidando unos instantes la responsabilidad que le había tocado en suerte. Sacudió con un tintineo las monedas.

—¿Estás seguro de que no las quieres?

El chico puso su mano sobre la de su hermana y le cerró el puño con las monedas en su interior. Carmen se guardó el dinero entre sus ropas de nuevo. Le habría gustado insistir, pero a ella el dinero tampoco le sobraba.

De improviso, Marcos se puso serio. Su rostro se ensombreció en un rictus grave.

—Hay algo de lo que quería hablarte, Carmen.

Su hermana lo invitó a empezar. El chico se veía azorado y le costaba arrancar. No sabía cómo empezar, sus dedos jugueteaban nerviosos con el pico del mandil que llevaba.

—¿Quieres contarme qué pasa de una vez? —le apremió su hermana, visiblemente nerviosa.

Por fin Marcos se arrancó a hablar, aunque lo hiciera en tono bajo y con timidez.

—Esto de la tonelería no es para mí y, sin eso, me queda trabajar en el campo por un jornal de miseria.

—¿Se puede saber qué estás diciendo?

—Que no hay futuro para mí en este pueblo.

Carmen se cruzó de brazos demandando más información.

—¿Y qué hay pensado? Porque aquí, como no sea en el campo, no tienes nada que hacer. Si quieres hablo con Ángel, a ver si hay algo en la bodega.

El muchacho inspiró aire con fuerza, como si con ello lograra el impulso necesario para hablar.

—Me voy a Cuba. Uno del pueblo, Anselmo, me ha ofrecido irme con él. Allí hay mucho que hacer. Trabajo no falta para los que quieren prosperar.

La joven suspiró hondamente. Todo lo que sabía de Cuba era que seguía siendo suelo español, a pesar de las numerosas voces que clamaban independencia en la isla y que estaba al otro lado del mar. Todo aquello le sonaba a locura.

Pero ¿tú sabes lo que estás diciendo? Además, el barco hasta allí tiene que ser carísimo. ¿Con qué dinero piensas pagarlo?

El silencio de su hermano fue lo suficientemente claro. Por eso había rechazado las pocas monedas que le había ofrecido. Carmen meneó la cabeza para sacar su frustración fuera. Retrocedió, y Marcos le puso las manos en los hombros, mirándola con fijeza.

—No necesito mucho. El otro compañero me presta unos duros. Prometo que te devolveré hasta el último real. Con eso y con lo que pueda sacar estos meses tendré de sobra para el pasaje.

Carmen se quedó unos segundos en silencio. Pensando si valía la pena invertir energía en quitar aquella idea de la cabeza de su hermano. Marcos parecía decidido a dar aquel paso. No podía evitar que tomara su propio camino, aunque este le llevara lejos de su familia.

La mujer suspiró hondo antes de hablar.

—¿Y cuándo piensas marcharte?

—Hay un barco que sale de Santander hacia La Habana a finales del otoño.

La sucinta respuesta dejó en silencio a ambos hermanos. Al fin, la mayor habló en tono firme.

—Está bien. Hablaré con Ángel, a ver cuánto podemos dejarte, pero no creas que será mucho. Marcos asintió.

—Gracias —dijo con sinceridad—. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo.

Le devolvió el pañuelo donde había traído el bizcocho.

—Yo también. ¡La pobre Luisa está sola y con toda la ropa que tenemos que lavar hoy!

Se abrazaron al despedirse y después cada uno se fue a sus quehaceres.

## II

Carmen y Luisa regresaban al palacete poco después de la hora de la comida. La ropa, ahora mojada, pesaba lo suyo y ambas sujetaban, el cesto, que oscilaba peligrosamente.

—Me sabe tan mal que tengas que ayudarme con todo —se excusó Carmen.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada. Bastante tienes tú con la tuya —dijo, apuntando con la barbilla a la tripa de su amiga.

—Tengo unas ganas de que salga ya.

—Te digo yo que eso son dos. Que es mucha tripa para que venga solo uno —bromeó la chica.

—Dios no lo quiera. Con una boca más ya es bastante.

El día había levantado y el fresco de la mañana era ahora una ligera brisa caliente. El relente de la noche era ya un recuerdo y un sol poderoso las calentaba mientras ascendían la cuesta al pueblo. Tras toda la mañana en el río sus brazos húmedos agradecían aquella tibieza.

—Hay que ver qué guapo está tu hermano —dijo de improviso Luisa.

—Ya he visto cómo lo mirabas, ya.

—Chica, ¿qué quieres? Hay que alegrarse la vista.

—Pero si le sacas varios años, desvergonzada —saltó entre risas Carmen—. Además, no te hagas ilusiones. Precisamente hoy me ha dicho que tiene intención de irse a Cuba.

Luisa frunció los labios.

—¿Otro que se va? ¡Jesús! A este paso va a haber más mozos de la zona en las Américas que en el pueblo —sentenció.

—De todos modos, ¿qué pasa con Felipe? ¿Ya no sois novios?

Luisa resopló, mostrando su malestar con aquel tema.

—Ese solo me quiere para una cosa, de boda ni hablar. Nada, que no se decide y los años se pasan, Carmen. ¡Que me quedo para vestir santos!

—No digas eso, si somos unas niñas aún.

—¡Que no, Carmencita! Que soy dos años mayor que tú y mírate, casada y esperando el primer hijo. Y yo aquí sigo, compuesta y sin novio. Que me quedo soltera para los restos, te lo digo yo.

La vida amorosa de Luisa no tenía secretos para su amiga. Ambas se contaban todo y como bien decía, su novio desde el año pasado no parecía estar por la labor.

—No digas tonterías, mujer —la consoló Carmen—. Ya verás como encuentras a alguien y cualquier día nos das una alegría. Y no me llames Carmencita, que te lo tengo dicho mil veces.

—Que se me pasa el arroz y yo aquí, a verlas venir. Así que una ve a tu hermano, tan guapo, tan alto y, mujer, se le van los ojos.

—A mi hermano ni te acerques. Que es todavía un niño —le dijo, señalándola con un índice amenazante. A duras penas se aguantaba las ganas de reír.

—Sí, sí. Como que Marcos se chupa el dedo.

Las dos soltaron una carcajada que hizo que varias personas se giraran hacia ellas.

Así, hablando y bromeando llegaron casi sin darse cuenta a la puerta del palacete.

—Ya voy yo a tender la ropa —se ofreció Luisa mientras se dirigía al patio trasero.

Carmen agradeció el detalle. El embarazo la estaba dejando sin fuerzas y cada cosa que hacía suponía un esfuerzo para ella. Una simple caminata hasta el río se convertía ahora en una hazaña para sus hinchadas piernas.

Se dispuso a cumplir con sus obligaciones lo que su estado le permitiera.

Entró en la cocina y preparó algo de fruta y bebida fresca que colocó en la bandeja.

### III



Mariola estaba tumbada en la cama, pero con los ojos abiertos de par en par. Cuando Carmen entró se incorporó. La criada dejó sobre la cómoda la bandeja que traía.

—Tenga algo fresco —dijo la sirvienta.

La mujer puso gesto de fastidio ante la fruta, pero aceptó el agua de buen grado. Bebió con ansia y trató de sentarse en la cama de un modo que la tripa no le obstaculizara.

Carmen señaló la tripa del ama al tiempo que se palpaba la suya propia.

—No se queje usted, que mire la tripa que tengo yo y aún me quedan tres largos meses —dijo—. ¡Parezco una vaca!

Mariola rio y se colocó la mano en su propia panza.

—A ver si este quiere salir ya pronto, qué ganas tengo —dijo, acariciándose la.

—Me da que de esta semana no pasa, ya lo verá. Que se lo digo yo que tengo un palpito.

—Y que va a ser un niño, eso ya me lo has dicho.

—¡Es que va a ser un chico! Esa tripa puntiaguda lo deja muy claro.

Mariola sonrió con ganas. La criada era la única persona en aquella casa que le aportaba algo de alegría.

—¡Que sea lo que quiera, pero que salga ya!

La criada se acercó a ella. Le tomó la mano con ternura y le acarició el pelo.

—Usted tenga calma que saldrá cuando tenga que salir.

Después sacó el orinal de debajo de la cama y se asomó a la ventana.

—¡Agua va! —gritó, a la par que vaciaba el orinal por la ventana. Dejó ventanas y contraventanas abiertas de par en par y cerró las cortinas que se agitaban con la corriente. La luz del sol entraba a raudales por los resquicios, inundando la habitación de un brillo alegre y cautivador.

—¡Señor! ¡Qué día nos viene hoy! Se van a caer los pájaros del calor.

Se giró. Mariola estaba de pie junto a la cama, la belleza de su figura a contraluz dejaba sin palabras. Su pelo rubio caía con gracia sobre su rostro y su piel, delicada y lechosa, arañaba la luz que entraba por la ventana. Se acariciaba la tripa que despuntaba por debajo de la bata que llevaba abierta. Lo que estaba claro era que el embarazo le daba un aspecto más hermoso del que ya tenía de por sí. Carmen la estudió con admiración.

—Hay que ver lo bien que le sienta a usted estar preñada. ¡Qué guapa está!

Mariola frunció los labios en una mueca, restando importancia a las palabras de la criada.

—Lo que estoy es gordísima —repuso, abarcando con sus manos las caderas y la tripa.

—No diga eso. Que una mujer encinta siempre es hermosa. ¡Mírenos a las dos! —bromeó.

Mariola caminó hasta el otro lado de la estancia y se miró en el espejo de cuerpo entero.

—Dicen que después de parir las caderas nunca vuelven a ser las mismas.

Lanzó un vistazo en detalle a su contorno. Mientras, la criada retiró las sábanas y descubrió la cama para que se airease. Mariola siguió mirándose al espejo.

—De todos modos, da lo mismo. Para lo que me ha de mirar mi marido, igual daría que pesara dos arrobas más.

Carmen se la quedó mirando con ternura. No habían sido pocas las veces que Mariola había llorado en su hombro al contarle la relación con su marido. Por lo que respectaba a aquel matrimonio, Carmen lo sabía casi todo. Su prudencia y discreción era algo que la joven valoraba más que nada en la criada.

—Ya verá como cuando tengan al chiquillo la mira con otros ojos. Los hombres se vuelven tontos cuando ven al fruto de su semilla dar sus primeros pasos y si es varón como ellos, ¡mucho más!

Mariola negó con la cabeza.

—Lo de Víctor es ya imposible. Desde que perdió la pierna ha cambiado. Se ha convertido en un ser odioso y frío como el hielo. Ya no queda nada del chico atento que solía ser. Además, ahora apenas está en casa. Se pasa el día en la bodega que fue de mi padre. Creo que este niño no le hace ninguna ilusión.

La criada trató de animarla.

—Yo solo le digo que don Víctor la verá a usted de otro modo cuando sea madre. Tenga paciencia.

—Dios te oiga. —Se palpó la tripa—. Y que este te escuche también y salga pronto.

—Me llevo la bandeja —anunció Carmen—. ¿No quiere que le deje la fruta? Es lo mejor para estos días calurosos.

Mariola negó con la cabeza.

La criada salió de la habitación con la bandeja en la mano. Cerró la puerta tras de sí y enfiló el pasillo en dirección a las escaleras.

## IV

Carmen acertó en su vaticinio, Mariola se puso de parto dos días más tarde. A la hora de la cena doña Casilda entró en la cocina como una centella.

—Dad aviso a la partera. El niño viene ya —dijo ante el sorprendido servicio.

Poco después una mujer oronda, vestida de impecable negro, llegó al palacete. Ella y doña Casilda se metieron en la habitación de Mariola y cerraron la puerta tras de sí.

La partera confirmó el diagnóstico de doña Casilda. El bebé llegaba ya. Una tensa expectación se adueñó de todos. Aparte del ama de llaves y de la matrona, nadie entró ni salió de la habitación. Inés y Víctor aguardaban noticias en el comedor. La mujer pidió una tila, él se quedó sentado mirando a algún punto indeterminado frente a sí. Ninguno de los dos pronunció palabra.

Diez minutos después doña Casilda salió de la habitación, tuvo unas palabras con Inés y después regresó a la cocina. Allí el servicio al completo esperaba noticias. La mujer ignoró las preguntas de todo el mundo y se dirigió directa a Carmen.

—Vete a casa del médico y dile que venga de prisa. Después ve a casa de los Egea y dile a doña Matilde que venga —dijo mientras la sacaba de la cocina a toda velocidad.

—¿Va todo bien? —preguntó la criada ya en la puerta.

Doña Casilda puso cara de circunstancias.

—El parto se ha complicado. La criatura viene de nalgas.

La chica salió a la carrera y cruzó la plaza a toda velocidad. Llegó a la casa del médico y a grandes voces hizo salir a la criada. Esta salió a la puerta.

—¿A qué vienen tantos gritos a estas horas? —dijo la chica.

—Dile a tu patrón que vaya a casa de los Arriola. La señora Mariola se ha puesto de parto.

La criada del galeno cruzó una mirada de preocupación con Carmen. Ambas sabían que un parto era cosa de mujeres, solicitar la presencia de un hombre en él solo podía significar que había problemas. La chica se alejó escaleras arriba. Carmen se encaminó igual de veloz a casa de Matilde.

Cuando regresó al palacete junto a esta, la acompañó hasta el salón y regresó a la cocina. Allí estaba el servicio al completo.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—No sabemos nada, el médico ha entrado hace un rato —respondió Luisa.

Al poco, doña Casilda se unió a ellas.

—Llevad una bandeja con café y algún dulce para los señores —ordenó.

Las criadas asintieron al unísono y entre ambas prepararon lo que se les había mandado. Al cabo de un rato, Carmen entraba en el salón con el pequeño refrigerio. Allí estaban Inés y su hijo, juntos en el mismo tresillo. Frente a ellos una circunspecta Matilde mostraba una gran preocupación. Era la primera vez que la mujer pisaba el palacete en mucho tiempo; si doña Inés y Víctor la reclamaban era que las cosas iban mal.

Apenas había luz en la estancia y los tres estaban sumidos en una penumbra que, unida a sus silencios, daba a la escena un aura tétrica. Hizo una leve reverencia antes de entrar.

—Doña Casilda me pide que les traiga a los señores este tentempié por si tienen hambre —dijo educada.

—Déjalo ahí mismo —le espetó Inés, sin molestarse en mirarla.

Cabeceó a modo de asentimiento y dejó la bandeja sobre la mesa.

—Carmen, hija, ¿podrías traerme a mí una manzanilla? Es que a mí el café... —le solicitó Matilde.

—Claro, señora. ¿Quiere que le traiga también un poco de agua del Carmen? Le vendrá bien.

Matilde rechazó el ofrecimiento con un leve movimiento de muñeca.

En la cocina reinaba la misma atmosfera callada. Luisa la interrogó con la mirada y ella se limitó a encogerse de hombros. Se dirigió a la lumbre y colocó agua a hervir en ella.

—Doña Matilde quiere una manzanilla —anunció al ama de llaves.

Doña Casilda dio su visto bueno con un meneo de cabeza.

Cuando el agua hirvió la criada añadió la manzanilla a la tetera. Tomó una taza y colocó la infusión junto a esta en una bandeja. Después salió de la cocina.

En el salón el tiempo parecía seguir detenido. Inés permanecía en la misma postura en que la dejara, igual que doña Matilde. Tan solo Víctor, que devoraba con deleite un pequeño pastelito, parecía estar vivo.

—No sé cómo puedes comer en un momento así —le recriminó su suegra.

—¿Y qué quieres que haga? ¿No comer? Como si eso ayudara en algo.

—La culpa de todo la tienes tú. Ojalá nunca se hubiese casado contigo y emparentado con esta maldita familia.

Víctor le lanzó una mirada cargada de ira. Parecía estar dispuesto a decir algo, pero se calló, como si no quisiera tomarse la molestia de rebatir aquellas palabras, y se limitó a seguir comiendo.

Carmen depositó la manzanilla en la mesa, tratando de hacer el ruido mínimo. A pesar de su cuidado nadie le prestaba atención. La mirada recriminatoria de Matilde seguía posada en Víctor. Por el rabillo del ojo, vio cómo su suegra esbozaba un gesto de fastidio.

—¿Quieren que encienda alguna lámpara más? —se ofreció Carmen. La oscuridad allí dentro empezaba a resultar asfixiante.

Inés la miró con indiferencia. La criada tomó aquello por un sí.

Se afanó en pasar lumbre a una de las lámparas apagadas haciendo pantalla con su mano. Repitió el proceso dos veces más.

Al poco las lámparas aportaban suficiente luz a la estancia. Sopló la mecha con energía hasta apagarla y la depositó sobre la repisa de la chimenea. Aún le quedaba bastante tela para ser reutilizada hasta que se consumiera del todo.

—¿Pero es que nadie nos va a decir qué pasa ahí dentro? —se quejó Matilde, removiéndose nerviosa.

Como si estuviese esperando aquella pregunta, el doctor Narváez entró en el salón. Su rostro mostraba tranquilidad. Doña Matilde se dirigió a él al instante.

Sabedor de la atención que despertaba, el galeno se plantó en mitad del salón, gesticulando y pidiendo calma con unas manos manchadas de sangre. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta el codo y su ropa también mostraba numerosos salpicones carmesí. Carmen contenía la respiración, igual que el resto de los presentes. Al final, el médico habló con gran teatralidad.

—Me alegra anunciarles que es un niño. Todo ha ido de mil maravillas en cuanto he intervenido —dijo ufano—. Tanto la madre como la criatura están bien. Estas mujeres de ahora no son como las de antes, ya ni saben parir sin la ayuda de un hombre.

El médico se tiró del cuello de la camisa riendo su propia gracia, pero nadie le hacía caso ya.

Doña Matilde se llevó las manos a la cara mientras sollozaba de alegría.

—¿Cuándo podremos verlos? —preguntó inquieta.

—En un rato, en cuanto laven y limpien a la criatura —respondió Narváez, encantado de tener de nuevo una audiencia y empezó a hablar dando numerosos detalles del parto. Carmen aprovechó el momento para salir.

Al pasar junto a la habitación de Mariola se asomó y vio a la reciente madre sudorosa y cansada en el lecho. De espaldas a ella, la matrona manejaba al pequeño con pericia. Aprovecho la situación y se coló en la estancia.

La criada tomó de la mano a la joven. La nueva madre la miraba agotada, pero con una sonrisa en los labios.

—¿Ve usted como era niño? —exclamó la sirvienta. La nueva madre sonrió. En su rostro se adivinaba el cansancio. Carmen quiso animarla—. Ya verá cómo ahora va mejor todo —le dijo, a pesar de que sabía que era una mentira. Mariola apretó su mano con fuerza—. ¿Cómo lo van a llamar? —preguntó la criada.

—Alejandro.

Carmen se acarició la tripa en un gesto automático.

## Capítulo 11

### I

A finales del estío y acompañado de su madre, Víctor visitó un cirujano de Vitoria que era tenido por una eminencia en su campo. El doctor estaba especializado en miembros de remplazo y sostenía que en su consulta solo se recomendaban las últimas innovaciones.

Tras explorar el muñón de la pierna del joven, salió fuera y regresó con una prótesis que ayudó a colocar al paciente.

Con ella puesta el chico se puso en pie asiéndose del brazo del galeno.

—¿Cómo se ve usted? —preguntó ufano el cirujano.

Víctor miró la prótesis con aire ceñudo. Aunque su simple visión sustituyendo una parte de su cuerpo lo horrorizaba, había de reconocer que el artilugio intentaba imitar la naturaleza con éxito.

—El precio de una pierna tipo Shelpo no es cosa baladí. Está fabricada en madera de alta calidad, e incluso posee una rodilla de acero y un pie móvil articulado mediante cordeles hechos de tripas de gato —explicó el médico—. Pero le aseguro a usted que no encontrará nada mejor.

Con la ayuda de un bastón dio unos tímidos pasos y animado con el resultado se decidió a caminar hasta el otro extremo de la consulta. Contrariamente a lo que había pensado, la prótesis hacía su labor a las mil maravillas.

Desde el otro lado de la estancia, Inés miraba a su hijo mordiéndose los labios presa de la incertidumbre. Quiso decir algo, unas palabras que animaran a Víctor, pero el rostro del muchacho no reflejaba emoción alguna y en esos casos era mejor pecar por omisión. El estado de ánimo del chico podía variar tanto como la climatología.

Tras dar un pequeño paseo, el joven se plantó en medio de la habitación y asintió satisfecho.

—Casi se olvida uno de que es un condenado tullido —dijo.

A pesar de sus duras palabras, Inés detectó por primera vez un poso de emoción en su hijo.

—Es lo último en piernas de remplazo —dijo con vanidad el galeno mientras ayudaba al joven a sentarse—, por algo es importada desde los mismísimos Estados Unidos.

El cirujano le indicó el modo correcto de colocarse la prótesis y madre e hijo salieron de la consulta satisfechos de la compra.

Aún tenía que adaptarse a su uso, pero aquella prótesis era un avance importante en su autonomía. Con ella y el apoyo de un bastón podía ir y venir de un lado a otro sin necesitar el coche simón.

## II

El verano se presentó más caluroso de lo habitual y numerosas tormentas se sucedieron a lo largo del estío. Sin embargo, el clima fue en general benigno con las vides y no hubo que lamentar ningún pedrisco que echase por tierra todo el esfuerzo del año. Pese a todo, el hongo oídio se había cebado en la región y se calculaba que la producción de ese año sería la mitad de lo habitual.

A mediados de septiembre, la maduración de la uva era la adecuada y la vendimia comenzó. El cielo era azul y no parecía que la lluvia fuese a molestar las labores de recogida en los días posteriores. Pese al pesimismo, dada la baja producción, los campesinos se dispusieron a la labor.

El pueblo entero participaba de aquel acto y más que un trabajo parecía que se trataba de una fiesta. Niños y mujeres, hombres y ancianos se afanaban en recoger los frutos de tantos meses de trabajo. Los vendimiadores de poblaciones cercanas también participaban yendo y viniendo de un pueblo a otro en función de la mano de obra que se necesitaba.

Aunque el jornal no era gran cosa, las horas que se trabajaban eran muchas y al final del día uno podía hacerse con un buen dinero. De igual modo, las ganas de jarana, concluida la labor al caer el sol, no iban a la zaga y las tabernas se llenaban cada noche. Daba la impresión de que el caldo trasegado a lo largo del día y que ayudaba a combatir el cansancio no fuese suficiente.

La labor comenzaba antes de la salida del sol. En las ordenadas hileras de cepas, los hombres, mujeres y niños doblaban el espinazo para cortar a mano los racimos de uvas maduras de las vides y vaciarlas en cestos de madera o mimbre llamados cunachos, que eran después vaciados en la prensa.

Para cortar los racimos de sus vides se utilizaban una especie de hoces de mano que recibían el nombre de corquetos. Eran habituales los pequeños cortes con su afilada hoja y los juramentos cuando algo de esto sucedía se unían a las risas y bromas de los compañeros del herido.

Miguel paseaba con las manos a la espalda, altivo y sabiéndose dueño de todo. Vestido de modo elegante, con traje gris de amplias solapas, chaleco de raso y sombrero en la cabeza. Era su modo de recordar a los campesinos que él estaba por encima de ellos. Por si fuera poco, había tenido la osadía de acudir del brazo de la que todo el pueblo sabía que era su querida. Elisenda Gárate, una antigua actriz con la que vivía en pecado en Vitoria y a la que había presentado como una prima lejana. La mujer llevaba una ropa tan elegante como fuera de lugar, y miraba a los hombres y mujeres que trabajaban ajenos a su presencia como si participara de un viaje exótico a la otra parte del mundo.

Ambos iban señalando todo sin reparo alguno, riendo y charlando animadamente, pero ignorando a los campesinos que trabajaban a su alrededor. Estos disimulaban un gesto de fastidio al verlos con aquellos elegantes vestidos y sus andares altivos. Algunos, los más prudentes, se descubrían a su paso y saludaban al patrón con una inclinación de cabeza.

Se internaron entre las hileras de vides. Los trabajadores que aún no se habían percatado de su presencia levantaban la cabeza sorprendidos para regresar al instante a su labor al ver al patrón.

Desde que Manuel era el nuevo encargado de la bodega se paseaba igual de altivo y orgulloso entre las hileras de vides.

Precisamente el encargado vio a su amo en la lejanía y, servil, se le acercó con la gorra entre los dedos. Al llegar a su altura hizo una reverencia tan sentida que a punto estuvo de besar la tierra con su frente.

—Míralo —se quejó uno de los trabajadores en las cercanías—, no inclina más la cabeza porque no puede.

Un coro de risas entre dientes acompañó la chanza.

Entre el grupo se hallaba Ángel. El joven debía admitir que desde que a su antiguo oficial lo habían ascendido a encargado de la bodega se tenía a menos de juntarse con los que hasta hacía poco eran de su clase.

Ante el interés de Elisenda, Manuel iba explicando a la mujer las diferentes labores. Le señaló el color rojizo de las uvas y los diversos grados de maduración. Cómo la labor estaba dividida y mientras que los hombres con más experiencia se encargaban de cortar los racimos de uva, otros se ocupaban de llevar los cunachos de frutos a un carromato que, una vez lleno, se trasladaría a la prensa.

—Lástima que este año la vendimia sea menor que la del año pasado debido al condenado hongo —se lamentó Manuel.

Miguel no pudo sino asentir.

—Este año no paran de llegar comerciantes franceses e incluso italianos. Una pena que la producción sea, como bien dices, menor.

Ese 1854 la cosecha en Francia se preveía tan escasa que cada cántara de vino se compraba a precio de oro.

De repente, un alboroto despertó el interés de Elisenda. Ella, don Miguel y Manuel se acercaron a comprobar cuál era su origen. Raudos, el encargado vio la oportunidad de hacerse el importante, y a empujones se abrió camino entre el gentío que en mitad mismo de las hileras de vides se había formado.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa aquí? —preguntó mientras avanzaba entre la muchedumbre.

Uno de los hombres se lo aclaró.

—Una mujer, que se ha puesto de parto, señor.

—¿En mitad de la vendimia? ¡Pues llevadla al pueblo! ¿Es que no sabéis hacer nada sin que os lo ordenen?

—No da tiempo, la cabecita de la criatura ya asoma —dijo una de las mujeres del grupo.

El encargado ahogó un juramento y a grandes zancadas se acercó al centro del grupo. Allí, tendida sobre una simple manta sobre el suelo, se encontró a Carmen, la mujer de Ángel. Estaba siendo ayudada por un par de mujeres.

—Pero esta mujer ni siquiera trabaja aquí. ¿Qué coño hace pariendo en mitad de la viña? —dijo sorprendido.

—Por lo visto, ha venido a traer algo de comer a su marido y le ha llegado el momento, así, sin avisar.

El encargado apartó la mirada más por desagrado que por pudor y se dirigió al gentío.

—¡Vamos! ¡Vamos! Que aquí no se os ha perdido nada a los demás. Volved al trabajo, haraganes —dijo, dando palmas para dispersar al grupo—. Y que alguien dé aviso al marido.

Elisenda y Miguel llegaron justo entonces.

—Lo que faltaba —masculló Manuel entre dientes.

—¿Es verdad? ¿Está dando a luz como los animales? ¡En el suelo! —preguntó Elisenda, divertida.

Miguel se apresuró a llevarse a la mujer lejos de allí, mientras lanzaba una mirada fulminante a Manuel.

Ángel se irguió cuando escuchó su nombre a gritos.

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo? —dijo a la par que se secaba el sudor de la frente. Vio a uno de sus compañeros correr en dirección suya y se alarmó—. ¿Le ha pasado algo a Carmen?

—¡Que venía a traerte algo de comer y se ha puesto de parto!

El hombre se remitió la ropa y se colocó con cuidado el corquete en el fajín antes de salir corriendo en dirección al pueblo.

—Está ahí mismo, pariendo en la viña —le indicó el otro.

El futuro padre soltó una maldición que hizo que varios de sus compañeros se girasen en su dirección y se apresuró a tomar el camino indicado.

Mientras corría iba hablando consigo mismo:

—Esta mujer quiere acabar conmigo de un soponcio. Parir en el mismo campo, ¿dónde se ha visto cosa igual?

Aquella misma mañana Carmen le había comentado que notaba ciertas molestias, y él le había dicho que se quedara en casa.

—Aún faltan por lo menos tres semanas —le había dicho ella, golpeándose con cariño la barriga.

—Unos días sin ganar dinero no nos harán mella, mujer —trató de convencerla cuando se vestía—. Ya se apañarán en el palacete sin ti. Mira que si se adelanta...

Carmen rechazó definitivamente la idea mientras saltaba del camastro.

—¿Adelantarse? Pero ¿qué sabrás tú de parir? —replicó.

Pero lo cierto era que estaba molesta desde hacía unos días, y el trabajo de la casa no ayudaba a que se encontrara mejor. Contrariamente a lo que opinaba su marido, no podían permitirse perder el jornal de varios días.

De camino a la viña Ángel no dejaba de pensar en la escena de aquella misma mañana, justo antes de despedirse y encaminarse cada uno a su correspondiente tajo. ¿Y si le pasaba algo al niño? ¿Y si le pasaba a Carmen? El negro presagio que se cernía sobre su cabeza se iba haciendo mayor. Un parto era de por sí complicado en una cama y con la ayuda de la partera, ni quería pensar en las condiciones en que se estaba desarrollando este. Sin darse cuenta se le empañaron los ojos.

Llegado a la viña no hubo de preguntar nada; al verlo, sus compañeros le señalaron el lugar al que se apresuró con paso veloz. No dejaba de imaginar lo peor. Veía las caras compungidas de las mujeres, el rostro lívido y sin vida de su esposa.

A medida que se acercaba su miedo se iba haciendo mayor. El llanto de un bebé le sacó de sus pensamientos. Su hijo ya estaba aquí.

Con tanto miedo como ansiedad se acercó a la escena. Una sonriente mujer le mostró al bebé envuelto en unas simples telas de lino. Era una niña que pataleaba y lloraba de rabia, anhelaba el seno materno ahora perdido.



La mirada de Ángel se posó en Carmen. Esta le sonrió a pesar del cansancio que se adivinaba en su rostro, y el hombre prorrumpió en una risa nerviosa que era de puro alivio.

Tomó a la pequeña y la colocó sobre el pecho de su madre, al poco el bebé estaba mamando en total calma.

—Viene otro —anunció una de las mujeres.

Los ojos de Ángel se abrieron como platos. ¡Iban a tener gemelos! Se asió a la mano de su mujer y esta se la apretó con fuerza.

Al poco un niño y una niña formaban parte ya de las vidas de ambos.

—No tienes bastante con una boca más que traes dos —le recriminó de modo cariñoso Ángel.

Carmen se encogió de hombros, al tiempo que su marido miraba con ternura al recién llegado.

—Se llamará Francisco —sentenció.

Carmen asintió con una sonrisa. El hombre desplazó su mirada hacia la niña.

—Y ella se llamará como tú, Carmen.

—Entonces no nos distinguirán, zoquete —dijo entre risas la mujer.

Pues entonces la llamaremos Carmenchu. Carmenchu y Francisco Zaldierna Egea.

### III

De camino a casa, esa madrugada, Manuel maldecía su mala suerte. Aquel parto tenía que haber sucedido justo el único día que el señor Arriola estaba presente. La mirada del patrón al alejarse del brazo de su mantenida había sido todo un poema.

Tras la dura jornada de trabajo, don Miguel lo había llamado después al despacho de la bodega y tuvo que aguantar que le leyera la cartilla. ¿Qué culpa tenía él si a aquella condenada mujer le daba por ponerse de parto en medio de las viñas como un animal? ¿Era él responsable de eso?

Si Carmen hubiera sido su mujer la habría llevado a rastras de vuelta al pueblo de haber sido necesario. Había que parir donde debía de hacerse. Sí, si Carmen hubiese sido su mujer las cosas serían distintas. En cambio, era un soltero que tenía que contentarse con la compañía de alguna de las putas que se alojaban en una pensión fuera del pueblo. Pero esa noche ni siquiera eso le estaba permitido.

Se detuvo a encender un cigarrillo y volvió a maldecir en voz alta. Haciendo eses reanudó su camino, no sin que varias veces estuviera en un tris de irse al suelo.

Al enfilarse el callejón de su casa se topó con una figura. El sobresalto hizo que profiriera un juramento a la par que frenaba el paso.

—¡El susto que me has dado! —exclamó.

La ligereza de su lengua se debía al vino trasegado. El otro no se apartó del camino. Al mirar con detalle se percató de que era Víctor Arriola, el hijo del amo. Como activado por un resorte se quitó la gorra en señal de respeto.

—Buenas noches, Manuel —dijo un sonriente Víctor.

Al encargado aquel trato cortés lo descolocaba y se puso en estado de alerta. Sabía que el verdadero dueño de la bodega era Miguel, pero con la gente de dinero había que andarse con pies de plomo. Le debía un respeto a su hijo.

—Buenas noches, señor Arriola.

—A mí puedes llamarme Víctor. El señor Arriola es mi padre.

El otro agachó la cabeza para demostrar que así sería a partir de entonces.

—Creo que tú y yo tenemos mucho que ganar si nos hacemos amigos.

El trabajador parpadeó, confuso, sin saber adónde llevaba aquella conversación.

Víctor juzgó que el hombre estaba demasiado bebido para sutilezas, así que resolvió ir al grano.

—Estudiando las cuentas de la bodega he descubierto que desde que eres el encargado no cuadran algunas cifras.

Manuel palideció. De pronto, todo el mareo y euforia debidos al alcohol habían desaparecido. Trató de decir algo, pero lo que salió de su boca era poco más que un balbuceo inconexo.

Arriola alzó la barbilla indicando al otro que se callara. El trabajador obedeció.

—No te preocupes. Estas cosas a veces pasan, el dinero que no es de uno es muy tentador y a veces es normal que metas la mano. Pero, como comprenderás, es mi obligación decírselo a mi padre. Se trata del negocio familiar, no puedo dejarlo pasar...

Manuel sintió que el mundo a su alrededor giraba vertiginoso. Si le despedían de la bodega y se sabía, nadie volvería a darle trabajo nunca.

Víctor dio un paso en su dirección. Apoyado en el bastón se lo quedó mirando, altanero.

—A no ser —prosiguió el chico— que tú y yo nos arreglemos. En cuyo caso esto quedaría como algo entre nosotros.

—¿Y qué es lo que quiere? —se atrevió a decir el encargado.

Víctor sonrió a la oscuridad.

—Poca cosa, Manuel. Poca cosa en comparación con lo que podemos ganar juntos. Pero, antes de nada, yo que tú me aseguraría de que don Elías no se entera de nada de todo esto.

## IV

El barco zarpó a primera hora de la mañana del puerto de Santander. En la cubierta, Marcos y Anselmo veían cómo la tierra se iba alejando poco a poco.

Los nervios atenazaban el estómago de ambos chicos, pero las ganas de labrarse un futuro pesaban más.

Como tantos muchachos de su edad, se embarcaban rumbo a América sin mirar atrás por miedo a que su pasado los retuviese.

En dos meses pisarían suelo cubano.

Marcos lanzó una última mirada a tierra antes de preguntarse si podría regresar alguna vez. Atrás dejaba a su familia y todo cuanto había conocido.

—¡Alegra esa cara! —le dijo, propinándole una fuerte palmada, Anselmo—. Hoy empieza una nueva vida para los dos. El destino nos brinda una oportunidad de oro.

Marcos sonrió en un intento de parecer más fuerte de lo que en realidad se sentía. Las dudas se asentaban en su vientre y desde hacía jornadas, visitaba el excusado varias veces al día. Miró por la borda y sintió un enorme vértigo al ver la estela que el enorme navío dejaba tras de sí. Aunque su naturaleza era fuerte, tenía miedo de sufrir el mal del navegante. Le habían contado que había quien no dejaba de vomitar hasta tocar tierra.

Se internaron en las tripas del barco en dirección al pequeño camarote en la cubierta inferior que compartían con otros cuatro desgraciados. Anselmo volvió a hablar en tono alegre y confiado.

—Dentro de nada estaremos los dos en la isla más bonita del mundo. ¡Que no hay hembras como las cubanas! —sentenció el chico con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dios te oiga —dijo Marcos—. Dios te oiga.

## V

La vendimia había concluido, pero eso no significaba que no hubiese nada más que hacer. Tocaba dejar que las uvas fermentaran adecuadamente en el lagar para después prensar la pasta resultante y encubarla *a posteriori*, limpiar cubas, preparar pellejos y toneles. De octubre a enero comenzaba el verdadero trabajo.

Ángel se afanaba en apilar unos toneles con ayuda de un compañero en *lo hondo*. Incluso vacía, la cuba pesaba mucho y se necesitaba tanta fuerza como maña para elevar la barrica por encima de sus cabezas y colocarla en lo alto de la pila. Ambos gruñían por el esfuerzo.

—¡Venga! Un poco más y acabamos —trató de animar Ángel.

Por toda respuesta obtuvo un juramento de su compañero.

Por fin alcanzaron su objetivo y se tomaron unos segundos para mirar con orgullo su labor.

—Bueno, a por otra —le dijo al otro, palmeándole la espalda.

Estaban apilando el resto de las barricas cuando escucharon el estruendo. A pesar de hallarse en las profundidades de la cava, un tremendo sonido retumbó en las paredes excavadas en la roca. Ángel miró a su compañero y este le devolvió una mirada de preocupación. Ambos dejaron lo que estaban haciendo y, lámpara en mano, se encaminaron veloces a la salida. A medida que avanzaban por el pasillo fueron viendo que se acumulaba una gran cantidad de polvo en las galerías. Al llegar junto al hueco del ascensor se toparon con la escena.

Había hierros retorcidos, restos de cubas y polvo por todas partes. Al instante, ambos hombres entendieron que el montacargas se había precipitado al vacío. Instintivamente, Ángel rezó para que el aparato estuviese vacío en el momento en que cayó.

—Voy por más luz y ayuda —dijo su compañero, dejando la lámpara y corriendo veloz escaleras arriba.

De rodillas, Ángel comenzó a apartar restos del accidente y se topó con un cuerpo tras apartar varias piedras. Se quedó paralizado. Colocó sus dedos en el cuello del infeliz buscando pulso, no

lo encontró. El cadáver apenas era reconocible. Nervioso, lo arrastró por los hombros hasta colocarlo en el círculo de luz que arrojaba la lámpara. Le limpió la cara con precipitación. Era don Elías, el encargado de las cuentas en la bodega que Miguel pusiera al frente tan solo unas semanas atrás. La caída le había dejado las piernas en una posición que parecía irreal. De haber sobrevivido al accidente tendría las piernas rotas por varios sitios.

Siguió buscando entre los restos. A lo lejos llegaba amortiguado el sonido de voces sobre su cabeza. Sus compañeros bajaban en tropel por las estrechas escaleras. La luz de sus lámparas se adivinaba en los pisos superiores.

El polvo acumulado y el esfuerzo le hicieron toser, pero no cejó en su empeño.

Unas manos tiraron de él hacia atrás. Era un compañero.

—Déjanos a nosotros —le dijeron mientras se organizaban.

Ángel se dejó llevar y se quedó de pie, ausente, limpiándose la cara del polvo que se le había acumulado. El grupo de trabajadores buscaba con ahínco entre los restos. Sintió que alguien le decía algo, pero no podía entender qué, era como si le hablaran desde un lugar lejano. Se concentró en entender a su interlocutor.

—Vamos arriba. Has respirado mucho polvo —le decían al tiempo que lo acompañaban a la escalera.

Cuando salió a la superficie, el polvo que en forma de nube había ascendido por la escalera se empezaba a asentar en la bodega. El caos y la confusión que reinaban allí abajo también campaban en el piso superior. Casi no había nadie, y los que había se encaminaban escaleras abajo precipitadamente. Tan solo don Víctor y Manuel permanecían calmados en mitad de aquella confusión. Ángel los vio conversando en la puerta del despacho. Se preguntó de qué podían estar hablando en un momento como aquel.

Tosiendo con fuerza se acercó a la boca del montacargas. A pesar de los candiles que se veían a veces brillar, todo era oscuridad allí abajo. Escuchaba las voces precipitadas de sus compañeros como si llegaran desde cientos de leguas de distancia.

—Podía haber sido yo el que bajara cuando se ha caído —se dijo con aprensión.

Retrocedió unos pasos y se quedó mirando el pequeño motor de vapor que operaba el montacargas.

A grandes zancadas, Manuel se le acercó vociferando.

—¿Qué haces ahí? —le gritó, plantándose a su altura.

Aquellos gritos estaban totalmente fuera de lugar en un momento como ese. Ángel intentó balbucir que no hacía nada, tan solo descansar, pero el encargado lo echó de allí con cajas destempladas.

—¡Vete de aquí ahora mismo!

El trabajador obedeció. En la distancia, Víctor lo observaba sin quitarle ojo de encima. Extrañado por el comportamiento de ambos hombres, se dedicó a observarlos con disimulo un buen rato. Tal y como sospechaba, el encargado no dejaba que nadie se acercara al motor del montacargas.

Decidió que tenía sus propios problemas. Los pulmones le ardían como si tuviese fuego en ellos.

Salió a la calle y se apoyó en la pared tratando de respirar. Tosió con fuerza varias veces. Al poco, algunos de sus compañeros subieron con el cuerpo sin vida de don Elías.

—Es extraño que decidiera bajar a los calados. En el poco tiempo que llevaba en la bodega no lo vi salir del despacho ni una sola vez —dijo uno de los compañeros.  
El resto de los trabajadores calló.

**Segunda parte**  
**1862**

## Capítulo 12

### I

Entre la década de los cincuenta y los sesenta la plaga de oídio continuó asolando los viñedos de toda Europa. Aunque se habían comenzado a aplicar tratamientos, como el uso de azufre, estos se realizaban de forma desordenada y a medias, por lo que no era infrecuente que, atajada la plaga, el viñedo recién sanado contrajese la enfermedad de nuevo. Los gobiernos de todo el continente dieron pasos para atajar la catástrofe, pero solo se obtuvieron éxitos parciales.

Durante esos años, comerciantes franceses siguieron comprando todo el vino que podían en el extranjero para atender la demanda de sus vinos de mercados americanos e ingleses.

El hongo atacó de forma irregular a la zona de La Rioja, al contrario que en otras regiones como Levante, por lo que, aunque las cosechas eran inferiores en cantidad, seguía siendo el principal abastecedor de bodegas del otro lado de los Pirineos. La escasez hizo que el precio de la cántara de vino se disparase y se pagaba una cantidad hasta cinco y seis veces mayor de la habitual. Esto hizo muy ricos a unos pocos. Entre ellos, uno de los más agraciados fue Miguel Arriola, que vio cómo en esos años su fortuna crecía a la par que la fiebre por el vino.

El comerciante casi no se dejaba ver por Haro. Ya asentado definitivamente en Vitoria junto a su mantenida, Elisenda, su familia recibía puntualmente un dinero que les permitía vivir de modo holgado, pero iba para seis años que no pisaba el palacete. Además de los vinos que vendía a precio elevado a Francia, la bodega de Martín Zabala había resultado ser un próspero negocio.

Muerto don Elías, accedió en dejar a Víctor al frente de la bodega. Aunque creía que se trataba de una medida transitoria hasta que encontrara alguien adecuado para el puesto, tenía de reconocer que su hijo hacía un buen trabajo.

Aunque al principio obligaba a Víctor a rendir cuentas mensualmente, la buena mano del chico hizo que Miguel se relajara y poco a poco lo dejó hacer a sus anchas. Lo importante era que la bodega dejaba dinero. Mucho dinero. Eso permitió que el hijo comenzara a actuar a espaldas de su padre.

En cuanto le fue posible, Víctor empezó a trabajar en un vino refinado al estilo de Burdeos. Para ello eligió primeramente a un trabajador que lo ayudara. Se decidió por Ángel Zaldierna. Además de su experiencia en la bodega, era el marido de Carmen, una de las criadas del palacete, lo que aseguraba doblemente su lealtad. Algo importante, ya que tan solo él, Manuel y el mismo Víctor sabrían de aquel proyecto. Después compró varias cubas tal y como se usaban en Burdeos y plantó una nueva viña con sarmientos de variedades *sauvignon* y *merlot* traídos expresamente

desde Francia. Ángel llevó a cabo todas estas labores con esfuerzo y dedicación. No podía haber buscado alguien mejor.

El proceso que había diseñado no podía ser más diferente del que se usaba en La Rioja. Para empezar, obligó a seleccionar la uva a utilizar. Ante el asombro de los jornaleros, exigió que solo se usara la uva de mejor calidad y la de color rojo. Era habitual mezclar todo tipo de fruto, daba igual si fuera clara o tinta, así que la cara de sorpresa de los hombres era comprensible. Se preguntaban cómo podía desperdiciarse uva de aquel modo.

Lo que les pidió a continuación dejó aún más perplejos a los trabajadores. En lugar de prensar las frutas directamente en la finca les hizo cargarlas en un carromato y llevarlas a la bodega, tapadas con una lona para evitar que el sol las estropeará. Una vez allí les tuvo dos días quitando el raspón de los racimos.

—Es para quitar acidez al vino —dijo cuando las quejas se volvieron demasiadas.

Los trabajadores no entendían nada, pero se limitaron a cumplir con lo que se les pedía.

Una vez prensado todo, la pasta resultante del proceso apenas alcanzaba para llenar uno de los depósitos hasta la mitad.

—Demasiado esfuerzo para tan poco —dijo uno de los trabajadores cuando cerraron la cuba.

Pero Víctor lo prefería así. No quería manejar una cantidad de vino que no pudiese manipular con seguridad hasta hacerlo bien, y menos con tan poca gente. Además, las sumas de dinero que podía desviar sin que su padre se enterase no debían ser cuantiosas o despertaría las sospechas de Miguel.

Cinco años después, tenía su lista primera cosecha. Ahora aguardaba en aquellas barricas en *lo hondo*.

## II

Pierre descendió del carruaje.

—Qué buen aspecto tienes —fue lo único que acertó a decir.

—Para echar a correr ahora mismo —repuso Víctor con sarcasmo.

Con el tiempo, había aprendido que el humor servía para atenuar la incomodidad que despertaba y se lanzaba a hacer chistes sobre su estado si era necesario. Esta vez también funcionó. El francés rio con ganas.

Junto a ellos estaba un comedido Lucio que recibió órdenes de llevar el equipaje del francés.

—La casa está ahí mismo —señaló Víctor.

Los dos se encaminaron al palacete al ritmo lento que imponía la pierna ortopédica de Víctor.

—¿Has tenido buen viaje?

—Mal tiempo y abundante niebla, pero por lo demás sin nada reseñable.

—Al menos tu viaje desde Burdeos no ha sido tan ajetreado como el mío —dijo Víctor.

Pierre frunció los labios para demostrar disgusto.

—Tuviste mala fortuna. Pero te veo mucho mejor de lo que me contabas en tus cartas. De no



ser por una cierta cojera, nadie diría que te falta una pierna.

Víctor golpeó la prótesis con el puño del bastón.

—Al menos puedo valerme por mí mismo dentro de lo que cabe.

—Más que eso. ¡Dueño de una bodega nada menos!

—El dueño es mi padre. Yo solo trabajo para él.

—¡Tonterías, no te quites méritos! Por lo que me cuentas en tus cartas, la labor que llevas a cabo no es cosa de poco. Te felicito.

Víctor no pudo evitar dibujar una leve sonrisa en su rostro. En todos aquellos años nadie le había reconocido el mérito.

—¿Y Miguel? ¿Dónde está tu padre?

—Mi padre ya no vive con nosotros desde hace varios años. Tiene una querida con la que vive en Vitoria.

El de Burdeos enmudeció ante el desprecio que contenían aquellas palabras. Decidió que aquel era un tema en el que mejor no seguir indagando. Estaba claro que entre padre e hijo se había roto un vínculo que ya era irrecuperable.

Sin cruzar más palabras llegaron frente al portón del palacete. Pierre alzó su cabeza y lanzó un silbido de admiración.

—Sé que impresiona —se adelantó Víctor—, pero por dentro no es gran cosa.

Entraron en el casón. Pierre callaba mientras contemplaba ensimismado el interior del palacete. Tras una lenta ascensión al primer piso se plantaron frente a la estancia donde se alojaría el recién llegado.

A pesar de las palabras de Víctor, el francés intuyó que la fortuna de los Arrida iba mucho más allá de lo que en principio había pensado. Tal vez hacer aquel viaje iba a salirle muy a cuenta.

—Esta será tu habitación —dijo su anfitrión, empujando la puerta—. Te agradezco que hayas venido. No imaginas cuánto.

—Te confieso que no estoy seguro de lo que hago aquí.

—Ya te lo dije en nuestras cartas. Estoy elaborando un vino añejo, al estilo de los de Burdeos, y quiero tu opinión.

El francés se palmeó el mentón unos instantes.

—Yo no tengo ni los estudios ni los conocimientos necesarios. Mi opinión no vale mucho.

—Aun y con todo, tienes más experiencia y saber que cualquiera en la zona. He intentado hacer vino como el que vi en Burdeos y tu opinión me sería de gran ayuda.

—De acuerdo, pero insisto en que yo no te seré de mucha utilidad.

—Yo creo que sí. No me digas ahora que te arrepientes de este viaje.

El francés negó con vehemencia.

—Te di mi palabra de que vendría a visitarte, pero no puedo quedarme mucho tiempo, tengo un trabajo en Francia. No obstante, te dije que aceptaba venir y darte mi opinión y eso es lo que haré. Ahora enséñame la bodega —pidió, palmeando en la espalda a Víctor.

Justo al salir al pasillo se toparon con Mariola y el pequeño Alejandro. El niño se ocultó tras su madre y saludó con timidez, como era su costumbre. Víctor hizo las presentaciones.

—He oído hablar mucho de usted —dijo la mujer cuando Pierre le besó la mano.

—Espero que todo haya sido bueno —repuso el francés con un guiño.

—Casi todo —terció Víctor—. Nos vamos. Quiero que nos acerquemos a la bodega.

Volveremos para la hora de la cena.

Mariola se limitó a asentir en silencio.

Los dos hombres bajaron las escaleras. Dieron orden a Lucio de que preparara el coche símón y les recogiera para dirigirse a la bodega de Zabala.

—No ha tenido que ser nada fácil para vosotros —apuntó Pierre mientras esperaban en la puerta.

—Mi mujer y yo hace tiempo que hemos renunciado a nada que no sea una tregua por el bien de Alejandro —admitió Víctor.

El francés calló. Sabía que sus palabras estarían de más.

Justo entonces el coche se detuvo frente al palacete. Mientras este traqueteaba por las calles, Víctor rumió las palabras del francés. Pensaba en aquellos últimos años; lo mejor que podía decirse de su matrimonio es que había sido pacífico. Una vez nacido su hijo, Mariola se volcó por completo en él y ambos hacían su vida sin prestarse más atención que la justa. Para él aquel era un buen trato.

Llegaron a la bodega y nada más el coche se detuvo frente al edificio, Manuel Ureña salió a recibirlos. El encargado seguía fumando aquellos cigarrillos afeminados que Víctor tanto detestaba, pero debía reconocer que era un hombre leal y que le había servido bien esos años.

Víctor hizo las oportunas presentaciones. Pierre se sentía encantado, el vinatero lo vendió ante el encargado como un hombre capaz y gran entendido en vino.

—Me temo que se exageran mis cualidades. —Se quitó importancia Pierre, aunque henchido de orgullo—. No soy nada más que un humilde trabajador.

—Este humilde trabajador sabe más de hacer vino que todos nosotros juntos —señaló ufano Víctor.

Manuel gruñó en voz baja ante aquel comentario.

Entraron en la bodega y Víctor se afanó en enseñar el edificio con todo lujo de detalles. Después se encaminaron al montacargas para descender a las cavas. Arreglado tras el accidente de 1854, el invento había sido adaptado según una nueva patente que le añadía rieles dentados para evitar nuevos percances. Sin embargo, no eran pocos los trabajadores que desde aquel fatídico día evitaban usar el montacargas siempre que les era posible. Entre ellos Ángel Zaldierna, que ahora esperaba en *lo hondo* la bajada de la plataforma. En cuanto esta se detuvo se irguió lámpara en mano.

—¿Está todo dispuesto tal y como pedí? —le interrogó Víctor.

Ángel asintió mientras iba abriendo camino por los estrechos pasillos. Se adentraron en *lo hondo* guiados por él.

Arriola miró al trabajador con detalle. Ángel se había convertido en un empleado eficiente y experimentado, para disgusto del encargado que, siempre que tenía ocasión, le recordaba su puesto y mayor experiencia. Siguieron adentrándose en *lo hondo*.

El francés tocaba las paredes con su mano a medida que caminaban. Parecía que con ello intentaba abarcar todo el tiempo que atesoraban aquellas paredes horadadas en la piedra.

—Este sitio es mucho más antiguo que cualquier bodega de Burdeos —dijo maravillado.

—De la época de los romanos, que ya elaboraban vino aquí hace siglos —señaló Manuel.

—¡Asombroso! En toda Francia no hay un lugar como este —sentenció, fascinado, Pierre.

Siguieron caminando en silencio. El halo de luz que trazaba la lámpara rodeaba a los cuatro

hombres con un abrazo cálido. Llegaron a la estancia donde se ubicaban los depósitos.

—No es gran cosa, lo sé. Pero solo mira el espacio que hay —señaló Víctor.

Pierre no dijo nada, se giró por completo y barrió con la mirada el lugar. Su anfitrión siguió dándole detalles.

—Preferí trabajar con poca cantidad, por eso no he sacado vino para llenar, nada más que tres barricas. Esas que tienes ahí —dijo, señalándolas.

El de Burdeos se acercó hasta ellas y las observó un instante. Seguía sin decir nada y aquel silencio incomodaba a Víctor más que nada.

Víctor empezó a narrar su trabajo. El modo en que había seleccionado las uvas, el hecho de quitarle el raspón, algo inusual en La Rioja, el trasiego y no escatimó detalles a la hora de explicar sus intentos para clarificar el vino.

—No conozco las medidas exactas, así que he ido probando y corrigiendo en función de los resultados.

—¿Cuánto tiempo lleva envejeciendo en barrica?

—Un año y casi tres meses. Le queda aún medio año como poco hasta que pueda descubarse.

—¿Y después? En el caso de que el vino sea bebible. ¿Qué vas a hacer con él? Aquí no tienes cantidad ni para cubrir los gastos.

El otro se rascó nervioso el mentón.

—Es solo un pequeño experimento, si así quieres llamarlo.

Pierre negó con la cabeza ante aquella excusa. No era la primera vez que el francés hacía aquel gesto y Víctor sintió una enorme irritación, pero debía admitir que para eso estaba en Haro.

—¿Quieres probar el vino? —dijo desesperado.

Al instante, Ángel procedió tal y como le habían enseñado unos días antes. Víctor consideraba que hacerlo de un modo similar al que usaba en Burdeos le haría parecer más profesional.

El trabajador extrajo el tapón con pericia e introdujo la venencia en el interior del tonel. Vertió el vino en una jarra de barro y con ella llenó tres jarros pequeños que tendió a Víctor. Le tendió uno a cada uno de los presentes.

Los tres hombres dieron un sorbo. Al notarlo en los labios, Víctor masculló un juramento. Aunque se había refinado un poco desde la última vez, el sabor seguía siendo demasiado fuerte y la densidad no era la adecuada. Pese a todo, Pierre parecía querer ser clemente en su dictamen.

—No está mal.

—No mientas, te parece peor que si fuera orina de caballo.

El francés prorrumpió en risas.

—No es tan suave como el de Burdeos, eso seguro. Pero se nota que has trabajado en él. Ni el color ni el sabor es el necesario para llamar vino fino a esto, pero confieso que esperaba algo peor.

Víctor tuvo que resignarse a la verdad. Su vino ni se acercaba a los que hubiera probado en Burdeos. No había convencido a nadie con aquella cata, y menos que a nadie a sí mismo.

A petición del francés repitieron la misma operación en las tres barricas, con idénticos resultados. Al finalizar con el tercer barril decidieron regresar a la superficie.

Ángel comenzó a recoger todo. Con una seña, el amo indicó a Manuel que él también se quedase. Quería estar a solas con Pierre. Ambos hombres tomaron otra lámpara y desanduvieron el camino hasta el montacargas.

### III

Caminaban sin hablar, dejando que los sonidos acuosos de la roca rellenasen los silencios. Salieron a la superficie. Fuera, el sol pugnaba por calentar en una primavera que no llegaba del todo.

—Dime la verdad. ¿Tan malo es mi vino?

Pierre se detuvo, ordenó sus ideas antes de hablar. Necesitaba jugar bien sus cartas. Aquella era una oportunidad de la que podía sacar provecho.

—Hace casi diez años te dije en Burdeos que nunca podrías igualar a los vinos franceses. Hoy sigo pensando lo mismo. Tu empeño es digno de admiración, pero ni te acercas a los vinos de calidad. Sigue siendo demasiado fuerte, aunque confieso que no tanto como es habitual con los caldos de la zona. Pero ni podrías venderlo como vino de Rioja por flojo ni como vino fino por fuerte.

—Pero aún le quedan unos meses en bodega. ¡Aún puede mejorar!

—No lo hará lo suficiente. Y además, ya ves todo el trabajo que te has tomado por solo tres barricas. Ese vino no podrá ser vendible nunca, y aunque lo fuera no sería rentable.

Víctor sentía una enorme vergüenza. Había dado a probar su experimento y con ello solo se ponía en evidencia a sí mismo. Su vino estaría siempre muy lejos de ser considerado como algo más que un caldo peleón y destinado solo a tabernas. Pero no iba a resignarse tan fácilmente.

—Pues si este no vale para nada, lo haremos de nuevo. Empezaremos otra vez todo el proceso.

Pierre elevó los brazos al cielo, exasperado.

—¡Pero si ni las barricas están bien! La madera parece buena, pero no puede tocar el suelo. Se han de colocar sobre unos calces.

—¡Ves! Por eso te pedí que vinieras. Tú tienes los conocimientos y la experiencia necesarios. Un detalle como ese solo puedes corregirlo tú.

El de Burdeos se detuvo.

—Ya te dije que mi opinión no te sería de gran ayuda. Y aunque lo fuese, hay tanto que hacer que no sabrías ni por dónde empezar. Deberías cambiar por completo el método de trabajo. Envejecer el vino en condiciones requiere por lo menos cinco años hasta poder ver algún beneficio. En resumen, tendrías que dejarte de experimentos e invertir en la bodega para dedicarte de pleno a ello, y ¿sabes cuánto dinero necesitarías? —Con un gesto abarcó la totalidad del edificio—. Mira esta bodega, no se parece en nada a las de Burdeos ni en método de trabajo ni en su funcionamiento. Ponerla al día costaría un tesoro, y eso contando con que tu padre quisiera hacerlo. No creas que no sé de sobra que Miguel no está al tanto de tu experimento. —Víctor agachó la cabeza. Se sentía frustrado y herido en su amor propio. Pierre se le acercó—. Te dije que te daría mi opinión y eso es lo que he hecho. No podrás hacer un vino digno de llamarse tal sin una gran inversión. El marqués de Riscal en Álava y el de Murrieta en Logroño han dado los primeros pasos, pero no cuentes con que conseguirás nada similar a este ritmo.

Arriola sintió aquellas palabras como una punzada en su orgullo. A pesar de ello, sabía reconocer la verdad cuando se la plantaban en la cara.

De improviso Pierre lo vio claro. Aquella era una oportunidad que no podía dejar pasar.

—Déjame que te ayude a hacerlo —dijo—. Yo tengo experiencia en vinos franceses. Me haría cargo de la producción.

Víctor sopesó la oferta del de Burdeos unos instantes. Después sacudió la cabeza para negar.

—No puedes decirlo en serio.

—¿Por qué no? —se defendió el otro—. ¿Qué mejor oportunidad tendrás que la que yo te ofrezco?

—Pero tú no eres químico.

—¿Y qué importa eso? Me sé de memoria el proceso, las medidas. ¿Quién necesita a uno de esos estirados?

Víctor se rascó la nuca, confuso. ¿Podía tomarse en serio aquella oferta?

—Tú tienes ilusión, pero no tienes experiencia. Todo lo que a mí me sobra. Yo me encargaré de que tu vino adquiriera fama mundial.

Pierre lo observó atento. En su actitud podía verse que estaba a punto de decir que sí. De haber podido, se hubiese frotado las manos. Se barruntaba que de esa podía ganar un buen dinero con el capricho de aquel niño. En cambio, decidió tensar un poco más la cuerda, quería sacar cuanto fuera posible de aquella oportunidad única.

—El jornal en Francia es más alto que aquí, eso sí —dijo.

—De acuerdo —aceptó Víctor—. Te pagaré lo mismo que en Burdeos.

Sabedor de que al final la propuesta tenía que parecer cosa del otro, el francés aún se permitió recular unos instantes.

—Pero dejo todo en Francia. Amigos, trabajo, familia...

—Ahora no puedes echarte atrás.

—Muy bien, pero si acepto ha de ser con dos condiciones: una, tú no intervendrás para nada. Esto será cosa mía. Podrás estar al tanto de mis avances, pero me dejarás actuar con total libertad.

—Víctor asintió a regañadientes y conminó al francés a continuar—: Y dos, se acabaron los experimentos y las miserias. Lo haremos en serio. Me darás el dinero que necesite cada vez que te lo pida.

Víctor rumió un segundo aquellas palabras. Hasta ahora había sido capaz de mantener a su padre al margen de aquello, pero ahora debía tener acceso a cantidades mayores de dinero. Finalmente asintió. Ambos hombres se dieron la mano para sellar su acuerdo. Pero Fierre aún sabía que una cosa podía entorpecer aquella oportunidad. Expresó sus dudas en voz alta.

—¿Y qué hay de tu padre? Él nunca apoyará esto, lo dejó muy claro en Burdeos, y el hecho de que no esté al tanto me dice que no ha cambiado de idea.

Víctor le puso la mano en el hombro.

—Deja que yo me ocupe de mi padre.

## IV

Carmen regresó a la cocina con intención de preparar el café. Al abrir la puerta de la alacena

se llevó el susto de su vida. El pequeño Alejandro y Francisco estaban escondidos dentro. Con un dedo índice en la boca y gesto cómplice el niño le pedía silencio.

—¡Pero será posible el susto que me has dado! —gritó, llevándose la mano al pecho.

—¡Jo, Carmen! Que estamos jugando al escondite. Si no te callas, me va a encontrar —se quejó el pequeño.

—¡Eso, madre! —le recriminó Francisco.

Si Francisco y Alejandro estaban ahí, Carmenchu no debía de andar lejos. Sus hijos y el primogénito de los señores eran inseparables.

—Salid inmediatamente de ahí —ordenó—. Casi se me sale el corazón del pecho. Además, ya sabéis que no se juega en el piso de abajo.

Los críos la miraron cariacontecidos. Justo en ese instante Carmenchu entró en la cocina.

—¡Te he visto, Alejandro! —gritó la niña con júbilo.

Más avisado, Francisco se apresuró a esconderse tras ella.

Su hija la estudió con unos ojos escrutadores.

—¿Has visto a Francisco? —le preguntó. Carmen negó con la cabeza muy despacio—. ¿Seguro?

La mujer volvió a mentir por segunda vez. Detrás de ella se escuchaba la risa sofocada de Francisco. La niña abrió los ojos como platos en cuanto se dio cuenta del engaño.

Un instante después, la cocina era un guirigay de risas y gritos mientras los tres niños se perseguían alrededor de las mesas, con una Carmen gesticulante que intentaba sin éxito calmar a los pequeños. La voz de doña Casilda puso fin a la diversión.

—¿Cuántas veces os he dicho que en la cocina no se juega? —tronó desde la puerta.

Al momento los tres niños se cuadraron firmes como estacas. La sola presencia del ama de llaves servía para imponer la disciplina necesaria. Su sempiterna expresión de seriedad y los labios apretados en una fina línea eran una señal que alertaba a los pequeños de que era mejor portarse bien.

—Los tres de cara a la pared —ordenó doña Casilda. Los críos obedecieron sin rechistar. El ama de llaves se acercó a Carmen y le susurró al oído—: Les consientes demasiado.

—Son solo niños, tienen que jugar.

Un ademán inequívoco del ama de llaves dejó claro que no estaba de acuerdo con aquella idea. La mujer salió de la cocina meneando la cabeza. A pesar de los años la anciana ama de llaves seguía teniendo una energía impropia de su edad.

Carmen miró al trío de condenados con pena.

Desde hacía dos años, Carmenchu y su hermano acompañaban a su madre todas las mañanas al palacete donde pasaban el día. Con siete años, eran un terremoto que no dejaba títere con cabeza por donde pasaban. Todo lo contrario a Alejandro, que era un niño reservado y callado, que no se metía nunca en líos. A Carmen le parecía la viva imagen de Mariola. Los niños hicieron muy buenas migas desde el principio y siempre que podían estaban juntos.

Cuando juzgó que no había moros en la costa, una osada Carmenchu se giró y la miró con ojos de cordero degollado.

—¿Podemos irnos ya?

—El castigo os lo ha puesto doña Casilda, no yo.

—Pero ella se ha ido. Luego nosotros también podemos irnos, ¿no?

El razonamiento no carecía de cierta lógica. Pero Carmen no quería ceder tan pronto.

—¿Tú qué crees, Alejandro? ¿Os debería levantar el castigo?

El pobre crío era incapaz de pronunciar palabra. Miró suplicante a sus compañeros de desgracia quienes se apresuraron a asentir a dúo.

—Sí —dijo al final con un hilillo de voz.

—Muy bien. Pero que no os vuelva a ver por aquí.

Los niños salieron a toda velocidad de la cocina, no fuera a ser que Carmen cambiara de idea.

Con una sonrisa en los labios por lo sucedido, la criada subió al piso de arriba con una bandeja con café, leche y varios dulces. Mariola estaba bordando en el salón.

—¿Qué ha pasado abajo? He oído a doña Casilda gritar más alto que de costumbre. —La criada puso los ojos en blanco a modo de respuesta—. No me digas más, tus hijos y el mío han hecho de la suyas.

—En la alacena me he encontrado al señorito y a Francisco. ¡El susto que me han dado! Pero me da a mí que ha sido cosa de mis hijos. A su hijo no se le ocurren esas barrabasadas cuando está solo.

—Le viene bien la compañía de los gemelos. Alejandro es tan tímido y reservado que tener unos amigos de su edad le ayuda a espabilar.

—No sé yo si mis hijos son una buena influencia —dijo Carmen, meneando la cabeza—. El señorito es tan prudente y Carmenchu y Francisco son de la piel del demonio. ¡No vea cómo manejan los dos el tirachinas!

—Son niños, mujer. Tienen que divertirse. Y está bien que esté con niños de su edad. Mi hijo necesita correr y caerse y usar un tirachinas. El pobre se pasa el tiempo solo en este palacete tan grande.

—A propósito de eso... quería darle las gracias por dejar que Carmenchu y Francisco asistan a las lecciones con el señorito.

Mariola quitó importancia al agradecimiento de la criada.

—No tienes por qué darlas, mujer. Alejandro agradece la compañía de tus hijos y yo estoy encantada de ayudarlos.

Carmen asintió con afecto.

## Capítulo 13

### I

Poco antes de la salida del sol Marcos saltó del jergón. Su cuerpo estaba empapado en sudor y la camisola de dormir, que usaba para prevenir las picaduras de mosquitos, se le pegaba al cuerpo como un sudario. A pesar de llevar en aquella isla casi diez años, aún no se acostumbraba a aquel condenado calor. Comparado con el tibio clima de La Rioja, Cuba era un horno y aquel día no iba a ser diferente. En verano, durante la zambra, sería aún peor.

El interior de la cabaña era compartido por seis trabajadores, los ronquidos que producían turbaban el silencio que inundaba la plantación a tan temprana hora. Olía a sudor y a cerrado.

Cruzó la estancia en silencio y salió al exterior.

Ya fuera, se lavó en la jofaina y mientras se ponía la ropa de trabajo alzó su vista hacia el firmamento. Las estrellas tachonaban una amplia sección de cielo sobre su cabeza. La plantación permanecía aún sumida en la quietud de la noche, pero en breve los sonidos de los primeros trabajadores romperían el silencio. Él era uno de los más madrugadores. Como encargado de las caballerías, su misión consistía en preparar los arreos y tener listas las monturas para la larga jornada de trabajo, por eso se levantaba cuando el sol aún no rayaba en el levante.

Echó a caminar en dirección a los establos.

Aún con la escasa luz que se adivinaba débil, en el cielo se percibía la belleza de aquella tierra. En silencio, se maravilló de tanta hermosura; como tantas veces hiciera desde que llegara a la isla. Cuba era una perla en mitad del Caribe que mostraba todo su esplendor bajo un firmamento inmaculado. Las copas de los árboles de la cercana selva se recortaban contra el cielo nocturno. Todo era tan distinto de su tierra natal que incluso después de ver día tras día aquellos espectaculares amaneceres, seguía emocionándose. Incluso el olor, que traía ecos de la cercana jungla, le resultaba exótico.

Pasó muy cerca de los barracones de los esclavos, tan cerca que pudo escuchar los ronquidos y demás sonidos nocturnos de aquellos pobres desventurados. Sentía verdadera pena por el destino de esos pobres hombres y mujeres.

La plantación La Leal estaba ubicada a escasas diez leguas al norte de Cienfuegos, en una vaguada natural rodeada de cerros no demasiado altos, pero escarpados. La caña de azúcar ocupaba la mayor parte de la plantación, pero ciertas parcelas eran reservadas para plantar pastos para las bestias de tiro, pequeños bosques con que surtir de madera la hacienda y tierra destinada a cultivos para alimentar a la numerosa mano de obra, tanto esclava como a jornal, y que no era



menos de ciento cincuenta almas.

En la isla se denominaba ingenio a los lugares como aquel, por el mastodóntico aparato así llamado y que se utilizaba para extraer la melaza de la caña. Su mecanismo era similar al de un molino y para su funcionamiento se requería de animales de tiro. La primera vez que Marcos vio el que se erigía en el centro de La Leal pensó inmediatamente en las prensas que usaban en Haro para elaborar el vino. Su funcionamiento era similar, aunque su desproporcionado tamaño iba en consonancia con la ingente actividad que debía desarrollar.

Algunas plantaciones de menor tamaño se dedicaban tan solo a extraer la dulce melaza de la caña, vendiendo el producto obtenido a otros más grandes que elaboraban el azúcar como tal. Ese era el caso de La Leal.

Recolectar caña de azúcar era una actividad que requería de más o menos mano de obra según la necesidad del ingenio. Durante la recolección de la caña, llamada zafra y que ocurría durante los meses de mayo a octubre, se podían alquilar por semanas no menos de cien esclavos que se sumaban a los habituales.

A Marcos le seguía asombrado el tamaño de todo aquel asunto. En las bodegas de su tierra no pasaban de la docena de personas los que trabajaban en los meses de más labor; un número que en el ingenio La Leal apenas cubría el personal esclavo doméstico destinado a la casa de los patrones.

Con decisión se encaminó a los establos.

Allí ya le esperaba Evaristo, un esclavo de color que no llegaba a los dieciséis años, lo que en la isla llamaban mulecón.

—Buenos días, patrón —saludó el muchacho.

—¿Cuántas veces voy a tener que decirte que no me llames patrón? Patrón es don Matías, el dueño de la plantación, y don Ernesto, el mayoral. Yo solo soy un trabajador.

Evaristo se encogió de hombros.

—Algunos españoles como usted nos obligan a que les llamemos así.

Tan solo llevaba a sus órdenes medio año, pero sentía un especial cariño por aquel muchacho. Era alto y espigado y su piel, de un oscuro aceitunado, brillaba cuando la reflejaba el sol.

Fue traído a la fuerza a Cuba en la bodega de una goleta llamada *Santa Esmeralda*, y en tan solo un mes había dado muestras de una gran inteligencia. Hablaba español casi sin acento y se le consideraba un esclavo sin tacha, por lo que se le permitía ir y venir dentro de la plantación a su libre albedrío.

Marcos recorrió el cerrojo de la gran puerta de madera y quinqué en mano entro en el establo seguido de Evaristo. Las monturas se revolviéron inquietas en el interior, pero al sentir el olor reconocible del joven y del mulecón se calmaron al instante. A su vez, el hedor a estiércol y a animal les resultaba a ambos tan familiar que ni lo tenían ya en cuenta.

—Ve fuera y trae un par de fardos de hierba —ordenó al tiempo que se aprestaba a su labor. El chico partió veloz a cumplir el encargo mientras él recorría el pasillo central. Se apoyó en la valla de madera que separaba las cuadras del resto del establo—. Buenos días, chicos —dijo a los animales.

Saludarlos era un ritual que practicaba todas las mañanas.

Una yegua torda se le acercó y él le acarició el húmedo hocico.

En total, contando los rocines, mulos y el resto de las monturas que estaban destinadas a arar,

transportar carga u operar el ingenio, había dieciséis cabalgaduras en la plantación. Eso incluía a Marqués, el semental, propiedad de doña Úrsula, la mujer del patrón. El impresionante caballo había sido traído de España hacía solo dos meses y pernoctaba aparte del resto. Marcos reconocía a cada uno de ellos con solo verlo. Todos se mostraban como bestias leales y valientes. Sentía un inmenso cariño por cada uno de ellos.

En su vida había estado en contacto con animales y su naturaleza impredecible lo asustaba, pero, a fuerza de trabajar con ellos, pronto empezó a sentir una gran simpatía hacia aquellas bestias nobles. Al cabo de unos meses, se manejaba a la perfección entre ellas, y su dedicación le hizo asegurarse el puesto en los establos.

Pensando en aquellos ahora lejanos días, se afanó en su labor. Evaristo entró con los dos fardos sobre un carretón y ambos dieron de comer y beber a las monturas. Limpiaron las cuadras y para cuando quisieron darse cuenta el sol asomaba por el este.

—Ya puedes seguir con tus tareas —le indicó al chico.

El mulecón asintió y se apresuró a dirigirse al exterior. La jornada de trabajo de los esclavos no bajaba de las doce horas; no es que él mismo tuviese una vida mejor, pero sentía lástima de aquellos pobres desgraciados.

Viendo salir al trote a Evaristo se preguntó cuál hubiese sido su vida de haber nacido con otro color de piel. No le parecía justo, pero él poco podía hacer al respecto.

Palmeó con cariño la grupa de una de las bestias y se encaminó a la puerta. Se lavó las manos y se dirigió al barracón que los trabajadores usaban a modo de comedor. Allí daría cuenta de un buen desayuno a base de pan negro, gachas y alguna fruta exótica de cuyo sabor aún se sorprendía.

## II

Con Pierre en la bodega, Víctor hubo de dedicar más tiempo a algo que llevaba largo tiempo esperando. Su instinto le decía que para triunfar era necesario entrar en política. Sin pensárselo dos veces, pidió la afiliación en el Partido Moderado. No solo porque los conservadores representaban mejor su tendencia, sino porque barruntaba un cercano cambio en el gobierno de la nación.

Los liberales llevaban demasiado tiempo en el poder y el gobierno de O'Donnell empezaba a descomponerse, su caída era cuestión de tiempo. Quienes habrían de sustituirlo eran los conservadores, así que apostaba por el caballo ganador. Aunque de momento hubiese de contentarse con permanecer en la oposición del ayuntamiento.

Su ambición pasaba por la alcaldía, pero debía tener paciencia. De momento, aquel día tenía una misión que le haría dar un paso de gigante en su ascenso. Apoyado en su bastón, entró al salón de plenos con el semblante firme y sereno.

El salón estaba de bote en bote y Víctor se tomó su tiempo antes de hablar, la expectación era enorme y quería estar a la altura; todo debía ser perfecto. Aquel era un pleno extraordinario y estaban presentes numerosos empresarios y comerciantes de la región.

Sonrió complacido para sí. Era el centro de todas las miradas, así que se levantó con calculada parsimonia de su asiento, se tiró de las solapas del traje y se alisó las perneras del pantalón que, confeccionadas expresamente, trataban de disimular la pierna protésica. Con gran pompa se dirigió a la sala. Todos lo miraban expectantes entre una densa humareda procedente de los cigarros.

—Caballeros —comenzó—, el asunto que hoy nos reúne no puede tener mayor trascendencia. Es imperativo para nuestra villa la llegada del tren a la mayor premura. La línea de tren que sale de Bilbao ha de tener un apeadero en nuestra villa. Lo tienen que saber en Madrid y lo tienen que saber de boca de todos. Si no estamos unidos no conseguiremos nada. El año pasado, el diputado Sagasta ya lo dijo en las Cortes con la mayor vehemencia posible. —Un murmullo de desacuerdo se extendió por la sala. Práxedes Mateo Sagasta, aunque diputado por Zamora, había nacido en la región y sus ideas liberales y antimonárquicas no eran del gusto de los conservadores prohombres de Haro. Víctor ya preveía aquello. Alzó las manos pidiendo calma—. No es de mi agrado tampoco la figura de nuestro paisano, pero el sentido práctico manda, y si hay una voz en Madrid que reclama lo mismo que nosotros hemos de aprovecharnos de ello. Seamos cabales, señores. La llegada del tren nos interesa a todos, más allá de nuestros ideales. —Algunas cabezas asintieron en la sala. Complacido, Víctor prosiguió—: El tren hará que nuestros productos se vendan más y a mejor precio. Seremos más competitivos. Tendremos acceso al puerto de Bilbao y será más fácil vender en Francia.

—Todo eso está muy bien si se tiene una bodega como la suya, pero ¿qué sacamos el resto de todo esto? —interrumpió Luis Núñez.

Víctor miró al terrateniente. Este era ahora un severo anciano de poblados bigotes blancos, aunque seguía siendo dueño de numerosas fincas de cereal y sabía que mantenía la amistad con Miguel. Se sentía molesto por la interrupción, pero no podía responderle de modo descortés. Luis Núñez representaba a una parte importante de los notables de la villa y también necesitaba de su apoyo. Respiró profundamente antes de responder. Sabía que algunos miembros del ayuntamiento no serían capaces de ver las ventajas del tren y tenía preparada su contestación.

—Don Luis, todos nos beneficiaríamos del tren. Yo mismo, como bien dice, pero también el resto de las bodegas, vinateros y demás gente que vive del vino y que, no lo olvidemos, es la mayoría del pueblo. El tren solo traerá beneficios para todos. Incluso para usted, ¿o es que no le gustaría viajar a Logroño sin emplear una mañana entera en ello? —Hubo alguna risa sofocada en el salón. Estaba en boca de todos que desde que enviudara, don Luis tenía una querida en Logroño a la que visitaba con frecuencia. La pulla había sido sutil, pero cumplió su cometido. El azorado anciano se reclinó en el sillón, dando a entender que aquel dejaba ser asunto de su incumbencia. Víctor sintió que era el momento de dar la puntilla y acallar cualquier duda posible—: Además, no nos costará un real a ninguno. La Compañía de Ferrocarril de Bilbao a Tudela por Miranda asume el costo de la labor, que encima cuenta con el visto bueno del Banco de Bilbao. —Ante esto hubo aún más gestos de complacencia. Todo iba según lo previsto. Víctor se apresuró a cerrar su discurso—: La línea se concluirá más pronto que tarde, de nosotros depende que nuestra villa esté entre sus apeaderos. Sé de buena tinta que la comisión que la Diputación de Logroño creó hace años no tiene en cuenta a Haro. Si nuestra villa se queda al margen habrá perdido, permítanme la chanza, el tren del progreso. Alguien que represente los intereses de Haro ha de estar presente en esa comisión.

Un murmullo de asentimiento se extendió por el salón de plenos.

—Yo propongo que sea usted, don Víctor. Nadie mejor para defender lo nuestro —se escuchó una voz.

Al poco otros le secundaron y en unos minutos el sentimiento era un clamor.

Con fingida humildad, Víctor aceptó la petición entre aplausos. El primer paso estaba dado.

### III

Excitado por su éxito, Víctor decidió retrasar su llegada a la bodega y pidió a Lucio que antes se detuviera en una parada ya habitual. Tenía mucho que celebrar.

El cochero asintió con sumisión. Por lo que a él respectaba estaba allí para llevar al señor donde este quisiese sin decir nada. El coche simón tomó el camino de fuera de la villa.

La pensión de doña Tomasa era toda una institución en la zona. Una antigua venta en el camino de Miranda que ofrecía sus servicios de modo discreto y seguro. Allí se venían desfogando hombres de toda condición desde hacía años. Soldados de las guerras de Napoleón o carlistas habían pasado por aquellas cuatro paredes. Nadie sabía quién era la tal Tomasa que daba nombre al establecimiento, pero la denominación caló entre los clientes.

Mientras el coche se acercaba al edificio, Víctor pensó que quizá no era tan diferente como su padre, al fin y al cabo. Casados con mujeres a las que quizá una vez habían amado, pero que ya no podían hacerlos felices, buscaban en otros brazos un calor sencillo y sin complicaciones. En su caso, la simple satisfacción de una necesidad que con Mariola era impensable.

Manuela lo esperaba en camisón en la misma habitación de siempre.

La mujer se le echó a los brazos y lo desnudó con precipitación. Manuela tenía poco más de diecisiete años, era andaluza, de Córdoba, y como el jazmín que embellecía su ciudad natal: embriagadora y fresca.

—Resérvemela cada jueves —le dijo a la dueña tras salir de la habitación la primera vez.

Así, como quien aparta una mula en una feria. Llevaban más de dos años viéndose cada semana. A veces los acompañaba otra chica, un placer que habían empezado a experimentar de una parte aquí, pero ninguna podía compararse a la cordobesa. Con ella a solas Víctor no solo satisfacía una necesidad, creaba miles más.

La meretriz lo tumbó en la cama y lo desnudó. Como siempre hacía, obvió la pierna protésica a la que obsequió con su indiferencia y se dedicó a recorrer el resto del cuerpo del hombre sin prisa. Después, se puso sobre él y lo guio a su interior.

Cuando todo concluyó, el hombre la miró desnuda, tendida junto a él. La luz del sol que entraba por los postigos entreabiertos bañaba su cuerpo y lo envolvía en una atmósfera brillante. Manuela fue consciente de que la miraba y abrió los ojos.

—¿Es que no piensas decirme cómo ha ido? —preguntó. El hombre sonrió y se permitió el silencio unos segundos más—. ¡No me hagas rabiar! ¡Maldita sea! —exclamó apoyándose en un codo.

—Querida, ese atajo de vejestorios y paletos me ha elegido. Todo ha salido como estaba planeado.

La mujer dio un grito de alegría y se le abrazó con entusiasmo.

—Ahora sí que vas a medrar. Seguro que acabas por olvidarte de mí.

Víctor negó con la cabeza. Sus dedos se apoyaron en la cadera de la chica y se deslizaron juguetones.

—De hecho, quiero que te instales en un piso y estés solo disponible para mí.

Manuela se colocó a horcajadas sobre él. Sus ojos irradiaban una enorme alegría.

—¿Lo dices en serio? ¿Voy a ser solo tuya?

Víctor confirmó con un leve asentimiento.

—Solo mía.

Ella emitió otro grito de gozo y lo besó con fuerza. Sus manos expertas se dirigieron a su entrepierna.

—Entonces este último corre de mi cuenta.

## IV

Al llegar al edificio, Marcos vislumbró la silueta oronda y familiar de Renata. La esclava de color que se encargaba de preparar el rancho de los trabajadores se levantaba incluso aún antes que él. Cuando llegó a su altura la saludó con cariño.

—Buenos días, doña Renata —dijo, y se sentó a la mesa.

La esclava sonrió al verlo. Aquel español desgarbado y aniñado era uno de los pocos trabajadores que la trataban, a ella y al resto de esclavos, con cierto respeto.

—Buenos días, señor —respondió la esclava.

Renata le sirvió una generosa ración de gachas aún humeantes que el muchacho agradeció con una sonrisa.

Poco después la plantación se ponía en marcha y los primeros trabajadores y esclavos comenzaban sus labores.

Hasta la mesa a la que estaba sentado se acercaron Alonso, el Botas, Darío y Anselmo. Los dos primeros eran dos andaluces que llevaban más tiempo que él en aquel lugar. El tercero era el chico de Haro con quien había compartido travesía. Saludó a los tres con confianza.

—Que me maten si podría aguantar yo tus horarios —dijo afable Alonso—. ¿Estás bebiendo uno de esos vinos de tu tierra? ¿Por eso te levantas antes de que el gallo cante como si tal cosa?

Le llamaban el Botas precisamente porque cuando llegó a la isla ni siquiera podía permitirse calzado para sus pies. Aunque no era santo de su devoción, ya que lo consideraba un tanto pendenciero y charlatán, con el tiempo, Marcos había desarrollado una actitud de cariño hacia el andaluz. Estaba acostumbrado a su sentido del humor socarrón.

El resto de los compañeros se sentó a la mesa y con señas demandaron que se les sirviera. La encargada de servir las viandas aquella mañana era una negra que debía rondar los diecisiete o

dieciocho años. Las bromas groseras estaban garantizadas.

—A mí estas morenitas cada día me gustan más —dijo Darío con picardía.

La chica esbozó una sonrisa fingida mientras depositaba los platos con la comida. Alonso la tomó por la cintura y la obligó a sentarse en su regazo.

—A ver qué noche te vienes a la cabaña y nos tomamos una botella juntos —le espetó.

La chica parecía azorada y trataba inútilmente de zafarse del abrazo del trabajador. No es que Alonso fuera rudo con las esclavas, los había desde luego mucho peores, pero Marcos sintió que debía ayudarla.

—Vamos, Botas —dijo—, deja a la chica en paz. Si casi es una niña.

—Estas son las mejores. Carne joven, como de novillo lechal —repuso el hombre, palmeando los muslos de la joven.

La chanza provocó las risas de los presentes.

—La estás asustando y a lo mejor ni habla español. Déjala en paz.

—¡Qué poco conoces tú a este ganado! Mucha cara de susto al principio, pero en cuanto ven que metiéndose en tu cama tienen algún privilegio y prueban la gracia de Dios, no hay después quien se las saque de encima. ¡Que me conozco yo el juego de estas palomitas! ¿Crees que lo hacen por obligación? Si estos indígenas llevan el fuego en el cuerpo.

—Tiene razón aquí el amigo Alonso. Que renegar del goce, por la razón que sea, no es natural —intervino Anselmo.

—¡Eso! —apostilló un ufano Alonso—. Mira tú, que nadie te ha conocido yaciendo con hembra.

—¿Y coger la sífilis? No, gracias.

—¡Qué sífilis ni qué niño muerto! Veinte primaveras llevo yo en Cuba confraternizando con estas morenas y ni unas malas ladillas he cogido. ¡No ves que antes de nosotros pasan por los amos y las tienen limpias! —sentenció Alonso.

—Haz caso a San Marcos, que él sabe qué hay que hacer para ir directo al cielo desde Cuba —bromeó Darío.

La actitud en exceso estoica del muchacho había dejado de resultar chocante para convertirse en algo sobre lo que se hacían bromas. No se dejaba ver en las frecuentes jaranas que los trabajadores organizaban a la noche y donde no era infrecuente ver esclavas bebiendo aguardiente de caña junto a los españoles, cuando no en otros menesteres más íntimos. Aunque se refirieran a él como santurrón o mojigato, Marcos no se lo tomaba en serio. Él tenía sus motivos para aquel comportamiento.

La llegada de doña Renata, cucharón en mano, hizo cesar las bromas. La cocinera era como un ángel de la guarda para sus ayudantes.

—Suelta a la chica, que don Ernesto está a punto de llegar y ya sabes lo poco que le gusta vernos con vosotros.

El tono de la mujer era calmado pero firme. Estaba acostumbrada a tratar con aquellos rudos trabajadores. Sabía de sobra que después de tantos años siendo esclava de los señores nadie le tocaría un cabello sin pagar las consecuencias.

Alonso apartó sus manos de la chica con socarronería y esta se apresuró a irse cabizbaja. Pero antes el hombre le dio una sonora palmada en las nalgas cuando pasó a su lado.

Con exagerada teatralidad, Darío le recriminó a Marcos su comportamiento con los esclavos.

—Por santurrones como tú cualquier día se prohíbe la esclavitud y nos quedamos sin hembras —exclamó.

—¡Quia! Ya pueden los ingleses decir lo que quieran, pero aquí la esclavitud hace ricos a muchos. Si ellos han perdido América del Norte y no necesitan mano de obra sin coste es cosa suya, pero en Cuba habrá esclavos mientras esta isla sea territorio español. Además, bien que venden hierros a los barcos negreros cuando les conviene.

El tratado entre Inglaterra y España que prohibía el tráfico de seres humanos en el Atlántico llevaba en vigor varias décadas y aunque en la práctica era papel mojado, no habían sido pocos los perjudicados por él. A ello hizo referencia Darío sin dejar de comer a dos carrillos.

—De momento, pobre de aquel barco que es apresado antes de llegar a puerto. Le requisan la carga de esclavos y a estos se les considera libres. Así está la isla que, entre criollos pardos y libertos oscuros, no se ve cristiano antiguo en algunas zonas.

—Y no olvides los cimarrones —añadió Anselmo.

Los cimarrones eran esclavos que huían de sus amos y vivían en los bosques o en las montañas. Era la peor tacha que un esclavo podía tener, y si alguno de ellos era apresado, el castigo que se le infligía era terrible. Con su escarmiento se buscaba apartar de la cabeza del resto de esclavos la idea de escapar.

—Sin ir más lejos, para tres meses va que se fueron dos de aquí mismo y ni rastro de ellos hay desde entonces —señaló Darío.

Un sonriente Alonso se inclinó sobre la mesa demandando intimidad.

—De esos me parece que bien pronto va a haber noticias —dijo en voz queda.

—¡Tú sabes algo! —exclamó Darío.

El Botas dio la callada por respuesta, y volviendo a echarse hacia atrás continuó con su desayuno como si tal cosa.

El cuarteto prosiguió comiendo con ganas.

—¿Te toca ir a la torre esta mañana, Darío? —preguntó Alonso.

El interpelado asintió con la boca llena.

La torre de vigilancia se alzaba imponente en el centro de la explanada, cerca de los barracones de los esclavos. Su cometido era vigilar la hacienda en las cuatro direcciones, y la construida en La Leal, sin ser tan grande como la de otros ingenios más importantes, alcanzaba los ciento veinte pies de altura.

—Maldita sea la gracia que me hace pasarme el día ahí arriba a la solana —se quejó Darío.

Un gesto de Alonso detuvo las críticas del muchacho. En ese momento entraba al barracón don Ernesto, el mayoral de origen portugués.

Se cubría con su habitual sombrero de ala ancha, que no se molestó en quitarse al entrar, y portaba el látigo trenzado, que con cruel maestría solía usar, colgado del cinturón a su diestra. Además, llevaba un revólver pimentero de seis cañones a la siniestra que había sacado a pasear por lo menos un par de veces, que Marcos supiera. A pesar de frisar los cincuenta, su aspecto era enérgico y resuelto.

El mayoral hizo un leve movimiento con la cabeza a modo de saludo y los trabajadores continuaron comiendo como si tal cosa. Con gesto sereno se encaminó a la mesa.

—Buenos días, señores. —Su acento portugués se mezclaba con el adquirido en la isla después de tantos años, dándole un deje curioso. Se dirigió directamente a Marcos—: Esta

mañana ensillas a Marqués y lo avías para la señora.

—Sí, patrón. Así se hará —respondió el joven.

Don Ernesto asintió para sí y dirigió sus pasos hacia la calle. Aunque era apenas imperceptible, la atmósfera de temor que despertaba entre los trabajadores desapareció con su marcha.

—Mal rayo parta a ese malnacido —maldijo Alonso entre dientes.

El andaluz llevaba trabajando a sus órdenes el tiempo suficiente para temer tanto como para odiar al mayoral. Desde que él estaba en la plantación le había visto innumerables muestras de crueldad. Aunque ahora solo se destinaba a faltas severas, recordaba los tiempos en que el cepo era utilizado día sí y día también con cualquier excusa. Y lo peor, a juicio de Alonso, era que cualquiera, fuese trabajador español o esclavo, podía ser objeto de la ira del portugués por leve que fuese su falta.

La reunión se dio por concluida y cada uno fue a su avío.

Marcos se afanó en cumplir con la orden del capataz y a mediodía estaba listo para entregar la montura al ama de la plantación.

Esta no tardó en aparecer llevando pantalones, como era habitual cuando montaba a caballo. Doña Úrsula era una mujer cercana a los sesenta que mantenía el porte altivo y firme de su juventud. No era difícil imaginar que en sus años mozos había sido hembra de bandera.

—Un día estupendo para montar a caballo —dijo la mujer, haciendo girar en su mano el pomo de la sombrilla que usaría para protegerse del sol del mediodía.

—Desde luego que sí, señora.

El joven alzó su cabeza hacia el sol que brillaba en lo alto y pensó en los esclavos que trabajaban bajo su rigor en aquellos mismos momentos.

—Creo que me llegaré hasta la zona de las cuevas —continuó la mujer.

La zona de las cuevas era una pequeña meseta que se extendía a unas leguas en dirección este.

A pesar de que el comentario había sido para sí misma, Marcos sintió que debía intervenir. Si algo le sucedía a la señora no quería ser el último trabajador en tratar con ella.

—No debería alejarse demasiado, señora. Aunque no haya peligro de sublevación, uno no puede fiarse nunca en esta isla.

La mujer lo miró por primera vez como si estuviera realmente junto a ella. Durante unos segundos pareció sopesar aquellas palabras y finalmente restó importancia a las mismas con un movimiento de su mano.

—Estamos muy lejos de Matanzas o de La Habana —dijo a modo de sentencia.

Doña Úrsula ya no compartió más palabras con el muchacho. Se sirvió de la banqueta que este le tendió para montar y en silencio se alejó al trote.

Marcos se quedó unos segundos contemplando la nube de polvo que levantaba la montura.

Cuando faenaba entre fardos de paja y cubos de agua limpia para dar de beber a las monturas no pudo evitar que sus pensamientos regresaran a su tierra natal. ¿Qué estarían haciendo sus seres queridos en aquellos momentos? Sabía que, si en Cuba era de día, en España debía estar anocheciendo el día anterior. Mientras él trabajaba, su hermana Carmen debía de estar descansando de una larga jornada. Aquel mundo resultaba tan inmenso y extraño.

Apartó como pudo aquellos pensamientos porque lo llenaban de nostalgia y dolor.



## V

Al entrar en el portal de casa, Ángel soltó un juramento que hizo temblar las paredes. Había tropezado con una muñeca de trapo de su hija que ahora yacía en la esquina opuesta del portal, gracias a la patada que le había propinado. Se sentó en los escalones para quitarse las alpargatas del trabajo con calma y se serenó. Respiró hondo y miró con expresión de arrepentimiento el triste juguete de Carmenchu. La muñeca descansaba en una extraña posición que resultaba cómica.

No era más que un simple muñeco de trapo que Carmen confeccionó para la niña unos años atrás. Sus ropas, un vestido de rayas gris y blanco, también eran obra de la mujer. El pelo estaba hecho con un manajo de paja que necesitaba ser cambiado cada cierto tiempo. Los ojos eran dos sencillos botones y la sonrisa pintada estaba descolorida, a pesar de haber sido repasada infinidad de veces con tinta.

Se levantó y la tomó con cuidado. Entre sus manazas ásperas y acostumbradas al trabajo duro el juguete parecía diminuto. Con ella en la mano subió las escaleras hasta el piso donde la familia tenía su residencia.

Nada más entrar le salieron al paso Carmenchu y Francisco. Como hermanos que eran, su misión durante la infancia no era otra que fastidiarse mutuamente a pesar de pasarse el día sin poder separarse ni un segundo.

Carmenchu abrió la boca para quejarse, sin duda de algo sobre su hermano, pero el gesto firme de Ángel la detuvo. Le mostró la muñeca que había encontrado en el portal.

—Sabes de sobra que no debéis dejar juguetes tirados en el portal. Está siempre a oscuras y como algún vecino tropiece con ellos os vais a enterar —la reprendió.

—No he sido yo, padre —se defendió la niña—. Ha sido este mocoso que no deja mis cosas en paz.

—Tú eres la mayor y por lo tanto estás al cargo de tu hermano pequeño.

—Pero solo soy mayor por unos minutos... —Trató de justificarse la pequeña.

—Nada de peros.

El dedo admonitor del hombre señalaba a la pequeña, poniendo con ello punto final a la discusión. No obstante, la niña se permitió un último detalle para demostrar su disconformidad. Se cruzó de brazos y dio un sonoro pisotón al suelo.

A su lado, Francisco miraba a su hermana con los labios fruncidos en una burla. A pesar del esfuerzo que estaba haciendo para contenerse, parecía a punto de estallar en risas.

—Y tú. —Ahora el dedo señaló al niño—. ¿Cómo vas con las lecciones? ¿Has leído todas las páginas que debías leer hoy?

A pesar de que él mismo no sabía leer y conocía solo unos cuantos números, Ángel entendía perfectamente la importancia de que sus hijos aprovecharan la oportunidad que se les ofrecía y estudiaran. Pero, a pesar de sus esfuerzos, el pequeño Francisco no parecía compartir el entusiasmo de su hermana por los libros. Desde que empezara con sus lecciones en el palacete, el crío no había demostrado el más mínimo interés en estudiar.

—No me ha dado tiempo, padre —se disculpó, cruzando las manos por detrás de la espalda.

—Claro. No te ha dado tiempo —dijo con retintín Ángel—. ¿Y qué has estado haciendo todo el día para que no te diera tiempo?

—Cazar gorriones y holgazanear con sus amigos. ¡Eso es lo que ha hecho! —acusó una crecida Carmenchu, al ver la oportunidad de devolver el golpe a su hermano.

—¡Chivata!

El hombre hubo de aplicarse para que ambos hermanos no se metieran en una de sus belicosas peleas.

—Hasta que no leas tus lecciones en voz alta y sin confundirte no cenarás —sentenció—. Y nada de rechistarme.

Derrotado, Francisco se alejó por el pasillo con el rabo entre las piernas. Su hermana emitió un gritito de alegría.

—Y en cuanto a ti —el dedo de Ángel volvió a apuntar a su hija mayor—, está muy mal acusar a tu hermano. Como castigo, lo ayudarás hasta que se sepa la lección y sea la hora de cenar.

El conato de protesta que aquella sentencia trajo consigo fue frenado por el semblante firme de su padre.

Mientras se alejaba por el pasillo Carmenchu quiso dejar constancia de su desagrado con la condena.

—¡Solo nací unos minutos antes que ese mocoso! ¡No es justo! —se quejó.

En la cocina aguardaba Carmen. A modo de saludo su mujer le sacudió con la cuchara de palo con la que removía la olla.

—¿Y a santo de qué viene este golpe? —se quejó el hombre, más sorprendido que dolorido.

—A santo de que te he oído desde aquí mentar al Altísimo cuando has entrado en el portal. Que solo te acuerdas de Nuestro Señor para ofenderlo. ¡Como si él tuviese la culpa de lo que te preocupa!

Ángel no rechistó y se limitó a masajearse el hombro donde su mujer le había sacudido. Se sentó en una banca junto a la lumbre, donde la leña crepitaba con monotonía.

Carmen se quedó unos instantes observando a su marido a la luz de las llamas. Su rostro reflejaba una profunda preocupación. Retiró la olla del fuego y se sentó a su lado.

—¿Qué es lo que te pasa por la cabeza? ¿El trabajo? —preguntó, cariñosa.

Su marido apartó la mirada de la mesa donde la tenía posada y miró a su mujer con afecto.

—Desde que don Víctor se ha metido en política y ha venido ese tal Pierre, he vuelto a la bodega a hacer las cosas que hacía antes. Ya no me ocupo del vino refinado.

—¿Y a ti desde cuándo te gusta eso? Si cuando te encargaron de ello no dejabas de quejarte a todas horas.

—Pero eso era al principio. Cuando no sabía qué era. Luego, vas viendo que tu trabajo va a alguna parte y te va gustando más. Lo de hacer un vino fino como los franceses y que la gente lo aprecie por su calidad tiene que ser bonito.

—¿Y por qué ya no sigues con ello?

—Pues porque el francés ha decidido que se encarga él de todo y me ha dejado al margen. Dice que no tengo la suficiente experiencia ni conocimientos. ¡Pues eso ya lo sé! Pero si me enseña yo me aplico. Que tú me conoces, Carmen, que yo aprendo enseguida.

Carmen no necesitaba las explicaciones. Durante todo ese tiempo había visto como las quejas de Ángel se convertían en admiración a medida que su trabajo avanzaba. El hombre le contaba con todo lujo de detalles el modo en que don Víctor le enseñó a medir los productos químicos que se echaban al vino para refinarlo. Los diferentes ingredientes que se usaban para aclararlo. Veía cada

día la pasión que su esposo ponía en aquel proyecto tan clandestino que ni el propio Miguel Arriola conocía.

Por eso decidió aconsejarlo con sinceridad.

—Pues habla con don Víctor —dijo. Ángel se la quedó mirando ceñudo—. Dile que quieres volver a trabajar en lo del vino refinado. Que quieres aprender. Si le importa tanto como dices, te escuchará.

Su marido se acarició la barbilla, pensativo. Su mujer le decía con los ojos que adelante. Quizás aquella era una buena idea. Carmen se levantó y le plantó un sonoro beso en la boca, después regresó a los fogones.

—Por cierto, que con este ajeteo se me ha olvidado. Ha venido carta de Marcos desde Cuba —dijo, señalando la repisa de la chimenea.

Ángel sonrió para sí mientras tomaba la misiva entre sus manos. Llevaba uno de esos sellos que garantizaban que las cartas llegaban a su destino. Observó el sobre y aunque no entendía lo que ponía siguió el trazo de la letra de Marcos. El chico había aprendido a leer y escribir en la isla y desde entonces no faltaba una carta suya cada dos meses. Sentía un enorme afecto por su cuñado. Dejó el sobre de vuelta en su sitio.

—¿La has leído? —preguntó.

Carmen asintió mientras seguía trajinando en la cocina. Su marido sabía que ella sentía pena por tener a su hermano tan alejado.

—Tu hermano está bien allá. Se está labrando un porvenir —le dijo cariñoso.

—Lo que tiene que hacer es volver a España. Allí no se le ha perdido nada.

Su marido se le acercó por detrás y la abrazó.

—¿Y qué cuenta?

—Poca cosa, como siempre —respondió—. Sigue hablando del trabajo en el ingenio y de ese negro amigo suyo.

—¡Evaristo! —gritó Carmenchu con alegría a la par que irrumpía en la cocina.

La pequeña nunca había visto una persona de color, excepto en algún dibujo de un libro, y que alguien así fuese amigo de su tío le producía una extraña fascinación.

—¿Ya ha acabado tu hermano con la lección? —inquirió con severidad Ángel.

La niña asintió con firmeza.

—¿Todas las páginas? ¿Sin trabarse en ninguna palabra?

—En ninguna.

—Deberías coger el ejemplo de tus hijos y aprender a leer y escribir —intervino Carmen.

Ángel abrió los ojos como platos ante aquel comentario.

—¡A mi edad voy a ir yo a dar clase con los niños! ¡Estaría buena! —se quejó.

—Pues si tanto dices que te gusta lo de trabajar en un vino fino, no te vendría nada mal leer y escribir. Seguro que a don Víctor le agradaba saberlo.

—Yo puedo enseñarle, padre —intervino Carmenchu—. Así podrá usted leer las cartas del tío Marcos.

El hombre se rascó la coronilla, indeciso, y Carmen vio la oportunidad de salirse con la suya.

—¡Ea! Pues está decidido. Desde mañana mismo la niña te dará clases. Avisa a tu hermano y venid a cenar, que se enfría la sopa —sentenció antes de que su marido protestara.

## VI

Una semana después un nervioso pero firme Ángel se presentó en el despacho de Víctor.

—¿Se puede? —dijo desde el umbral.

El patrón se extrañó de aquella visita, sin embargo, le hizo una seña clara para que entrase.

—¿Qué es lo que quieres? Estoy muy ocupado.

Una pila de papeles aguardaba sobre la mesa. El trabajador se sintió intimidado de repente. Era la primera vez desde que entrara a trabajar en la bodega que pisaba aquel despacho. Los ojos de Víctor eran dos interrogantes que lo miraban desafiantes. Ángel se sacudió aquella sensación y se dijo que no tenía nada que perder. Aun así, le costó unos segundos arrancar a hablar.

—Vera usted, don Víctor. Yo quisiera pedirle que volviera a dejarme trabajar en el asunto del vino de Burdeos —dijo por fin.

—Ese tema lo lleva Pierre.

—Lo sé, pero usted fue quien lo echó a andar y, la verdad, me gustaba lo que hacía y creo que era bueno en ello.

—Pierre ha decidido que sea él quien se encargue de todo. ¿Qué es lo que quieres que haga yo? —El patrón empezaba a impacientarse.

—Que le diga que me deje trabajar con él. Usted me conoce; soy un buen trabajador. En todos estos años se lo he demostrado de sobra. Sé de campo y me manejo a la perfección en la bodega. Usted lo sabe. Aprendí deprisa todo lo que me enseñó y encima estoy aprendiendo a leer y escribir...

Víctor cortó la conversación de improviso.

—Te he dicho que ese asunto está en manos de Pierre ahora. Yo no puedo hacer nada. Y ahora sal, que, al contrario que otros, tengo muchas cosas que hacer.

Su dedo señalaba la puerta en un ademán firme. Ángel se encaminó a ella derrotado, pero ya con la mano en el pomo se detuvo.

—Aun a sabiendas de que su padre no estaba al tanto del asunto del vino no dije nada. Debería valorar eso.

Víctor apartó sus ojos de los papeles y le miró irritado.

—¿Me estás amenazando?

Ángel extendió los brazos para mostrar su intención calmada.

—No, don Víctor. Solo le digo que estos años no ha tenido queja de mí. He hecho todo lo que se me ha pedido. Incluso cuando después de un día de trabajo en la bodega requería de mí, cuidaba de esas cubas con vino. Usted sabe que he aprendido lo suficiente para que cada vez estuviera menos pendiente de mí. Soy el que más experiencia tiene en esta bodega en esos asuntos. Además, ¿qué mérito tiene si el vino al estilo francés lo hace un gabacho?

El patrón respiró hondo y meditó el discurso de Ángel. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa, sopesando la respuesta.

—De acuerdo. Trabajarás con Pierre en los ratos que la bodega te deje libre. Hablaré con él en cuanto pueda.

La cara del trabajador se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Gracias, don Víctor! No se arrepentirá usted, se lo garantizo.

Sin cesar en sus agradecimientos, salió del despacho.

Víctor se levantó y, cojeando, se acercó a la cristalera que daba a la bodega. Con una seña, conminó a Manuel a entrar al despacho.

—Usted dirá, don Víctor.

—Asegúrate de que Ángel tiene menos obligaciones en la bodega. Va a trabajar en el asunto del vino refinado y lo quiero centrado en ello. —Manuel asintió, aunque no pudo evitar preguntar las razones. Su patrón respondió—: Porque no es como el resto de vosotros, Manuel. Por eso.

## Capítulo 14

### I

A pesar de haber sido una imposición de Víctor, Pierre tenía que reconocer que Ángel había resultado ser un buen trabajador. Era leal y se esforzaba en todo cuanto hacía. Además, sentía verdadera pasión por su trabajo y ponía los cinco sentidos en aprender.

Para entonces el invierno ya estaba instalado en la Sonsierra riojana y el tiempo se sacaba de donde les era posible, ya que ahora comenzaba el verdadero trabajo en la bodega. Nuevos sarmientos traídos desde Francia se unían a los ya plantados por Víctor. En *lo hondo* se había acondicionado todo para crear un verdadero espacio donde trabajar cuando las nuevas vides diesen sus frutos. Hasta entonces solo podía esforzarse en que la escasa producción llegase a buen puerto. Les serviría de preparación para cuando manejasen mayores cantidades de uva.

Desde la llegada del francés estaba prohibido bajar al último piso de los calados bajo pena de irse a la calle si alguien se saltaba aquella medida. Los trabajadores se preguntaban qué se cocía allí abajo, pero todos respetaban la norma.

Que Miguel no se enterase era fundamental. Por eso, cuando ciertos trabajos requerían de mano de obra extra se contrataba personal fuera del pueblo y se realizaba de noche, lejos de miradas indiscretas. Esa noche tocaba remontar el caldo que maceraba en los enormes depósitos que se ubicaban en *lo hondo*.

Pierre se plantó en mitad de la sala. La luz de varias lámparas iluminaba la escena. Los trabajadores miraban expectantes al francés.

—Lo que vamos a hacer —alzó la voz— es cambiar el vino de este depósito al de al lado.

Los hombres se miraron sin entender nada. ¿Para qué quería hacer aquello?

—¿Qué tiene de malo la cuba en la que está? —preguntó uno de ellos.

El resto asentía entre murmullos.

—Nada. No tiene nada de malo —respondió, paciente, el de Burdeos—. Pero cada cierto tiempo es necesario cambiar el vino de recipiente para limpiarlo de fangos y lías que se depositan en el fondo. Así se separa el líquido de las impurezas que va acumulando. Eso refina el vino. Se llama trasegar.

Los trabajadores seguían sin entender nada. Se miraban entre ellos con desconcierto para luego girar sus cabezas hacia Ángel buscando explicación. Este los miraba, mezclado entre ellos como un jornalero más y atento a las explicaciones de Pierre.

El de Burdeos prosiguió, ignorando los murmullos:

—Para ello inclinaremos la cuba y dejaremos que el líquido caiga por la parte superior. Lo recogeremos en esos cubos y lo verteremos en el depósito de al lado.

Hubo varios encogimientos de hombros, pero qué importaba la labor si al final se les pagaban sus buenos reales. Se procedió tal como Pierre ordenaba. Él sabía que en Burdeos se hacía con una pericia tal que parecía fácil, pero mover el enorme depósito de madera no iba a ser tarea sencilla. A sus indicaciones, cuatro hombres se dispusieron a ambos lados del depósito mientras que el resto de sus compañeros esperaban con cubos el momento de actuar.

A una orden de Pierre comenzaron a inclinar la enorme cuba. Al principio pareció que aquella mole de madera no se movería de su sitio, pero con gran esfuerzo fue ladeándose poco a poco hasta que tuvo el ángulo adecuado. La gravedad hizo su trabajo y el líquido comenzó a verterse por la parte superior. Una buena parte del mosto se derramó por el suelo, pero era mucho menos del esperado. El francés contemplaba la escena con un gesto de concentración máximo y dando explicaciones.

—En cuanto los cubos estén llenos, vaciadlos en la cuba de al lado y volved a llenarlos de nuevo.

Ángel se puso manos a la obra y comenzó a pasar los cubos al encargado de vaciarlos en el siguiente depósito que ya estaba encaramado en lo alto de una escalera.

Los trabajadores estaban cogiendo el tranquilo a la labor y cada vez manejaban la cuba con mayor soltura.

—Venga, que si esos gabachos lo hacen, nosotros no vamos a ser menos —animaba a sus compañeros uno de los que sujetaba la cuba.

Pierre ignoró aquel comentario, como ignoraba otros tantos desde su llegada a España. El dinero que estaba sacando a Víctor de aquello era suficiente para hacer oídos sordos.

Antes de lo esperado, el depósito fue inclinado hasta casi estar en horizontal por completo. En él ya solo quedaban los restos sólidos.

El de Burdeos sonrió complacido.

—Ahora limpiad la porquería que ha quedado en el depósito. Lo que hoy hemos hecho lo repetiremos en unos pocos meses. Ya os buscaremos para ello.

Casi amanecía cuando la cuadrilla de jornaleros salió de la bodega.

## II

El reloj de Santo Tomás había dado las tres de la tarde cuando Carmen salió al patio del palacete a echar de comer al pequeño marrano al que Luisa bautizó con el nombre de Cúchares, en honor de un famoso torero.

—¿Por qué poner nombre a un lechón si ha de ser para sacrificar? —se preguntó la criada al tiempo que le arrojaba al animal las sobras de la comida.

Entró en la cocina con la pregunta todavía dándole vueltas en la cabeza cuando vio al ama de llaves junto a la chimenea. Adelina se había ido hacía tiempo y Luisa andaba de recados con doña

Inés. Ellas eran las dos únicas personas del servicio en la casa, aunque no se esperaba mucho trabajo. Mariola y el pequeño Alejandro hacían la siesta desde hacía un buen rato.

Doña Casilda la miró sin decir nada. Era finales de semana, así que se le acercó y le tendió el dinero que le correspondía de su jornal. La criada lo tomó y de repente le vino a la cabeza algo que llevaba demasiado tiempo guardándose dentro. Decidió que aquel era tan buen momento como cualquier otro para exponer sus quejas.

—Quería hablar con usted —le dijo, plantándose frente a ella.

—Tú dirás —le dio pie el ama de llaves con la misma expresión inmutable que siempre.

Carmen puso los brazos en jarras y empezó a largar.

—Vera, usted. Desde que estoy al servicio de los señores nunca he pedido nada que no fuera justo ni creo que se me podrá afean mi comportamiento en nada. Y desde luego estoy muy agradecida por lo que la señora Mariola ha hecho por mí y por mis hijos, pero los años pasan y nadie dice nada de subir el jornal.

Doña Casilda la seguía mirando con fijeza y su rostro transmitía la misma falta de emociones que de costumbre. Carmen tragó saliva. Con los años había aprendido que debía ser más incisiva si quería sacar algo del ama de llaves. La mujer era como un bloque de granito que necesitaba ser golpeado con fuerza repetidas veces para hacer mella en él.

—Digo yo —prosiguió— que no van a subirnos el sueldo, así como así, pero con esto y con lo que cobra Ángel en la bodega no llega, doña Casilda. Y si no llega habrá que ver que llegue, aquí o en otro sitio. Se lo digo antes de que me vea obligada a irme. Que yo no quiero marcharme de esta casa, pero algo habrá que hacer.

—¿Has acabado? —le preguntó doña Casilda.

Carmen asintió. No tenía muy claro cómo se había tomado aquellas palabras la jefa del servicio, pero ya estaba dicho y de perdidos al río.

El ama de llaves se sentó en una silla de paja que a veces usaba el servicio para ponerse al calor de la lumbre. Le indicó que tomara asiento junto a ella.

—¿Te parecería bien ser mi sustitua? El jornal es mayor, pero no creas que mucho más —le dijo a bocajarro.

La sirvienta no se esperaba aquella pregunta, pero trató de que no se notara.

—Yo no pido mucho, doña Casilda. Con poder dar de comer a mis hijos me basta.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Quieres ser el ama de llaves? Yo me voy de la casa después de Año Nuevo y había pensado en ti para mi puesto.

—¿Cómo que se va usted?

Doña Casilda la tomó de la mano. Aquel era un gesto tan poco habitual en la mujer que Carmen sintió un escalofrío.

—Estoy mayor, Carmen. No voy a pasarme el tiempo que me quede cuidando de los demás. Tengo familia en Bilbao, ¿sabes? Un hijo que anda por los cuarenta y que, como quien dice, crio mi hermana. Deja de mirarme con esa cara de sorpresa. No siempre he sido la sirvienta de doña Inés. Tuve un marido que murió y ahora todo lo que quiero en mis últimos años es ver a mi hijo.

La criada la miraba de hito en hito. Eran diversas las teorías que corrían sobre doña Casilda y su pasado, pero la más popular era que cuando nació estaba ya al servicio de la señora.

Que la hiciera partícipe de su pasado era un detalle que enternecía a Carmen. La criada puso la palma de su mano sobre el dorso de la del ama de llaves.



—Pero usted no puede irse. ¿Qué sería de esta casa si lo hace? —dijo al borde del llanto Carmen.

El ama de llaves le sonrió. Un mar de arrugas inundó su rostro y la criada se dio cuenta de lo anciana que era en realidad. Los años pasaban veloces para todos.

La abrazó con fuerza.

### III

Manuela se aclimató a su nueva vida con rapidez. Lejos sus días de servicio, podía dedicarse a holgazanear como el resto de señoronas de Logroño. Porque allí es donde Víctor la había instalado, dado que su labor en la comisión para el tren de la Diputación lo obligaba a pasar varios días a la semana allí.

Sin embargo, las noches que se veían en el sencillo piso que daba a las traseras de la concatedral no eran una luna de miel y ella solía quejarse amargamente de estar sola.

Estaban tendidos en la cama. Fuera, la calle bullía de actividad debido al cercano mercado. Carretones cargados de diversas viandas desfilaban empujados por mozos sudorosos.

—¿Para qué me has puesto este piso si nunca te veo? —se quejó Manuela con amargura.

Víctor trató de abrazarla, pero la cordobesa se apartó con un ademán rabioso. El carácter fuerte de la mujer salía en ocasiones como aquellas tras haber saciado el apetito de la carne.

—Sabes que ando muy ocupado con el asunto del tren —se defendió Víctor.

—Me río yo del puñetero tren y de tus excusas.

—Las obras avanzan a gran velocidad. En unos meses se inaugurará la línea y tengo que asistir a mil reuniones.

—Entonces llévame a la inauguración en Bilbao. Al fin y al cabo, soy yo la que sufre tu ausencia por ese condenado tren.

—¡Eso es imposible, Manuela!

La mujer masculló una maldición entre dientes. Víctor hizo un nuevo intento de acercarse a ella que se saldó con un giro de Manuela para apartarle el rostro. Se puso en posición fetal de espaldas a él y le habló con verdadero resquemor.

—¿Por qué me trajiste a Logroño y no a Haro donde te hubiese tenido más cerca?

Tan solo llevaba una sencilla combinación que se pegaba a su cuerpo y realizaba la voluptuosidad de sus curvas.

Víctor se le acercó despacio y la abrazó por detrás con cuidado. Esta vez ella se dejó hacer.

—De sobra sabes que eso es imposible. No pueden vernos juntos. Aquí, en Logroño, las posibilidades de pasar desapercibidos son mayores. Pero de haber podido te hubiese llevado no a Haro, sino a mi propia cama en el palacete.

—Embaucador.

—Además, tengo una sorpresa para ti.

Víctor se incorporó en la cama y tomó la chaqueta de su traje que yacía en el suelo como el

resto de sus ropas. Era el paisaje de la batalla carnal que sucedía cada vez que se veían.

Extrajo del bolsillo interior dos pequeños papeles.

Manuela entornó los ojos.

—¿Qué es eso? Ya sabes que no sé leer —dijo crispada.

—Dos entradas para el patio de comedias. Esta noche. —La mujer se giró como activada por un resorte y lo miró expectante. Víctor leyó el texto impreso en las entradas en voz alta—: La compañía de declamación y baile de don José Quer representa *Diego Corrientes. La historia del bandolero generoso*.

La cordobesa le arrancó las entradas de la mano y las arrojó a los pies de la cama sin miramientos. Después se puso a horcajadas sobre él y lo besó con energía. Cabalgó sobre él hasta que sus cuerpos quedaron exangües y saciados. Mientras, los rayos de sol que se filtraban a través de los postigos trazaban un camino en el suelo camino del ocaso.

Al caer la noche se encaminaron al patio de comedias. Este se ubicaba en el recinto del hospital de la Misericordia y databa de varios siglos atrás. Era evidente que, a pesar de las reformas que había sufrido, estas eran pocas y necesitaba una rehabilitación a fondo, ya que presentaba un aspecto decadente e incluso ruinoso.

A los palcos superiores se accedía a través de una angosta escalera, la misma por la que se bajaban los pacientes que habían fallecido en sus salas. Se hallaban a los pies de esta cuando una voz llamó a Víctor por su nombre. Este se dio la vuelta, confuso, y vio que en su misma dirección caminaban Pierre y una mujer que no conocía. Mientras aguardaba a que la pareja llegara a su altura, Víctor maldijo su suerte.

—¿Qué sorpresa verte aquí! —dijo el francés, estrechándole la mano con expresión de asombro.

—Lo sorprendente es verte a ti en Logroño. Te hacía en Haro.

—Magdalena —dijo, presentando a su acompañante— ha insistido en que saliéramos esta noche. Ya sabes cómo pueden ser de persuasivas las mujeres.

Se veía a la legua que la mujer se dedicaba al oficio más antiguo del mundo, pero se esforzó en saludar a los presentes de modo educado.

Víctor se mostraba visiblemente incómodo con la situación. Sacudía nervioso el sombrero contra su pierna protésica. Podía contar con la discreción de su empleado, pero hubiese preferido no tropezárselo esa noche. No quería dar explicaciones a nadie.

—¿Y quién es tu acompañante? —Se adelantó el de Burdeos.

—Es una buena amiga.

—Una amiga muy bella y joven, por lo que veo —dijo Pierre mientras besaba la mano de Manuela—. ¿Dónde la ha tenido Víctor encerrada todo este tiempo?

La cordobesa sonrió complacida con la muestra de cortesía del francés. Víctor asió a su acompañante del brazo y tiró de ella hacia sí.

—Espero que disfrutéis de la obra —dijo e inició el ascenso de la escalera.

—Vosotros también —se despidió el francés con una leve reverencia.

A medida que subían los empinados escalones, Manuela volvió la cabeza lo justo para ver que los ojos del francés seguían fijos en ella. Sonrió con malicia.

## IV

Poco antes de la una, un poco más tarde de lo acostumbrado en España, la plantación detenía su actividad para comer. Los esclavos comían en el lugar que más a mano les pillara en su puesto de trabajo, y dada la gran cantidad de ellos comían por turnos. Por su parte, los trabajadores gozaban de cierta libertad para cesar sus labores y llenar la tripa, y el rancho les era dado en unos improvisados barracones. Estos eran poco más que cuatro columnas con una lona para protegerlos del asfixiante calor.

En ordenadas filas y sentados en la tierra misma, los esclavos aguardaban con estoicidad bajo el cruel sol que les tocara la pitanza. Esta solía consistir en un tasajo de carne, algo de arroz si había suerte y un cazo de agua no necesariamente limpia ni fresca. Mientras era servida bajo la supervisión de los trabajadores españoles, los esclavos trataban de buscar la sombra que alguna planta proporcionaba como buenamente podían.

La primera vez que Marcos vio a aquella masa humana hacinada sintió una punzada de dolor por el destino de esos pobres desventurados. Los cuerpos sucios, delgados, la expresión de derrota en los ojos de aquellos seres humanos, todo ello le descorazonaba. Pero lo peor llegaba cuando comprobaba que a medida que pasaba el tiempo uno se acostumbraba a verlos en aquellas terribles condiciones. Una y mil veces se obligaba a recordar aquella primera impresión, no quería ser como el resto de los trabajadores que olvidaban pronto sus reparos ante semejante crueldad.

El único pecado de aquellas personas era el color de su piel. Él no sabía una sola palabra de política, pero eso no le parecía cristiano. Le habían llegado noticias de que en las Cortes de Madrid se comenzaban a alzar voces que pedían la abolición de la esclavitud. Marcos no podía estar más de acuerdo con aquello, le parecía de justicia. En la medida de lo posible, y a pesar de que a excepción de Evaristo apenas si trataba con los esclavos, intentaba ser respetuoso con ellos.

En general, los trabajadores desarrollaban sus labores sin prestar atención a los esclavos, aunque siempre había quien se ensañaba con alguno de ellos. Pero no era lo habitual. A excepción de don Ernesto y sus ayudantes, nadie estaba autorizado a ponerles la mano encima; al fin y al cabo, eran propiedad de don Matías.

Según le habían contado, en otros ingenios a los negros se los trataba como poco más que a animales, al menos en La Leal podían ser libres si transcurrido un tiempo pagaban una cantidad estipulada por su dueño. Incluso algunos lograban la libertad al llegar a la vejez.

Claro que aquellas condiciones ligeramente mejores que la media no respondían a la buena voluntad de don Matías, sino a que consideraba a sus esclavos parte de sus posesiones y sabía que cuidar de sus bienes era una regla de oro para prosperar. Un negro sin magulladuras era un negro productivo, le habían escuchado decir en más de una ocasión.

Estos libertos solían mudarse a las ciudades donde se hacían, en muchas ocasiones, tratantes de esclavos o artesanos y, con el tiempo, se estaban convirtiendo en una fuerza pujante en la isla. Esta clase social nueva no era bien vista por los españoles que, al igual que a los criollos, los tomaban por una casta inferior que pretendía medrar a costa de reclamar privilegios que no eran suyos.

Pero bastaba con hacer números, la mitad de la población de la isla eran esclavos y buena

parte del resto eran criollos o negros libres.

Los españoles estaban en franca inferioridad y una minoría no podía gobernar a la mayoría por siempre. Si algo sabía Marcos, era que, si algún día Cuba tenía el apoyo de los esclavos y estos se alzaban contra la presencia española, serían imparables.

Después de comer había un par de horas para que los esclavos y los trabajadores descansaran un poco cuando más calentaba el sol. Aquel era un momento que Marcos aprovechaba para haraganear en las cuadras.

Estas tenían un cobertizo sostenido sobre columnas que se utilizaba para guardar paja y algún apero de poco uso. A aquellas horas el joven lo utilizaba para buscar el frescor de la sombra, ya que al estar abierto y en altura corría en él una ligera brisa. Se encontraba tendido sobre un montón de hierba cuando la escalera por la que se accedía vibró.

La cabeza de Evaristo asomó por encima de la madera del techado.

—He visto que estaba usted por aquí, patrón, y he pensado que a lo mejor necesitaba ayuda — se justificó el chico.

En realidad, no había gran cosa que hacer en las cuadras a aquellas horas y el muchacho lo sabía a buen seguro. El sol calentaba de justicia y Marcos pensó que mantener al muchacho a la fresca no hacía ningún mal a nadie.

Le ordenó unos encargos sin importancia que el muchacho se afanó en cumplir y regresó a su cómoda postura sobre el fardo de paja.

No había pasado ni media hora cuando la presencia del propio don Ernesto lo sobresaltó. No era habitual ver al mayoral a aquella hora por los establos. Desde su posición podía verlo sin ser visto. Al fondo del cobertizo, Evaristo trajinaba con un montón de paja. Le hizo una seña para que se ocultara y él mismo decidió colocarse tras un fardo y observar qué sucedía. Don Ernesto parecía nervioso y se paseaba por el pasillo central del establo con las manos a la espalda. Sus ojos recorrían atribulados todo el edificio, tanto que, por un segundo, Marcos creyó que iba a ser visto.

Al poco, doña Úrsula entró en el establo montando a Marqués. El pelo negro del caballo brillaba perlado de sudor. Don Ernesto se apresuró a ayudarla a desmontar y tras amarrar la montura se dirigieron hacia la enorme puerta entonces abierta de par en par.

Marcos no podía oír lo que decían, pero por lo que podía entrever supuso que estaban teniendo algún tipo de discusión. Con grandes aspavientos el capataz parecía recriminar algo a la mujer sin que esta pareciese tener gran interés en la conversación.

Transcurrido un rato y cuando doña Úrsula estaba a punto de salir al exterior dejando con la palabra en la boca a don Ernesto, este se echó de improviso sobre ella, la arrojó con fuerza contra el vano de la puerta y la besó.

Por instinto dio un respingo en su escondite. Esperaba una respuesta de ella, un bofetón o cualquier otro gesto que indicara que el capataz se había sobrepasado, pero por el contrario las manos de la mujer se aferraron a los hombros del mayoral.

Salieron al rato.

Marcos maldijo su suerte. Nada bueno iba a sacar de ser testigo de aquello. No podía contárselo a nadie.

La voz de Evaristo a su espalda lo sobresaltó, se había olvidado de la presencia del muchacho.

—¿Ese era don Ernesto?

Se notaba el miedo en los ojos del mulecón. Lo asió de los hombros y le miró con fijeza.

—Escúchame bien. Tú no has visto nada. ¿Entendido? Si te preguntan, don Ernesto no ha estado aquí esta tarde. Ni tampoco doña Úrsula.

El chico asintió tembloroso.

## V

A Carmen le vinieron a dar la noticia poco antes de la hora de la cena. Al salir de casa aquella mañana su hijo Francisco seguía con fiebre, pero esperaba que su estado fuera a mejor a lo largo del día.

—Francisco está peor, date prisa —le dijo la vecina que la vino a buscar al palacete.

Llovía con fuerza cuando la criada salió a toda velocidad y cruzó las calles. Arrebujada en la capa caminaba con la cabeza sumida en sus pensamientos. Llegó frente a la casa, entró en el portal y subió las escaleras tan deprisa que casi parecía que volara sobre los escalones. En el piso reinaba un silencio denso. Hilaria, la hija de una vecina, se le abrazó con fuerza nada más traspasar el umbral.

—Está peor —dijo sollozando.

—¿Has avisado al médico?

—Hace nada que ha ido mi madre a buscarlo a su casa. No tardará.

Hilaria era poco más que una niña, temblaba de pies a cabeza, incapaz de saber qué hacer.

—¿Dónde está Ángel? —le preguntó Carmen, quitándose la capa de cualquier modo.

La niña se encogió de hombros.

—Todavía no ha venido.

—Acércate a la bodega y dile que venga. ¡Date prisa!

Hilaria salió disparada a cumplir el encargo.

Carmen entró en la cocina y encontró a Carmenchu acurrucada junto a la chimenea.

—Quédate aquí. Yo voy a ver a tu hermano —le dijo con seriedad. La niña asintió en silencio.

Salió al pasillo y entró en la habitación de los niños. En la completa oscuridad se sentía el olor acre de la enfermedad. La mujer sintió un escalofrío. Se apresuró a encender una lámpara. Francisco había perdido mucho peso ese invierno, bajo las sábanas era tan poca cosa que apenas ocupaba espacio sobre el colchón.

Carmen se inclinó sobre él y le puso la mano en la frente. El niño estaba ardiendo, se podía notar antes de tocar su piel. Un sonido bronco salía de su pecho, su respiración era inconstante y parecía estar sumido en un sueño profundo. Aquello no presagiaba nada bueno.

—Todo saldrá bien, hijo mío —le dijo acariciándole el pelo. Se quedó unos instantes con la mano sobre la cabeza del niño.

El sonido de la puerta de la calle abriéndose la sobresaltó. Salió al pasillo. Casi se tropieza con el doctor que entraba a toda prisa maletín en mano.

—¿Dónde está? —preguntó el galeno, dándole los guantes y el bastón.

Carmen señaló en dirección a la habitación. El médico le indicó que le acompañara.

Don Antonio pasaba ya los sesenta de modo holgado, y, aunque otro médico más joven había abierto consulta, seguía siendo el médico de referencia en el pueblo. Se remangó y se acercó al niño.

El galeno lo auscultó con semblante serio. Le abrió la boca y miró en su interior.

—¿Cuántos días lleva así? —preguntó.

—Cinco.

El médico descubrió al pequeño y le palpó la garganta. Francisco emitió un débil quejido.

—¿Secreciones con sangre? ¿Ronquera y escalofríos? ¿Fiebre tan alta como ahora?

Carmen iba respondiendo a sus preguntas de modo afirmativo. El médico torció el gesto y se quedó mirando a Francisco con semblante severo. Después le indicó que saliera de la habitación.

En el interior de la cocina la luz de la chimenea iluminaba el rostro de Carmenchu. La niña estaba con los ojos abiertos perdidos en la pared de enfrente y en completo silencio, como si su quietud pudiera ayudar en algo. Su madre se sentó junto a ella y la abrazó. La luz de la lumbre atenuaba sus rasgos y le daba un aire delicado.

—¿Se va a morir? —preguntó la niña a bocajarro y mirándola con fijeza a los ojos.

Carmen decidió que a pesar de su corta edad no se merecía una mentira.

—No lo sé —le dijo.

Mientras las palabras salían de su boca las lágrimas asaltaron sus ojos. Carmenchu se le abrazó con fuerza.

—Puedes decirle que si se pone bueno le dejaré que tire mis juguetes al suelo o que repasaré con él sus lecciones sin quejarme, aunque sea un poco zoquete.

Carmen asintió. Las lágrimas se deslizaban por su rostro. Madre e hija permanecieron unidas en aquel abrazo mientras la leña crepitaba a sus espaldas.

Así las descubrió Ángel. El hombre, al ver aquella estampa, se temió lo peor. Interrogó con la mirada a su mujer, que asintió. Por no llorar se lavó la cara en la jofaina y en silencio se sentó a la mesa.

Los minutos pasaban lentos, al fin don Antonio salió de la habitación y les hizo una señal para que se acercaran a él. Carmenchu se había quedado dormida en sus brazos y Carmen se incorporó con cuidado de no despertarla.

Carmen y su marido salieron al pasillo. Allí el galeno se estaba poniendo el abrigo.

—Me temo que el niño tiene el garrotillo. Es un espesamiento de los humores debido al frío que hace que las venas del cuello se obstruyan —les dijo en tono serio—. Es un mal asunto, deben prepararse para lo peor.

—¿Hay posibilidad de que mejore? —preguntó Ángel.

El galeno sacudió la cabeza, indeciso, era una mueca difícil de interpretar.

—Le he practicado una pequeña sangría para aliviar su garganta y les recetaré un emplasto caliente para que expulse la ulceración de la garganta, pero si la inflamación baja a los pulmones morirá. Siento daros tan malas noticias. Sobre todo, sabiendo que tras el parto complicado de los gemelos no podéis tener más hijos.

Carmen asintió en silencio mientras se secaba una lágrima que asomaba a sus ojos. A su lado, Ángel no decía nada y acabó por regresar a la cocina. La mujer acompañó al médico a la puerta.

—Manténgalo vigilado y avísame si su estado empeora.

—Gracias, don Antonio.

El médico rehusó coger las monedas que le daba. Carmen cerró la puerta y entró en la cocina.

—Llevaré a Carmenchu a la cama —anunció su marido. Tenía una palmatoria en la mano que iluminaba a duras penas el pasillo.

Su esposa asintió de modo distraído mientras seguía apoyada en el umbral de la habitación. La respiración débil de Francisco era todo lo que se escuchaba en el interior de la alcoba. Un poco después el hombre la abrazó por detrás.

—Ve a dormir. Yo me quedo con él —le dijo con cariño.

Carmen se negó en rotundo y su marido acabó por desistir. No podía separarse a una madre de su hijo en unos momentos así. La besó con fuerza y regresó a la cocina.

La mujer se pasó la noche entera junto a la cama de Francisco. El remedio practicado por el galeno no parecía haberle aliviado en nada y su respiración era cada vez más lejana y débil. Poco antes del alba, el niño abrió los ojos, y se la quedó mirando un instante. Su madre le tomó la mano con ternura.

—Tengo frío —se quejó, con la voz tan enronquecida que costaba entenderlo.

Se notaba que aquel hecho tan simple requería un gran esfuerzo para el pequeño. Carmen contuvo las ganas de llorar y le acarició el cabello. El niño se palpó las vendas del cuello con que don Antonio había tapado la herida que le produjera para hacerla sangrar.

—No te lo toques, amor —le dijo su madre, apartándole las manos.

Francisco asintió. Después volvió a dormirse de nuevo y ya no abrió los ojos más.

Dos días enteros pasó Carmen junto a su hijo, colocándole con cuidado los emplastos calientes que el médico le recomendará. Pero el estado del pequeño no mejoró.

Francisco Zaldierna murió tres días después.

## Capítulo 15

### I

Al atardecer se citó a los empleados en la gran explanada junto al ingenio. Las labores en la plantación habían acabado ese día antes, un hecho insólito, y la gente se preguntaba qué sucedía. Tanto esclavos como trabajadores aguardaban pacientes formando un ordenado círculo.

El sol se empezaba a ocultar y una ligera fresca que se agradecía soplaba a rachas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó más para sí mismo Darío.

Marcos no respondió a la pregunta. También él sentía curiosidad por saber qué sucedía. A su derecha, Alonso sonrió levemente.

—Ahora mismo lo vamos a saber —dijo, apuntando con la barbilla a un punto en concreto.

Por allí llegaba don Ernesto acompañado por dos contramayorales: dos esclavos que le servían a cambio de privilegios y que ahora ayudaban a dos negros que apenas si se tenían en pie. Junto a él caminaba con aire orgulloso un hombre alto que Marcos identificó al momento como José Rubial, un famoso rancheador que llevaba a sus espaldas casi cien capturas de cimarrones. Los rancheadores eran mercenarios que los dueños de ingenios y esclavistas contrataban para que localizase y trajese de vuelta a los esclavos fugados; vivos o muertos. Aquel era el más famoso de Cuba, sin duda don Matías tenía mucho interés en atrapar a aquellos dos infelices.

El aspecto de los dos cimarrones era realmente lamentable. Tenían heridas por toda la cara y numerosas manchas de sangre poblaban los harapos que llevaban. Uno de ellos aún llevaba un sombrero de paja que resultaba cómico dado su estado. Su ojo derecho era poco más que una ranura hinchada y sanguinolenta. Ambos estaban tan malheridos que de no ser por el hombro de los dos trabajadores no podrían dar ni un paso. Al menos, pensó Marcos, su sufrimiento estaba a punto de concluir. Desde que él estaba en La Leal aquella era la primera vez que un cimarrón era apresado y traído hasta la plantación para ser castigado en público. Tan solo esperaba que fuese rápido.

El grupo se abrió camino entre la muchedumbre y llegado al centro del gentío don Ernesto ordenó con un ademán que se detuvieran. Los dos cimarrones cayeron al suelo levantando una nube de polvo. Uno casi no se movió de esa postura y quedó como un muñeco tendido sobre la tierra. Por el contrario, el que llevaba el sombrero de paja, logró ponerse de rodillas de algún modo y se quedó así, con la cabeza erguida y mirando el cielo con su único ojo abierto. Había algo de desafiante en aquel gesto que no perdió ni un ápice de intensidad cuando el rancheador le quitó el sombrero de un manotazo.



Se hizo el silencio que solo rompía algún sollozo; era de esperar que los cimarrones tuvieran amigos, conocidos o incluso familia entre el resto de los esclavos.

Marcos miró de reojo a don Ernesto, el portugués parecía tan templado y frío como de costumbre, pero sus ojos no se apartaban del esclavo de rodillas. En ellos ardía un pozo de odio y rabia apenas contenido.

Llegaron entonces don Matías y doña Úrsula, acompañados de algunos esclavos domésticos. Los que aún llevaban sombrero se lo quitaron por respeto, incluso el capataz hizo otro tanto. Se abrieron camino entre la multitud y se colocaron en primera línea. Con un leve gesto, el amo dio orden a don Ernesto y este se dirigió a los fugados. Los señaló con un dedo acusador que era un sarmiento huesudo y cruel.

—Todos conocéis a estos dos renegados. Sus nombres son Vicente y Rufo. —Señaló alterativamente al esclavo del suelo y al que se mantenía de rodillas—. Son propiedad del amo. El amo los alimentaba y los cuidaba. Les daba un trabajo y un techo, pero ellos decidieron escapar. Seguro que muchos de vosotros creísteis que lo habían logrado. Que vivían en el bosque o habían huido a uno de esos palenques donde negros como vosotros os creéis libres. Como si fuerais algo más que unos sucios animales. ¿Eso creíais? —Su mirada se paseó por los ojos de los esclavos que estaban en primera línea. Estos agachaban la cabeza y miraban mansos el suelo. Complacido por el efecto que ejercía sobre ellos, prosiguió—: Incluso alguno de vosotros habrá pensado que podía hacer lo mismo. ¿Por qué no escapar si estos dos ya lo habían logrado? Sí, seguro que alguno de vosotros, sucios negros desagradecidos, lo habéis pensado. Pues yo os digo que ya veis en qué queda su intento. Ya veis cómo antes o después todos sois capturados y tenéis el castigo que se merece vuestra ingratitud.

A una señal los dos contramayorales asieron al cimarrón tendido en el suelo y lo colocaron de pie. De malos modos lo llevaron hasta el cepo que estaba puesto a propósito para que los esclavos pudieran verlo desde sus barracones y lo colocaron en él. Un murmullo de aprensión surgió de la muchedumbre.

Con expresión estudiada, el capataz sacó el látigo que llevaba al cinturón y comenzó a dar vueltas en torno al reo.

—Vosotros creéis que don Matías o yo mismo disfrutamos con esto, pero no. Nos duele en el alma tener que castigaros. Nos duele más que a vosotros. Pero este es el justo pago a vuestro desprecio, a vuestra ingratitud. ¡Vosotros no sois personas! ¡Sois cosas y como tales tenéis un dueño! ¡Recordadlo siempre!

De improviso, descargó un furioso latigazo sobre la espalda del esclavo. Este se agitó al recibir el golpe y emitió un quejido que no fue más que un murmullo, no tenía fuerzas para nada más. No por esperado, el golpe fue menos impactante; un gemido de dolor surgió de las gargantas de los esclavos que miraban con pavor la escena. Y más de un trabajador español también se revolvió inquieto.

—¡Recordad a quién pertenecéis el resto de vuestras insignificantes vidas o esto es lo que obtendréis! ¡Esto y solo esto!

Volvió a golpear con saña la espalda de aquel pobre desgraciado. El sonido silbante del cuero hendía el silencio que se alzaba en la explanada. Los golpes iban sucediéndose con estudiada parsimonia. Algunos españoles presentes no pudieron más y apartaron la mirada del espectáculo. Don Ernesto detuvo su cruel labor, dio dos pasos furiosos hacia ellos y se les encaró:

—Si alguno de vosotros mira hacia otro lado sustituirá a este desgraciado. ¿Está claro?  
Sus ojos eran una tea ardiente de furia y odio.

Volvió al centro y siguió golpeando al esclavo, que ya a duras penas daba muestras de seguir con vida. La punta trenzada del látigo cumplía su cruel labor con efectividad abriendo la carne. De su espalda saltaban cuajarones de sangre y restos de piel que manchaban la camisa del mayoral, que continuaba golpeando de modo inclemente. El cuerpo del cimarrón se agitaba a cada latigazo por puro instinto. Cuando iba por el latigazo número cincuenta el esclavo expiró, su cuerpo inerte no cayó al suelo por la acción del cepo, pero era un simple trozo de carne sangrante. Aun así, don Ernesto se permitió golpearlo una media docena de veces más. Finalmente cesó y se lo quedó mirando sudoroso.

Se dio la vuelta y observó a la multitud. Cualquiera podía pensar que su ansia de sangre estaba satisfecha, pero nada más lejos de la realidad. Su rostro era el de un animal aún hambriento. Liberó al esclavo de su tortura y el cuerpo de este cayó desmadrado al suelo. Se encaminó al segundo cimarrón que aún permanecía de rodillas con expresión desafiante. El mayoral lo señaló con el dedo.

—Coged a Rufo y colocadlo en el cepo —dijo a los contramayorales.

Mientras era izado la voz del esclavo se escuchó con claridad.

—Yo no me llamó Rufo —dijo.

Era apenas un murmullo, un débil hilo de voz, pero sonaba desafiante y altivo.

—¿Qué has dicho, negro? —Don Ernesto se le acercó y se colocó frente a él.

El cimarrón alzó sus ojos y le miró con fijeza.

—Ese no es mi nombre.

Todo el mundo en la plantación sabía que el verdadero nombre de un esclavo, aquel que le había sido dado al nacer, estaba prohibido. Al ser capturados y llevados a la isla se les otorgaba otro católico que era ante el que respondían. Renegar de ese nombre era lo mismo que renegar de ser posesión de su amo. La arrogancia de aquel esclavo era algo inaudito.

Como respuesta a aquella afrenta don Ernesto descargó con rabia el látigo sobre la espalda del cimarrón. Ni siquiera esperó a que lo colocaran en el cepo.

El sonido que dejó en el aire el látigo permanecía aún, cuando la voz del cimarrón se escuchó alta y clara.

—Ese no es mi nombre.

Dos nuevos latigazos resonaron con fuerza. El esclavo se revolvió como pudo, pero recuperó la dignidad al instante.

—Ese no es mi nombre.

Los golpes se fueron sucediendo con inusitada rabia y a cada uno de ellos la voz del esclavo sonaba más desafiante. Don Ernesto sudaba copiosamente debido al esfuerzo.

El cimarrón fue arrojado al suelo donde los latigazos le siguieron cayendo sin piedad. Pero, a cada uno de ellos, lograba alzarse cómo podía para repetir lo mismo una y otra vez.

—Ese no es mi nombre.

Una ola de murmullos comenzó a alzarse de entre el gentío. Alguien estaba desafiando la autoridad del temible mayoral, aquello era algo que nunca antes se había visto.

Durante un segundo la mirada de don Ernesto pareció perder el brillo terrible que solía tener. Sus ojos fueron hacia don Matías. El amo le miraba con rostro impenetrable. Sus hombres lo

contemplaban por primera vez como alguien que veía su poder desafiado. Pero si algo le dolió fue la mirada casi burlona que le dedicaba doña Úrsula. Aquello fue demasiado.

Sin previo aviso desenfundó su revólver y colocó el cañón en la nuca del esclavo. Este, por pura voluntad, había conseguido alzarse de nuevo y miraba el cielo desafiante. La detonación sonó como un cañón.

El cimarrón cayó al suelo como un fardo. Un charco de sangre se formó a su alrededor, tan roja como la de cualquiera de los presentes, fuesen esclavos o amos.

La muchedumbre se fue despejando mientras que el atardecer comenzaba a caer sobre la isla.

## II

Las noticias de cómo su hijo medraba en política no sorprendieron a Miguel. Siempre había sabido que el chico no estaba hecho para otra vida que no se basase en la palabrería. No obstante, debía reconocer que era una buena jugada dado el estado de Víctor.

Por eso, leer su nombre en el diario como uno de los asistentes a la cercana inauguración de la línea Bilbao-Tudela no le causó asombro alguno. Aunque aquello le hizo preguntarse de dónde sacaba su hijo el tiempo para dedicarse a la política y llevar a la vez la bodega. Algo le olía extraño en todo aquello. Hacía meses que no visitaba el negocio y maldecía el momento en que se había desentendido de él, no porque confiara en Víctor, sino porque otros asuntos lo mantenían ocupado. Mientras la bodega no le diese dolores de cabeza estaba dispuesto a dejar que su hijo llevase las cuentas. Ahora empezaba a creer que quizá aquello había sido un error. Un error que iba a resolver.

El carruaje se detuvo frente al palacete y descendió con paso seguro. Miguel Arriola ordenó que subieran su escaso equipaje y se encaminó a la que era su casa.

Una sorprendida Inés hubo de disimular un mohín de fastidio cuando se topó con su marido en el salón.

—¿Es que no me vas a decir que te alegras de verme, querida? —dijo, y se echó a reír de su propia broma.

Inés de Muruaga no tenía tan buen humor como él.

—¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa. ¿Necesito dar explicaciones de por qué estoy en ella?

Esta vez la mujer sí se permitió una pequeña sonrisa sarcástica.

—Por supuesto, pero hace tanto tiempo que no pisas el palacete que me sorprende verte. ¿Todo bien por Vitoria?

—Todo bien, gracias.

—¿Y tu mantenida también bien?

Miguel no quiso entrar al trapo, pese a que discutir con su mujer era algo que siempre resultaba alentador.

—Me instalaré en la habitación de invitados. Y no te preocupes, no pienso estar aquí mucho

tiempo —dijo, sin poder disimular cierto desdén.

El hombre giró sobre sus talones y se dirigió a la habitación de invitados.

—¿A qué has venido? —interrogó Inés.

Miguel se detuvo cuando su mano ya sujetaba el pomo.

—No es que sea de tu incumbencia, pero tengo intención de auditar mi bodega. Esa que nuestro hijo maneja a su antojo desde hace demasiado tiempo.

La mujer se puso en guardia ante aquellas palabras.

—Víctor está en Bilbao. Es miembro de la comisión por el tren y está invitado al viaje inaugural. Deberías esperar a que regrese.

—No te preocupes. He pensado que con tanto trabajo no estaría bien molestar a nuestro hijo con mi aburrida visita. Mejor reviso la bodega solo y por mi cuenta.

—Puedo acompañarte si quieres.

—No es necesario. Sigamos actuando como si no estuviésemos bajo el mismo techo.

Miguel salió de la estancia con expresión pétrea. Si antes sospechaba que Víctor actuaba en su contra, el interés de Inés por acompañarlo lo dejaba claro. Algo sucedía a sus espaldas y su mujer participaba de ello.

Maldijo el momento en que dejó que Elisenda lo convenciera para vivir en Vitoria.

En el salón, Inés masculló una maldición. Tenía que avisar al encargado de la visita de su esposo. El comerciante no podía enterarse de lo que se cocía en *lo hondo* de la bodega.

### III

El 1 de marzo amaneció despejado y un viento cálido ascendía desde la ría. Esa mañana, toda la ciudad de Bilbao contenía la respiración y aguardaba expectante la salida del primer tren con destino a Orduña. Tras cinco años de duros trabajos, el ferrocarril por fin llegaba a la capital vizcaína; la línea Bilbao-Castejón era una realidad y en las inmediaciones de la nueva estación de Abando nadie quería perderse el gran acontecimiento.

Tampoco Carmen y doña Casilda, quien, a pesar de las advertencias del médico, no quería dejar pasar la oportunidad de ver aquel espectáculo.

—Vamos, que nos perderemos la ceremonia —increpó la anciana volviendo la cabeza.

—No es conveniente que esté entre este gentío —advertía a oídos sordos Carmen.

Sentía un enorme cariño por la mujer. Desde que anunciara que dejaba el palacete de los Arriola y se trasladara a Bilbao, la salud de la antigua gobernanta había empeorado. Su estado había decaído a ojos vista. Eso había motivado que Carmen pidiera unos días para cuidarla. En cuanto Inés supo el motivo, no solo no se opuso, sino que la envió un par de meses. La vieja sirvienta era la única persona por la que la señora de la casa mostraba afecto. A Carmen tampoco le venía mal cambiar unos días de aires. Tras la muerte de Francisco la ahora ama de llaves no tenía ánimo para nada.

Pese a llevar poco tiempo, a Carmen le gustaba Bilbao. Le encantaba el bullicio de la ciudad,

tan alejado de la calma de Haro. Le gustaban sus calles anchas y pavimentadas, y sentía una punzada de orgullo cada vez que recordaba que un paisano, don Diego López de Haro, había fundado aquella ciudad. Pero lo que más le gustaba de Bilbao era la cercanía del mar. Desde el ventanal del caserón de Deusto de doña Casilda se veía parte de la ría y se pasaba horas enteras mirándola embobada. A través de la cristalera pudo ver los navíos de vela que hasta entonces solo conocía por las ilustraciones y alguno de los nuevos e impresionantes vapores de metal de los que todo el mundo hablaba.

Ahora caminaban cogidas del brazo, aún a cierta distancia de la inconclusa estación. Pero incluso allí ya había gente que se apiñaba tratando de acceder al edificio. Carmen a duras penas podía abrirse camino entre el gentío. La avanzada edad de doña Casilda les servía para adentrarse entre la masa de gente de modo lento pero constante. Ya que, al verla, la mayoría de las personas le franqueaba el camino.

La inmensa estación de Abando, aún sin concluir, era un alarde de ingeniería. Con su marquesina de más de ciento cuarenta pies de largo y no menos de cien de anchura, estaba construida con metal y era un edificio al gusto de los que se podían ver en el resto de Europa.

—Mira, Carmen —dijo doña Casilda, señalándola—. ¿Habías visto alguna vez un edificio tan moderno como este?

La de Haro se quedó con la boca abierta contemplando la inmensa estructura. Calculó que ningún ebanista o carpintero lograría nunca un prodigio similar. El orgullo con que hablaba la anciana parecía contagiado del aura de triunfalismo que sobrevolaba todo Bilbao.

Y es que el tren y el progreso que representaba estuvieron a punto de no llegar. Las capitales cercanas como San Sebastián o Vitoria lograron hacerse con la línea que las conectaba con Madrid y que dejaba de lado la capital vizcaína en dirección a Francia. Aquello había hecho que los industriales bilbaínos no tuvieran otro remedio que buscar en el este su conexión con el resto de la península. Su unión junto a las diputaciones de La Rioja, Burgos y Navarra hizo posible que la línea ferroviaria fuese ahora una realidad.

Por el camino quedaban miles de quintales de tierra movida de sitio, leguas y leguas de hierro con que construir las vías y un buen número de vidas de trabajadores perdidas.

Pero aquel no era el momento de pensar en aquellos pobres desventurados y sí de henchir el pecho con orgullo y disfrutar del momento. Porque el ferrocarril era un logro de todos. Como muestra, ahí estaba la ingente cantidad de dinero recaudado; buena parte de él por medio de suscripción pública de acciones, que junto a las partidas de las diversas diputaciones, había financiado la inmensa obra.

Avanzando entre el gentío, ambas mujeres lograron acceder a la estación.

—Vamos a ver si podemos acercarnos más —pidió la anciana. Un fuerte ataque de tos la hizo doblarse en dos. Cuando acabó, Carmen la cogió con cariño por la cintura.

—Sería mejor que regresáramos —dijo.

Doña Casilda se negó en redondo. Por un instante, el rictus firme e inquebrantable del ama de llaves regresó a su rostro.

Carmen hubo de resignarse y seguirla entre el gentío. Desde hacía unas semanas la mujer tenía un estado de salud mucho más delicado, pero desde que anunciara que quería ser testigo de la salida del primer tren había mejorado y parecía ser presa de una vitalidad sorprendente.

Sin embargo, en cierto punto resultaba imposible seguir avanzando en la estación. Algunos de

los presentes llevaban desde el alba aguardando para entrar y no estaban dispuestos a ceder su sitio, por muy anciana que fuese quien pedía paso. Doña Casilda hubo de resignarse con el lugar donde se hallaban. Bien mirando estaban muy cerca de las vías del tren.

Perfectamente alineadas y engalanadas con banderas para la ocasión, las ocho locomotoras permanecían a la espera del pitido de salida. Habían sido bautizadas con los nombres de ciudades y otros sitios de la línea que se iba a inaugurar: Logroño, Bilbao, Vizcaya. Las placas con sus nombres remachadas en el lateral emitían reflejos acerados a la luz de la mañana.

—Pero ¿cómo van a moverse esos mamotretos? —exclamó sorprendida Carmen—. Si deben de pesar como una montaña.

Doña Casilda soltó una risita y se dispuso a rectificarla soltando la información que leyera la víspera en la prensa local:

—¡Pues claro que se moverán! ¡Menuda ocurrencia! Están construidas en Escocia e Inglaterra. Las mejores y más nuevas máquinas.

Un nuevo ataque de tos, aunque menos fuerte que el anterior, sobrevino a doña Casilda.

Poco a poco, las autoridades fueron haciendo acto de presencia junto a las locomotoras; la ceremonia de bendición de estas estaba a punto de comenzar. Junto al alcalde de la villa, Luis Violete, estaban diversos miembros del concejo, así como otros próceres de Bilbao.

—¿Ves? —señaló doña Casilda—. Esos señores que están junto al alcalde son los ingenieros del proyecto. El señor Vignoles y Cipriano Segundo.

La mujer repetía casi de memoria lo que decían los periódicos locales que, como no podía ser de otro modo, esos días solo hablaban de la llegada de tren. De entre las autoridades presentes adivinó la figura de Víctor Arriola.

—Mira, ahí está don Víctor —dijo emocionada la anciana.

Carmen asintió. El señor era comisionado por la Diputación, era lógica su presencia aquella mañana. Lo miró sin molestarse en disimular su interés. Se fijó en las caras ropas que llevaba y en que se desenvolvía entre aquel grupo de petimetres como pez en el agua. Lejos de Haro, el aire pomposo y circunspecto de Víctor salía a relucir en toda su esencia.

Junto a él estaba su hijo. Alejandro seguía siendo un niño tímido y retraído a quien todo aquel jaleo lo incomodaba. Nervioso, apoyaba el peso alternativamente en ambas piernas mientras sus ojos no se apartaban del suelo. Quien no estaba presente era doña Mariola. Carmen seguía siendo la confidente de la señora y sabía que la relación entre ella y su esposo era inexistente.

—¡Ya están a punto de partir! —gritó alguien a su lado, sacándola de su ensimismamiento.

Carmen se sentía confusa. Absorta como estaba, se había perdido el momento en el que el prelado de Vitoria, provisto de agua bendita, diera sus parabienes a las nuevas máquinas e instalaciones.

Las autoridades que no viajaban en el tren inaugural se habían alejado de las máquinas. El público que asistía emocionado a aquel acontecimiento contenía la respiración. Un silencio que podía pesarse se instaló en la estación. Todo estaba a punto para el gran momento.

Sin previo aviso, doña Casilda se desplomó a su lado.

En ese mismo instante, decenas de detonaciones de los petardos y cohetes resonaron en un ensordecedor caos. El aire olía a la pólvora quemada y la multitud contemplaba extasiada el espectáculo.

Carmen no tenía su atención en lo que sucedía en las vías. Agachada junto a la anciana, trataba

de hacerla recobrar el sentido.

—¡Que alguien nos ayude! —gritó, hecha un manojo de nervios.

Los presentes empezaron a darse cuenta de la situación. A escasos pies de ellas un par de hombres respondieron afirmativamente al requerimiento. Con presteza sacaron a la anciana en volandas hasta el exterior.

Una hora después, cuando el tren alcanzaba Orduña, donde acababa su destino, moría doña Casilda en el hospital provincial de su amado Bilbao.

## IV

Pierre aprovechó la ausencia de Víctor para viajar a Logroño.

Entró en el portal y de dos en dos subió los escalones que llevaban al primer piso. Localizó la puerta y llamó con los nudillos.

Manuela acudió a abrir; cuando vio al francés en el umbral sonrió ligeramente. Recobró la compostura y habló en voz baja, casi susurrando.

—¿Qué hace usted aquí?

—Sé que Víctor no está.

La mujer se encogió de hombros.

—Víctor no es mi dueño y, en cualquier caso, su ausencia no le da permiso a usted para venir a mi puerta cuando le plazca.

Quien sonrió ahora fue el de Burdeos. Con expresión decidida se plantó a escasos centímetros de la cordobesa.

—Anda, déjame pasar. Si quieres te pago —dijo, y le mostró la faldriquera.

—Yo ya no me dedico a eso.

—Cuando te vi del brazo de Víctor te reconocí enseguida. Me preguntaba dónde andabas que nunca te veía en la pensión de la Tomasa. Me alegro de que hayas prosperado. De puta a querida de un señorito, no está nada mal. Pero digo yo que te acordarás de los buenos clientes.

—Se me ha olvidado todo de entonces. Una, que se hace a lo bueno enseguida. ¿Por qué no va a ver a la mujer que lo acompañaba la otra noche? Esa seguro que no desprecia su dinero.

Pierre se echó a reír.

—¿Quieres que la avise y nos divertimos los tres?

De improviso la empujó contra la pared y la apretó con fuerza.

—Venga, Manuela, por los viejos tiempos en la pensión de la Tomasa —pidió zalamero.

Él la besó y ella no le apartó la boca. Entraron.

Un rato después la urgencia de la carne se calmó y los dos yacían desnudos bajo el techo ennegrecido.

—Deja a Víctor. Tú estás hecha para volar más alto que un político local.

—¿Y quién me va a mantener? ¿Tú? —preguntó sin disimular una sonrisa velada.

El francés se sintió herido en su orgullo. Se incorporó con agilidad y se sentó en la cama.

Desde esa posición lanzó una mirada cargada de reproche.

—¿Es que el cojo tiene más dinero que yo? Lo tendrá cuando su padre muera. Hasta entonces solo es un empleado más... igual que yo.

—Pero tú trabajas para él. Además, será solo el heredero, pero hace y deshace a su antojo en la bodega.

El francés la miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que, por lo visto, Víctor ha sabido encontrar el modo de que algo de dinero que entra en el negocio vaya a sus bolsillos.

—Explícate.

Manuela se encogió de hombros.

—Yo solo sé lo poco que me cuenta él. No sé cómo lo hace, pero parte del dinero no lo ve su padre, sino que se lo queda él.

Pierre se sonrió para sí.

—¡Vaya con el pájaro! ¿Y cómo lo hace?

—Ya te he dicho que yo de eso no sé nada, pero tiene algún chanchullo a medias con el encargado.

El hombre meditó aquellas palabras un rato. Mira tú por dónde, la tarde iba a servir para algo más que para saciar una necesidad. Se pasó la mano por la barbilla mientras hablaba.

—Averigua cómo lo hace. Me da que si le sonsacas algo interesante podremos sacar tajada tú y yo.

—¿Pero tú no eras su trabajador fiel? Al menos eso es lo que siempre dice de ti —dijo con sorna la mujer.

El de Burdeos se subió sobre ella de un ágil saltó y la asió por las muñecas. Aprisionándola con sus anchas manos la besó con rabia en la boca.

—Dejemos que siga pensando eso —musitó.

Sus dedos exploraron el terreno entre las piernas de Manuela y se sumergieron en la tersa piel.

## V

Miguel Arriola recorría los túneles de *lo hondo* con las manos a la espalda. A su lado Manuel Ureña caminaba nervioso, candil en mano. Se detuvieron frente a una montaña de pellejos, cubas y demás utensilios apilados en mitad del túnel y que cerraban el paso.

—¿Qué es esto? —dijo Miguel, señalando la pila de enseres.

El encargado tragó saliva.

—Nada, señor. Aquí apilamos las cosas que no se necesitan a diario. Como esta parte de la bodega apenas se usa...

Miguel lanzó un somero vistazo a los utensilios apilados. Luego giró sobre sus talones y se alejó.



—Encárgate de que lo limpien un poco —dijo.

El encargado respiró aliviado. Tras aquella pila de enseres estaban escondidas las cubas del vino refinado.

Miguel y él mismo salieron de la bodega a la caída del sol. Lo importante era que el dueño no había visto lo que Víctor ocultaba en *lo hondo*. El aviso de Inés llegó con tiempo suficiente para que Ángel y el encargado taparan todo. Que Pierre no hubiese acudido hoy al trabajo resultaba ser también una ayuda. Su presencia habría puesto sobre aviso al patrón. A pesar de todo, la cautela había resultado excesiva. El comerciante se limitó a dar una visita por la bodega y pasó el resto de la tarde enterrado entre papeles en el despacho.

Al salir del edificio el rostro de Miguel no expresaba emoción alguna.

—Dile a Víctor que volveré la semana que viene para hablar con él —dijo cuando subía al carruaje.

Manuel no supo cómo interpretar aquel aviso. No parecía que el patrón se oliese nada de lo que él y su hijo se traían entre manos. Sin embargo, no podía fiarse. Si se enteraba de cómo trampeaban las cuentas de la bodega estaba perdido. Quizá Víctor saldría tan malparado de ello como él mismo, pero el chico era el hijo del dueño. No acabaría en la cárcel como él.

El encargado se despidió a pie del carruaje con una sentida reverencia.

Cuando el carruaje se perdió calle abajo, Ángel se acercó al encargado.

—Ha ido bien —sentenció.

Manuel lo miró con un mohín severo.

—Vuelve a tu trabajo —gruñó antes de alejarse.

Ángel se lo quedó mirando mientras mentaba por lo bajo a la familia del encargado.

En el coche simón, Miguel reflexionaba con cautela. No había encontrado nada turbio, pero su instinto le decía que Víctor le ocultaba algo, y él no iba a cejar hasta descubrir de qué se trataba.

## Capítulo 16

### I

Pese a que sus compañeros creían que Marcos era poco más que un santurrón, el joven sí tenía relaciones carnales con esclavos. Al menos con una de ellas: Elena.

Quizá ella no recordaba el primer día que se habían cruzado en la plantación, pero él nunca lo olvidaría.

Era el atardecer de un día de primavera de hacía dos años. Marcos caminaba distraído en dirección a su cabaña cuando la vio. Ella estaba de pie junto a un barreño de ropa limpia, en la parte trasera de la gran casa de los amos. Al alzarse de puntillas para tender las sábanas blancas, el sol se filtró por entre la tela y dibujó su silueta a contraluz. La luz incidía en su piel cobriza despertando ecos de ébano al atardecer. El riojano sintió una punzada de dolor en lo más hondo al verla. Nunca en su vida había sentido algo así, supo al instante que estaba enamorado de ella.

Los días siguientes acudió al atardecer al patio trasero de la casa y se ocultó para verla desde su escondite. Ella aparecía puntual todos los días a la misma hora, con la colada del día lista para ser tendida, a veces estaba sola, otras acompañada de alguna esclava doméstica. Aquello se convirtió en un ritual. Todas las tardes el joven se escondía tras unos arbustos y aguardaba para verla, aunque fuese de modo fugaz.

Se convirtió en una obsesión. Los días pasaban lentos pensando en ella, las noches soñaba que estaba a su lado. Se enteró de que se llamaba Elena y había llegado a la plantación La Leal en el invierno de hacía dos años. Desde el principio dio muestras de ser avispada y bien pronto aprendió español, por lo que se la destinó a la casa donde se convirtió en una esclava doméstica al servicio de doña Úrsula.

Con las semanas se aventuró a preguntar por ella a doña Renata, quien le aconsejó que se olvidara de la chica.

—Ella no es una de esas esclavas que se mete en la cama de malquiera a cambio de más comida o ropa limpia. Por sus venas corre sangre de reyes. Verdadera sangre real de África —le indicó la anciana. Cuando Marcos le dijo que no era eso lo que perseguía la esclava negó con la cabeza y le advirtió—: Nada bueno saldrá de eso. Déjala en paz.

Pero eso era algo que no podía hacer. Se pasaba las horas fantaseando cómo sería su voz, con el modo en que olería su piel.

Se sinceró con Evaristo, con quien tenía gran confianza y este le aconsejó lo mismo que la cocinera.

—Déjela en paz, patrón —le dijo.

Pero Marcos hizo justo lo contrario. Reuniendo fuerzas, una tarde se decidió, salió de su escondite y con paso resuelto se acercó a la chica.

Esta, al verlo llegar, actuó como si tal cosa. Estaba acostumbrada a despertar la lujuria de los españoles. Su cuerpo firme y fibroso alimentaba el deseo en los hombres por mucho que camuflase sus curvas bajo un exceso de ropa. Pero no lo miró con reparo, como hacía con otros trabajadores del ingenio. Este no parecía como los demás. Se giró y se agachó para tomar una prenda del canasto. Se izó de puntillas para tenderla sobre la cuerda y habló en tono sereno. A Marcos le pareció que su voz era como el murmullo de un río de agua clara.

—Al fin te has decidido a salir —le dijo.

—¿Sabías que estaba ahí?

Elena asintió sin dejar de realizar su labor.

—Desde hace semanas. Te escondes muy mal. En el sitio de donde vengo ya estarías muerto si tu vida dependiera de ello.

Estuvieron un buen rato hablando y al finalizar Marcos le preguntó si le importaba que viniera todos los días a verla. Ella se encogió de hombros a modo de respuesta.

Todo ese otoño lo pasaron hablando, conociéndose. Ella le contó que, tal y como la cocinera le había dicho, era hija de un rey africano cuya aldea fue tomada por una tribu enemiga que la había vendido a sus captores. De ese modo, acabó en la bodega de un velero de tres mástiles que la llevó hasta Cuba.

Él le habló de su tierra y de cómo se extraía una bebida de las uvas. Le habló de su hermana y de su familia. Le contó que en el sitio donde había nacido en invierno nevaba.

—¿Y de verdad el suelo se vuelve blanco? —le preguntaba.

El de Haro asentía.

—Y un viento helado sopla de las montañas convirtiendo el agua en hielo sólido.

A Elena todo aquello le resultaba fascinante y no parpadeaba de pura curiosidad cuando Marcos le contaba aquellas historias.

—Un día quiero conocer ese lugar del que vienes y pisar esa nieve y caminar sobre esos ríos helados de los que me hablas —repetía Elena.

Entre estas y otras confidencias el tiempo fue pasando.

Marcos llevaba chocolate y otras chucherías, pero le aclaraba que no buscaba nada a cambio.

Poco a poco las semanas pasaron y a cada palabra que decían se iban enamorando un poco más, hasta que él estuvo irremediamente unido a ella y ella lo estuvo a él.

Decidieron mantenerlo en secreto. No era infrecuente que una esclava y un trabajador compartiesen lecho, pero de ahí a tener algo más iba un buen trecho que no era conveniente recorrer.

Legalmente ella pertenecía a don Matías y era del todo improbable que el amo accediese a vender a una esclava en edad de procrear. No existía posibilidad alguna de lograr la libertad de modo legal. Debían escapar juntos. Entonces podrían establecerse en algún lugar apartado de la isla. Aunque los matrimonios mixtos no eran lo normal nadie les molestaría si se mantenían lejos de las ciudades. Comprar un pequeño terreno y tener una granja se convirtió en el sueño de los dos.

## II

Marcos entró en el establo cuando la plantación estaba sumida en el sopor de la tarde. Como era su costumbre buscaba aquel refugio a esas horas, nadie lo molestaría allí.

Evaristo le salió al paso.

—Pensaba que hoy no iba a venir, patrón.

—¿Por qué no iba a venir?

Se encaminó a la escalera que daba acceso al cobertizo que discurría bajo el techado de las cuadras.

El mulecón insistió:

—Precisamente hoy habría sido muy malo que no hubiese venido.

Con un pie en el primer peldaño de la escalera Marcos le miraba con curiosidad.

—¿Se puede saber a ti qué te pasa? Y no me llames patrón, te he dicho mil veces que aquí el único patrón es don Matías.

El muchacho se acercó hasta él y con nerviosismo señaló el techado.

—Yo lo único que digo es que arriba le espera alguien y no quiero tener nada que ver con ello —dijo misterioso.

El riojano entendió al instante lo que le estaba diciendo.

—Creía que no te parecía bien que Kunda y yo...

—¡Usted no puede llamarla así, para usted es Elena! —repuso Evaristo con furia.

Marcos alzó las palmas de las manos para demostrar su nulo deseo de discutir. Reconoció al instante el error que había cometido al llamar a Elena por su verdadero nombre africano.

—Ese es su nombre real, ella me lo dijo —se defendió.

—Usted es blanco. No tiene derecho a conocer su verdadero nombre. Ella no debía decírselo.

El verdadero nombre de un esclavo no se pronunciaba jamás y según la tradición de los esclavos ningún blanco debía conocerlo. Ni siquiera Marcos conocía el verdadero nombre de Evaristo.

—Yo la amo, se llame como se llame. Sé que a ti esto no te parece bien, pero nos amamos.

El chico lo miró con fijeza. Reconocía la honestidad de aquel español que le había tratado siempre como a un igual. Se encogió de hombros.

—Solo espero que ninguno de los dos lamente esto algún día. El de Haro frunció los labios y con un gesto lo llevó a un aparte, junto a la puerta y lejos de la escalera. No quería que Elena los escuchase.

—¿Sabes algo de nuestro asunto?

Evaristo negó con vehemencia.

—No es buen momento. Hay mucha vigilancia estos días. Hay que esperar.

Esperar. Lo mismo de siempre. Marcos esbozó una mueca de fastidio.

Desde hacía tiempo se sabía que existía una pequeña red secreta en el ingenio que ayudaba a los esclavos a huir. A principios de invierno Marcos le pidió al muchacho que le pusiera en contacto con ellos, tenía intención de escapar junto a Elena.

—No sé de qué me está hablando, patrón —trató de zafarse entonces el chico.

Tras las lógicas reticencias a hablar de ello con un blanco, Evaristo consintió en interceder

para facilitar la huida de Elena. Desde entonces no veía el momento en que Elena y él escaparan juntos.

Bajó la voz porque nunca se sabía y le interrogó al respecto.

—Llevas meses diciéndome lo mismo. Si no es con vuestra ayuda lo haremos solos, pero Elena y yo nos iremos del ingenio antes de que acabe el año.

—No cometa una locura. Los amos andan con la mosca tras la oreja. Si les cogen, usted saldrá de esta con un par de latigazos a lo sumo, pero a ella le espera el cepo o algo peor. ¡Piense en ella!

Marcos dio un puntapié al suelo, enrabiado. Por mucho que le doliera debían esperar. No tenían otra opción.

Evaristo se alejó con expresión preocupada. Cerró el enorme portón de doble hoja y desapareció. El español se apresuró a subir al techado. Los peldaños de madera volaban bajo sus pies.

Arriba lo esperaba Elena. La esclava estaba hermosísima a pesar de llevar tan solo una camisola blanca y una sencilla falda larga que no ocultaba la tersura de sus caderas. Se abrazaron con avidez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marcos, retrocediendo para contemplarla con calma.

Entrelazaron sus manos y caminaron hacia el fondo del cobertizo, donde se amontonaba la verde hierba para las bestias.

—Hoy el ama ha salido para Cienfuegos bien temprano y se ha llevado a varias esclavas con ella. Tengo tan solo un rato hasta que se den cuenta de que me he ido, pero quería verte, mi amor.

—Pero alguien podría haberte visto entrar en el establo.

—Pierde cuidado, he tomado todas las precauciones.

Sobre el montón de paja. La falda formaba un círculo abullonado a su alrededor. Marcos se sentó junto a ella.

Se besaron. Nada les parecía más dulce y suave que la boca del otro. Se desnudaron sin prisa, mientras la luz del sol que entraba por los agujeros del techo formaba islas de color a su alrededor. Se besaron en cada pedazo de piel, en cada recodo de sus cuerpos. Él se izó sobre ella, Elena lo recibió con un gemido que era como una brújula que lo guiaba por tierras desconocidas. Se aferró a su espalda y lo contuvo.

—No hay prisa —le dijo.

Y el hombre obedeció.

Se amaron como si el mundo les resultase ajeno, como si el color de sus pieles fuera un todo del que solo formaban parte ellos dos. Abajo, las bestias se agitaban inquietas y el zumbido de los insectos de la selva llegaba del exterior. El mundo seguía girando sobre su eje, pero ellos habían dejado por un rato de ser parte de él.

Después, cuando los cuerpos perdieron su tensión, permanecieron el uno junto al otro. Los dedos entrelazados y las miradas fijas en las vigas del establo.

Elena se giró y colocó su barbilla en el pecho del hombre, el cabello le caía con gracia sobre la cara.

—Háblame de la nieve —le dijo mientras se apartaba un rizo de la cara. Sus ojos estaban fijos en los de él.

—¿Otra vez? —se quejó Marcos de modo fingido.

Pero obedeció y su voz se hizo susurro al rememorar los gélidos inviernos, los blancos montes y el viento que azota la cara con cruel fuerza. También vibró ensoñadora cuando le contó cómo en los campos las vides se preñaban de frutos, cómo estos se convertían en rojo néctar, y después las hojas se volvían rojizas y un mar ocre inundaba la sierra riojana.

—Prométeme que un día me llevarás a ver esos campos —dijo Elena.

El español lo prometió. Entre sus brazos creía que podía conseguir cualquier cosa.

Elena dio un respingo y se incorporó de sopetón.

—Tengo que regresar antes de que me echen en falta en la casa.

Se vistieron apresurados y se encaminaron hacia la escalerilla. Justo al llegar a ella, Marcos la tomó de las manos y la miró a los ojos. Era el momento de contarle lo que había solicitado de Evaristo.

Le habló de la red que ayudaba a los esclavos a huir.

—De momento toca esperar —concluyó—, pero más pronto que tarde podremos huir juntos y buscar algún sitio apartado donde construir una casa, como siempre hemos dicho. Si a ti te parece bien, claro.

Elena sonrió.

—Nada me haría más feliz.

Se besaron antes de descender los escalones y se volvieron a besar antes de que ella saliera con cuidado por la puerta trasera que daba a una densa arboleda que camuflaba su presencia.

—Te amo, Marcos —dijo ella antes de cruzar la puerta.

—Te amo, Kunda —respondió él.

Elena se perdió entre la arboleda en dirección a la casa.

### III

Pierre seguía aprovechando cada ausencia de Víctor para hacer suya a Manuela. Aquella tarde, ambos acababan de saciar el apetito por el otro. Sus encuentros ya no se realizaban en el piso que Víctor alquilara para su mantenida, sino en una discreta habitación de una pensión con vistas al Ebro. Fuera, el cielo estaba plomizo y un viento agitaba las ramas de los chopos y olmos de la orilla derecha.

—¿Qué has averiguado de nuestro querido Víctor y sus manejos en la bodega?

Manuela meneó la cabeza con frustración.

—Poca cosa. No suelta palabra sobre ello cada vez que saco el tema.

—¿Estarás teniendo cuidado de que no se note demasiado tu interés?

La cordobesa se rio entre dientes.

—Querido, te aseguro que nadie gana a una puta en el arte de fingir.

El hombre pareció quedar conforme con aquella explicación. Su expresión se relajó.

—De todos modos, ten mucho cuidado. Víctor no es tonto. Si se huele que te interesas demasiado no le sacarás una palabra y le pondrás la mosca tras la oreja. Actúa con cautela.

—Aun así. A mí no me cuenta apenas nada sobre sus negocios. Solo alardea de la gente que conoce gracias a su carrera en la política. Pero tú sí que debes de andarte con cuidado.

El de Burdeos la miró con extrañeza. ¿A qué venía aquella advertencia?

—De lo poco que me ha contado es que su padre ha empezado a revisar las cuentas de la bodega. Así que no puede sacar tanto dinero como quiere. Me ha dicho ya dos veces que tu trabajo le sale caro.

Pierre se mordió el labio inferior mientras asimilaba aquellas palabras. Estaba al tanto de la reciente atención que la bodega había generado en Miguel Arriola, y ciertamente cada mes pedía dinero para alguna cosa: nuevas cubas, mano de obra discreta, un centenar de sarmientos traídos desde Burdeos para plantar. Y por todo pedía a Víctor tres veces su precio real. La diferencia iba directamente a su bolsillo. Resolvió que al menos durante una temporada se abstendría de pedir nada. No quería tensar tanto la cuerda que esta acabara rompiéndose.

—Tú sigue tratando de sonsacarle. Yo intentaré echar un vistazo a los papeles de su despacho si me es posible.

## IV

Elisenda Gárate usaba como nombre de artista la Bella Moreno. Había sido ocurrencia de un representante de piel cetrina y ojos de ratón que la descubrió en Madrid. Después, con ese mismo nombre llegaron las giras por provincias que nunca iban más allá del discreto éxito local y de pasar por la cama de algún edil que no se iba a ver en otra como aquella en su triste vida provinciana.

Sin talento para el cante o el baile y sin más gracias que las curvas que Dios le diera, la Bella Moreno quedó atascada en el pobre y muy secundario papel de Rita en *El sí de las niñas* de Moratín durante tres años.

En una de las representaciones en un café de Bilbao la conoció Miguel Arriola, que en unas semanas la sacó de aquel escenario y le puso un piso en pleno centro de Vitoria.

Tras casi diez años viviendo como su mantenida, seguía aspirando a que dejara a doña Inés en virtud de una anulación matrimonial. La Bella Moreno no quería ser segundo plato. Su olfato olía la oportunidad como un tiburón olería la sangre. Hasta entonces no había tenido éxito, pero no perdía la esperanza.

Su vida estaba lejos de ser sencilla. Siempre pendiente de su aspecto físico, lista para cuando se la demandase. Escogiendo los vestidos que mejor realzaran su figura y disimularan los defectos que el tiempo se empeñaba en traer de la mano. Los peinados más elegantes, las frases más ingeniosas. Hacía suyo el axioma que su madre le repetía de niña tantas veces: una puta en la cama, una señora en sociedad.

Ahora, cercana a los treinta y cinco, por fin veía una oportunidad de lograr su sueño y convertirse en la señora de Arriola.

Con paso precipitado entró al salón. Miguel leía *La Concordia* mientras fumaba un puro. La

mujer se plantó en medio de la estancia. El comerciante apartó sus ojos del periódico. En la mirada de Elisenda había un brillo especial.

—Tengo una gran noticia que darte —dijo sin disimular una sonrisa. Miguel le indico que prosiguiera con un leve ademán de muñeca—. ¡Estoy embarazada!

El hombre se la quedó mirando unos segundos sin que su rostro dejara ver emoción alguna. Dio una leve calada al puro y dejó el periódico pulcramente doblado a su lado.

—¿Estás segura?

—Tengo ya dos faltas, y mira que yo soy como un reloj para estas cosas. Además, hace semanas que tengo náuseas al levantarme.

El hombre inspiró aire con calma y se permitió una discreta sonrisa.

Elisenda se sentó junto a él y lo cogió de la mano.

—Cualquiera diría que no te hace ilusión —le recriminó.

—No es eso, mujer. Es que precisamente ahora que pensaba irme unos días a Haro.

—¿Y a ti qué se te ha perdido en ese pueblucho?

El comerciante exhaló un bufido a modo de protesta. Empezaba estar harto de ese tema.

—Te lo he dicho mil veces. Ahí están mis negocios. He de estar presente ahora que es cuando se cierran los tratos del año.

—Así también puedes estar con tu esposa —le reprochó la mujer.

—Sabes de sobra que entre Inés y yo no hay nada.

—Entonces pide la nulidad. ¿O es que quieres que este hijo no lleve tus apellidos?

Miguel se puso en pie como sacudido por una corriente eléctrica. Agarró el diario y lo lanzó con rabia hasta el otro extremo de la habitación.

—¡Otra vez tenemos que volver a lo mismo! ¿Para qué quieres ser mi esposa? ¿Acaso no tienes ya todos los privilegios que eso conlleva? Tienes un techo, las ropas más caras, no te falta de nada. ¿Qué más quieres?

Elisenda entendió que debía cambiar de táctica. Al contrario que los hombres, que solo parecían depender de la ira para manifestar sus emociones, ella tenía todo un repertorio de herramientas que usar. Lo tomó de la mano y lo obligó a sentarse a su lado de nuevo. Le habló con voz sumisa y calculada.

—¿Qué es lo que te preocupa? Algo te pasa. Sé que soy una mujer y no alcanzo a entenderlo todo, pero si me lo quieres contar...

El hombre se serenó. Se alisó las perneras del pantalón y frunció la boca en un esfuerzo por mantener la compostura. Ante la insistencia decidió hacer partícipe de sus preocupaciones a su amante.

—Es Víctor. Aún no he descubierto cómo, pero algo me dice que está haciendo algo a mis espaldas en la bodega.

Al escuchar el nombre del hijo de Miguel, Elisenda sintió que aquella era una oportunidad para enemistar a padre e hijo. Todo fuera por el futuro de la criatura que ya crecía en su vientre.

—Entonces no solo has de ir unos días. Debes instalarte en Haro el tiempo necesario hasta que averigües qué trama tu hijo. No puedes permitirle que maneje a su antojo. Es tu negocio. Si tiene prisa por heredar debes demostrarle que el amo sigues siendo tú.

Miguel miró a su amante, confuso. Aunque se había expresado en un tono calmado, aquel arranque de rabia no era habitual en ella. Sin duda se debía a su reciente estado. De todos modos,



tenía razón, debía instalarse en Haro si era necesario. No pensaba permitir que Víctor hiciese lo que se le antojase en su negocio. Además, eso lo libraría de sufrir el embarazo de Elisenda. Recordaba los meses previos a ser padre como los peores de su vida junto a Inés.

## Capítulo 17

### I

Un poco antes de los primeros calores del verano comenzaba la recolección de la caña de azúcar en el ingenio, la llamada zafra. Primero se quemaban los campos para eliminar la vegetación y dejar así solo la caña de la que se extraía la dulce melaza.

Después, con los restos aún humeantes, se comenzaba a cortar las cañas con machete. Esa labor la llevaban a cabo los esclavos más diestros que iban amontonando enormes manojos que eran después recogidos y llevados a la espalda hasta los carros. Los formidables haces solo los portaban los esclavos más fuertes y echarían para atrás a cualquiera. De esa caña se desprendía una melaza oscura y pegajosa que impregnaba los cuerpos de los cargadores y que tardaba semanas en quitarse de la piel. Además, un olor dulzón y empalagoso se extendía por toda la plantación.

Una vez los carros estaban a rebosar se llevaban hasta el ingenio, donde eran descargados y echados al interior de la máquina. Esta trituraba la caña con la fuerza de las bestias que tiraban de ella, logrando así una melaza que después, tras refinar, se convertiría en la preciada azúcar.

Esta labor se desarrollaba desde junio hasta bien entrado octubre, y en esos meses el ingenio no paraba de triturar y moler caña, a veces incluso de noche.

En esa temporada Marcos tenía más trabajo del habitual. Las monturas y las bestias de tiro debían estar listas todas las mañanas y en ocasiones se le encomendaba el tiro del ingenio. Las pobres bestias daban vueltas en torno una y otra vez mientras su fuerza se aplicaba a las piedras que molían la caña. No era una labor dura, aunque el inmenso calor y el olor de la melaza podían llegar a aturdir al más pintado. Pero lo que lamentaba en esos días era que apenas podía ver a Elena.

Antes de la caída del sol, de camino a los establos, se acercaba a prudente distancia de la casa y ella acudía a una ventana del segundo piso desde donde se saludaban tan solo unos instantes. Aunque era un sencillo gesto, le daba fuerzas para afrontar una jornada dura de trabajo.

Un atardecer, cuando el sol comenzaba a ocultarse y los esclavos regresaban molidos del largo día a sus barracones, un gran alboroto junto a la explanada del ingenio llamó su atención.

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ver lo que sucedía. Lo que vio lo llenó de ansiedad.

En el centro de la explanada había tres esclavos aherrojados. Marcos contempló con horror que uno de ellos era Evaristo. Media docena de trabajadores los rodeaban.

La voz de don Ernesto bramó con furia desde el centro.

—Otra vez hemos de castigar la ingratitud de algunos de estos malditos negros.

Se estaba comenzando a congregarse una multitud que mostraban en sus rostros el cansancio de la dura jornada y no estaban por la labor de prestar atención a aquello si no era estrictamente necesario. Antes que ver cómo se castigaba a tres esclavos, preferían un plato de comida, un trago de aguardiente de caña y un descanso reparador. Viendo que podía perder la atención de su público, don Ernesto hizo restallar el látigo que golpeó en la espalda a un esclavo.

—¡Parece que estos morenos no quieren aprender y estos tres estaban organizando una fuga de casi una docena de ellos! —El mayoral señaló a los esclavos.

El riojano sintió un escalofrío recorrer su espalda. Evaristo estaba preso por su culpa. Él le había pedido su ayuda para liberar a Elena y con ello firmó la sentencia de muerte del muchacho. O tal vez el mulecón formaba parte de la red que ayudaba a los esclavos, porque cuando el chico podía expresarse libremente delante de él no dudaba en defender a los cimarrones con energía y vehemencia. En cualquier caso, no podía cruzarse de brazos, debía hacer algo para ayudarle.

—Ya sabéis cuál es precio en La Leal por ser desagradecido.

Se escucharon algunos vítores. Marcos maldijo entre dientes.

Con una seña el mayoral ordenó que trajeran los cepos. Se colocó a los esclavos en ellos. Con cruel y calculada meticulosidad propinó diez latigazos a cada uno de los esclavos. Al concluir, sus espaldas mostraban la crueldad del capataz. Este recogió el látigo y su voz bramó con fuerza.

—Los dejaremos esta noche aquí, ha sido un largo día de trabajo y estos cerdos no merecen que se pierda ni un segundo de descanso más por ellos. Mañana a primera hora se les colgará.

La multitud fue poco a poco disolviéndose.

## II

Pierre se acercó al despacho de Víctor y con disimulo miró a su alrededor. Tras comprobar que nadie en la bodega le prestaba atención abrió la puerta y se deslizó en el interior con rapidez.

No tuvo la suficiente cautela.

Desde una esquina Manuel Ureña miraba lo sucedido escamado. ¿Qué hacía ese condenado gabacho colándose en el despacho de don Víctor cuando este no estaba? Algo le olió mal en el francés desde que le puso los ojos encima. Podía engañar al patrón, pero a él no se la daba. Conocía de sobra a los tipos como Pierre. ¿Un solterón que apenas probaba el vino? Uno no podía fiarse de un hombre así. Y ahora, al verlo entrar en el despacho a escondidas, sabía que había hecho bien al desconfiar. Todos aquellos meses de vigilarlo resultaban tener una razón de ser.

—Hay que madrugar mucho para engañar a Manuel Ureña —se dijo, sonriendo entre dientes.

Manuel odiaba que Pierre se paseara por la bodega como si fuese el amo, con las manos en los bolsillos y siempre sin hacer nada. Porque el de Burdeos no daba palo al agua. Si había faena, él no ayudaba. Cuando tocaba trabajo en las viñas, se limitaba a mirar.

Los demás trabajadores que desconocían su verdadera labor en *lo hondo* fueron dejando de preguntar sobre aquel francés que nunca arribaba el hombro e iba vestido siempre como un

señorito. Pero el interés del encargado lejos de menguar había crecido hasta convertirse en casi una obsesión.

El encargado encendió un cigarrillo aplicando la llama del chisquero y se dispuso a montar guardia.

Podía decirse que era por celo en su labor o porque desde que el gabacho estaba a cargo del vino fino los chanchullos que tenía a medias con Víctor le dejaban menos tajada. Pero la realidad era que al encargado lo que realmente le irritaba era que el gabacho estuviera por encima de su autoridad. Tan solo rendía cuentas a don Víctor y respondía únicamente ante él. Lo que nunca sucedía, ya que el patrón pisaba cada vez menos la bodega.

En esas estaba cuando Pierre salió del despacho con el mismo cuidado con el que había entrado. Manuel se movió con rapidez para no ser descubierto y se ocultó tras una pila de toneles. Desde allí pudo ver cómo el francés se encaminaba a la salida de caballerizas de la bodega.

Tenía que hablar con don Víctor. Pero antes debía estar seguro de sus acusaciones.

Arrojó la colilla al suelo y con decisión se encaminó en dirección a *lo hondo*.

Ángel estaba tan inmerso en su labor que ni siquiera se percató de la llegada del capataz. Estaba subido en una escalera, aupado sobre uno de los depósitos para limpiarlos y al escuchar su voz a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Deja un momento lo que estás haciendo y baja de la escalera —le ordenó el encargado.

—¿Qué se le ofrece, don Manuel? —dijo el trabajador mientras obedecía.

Aún se le hacía raro llamar de usted a alguien con quien había trabajado codo con codo, pero ese era el tratamiento que el encargado exigía de sus subordinados. Una muestra más de que mandar podía hacerlo cualquiera, pero ser respetado no estaba al alcance de todos.

El encargado dejó la lámpara que llevaba en un nicho, se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo va el asunto del vino francés? —dijo.

A Ángel le escamaba aquella pregunta. Desde que don Víctor lo apartara de aquel asunto, Manuel no mostraba el más mínimo interés en ello. Se giró y miró los grandes depósitos antes de hablar, listos estaban vacíos y listos para recibir la siguiente cosecha de uva en septiembre.

—Espacio —se limitó a decir.

El encargado torció el gesto ante aquella respuesta. No iba a andarse por las ramas.

—¡No me vengas con esas! Que los dos llevamos años trabajando entre toneles. Esto no avanza y lo sabes mejor que yo.

—Eso dígaselo usted a Pierre.

—Te lo digo a ti, que para eso eres el único que trabaja con ese franchute.

Ángel meditó su respuesta. No había que ser un lince para darse cuenta de que a Manuel no le agradaba Pierre, y tampoco él tenía al francés como santo de su devoción viendo su comportamiento. No obstante, era su superior y no quería meterse en problemas.

—Mire, yo no sé qué líos se trae con ese francés, pero a mí no me meta en ellos. Yo vengo aquí, hago mi trabajo y se acabó. Lo que tenga que decir dígaselo a él.

El encargado maldijo en voz baja. Se incorporó y se quedó mirando a Ángel con rabia.

—Lo que sé es que a don Víctor ese gabacho le está sacando los cuartos, y como me entere de que tú estás en el ajo no vas a volver a trabajar en una bodega en leguas a la redonda.

Con la misma ira lanzó la colilla contra la pared. Esta estalló en una lluvia de chispas que se

quedó un rato brillando en la oscuridad. El encargado había recogido el candil y se encaminaba a la escalera cuando la voz de Ángel lo retuvo.

—Compruebe lo que pagó el patrón por una centena de sarmientos de *sauvignon* que plantamos hace dos meses —dijo—. Yo no sé mucho de eso, pero estoy seguro de que Pierre pagó por ellos mucho menos de los cien duros que le dijo a don Víctor que costaban.

Manuel asintió antes de continuar su camino.

### III

Don Ernesto tenía una pequeña construcción de adobe muy cerca de la casa principal donde dormía y que contaba además con un pequeño despacho. Una hora después de la cena, Marcos entró en esa cabaña. El encargado le observó con mirada desconfiada desde el otro lado de una sencilla mesa. Los dos hombres apenas si se cruzaban alguna vez. No tenían trato habitual.

Don Ernesto le señaló la silla que estaba frente a él.

—Has pedido verme y aquí estás. ¿Qué quieres? —dijo el mayoral.

Se notaba que la petición del riojano lo incomodaba. Todo el mundo en la hacienda sabía que don Ernesto era un gran bebedor y ahora ansiaba más que nada echarse un trago de aguardiente al colete después de la cansada jornada de trabajo.

—No le molestaré mucho, don Ernesto.

El riojano jugueteaba nervioso con la gorra que llevaba entre sus manos.

Don Ernesto le indicó que prosiguiera, estaba deseando acabar con aquello.

—Quería pedirle que liberara a Evaristo. El chico habrá cometido algún error, pero es un esclavo sin tacha y gran trabajador. En las cuadras me es de gran ayuda.

El capataz le interrumpió con un enérgico ademán.

—Ese negro ha maquinado para que una docena de piojosos como él huyera. No puedo complacer tu petición.

—Pero, don Ernesto, si es apenas un crío. Lo habrán engañado para que lo hiciera. No tiene maldad alguna.

—Hace unas semanas torturamos a un cimarrón al que atrapamos y nos dio detalles de lo que se estaba preparando. Tu moreno es uno de los cabecillas. No lo liberaré.

Marcos casi sonríe ante la ironía. Sin saberlo, había pedido ayuda a uno de los cabecillas de la red. Eso complicaba las cosas, pero no podía dejar a Evaristo a su merced.

—Le ruego que lo reconsidere, eso no es posible.

Don Ernesto se levantó de la silla con rapidez y golpeó con las manos sobre la mesa. El manotazo resonó en la habitación.

—¿Quieres ser tú quien esté en ese cepo en lugar de él? Ese negro no será liberado y morirá mañana al alba. Y ahora sal de mi cabaña antes de que pierda la paciencia.

El español suspiró resignado. La negativa de don Ernesto no le dejaba otra opción que hacer uso del peligroso secreto que conocía. De camino a la cabaña había rezado para no tener que

hacerlo, pero era ahora o nunca. La vida del chico dependía de ello.

Se levantó con estudiada parsimonia y cuando estuvo a la misma altura que el mayoral apoyó las manos en la mesa y le habló por encima de la misma.

—Sé lo de usted con doña Úrsula.

Don Ernesto pestañeó dos veces, incapaz de digerir aquellas palabras. Duró un instante, pero una sombra de miedo cruzó los ojos del cruel capataz. Marcos nunca le había visto temer nada, ni una sola vez desde que lo conocía. Pero se recompuso al poco. Clavó sus ojos, que volvían a ser dos teas de odio, en su interlocutor y habló con tono amenazador.

—¿Qué has dicho?

Marcos ya no podía echarse atrás.

—Lo que ha oído. Los he visto en los establos. Si no libera a Evaristo, lo sabrá todo el mundo en el ingenio antes de lo que se dice amén.

Don Ernesto bordeó con inusitada rapidez la mesa y se colocó junto a él. Lo tomó por los hombros y lo empujó con fuerza contra la pared del otro extremo de la habitación.

—¿Tú me vas a chantajear a mí, puerco? Antes te mato.

La mano de don Ernesto voló veloz hacia su arma. La desenfundó, la amartilló y la colocó sobre la sien del de Haro.

Este decidió que no había llegado tan lejos para tener miedo de morir.

—Si me mata sepa que alguien más sabe su secreto. Ese alguien tiene ordenes de ir a contárselo a don Matías si no salgo de esta cabaña con vida en menos de cinco minutos —mintió.

El mayoral dudó un momento.

—No te creo.

—¿Quiere comprobarlo usted?

El cañón del arma se apartó de la sien de Marcos. Este sintió que era el momento de echar el resto.

—Si libera a Evaristo nadie sabrá nada de lo suyo con doña Úrsula, tiene mi palabra. Yo haré que el chico no vuelva a meterse en problemas y será como si nada hubiese pasado. Usted déjenos en paz y nadie dirá nada. Su secreto se irá conmigo a la tumba. Se lo juro.

Don Ernesto se apartó despacio. Parecía estar calculando cuál iba a ser su siguiente movimiento. Dio dos pasos hacia el centro de la estancia.

Enfundó el arma, pero en sus ojos aún ardía un océano de odio y rabia.

—Espera hasta medianoche para que nadie te vea y llévate del cepo a tu cochino negro. Procura que no vuelva a cruzarse en mi camino nunca. Y ahora sal de esta cabaña antes de que cambie de idea.

Marcos se apresuró en cumplir la advertencia. Cerró la puerta y no miró atrás.

En el interior, don Ernesto cogió de un estante una frasca de aguardiente de caña. Se sentó a la mesa, bebió un trago y se quedó mirando la puerta. Sin previo aviso lanzó la frasca contra ella. El recipiente se hizo añicos dejando un reguero de líquido en el suelo.

De madrugada, Marcos se dio prisa en recoger a Evaristo. Los hombres de don Ernesto tenían orden de liberarlo, pero no lo hicieron sin soltar alguna chanza que Marcos ignoró sabiamente. Contó con la ayuda de doña Renata para llevarlo hasta el establo. El esclavo a duras penas se tenía en pie tras haber pasado horas en el cepo.

—¿Y mis compañeros? —preguntó el muchacho mientras lo acarreaban entre los dos.

La preocupación del chico por sus camaradas era loable, pero no podía hacerse nada por ellos.

Doña Renata se adelantó a sus palabras:

—Calla, y da gracias a que tú estás libre —dijo.

El trío llegó al establo.

Lo tendieron bocabajo en un camastro y la esclava se afanó en elaborar un emplasto de hierbas para las heridas.

Mientras esto sucedía, Marcos le llevó una jarra de agua que el esclavo apuró con ansia.

—Bebe despacio —le aconsejó.

Cuando el jarro estuvo vacío en la mirada de Evaristo brillaba un interrogante.

—¿Cómo ha conseguido que el mayoral me libere?

—Le he hecho saber que ambos teníamos un secreto que era mejor guardar.

El esclavo entendió al instante y recordó aquella tarde en que habían sido testigos del beso entre don Ernesto y doña Úrsula. No pudo por menos que agradecer al riojano que hubiese intercedido por él, pero temía al mayoral y su venganza.

—Don Ernesto no dejará que las cosas se queden así —advirtió, tratando de incorporarse—, tenemos que irnos de la plantación.

Marcos refrenó su gesto poniéndole las manos sobre los hombros.

—Pierde cuidado. Le he hecho creer que alguien más en el ingenio sabe lo que sucedió. Mientras sea así no hará nada por la cuenta que le trae. El mayoral no es idiota, sabe que lo mejor que puede hacer es dejar las cosas como están.

—Usted no le conoce. Es una serpiente venenosa.

—Deja que de eso me ocupe yo —sentenció el hombre.

Con una mueca dio a entender que no iba a haber más discusión al respecto.

—Lo que yo sé —intervino doña Renata, trayendo el emplasto de hierbas— es que tienes que descansar y dejar que esto haga su efecto.

Colocó con cuidado la cataplasma sobre la maltrecha espalda de Evaristo. Este esbozó una mueca de dolor al recibir los cuidados de la anciana esclava, que valoró aquella respuesta como positiva. Se incorporó y miró al muchacho con ternura. Le pasó la mano por el ralo cabello.

—Mira que te he dicho veces que no te metas en esos líos —le recriminó—. Descansa, volveré más tarde a ver cómo van las heridas.

Marcos y ella se alejaron y salieron al exterior. La noche era oscura y sin luna y permitía ver un cielo en el que miles de estrellas bailaban camino del alba.

—Cualquier otro español habría mirado para otra parte y habría dejado que lo colgaran —dijo la mujer—. Le doy las gracias, le tengo mucho aprecio al chico.

—No podía permitir que eso pasara.

Hubo un silencio que los animales de la cercana selva se encargaron de rellenar con sus sonidos. Aparte de eso, en La Leal reinaba una quietud incómoda.

La anciana esclava se lavó las manos en una tina y se las secó luego con el pico de su falda.

—No sé qué ha hecho usted para que ese animal de don Ernesto lo dejara libre, pero sea lo que sea tenga cuidado. El mayoral es de los que no olvidan. Ándese con ojo a partir de hoy.

Doña Renata se alejó en dirección a la casa. Marcos se quedó un rato rumiando aquellas palabras en la oscuridad.

A pesar de lo que le había dicho, él también tenía la venganza del capataz. Hoy había ganado al pillarlo por sorpresa, pero don Ernesto no era de los que olvidaban una afrenta. Estaba seguro de que no intentaría nada durante la zafra, ya que él era el encargado de las caballerizas y su papel era vital durante la recolección de la caña. Pero una vez esta concluyera, no estaría a salvo en el ingenio. Cualquier excusa serviría al mayoral para vengarse.

Tras un rato, resolvió que no podían esperar más. Elena y él debían huir a la menor oportunidad.

## IV

La llegada de Miguel trastocaba por completo los planes de Víctor. Desde que se instalara en el palacete una semana antes debía de andarse con mil ojos. Por fortuna, Pierre no había vuelto a pedirle dinero. Bastante hacía con pagarle su jornal, lo que era mucho, teniendo en cuenta que no podía dejarse ver por la bodega mientras Miguel estuviese en ella. Ángel se hacía cargo por completo de lo que sucedía en *lo hondo*.

Aquella mañana, padre e hijo estaban sentados en el despacho. Miguel revisaba los libros de cuentas con sumo detenimiento. Víctor sonrió para sí. Si su padre creía que era tan imbécil como para dejar negro sobre blanco algo que lo incriminara es que no lo conocía en absoluto. Seguro de que no iba a pillarlo, se permitió un comentario burlón.

—Si me dijera qué busca usted, podría ayudarlo —dijo.

Su padre alzó la cabeza de los libros y lo miró por encima de las antiparras que desde hacía unos meses había de usar para leer.

No dijo nada y regresó a las cuentas.

Víctor se sintió espoleado por el placer del momento.

—¿No será de mí de quien desconfía usted? —exclamó, haciéndose el ofendido.

Su padre volvió a mirarlo por encima de las lentes.

—¿Debería desconfiar?

Víctor se encogió de hombros. Se estaba adentrando en un terreno peligroso, pero se sentía seguro. Sabía cubrir sus huellas. Miguel dejó el libro abierto por dónde lo estaba consultando. Se quitó las gafas y se pellizó el puente de la nariz con detenimiento.

—Bien pensado —continuó—, debería desconfiar de ti. A los pocos meses de comprar la bodega, muere en un terrible accidente mi hombre de confianza y no me queda otro remedio que ponerte a ti en su lugar.

—Eso sucedió hace casi diez años —exclamó ofendido Víctor.

—Tiempo más que suficiente para que me hayas podido engañar sin darme cuenta.

—¿Para qué? —dijo con total tranquilidad Víctor—. ¿Si le robara a usted no sería como si me robara a mí mismo? Un día todo esto será mío.

—Nunca se sabe —repuso Miguel, pensando en el hijo que Elisenda llevaba en sus entrañas.

Víctor frunció el ceño ante aquel comentario. Sin embargo, no podía dejar que se le notase.



—Me ofende que diga eso, padre. Si tiene alguna duda sobre mi labor, espero, como hijo suyo que soy, que me la diga a la cara.

Bordó el papel de ofendido.

Miguel volvió a ponerse las gafas y señaló una entrada en el libro de cuentas que revisaba.

—Por ejemplo, me gustaría saber por qué sustituiste los depósitos del primer piso hace tres meses. Que yo sepa no tenían ni cinco años.

—Eso fue un gasto necesario. Las cosas se estropean y las maderas de los antiguos depósitos resultaron ser de mala calidad.

Víctor respondió con total calma. Por lo que respectaba a la contabilidad extra que llevaba, siempre se cercioraba que se cubría con gastos reales. Si su padre quería comprobarlo podía salir del despacho y ver con sus propios ojos los depósitos nuevecitos. Caso aparte era el precio real que había pagado por ellos. Pero siempre se cercioraba de que los gastos nunca se realizaran en proveedores de la zona. Solo él sabía el verdadero precio que pagaba.

—Voy a revisar cada palmo de estos libros y, si es necesario, pondré patas abajo la bodega. Reza porque no encuentre una sola irregularidad.

—Usted lleva muchos más años que yo en esto. Para cuando yo voy usted ha vuelto, padre. ¿Cómo puede pensar que un tullido como yo puede ser más listo que usted?

Miguel le lanzó una furibunda mirada. Sus ojos auscultaban el semblante insondable de su hijo quien regresó a sus papeles como si tal cosa. El hombre bullía de ira. Estaba seguro de que su hijo actuaba a sus espaldas, pero no tenía ni una sola prueba que lo demostrase. Se colocó las gafas con energía y regresó a los libros de cuentas.

## Capítulo 18

### I

Desde el pescante, Marcos oteó en la lejanía el pueblo. Cienfuegos estaba ubicado frente a la bahía de Jagua, que desde comienzos de la colonización había sido objeto de deseo por parte de piratas y colonos. Su puerto se abría a las azules aguas del Caribe y recibía anualmente a numerosos navíos, lo que lo convertía en el punto de llegada más importante en el lado sur de la isla. Al contemplarla, reconoció la belleza de la villa.

Poseía un gran teatro, así como diversos edificios notables que le daban un aire europeo que le hacía diferente a las demás ciudades de la isla. Tenía además una larga tradición de conspiraciones contra la corona española, por lo que la presencia de soldados era habitual en sus calles.

No era frecuente que Marcos viniese a la ciudad. Se contaban con los dedos de las manos sus salidas de La Leal, pero la muerte por agotamiento de tres mulos ese mismo mes le había obligado a acudir a Cienfuegos. El verano estaba siendo muy caluroso y las largas jornadas de trabajo durante la zafra solían acabar con la vida de una montura al menos, pero tres en tan poco tiempo era demasiado para que no se notase su pérdida. Por tanto, esa madrugada avió el carro y enfiló el camino hacia Cienfuegos cuando aún el sol no se adivinaba en el este. Llevaba una generosa bolsa para comprar tres mulos que sustituyesen a los muertos. Solía hacer tratos con un asturiano que, aunque tenía fama de taimado, sabía manejar en su beneficio.

Cómodamente reclinado detrás, junto a unos sacos que también estaba previsto descargar en la ciudad, viajaba Evaristo. El chico se había convertido en su sombra desde que lo liberara del cepo y ya no salía de los establos para prácticamente nada. La gratitud que sentía el esclavo por él lo incomodaba, pero entendía que al menos de ese modo el muchacho no se metería en más líos con don Ernesto.

El portugués y Marcos no habían vuelto a cruzar palabra desde aquella noche en la cabaña. Quizá había visto que tenía más que perder y había olvidado lo sucedido. O tal vez se trataba de que la zafra mantenía al mayoral demasiado ocupado para tomarse su venganza.

En cualquier caso, el riojano no pensaba darle ninguna oportunidad de revancha.

Desmantelada la pequeña red que ayudaba a los esclavos a huir, no podía contar con más apoyo que el de un agradecido Evaristo. Entre el esclavo y él trazaron un plan para huir en octubre, tras concluir la zafra.

Esos días habría un gran trajín en la hacienda con el ir y venir de esclavos que eran alquilados

durante los meses de la recolección de la caña. Aprovecharían esa situación para huir al norte. El plan incluía que el muchacho escapara con ellos, estaba claro que no podía quedarse en La Leal una vez hubiese perdido la protección de Marcos. No era el mejor plan, pero era el que más se adaptaba a su desesperación.

Con esos pensamientos en la cabeza, la carreta se plantó a tiro de piedra de Cienfuegos.

Cuba tenía el privilegio de haber sido ser el primer territorio español en poseer línea ferroviaria. La que unía Cienfuegos con la cercana villa de Palmira, al norte, discurría junto al camino que llevaba a La Leal, por lo que durante el último tramo del viaje el carro circulaba paralelo a las vías del tren.

Justo en ese momento, y sin previo aviso, el tren pasó a su lado, soltando una nube de vapor que se quedó suspendida tras él. Marcos hubo de refrenar a las asustadas mulas, que a punto estuvieron de desbandarse.

—¡Maldito invento de Satanás! —masculló, esforzándose por mantener a las bestias bajo control.

Ya había visto el tren en varias ocasiones desde que llegara a la isla, pero aún no se acostumbraba a su sonido infernal ni a la vertiginosa velocidad a la que circulaba, que podía ser de casi seis leguas a la hora.

Evaristo asomó cabeza por encima del pescante.

—¿Qué es lo que pasa, patrón?

—El maldito tren ha hecho que las monturas se asustaran y casi pierdo el control.

Por mucho que representase el progreso y se hubiese comenzado a continuar la línea al norte, pasando muy cerca del ingenio, no estaba seguro de que el tren le llegase a gustar alguna vez.

Llegados a la villa, las ruedas del carromato se detuvieron frente al establo del asturiano. Eran numerosos los procedentes de aquella región española que trabajaban en Cienfuegos y el tratante de mulas era uno más de ellos.

Marcos puso pie en tierra y le tendió las riendas al esclavo.

—Da de beber a las mulas y espérame aquí —dijo.

El asturiano tenía fama de no ser muy amable con los esclavos y prefería que el chico no tuviese más trato del necesario con él.

Evaristo se apresuró a cumplir con su labor y el riojano se encaminó al interior de las cuadras.

El dueño estaba terminando de herrar una preciosa yegua negra en el patio interior. Para ello contaba con la ayuda de dos esclavos de color. Cuando vio venir a su compatriota se sonrió, detuvo su labor y le salió al paso. Con grandes voces dio órdenes a los esclavos de regresar la yegua a su cuadra.

—Y ojo con holgazanear, que vosotros, en cuanto se os deja de vigilar, no dais palo al agua. —Se dirigió entonces a Marcos—: Estos morenos me cuestan más en comida que lo que producen.

El riojano disimuló una mueca de fastidio ante aquellas palabras.

El asturiano era un hombre orondo, de cabello escaso, papada generosa y ademanes zafios. Se secó las manos en el sucio delantal que llevaba antes de tendérsela. Conocía al chico de sobra y sabía que su visita podía llenarle los bolsillos.

—¿Qué has venido a hacer al pueblo, riojano? ¿Alguna mulatita ardiente que visitar en los burdeles? —preguntó, creyéndose gracioso.

Marcos le expuso la razón de su visita, no tenía especial interés en hablar con él más de lo

justo.

—Necesito tres mulas para esta misma mañana. Herradas y listas para llevármelas antes de la hora de comer.

El asturiano se acarició el mentón, calculando la posibilidad de obtener un suculento beneficio. El de Haro se le adelantó.

—Y no me vengas con que tienes pocas y que las que tienes son caras. Entrando en el establo he visto que tenías cuatro en aquella cuadra.

—Esas están apalabradas para un cafetal, no te miento; claro que si las quieres pueden ser tuyas, pero tienen que costar más a la fuerza.

El tratante no quería dar por perdida una buena oportunidad. Sabía que, en plena zafra, en el ingenio, esas mulas eran más que necesarias y si insistía podría lograr un precio más alto. Marcos no pensaba dejar que se saliese con la suya. Sacó la bolsa con monedas que traía bajo las ropas.

—Si esto no es suficiente, buscaré otro sitio donde no quieran engañarme.

Hizo el amago de darse media vuelta. El asturiano chascó la lengua teatralmente.

—Espera, hombre. No te pongas *farrucu*, que hablando nos entendemos entre los cristianos viejos.

Tras varios minutos de negociaciones, Marcos obtuvo lo que buscaba. Era cierto que la actividad en los ingenios esos días consumía cuanta montura estuviese disponible y hubo de pagar un precio más alto del esperado, pero desde luego muy inferior al que el asturiano solicitaba.

—Y por media docena más de pesos te llevas a estos dos negros que no trabajan nada —sentenció entre grandes risotadas, señalando a los esclavos.

Le propinó un puntapié a uno de ellos al pasar a su lado.

Una vez acordado el precio, Marcos no tenía ganas de seguir aguantando a aquel tipejo.

—Entrega las mulas a mi esclavo y ándate con ojo con querer cambiarlas, que sé cuáles son las que hemos acordado.

El asturiano aún dijo algo que pretendía ser gracioso, pero para entonces Marcos ya estaba fuera del establo. Se acercó a donde Evaristo abrevaba las monturas y le dio instrucciones.

—Arregla las mulas que he comprado y átalas al carro para llevárnoslas en cuanto regrese. Y no hables con el asturiano, no sea que te diga algo que no queramos oír —le advirtió encaminándose en dirección al pueblo.

—¿Adónde va usted, patrón?

—Tengo algo que hacer en Cienfuegos —respondió de modo escueto.

## II

Manuela y Pierre habían perdido toda esperanza de saber cómo hacía sus arreglos Víctor. El joven no soltaba prenda cuando su mantenida trataba de interrogarlo y la cordobesa se temía que acabara desconfiando de su interés.

El hombre masculló un juramento en su idioma natal. Paseaban por un pequeño parque de la

ciudad. Logroño era un ascua en el calor estival de agosto.

—Pues si no nos enteramos de cómo lo hace difícilmente vamos a sacar provecho de ello.

Manuela se encogió de hombros.

—¿Y qué más quieres que haga yo? Víctor no dice nada cuando intento sonsacarle y cualquier día se va a preguntar a santo de qué quiero saber algo que no me interesa. ¿Tú no has podido averiguar nada en sus papeles?

Pierre negó con la cabeza.

—Necesito entrar en su despacho cuando no haya nadie en la bodega. En horas de trabajo no puedo revisar sus papeles con calma.

Volver a colarse en el despacho de Víctor era una de las cosas que el francés tenía pendiente, pero no podía arriesgarse ahora que Miguel Arriola estaba cerca. En una ocasión había estado esperando que el comerciante saliera, solo para comprobar que este se quedaba hasta bien entrada la noche revisando papeles.

—Pues algo habrá que se pueda hacer. Desde luego yo no puedo seguir preguntando a Víctor. Va a sospechar de mí si sigo haciéndolo.

El de Burdeos alzó su cabeza y contempló unos instantes el cielo sin nubes. El paseo bullía de gente a esa hora. Parejas cogidas del brazo, militares de permiso y niñeras con carritos caminaban a su alrededor. Demasiada gente para su gusto. Estaban allí a su pesar. Porque Manuela insistía en verse en algún lugar fuera de la pensión donde se acostaban. Confiaba en que la discreción de Víctor fuera garantía suficiente para que nadie reconociese a su querida.

Tenía que actuar con sumo cuidado.

Miró a Manuela de reajo. La verdad es que la chica bien merecía asumir aquellos riesgos. Todos los hombres con quienes se cruzaban se giraban a su paso. Los labios carnosos y apetecibles de la cordobesa eran como una fruta de la que cualquier hombre ansiaba beber. Sus cabellos rizados eran una cortina que escondía unos rasgos felinos y animales. Su cuerpo, hollado mil veces por otras manos, era como tierra que descubrir cada vez que se desnudaban. Sintió una punzada de deseo y hubo de refrenar su mano que iba directa al muslo de ella.

—¿Y si lo dejáramos correr, Pierre?

El francés frunció los labios.

—¿De qué estás hablando?

—De que nos vayamos a Francia como hemos dicho.

—¿Y de qué íbamos a vivir? —Manuela se encogió de hombros por toda respuesta. El hombre la asió del brazo—. No podemos dejarlo ahora —le dijo—. Tenemos que saber cómo actúa ese condenado cojo. Necesitamos dinero para poder vivir en Francia los dos.

Usó su tono de voz más seductor, pero tenía en mente otros planes. ¿Irse los dos a Francia? ¡Menuda ocurrencia! En cuanto lograra lo que quería se marcharía él solo. Sobraban ramera para atarse solo a una. Por muy bella y tentadora que esta fuera.

La mujer se detuvo y lo miró con semblante firme. Por un segundo Pierre temió que estuviese leyendo su mente y supiese cuáles eran sus verdaderos pensamientos.

—No puedo preguntarle por ello más veces. Y si tú no tienes acceso a sus papeles no tenemos forma de saber cómo se queda con el dinero. Y, en cualquier caso, ¿qué haremos? ¿Robarle?

—¿Se te ocurre otro modo de sacarle el dinero?

El francés le tomó la mano. Manuela pensó en voz alta mientras sus ojos centelleaban a la luz

de la tarde.

—¿Y su padre? —dijo.

—¿Qué pasa con su padre?

—Me has dicho muchas veces que su padre no sabe lo que estáis haciendo con el vino refinado. Que si se entera desheredaría a Víctor. Si lo amenazas con contárselo podríamos sacarle una buena cantidad.

Pierre dedicó unos segundos a rumiar aquella idea. Amenazar a Víctor con revelar lo que ocultaban en *lo hondo* no era mala idea. Al menos se aseguraría de conseguir una buena cantidad de dinero antes de regresar a Burdeos.

### III

En los salones de la Sociedad Casino Virgen de la Vega se daba cita cada tarde lo más selecto del pueblo. Sentados en sus butacas los miembros de la sociedad hablaban de política, del tiempo, de la pasada vendimia y demás asuntos. Mientras, se degustaban puros y se apuraban licores selectos.

Como no podía ser de otro modo, esos días, la mayoría de las conversaciones giraban en torno al fin de las obras de la línea ferroviaria entre Bilbao y Castejón de Ebro, que cruzaba la provincia de La Rioja en su totalidad de oeste a este. Entre sus apeaderos estaba el de Haro, mérito que Víctor no perdía oportunidad de atribuirse.

—Un brindis por el señor Arriola —exclamó uno de los presentes mientras alzaba su copa.

Un coro de halagos secundó la propuesta. El asunto del tren había granjeado a Víctor gran popularidad e incluso entre los afines a posiciones más progresistas se lo tenía en gran estima y se le respetaba. Unirse al asunto del tren en el momento oportuno resultó ser una jugada maestra y su carrera en política seguía avanzando de modo fulgurante.

Víctor se puso en pie y con fingida humildad acalló a la multitud.

—Ya nos dirá usted cómo es compartir vagón con Espartero o el mismísimo coronel Murrieta —bromeó uno de los presentes.

La inauguración de la línea a la que, evidentemente, el político había sido invitado, se realizó a finales de agosto. En un vagón preparado para la ocasión se dieron cita las autoridades de Vizcaya, quienes recorrieron todo el trayecto, y las de La Rioja, que subieron en Logroño. La negativa a realizar una parada en Haro para recogerlo fue un menosprecio que se limitó a ignorar. Finalmente, él cogió el tren en Miranda de Ebro, donde se sirvió un refrigerio para los presentes.

Había sido su momento de gloria. Al pasar por Haro la gente se apiñaba junto a las vías para ver pasar el ferrocarril. Para muchos, aquella era la primera vez que veían el invento, y hacían grandes aspavientos cuando la locomotora pasó silbando y soltando humo. Ufano y henchido de orgullo, Víctor contemplaba todo desde la ventanilla del vagón de autoridades.

En esos instantes se acercó uno de los camareros de la sociedad que, indicándole que tenía una visita, lo sacó de su ensimismamiento. Víctor se excusó de su pléyade de aduladores y se

alejó a un pequeño saloncito aparte donde ya lo esperaba Manuel Ureña. Víctor pidió un café y se acomodó en un sillón.

El encargado se plantó de pie frente a su patrón, con la cabeza gacha y la gorra en la mano. Víctor lo miró irritado por la intromisión, tratando de descubrir el motivo de su presencia en el café de la sociedad. Aquellos salones era el único lugar en el que podía sentirse libre desde la llegada de su padre.

Llegó el camarero con una bandeja con una taza de café que dejó en la mesita. La Sociedad Casino estaba vetada a trabajadores como el encargado, al que ni siquiera se le ofreció la posibilidad de tomar algo. A pesar de su pose sumisa, Víctor intuyó que Manuel ansiaba ser miembro de aquella selecta sociedad.

—¿Qué quieres? —le dijo mientras removía el azúcar de su café.

El humo de los cigarrillos y el olor de los licores flotaban en la estancia.

—Verá, don Víctor, yo quería hablar con usted.

—¿Y no podías hacerlo en la bodega?

Había un deje de desprecio en las palabras del patrón que Manuel ignoró a sabiendas.

—En la bodega está el padre de usted. He creído que aquí podríamos hablar con tranquilidad.

Los ojos del encargado se posaron en la pequeña butaca libre a la derecha de Víctor. Este se desentendió de aquella sutil indirecta y con la mano le conminó a empezar.

El encargado tragó saliva y se irguió todo lo alto que era para darse ánimos. Sabía que lo que tenía que decir no iba a gustar al patrón.

—Yo quería hablarle de Pierre —arrancó.

—¿Qué pasa con él?

—Desde que ha llegado me he estado fijando en él y no es trigo limpio, don Víctor. No da palo al agua en todo el día y se pasea de aquí para allá con las manos en los bolsillos.

—¿Acaso le pagas tú el jornal? ¿Qué te importa a ti lo que haga o deje de hacer?

—No, don Víctor, pero el asunto del vino al estilo francés no avanza, usted mismo puede verlo.

Con un seco ademán, Víctor cortó la conversación. Sabía de sobra que Manuel no guardaba ninguna simpatía por el francés.

—Si eso es lo que has venido a contarme te podías haber ahorrado el viaje. Pierre cuenta con mi total confianza en ese tema. ¿Tienes algo más que decir? —replicó en tono iracundo.

El encargado decidió no andarse por las ramas y contar lo que sabía.

—Le he pillado entrando a su despacho cuando usted no está. Aquellas palabras surtieron su efecto y Víctor le prestó atención. —¿Qué es eso de que ha entrado a mi despacho?

—Pues eso, que lo he visto merodear por su despacho en su ausencia. Digo yo que al francés no se le ha perdido nada allí.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Cuántas veces lo has visto? —Víctor se removió inquieto en la butaca. Absolutamente nadie, excepto Miguel, entraba en la pequeña oficina de la bodega sin que él estuviera presente.

—No hará ni dos semanas. Que yo sepa dos veces, pero a saber si había entrado antes.

—¿Y estás seguro de que no me estaba buscando a mí?

—Seguro, don Víctor. —La confianza que mostraba el encargado acabó por convencer a Víctor. ¿Qué andaba buscando Pierre en el despacho? Si de algo se había asegurado era de que no

hubiese un solo papel en el mismo sobre lo que se hacía en *lo hondo*. La presencia del francés no estaba justificada de ningún modo. Manuel vio la oportunidad perfecta para seguir ahondando en el tema—: Además, me ha llegado que el precio de ciertas cosas que le pide no es el real, sino que lo infla, supongo que para sacar tajada.

El encargado obvió el nombre de Ángel a propósito. No quería compartir el mérito de desenmascarar al francés. El semblante de Víctor se ensombreció por completo. A la luz de aquella revelación su cabeza era una espiral de pensamientos atropellados. ¿Tan ciego había estado?

El encargado se permitió el atrevimiento de sentarse en la butaca al lado de su patrón. Sumido como estaba en sus propios pensamientos, este no prestó atención a aquel acto. Manuel prosiguió enumerando los cargos contra el francés.

—Y en cuanto tiene oportunidad coge la diligencia a Logroño. Que yo mismo me he tomado la libertad de seguirlo unas cuentas veces y a la que usted no está en la bodega se va a la capital.

Víctor abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Qué acabas de decir?

—Que se va a Logroño en cuanto puede. Varias veces por semana incluso.

De repente Víctor lo vio claro. Recordó el encuentro con Pierre cuando iba del brazo de Manuela.

¡Se había dejado engañar como un niño!

## IV

Sentado frente a la mesa del despacho de la bodega, Miguel estaba a punto de darse por vencido. Por más veces que revisara los libros de cuentas todo parecía en orden. Cada real que entraba en la bodega estaba reflejado en ellos. Cada gasto con su correspondiente asiento contable. O su hijo era un maestro ocultando sus pasos o él estaba equivocado. En cualquier caso, la bodega era rentable y dejaba un buen beneficio cada año. Quizá Víctor se merecía algo de crédito, al fin y al cabo.

Desesperado, se levantó de la silla y caminó hasta la cristalera que se abría a la bodega. Con las manos en la espalda observó el trajín del lugar. La vendimia había concluido hacía unas semanas y todos los trabajadores se afanaban en su labor. Todo parecía en orden en el negocio. Se dijo que regresaría a Vitoria al día siguiente. No tenía ningún sentido seguir allí. Si Víctor escondía algo estaba enterrado bien profundo...

¡Bien profundo!

De repente sintió que por su cabeza surcaba un pensamiento clave. Se permitió unos segundos para ordenar sus ideas y después salió fuera con precipitación. Tomó una lámpara de aceite que prendió y a grandes zancadas se internó escaleras abajo. Hasta *lo hondo*.

Había recordado que unos meses atrás alguien colocó una pila de enseres en el último piso de los calados. ¿Y si tras ella Víctor ocultaba algo?



Descendió los escalones con el corazón bombeando con fuerza y la intuición gritando a todo volumen en su cabeza. Sus pies casi volaban por la empinada escalera que se adentraba bajo tierra.

Un viento húmedo gemía por los túneles, agitando la llama del candil. Tras caminar un poco se topó con la misma muralla de enseres. Dejó la lámpara en el suelo y miró. Allí se apilaban cubas antiguas, pellejos inservibles, toneles que habían conocido mejor vida. Cuando Miguel inspeccionó la bodega la primera vez no cayó en la cuenta, pero ¿para qué almacenar aquellos enseres inservibles? Parecía claro que su único propósito era impedir el paso.

Con energías renovadas por ese pensamiento comenzó a mover alguno de los enseres y creó un pequeño pasillo entre ellos que le permitió pasar de lado. Cogió la lámpara y se adentró más en los túneles.

La humedad allí era más pronunciada. Un goteo continuo e intermitente se escuchaba con claridad y una corriente de viento soplaba con tanta fuerza que hubo de usar su mano a modo de pantalla para impedir que el candil se apagase. De todos modos, no parecía haber gran cosa en aquel túnel. La anchura del pasadizo era menor a medida que se internaba, pero allí no había nada. Solo la humedad y el polvo acumulado durante décadas. Miguel cayó en la cuenta de que aquella era la primera vez que estaba en aquella parte de la bodega, a la que los trabajadores llamaban *lo hondo*.

Siguió caminando hasta que se topó de frente con una pared sin excavar. El túnel moría allí mismo, en un pequeño nicho sin salida.

Miró alrededor. Nada. ¿Su intuición le había fallado?

Estaba a punto de darse la vuelta cuando dio con ello. En uno de los laterales había una pared hecha de ladrillo con una puerta de madera de hoja doble. Una sencilla inspección le permitió ver que tanto la puerta como la pared eran recientes.

Desanduvo el camino a toda velocidad. Volvió a pasar entre la pila de enseres y se encaminó a las escaleras.

—¿Quién de vosotros trabaja en *lo hondo*? —dijo a voz en cuello una vez regresó al primer piso.

Los trabajadores dejaron lo que estaban haciendo y se miraron entre sí para después posar sus ojos en el patrón sin entender qué pasaba.

Miguel volvió a repetir la pregunta, esta vez en un tono más colérico.

—Nadie, don Miguel —respondió uno de ellos—. *Lo hondo* está prohibido desde hace años. Allí no trabaja nadie.

Miguel se acercó a enérgicas zancadas al trabajador que había hablado.

—¿Quién ha prohibido esa zona?

—Su hijo.

—Alguien tiene que trabajar allí.

—Como no sea el francés —dijo otro.

—¿Qué francés? —interrogó autoritario el amo.

—Pierre.

Miguel se quedó unos segundos pensando en aquel nombre. ¿Dónde lo había oído? De repente recordó. ¡Burdeos!

Ahora estaba seguro de saber qué escondía Víctor.

Maldiciendo en voz alta, regresó al despacho.

## V

Los avíos que llevaban a Marcos a la villa le hicieron callejear un buen rato. El trazado de Cienfuegos era una cuadrícula casi perfecta que dibujaba un pueblo ordenado que se asomaba a la bahía.

Muy cerca del puerto detuvo su caminar y se plantó frente a un edificio enalado con porche y al que se accedía a través de una maltrecha escalera. Lanzó una breve mirada a ambos lados de la calle antes de decidirse a ascender los seis peldaños de madera.

Nada más poner un pie en el porche se abrió la puerta y le salió al paso un negro alto y fornido como un roble.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le dijo con recelo.

Plantado en el umbral de la puerta ocupaba este casi por completo. Marcos pensó que tenía una fisonomía más propia de un herrero que del refinado platero que en realidad era.

—Vengo de parte de doña Renata.

El negro lo estudió de arriba abajo hasta el punto de hacerle sentir incómodo. Parecía decidir si aquel blanco era de fiar. Por fin, tras unos segundos que parecieron durar el doble, el negro asintió y le indicó que le siguiera al interior de la vivienda.

—Y bien —le dijo, cerrando la puerta tras de sí—, ¿qué es lo que quiere?

Marcos barrió con la mirada la vivienda. El lugar presentaba un sorprendente aspecto ordenado y limpio para tratarse de un lugar de trabajo. Le agradó al instante lo que veía.

—Quisiera regalar una joya a alguien que me es amado y doña Renata me dijo que usted me enseñaría algo para elegir.

El platero era un antiguo esclavo ahora liberto y que, como tantos otros, se había instalado en las ciudades donde podía ganarse la vida como artesano. Con un gesto le conminó a seguirle hasta un pequeño mostrador al fondo del taller.

Sacó un pequeño fardo de tela de un cajón y lo desenrolló. Dentro había una decena de piezas de delicada factura elaboradas en plata y demás pedrería. El español se inclinó sobre el mostrador para verlas mejor. Aunque hechas con piedras sencillas, estaban bien elaboradas y poseían un acabado excelente. Alabó el gusto de la anciana cocinera al recomendarle a aquel antiguo esclavo.

Había camafeos, sortijas, pulseras, pendientes y alguna que otra alhaja de escaso valor, pero, al final, se decantó por un relicario de la Virgen de la Caridad de Cobre. Se lo acercó para mirarlo con detenimiento. La joya tenía una imagen de la Virgen y estaba adornada por un discreto marco de delicadas filigranas en plata. Aunque sencilla, estaba seguro de que a Elena le gustaría. Bautizada al pisar tierra cubana, la joven había desarrollado un sentimiento religioso que solía sorprender a Marcos.

—Me quedo este —le dijo al platero, tendiéndole el relicario—. Quisiera grabarlo por detrás

si es posible.

El platero asintió y se alejó hasta el otro lado del taller para proceder con el grabado.

Mientras el antiguo esclavo se afanaba en su labor, el riojano se dio cuenta de que era relativamente joven para haber sido emancipado por su amo. Se preguntó si no se trataría en realidad de un cimarrón o de un esclavo liberado de algún barco negrero. Los barcos ingleses patrullaban constantemente los mares del Caribe y tenían libertad para inspeccionar cuanto barco les pareciese sospechoso de llevar esclavos en sus bodegas. Cuando eso sucedía se liberaba a estos, quienes, al no poder regresar a los países donde habían sido capturados, se asentaban en Cuba.

Cuando el platero concluyó, le entregó la alhaja. Pagó el precio que este solicitaba por ella, una pequeña fortuna para el salario de un jornalero, pero salió de la casa con el alma henchida de gozo. Se moría de ganas de darle el regalo a Elena. Con paso veloz regresó a las cuadras.

Al llegar vio que el carro tenía las tres mulas amarradas detrás y todo estaba preparado para partir, pero un gran alboroto en el interior le hizo acelerar su caminar. Temiéndose lo peor cruzó la puerta.

Dentro se encontró a Evaristo, vara de cuje en mano, dispuesto a medir el lomo al establero. Detrás de él los dos esclavos del asturiano le miraban con ojos desorbitados, como si ver a un negro alzando la mano sobre el amo fuese la cosa más inesperada del mundo que pudiesen presenciar. A grandes zancadas, Marcos se plantó a su lado y le arrebató la vara, justo cuando el muchacho se disponía a azotar al asturiano. Este chillaba implorando perdón y protegiéndose con las manos. Al ver que un blanco venía en su ayuda se envalentonó.

—¡Este condenado moreno se ha atrevido a alzarme la mano! —bramó, señalando al chico con un dedo rechoncho y rosado.

El esclavo se lanzó a por él y Marcos tuvo que esforzarse para frenar el ímpetu del chico. De un empujón lo apartó todo lo lejos que pudo.

—¡Exijo que este negro sea castigado por lo que ha hecho! —seguía rugiendo el establero.

—Ha pegado a sus esclavos por una menudencia, es un animal y un mal bicho —se defendió Evaristo.

Entre ambos hombres Marcos intentaba sosegar los ánimos. A empellones logró sacar hacia la puerta a su esclavo.

—¡Espérame fuera! —le ordenó.

Finalmente, y aunque a regañadientes, el chico se encaminó hacia el exterior. El de Haro suspiró aliviado, pero esa pausa duró menos de lo esperado. En un descuido, el tratante intentó arrebatarse la vara de las manos y lanzarse sobre Evaristo. Marcos lo empujó sin ningún miramiento. El hombre acabó por los suelos. El esclavo salió al exterior con sus ojos ardiendo de cólera.

—¡Dame esa vara, que si tú no sabes cómo hay que tratar a estos cerdos ya me encargo yo! —Restalló el asturiano, poniéndose en pie.

Marcos hubo de refrenar las ganas de azotar con la vara a aquel asqueroso. Intentó hacerle entrar en razón.

—Deja que de eso me encargue al llegar al ingenio —mintió.

Pero el asturiano no cejaba en su empeño.

—¡Exijo mi derecho a reparar esta afrenta! —chilló. Su cara congestionada por la rabia estaba

a un palmo del rostro del riojano.

—Un cerdo como tú no le pondrá la mano encima.

El asturiano le miró atónito, como si hablase un idioma diferente al suyo.

—¿Es que ahora eres amigo de los negros? —dijo con todo el odio que le cabía dentro—. Voy a llamar a las autoridades.

El asturiano dio un paso decidido en dirección a la calle. Marcos se apresuró a llegar a su altura y extrajo el saco con monedas de entre sus ropas.

—Cincuenta pesos más por mula —ofreció mostrando las lustrosas monedas.

Aquello hizo mella en el tratante de ganado. Se lo quedó mirando un instante mientras se rascaba la papada. Al fin accedió, no sin antes lanzar una advertencia:

—Que no vea yo a ese moreno otra vez por mis establos o lo descalabro de un golpe.

Recogió las monedas con un brillo avaricioso en sus ojos y se perdió. Marcos arrojó la vara a una esquina del establo y salió a la calle. Iba cavilando cómo justificar el alto precio pagado por las mulas al llegar al ingenio. Antes de cruzar el umbral lanzó una última mirada cargada de lástima a los dos esclavos del asturiano. Estos todavía tenían en susto en el cuerpo y temblaban de miedo ante lo vivido.

Ya fuera, Evaristo lo aguardaba junto a la puerta. Con una seña el español le conminó a subir al carro. Después se aseguró de que las mulas recién compradas, y que tan caras habían resultado, estaban bien afianzadas al carro. Cuando estuvo satisfecho subió de un salto al pescante y, rienda en mano, azuzó a los animales. Salieron de la ciudad sin cruzar una palabra.

Un rato después, dejado atrás Cienfuegos, Marcos rompió el silencio.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Esa mala bestia pega a sus esclavos sin ninguna razón —se defendió el otro.

—¿Y crees que les has ayudado? La paliza que les aguarda es culpa tuya. Ese animal va a pagar su rabia con ellos esta misma noche.

—Algún día los esclavos se alzarán y esta isla arderá por los cuatro costados —vaticinó el muchacho.

Había un deje de odio en aquellas palabras. Marcos lo entendía. De haber corrido la misma suerte que tantos esclavos, habría sido capaz de todo para recuperar su libertad. Sin embargo, no quería que el muchacho se creara falsas esperanzas.

—Algún día, Evaristo. Pero ese día aún está lejano.

El esclavo se sentía enrabiado, pero entendió que Marcos no era el enemigo. Se obligó a serenarse. Clavó sus ojos en el horizonte a la par que hablaba:

—En cuanto acabe la zafra, usted, Elena y yo nos iremos de aquí para ser libres.

Marcos lo miró con afecto.

—En cuanto acabe la zafra, te lo juro.

Pararon a comer a un lado del camino, justo cuando el tren recorría las vías en dirección al sur.

A media legua antes de llegar a La Leal el carro donde viajaban traqueteaba con lentitud. El sol estaba a punto de meterse en el oeste y un cielo anaranjado, como de cobre, brillaba sobre sus cabezas.

Tras el recodo de una curva los aguardaba un esclavo. Estaba sentado junto al camino y al ver llegar el carro se incorporó y se plantó frente a él. Marcos detuvo el tiro con un vigoroso esfuerzo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó, inclinándose sobre el estribo.

Se trataba de un muleque, un esclavo que no llegaba a los ocho años, y al que Marcos tenía visto de la hacienda.

El chico respondió en su idioma natal. Era la primera vez que el español escuchaba a un esclavo expresarse en su lengua originaria, hacerlo estaba tajantemente prohibido en el ingenio bajo pena de doce latigazos. Evaristo saltó a tierra y se apresuró a interrogarlo. Cuando concluyó una breve charla entre ambos, el chico se alejó a la carrera y Evaristo subió de nuevo al carro en silencio, su rostro reflejaba una honda preocupación.

—¿Qué ha dicho? —le interrogó Marcos.

—No podemos regresar al ingenio. Tenemos que huir a la selva.

El riojano enarcó las cejas.

—¿Qué locuras estás diciendo?

—Doña Renata ha enviado a ese chico para avisarnos. No podemos regresar a la hacienda. Si vamos somos hombres muertos. Don Ernesto ha declarado que los dos intentábamos escapar poniendo como excusa la visita a Cienfuegos.

Marcos lo miraba sin entender lo que le estaba diciendo. Lo que estaba contando el chico no tenía ningún sentido.

—¡Pero eso es mentira!

—Dígaselo a don Matías. A mí me colgarán por intentar escaparme y a usted lo podrán en el cepo por intentar robar una propiedad del amo y le darán unos cuantos latigazos. Siendo el capataz el encargado de propinarle el castigo no creo que tenga mejor suerte que yo mismo.

El español sacudió la cabeza negando la realidad que se les echaba encima.

—¿Y Elena?

Evaristo le miró con fijeza. El muchacho tenía los labios fruncidos en una expresión de rabia.

—Huiremos a la selva durante unas semanas y después, cuando las cosas se calmen, volveremos por ella.

—¡No pienso dejarla allí! —dijo, revolviéndose, Marcos.

Evaristo lo retuvo asíéndolo con fuerza por el brazo.

—Nada la relaciona con nosotros. Estará con ella en unas semanas.

Marcos acabó por ceder a la evidencia.

—De acuerdo. Pero solo unas semanas. Cuando la zafra acabe iremos por ella.

Nos les quedaba otra.

Marcos tomó las riendas del carro y lo condujo hasta alejarse del camino. A suficiente distancia liberaron a las mulas y tan solo se quedaron dos de las recién llegadas, que utilizarían para internarse en el bosque. Cogieron cuanto les fuera de utilidad del carro y se alejaron sin saber qué les depararía el mañana.

Mariola estaba decidida. Tras años de aguantar en silencio un matrimonio que la hacía infinitamente desgraciada, de aguantar infidelidades y desplantes y soportar las constantes ausencias de Víctor, había llegado el momento de recuperar su dignidad. La muerte de su madre tres meses atrás era la gota que colmaba el vaso. Al funeral y posterior entierro de Matilde no asistieron ni Inés ni su marido. La ausencia de sus suegros era algo con lo que ya contaba, pero que Víctor argumentara asuntos que lo requerían en Logroño para no asistir fue decisivo para tomar aquella decisión. La jugosa herencia de su madre, de la que era única beneficiaria, ayudó también a decantar la balanza. Estaba decidido, dejaría a Víctor.

Aislada en aquel enorme caserón que era el palacete de los Arriola solo podía contar con la lealtad de Carmen. Era la única persona a la que podía llamar amiga. Durante la cena la llevó a un aparte y la citó en su habitación cuando se quedase liberada de sus obligaciones. Además, le pidió que fuese discreta.

Poco antes de las diez, Carmen entró haciendo una sentida reverencia. Era un acto mecánico que el ama de llaves practicaba de modo automático, ya que entre las dos mujeres sobraba.

—¿Qué se le ofrece? —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

La señora señaló el hueco que quedaba libre en la cama que ocupaba.

—Ven, siéntate conmigo —ofreció.

El ama de llaves obedeció. Carmen no dejaba de preguntarse cuál era la razón por la que doña Mariola la había llamado. No era habitual que la solicitase en su habitación y de modo tan reservado.

A pesar de la urgencia, la señora parecía no arrancar. Multitud de palabras se agolpaban en su pecho, pero ninguna parecía decidirse a salir.

—Voy a solicitar la nulidad matrimonial —soltó.

El ama de llaves se quedó con la boca abierta sin saber qué decir.

—Lo he estado mirando y en mi caso existen motivos para solicitarla. El continuo abandono del hogar por parte de Víctor y su nulo interés en Alejandro están de mi lado.

—Con esos motivos ningún tribunal eclesiástico le va a dar la razón. Si fuese por el desinterés de los hombres por sus hijos o sus ausencias no quedaría un solo matrimonio en España. Se necesitan razones de peso para que se la concedan.

—También están sus infidelidades repetidas.

Carmen no quería escuchar lo que sucedía con los señores. Sabía que a la larga aquella información acabaría volviéndose contra ella. Hizo amago de levantarse de la cama. Doña Mariola la retuvo poniéndole la mano en el hombro.

—¿Crees que no sé de sobra que durante estos años ha visitado la pensión de doña Tomasa todas las semanas? Y si ahora no lo hace es porque tiene una querida en Logroño. ¿A santo de qué pasa la mitad de las noches allí si no es por eso?

—Ese es un asunto que deben resolver ustedes, señora. Yo no pinto nada en ello —sentenció Carmen. Se levantó para encaminarse hacia la puerta.

—Eres todo lo que me queda. No tengo a nadie más a quien contárselo. O te lo cuento a ti o se me pudre en el pecho de tanto guardarlo.

Mariola se derrumbó y estaba a punto de echarse a llorar. El ama de llaves entendió que no podía irse de aquella manera. Durante años había sido el paño de lágrimas de la desventurada mujer. Aunque algún día se arrepintiera de ello, aquel era el lugar donde debía estar. Regresó

junto a la cama y se sentó a su lado. La señora estalló en lágrimas nada más abrazarse a la sirvienta. Cuando se calmó, su voz era serena y firme.

—No me ha importado que me despreciara como mujer todos estos años. Pero me duele el trato que le da al pobre Alejandro. Víctor está cometiendo los mismos errores que Miguel cometió con él.

Carmen no podía estar más de acuerdo con aquellas palabras. Don Víctor casi no pisaba el palacete, y cuando lo hacía el pequeño se desvivía inútilmente por reclamar su atención.

—Pero eso no cambia el hecho de que ningún tribunal le concederá la nulidad.

—Si quiere triunfar en política, Víctor no puede permitirse que su mujer reclame el fin de su matrimonio. Antes transigirá en que me vaya de esta casa que dejar que se haga público. Estoy segura de ello. De hecho, es muy posible que tanto él como su madre sientan alivio al verme fuera de su techo. Seguiría casada con él, pero al menos no tendría que aguantar sus desplantes. Si con ello consigo al menos alejarme de este horrible caserón y tener un hogar para mí y para Alejandro me daré por satisfecha.

La sirvienta sintió una punzada de orgullo por su patrona. El valor que demostraba Mariola al tomar aquella decisión era encomiable.

—¿Y dónde piensa vivir?

—Podría mudarme a la vieja casa de mis padres, pero no necesito un lugar tan grande. He dado orden para que se ponga a la venta.

La mujer parecía tenerlo todo previsto. Aquella decisión no era fruto del momento. De improviso bajó la voz, como si temiese que alguien pudiera escucharla.

—He alquilado un bajo muy cerca de aquí. He hecho cálculos y podré mantenerme con la herencia que me dejó madre. Si Víctor no quiere aportar dinero por su hijo no se lo recriminaré. —La señora la agarró de las manos con fuerza—. Además, quiero que vengas conmigo.

Carmen la miró confusa. ¿Irse con ella? Mariola se apresuró a explicarse.

—No tendrás el puesto de ama de llaves, porque no habrá un servicio del que hacerse cargo, solo estaremos tú y yo. Pero mantendrás el mismo jornal y horario. También tendrás que cocinar, pero a cambio el bajo es tan pequeño que su cuidado casi no te requerirá tiempo.

Carmen sopesó aquella idea unos segundos. Accedió al ver los ojos de súplica de Mariola. Ambas mujeres se abrazaron con fuerza. Era el comienzo de una nueva etapa para las dos.

## Capítulo 19

### I

Víctor vio a la pareja salir de la pensión y sintió una punzada de dolor tan honda que a punto estuvo de llevarse la mano al pecho. Manuela y Pierre dejaron atrás el portal y caminaron calle abajo cogidos del brazo. Ordenó al cochero que les siguiera desde una distancia prudente.

La pareja caminó hasta llegar al cruce de una calle donde se despidieron con un beso largo y ardiente. Víctor volvió a sentir un profundo dolor. El dolor de la traición y de la mentira. Oculto gracias a la capota del coche simón, pasó a su lado sin que se percataran de su presencia. Refrenó el impulso de echar pie a tierra y encarárselos ahí mismo y giró la cabeza para no verlos.

El resto de la mañana la pasó sin rumbo fijo. Despidió al cochero y poco antes de la hora de la comida se plantó frente a la puerta del piso que había alquilado para Manuela. Sintió tanta rabia como dolor por haber sido tan inocente. Extrajo el llavín de su bolsillo y abrió.

—¡Víctor! Me has asustado. No te esperaba hoy —exclamó en el pasillo una sorprendida Manuela.

El hombre no dijo palabra alguna. Usando el bastón pasó a su lado sin ni siquiera mirarla y se internó en el piso. El sonido de su apoyo resonaba más que nunca en el gastado suelo de madera.

Ya en el salón se dejó caer en la butaca y se quedó mirando a través de los ventanales. Fuera el mercado bullía de actividad. Manuela se sentó frente a él.

Tras un incómodo silencio, Víctor arrancó a hablar y no se anduvo por las ramas.

—Sé lo tuyo con Pierre —dijo a bocajarro. Si aquellas palabras tuvieron impacto en la cordobesa no se notó. Su bello rostro permanecía inmutable. Incluso cuando su amante le demandó una respuesta—. ¿Por qué, Manuela? —La mujer se encogió de hombros. Víctor prosiguió—: ¿No tenías todo cuanto querías? ¿Acaso te faltaba algo? —Señaló con sus brazos el piso. La cordobesa siguió mostrando un semblante inexpugnable—. ¿Crees que Pierre te dará algo que yo no pueda darte? En cuanto se entere de que sé lo vuestro te dejará. No sé qué fantasías te ha metido en la cabeza, pero puedes olvidarte de ellas.

La mujer se irguió con un ágil movimiento y se tendió a los pies de Víctor. Su futuro dependía de lo bien que interpretara aquel papel.

—Eso es, él me convenció. Me conocía de la pensión de la Tomasa. Era fijo allí. Me amenazó con hacer público mi pasado, con arruinar nuestra vida.

Víctor estalló en carcajadas.

—Os he visto salir de la pensión esta mañana. Deja de actuar. Manuela entendió que aquello



era inútil. Se apartó del hombre y se echó a llorar. Esta vez no había ni un ápice de mentira en sus lágrimas.

—Es esta casa. Esta vida. Lo podía soportar cuando me comprabas para un rato. A mí me daba igual si eras cojo, tuerto o manco. Solo eras una mercancía defectuosa de la que me hacía cargo por un precio. Como el resto de vosotros. Nos usáis, nos olvidáis y a otra cosa. No hay mucha diferencia con un matrimonio real, es verdad, pero al menos vuestras esposas no tienen que pasarse el día entero esperando que aparezcáis para mendigaros un poco de atención.

—El francés no te dará ni una parte de lo que yo puedo darte.

—¿Crees que no lo sé? También sé que me olvidará en cuanto envejezca y no sea joven y bonita. Como lo harás tú. Antes me comprabas con monedas, ahora lo haces con esta vida que durará hasta que te canses de mí.

Víctor se quedó sin capacidad de respuesta ante esas palabras. Esperaba un segundo intento para convencerlo de su inocencia o incluso que suplicara su perdón. En cambio, Manuela estaba siendo totalmente honesta.

La mujer se puso en pie y se sacó por los hombros el ligero vestido que llevaba puesto. Después se quitó el corsé y completamente desnuda se arrodilló frente a él.

—Soy tuya. Tú me compraste. Haz conmigo lo que quieras.

Víctor la contempló atónito mientras las palabras se negaban a acudir a su boca. El destino inmediato de la mujer dependía de él. Saberlo hizo que la desease con más ansia que nunca. Pero no era solo el deseo lo que batía en su pecho con fuerza. Era algo más. Algo que no había sentido antes. Tenía poder absoluto sobre otra persona.

Se levantó despacio y se le acercó hasta colocarse sobre ella. Alzó la barbilla y la contempló desde la altura con superioridad.

—Te quedarás aquí mientras yo así lo desee. Me esperarás cada día y solo saldrás del piso cuando yo te lo diga. Si un día no aparezco ese será el día más triste de tu vida. Cuando cruce el umbral de esa puerta será el más dichoso. A cambio, no te faltará de nada.

Manuela hundió la cabeza en su pecho y asintió con un gesto apenas perceptible.

Sin mediar palabra, Víctor la abofeteó con saña y ella le devolvió una mirada sumisa y dócil. Volvió a abofetearla y Manuela respondió del mismo modo manso.

Cuando su rabia se convirtió en lujuria la tomó en el mismo suelo

## II

Antes de la hora de la siesta Víctor encontró a Pierre en un café recién abierto muy cerca de la plaza de la verdura de Logroño. El francés estaba sentado a la mesa con una taza medio vacía de café. Con andar renqueante pero firme se encaminó en su dirección.

El francés alzó la cabeza y no pudo evitar una mueca de sorpresa al verlo allí plantado.

—¡Víctor! —balbució—. Te hacía en Haro.

—Lo mismo pensaba yo de ti. ¿Qué te trae tanto por Logroño?

El francés dio un sorbo a su café en un intento de parecer calmado, pero sus manos temblaban ligeramente.

—El aburrimiento, querido amigo. Haro es un lugar que se me hace pequeño.

—¿No tienes bastante con la pensión de la Tomasa?

Al de Burdeos se le heló la sangre en las venas al escuchar el comentario, pero respondió con una fingida sonrisa de medio lado.

Víctor se sentó junto a él y con señas ordenó que se le sirviese un café.

Ninguno de los dos pronunció palabra alguna hasta la llegada del camarero con la humeante taza. El ruido de las conversaciones y de las fichas de dominó golpeando las mesas cercanas llenaba el lugar. A esas horas, todo Logroño se daba cita en aquel café.

Hastiado del incómodo silencio el francés apuró su café y se dispuso a levantarse.

—Tendrás cosas que hacer —dijo a modo de mala excusa.

El brazo del patrón lo retuvo.

—Quédate —ordenó en un tono que no dejaba lugar a dudas.

El francés obedeció.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Víctor dio un largo sorbo a su taza antes de responder.

—Unas semanas solo. Manuel me puso tras el aviso.

Pierre se mordió los labios por pura frustración y trató de explicarse. Un ademán enérgico de Víctor lo detuvo.

—Me importa muy poco lo tuyo con Manuela —mintió—. Lo que de verdad me tiene intrigado es saber qué buscabas en mi despacho.

El de Burdeos palideció. Eso sí que no se lo esperaba. Maldijo su suerte y con precipitación trató de ordenar sus ideas. Había sido muy descuidado. Desesperado, trató de ganar tiempo echando la culpa a la cordobesa.

—Yo no quería, Víctor. Manuela me obligó...

Víctor se echó a reír.

—Sois como ratas, en cuanto el barco se hunde tratáis de huir de él, pisándoos entre vosotros si hace falta. ¿Sabes que ella ha hecho lo mismo? Dime la verdad. ¿Qué buscabas en mi despacho?

—El de Burdeos no dijo nada. Víctor exigió—: ¡Dímelo!

La sonora palmada sobre la mesa hizo que se derramara parte del café y que un buen número de curiosos los mirara. Víctor estaba congestionado por la rabia. Pierre respondió con voz calmada:

—Tu dinero. Lo que siempre hemos buscado los dos de ti por separado. Manuela se enteró de que estabas robando dinero de la bodega de tu padre y quise sacarte más de lo que ya te saco por ese camelo del vino refinado. No puedes ser tonto además de cojo. ¿Crees que ella te quería de verdad o que yo creía en tu estúpido sueño de hacer vino francés en este sitio?

—Lo que yo crea es cosa mía.

Víctor se relajó tras escuchar aquella confesión. Extrañamente al contenido de esta, la sinceridad con que el de Burdeos se expresaba lo llenó de una gran calma. Las ganas de pegar a aquel traidor se habían esfumado. Se reclinó en la silla y bebió un largo sorbo de su taza de café.

—¿Y ahora qué? —interrogó, insolente, el francés.

—Ahora nada. Te vuelves a Francia o te quedas aquí. Lo mismo me da. Pero si te quedas me

aseguraré de que nadie te dé trabajo en toda la provincia.

Pierre se rio sin ganas, frunció el ceño y puso las manos sobre la mesa. Si así estaban las cosas era mejor no andarse por las ramas. Se reclinó en la silla para hablar con aplomo.

—Quizá seas alguien, pero sin tu padre no tendrías ni un real.

Víctor se encogió de hombros.

—Eso te lo concedo.

El de Burdeos sonrió.

—Entonces dejemos las cosas claras y acabemos nuestra relación de un modo que sea beneficioso para ambos. Me da igual lo que hagas con Manuela, es tu mantenida, no la mía. Respecto a mí, dame una cantidad adecuada y regresaré a Burdeos. Si no lo haces hablaré con tu padre y le contaré lo que te traes entre manos. Le diré cómo le robas dinero a diario en la bodega.

—No tienes pruebas. De haberlas tenido ya me habrías chantajeado.

—Tal vez, pero sé que elaborar vino al estilo francés es algo con lo que él no está de acuerdo. Lo dejó muy claro en Burdeos. Si le cuento lo que guardas en *lo hondo* veremos si sigues siendo su heredero.

—Me temo que llegas tarde para eso. —El francés le lanzó una mirada confusa. Con parsimonia, Víctor dio un último y largo sorbo de su taza y lo miró por encima del borde de esta —. Mi padre se ha enterado de lo que guardamos en *lo hondo* sin tu ayuda. De hecho, salgo para Haro ahora mismo. Tienes razón, lo más seguro es que me desherede —dijo Víctor, sin que aparentemente le importase lo más mínimo aquella posibilidad.

Se levantó sin añadir nada más y salió del café dejando a Pierre sin palabras.

Después dirigió sus pasos a una cercana armería.

### III

Don Ernesto retrocedió y contempló su obra con pausado regocijo. Elena tenía el labio partido por la bofetada y un hilillo de sangre manaba de su boca. Pero el mayor dolor reposaba en lo más hondo de su ser. Atada de pies y manos a una silla sentía que su destino pertenecía a aquella mala bestia, que ahora la miraba con satisfacción. Nadie podía hacer nada por evitarlo.

—Debería dejar que algunos de los hombres te cataran —dijo el mayoral con una risotada—. No te muevas de aquí. Enseguida vuelvo.

Satisfecho de su propia broma, se encaminó a la mesa, de donde tomó una garrafa con aguardiente a la que dio un buen tiento. Después la miró divertido, se caló el sombrero y salió de la cabaña.

Elena se quedó en silencio. Los ruidos de la plantación llegaban amortiguados. Restaban varias horas de sol por lo que a los esclavos aún les quedaba mucho que hacer hasta que se fueran a sus barracones. A esas horas el ingenio estaría triturando caña de azúcar a su máxima capacidad. Imaginó a las bestias tirando sudorosas de las pesadas piedras que molían la caña y hasta casi pudo sentir el olor dulzón de la melaza obtenida.

Pensó en cómo había acabado allí. Amarrada a aquella silla en mitad de la cabaña del mayoral.

Al alba, don Ernesto entró en la casa tronando de furia y la sacó a rastras. Hubo miradas de miedo entre el resto de los esclavos domésticos, pero todos volvieron la cabeza hacia otro lado. Nadie podía impedir al mayoral hacer y deshacer a su antojo. En ausencia del amo, don Ernesto era el dueño de todos. Incapaz de entender las razones de aquello, Elena se dejó hacer creyendo que con su mansedumbre lograría que la dejaran en paz. No fue así.

Ya atada a la silla en el interior de la cabaña intentó razonar.

—Yo no he hecho nada, don Ernesto...

El mayoral la golpeó de sopetón y la sorpresa que se pintó en el rostro de la muchacha le provocó una cruel sonrisa.

Después, los golpes se sucedieron durante todo el día a intervalos irregulares. La dejaba a solas un buen rato y regresaba más tarde para volver a golpearla con saña. Elena no entendía nada, pero cada vez tenía menos fuerzas para defenderse. Al atardecer adivinó por qué estaba allí y supo que no había esperanza para ella.

—¿Tú y ese cerdo creíais que os saldríais con la vuestra? Marcos ya era hombre muerto y ahora me lo ha puesto más fácil. Pero antes me ocuparé de ti —le espetó el mayoral.

El mayoral había descubierto su gran secreto. Estaban condenados.

Ahora temía que en cualquier momento se abriera la puerta y don Ernesto trajera la noticia de que su amado había sido muerto nada más poner un pie en el ingenio.

Trató de mover las muñecas para recuperar el riego en ellas, desde hacía un buen rato las sentía entumecidas. De improviso rompió a llorar de modo incontrolable. Durante todo el día había respondido a cada bofetada e insulto del mayoral con silencio. Ahora el miedo se desbordaba en ella en forma de lágrimas. Tal y como vino, el llanto se fue, sustituido por el orgullo de una princesa africana. Decidió que tenía suficiente. Se sabía condenada y tan solo aspiraba a que su muerte salvase la vida de su amante.

Justo en ese instante regresó el mayoral. Se la quedó mirando con fijeza durante un segundo. Elena temió que le dijera que Marcos estaba muerto. Sin embargo, el encargado dejó de prestarle atención, se quitó el sombrero y se abalanzó sobre la frasca de aguardiente a la que dio un largo trago.

—¿Me has echado de menos? —dijo entre dientes, aún con la garrafa en las manos a la que dio otro tiento.

Bebió con tanta ansia que el aguardiente se desbordó de la garrafa y le manchó la pechera de la camisa. Se la limpió de modo distraído.

De pronto Elena sintió que el pavor que todo el mundo en la hacienda sentía por aquel hombrecillo era injustificado. Necesitaba el alcohol y sus armas para sentirse alguien. Sin él o sin su látigo no era nadie.

Una risa fresca la asaltó de improviso. Don Ernesto frunció el ceño, incapaz de entender a qué venía aquello.

—¿De qué te ríes, negra?

—De un pobre hombre como tú.

Con insólita rapidez se plantó junto a ella de dos zancadas y la abofeteó con tanta rabia que soltó un gruñido de placer.

Después se agachó y acercó su rostro hediondo al de la esclava. El aliento del portugués desprendía un olor acre a aguardiente que le hizo sentir ganas de vomitar.

—Mira a ver si te ríes ahora.

Elena calló, pero no lo hizo por temor a recibir otro bofetón. Aquel hombrecillo aún no lo sabía, pero había dejado de tenerle miedo.

El mayoral dio otro tiento al aguardiente. Mientras alzaba la garrafa se las ingenió para mirar con fijeza a Elena. Esta no le apartó la mirada. Después dejó la frasca sobre la mesa y se plantó de nuevo frente a ella.

—Os tenéis por listos, pero poco me ha costado saber que tú y ese sucio riojano os encamabais en cuanto teníais ocasión en el cobertizo del establo. No pasa nada en La Leal sin que yo lo sepa.

—¿Y qué es lo que quiere de mí? —preguntó, arrogante, Elena.

—Tú no eres el plato principal, eso te lo aseguro. Ese honor se lo reservo a Marcos. En cuanto la noticia de que estás presa le llegue, ese idiota vendrá a rescatarte. Se meterá en la boca del lobo él solito.

Elena entendió la jugada del mayoral. No pensaba dejar que se saliese con la suya. Trató de hablar con el tono más resentido que le fue posible. Debía engañar al mayoral.

—¿Rescatarme? Marcos debe de andar ya en la otra punta de la isla, y aunque se enterase de que me tiene encerrada aquí no va a venir a rescatarme. Es otro blanco más que me usó y se cansó de mí.

El portugués se echó a reír. Dio un nuevo trago a la frasca y retrocedió unos pasos. Dejó el alcohol sobre la mesa y con las manos a la espalda caminó por la estancia sabiéndose dueño del destino de la chica.

—No intentes engañarme, negra. Sé de sobra que lleváis viéndoos desde hace dos años. Por supuesto que vendrá. Y está mucho más cerca de lo que crees.

## IV

En el cielo el sol ya se había metido cuando Víctor descendía en el montacargas hacia las tripas de la bodega. Sus ojos estaban fijos en algún lugar más allá de la plataforma mientras esta traqueteaba en sus rieles.

A su mente no llegaba nada excepto recuerdos de lo sucedido aquel día. La traición de Pierre y Manuela era un recordatorio de que nunca nadie volvería a burlarse de él. Algo que no olvidaría el resto de su vida. No permitiría que nadie se interpusiera en su camino. Aunque tuviese que hacer lo que fuera necesario. Asió con fuerza el revólver que llevaba en el bolsillo del gabán; un Lefauchaux de 1858 de cartucho de espiga.

La plataforma se detuvo y echó a andar con decisión quinqué en mano. El sonido del bastón resonaba en el silencio que reinaba en los calados.

Poco después vislumbró entreabierta la puerta de *lo hondo*. En el interior titilaba la luz de una

lámpara. Era Miguel. Víctor entró con decisión, depositó la lámpara que llevaba en un nicho de la pared y caminó hasta colocarse junto a su padre. Este lo esperaba de espaldas a la puerta. Sus ojos estaban fijos en los enormes depósitos que se alzaban en medio de la estancia.

—¿Cuándo empezaste con esto? —preguntó.

—Hace tiempo. Pero lo que ves es nuevo. Se instaló hace un año.

—¿Pierre?

A pesar de estar de espaldas a él, Miguel supo que su hijo asentía. Víctor se calló lo sucedido con el francés. Su padre continuó hablando, daba la impresión de hacerlo para sí mismo. Su voz apenas se proyectaba fuera de la garganta.

—Llevo todo el día aquí, intentando entender qué te mueve a desobedecer a tu propio padre, arriesgando tu herencia. Y al final creo que lo he entendido.

—Un poco tarde, ¿no cree, padre? —dijo con ironía Víctor.

Miguel lo miró como si hasta entonces no hubiese sido consciente de que se hallaban bajo el mismo techo. Dibujó una mueca insondable.

—Quizá —se limitó a replicar.

Víctor resolvió que si existía un momento para decirle a su padre todo lo que sentía era aquel. Arrancó a hablar motivado por la frustración y la rabia de saber que, aunque lo hubiese intentado mil veces, nunca habría tenido su aprecio y respeto.

—Nunca he sido el hijo que usted esperaba. Desde niño me ha exigido más que a los demás, sin importarle cómo me sintiera. Si aprendía el oficio con usted no era lo bastante taimado para los negocios, si bebía lo hacía como un niño, sin control. Reconozca por lo menos que no me puso las cosas fáciles nunca.

Su padre le apartó la mirada y sus ojos se posaron en las puntas de sus relucientes zapatos. Fue solo un parpadeo, pero era la primera vez que Víctor lo veía sentirse culpable. No obstante, al instante el comerciante se recompuso y se irguió cuan alto era.

—Eres mi hijo y he tratado de enseñarte lo mejor que he sabido. Eres tú quien no ha querido escucharme. Has estado demasiado tiempo bajo las faldas de tu madre. No sabes nada del mundo, Víctor. Además, te permites engañarme y usar mi negocio en tu propio beneficio. Jugando a hacer carrera entre los políticos, mientras que era mi dinero el que usabas para trepar. No eres más que un niño malcriado.

Si había existido un instante en que ambos hombres compartieran un vínculo como padre e hijo, este desapareció con aquellas palabras. Víctor sintió un espasmo de odio subiendo por su garganta.

—Y lisiado, puede decirlo, padre. No va a hacerme daño con sus palabras. El hijo de don Víctor Arriola es un maldito cojo. Dígalo bien alto.

Miguel pareció a punto de abofetear a su hijo, como hiciera en Burdeos años atrás. Sin embargo se calmó. Respiró hondo y se plantó junto a una enorme mesa, en un extremo de la estancia.

Sobre ella había retortas, matrices, pipetas y demás objetos de uso químico, así como numerosos fajos de papeles guardados en carpetas y cuadernos pulcramente ordenados, todos escritos de puño y letra por Víctor.

El comerciante señaló el contenido de la mesa.

—Confieso que cuando descubrí este lugar mi primer pensamiento fue destruirlo todo. Vaciar

los depósitos, quemar tus apuntes, romper estos utensilios... pero después pensé que tanto esfuerzo, tanta dedicación debían de tener un motivo. Y llevo todo el día intentando entenderlo. Ahora he de reconocer que admiro la pasión que te mueve. Hay tras ello una razón poderosa: el deseo de trascender más allá de tu propia existencia. Quizá sea por tu defecto, esa cojera te ha hecho despreciar el resto de las cosas que te ofrecía la vida. A saber, si con las dos piernas hubieses tenido empuje necesario para negarte a mis órdenes. Y admito que admiro que lo hayas hecho. Por una vez has demostrado ser digno de tu apellido. Aunque fuera para enfrentarte a tu propio padre.

Víctor lanzó una sonora carcajada que rebotó en las paredes de piedra de los calados durante unos segundos.

—¿Mi propio padre? ¿El padre que nos abandonó a mí y a mi madre en cuanto encontró una querida? ¿El padre que apenas conoce a su propio nieto?

—¡Te di un futuro! Nadie te habría dado trabajo con esa pierna, en cambio yo te ofrecí la oportunidad de aprender en esta bodega y heredarlo todo el día de mañana.

—Usted se limitó a acallar su mala conciencia con este puesto. Que ni siquiera hubiese sido mío de no ser...

Miguel se plantó a un palmo del rostro de su hijo.

—¿De no ser por qué? ¿De no ser porque mataste a don Elías?

—¡No diga usted tonterías! Fue un accidente.

El comerciante respiró hondo y exhaló todo el aire de sus pulmones en un intento por calmarse. ¿Qué más daba si aquello era cierto o no a aquellas alturas? Había otra cosa que le intrigaba más.

—¿Y lo del dinero? Por muchas vueltas que le di a los libros no averigüé cómo me estabas robando.

A Víctor ya le daba igual confesar aquello.

—Creé una contabilidad aparte. En los libros oficiales apuntaba cantidades diferentes a las que realmente entraban en la bodega. Si un vinatero me daba diez duros por usar la prensa apuntaba cinco. Si un gasto costaba cien reales apuntaba mil. Mientras que el dinero entrase en el negocio y usted no estuviese encima no había problema.

Miguel hubo de reconocer que el sistema era tan ingenioso como sencillo. La culpa había sido suya por mantenerse tan alejado de aquel negocio. Como bien decía su hijo, mientras que la bodega era rentable la idea de que lo engañaran no se le pasó por la cabeza.

Transcurrieron unos segundos en que ninguno de los dos hombres dijo nada. Miguel regresó junto a la mesa en la cual se apoyó.

—Lo más irónico es que tenías razón sobre esto —dijo, señalando la estancia—. Ya hay bodegas que han empezado a elaborar un vino al estilo *médoc*. Tú solo te adelantaste varios años. El precio del vino está bajando, ya que el oídio no es tan fuerte como hace años. Esta bodega habrá de comenzar a elaborar un vino refinado más pronto que tarde.

Víctor no supo qué decir. De haberse tratado de otro tema se habría echado a reír con ganas. Miguel continuó hablando apoyado en la mesa, sus dedos tamborilearon nerviosos sobre la madera.

—De todos modos, me temo que tú no serás la persona que seguirá ese camino. Eso corresponderá a otro Arriola.

Víctor miró a su padre confuso. Su mano se aferró por instinto al revólver del bolsillo.

—¿De qué está usted hablando?

—Elisenda está esperando un niño —dijo Miguel como si tal cosa—. Puedes irte haciendo a la idea de que no heredarás nada más que lo justo para que no tengas que mendigar. Y aún has de estarme agradecido.

Los ojos de Víctor se abrieron como platos. ¡Su padre esperaba un hijo! ¿Iba a perder todo en un segundo? ¿Todo por el capricho de aquel malnacido que lo engendró? No pensaba permitirlo. Antes sería capaz de cualquier cosa. Con decisión sacó el revólver del bolsillo y apuntó a su padre con él. Este se lo quedó mirando unos segundos sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Después, su rostro se relajó e incluso se permitió darle la espalda antes de hablar.

—Deja de avergonzarte y guarda eso.

—Lo mataré. Lo juro.

Miguel se giró veloz y dio dos enérgicos pasos para plantarse a un palmo de su hijo. El cañón del arma temblaba pegado a su pecho.

—Tú no tienes lo que hay que tener para apretar ese gatillo —desafió.

—Quizá él no, pero yo sí, Miguel.

## V

El resto del día los golpes e insultos de don Ernesto se habían seguido produciendo sin descanso. El capataz disfrutaba de aquello como hacía tiempo.

El esclavo encargado de dar el aviso ya debía de haber llegado al lugar donde el riojano y Evaristo se ocultaban. Tan solo contaba las horas hasta que el chico regresara al ingenio para poder ponerle las manos encima. Lo que le había sucedido a la negra era solo un aperitivo de lo que esperaba hacerle a Marcos.

Se levantó y se encaminó de nuevo en busca de combustible para su rabia. Se echó la frasca a hombro y bebió con ganas.

—De elegir un blanco deberías haberme elegido a mí. Te habría ido mejor, negra —dijo mientras se limpiaba.

Elena llevaba todo el día buscando el momento de hacer perder los nervios al capataz. Ella estaba condenada desde el momento en que entró en aquella cabaña, pero aún podía salvar la vida de su amor. Si era capaz de forzar la situación Marcos viviría. Habló con todo el desprecio que le fue posible.

—Usted no es lo bastante hombre para tanta mujer.

Las palabras de la esclava se quedaron flotando unos segundos en la cabaña. Don Ernesto se acercó aún más a su rostro hasta que sus frentes casi se tocaron.

—¿Qué has dicho, asquerosa mona?

Entonces Elena le escupió en la cara.

El mayoral se quedó un instante sin reaccionar. Aquella apestosa negra se atrevía a faltarle al



respeto de aquel modo. Su rostro se contrajo en una mueca de odio y sus labios eran una fina línea tensionada sobre una barbilla que temblaba de furia.

Hasta entonces la había obsequiado con la palma de su mano, pero ahora sentiría sus puños.

El primer golpe fue en el estómago y tan fuerte que hizo que Elena cayese al suelo incluso atada a la silla como estaba. Durante unos instantes que parecieron horas se quedó sin respiración. Boqueando de costado sobre el frío suelo trató de llenar sus pulmones de aire. El mayoral no le dio tregua. La cogió con rabia del cabello y la levantó para propinarle un nuevo puñetazo, esta vez en la cara, que despertó un eco sordo y doloroso que recorrió todo su cuerpo. El tercer golpe le hinchó el ojo y la dejó unos instantes sin sentido.

—¿Qué me dices ahora? ¿Sigues siendo demasiado mujer para mí?

Por toda respuesta Elena rio entre dientes.

La osadía de aquella perra era irritante. Don Ernesto se secó el sudor que la paliza había hecho aflorar en su rostro y se encaminó de nuevo hacia la mesa de donde tomó la garrafa de aguardiente. Aquel trago fue aún mayor, pero no consiguió acallar la duda en su interior.

Se quedó mirando a la esclava largo rato. De repente se echó a reír.

—Vamos a ver si soy lo bastante hombre para ti —le dijo, colocándose tras ella.

Extrajo un cuchillo de entre sus ropas y lo usó para liberarla de sus ligas. Elena no tuvo oportunidad de revolverse. La asió con fuerza del cabello, tiró de este para levantarla de la silla y la lanzó contra la mesa. El golpe en la cadera fue terrible y Elena gimió de dolor. Durante un instante un destello de luz que ardía tras sus párpados inundó todo. El mayoral la puso boca arriba y se lanzó sobre ella. Mientras le apretaba el cuello con rabia su mano izquierda pugnaba por bajarse las calzas. Daba lo mismo, la hombría del capataz se resistía a aparecer. Tras un rato de intentarlo la risa de Elena inundó de nuevo la cabaña.

—¿Lo ves? Lo que yo decía. Poco hombre para tanta mujer.

Don Ernesto se apartó de ella con rabia.

Lo que lo irritaba hasta el punto de perder la razón no era tanto el comentario como el hecho de que aquella negra insolente lo tuteara.

El mayoral pareció dudar qué hacer a continuación. Esa décima de segundo fue suficiente para Elena. Su mano se lanzó a por la garrafa de aguardiente y con sorprendente fuerza la estampó contra el rostro del mayoral. Este retrocedió tambaleante mientras se llevaba la mano al ojo derecho que sangraba con profusión.

—¡Asquerosa perra! ¡Mi ojo! —rugió el capataz.

A los gritos acudieron casi al instante los dos contramayorales, que se quedaron mirando la escena desde el umbral de la puerta. Sin entender qué estaba pasando, pero sabiendo perfectamente a quién se debían, uno de ellos se apresuró a aferrar a Elena por los hombros mientras que el otro auxiliaba al capataz.

## Capítulo 20

### I

Ángel se levantó de la mesa tras limpiar las migas de su lado. Y dejó los cubiertos de la cena en la pila de fregar.

—Me tengo que ir —anunció tras besar a su mujer en la frente.

—¿A estas horas? —replicó Carmen, a la par que se afanaba en dar buena cuenta de un puñado de nueces.

El hombre se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho. Don Miguel anda por la bodega estos días y tengo que encargarme de unos asuntos en *lo hondo* por la noche.

—¿Y por qué no se ocupa el francés de eso? Al fin y al cabo, él no tiene una familia que lo eche de menos.

—Ese no pone un pie en la bodega desde que el patrón está por aquí. Don Víctor no quiere que su padre lo vea o se olerá algo.

—Claro, y tiene que ser usted quien se ocupe de todo. Como si no tuviese bastante con lo que trabaja de día, además ha de ir de noche —intervino una mohína Carmenchu.

—¿Qué sabrás tú de cosas de los mayores! —la reprendió propinándole un cariñoso golpecito en el hombro—. Acuéstate, que es tarde.

—¿Y las lecciones de hoy? —se quejó la niña.

Desde que se decidiera a aprender a leer y escribir, Ángel había podido comprobar que Carmenchu era una profesora exigente.

—Tendremos que dejarlas para mañana —sentenció el hombre—. No me esperéis despiertas.

Salió de la cocina, y tras coger su gorra y abrigo del perchero junto a la puerta cerró esta de un fuerte golpe. Al poco, sus zapatillas de esparto resonaban en los peldaños de la escalera.

Manuel Ureña se subió las solapas del abrigo y echó a andar calle abajo. Hacía unos minutos un ligero chaparrón había caído de improviso, obligándolo a guarecerse en un portal. Daba igual, no tenía prisa. Nadie lo esperaba en casa.

Le entraron ganas de orinar y se aplicó a la labor en una pared. Después se subió la bragueta y encendió un cigarrillo usando su mano a modo de pantalla. Dio una larga calada y exhaló una gran nube de humo que se perdió en el cielo. Alzó su cabezota embotada por el vino para coger aire. Estaba frente al edificio donde Carmen y Ángel vivían.

Chasqueó la lengua con desagrado al pasar junto a la puerta justo cuando una figura salía del

portal. Era Ángel. El hombre ni se fijó en que el encargado estaba a pocos pasos de él, tan pendiente de sus propios asuntos como estaba.

—¿Adónde vas a estas horas? —saltó el encargado.

Ángel se llevó la mano al pecho, lo que menos esperaba era encontrarse a Ureña en la puerta de su casa a esas horas.

—¡Menudo susto me has dado, Manuel!

—Don Manuel para ti. —El encargado alzó un dedo para dejar clara la importancia de sus palabras—. ¿Adónde vas a estas horas?

—Pues precisamente voy a la bodega. Ya sabe usted que el francés me ha dejado a cargo de unos asuntos con los depósitos de *lo hondo* y tiene que hacerse sin falta cuando don Miguel no está.

—¿Y cómo piensas entrar a estas horas? —dijo burlón el encargado. El olor agrio del vino se percibía a distancia.

—Don Víctor me ha dado las llaves de la bodega —replicó Ángel, palpándose el bolsillo del abrigo.

Manuel se tragó el exabrupto que pugnaba por salir de su garganta. Tener las llaves del negocio era cosa suya, del encargado, no de un trabajador como otro cualquiera.

Con un ademán nervioso, conminó a su subalterno a continuar su camino mientras él ponía morro hacia su casa sin dejar de maldecir por lo bajo. Ángel echó a andar calle arriba silbando una cancioncilla. Al poco el silbido y sus pisadas se habían perdido en la noche.

El encargado fingió que seguía su camino hasta que dobló una esquina. Entonces volvió la cabeza y al ver la calle desierta desanduvo sus pasos y regresó al portal. Dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó al suelo mientras se rascaba el mentón. Por su mente surcaron una serie de pensamientos veloces. Todo lo veloces que les permitía el vino trasegado en la taberna.

De algún modo esos pensamientos se hicieron sólidos y germinaron en una idea. El marido no regresaría hasta el amanecer y para eso quedaban unas cuantas horas.

Se quedó mirando la débil luz que se veía tras los cristales del piso. Imaginó a Carmen sola. Encendió otro cigarrillo y, decidido, se encaminó al portal. Subió los escalones que llevaban al primer piso a buen ritmo. Se atusó el enorme bigotón y se peinó con los dedos en un intento de parecer presentable. Todo ese esfuerzo era inútil, el aspecto de bebido que tenía se notaba desde leguas. Aun así, satisfecho de sí mismo, llamó a la puerta.

Acudió a abrir Carmen, candil en mano y con la mosca tras la oreja dada la hora que era.

—¿Quién va?

—Soy yo, Carmencita. Don Manuel.

La mujer echó mano del tirador de la puerta sin tenerlas todas consigo. Se detuvo en esa posición. ¿Qué quería a aquellas horas ese hombre?

—Ángel no está. Ha salido a la bodega —dijo, aún con la mano en el pomo.

—Lo sé. Es él quien me manda —mintió Manuel.

A regañadientes, Carmen abrió la puerta, pero se plantó de tal modo que el hombre no podía cruzar el umbral.

—Buenas noches, Carmencita. Tú tan guapa como siempre.

El modo en que se deslizaban las palabras dejaba claro que estaban engrasadas con alcohol. Carmen sintió náuseas de su cercanía.

—¿Qué se le ofrece a usted? —dijo con voz brusca.

—Mujer, a los amigos de la casa hay que dejarlos pasar, ¿no crees?

El hombre trató de poner un pie dentro de la casa, pero Carmen no se movió una pulgada de su sitio.

—No son horas de venir a casas decentes. ¿Qué es lo que quiere? —La mujer se cruzó de brazos.

En ese instante la carita llena de curiosidad de Carmenchu asomó en el pasillo.

—¿Ya ha vuelto padre? —preguntó somnolienta la niña.

Carmen se giró un instante en dirección a su hija. Aquel fue el momento que Manuel necesitaba, dio un ágil paso adelante y se coló en el piso. Sus manos encallecidas agarraron los mofletes de la niña.

—Vaya, vaya. Si es la pequeña Carmenchu. Pero qué alta estás ya. En unos pocos años vas a ser una mujer tan guapa como tu madre. Igual mejor me espero y vuelvo entonces —dijo, riendo su propia gracia.

A Carmenchu el olor a sudor y vino de aquel hombre le produjo verdadero asco. Trató de zafarse sin éxito de sus manos.

—Tranquila, que soy amigo de tu padre y de tu madre. ¿Verdad que sí, Carmencita?

—¿Qué es lo que quiere, don Manuel? —dijo en tono enérgico la mujer.

—Por de pronto un vaso de vino. Y después que hablemos tú y yo y la pequeña Carmenchu, los tres como buenos amigos en la cocina. Que nunca hablamos y siendo el jefe de tu marido, digo yo que es bueno que nos relacionemos.

Muerta de miedo, pero sabiendo que no podía hacer otra cosa, Carmen agachó la cabeza y se encaminó a la cocina. Tirando del hombro de la niña la seguía Manuel.

## II

Don Ernesto había apresado a Elena y se permitía enviar a un esclavo a dar la noticia a Marcos. Aquello hizo que el joven profiriera un juramento en voz alta con tanta vehemencia que Evaristo lo miró con ojos desorbitados. Nunca lo había visto en aquel estado de cólera.

Tras varias semanas escondidos en la selva, su intención era aguardar el fin de la zafra. Entonces rescatarían a Elena y los tres huirían hacia el oeste, hacia los montes donde se asentaban varios grupos de cimarrones en comunidades llamadas palenques. Estas eran habituales en la isla y permitían a los esclavos huidos vivir junto a otros en sus mismas circunstancias. El esclavo estaba convencido de que si los tres llegaban a uno de esos palenques estarían salvados y el capataz y el ingenio serían solo un mal recuerdo.

No obstante, don Ernesto se les había adelantado. De algún modo, averiguó que Marcos y la esclava doméstica estaban juntos y ahora la usaba a ella para retar al joven.

El esclavo que se había encargado de darles la noticia regresó una vez su labor hubo concluido. Tenía amigos y familia en la hacienda y lo último que quería era que el capataz pensara

que había escapado. Se alejó al trote.

El de La Rioja caminaba nervioso en círculos. Como un animal enjaulado que sabía que solo le quedaba una opción: morir matando.

—Tengo que ir —dijo finalmente.

Evaristo negó con la cabeza.

—Es una trampa. No puede regresar a la hacienda; si el mayoral le ve, lo matará.

—No voy a dejarla a su suerte —exclamó resuelto Marcos.

Se encaminó hacia la mula. Tras él, el chico trataba de hacerle cambiar de opinión.

—Eso es lo que don Ernesto quiere. Sabe dónde estamos, ya ha visto que ha enviado a un esclavo a buscarnos. Está deseando que vayamos para poder matarnos delante de todos.

Las palabras del esclavo no podían ser más acertadas. Sin embargo, Marcos no pensaba moverse un ápice de su postura. Si había de morir, al menos que fuese junto a Elena.

—Es tu oportunidad de huir, pero yo no pienso irme sin ella. Tengo que regresar al ingenio esta misma noche —sentenció Marcos.

Prosiguió con su labor, ignorando al muchacho que trataba sin éxito hacerle recapacitar.

Cuando la montura estuvo lista subió a ella de un salto y lanzó una última mirada a Evaristo. Este también estaba a lomos de su mula y le miraba con aire decidido.

—No, tú debes seguir hacia el oeste. Es tu oportunidad de ser libre.

—La libertad es poder decidir, y yo decido ayudar a un hermano.

El español sonrió sin ganas y palmeó la espalda de su camarada. Ambos dirigieron sus monturas hacia La Leal.

### III

Toda la atención de Miguel basculó de su hijo a su mujer. Inés caminó hasta el centro de la estancia sin apartarle la mirada.

—Solo faltabas tú, querida —dijo sarcástico.

—¿Así que has preñado a esa zorra?

El hombre lanzó una sonora risotada para demostrar que el insulto no hacía mella en él.

—¿A estas alturas vas a decirme que te importa con quién me voy a la cama?

—Cuando eso se interpone en la herencia de mi hijo, sí.

—Pues es una pena, pero ni tú ni él veréis un real cuando me muera.

—Él solo es culpable de querer que le hicieras caso, Miguel.

—¿Robándome?

—Eso fue cosa mía. A mí se me ocurrió el modo de sacar dinero de la bodega a tus espaldas. No culpes a Víctor por ello.

—Estaba seguro de que tú andabas detrás de todo —exclamó Miguel con el placer de saberse acertado.

—Ella ideó el modo, pero yo fui quien tomó la decisión de robarte —intervino Víctor.

Pero daba la impresión de que era invisible. Ni el hombre ni la mujer le prestaron la más mínima atención. Asistía a la escena como una mera comparsa. El desamor de sus padres tomaba forma ante sus ojos por primera vez, y aunque era algo que sabía desde niño, no podía evitar sentir cierto dolor. Bajó el arma que aún sostenía en la mano y el tembloroso cañón apuntó al suelo.

Ajenos a él, Miguel e Inés habían decidido quitarse por fin las máscaras y hablar tal y como sentían. Después de tantos años de silencios y mentiras, de ausencias y desprecios, resultaba un alivio poder hablar sin tapujos.

—¿Serías capaz de dejar a tu propio hijo en la calle? ¿Tan ruin eres?

—Tú tienes la culpa de ello —saltó el hombre—. Cuando nació decidiste que era otro asunto por el que pelear conmigo. Te empeñaste en educarlo como un pusilánime, como un cobarde que vive bajo tus faldas todo el tiempo.

—¡Yo solo quería protegerlo de ti, monstruo!

—¿Y quién lo protegería de ti?

—He luchado por él. Lo he sacado adelante mientras que tú te has ido con esa golfa. Esa pecadora...

—No me hagas reír. ¿Quieres que hablemos de pecados?

Los ojos de Inés se abrieron como platos. Señaló a su marido con un dedo admonitorio.

—No te atrevas o juro que...

El comerciante despreció el gesto de su mujer dándole la espalda y mirando directamente a su hijo.

—¿Quieres saber qué hacía tu madre con Jouet? ¿Qué hacía con los que hubo antes que él?

Miguel cesó sus amenazas de improviso. Sorprendido, se llevó las manos al pecho donde brotaba una flor de sangre que crecía empapando sus ropas. Detrás de él, Inés sostenía un cuchillo ensangrentado con el que volvió a apuñalar a su marido por segunda vez. Esta vez en el costado.

Miguel se palpó el lugar de la segunda cuchillada y sin decir una sola palabra cayó de rodillas. Se quedó así unos segundos, boqueando y sin poder moverse. Los ojos desenfocados, en los que se veía la vida escapar, estaban fijos en su esposa. Esta soltó el puñal y retrocedió. Se llevó las manos a la boca para reprimir un grito a medio camino entre el horror y el alivio. Al hacerlo, la sangre de su marido manchó su rostro.

De algún modo, el hombre logró incorporarse y, renqueante, se lanzó sobre ella. Ambos cayeron al suelo. Tendido sobre ella, Miguel colocó las manos en torno al cuello de Inés y apretó con toda su rabia. El odio que sentía era el combustible necesario para usar sus últimas fuerzas para estrangularla. Sus ojos destilaban una ira infinita y capaz de mantenerlo vivo al menos hasta que él también se cobrara la vida de su esposa.

El disparo sonó con fuerza y Miguel cayó de lado.

Aún con el cañón del Lefauchaux humeante, Víctor dejó caer el revólver y se quedó quieto mirando el cadáver de su padre sin mostrar ninguna emoción.

—Lo he matado —dijo.

—No, Víctor. Los dos lo hemos matado. Lo hemos hecho juntos.

Inés se le abrazó con fuerza y pegó su rostro al de su hijo. Al hacerlo la sangre de Miguel que manchaba sus mejillas también tiñó la piel de Víctor.

## IV

Carmen no quitaba ojo a Manuel. Este apuraba un jarro de vino que le había dado. Sentado a la mesa en el lugar que habitualmente usaba Ángel, la mujer sintió que haría cualquier cosa por evitar que esas sucias manos tocasen a Carmenchu.

—Haz algo de cena. Que estoy muerto de hambre —exigió el encargado sin percatarse del modo en que la mujer lo miraba.

Carmen agachó la cabeza y a paso veloz se dispuso a cumplir las órdenes del hombre.

Mientras freía un par de huevos y algo de chistorra, este se lavó la cara en la jofaina. Al hacerlo estuvo a punto de irse al suelo y derramó parte del agua.

—¡Dios! Pues sí que me ha sentado mal el poco vino que he bebido —se excusó.

Carmenchu no se molestó en disimular su desagrado ante aquel desconocido.

Cuando la cena estuvo lista, el hombre se sentó a la mesa y partió algo de pan con que mojar los huevos. Carmen lanzó una mirada a su hija.

—Será mejor que la niña se vaya ya a la cama —dijo.

—Espera, mujer. ¿A qué tanta prisa? Cuándo me veré en otra como esta, tener la compañía de dos chicas guapas para mí solo —dijo, y pellizcó el brazo de Carmenchu.

Le tendió una silla para que ella también se sentara. Mientras obedecía, la mujer mantenía la mirada fija en el suelo, pero sentía los ojos de Manuel clavados en ella.

En la cocina nadie decía nada. Carmen aguantó con estoicidad hasta que el encargado acabó la cena. Se levantó para recoger los platos de la mesa. Pero el hombre la detuvo.

—Que lo haga la niña, que ya está en edad de ayudar en casa.

Carmenchu lanzó una mirada a su madre, quien asintió levemente. Se puso a recoger todo.

Manuel se limpió con la manga de la camisa. Sus ojos seguían fijos en la pequeña. Carmen resolvió que solo había una cosa que podía hacer para que su hija saliese de la cocina.

—Anda, ponme un vaso de vino a mí y bebamos juntos —se ofreció, arrimando la silla junto a la de Manuel.

Este se mostró sorprendido en un primer momento, pero finalmente acercó un jarro de un estante y sirvió una ración para la mujer. También él se obsequió con un buen tiento. Carmen bebió para ahogar el asco que le producía estar tan cerca del hombre.

—Eso es —la animó Manuel—. Que con la tripa caliente se duerme mejor.

Él mismo apuró su jarra y se sirvió otra. La mujer se preguntaba cómo podía seguir bebiendo después de lo que llevaba encima.

Carmenchu acabó de recogerlo todo. Su madre aprovechó el momento.

—Anda, hija. Vete tú a la cama. Los mayores nos quedamos aquí un rato. Y no salgas de tu habitación pase lo que pase —dijo en tono falsamente calmado.

Manuel apuró su vaso y la miró por encima del borde. Su embriaguez era más que evidente. Aún se permitió darle una palmada en el trasero a la niña al pasar a su lado. Carmen refrenó las ganas de abofetearlo. No podía competir con el hombre en fuerza física, debía ser inteligente. Le sirvió otro vaso.

Se escuchó la puerta de la habitación de Carmenchu cerrarse. Pasaron unos minutos en que el silencio se extendió en la cocina, como una mancha de aceite. En ese breve tiempo Manuel bebió

dos jarros más. Al fin cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos con intención de dormir. Carmen sonrió para sí y se separó de él. Aprovechó aquel instante y se deslizó veloz junto a él. No obstante, malinterpretó las señales y al pasar a su lado las manos del hombre la agarraron por las caderas. Por instinto defensivo la mujer le soltó un bofetón. Aquello era lo peor que podía haber hecho.

El hombre se levantó, tirando al suelo lo que había sobre la mesa. Se frotó la mejilla donde impactara la mano y se la quedó mirando con una expresión de rabia inmensa. Durante un instante, Carmen temió que le devolviese el golpe.

—¿No sabes con quién estás tratando? —le dijo, justo antes de abalanzarse sobre ella—. Soy el encargado de tu marido. Puedo hacerle la vida imposible en la bodega si me da la gana.

—Tú no eres más que el perro de don Víctor —gruñó Carmen.

Manuel la arrojó contra la pared y se puso sobre ella para evitar que se moviera. Cualquier intento por parte de la mujer de zafarse de él resultaba inútil. Manuel le arrancó la parte de arriba del vestido con violencia y sus manos zafias y toscas se aferraron a sus pechos. Su boca entreabierta emitía gruñidos que parecían animales. Carmen sintió el calor de un miembro que pugnaba por salir de sus pantalones y trató de gritar. Una lengua que derramaba saliva a su paso la recorrió desde el comienzo de las clavículas hasta la barbilla. El aliento avinagrado del encargado le hedía casi más que sus dedos, unos dedos que ahora apretaban con rabia desmedida un pezón sonrosado. Sintió una arcada y giró la cabeza. La poderosa mano del encargado la obligó a mirarle de nuevo y la besó. Sintió asco y rabia a partes iguales. Trató de quitárselo de encima con todas sus fuerzas, pero no logró mover ni una pulgada a su agresor.

—Déjame, por favor —le suplicó.

Aquellos intentos parecían excitar más al hombre. Le mordió los pechos con un ansia tal que las lágrimas afloraron a sus ojos.

Sin aviso, la lanzó de bruces sobre la mesa y se colocó a su espalda. Carmen hizo un nuevo intento por zafarse que fue respondido con un tirón de pelo que le provocó un aullido de dolor. La atrajo hacia sí con un enérgico movimiento.

—Quédate quieta, Carmencita. Esto tenía que pasar algún día. Te prometo que será rápido —le susurró al oído.

Volvió a tirarla sobre la mesa, sus mejillas se aplastaron contra la madera. Le subió la falda y sintió el calor de él abrirse paso entre sus piernas. Ella volvió a revolverse con todas sus fuerzas. Manuel se echó sobre ella para inmovilizarla. El peso del cuerpo de él hizo que durante un segundo le faltara el aire. Las manos del hombre le aferraron entonces de las caderas, la atrajeron hacia sí apretándola con fuerza. Ella gritó de puro dolor. Después el atacante puso sus brazos a ambos lados de la cabeza y unos dedos crispados se asieron al extremo de la mesa buscando donde apoyarse.

Carmen sintió que estaba a punto de suceder. Sentía un calor desbordante entre sus muslos y sacó fuerzas de flaqueza. Sus manos tantearon en un cercano estante y dieron con el mismo jarro del que Manuel había estado bebiendo. Sin pensarlo dos veces, lo alzó por encima de ella y lo estrelló en el cabeza del hombre. La presión cedió y pudo levantarse. Mientras Manuel aullaba de dolor la mujer no desaprovechó la oportunidad y cogió un cuchillo de gran tamaño. Se lo puso al hombre entre las piernas y lo empujó contra la pared. No hizo falta la fuerza, al sentir el frío metal en la carne el hombre retrocedió por propia voluntad. Al instante su hombría se redujo a un



insignificante colgajo. Carmen lo miró asqueada.

—¿De esto es de lo que estáis tan orgulloso? ¿De esta menudencia? ¿Este pequeño trozo de carne es lo que os hace perder el control? Debería cortártelo.

Carmen redobló la presión con el cuchillo. Manuel tragó saliva lleno de miedo. Por un instante dio la impresión de estar a punto de ponerse a llorar. Los ojos del hombre iban y venían por la estancia, evitando el contacto visual.

—Ahora te vas a ir y no vas a volver a hablarme en tu miserable vida o juro por Dios que todo el pueblo sabrá lo que ha pasado esta noche aquí. Y no le dirás ni una palabra a Ángel jamás. Es tan idiota como todos los hombres y no pienso permitir que se busque la ruina por alguien como tú.

Manuel se subió los pantalones aún con el cuchillo amenazando su entrepierna y salió de la cocina sin dejar de mirar atrás.

## V

Como siempre que le era posible, Ángel descendía a *lo hondo* usando las escaleras y no el montacargas. A pesar de lo empinado de las escaleras y la oscuridad, sus alpargatas bajaban los escalones a buen ritmo. Se conocía al dedillo cada peldaño, cada recoveco de la escalera. De ser necesario podría llegar sano y salvo hasta el tercer piso de los calados con los ojos vendados. Podían haber pasado casi diez años, pero el accidente de don Elías era algo que aún recordaba nítidamente. Por lo que a él respectaba, prefería gastar los escalones a usar aquel artilugio.

Pensar en el cuerpo sin vida del contable que él mismo había sacado de los restos de la plataforma siempre le erizaba el vello de la nuca. A pesar de ser poco dado a supercherías, tenía que admitir que la atmosfera de recogimiento y la falta de sonidos imponían al más pintado y daban alas a la imaginación. Se santiguó sin ser consciente de que lo hacía.

Ya en *lo hondo* el silencio en los túneles era completo. La linterna que portaba en su mano derecha apenas rompía débilmente la oscuridad. Al doblar una esquina se quedó clavado. Había una luz encendida al fondo del túnel. Sintió que el corazón se le salía del pecho.

Por instinto, puso su mano a modo de pantalla en el candil para evitar que quien estuviese al fondo del túnel viera su luz y se pegó a la pared tanto como pudo. Se quedó unos segundos aguardando, con la respiración entrecortada y el latido de su corazón resonando con fuerza. La noche estaba bien entrada y sabía que nadie trabajaba a aquellas horas en la bodega. ¿Quién podía andar en los calados? Durante un segundo temió que fuese don Miguel y se sorprendió a sí mismo aguantando la respiración.

La idea de que el fantasma de don Elías pululase esa noche por la cava desapareció en cuanto se percató de que a lo lejos se oían unas voces que llegaban amortiguadas.

Cuando se aseguró de que la luz no venía en su dirección, sino que más bien se alejaba de él, sopló la lámpara y en completa oscuridad echó a andar tanteando la pared.

Al poco, descubrió que el albor provenía del interior de la estancia donde envejecía el vino

refinado del que él mismo se encargaba. El rectángulo de luz que se recortaba en el hueco de la puerta era débil, pero alumbraba un buen tramo del exterior. Con cautela se puso a un lado de la puerta y asomó la cabeza para echar un vistazo dentro.

Doña Inés estaba en mitad de la estancia junto a don Víctor. A su lado en el suelo había un cuerpo tirado. Ángel sofocó un grito al ver que se trataba de don Miguel. Bastaba un simple vistazo para darse cuenta de que estaba muerto. Por si la falta de movimiento del comerciante no fuera prueba suficiente, el charco de abundante sangre que rodeaba el cuerpo estaba ahí, brillando a la luz de las velas.

—Tenemos que actuar deprisa —dijo la mujer. Su hijo parecía ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. Sus ojos estaban fijos en el cadáver de su padre. Doña Inés le levantó la cabeza y lo obligó a mirarla—. Ya no podemos deshacer lo que ha pasado. Hemos hecho lo que debíamos hacer. Ya lo escuchaste, iba a dejarte sin nada.

Don Víctor pareció reaccionar a aquellas palabras. Sus pupilas enfocaron a su madre y asintió con seguridad.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Ocultar el cadáver. Diremos que se fue esta noche del palacete, que regresaba a Vitoria.

—Pero no llegará nunca. Tarde o temprano, alguien preguntará por su paradero.

—Si no hay cadáver no podrán acusarnos de nada.

Ángel tragó saliva. La calma con la que don Víctor y su madre hablaban del cuerpo aún caliente de don Miguel le produjo un escalofrío. Desde su posición podía escuchar la conversación con total claridad. Su cabeza le gritaba que saliese corriendo y no parase hasta llegar al cuartel de la Guardia Civil. Pero sus pies se negaban a moverse. Siguió observando la escena, fascinado.

—¿Ocultarlo dónde? —preguntó Víctor.

Doña Inés no supo responder a eso. Ambos se quedaron callados. Entonces Víctor recordó una historia que le había llegado por boca del difunto Martín, al poco de llegar a Haro.

—Hay algo que Martín me contó una vez —empezó Víctor—. Sucedió durante la invasión de Napoleón, cuando un oficial francés que abusaba de su posición fue muerto a manos de un campesino, quien para deshacerse del cadáver lo echó en un tino de vino, donde la química de la bebida se encargó de descomponer el cuerpo del desventurado gabacho.

Víctor se guardó para sí el resto de la leyenda, que aseguraba que el vino resultante era de tanta calidad que quienes lo probaron, aun sin saber el origen de su sabor, aseguraban que sabía *a francés*, dado que recordaba a los vinos de Burdeos.

—¿Funcionaría? —inquirió Inés.

Víctor se encogió de hombros a la par que respondía.

—Corren innumerables versiones de esa historia, una por cada pueblo en diez leguas a la redonda. Pero cierta o no, es habitual echar trozos de carne animal al vino para darle cuerpo, así que si nadie abre el depósito durante unos meses no quedará nada.

Desde el vano de la puerta Ángel no daba crédito a lo que estaba escuchando. La frialdad con que hablaban madre e hijo de todo aquello se le antojaba irreal. Con paso cauto echó a andar y no paró hasta salir al exterior. Aún se quedó unos minutos mirando el cielo cuajado de estrellas y preguntándose qué hacer.

Regresó a casa y decidió no decir una palabra sobre lo que había visto. Ahora el patrón y

doña Inés eran dueños de una inmensa fortuna mientras que él era y sería siempre un muerto de hambre. En su experiencia en esos casos siempre sería él quien tuviese las de perder, incluso aunque alguien le creyera.

## VI

Evaristo y Marcos llegaron al ingenio antes de lo esperado, merced a haber azuzado las mulas durante todo el trayecto. La hacienda descansaba en el sopor de la noche y no había un alma despierta. Dejaron las monturas ocultas y cruzaron junto a los barracones de los esclavos con cautela.

En la gran explanada donde confluían todas las instalaciones reinaba el silencio. La luna trazaba su baile en el cielo, a punto ya de ocultarse en las montañas.

—No está en el cepo —señaló el esclavo. El destino de Elena era una incógnita, pero esperaban encontrarla en la zona que el mayoral utilizaba para castigar la indisciplina—. ¿Tal vez en su cabaña? —aventuró el muchacho.

El español dio la callada por respuesta. Evaristo se giró y observó que su compañero permanecía en silencio, su rostro alzado hacia el cielo. A pesar de la oscuridad vio que el español estaba blanco como la cera. Siguió su mirada y descubrió el cadáver de Elena, mecido por el capricho del viento. Don Ernesto no aguardó que llegaran al ingenio. La había colgado.

La crueldad del mayoral le hizo sentir un odio atroz hacia aquella mala bestia.

Marcos se encaminó hacia el cuerpo sin vida de su amada. Las lágrimas asomaron a sus ojos y sollozó en silencio. Su amigo solo podía dejarlos a solas, como tantas veces hiciera en los establos. Se retiró a un lado y desde ahí él también contempló con tristeza el destino de la chica.

De improviso el esclavo vislumbró entre las sombras a uno de los contramayorales que estaba sentado con la espalda apoyada en el enorme tronco del árbol. Su rostro, aún somnoliento, dejaba ver a las claras que se acaba de despertar de una siesta que se había permitido en plena guardia. Abrió los ojos como platos y echó mano del rifle que reposaba a su diestra. Sin pensarlo, Evaristo se lanzó sobre él, sacó un puñal y lo clavó en el costado del desventurado hombre dos veces con una velocidad inusitada. El otro cayó de frente y sin tiempo de decir ni amén. Sin embargo, antes de morir, el dedo índice del contramayoral apretó el gatillo de su rifle. El disparo al aire hendió la quietud de la noche.

El chico asió por el brazo a Marcos con fuerza. Este seguía con los ojos fijos en el cadáver de Elena. Daba la impresión de que no era consciente de lo que acababa de suceder.

—¡Tenemos que irnos! Ese disparo se ha oído en toda la plantación. Solo tenemos unos pocos minutos antes de que esto se llene de hombres de don Ernesto —le apremió.

A pesar de ello, Marcos no prestaba atención a las advertencias del esclavo.

La aparición de improviso de doña Renata lo sacó de su ensimismamiento. La anciana se le abrazó con ternura. Después hizo lo mismo con Evaristo.

—Sabía que ibais a venir —dijo en susurros—. Debéis iros pronto. Sois presa fácil en la

hacienda. Don Ernesto ha puesto a varios hombres a la labor y no va a parar hasta encontrarlos.

El nombre del mayoral despertó en Marcos un eco de odio y deseo de venganza que nacía de lo más profundo.

—¡Que venga! Voy a matar a ese malnacido —bramó.

El esclavo trató de detenerlo cuando se encaminaba a la cabaña del capataz. Lo obligó a girarse y mirarle de frente.

—¡Solo somos dos y ellos muchos! ¡Nos matarán!

Pero Marcos no daba muestras de razonar. Apartó de un fuerte empujón al chico y prosiguió su camino cegado por el odio. Un ansia de venganza infinita se había apoderado de todo su ser. Solo la voz de doña Renata le hizo detenerse.

—Elena ha muerto por salvarlo a usted, estoy segura. Ella quería que usted viviera por los dos. Si le matan esta noche, su sacrificio habrá sido en balde —dijo con voz firme.

El español elevó la vista al cielo con gesto de frustración. Apretó los puños con rabia y lloró desconsolado de nuevo. La anciana cocinera tenía razón.

Regresó bajo el cuerpo sin vida de Elena. Ni siquiera podía darle sepultura. Las lágrimas corrían por sus mejillas. A su espalda Evaristo le puso un brazo sobre el hombro.

A lo lejos se veían lámparas que se agitaban nerviosas avanzando en su dirección.

Marcos se secó el llanto antes de hablar a doña Renata.

—Asegúrate de que es enterrada de modo cristiano —le pidió.

La esclava asintió con dulzura. Le acarició las mejillas con sus manos callosas y cansadas de trabajar antes de regresar a la casa. Después se abrazó al esclavo.

—¿Y qué va a pasar con usted? —interrogó el chico.

Doña Renata apartó las dudas con un golpe de muñeca.

—Yo soy demasiado vieja y llevo demasiados años al servicio de don Matías para que me pase nada malo —lo tranquilizó.

Evaristo le pasó una mano por el hombro con ternura. Desde que lo apresaran en África, aquella mujer había sido lo más cercano a una madre que conociera. Se le abrazó con fuerza.

—¡Ahora iros! —les urgió la anciana.

Antes, el de Haro miró una última vez el cuerpo sin vida de Elena. Saber que nunca la llevaría a España, que nunca podría enseñarle lo que era la nieve lo llenaba de una gran tristeza. Extrajo de entre sus ropas el relicario que había comprado en Cienfuegos y lo apretó con fuerza hasta que los nudillos enrojecieron.

Las luces estaban entrando en la explanada. Un coro de voces que imprecaban y maldecían a voz en cuello las acompañaban.

Los dos fugitivos echaron a correr y se perdieron entre el denso follaje, mientras se empezaron a oír algunos disparos.

Aún tuvieron tiempo de escuchar la voz enrabiada del capataz maldiciendo a gritos.

Poco después, ambos hombres se alejaban del ingenio con dos monturas frescas que habían robado de las caballerizas. Sobre sus cabezas, el sol estaba a poco de empezar su danza diaria.

A medida que se alejaban, un pensamiento iba creciendo en la cabeza de Marcos: costara lo que costara, algún día vería muerto a sus pies a don Ernesto. Lo juraba por la memoria de Elena.

## VII

Dos semanas después de la desaparición de Miguel nadie sabía nada de lo sucedido al comerciante. La versión oficial decía que había salido de madrugada del palacete de Haro sin decir a nadie a dónde se dirigía. Se daba por hecho que tomó algún carruaje, no obstante, ningún cochero recordaba haberlo llevado esa noche y desde entonces su paradero era desconocido.

Elisenda sabía que algo oscuro y terrible le había sucedido y ese algo tenía que ver con su hijo Víctor y aquella condenada mujer, Inés de Muruaga. Pero sin pruebas poco podía hacerse.

Sola en el piso de Vitoria, Elisenda aguardaba noticias de Miguel. Más tarde o más temprano, alguien le daría noticias de su paradero, se repetía la mujer una y otra vez.

En cambio, aquella mañana, quien llamó a la puerta no fue su amante, ni nadie que supiese de él, sino el atildado abogado de la familia Arriola.

—Señorita Elisenda Gárate. Soy Alfonso Pardo —la saludó el hombre mientras se descubría—, represento los intereses de la viuda de Arriola y su hijo.

El hombre le tendió la mano y acto seguido depositó un maletín en el suelo.

¿Viuda de Arriola? Elisenda sintió una ola de rabia ascendiendo por su estómago.

—¡Miguel no está muerto! Luego no puede haber ninguna viuda.

—Me temo que eso no es así. A don Miguel Arriola se le ha declarado finado a efectos legales ayer mismo.

La mujer abrió la boca para decir algo, pero a su garganta no acudió palabra alguna. Luego habló en una voz que era poco más que un susurro.

—¿Han encontrado a Miguel? ¿Muerto? —balbució.

Alfonso Pardo negó con la cabeza.

—Solo es un formulismo a petición de doña Inés. Un acto necesario para poder declarar a la esposa e hijo herederos legales —aclaró a una estupefacta Elisenda.

A falta de un documento que certificara la muerte de Miguel, el control de su fortuna y negocios quedaba en manos del Estado. Aquella era la única satisfacción que le quedaba esos días. Ahora, de algún modo, aquella condenada mujer había logrado revertir esa situación y echar mano al dinero. Un dinero que debía haber sido suyo. Elisenda sentía una hoguera de ira en su interior. El abogado extrajo del bolsillo de la chaqueta unas lentes, que procedió a ponerse, y sacó un documento del maletín que llevaba en la mano derecha.

—Según esto, este piso es propiedad de don Miguel Arriola —empezó Alfonso con voz neutra—, por lo tanto, su viuda le conmina a abandonarlo en el plazo de tres días.

Elisenda se irguió todo lo alta que era y lo miró con expresión arrogante.

—¡Inés no ha puesto jamás un pie en esta casa! Este piso es mío. Mío y de Miguel. Y de su hijo. Del que espero de su marido. Dígaselo a doña Inés.

La seguridad con que Elisenda había dicho aquellas palabras se disolvió al ver el semblante pétreo de Alfonso Pardo.

Este se quitó las lentes, que procedió a guardar en el bolsillo interior de su gabán, y habló con parsimonia. Casi como si aquella conversación le aburriera.

—Ah, sí. El hijo que usted espera de don Miguel —dijo como si tal cosa—. Doña Inés también tiene un mensaje para eso.

Echó mano de su faltriquera y sacó una reluciente moneda de un duro. Se la tendió a la mujer, que lo miraba pasmada.

—Dice doña Inés que puede usar este duro para ir a un doctor que le evite la vergüenza de traer un hijo siendo soltera.

La mujer no daba crédito a lo que acababa de suceder. Al ver que no tomaba la moneda, el abogado la dejó en una mesita junto a la entrada. Sin tiempo para una réplica, de haber sido Elisenda capaz de darla, Alfonso Pardo volvió a colocarse el sombrero. Guardó en el maletín los documentos que llevaba y se dio la vuelta en dirección a la puerta.

—Recuerde, tres días, o serán las fuerzas del orden quienes la saquen de este piso —dijo desde el rellano.

Cuando cerró la puerta, Elisenda regresó al salón y hubo de sentarse en el sofá por el riesgo de desvanecerse. Trató de asimilar lo que acababa de suceder.

Ahora tenía claro que nunca volvería a ver a Miguel. Estaba muerto y era su familia quien lo había matado, aunque no tuviese pruebas que lo demostrasen.

Se palpó la tripa donde su hijo crecía y se juró que algún día su hijo tendría lo que le correspondía por nacimiento. Y nadie podía decir que la Bella Moreno faltaba a su palabra.

**Tercera parte**  
**1871**

## Capítulo 21

### I

Ángel miró la imagen con recelo. Le parecía increíble que algo tan pequeño causase semejante perjuicio. Perplejo, se rascó la coronilla mientras observaba la página del periódico que Gustave le tendía. En ella aparecía el grabado de un pequeño insecto de aspecto inofensivo. La página del diario pertenecía a *Le Petit journal* y era de hacía casi un año. El titular en grandes letras mayúsculas solo decía una cosa: «PHYLLOXÉRA!!!».

—¿Y dices que la filoxera es como una mosca, pero del tamaño del pulgón? —preguntó.

El francés asintió meneando la cabeza a la par que mostraba una sonrisa franca en su sonrosado rostro.

—Es una mosca de color amarillento que pone huevos en la vid durante el invierno. Después, en primavera, nacen las larvas que se alimentan de las hojas de las vides hasta que matan la planta. Es originaria de Estados Unidos y parece que los primeros brotes en Europa se dieron en Portugal y Francia —añadió con gravedad Gustave.

La filoxera. Solo mentar su nombre ponía los pelos de punta de los viticultores de todo el planeta. El insecto estaba haciendo estragos en los viñedos de todo el continente, libre ya desde hacía unos años del oídio. Esta nueva plaga era aún más terrible que el hongo y sus efectos en el mercado vinícola estaban siendo devastadores. Lo irónico del asunto radicaba en que la importación del temido insecto desde América había sido debida a un intento de replantar con nuevas cepas las vides dañadas por el oídio.

Una vez más, la enfermedad estaba siendo clemente con España y regiones como La Rioja estaban libres de la plaga. Esto había vuelto a poner en lo más alto los caldos riojanos que, de nuevo, se vendían a precios desorbitados en toda Francia.

Gustave se volvió a guardar la página del diario en el bolsillo y siguieron caminando entre las cepas.

A Ángel le agradaba aquel francés entrado en carnes y de carácter jovial. Gustave Bretol frisaba los seis pies de altura y era rollizo y de piel sonrosada como un cerdito. La barba en punta de color rojizo, aunque cuajada de canas, le daba igualmente un aspecto cómico. Su pésimo dominio del español tampoco contribuía a mejorar su aspecto. Pero había algo en lo que Gustave no tenía rival: era el mejor productor de vino de la región de Montpellier. Trabajaba en un importante viñedo de la región francesa como mayordomo de bodega y llevaba en España menos de seis meses.



—¿Ves? —dijo, señalando los brotes de la cepa que sostenía entre sus dedos—. Vosotros lo hacéis mal. Si la cortáis de este modo el brote sigue comiendo del tronco. Así es como se hace un buen *rebiochage*. —Cogió las tijeras y dio un brusco y firme corte—. Así. Así se hace —sentenció con una sonrisa que recorría su cara de oreja a oreja.

Ángel asintió. A pesar de corregir continuamente los métodos de la producción de vino en Haro, el francés lo hacía sin que hubiera en ello un ápice de superioridad. Simplemente, amaba el mundo del vino y quería que sus conocimientos llegaran a todos. Aunque en Haro sus enseñanzas calaban poco y tan solo él escuchaba con atención sus consejos.

Acompañar al francés había sido una broma pesada de Manuel. A lo largo de los años, la relación entre ambos hombres era peor que nunca. El encargado no le perdonaba el hecho de que fuese la mano derecha de don Víctor en el asunto del vino refinado.

—Encárgate de acompañar a nuestro amigo gabacho a sol y a sombra y que asome su nariz de cochino lo menos posible por la bodega —habían sido las palabras del encargado.

Nadie quería al de Montpellier cerca cuando se trataba de mezclar el vino con agua. Hablando menos de dos docenas de palabras en español el francés observaba la escena sin decir nada, pero sonriendo como un bobalicón.

—La que me espera con este —pensó nada más verlo.

Pero lejos de ser un castigo, Ángel disfrutó de la compañía de Gustave desde el primer día. Al principio por señas y después con su español chapurreado y que el pelirrojo aprendía de prisa, ambos hombres habían desarrollado un fuerte sentimiento de amistad.

—¿Qué hemos de buscar para saber que el insecto ha atacado a las cepas? —le preguntó el primer día.

Ambos estaban inclinados sobre una vid que el francés observaba con atención. Se giró y respondió a la pregunta encantado de poder compartir sus conocimientos.

—La filoxera deja en invierno unos huevos de color amarillo que después se vuelven verdes y eclosionan en primavera. Si vemos alguno de esos huevos en una vid, ya podemos rezar para que no se extienda a otras cepas.

Desde aquella mañana transcurrieron otras muchas y la amistad entre Ángel y Gustave se había convertido en una realidad.

Riojano y francés desanduvieron el camino y subieron al carro para regresar al pueblo. Ángel asió las riendas y arreó al caballo que perezosamente echó a andar.

Una densa neblina que estaba presa en los cercanos montes cubría los campos.

El francés le dio un codazo y señaló el cielo.

—Malo para las uvas —dijo.

El otro asintió.

Una de las misiones diarias de Gustave Bretol era asegurarse de que la filoxera siguiera sin afectar las vides de la región. Por ello, cada mañana, desde el amanecer, visitaban diferentes viñedos de los que el francés comprobaba su estado y cuando era necesario daba sus didácticas lecciones a un Ángel que era todo oídos. Sobre el terreno, el de Montpellier le explicaba todo cuanto quería saber. Las lecciones versaban sobre el modo en que se desnietaba la vid, las variedades de uvas que existían o el tipo de sustancias que se usaban para cuidar de las preciadas cepas. El francés era una enciclopedia viviente sobre el vino.

Por toda La Rioja se habían asentado otros franceses que traían consigo los métodos de

elaboración de su país. Por primera vez en la región, se luchaba por elaborar un vino de calidad. Y en ese aspecto la experiencia temprana de Víctor Arriola era una ventaja sobre el resto de las bodegas.

Durante aquellos años, la bodega de don Martín cambió el nombre Zabala por Arriola, ahora que doña Matilde no estaba viva para oponerse. Tras la inesperada partida de Pierre, el propio Víctor se puso de nuevo al frente de la producción de vino al estilo francés, pero sus obligaciones políticas pudieron más y había acabado delegando esa labor en Ángel. Tras años de lucha y sacrificio, la bodega logró su primera añada de un vino de cierta calidad en 1867. Aunque no estaba a la altura de caldos del otro lado de los Pirineos, era mejor que la media.

Aquella tendencia había arraigado en la zona, donde nuevas bodegas proliferaban casi a diario, y la experiencia de los franceses ayudaba a consolidar aquella estrategia.

Haro ya estaba a tiro de piedra. El carro traqueteaba por el sendero mientras que jirones de densa niebla descendían de los montes y cubrían las vides como un sudario.

Al poco, ambos hombres estaban en la taberna de la plaza prestos a compartir un azumbre de tinto. Hacía poco más de un año que un elegante café había abierto sus puertas al lado, pero Ángel seguía prefiriendo la humildad del viejo negocio al pomposo café.

El riojano quiso que el de Montpellier probara el vino al estilo *médoc* de la bodega de Arriola. Se sentía orgulloso de su labor, y quién mejor que un entendido en caldos para catarlo. El tabernero sacó una botella de tinto que dejó en la mesa junto a dos jarros.

Tras darle un tiento, el francés sonrió bajo su poblado mostacho rojizo.

—No está nada mal —dijo complacido.

Ángel sintió una punzada de orgullo al escuchar aquellas palabras. Le dio un cariñoso golpe en el hombro a su compañero de mesa a quien rellenó el jarro y también él se sirvió una ración. Mientras bebía, el francés no le quitaba ojo de encima.

—¿Y este vino lo has elaborado tú?

—Los primeros años me limité a seguir las instrucciones que don Víctor me daba, pero ahora solo estas manos tocan las cubas donde ha reposado este caldo. Así que sí, este vino lo he elaborado yo —admitió, con cierta vanidad.

Gustave se inclinó hacia Ángel y lo miró con gravedad.

—¿Tú sabes para qué estoy yo en La Rioja? —le preguntó.

—Claro, trabajas para Hermanos Chardin. Estás aquí para comprobar que no te dan gato por liebre con el vino y vigilar que la región esté libre de la filoxera.

El francés se acercó más a él.

—Esa es solo parte de mi trabajo —dijo misterioso.

—No te entiendo.

Gustave volvió a dar un trago a su jarro y lo depositó en la mesa con cuidado.

—Mis patrones me han ordenado que haga lo necesario para instalarnos en esta región. En Francia hay mucho interés en invertir en La Rioja y Viñedos Hermanos Chardin quiere ser el primero en hacerlo. Está claro que esto se te da bien y ya tendríamos mucho ganado contigo. Si tú quieres, puedes trabajar con nosotros mañana mismo. Dispongo del dinero necesario para montar una bodega de la que tú seas encargado.

Ángel abrió la boca para decir algo, pero ninguna palabra acudió a su mente.

## II

Víctor observaba la plaza de Haro desde el otro lado del ventanal de su despacho. Sentado, con los codos apoyados en el reposabrazos y los dedos entrelazados bajo su mentón, el alcalde de Haro se sentía como un rey solitario en su castillo. Así había visto siempre el despacho del ayuntamiento desde que fuera nombrado edil en 1869; como un viejo castillo desde el que manejar toda la vida del pueblo. Un pueblo que vivía una época de bonanza con la llegada de dinero francés. Y, por supuesto, la Bodega Arriola era la más beneficiada de la región. El año pasado había tenido que comprar la producción a un pequeño viñedo de la zona ya que la suya propia resultaba escasa para la demanda. Este año parecía que iba a suceder otro tanto.

—Y todo gracias a un insignificante insecto —se dijo, satisfecho y con un atisbo de sonrisa en sus labios.

Además, su vino al estilo *médoc* estaba empezando a cosechar buenas críticas y todo indicaba que la siguiente añada aún sería mejor.

Giró la silla y regresó a su labor. Observó los papeles que había desparramados sobre la mesa con sumo interés, después apartó la vista de ellos y se atusó el bigote, poblado ya de abundantes canas.

Un rey en su castillo no era nadie si no podía gritar a los cuatro vientos su condición de soberano. Iba a dar solución a aquella cuestión esa misma mañana.

Unos golpes en la puerta le hicieron alzar la cabeza. Al vano de la puerta se asomó el rostro enjuto de Alfonso Pardo.

—¿Da usted su permiso? —preguntó el abogado.

Víctor le invitó a entrar con un movimiento descuidado de la mano. El abogado había resultado ser de una ayuda inestimable durante aquellos años. No existía negocio turbio o mal visto del que no se encargase sin hacer más preguntas que las justas. Si Alfonso Pardo tenía algún escrúpulo, este parecía desaparecer por el precio adecuado.

—Don David aguarda fuera —anunció el abogado mientras dejaba su habitual maletín junto a la butaca del fondo.

Víctor se limitó a tirarse con energía de las solapas del traje asintiendo débilmente con la cabeza.

—Hazlo pasar —dijo, adoptando una posición relajada.

Don Alfonso regresó a la puerta e hizo pasar al hombre que aguardaba junto a ella. David Millán entró al despacho. El tesorero del ayuntamiento era un tipo entrado en carnes y que mostraba una ostensible calvicie. Pese a que no gozaba de sus simpatías, Víctor reconocía que le resultaba de gran ayuda.

Con una seña, el alcalde le mostró al recién llegado la silla que estaba frente a él, mientras que Alfonso se retiró a un segundo plano, ocupando la butaca del otro lado de la habitación.

Ya sentado frente al alcalde, el secretario hizo amago de sacar del cartapacio que siempre le acompañaba un fajo de papeles. Un gesto de Víctor le hizo detenerse.

—Hoy no lo he citado para nuestra habitual reunión —explicó el alcalde.

Don David lo miró, confuso.

—¿Una copa de vino? —invitó Víctor, sirviendo dos generosas copas.

Víctor sabía de sobra que David Millán nunca bebía alcohol, pero el funcionario no podía rechazar el ofrecimiento del edil. No le quedaba otra que aceptar la copa fingiendo de buen grado.

Se llevó la copa a los labios, se los mojó ligeramente y la depositó de nuevo en la mesa.

—Pues usted dirá qué quiere de mí —dijo, impostando una sonrisa.

Víctor dio un largo sorbo a su copa para dejarla después sobre la mesa y mirarlo directamente.

—Le informé, querido don David, que me he hecho con unos terrenos extramuros de la villa con la intención de construir un palacete para mi familia. Entiendo que debía haberle informado antes, pero ya sabe lo ocupado que estoy siempre. El caso es que el terreno me ha salido relativamente barato, pero, claro, la cantidad de dinero que he de desembolsar en los siguientes meses por la construcción del palacete no será pequeña, como usted comprenderá.

Don David emitió un pequeño murmullo de sorpresa antes de hablar:

—Agradezco que me haga partícipe de sus planes, señor alcalde, y lo felicito por ellos. Pero no entiendo cómo me afecta esto a mí y por qué me había de haber informado antes. ¿Acaso le preocupan sus finanzas?

Una débil risita procedente del abogado lo hizo girarse. Víctor se retrepó en el sillón antes de hablarle y requerir de nuevo su atención.

—¡Oh, no, querido amigo! No me preocupan mis finanzas. Precisamente son otras las que me inquietan. Las del ayuntamiento, para ser concreto. —David se lo quedó mirando sin saber a qué se refería aquel comentario. Víctor bordeó la mesa y se sentó en la silla de al lado del secretario. Dio un tiento a su copa y la depositó directamente en el suelo. Resolvió no andarse por las ramas e ir directo al asunto—: Los dos sabemos que durante estos años la caja del ayuntamiento ha ido sufragando algún que otro gasto de mi persona, pero nada de tal calibre como la cantidad que he de pagar por esos terrenos. Como comprenderá, no voy a pedir que el presupuesto municipal se haga cargo en su totalidad. ¡Eso sería robar! Pero al menos un pico sí que esperaba ahorrarme. No obstante, las arcas del municipio están casi vacías. No puedo simplemente coger lo que necesite como he hecho en otras ocasiones. Por eso está usted aquí, don David. Seguro que a alguien con su talento para los números se le ocurre el modo de hacer que el buen pueblo de Haro contribuya con, digamos, la mitad del dinero.

El secretario se revolvió nervioso en su silla.

—¿De qué cantidad hablamos? —dijo.

Víctor garrapateó con velocidad una cifra en un papel y se lo mostró. David Millán palideció ante el número que tenía ante sus ojos.

—Pero eso es imposible. Es una cantidad demasiado alta para que no se note —sentenció con un hilo de voz.

El alcalde dio un tiento a su copa y se lo quedó mirando con fiereza.

—Si usted no puede o no quiere, seguro que podemos poner a alguien en su lugar que se ocupe de ello.

El secretario apartó los ojos de la mirada de Víctor. Una cosa era desviar ciertas cantidades discretas de dinero y otra algo de aquel calibre. Aquello era robar sin pudor. Nervioso, volvió la cabeza para comprobar que Alfonso Pardo seguía estando en la habitación. Este parecía permanecer al margen de la conversación, ocupado en inspeccionarse las uñas con detalle.

—Por supuesto —continuó Víctor—, habrá un pequeño pellizco para usted, como de

costumbre.

David se hallaba entre la espada y la pared. Estaba seguro de que la amenaza de Víctor no era un farol; el alcalde manejaba el ayuntamiento como su coto particular. No tenía otro remedio que hacer lo que se le pedía.

—Quizá —dijo a vuelapluma—, quizá un impuesto nuevo. Víctor apartó aquella idea con un manotazo al aire.

—No podemos poner más impuestos al pueblo.

—No al pueblo, a los franceses. Un impuesto por llevarse nuestra riqueza fuera del país. Lo bastante alto, pero a la vez lo bastante exiguo como para que no haga que busquen otras regiones con las que comerciar.

Víctor sonrió complacido. Palmeó con excesiva fuerza la espalda del secretario. Se le veía entusiasmado.

—¡Es usted un genio, querido amigo! Póngase al momento a trabajar en ello —dijo complacido.

Dio un sorbo a su copa. Después alargó el brazo y tomó la del David Millán para tendérsela con una sonrisa.

—¡Bebamos para celebrar nuestros futuros éxitos! —dijo.

Alzó su copa y se detuvo con ella a media altura al ver que don David no lo acompañaba. Sus ojos no mostraban sentimiento alguno, pero en ellos ardía una llama de rabia cocinándose a fuego lento. Le arrebató la copa de las manos con un gesto que era casi violento y con un enérgico movimiento la colocó en los labios de don David.

—¡Abra la boca y beba! —ordenó—. Hay que celebrar que estamos juntos en esto, ¿no cree usted?

Don David obedeció sin rechistar. Abrió la boca y Víctor dejó caer el rojo líquido dentro mientras su mano izquierda le ayudaba a inclinar la cabeza hacia atrás. Al concluir sonrió satisfecho se levantó y regresó a su lugar habitual tras la mesa.

—Cierre la puerta al salir, don David —dijo. Con aquellas palabras indicaba que daba la reunión por concluida.

El secretario de la tesorería salió en silencio del despacho. Víctor ni siquiera lo miró.

—¿Cree que es de fiar? —dijo Alfonso Pardo. Se levantó del que había sido su sitio durante la reunión y ocupó la silla que instantes antes usara David Millán.

—Por la cuenta que le trae, lo será.

El abogado masticó aquella sentencia unos segundos y después meneó la cabeza para mostrar su conformidad con ella. No obstante, Víctor ya no le prestaba atención. Su interés estaba ahora en otro asunto.

—¿Qué hay de Mariola? —Gruñó, levantando la cabeza de sus papeles.

Su esposa llevaba una sencilla vida junto a Alejandro en el bajo que había alquilado años atrás. Hasta ese momento, por lo que el abogado sabía, su marido se limitaba a enviar cierta cantidad de dinero mensual sin inmiscuirse en su vida. Parecía que hombre y mujer mantenían una especie de arreglo acerca de su matrimonio. Sin embargo, desde hacía unos meses, el nombre de Víctor Arriola sonaba fuerte como diputado y voces importantes dentro del partido le recomendaban que se reconciliara con su esposa para acallar las habladurías. Por eso, Alfonso tenía la labor de negociar la vuelta a casa de Mariola.

El abogado se tomó su tiempo para responder. Aquella cuestión irritaba sobremanera a Víctor y si algo sabía Alfonso era que los ataques de ira de su patrón resultaban peligrosos para quienes los presenciaban.

—Es un mal asunto. No hay manera de hacer que entre en razón, sigue empeñada en vivir en su casa.

Una sonora palmada de Víctor sobre la mesa lo interrumpió.

—¡Es mi esposa! Su obligación es hacer lo que se le ordene.

Alfonso dejó que el ataque de rabia se fuese difuminando antes de proseguir.

—No obstante, creo que he descubierto el modo de que los dos salgan ganando.

Víctor lo miró con suspicacia, pero le indicó que continuase.

—Creo que puedo lograr que Alejandro vaya a vivir con usted cuando la nueva mansión esté acabada, siempre que finalice sus estudios y no se le impida visitar a su madre cuando quiera.

El alcalde soltó una imprecación que hizo retumbar las paredes.

—¿Y de qué me sirve eso? Lo que necesito es que esa condenada mujer se atenga a razones y siga con la farsa de este matrimonio. ¿Ya le has advertido que de persistir en su actitud dejaré de pasarles el dinero que reciben todos los meses?

El abogado resolvió ser sincero, a pesar de saber que el enfado de su cliente iría en aumento.

—Según doña Mariola, tiene dinero suficiente de la herencia de su madre para no necesitar su aportación.

Víctor se mordió las ganas de lanzar un nuevo juramento. Se levantó y caminó nervioso por el despacho hasta plantarse frente a las cristaleras que daban a la plaza. En su interior hervía de rabia y furia, no obstante sabía que estaba a merced de Mariola. Ahora que su papel en el partido apuntaba tan alto no podía permitirse escándalos.

—Tendrá un ala entera de la nueva casa solo para ella. ¿Qué más quiere?

Alfonso se encogió de hombros.

—Por lo visto, no quiere irse del bajo donde vive. Ni ella ni su criada se moverán de allí. Doña Mariola es intransigente en ese punto, pero accede a asistir a ciertos eventos públicos, si así lo requiere usted —sentenció el abogado.

El alcalde quedó en silencio mirando la vista tras los cristales. Fuera, la plaza bullía de actividad y el mercado estaba plagado de gente. Alfonso Pardo se levantó de la silla y se colocó a la diestra de su cliente.

—Es el mejor trato que podremos conseguir. Eso o amenaza con pedir la nulidad de nuevo, lo que sería un escándalo mayor.

—Es lo que tenía que haber aceptado hace siete años. Se habría acabado la historia.

Alfonso continuó impertérrito a las palabras de su patrón, que sabía fruto de la frustración.

—En Haro todo el mundo sabe que ustedes dos viven vidas separadas, pero al menos se atiende a representar el papel de esposa durante su proceso para ser nombrado diputado. Después, una vez usted tenga que vivir en Madrid por sus obligaciones, cada uno a lo suyo. Además, piense en Alejandro, el chico podrá vivir con usted en cuanto la mansión esté acabada.

Víctor resopló para demostrar que aquello le importaba bastante poco. Por lo que a él respectaba, su hijo le recordaba terriblemente a Mariola. Tendría que moldearlo con firmeza si quería que algún día fuese digno de su apellido. En silencio sopesó esa idea y asintió mientras se pellizcaba el puente de la nariz.

Alfonso fue consciente, por primera vez desde que lo conocía, de que Víctor mostraba signos de cansancio tras aquella conversación.

—Y ahora haz pasar al ingeniero —dijo el alcalde, regresando a su lugar tras la mesa.

Alfonso asintió y salió del despacho con decisión.

Poco después, el espacio frente a la mesa era ocupado por un ingeniero llegado expresamente desde Madrid para aquella reunión. Víctor estaba decidido a construir para sí y su familia un palacio que hiciera palidecer de envidia a las casonas más antiguas del pueblo y no pensaba escatimar en gastos; sobre todo ahora que se había asegurado la financiación pública.

El ingeniero era delgado y alto, y sus ademanes refinados y ropa cara delataban su procedencia capitalina. El individuo venía recomendado por su labor en remodelar diversos edificios en la capital del país, así como colaborar en diversos proyectos en el extranjero. Su sola presencia aquella mañana ya costaba un ojo de la cara. Víctor le expuso su idea sin andarse por las ramas:

—Quiero que sea el edificio más grandioso de toda la región. Algo que nunca se haya visto.

El experto escuchaba sus palabras con atención, pero una duda bullía en su cabeza a medida que el cliente desgranaba sus planes.

—Mis honorarios no son baratos, señor Arriola. ¿Tiene usted el dinero necesario para tamaño proyecto?

Víctor estuvo en un tris de levantarse, agarrarle por las solapas del elegante traje y lanzarlo por la ventana. Se contuvo en el último segundo.

—Usted preocúpese de hacer bien su trabajo que de los reales me ocupo yo —dijo con tono fiero.

El ingeniero se agitó nervioso en su silla.

—No pretendía ofenderlo —se disculpó—. Pero comprenderá que la lista de trabajos en los que he colaborado me exige una cierta seguridad a la hora de cobrar por mi labor. Comprenda. Yo he colaborado con el insigne Ildfonso Cerdá.

—¿Y a ese tal Cerdá también le preguntó si disponía del dinero para pagarle?

Una punzada de dolor aguijoneó el orgullo del arquitecto. Se irguió en la silla, tieso como un palo.

—Yo fui alumno de don Isidro González y profesor de la escuela de arquitectura desde su creación. Puede pedir referencias de mí...

—Mire —le cortó Víctor—, usted está aquí porque alguien del partido me lo ha recomendado y porque para lo que tengo en mente no me vale un arquitectucho de provincias como los de Vitoria o Logroño. No me importa dónde ha trabajado ni sus referencias. Lo que quiero es que me construya el edificio que tengo en la cabeza. ¿Puede o no?

Un rato después, ambos hombres descendían las escaleras del ayuntamiento y subían a un coche simón en dirección a las afueras de la villa.

Los terrenos que Víctor había adquirido estaban a media legua al sudeste de Haro. Se trataba de una llanura cuajada de arbustos de cinco fanegas que se extendían al este hasta el río Ebro y enlazaba al oeste con la carretera de Logroño.

Los dos hombres descendieron del carruaje y echaron a andar hasta detenerse en lo alto de una pequeña loma desde la que vislumbraban buena parte de la zona circundante. El viento soplaba con fuerza y agitaba sus ropas y en un cielo encapotado las nubes desfilaban sobre sus cabezas. En

la lejanía, el Ebro trazaba una elegante curva en dirección a levante.

—Desde allí hasta allí, todo es mío. —Víctor señalaba los límites de su propiedad.

El ingeniero no disimuló un suspiro de asombro.

Víctor extrajo de su abrigo un fajo de papeles amarillentos por el tiempo que tendió al arquitecto. Este lo contempló con interés y a medida que iba entendiendo lo que tenía ante sí sus ojos se fueron agrandando por la sorpresa.

—¿Estos planos son suyos? ¿Los ha dibujado usted?

Víctor asintió con la cabeza. Sus ojos estaban perdidos en la distancia.

—Los diseñé hace casi veinte años. Durante una estancia en Burdeos.

Los planos que el arquitecto tenía entre sus manos plasmaban una enorme finca dedicada al vino en su totalidad. Constaba de un edificio principal rodeado de viñedos al estilo de los que había visto en Burdeos. Asimismo, a su alrededor se apiñaban diversos edificios destinados a la producción de vino y que conformaban una bodega moderna y de un tamaño nunca antes visto en la región.

—¿Cree que podrá darme lo que le pido? —inquirió Víctor, mirando directamente a los ojos al arquitecto.

Este se puso firme como un junco y adquirió un tono de voz ceremonial.

—Si está dispuesto a ello, yo le prometo que construiré para usted una bodega para su negocio y un palacio para su familia que han de durar mil años.

Un simple apretón de manos selló el acuerdo.

Dos semanas después comenzaron las obras de la que iba ser la bodega más impresionante de la región.

### III

En La Habana los ecos de la guerra que había estallado en la isla en 1868 apenas si se escuchaban. Viendo el trasiego diario de la ciudad nadie diría que en la isla se libraba una contienda entre España y los que abogaban por la independencia de Cuba, los llamados mambises.

Desde siempre, la isla estaba dividida en dos por un invisible eje que marcaban las diferencias económicas, sociales y políticas entre ambas zonas. El este de la isla seguía siendo una región deprimida económica y socialmente, mientras que las grandes urbes del oeste como La Habana, Santa Clara o Cienfuegos prosperaban lideradas por las élites españolas. Aquella situación acabó por estallar en octubre de 1868 en un remoto ingenio en Yara, desde donde los insurrectos lanzaron su ofensiva. Desde entonces, la contienda se había estancado en una suerte de calma tensa que era rota frecuentemente por sangrientos enfrentamientos.

Durante ese tiempo, Marcos y Evaristo prosperaron. De aquellos dos prófugos y los lejanos días en La Leal nada quedaba.

El riojano y el esclavo habían huido al norte, y se asentaron en La Habana. Tras varios trabajos sin futuro por diversos establos decidieron montar su propio negocio hacía tan solo un



año. Sin dinero, pero con ganas de trabajar, se instalaron en una vieja cuadra cercana al puerto, donde, gracias a sus conocimientos, se convirtieron al poco en una de las mejores caballerizas de la zona. Bien pronto, y gracias a la calidad de sus bestias, el negocio prosperó lo suficiente para que Marcos se convirtiera en don Marcos. Mientras, su amigo a ojos de los demás era un leal esclavo; una sombra que le acompañaba a todas partes.

La realidad distaba mucho de ser esa, ya que los dos hombres eran socios, pero la prudencia aconsejaba que mantuvieran las formas ante los demás y como tal actuaban en público. Un negro dueño de la mitad de unas caballerizas era algo que levantaría suspicacias.

De ese modo y aunque estaban lejos de ser ricos, el negocio daba lo suficiente para llevar una vida tranquila y acomodada en La Habana.

—¡A ver quién atiende aquí! —graznó un caballero desde la puerta de las cuadras.

Evaristo acudió raudo a aquel requerimiento. Se encontró con un hombre joven y vestido de modo tan elegante como pomposo. Junto a él estaba una mujer que mostraba el mismo gusto aparatoso en el vestir. Les saludó con una inclinación de cabeza.

—¿No está tu amo? —preguntó el caballero.

Tanto él como la dama no reprimieron una mueca de fastidio al verlo. Evaristo ya estaba acostumbrado a aquel trato. La Habana podía ser una ciudad cosmopolita y abierta al mundo, pero sus gentes mostraban los mismos prejuicios y modales que el resto de la isla cuando trataban con alguien de piel oscura.

Reprimió las ganas de responder como se merecía y sin decir nada se encaminó al interior de los establos.

—Hay dos blancos que quieren ver a mi dueño —se limitó a gruñir.

Marcos sabía de sobra que las pocas ocasiones que el chico se mostraba mohíno o iracundo, su actitud tenía que ver con el trato dado por el color de su piel.

—No podemos hacer otra cosa. Hemos de mantener las formas —le dijo, tratando de consolarlo.

Lejos de tener ese efecto, aquellas palabras encolerizaron más aun al muchacho.

—¿Que no podemos hacer otra cosa? Ya debería ser un liberto. No tendría por qué aguantar esto —se quejó.

Conseguir los documentos necesarios para pasar por un liberto y dejar de ser un esclavo huido no era ni fácil ni barato. Aquella era una discusión que ambos amigos habían tenido infinidad de veces.

—Te entiendo, Evaristo, pero hasta que llegue el momento hemos de aguantar.

—Cuando los mambises ganen, veremos qué pasa en esta isla y quiénes son los que tiene que aguantar —masculló el chico.

La gran mayoría de los esclavos de la isla simpatizaban con la causa independentista. En los principios mismos de la rebelión estaba fuertemente asentada la abolición de todo tipo de esclavitud. Sin embargo, el curso de la guerra no estaba yendo en la dirección deseada por el joven esclavo. Marcos se plantó frente a él. No quería ser quien desinflase la ilusión de su amigo, pero tenía que ser honesto con él.

—La guerra está estancada. Cuba está dividida en dos y el final de esta contienda no está cerca.

—¡Pues algo habrá que hacer para inclinar la balanza! —saltó Evaristo.

—¿Qué podemos hacer dos insignificantes hombres como nosotros? ¿Nos pasamos al otro lado de la Trocha?

La Trocha de Júcaro a Morón era el nombre que recibía una amplia franja de fortificaciones españolas que discurría de norte a sur en mitad de la isla y que tenía como objetivo aislar a los insurrectos del este y mantenerlos dentro de un territorio controlado. Cruzarla significaba entrar en territorio rebelde.

El esclavo se limitó a alejarse mascullando improperios hacia los recién llegados. El riojano entendía la irritación del chico, pero como bien decía no podía hacerse nada más. Por su parte, daba al liberto el mismo trato que daría a un hermano. Solo podía esperar que un día la esclavitud fuese abolida por completo en Cuba. Se encaminó a la puerta de la cuadra.

—¿En qué puedo ayudarlos? —dijo, tendiendo la mano.

El ostentoso caballero le devolvió el saludo, aunque Marcos pudo ver que no sin ciertos reparos. Se presentó a sí mismo como el heredero de un cafetal al oeste de la isla.

Tras un rato hablando con ellos, no pudo evitar sentir una gran antipatía por aquella pareja. Eran dos recién casados que acababan de llegar a la isla desde España y que tenían aquel lugar como poco más que un rincón salvaje y dejado de la mano de Dios. Se comportaban como niños malcriados a los que el dinero proporcionaba todo cuanto querían.

—En resumen, buscamos un semental de calidad. No vamos a reparar en gastos si es necesario —sentenció el hombre, apoyándose sobre sus talones. Miró complacido a su esposa y esta le devolvió el gesto, ufana.

Marcos se rasco el mentón.

—Creo que puedo encontrar algo de su agrado, si me dan el tiempo necesario.

El hombre le cortó con un ademán irritante.

—Ya sabemos cuál es el caballo que mi esposa quiere y también dónde localizarlo.

Marcos lanzó una mirada alternativamente a los dos sin saber a qué se referían.

—Sé de buena tinta que hace dos semanas un buque con tres preciosos sementales procedentes de Huelva en sus bodegas fue desviado al puerto de Cienfuegos debido a un huracán. La nave ha perdido gran parte de la carga y lleva desde entonces amarrada sin poder proseguir viaje por falta de fondos. Para solucionar esa situación la propia tripulación ha decidido poner a la venta a las monturas. Nosotros le compraremos una de ellas, la que usted considere mejor de las tres, una vez estén en su poder. Tan solo hemos de ponernos de acuerdo en el precio, y eso no va a ser un problema.

—¿Y por qué no van ustedes mismos?

—¿Con la isla en plena guerra? ¡No, gracias! Por eso le pagaremos el precio pactado de antemano más una cantidad extra por las molestias.

—¿Y las otras dos monturas? Ha dicho que en la bodega del barco hay tres.

—Puede usted comprarlos para su posterior venta, si así lo estima. Eso es cosa suya. Nosotros solo nos comprometemos con uno de los sementales. No me negará que es un buen negocio.

El de La Rioja rumió aquello. Era un asunto que si sabían manejar podía reportarles una gran suma de dinero; todo dependía de su capacidad para negociar el mejor precio. Estaba seguro de que la tripulación ignoraba la pequeña fortuna que aquellos sementales podían llegar a valer en España. Si estaban listos podían sacar un buen beneficio de aquello.

—Necesitaré un veinte por ciento por adelantado. Para el viaje —pidió.

El hombre buscó con la mirada a su esposa. Cuando esta le dio el beneplácito accedió de buen grado. Ambos hombres se estrecharon la mano a modo de despedida.

Mientras los acompañaba al exterior del establo la mujer abrió la boca por primera vez. Lo hizo para quejarse del calor de Cuba y de la guerra.

—Esperemos que esta revuelta acabe pronto y esos mambises reciban su merecido pronto. Antes de que el calor nos pudra los sesos a todos.

Una palada de estiércol que cayó a menos de un palmo de los elegantes zapatos de la mujer apareció de la nada. Evaristo asomó la cabeza tras una empalizada.

—Perdonen los señores amos. Este negro tonto no sabe lo que se hace —dijo, impostando la voz al estilo de los blancos cuando imitaban a los de piel oscura.

Marcos le fulminó con la mirada mientras se excusaba por el incidente. Tuvo que reprimir la risa ante lo sucedido.

## Capítulo 22

### I

La vendimia estaba a punto de concluir. Unas tardías heladas en mayo y tormentas en el verano habían hecho que esta no fuese tan cuantiosa como la de otros años, pero, en general, Manuel estaba satisfecho.

Se paseaba por la bodega con las manos a la espalda, observando el trajín de los trabajadores con una mueca de complacencia en su rostro. Le gustaba hacerse notar en aquellos momentos haciendo pequeñas pero importantes cosas, como comprobar las libras de uva que entraban cada día hasta que la cantidad le parecía correcta. En la vendimia del año anterior, había obligado a volver a pesar la uva siete veces, hasta que quedó satisfecho; una tarea que llevó hasta bien entrada la madrugada. Su mera presencia recordaba a los jornaleros quién mandaba.

Además, aquel día tenía una razón más para estar allí.

Las ocasiones en que Víctor visitaba la bodega eran ahora escasas desde que se rumoreaba que saldría diputado el año siguiente, pero el encargado sabía de buena tinta que aquel día en concreto se dejaría ver en compañía de un visitante importante. Por eso andaba dando órdenes a diestro y siniestro.

Incluso mandó barrer y fregar el suelo de la bodega, una tarea inútil, puesto que a la media hora se había vuelto a ensuciar. Ya iban cinco veces en lo que iba de día que los jornaleros le daban a la escoba.

—Todo tiene que estar limpio y ordenado —repetía, yendo de aquí para allá.

Los trabajadores asentían y acataban las órdenes del encargado maldiciendo entre dientes. Entre ellos se encontraba un atareado Ángel que en esos momentos acababa de llegar de vendimiar junto a un grupo de compañeros. Era casi la una de la tarde y el hambre apretaba. La cuadrilla, compuesta por cuatro trabajadores, se permitió parar un rato para llevarse algo al estómago y bajarlo con una bota de tinto.

Improvisaron una mesa con un par de tablones en un lugar apartado del patio, donde Manuel no pudiera molestar. El verano no quería despedirse aquel año y calentaba de lo lindo. Los hombres estaban empapados en sudor.

—¿Y a este qué tripa se le ha roto? —preguntó uno de ellos, señalando al encargado.

Ángel se encogió de hombros mostrando su desinterés en el asunto y le dio un tiento a la bota. Fue su compañero sentado a la derecha quien respondió a la pregunta. Uno al que llamaban Baco por su gusto por el tintorro.

—Si anda así de revuelto es que el amo viene esta tarde.

—¿Don Víctor en la bodega? Eso sí que sería una novedad. Hace meses que no se le ve el pelo por aquí.

Baco se señaló la nariz, dándose pequeños golpes en ella con el dedo índice.

—Te digo yo que estas cosas las huelo.

—Mal rayo le parta —dijo un tercero—. Aquí lo que hace falta es que llegue la lucha de clases.

La cuadrilla entera miró al que acababa de decir aquellas palabras. Los ecos del Congreso Obrero de Barcelona de aquel mismo junio aún resonaban en todo el país. Pese a ello, en la región el acontecimiento apenas si había tenido repercusión.

—¿Ya estás con esas? Esto está muy lejos de todo para que lleguen tus comunistas.

Una risotada común se alzó en la mesa.

—Vosotros reíros lo que queráis, pero tengo más razón que un santo. Dos veces me han leído a mí el *Manifiesto* y las dos he quedado más convencido que antes. Que no es justo que unos tengan tanto por haber nacido en una cuna y otros tengamos que dejarnos el lomo para que sigan siendo los amos de todo.

Un hasta entonces callado Ángel intervino:

—Aquí eso no tiene nada que ver porque Manuel no viene de cuna, sino que es uno como nosotros que se cree más importante.

Un murmullo de asentimiento inundó la escena.

—Un chaquetero, eso es lo que es.

—Todo el asunto del vino refinado lo llevas tú y no te das tantos aires.

—Mejor iría la bodega contigo de encargado —sentenció Baco, dándole un tiento a la bota con ganas.

Ángel quitó importancia a aquellos comentarios con un ademán. Aunque en el fondo le enorgullecía que sus compañeros pensasen de ese modo. En su cabeza aún resonaba el ofrecimiento de Gustave, que había acabado por rechazar.

—Entonces, ¿quién se apuesta un azumbre de tinto conmigo a que esta tarde tenemos aquí al patrón? —dijo un crecido Baco.

Nadie secundó la apuesta, e hicieron bien.

Hacia el atardecer el vaticinio de Baco se confirmó y Víctor Arriola y un acompañante hicieron acto de presencia.

Desde que el patrón entrara en política era frecuente que personajes insignes le visitaran. El de aquel día debía de ser realmente importante para que se tomara la molestia de acompañarlo a la bodega.

Como un perro faldero, el encargado se apresuró a presentar sus respetos.

—Manuel —dijo Víctor—, le presento a don Luciano Francisco Murrieta. Hombre de armas, colega de profesión y entusiasta del mundillo del vino.

El encargado no disimuló un gesto de sorpresa a la par que su semblante reflejaba una honda satisfacción. Lo estudió con detenimiento. Luciano Murrieta era un tipo de aspecto común, incluso ordinario: bajito, regordete, de vistosa calva y bigotes estilizados poseía una mirada despierta y curiosa. Era la mano derecha de Espartero en las bodegas que este poseía en La Rioja, y desde que se pusiera al frente de ellas no habían sido pocos los méritos logrados por los caldos del

duque de la Victoria. Se le tenía por uno de los mayores entendidos en vino del país y su visita era un auténtico honor.

El capataz se apresuró a realizar una solemne reverencia a la par que tendía su mano al caballero.

—Es un verdadero honor tenerle en nuestra bodega, coronel.

—El honor es todo mío. Don Víctor me ha dicho que está usted al cargo de la bodega. Será un placer visitar las instalaciones junto a usted y departir sobre este nuestro pequeño y maravilloso mundo del vino. Estoy seguro de que podemos aprender el uno del otro.

Manuel sintió una punzada de orgullo. Nada menos que el ganador de la medalla de la Exposición de Agricultura de Madrid y una de las voces más importantes en viticultura le ponía a su mismo nivel. Víctor Arriola se apresuró a bajarlo a la tierra con un comentario hiriente.

—No creo que tenga mucho que aprender de los métodos de mi encargado. Hasta que lo ascendí hace unos años era un trabajador más. Además, me temo que nuestra pequeña bodega dista mucho de compararse a la suya.

—No se quite usted mérito, amigo Víctor. He tenido ocasión de probar los vinos al estilo francés que produce usted y el resultado me sorprendió. —Víctor hizo uso de su bien disimulada falsa humildad ante el halago. Murrieta prosiguió hablando como si tal cosa—: Lo que sé de buena tinta es que estuvo usted al igual que yo en Burdeos, aprendiendo de los franceses. Tengo entendido que fue precisamente en el viaje de regreso cuando perdió usted la pierna.

—Está usted muy bien informado —dijo Víctor, luciendo la sonrisa falsa que tanto prodigaba en los despachos.

La conversación estaba tomando un rumbo que no le gustaba y conminó a su invitado a iniciar la visita sin más preámbulos.

Recorrieron en primer lugar la zona de la entrada, que durante la vendimia se dedicaba a almacenar la uva recién traída en espera de que fermentara y donde se ubicaba el lagar. Allí Luciano Murrieta disfrutó metiendo las manos entre los rojizos racimos y estudiando los granos con interés. Se lo veía entusiasmado y no paraba de preguntar cuanto creía oportuno.

Mientras, Víctor a duras penas mantenía el interés en la conversación. Para él la bodega había dejado de ser un experimento y era un simple negocio; una máquina de cifras y números cuyos engranajes debían mantenerse engrasados para que todo funcionara de modo correcto. Ya no se asemejaba en nada al proceso mágico que una vez creyó vislumbrar en todo aquel asunto. El vino era un producto y él se encargaba de sacarle rentabilidad. Se estaba arrepintiéndole de haber cedido a su petición de conocer la bodega. La voz de Murrieta diciéndole algo a su lado le hizo esbozar una sonrisa fingida.

—Le decía a su encargado que siento verdadera envidia de su bodega. Es un lugar lleno de recuerdos en el que todo está relacionado con el vino. Se notan en ella los años de dedicación y la tradición.

—Las bodegas que el duque de la Victoria tiene tampoco son pocas —repuso Víctor.

—No se lo niego a usted, pero carecen de la magia de este lugar. Aquí se respira la historia de una familia.

—Si este lugar le parece mágico, espere a ver la finca que estoy construyendo a la entrada de Haro. Eso sí que será espectacular. Le gustará, es de estilo francés. Como los *châteaux* que se pueden ver en Burdeos.

La boca de Víctor se torció en una sonrisa triunfal. Por fin podía presumir ante aquel militar bajito y presuntuoso de la enorme mansión y de los viñedos que estaba construyendo para su familia.

Sin embargo, Luciano Murrieta no pareció muy afectado por aquella noticia. Su cabeza se ladeó hacia la derecha mostrando su reticencia.

—Lo he visto al llegar. Impresionante obra, sin duda. Le confieso que desde que visité Burdeos yo mismo he querido construir algo así algún día. Pero afrontémoslo, por mucho que nos esforcemos, nada tendrá la fuerza ni la historia de este sitio.

Víctor disimuló lo mejor que pudo la decepción por la falta de interés que su noticia había despertado en Luciano. El coronel era la mano derecha de Baldomero Espartero, quien, a pesar de perder peso político, a nivel nacional seguía siendo alguien importante. No por nada, tras el triunfo de la revolución de 1868, fue a él a quien se le ofreció la corona de España. Un ofrecimiento que había sido rechazado de plano por el anciano político. Así que esbozó una sonrisa impostada y dio el asunto por concluido con un comentario neutro:

—Creo, señor Murrieta, que nuestros conceptos sobre el negocio difieren.

La visita transcurrió con normalidad. Si bien la tirantez entre Víctor y su invitado era evidente, ambos mantenían las formas como buenos hombres de negocios.

El interés de Luciano por visitar los inmensos calados del subsuelo fue el momento propicio para que Víctor alardeara del montacargas que albergaba su bodega. Aún hoy, la máquina era un hecho insólito en toda la región.

El edil estaba explicando las peculiaridades de la máquina a su invitado cuando se cruzaron con el trabajador más joven de la Bodega Arriola.

Santiago acababa de cumplir los doce años, pero llevaba a sus espaldas cinco vendimias. Era un poco el chico para todo y todo el mundo sentía un cariño especial por el muchacho. En aquel momento llevaba un pequeño carro con botellas y cubas que venía de lavar del patio. Una pila tan alta de ellas que le impedía ver qué tenía frente a sí. A punto estuvo de atropellar a Víctor, quien logró esquivar el carro en el último momento y de milagro.

—¡Mira por dónde vas, crío del demonio! —bramó el alcalde.

El grito hizo que Santiago perdiera el control del ya de por sí desequilibrado carro y de su carga.

La pila de botellas y cubetas se tambaleó lentamente hacia la derecha, para acabar cayendo con gran estrépito a pesar de los esfuerzos del chico. La mala suerte quiso que alguna de ellas fuera a parar a los pies de Luciano Murrieta quien, sorprendido, no pudo mantener el equilibrio y cayó dando con su trasero en el duro suelo.

Víctor se apresuró a ayudar a levantarse a Murrieta, quien se palmeaba la ropa para quitarse el polvo mientras restaba importancia a lo sucedido. Por contra, la atención de Manuel estaba en el pequeño Santiago, que en aquellos momentos solo deseaba que la tierra se lo tragara. A grandes zancadas, el capataz se colocó frente al crío, lo agitó con rabia tomándolo por los hombros y lo abofeteó.

La bofetada resonó en toda la bodega e hizo que los que aún no se había girado para ver la escena lo hicieran. Incluso el rostro de Víctor mostró un gesto de sorpresa.

—¡Para que aprendas a mirar por dónde vas! —le espetó.

Más por la sorpresa que por el dolor, el crío arrancó a hipar y al punto unos gruesos

lagrimones le corrían por la cara. Lloraba como el niño que en realidad era.

El capataz se dio la vuelta y miró amenazante a los trabajadores.

—¿Quién os ha dicho que dejaseis de trabajar, haraganes? —dijo desafiante.

Ángel contemplaba la escena con los puños apretados y el ceño fruncido en un mohín de rabia.

Sin que nadie lo esperase se plantó frente al capataz y lo tomó por la pechera, lanzándolo contra la plataforma del montacargas.

—A ver si eres tan valiente con alguien que no sea un niño —dijo mientras le daba un golpe con el dorso de la mano.

Se quitó la correa y se dio dos vueltas con ella a la mano. Alzó el brazo y se dispuso a sacudir al pasmado capataz.

No fueron más de tres correazos los que le cayeron, pero Manuel acabó siendo un pobre hombre que imploraba ayuda mientras trataba sin éxito de defenderse de los golpes que le llovían.

Hubo alguno que vitoreó la paliza, pero en general todos miraban sorprendidos lo que estaba sucediendo.

Fueron necesarios tres hombres para detenerlo.

Cuando se tranquilizó, el propio Ángel parecía el más sorprendido. Lanzó una confusa mirada a su alrededor y entendió que no había vuelta atrás.

Se quitó el mandil y con rabia lo arrojó a los pies de un estupefacto Víctor.

—No volverás a trabajar en todo Haro —le gritó el patrón lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oyera.

—Ya te digo yo por dónde te puedes meter el trabajo —sentenció Ángel lleno de cólera.

Todos los presentes se quedaron de una pieza. El primero el propio patrón, que no sabía articular palabra ante aquella osadía. Nadie se había atrevido a hablarle así jamás.

Después Ángel salió de la bodega sin mirar atrás y echó a andar en dirección al pueblo.

Se alejó dejando atrás media vida entre las barricadas de aquel lugar, recorriendo aquellos calados bajo tierra. Media vida trabajando para otros. Era hora de hacerlo para él mismo. Tenía que hablar con Gustave.

Mientras caminaba con paso decidido hacia la salida estaba seguro de una cosa: se dejaría la piel en hacer el mejor vino posible de la región.

Un rato después Gustave le palmeaba con ganas la espalda celebrando su decisión.

—¡Ya era hora! —le dijo el francés con un estridente grito.

Estaban en una taberna que daba a la plaza, acodados en el mostrador con sendos jarros de tinto frente a ellos.

—No es para tomarlo a la ligera. Me quedo sin trabajo y con un hijo que alimentar —dijo con seriedad Ángel.

Pasado el impulso inicial había tenido tiempo para pensar en lo que se le venía encima. Ni siquiera la seguridad con que Gustave lo apoyaba lo tranquilizó.

—Ya te he dicho que estoy capacitado para prometerte apoyo económico y es lo que acabo de hacer. Nosotros nos encargaremos de poner el capital necesario para ponerte en marcha. Tú serás nuestro encargado; solo tienes que hacer tu trabajo lo mejor posible y tendrás garantizado un jornal seguro. La plaga de la filoxera no cesa y La Rioja sigue siendo una prioridad para nuestra bodega.

Ángel dio un sonoro manotazo al mostrador que a punto estuvo de hacer derramar el vino de



ambos.

—Pero montar una bodega es carísimo. Tus jefes no van a poner un real por alguien sin experiencia como yo. Lo mejor será que pida perdón a don Manuel y suplique a Víctor que me devuelva mi empleo. Le gustará verme de rodillas, seguro que me contrata de nuevo.

—¡No digas sandeces, *mon Dieu!* Y deja de preocuparte por el dinero. Mis patrones se encargarán de eso. Ya te dije que andamos buscando donde invertir en la zona.

Aun y con todo, Ángel tenía el ceño fruncido en un rictus de preocupación y sus labios eran apenas una fina línea.

El francés le puso una mano en el hombro y lo atrajo hacia sí con cariño. La envergadura del gabacho, ampliada en España merced a la cocina riojana, era tal que le resultaba fácil mover a su amigo.

—Para empezar, tú y yo nos vamos unos meses a Montpellier. Allí aprenderás lo necesario y cobrarás un sueldo por ello, así que de momento el dinero no te va a faltar. Ya verás lo contenta que se pone Carmen cuando sepa que está casada con el encargado de una bodega francesa en Haro.

Eso recordó a Ángel que su esposa no sabía nada de lo sucedido. Sintió un reflujo amargo subir desde el estómago. Daría cualquier cosa por no tener que pasar por aquello. El francés debió de ver algo en el rostro de su amigo porque tras dar un buen trago a su jarro se ofreció a acompañarle.

—Así veo a Carmenchu y a tu mujer —dijo.

El de Montpellier hacía auténticas buenas migas con la familia. Quizá porque él no tenía nadie que lo aguardara en Francia.

—Claro, y de paso cenas. ¡No te gusta a ti nada lo que cocina mi mujer! —apuntó Ángel con perspicacia.

Gustave se encogió de hombros.

—Los solteros también tenemos derecho a disfrutar de la buena cocina hogareña. *Bien sûr!*

Ambos hombres salieron de la taberna y enfilaron calle arriba en dirección a la casa de los Zaldierna.

—Pero antes de nada —se detuvo Gustave—. Cuéntame otra vez la paliza que le diste a don Manuel. Quiero oírlo de nuevo.

El francés concluyó su petición con una gran carcajada que se perdió en la estrecha callejuela.

Carmen no solo se tomó la noticia mejor de lo esperado, sino que alentó a su marido a cumplir sus aspiraciones. La mujer aguardaba aquella noticia desde hacía tiempo. Cuando Ángel le contó la primera oferta de Gustave, supo que era cuestión de tiempo que aceptara, y aunque no las tenía todas consigo, si de algo estaba segura era de que su marido se dejaría la piel en labrar un futuro para su familia.

—Si es lo que quieres, hazlo. Montad esa bodega los dos —dijo, tras escuchar la historia.

—Pero nos la jugamos a una sola carta —repuso Ángel—. Si la cosa no sale bien nos quedaremos sin nada.

—¿Y cuál es la alternativa? Víctor se encargará de que nadie te dé trabajo en la región. ¿Qué vamos a hacer? ¿Irnos de la provincia?

—Podría pedirle perdón y recuperar el trabajo.

Carmen se irguió todo lo alta que era en la silla y fulminó a su marido con la mirada.

—Antes prefiero vernos bajo un puente que mendigando limosna a don Víctor. Seremos pobres, pero tenemos dignidad —dijo con rabia.

Ángel la quiso en esos momentos con todas sus fuerzas. De todas las mujeres del mundo tenía la suerte de que Carmen se hubiera fijado en él. No podía haber en el mundo un hombre con más fortuna. La pareja se fundió en un abrazo que llevaba a cuestras todos aquellos años de empujar en la misma dirección. De contar los cuartos una y otra vez, de guardar para cuando no hubiera, de pasar penurias con la esperanza de un mañana mejor. Había llegado el momento de saber si ese día había llegado finalmente.

## II

A lo largo de los años, la relación entre Manuela y Víctor había llegado a convertirse en una especie de exorcismo para acallar los demonios que atormentaban al hombre. El cuerpo de la cordobesa era un lienzo en el que plasmar las frustraciones que la vida le hacía acumular. El alcalde la usaba para aplacar su rabia y su furia. Ella aguantaba ese trato como si fuera un juguete que se sabía posesión de alguien. Nunca se quejaba, nunca protestaba. Era el precio que debía pagar por llevar una vida desahogada en aquel piso. La tarifa que pagar por envejecer. Porque la cordobesa sabía de sobra que en los prostíbulos la lozanía de la juventud era una garantía para comer todos los días, pero cada día que pasaba se alejaba más y más de ella y un día solo podría aspirar a malvender su cuerpo por unos pocos reales.

A veces invitaban a prostitutas de la cercana calle a la que llamaban del Laurel, ya que colgar del balcón un ramo de ese arbusto era señal para avisar de que la señorita dueña de este estaba ocupada en sus menesteres carnales. Pero era a Manuela a quien Víctor dispensaba sus caricias más dulces y también los golpes más dolorosos.

Durante esos años, la sed de placer del hombre, lejos de haber mermado, parecía aumentar en cada encuentro, como si solo la carne pudiera apaciguar un ansia que parecía no tener fin.

Pero aquella tarde los pensamientos del hombre parecían estar a miles de leguas de la habitación.

—¿Qué es lo que te pasa, Víctor? —dijo la chica, girándose para mirarlo con detenimiento.

Víctor arrojó sobre la cama la vara de avellano y con gesto cansado se sentó en el jergón.

—Vístete —le ordenó.

Manuela obedeció, como siempre hacía. Se puso un ligero camisón por encima y se sentó junto a él.

Demasiadas cosas bullían en la cabeza del alcalde. A los habituales quebraderos de cabeza de su cargo y los negocios había que sumar el asunto de la nueva casa, la actitud de Mariola y, sobre todo, lo sucedido con Ángel.

Después del incidente, Víctor estaba convencido de que no habrían de pasar ni veinticuatro horas antes de que el trabajador fuera a suplicarle de rodillas que le devolviera su empleo. Por supuesto, Víctor lo haría. De hecho, tenía que reconocer que ver cómo le medía el lomo al inútil

de Manuel le había agradado. Así pues, devolvería el trabajo a Ángel, pero no antes de asegurarse de que todo el mundo se enteraba de que el trabajador se arrastraba para corregir su error. Pero aquello no solo no sucedió, sino que una semana después Viñedos Hermanos Chardin le anunciaba, de voz de aquel franchute con aspecto de cerdito que era Gustave, que se rompía el contrato que mantenía con la Bodega Arriola como principal suministradora de caldos en la zona.

—Nadie más os va a vender su vino —amenazó el alcalde.

Fue entonces cuando el de Montpellier le anunció las intenciones de sus patrones de montar su propia bodega en la región, y que pensaban poner al cargo de esta a Ángel. La paciencia del alcalde saltó por los aires en ese momento. Él había enseñado todo lo que sabía sobre caldos refinados a aquel desagradecido y ahora otros se iban a aprovechar de sus conocimientos.

No es que le preocupara que la competencia se instalara en sus dominios. Nadie podía hacerle sombra y menos unos recién llegados, pero no podía dejar que desafiase de ese modo su poder.

El tacto de los brazos de la chica alrededor de su cuello le hizo dar un respingo.

Víctor se la quitó de encima con un empujón y se incorporó de un salto.

La tumbó boca abajo en la cama y con la mano libre cogió la vara de encima de la cama. Se aplicó a ella con energías renovadas. A cada golpe el alcalde se sentía más ligero y seguro. Manuela soportaba los varazos con actitud estoica. Sabía que mientras fuera útil tendría su vida resuelta un día más. Inclino la cabeza hasta que su frente se hundió en el jergón y aguantó sin decir una sola palabra. Se limitó a los gemidos habituales que sabía tenían un hondo efecto en Víctor.

### III

Hacia casi diez años que Marcos no pisaba Cienfuegos. La ciudad había crecido extendiéndose hacia el norte, ganando terreno a la exuberante vegetación y apoyada por el desarrollo de las numerosas plantaciones de la región. A pasos agigantados se estaba convirtiendo en una floreciente villa gracias, entre otras cosas, a la vía de tren que la unía con ciudades del norte. Al contrario que en La Habana, allí la mecha de la revuelta prendió con fuerza y no había sido hasta hacía relativamente poco que la insurrección fue reprimida. Pese a ello, en la región seguían existiendo focos activos controlados por los mambises.

Descendió de la diligencia y miró a su alrededor. Apenas sí reconocía la ciudad. Por instinto, asió el relicario que llevaba al cuello y que un día comprara en aquel mismo lugar para Elena.

Él y Evaristo cruzaron una mirada cargada de complicidad al recoger sus equipajes. Ambos hombres compartían un pasado que los ligaba a aquella pequeña ciudad de la costa sur de Cuba. En ella habían recalado durante las primeras semanas tras huir de La Leal para partir hacia La Habana en cuanto pudieron. Y ahora, lejanos aquellos días en que se refugiaron en casa de un liberto, ambos regresaban a ella.

Tras recoger sus equipajes, que no podían ser más ligeros, ambos hombres se encaminaron a la pensión donde se hospedarían hasta su regreso. Evaristo se acercó con disimulo a su supuesto amo.

—Sigue sin gustarme estar aquí —le dijo en voz baja.

—Tranquilo. Nadie nos reconocería.

Aquello no dejaba de ser cierto. La poblada barba de Marcos en la que se empezaban a ver algunas canas y el aire refinado de esclavo doméstico del joven eran el mejor disfraz posible. Amén del tiempo transcurrido, nada podía haber más alejado de aquellos dos fugitivos que su aspecto actual. Además, La Leal distaba varias leguas de allí. Las posibilidades de que alguien los reconociera eran realmente pocas.

A pesar de ello, el esclavo miraba a todos lados sin disimular su nerviosismo. Desde el primer momento había manifestado sus reservas a aquel viaje y seguía sin verlo claro.

—Podíamos haber enviado a alguien en nuestro nombre —se quejó.

El riojano negó con ímpetu.

—Ya lo hemos hablado. Sabes que para conseguir un buen precio debemos hacerlo rápido, antes de que haya otros compradores interesados. Además, hemos de ver la pinta que tienen esos sementales, llevan demasiado tiempo en la bodega de un barco y sin los cuidados necesarios. No me fio de nadie más para eso, nos pueden dar gato por liebre.

Evaristo frunció el ceño, cabeceó para mostrar su disconformidad y continuó andando mohíno.

—Vamos —le animó Marcos—, los dos sabemos que esto puede ser un buen negocio. Si los sementales están en buenas condiciones podemos sacar una fortuna, aparte de lo que cobremos por la venta del tercer caballo a esa pareja.

Evaristo siguió caminando sin decir nada. Aquella explicación no le había dejado convencido del todo, pero no le quedaba otra que seguir adelante.

En la pensión, la dueña, una mujer corpulenta de origen criollo, pareció sorprenderse de que Evaristo durmiera en una habitación de la misma categoría que la de su amo.

—Pues sí que tratan en La Habana bien a sus esclavos. No sé a santo de qué se han levantado en armas entonces —se limitó a decir cuando los acompañó a sus habitaciones.

Un rato después los dos recorrían las calles que llevaban al puerto. Uno estaba ansioso por echar un vistazo a los sementales a la venta. El otro por concluir con aquel asunto cuanto antes y regresar a La Habana a la mayor brevedad.

Tal y como había supuesto Marcos, los sementales no estaban en las mejores condiciones para unos animales de aquella categoría. La mala alimentación y el largo viaje pasaban factura a su aspecto, aunque con los cuidados adecuados podían volver a convertirse en los majestuosos animales que eran. Se les notaba inquietos dentro de las tripas del barco. En sus ojos se veía que la falta de ejercicio empezaba a hacerles mella. Un fuego ardiente brillaba en sus pupilas, ansiaban la libertad de la tierra firme.

—No, no, no. Eso es poco —dijo con grandes aspavientos el marinero encargado de la venta.

Era un gallego entrado en carnes que llevaba media vida de un puerto a otro en la cubierta de un barco.

El de Haro se reafirmó en su cantidad inicial.

—Es lo que valen —dijo, señalando a los caballos—. En esas condiciones me costará un potosí ponerlos en forma y alimentarlos hasta que pueda venderlos a un buen precio.

El gallego ladeó la cabeza calculando sus posibilidades. Luego mostró sus dedos señalando una cifra con ellos. En su mirada había una firme determinación de no bajar de ella.

Marcos echó otro vistazo a los sementales. Realmente eran unos animales magníficos, valía la

pena hacerse con ellos, pero lo que le pedían era demasiado.

—Permítame que hable con mi doméstico un instante —dijo mientras se encaminaba en dirección a Evaristo.

Se esperaba que el esclavo no participara en la conversación, y como tal permanecía apartado, pero pendiente de todo lo que sucedía.

—He visto cuál es su precio —se anticipó—, y no podemos permitirnos esa cantidad.

Marcos asintió con los labios fruncidos.

—Lo sé. He pensado que nos podemos quedar con dos. Es todo lo que podemos pagar. Les entregamos a esa pareja uno y por el otro aún podemos sacar un buen pico.

El chico dio su conformidad con un gesto. Incluso comprando solo dos sementales el viaje a Cienfuegos resultaba lucrativo. Ya tenían asegurado el beneficio con uno de los sementales, y respecto al otro, con los cuidados adecuados recuperaría su aspecto en pocos meses y podrían venderlo por cinco veces el precio pagado.

—Nos quedamos con dos —anunció Marcos—. Pero los elegiré yo mismo.

El gallego sonrió complacido. Alimentar a un caballo era mejor que cuidar de tres y, además, tenía comprador para el que quedaba.

—La mujer que vino a verlos antes que usted se alegrará —dijo ufano.

—¿Qué mujer?

—La dueña de un ingenio de la región. Doña Úrsula. Quería comprar uno de los caballos. Quedó en mandar a alguien a dar respuesta. Imagino que le gustará saber que solo se lleva dos caballos, se la veía muy interesada en hacerse con uno.

Doña Úrsula. Escuchar aquel nombre que llevaba años sin estar en su mente hizo que apretara con tanta rabia las manos en un puño que la piel se puso blanca.

—Esa mujer, ¿ha venido sola?

El gallego se rascó la coronilla unos segundos mientras hacía memoria.

—Vino acompañada de un hombre portugués con un parche en el ojo. —El gallego se inclinó como si fuera a hacerlo participe de una intimidad—. Por lo que sé, es su marido. El antiguo esposo murió el año pasado y la muy arpía no perdió el tiempo en encamarse con el que era capataz de la hacienda.

Marcos sintió que el pasado volvía a él en forma de puñetazo en el estómago. Aquella era demasiada información de golpe. Don Matías estaba muerto y el nuevo dueño de La Leal era don Ernesto. El portugués del parche en el ojo no podía ser otro que el asesino de Elena.

Por su cabeza cruzó un horrible pensamiento: había traicionado el espíritu de su amada, olvidando su promesa de vengarla. Estaba demasiado preocupado en convertirse en un próspero hombre de negocios, se recriminó con rabia.

Durante un instante el mundo se comprimió en el tamaño de una moneda y fue incapaz de respirar. El aire se negaba a entrar en sus pulmones. Por instinto asió el relicario de Elena que llevaba al cuello.

—Me quedo con los tres caballos —dijo de improviso.

El marinero parpadeó confuso unos instantes. Después se encogió de hombros y asintió.

—¿Te has vuelto loco? —le reprochó Evaristo mientras el gallego contaba las monedas.

El marinero se giró y miró al esclavo con los ojos abiertos como platos a causa de la sorpresa.

—No debería dejar que su negro le hablé así. Una buena tunda le vendría bien —le aconsejó.

Pero Marcos ni siquiera pareció escuchar aquellas palabras. De regreso hacia la cubierta del barco en sus ojos brillaba un fuego que hacía años permanecía aletargado, como un rescoldo listo para avivarse si soplabla el viento adecuado. Tan solo pensaba en lo cerca que se encontraba de don Ernesto. Quizá se hallaban en la misma ciudad...

—¿Sabe dónde puedo encontrar a la mujer o a el del parche en el ojo?

El marinero le lanzó una mirada suspicaz.

—Así que quiere venderle usted una de las monturas. —Se encogió de hombros—. Por mí, perfecto, yo no me dedico a esto, con que me quiten las monturas y el gasto que representan me doy por satisfecho. Lo único que quiero es regresar a la mar cuanto antes.

—¿Dónde los puedo encontrar? —le interrumpió de malos modos Marcos.

—Supongo que en su ingenio. Está a unas leguas al norte.

El riojano frunció los labios, frustrado. No iba a sacar nada más de aquella conversación, así que se marchó con paso veloz.

Poco después, los tres sementales pisaban tierra firme por primera vez en mucho tiempo. El marinero los acompañó hasta la rampa de entrada. Estaba encantado de cómo habían salido las cosas. Acató las órdenes para enviar los caballos a La Habana y se despidió con una reverencia fingida.

De regreso a la pensión ninguno de los dos hombres dijo una sola palabra. Nada más cruzar el umbral de la puerta de la habitación y a salvo de miradas indiscretas, Evaristo estalló:

—Debí imaginar que se trataba de eso. Este viaje ha sido solo una excusa.

Marcos lo miraba sin abrir la boca. Sabía que su socio tenía motivos para el enfado. Al fin y al cabo, el dinero usado tan alegremente era de ambos. Pero los pesos gastados eran la última de las preocupaciones de Evaristo:

—¿Cuánto hace que planeabas esto?

El español se encogió de hombros.

—Te juro que no fue mi intención al llegar aquí. Solo me motivaba la idea de hacer un buen trato. Lo de comprar los tres caballos ha sido un impulso, pero debes admitir que en cualquier caso es un buen negocio para nosotros.

Su socio parecía a punto de cruzarle la cara de un golpe. La vena de su frente palpitaba como una serpiente herida. Eran viejos amigos, habían pasado por tanto juntos que podían hablarse en el tono más agrio sin que ello influyese en su amistad. Evaristo incluso lo asió por los hombros de un modo que hubiese resultado amenazante entre otros.

—¡No te atrevas a tomarme por idiota! —estalló—. Estás aquí para matar a don Ernesto, ese ha sido el plan desde el principio.

—¡No! Tienes mi palabra de que no era así. —Se desasíó de los brazos de su amigo y anduvo por la habitación, nervioso—. Prometí frente al cadáver de Elena que mataría a ese bastardo, pero, que Dios me perdone, olvidé mi juramento todos estos años. Pero al mencionarlo el gallego, al saber que está tan cerca, al alcance de mi mano. Tengo que hacerlo, por Elena. Tengo que matarlo.

—Has perdido el juicio.

Por toda respuesta su amigo dio la callada. Sus ojos parecían estar perdidos en algún punto que iba más allá de las cuatro paredes de la habitación. Evaristo se puso frente a él con la

esperanza de llamar su atención.

—Ya has oído al marinero: puedes encontrar a don Ernesto en su ingenio, por lo visto, ahora es el nuevo dueño. Allí no vas a conseguir ni acercarte a él. E incluso en el mejor de los casos, si te acercas lo suficiente para matarlo a ti te harán preso. ¡Te esperaba la horca! —dijo.

Su socio lo miró como si de repente fuese consciente de su presencia.

—Tengo que matarlo. No me importa si yo muero en el intento. He de hacerlo.

Marcos caminó hasta a la pared opuesta y tomó una silla en la que se aposentó, cruzando los brazos sobre su pecho. Era un gesto que tenía tanto de obcecación que el esclavo se pasó una sarmentosa mano por la cara, llenó de frustración. Cada arruga de su rostro exhalaba una frustración patente.

—Y ya está. O mueres tú o muere él o morís ambos. ¿Y todo por lo que has luchado estos años no te importa? —Silencio—. Todo al infierno. Tu familia en España —prosiguió Evaristo—, nuestro negocio. Kunda no querría esto para ti.

Al escuchar el nombre africano de Elena el español dio un respingo en la silla.

—¿Y yo qué? —se quejó el esclavo, inclinándose frente a él y ocupando su campo de visión—. ¿También tengo que morir?

El español apartó la mirada.

—Nadie te retiene aquí. Puedes irte cuando quieras.

—¿Irme? Sin ti al lado soy una propiedad sin dueño. El peor de los pecados para alguien con mi color de piel. Tú perderás la vida, pero yo perderé la libertad. Y créeme, vivir siendo un esclavo es peor que morir siendo libre.

Marcos rumió aquellas palabras. Evaristo era como su hermano. No podía embarcarlo en aquella locura. Una pizca de sentido común brilló en los ojos del riojano.

—Redactaré una carta de libertad ahora mismo y a todos los efectos serás libre. Sabes tanto o más que yo del negocio. De momento, tendrás el dinero de esa pareja y en tan solo unos meses podrás vender los sementales a buen precio. Después, usa todo el dinero que tenemos como mejor te parezca. Si yo muero aquí, al menos que te sirva de algo. Vete ahora mismo y estarás en La Habana mañana. Allí, con una carta de libertad, nadie te tocará un pelo.

Evaristo resopló con resignación. Se fue hasta la puerta y desde allí habló con voz serena y firme.

—¿Y cuál es tu plan?

Su socio se encogió de hombros. Aquella era una pregunta para la que solo tenía un montón de vaguedades a modo de respuesta.

—Me quedaré en Cienfuegos hasta que encuentre a ese canalla y lo mate.

—Eso no es un plan. Es una invitación a que le peguen un tiro a uno.

—Es todo cuanto puedo hacer.

El esclavo negó con la cabeza. Aquello era una locura de la que todo su ser quería alejarse. Pero por mucho que su instinto de supervivencia lo advirtiese, no podía simplemente dar media vuelta e irse. Se trataba de Marcos. El único blanco que lo había tratado como a un igual.

Cuando habló, su voz estaba templada como una placa de metal golpeada en una fragua.

—Desde que huimos de La Leal te he tenido por mucho más que un amigo, un hermano. Si tiene que pasar, yo estaré contigo.

Marcos se irguió en la silla.

—¡No! Tú tienes que regresar a La Habana esta noche mismo...

—Te lo dije una vez y te lo repito ahora: la libertad es elegir el camino que quieres seguir y yo elijo estar contigo. Mañana saldré para el norte. Venderé el semental apalabrado con esa pareja y los otros dos a algún establo de confianza. Estaré de vuelta aquí en una semana como mucho.

La determinación que emanaban los ojos de Evaristo no podía detenerse con palabras. Ambos hombres se abrazaron. Un destino incierto volvía a estar en el camino de ambos.

El chico retrocedió y habló con voz grave y severa.

—Tienes que jurarme que no harás nada hasta que yo vuelva.

Su amigo asintió y de nuevo se abrazaron con fuerza. La amistad entre los dos hombres estaba por encima del color de la piel.

Anunciaron a la dueña de la pensión que se quedarían unas semanas y desde ese momento se dedicaron a elaborar un plan. Aunque les costase meses no se irían de esa ciudad sin matar a don Ernesto.



## Capítulo 23

### I

Al abrir la puerta Mariola se quedó de piedra. Frente a ella, sombrero en mano, estaba Víctor.

—¿Puedo pasar? —preguntó su marido.

Desde que ella se había mudado años atrás su marido no había pisado nunca aquel lugar. La sorpresa al verlo fue mayúscula. Se obligó a reaccionar y afirmó con la cabeza a la par que dejaba el paso franco.

Aparte de en los actos sociales a los que ambos asistían fingiendo ser un matrimonio más, no se veían nunca. Incluso en esas ocasiones, las palabras que intercambiaban eran escuetas y neutras.

Entraron al pequeño salón donde la chimenea crepitaba monótona.

—¿Puedo ofrecerte algo?

La primera opción del hombre fue negar, pero pareció pensárselo unos instantes y finalmente asintió.

—Un café, si no es mucha molestia.

—Enseguida te lo preparo.

Mariola salió del saloncito y se encaminó a la cocina en completo silencio. Durante su ausencia Víctor se dedicó a pasear su vista por la estancia.

La decoración, aunque sencilla y discreta, le daba un aire de hogar al lugar que le sorprendió. Por alguna razón, esperaba encontrar un piso frío y poco acogedor; en cambio, era bastante agradable, hubo de reconocer.

La mujer llegó con una bandeja con dos tazas de humeante café. Se sentaron. Él en una pequeña butaca junto a la ventana, su esposa en el sofá que ocupaba el centro de la estancia. Se quedaron en silencio. El sonido de las cucharillas golpeando la porcelana resultaba asfixiante. Después de tantos años las palabras parecían ser rehenes de su desamor.

—¿Y cómo van las obras de la nueva casa? —preguntó Mariola, más por romper el silencio que por interés.

—Francamente bien. Aunque aún no estará todo acabado, esperamos mudarnos a finales de año. Ese ingeniero es realmente bueno, se trabaja a un buen ritmo.

El hombre parecía realmente satisfecho de su respuesta. Se retrepó en la butaca y dio un largo sorbo a su taza.

—Eso me dice Alejandro.

El hijo de ambos estaba realmente ilusionado con todo aquel asunto. Para él, la nueva mansión que su padre estaba construyendo era algo de lo que se sentía muy orgulloso.

—Sabes que si lo deseas, puedes mudarte cuando quieras. Dispondrías de un ala entera para ti. —Su esposa lo cortó con un gesto. Las pocas veces en que se veían Víctor no perdía oportunidad de intentar convencerla. A pesar de ello, el esposo volvió a la carga, esta vez en un tono menos altivo, que Mariola no estaba acostumbrada a oírle. Estaba claro que todos los años en política habían ampliado su repertorio—. Ya sé que acordamos este arreglo, pero que vivas tú sola aquí hace que la gente del pueblo hable. Podrías llevar la misma vida en la mansión.

—¿Desde cuándo te importa lo que la gente del pueblo opine de ti? Haces y deshaces a tu antojo desde el ayuntamiento, que hablen a tus espaldas debería darte igual. ¿Te preocupa que se enteren en la capital? Nuestra representación en los actos a los que me haces acudir los tienen más que convencidos de que somos un matrimonio de lo más normal. De los que no se soportan entre ellos. Como sus matrimonios.

Víctor carraspeó para no dejarse llevar por la ira. Observó en silencio a su esposa mientras daba otro sorbo a su café. ¿Desde cuándo se había vuelto Mariola tan cínica?

—De todos modos, no he venido por eso esta tarde —se defendió.

—¿Y a qué has venido entonces, Víctor?

Su marido la observó por encima del borde de la taza. La depositó sobre la mesita y se aclaró la voz.

—Quiero que despidas a Carmen.

—¿Por qué?

—Imagino que sabrás lo que ha sucedido con su marido. Ese traidor se ha ido de la bodega y ahora anda por Montpellier, aliado con los gabachos para hacerme la competencia.

Mariola estaba al tanto de aquello. La propia criada se lo dijo. Tanto era así que sabía antes que su esposo que Ángel había regresado de Francia hacía tres días. La mujer se tomó su tiempo para responder.

—No tengo intención alguna de despedir a Carmen.

Su marido la auscultó con un pozo de ira asomando a sus ojos. Se levantó y comenzó a pasear por la estancia dando voces y haciendo grandes aspavientos.

—Esa mujer debería estar fuera de esta casa. Una casa que te recuerdo que pago yo —bramó.

Desde el sillón Mariola lo observaba sin decir nada. Hacía tiempo que sabía que la mejor manera de lidiar con el temperamento explosivo de su marido era dejarlo hablar hasta que se cansara. Interrumpirlo solo conseguía hacer que su rabia fuera a más. Las palabras que una vez le dijera su suegra respecto a Víctor se hacían tangibles en momentos como aquel.

—Ángel no solo me humilló delante de todo el mundo, además ahora trabaja para esos gabachos traidores que han montado una bodega. Son mi competencia. Y tú sigues manteniendo en su puesto a su esposa. ¡Te exijo que la despidas inmediatamente!

Víctor concluyó su discurso. Tal y como vino, su ataque de furia había desaparecido. Era el momento que Mariola esperaba para responder. Lo hizo con voz calmada y hablar pausado.

—Lo que tú tengas con ese hombre es cosa tuya. Carmen lleva casi diez años junto a mí y no se va a ir de esta casa porque tú lo quieras. —Con un ademán refrenó el intento de Víctor de volver al mismo tema—. Si los franceses te están dejando de comprar el vino y ahora elaboran el suyo no es Carmen quien tiene la culpa. Y como bien dices, tú te encargas de pagar el alquiler de

este sitio, pero porque así lo quisiste. Si es tu excusa para tratar de hacer que haga tu voluntad puedes dejar de pagar en cuanto quieras. Estaré más que encantada de pagar yo misma mi propio techo.

Víctor se quedó en silencio durante unos segundos. No estaba acostumbrado a que alguien se negara a una petición suya. Su semblante se serenó, se alisó las perneras del pantalón y volvió a sentarse en la butaca. Lo intentó con otra estrategia.

—¿Es que no te das cuenta de lo que esto representa para mí? Soy el hazmerreír de todo el pueblo. Ángel es mi competidor... mi enemigo, y tú, mi esposa, le sigues dando trabajo a su mujer y además a su hija.

—Carmenchu es la mejor costurera que he tenido.

El hombre se pasó la mano por la poblada barba en un gesto de desesperación. Emitió un largo suspiro antes de tratar de razonar con su esposa.

—Soy el alcalde y todo el pueblo habla de ello. No puedo permitir que esto suceda. Si no es de un modo será de otro —apuntó con un dedo admonitor.

Aquella amenaza velada fue la gota que colmó la paciencia de Mariola.

—Esta casa es mía, y mientras yo viva, Carmen y su hija trabajarán para mí siempre que yo quiera. No tengo nada más que decir.

Era tan extraño que la mujer alzara la voz que durante unos segundos su esposo no supo reaccionar. Sin embargo, se recompuso al instante, tenía por costumbre decir la última palabra y no pensaba hacer una excepción con su propia esposa.

—Como bien has dicho, esta casa la pago yo porque quiero. Si te empeñas en llevarme la contraria empezarás a hacerte cargo de los gastos tú misma.

Víctor se colocó el sombrero y salió del salón dando un sonoro portazo y sin ni siquiera despedirse.

Mariola apuró su café resignada. Lanzó una breve mirada a la calle. Fuera llovía pausada y rítmicamente. Un cielo oscuro y pesado iba dando paso al anochecer.

—Que despida a Carmen. ¿Será posible que haya tenido la desfachatez de pedírmelo? —se dijo entre dientes.

Como si supiera que estaban hablando de ella en ese momento, la sirvienta entró al salón. Cerró la puerta tras de sí y se sentó a su lado en el sillón. La casa tenía las paredes de papel, la mujer habría escuchado toda la conversación incluso si no hubiese querido.

—Víctor es su esposo a fin de cuentas. A lo mejor tiene razón. Mariola se giró hacia ella con un deje de rabia en sus ojos.

—¿También tú pretendes decirme lo que he de hacer?

Carmen alzó las manos mostrando sus palmas para indicar sus pocas ganas de discutir.

La señora se serenó, no era justo pagar con Carmen el malhumor que le había generado Víctor.

Cada vez era más frecuente que la reprendiese. Su carácter se estaba agriando con los años y la soledad.

Con tenues golpes, Alejandro Arriola llamó a la puerta que su padre había golpeado tan solo una hora antes.

—Adelante, hijo —invitó Carmen al acudir a abrir.

La criada y el muchacho se adentraron en el estrecho pasillo y llegaron hasta el salón donde Mariola seguía inmersa en su bordado.

—¡Qué alegría verte! —exclamó la mujer, alzando los ojos del bastidor.

—¿No la pillo a usted ocupada? —preguntó con cortesía el chico mientras se inclinaba a dar un beso a su madre.

—¡Este chico siempre tan educado! —dijo Carmen, despertando un creciente rubor en la cara del muchacho.

Mariola se guardó para sí la reciente visita del padre del chico. Víctor no veía con buenos ojos el mucho tiempo que su hijo pasaba en casa de su madre. Mientras continuaba con sus estudios y se alojaba en el palacete familiar, Alejandro había empezado a trabajar con su padre en la bodega.

Además de por acompañar las solitarias tardes de Mariola, acudía regularmente a la casa por la inmensa colección de libros que esta poseía. La mujer amaba la literatura desde niña y a lo largo de los años había atesorado una biblioteca muy bien nutrida. Su pasión era tal que una habitación entera del piso era usada para albergar todos los volúmenes que había ido acumulando a lo largo de su vida, y que pasaban largamente de los doscientos.

De haberlo sabido Víctor, no hubiese estado de acuerdo con que el chico pasase tanto tiempo con su madre. De todos modos, el caso era que el muchacho se las ingeniaba para escaparse dos o tres tardes a la semana y visitar a Mariola. Adoraba pasarse la tarde sentado en la butaca cerca de la ventana, compartiendo intimidades con su madre y con el suave crujir de las páginas como música de fondo.

Alejandro tomó un grueso volumen de la estantería y se sentó en la misma butaca que Víctor había usado. Al instante se sumergió en la lectura mientras Mariola regresaba al bastidor de hilado. La mujer seguía teniendo una vista envidiable y siempre que podía recurría a sus labores para distraerse. En la chimenea, la leña crepitaba alegre.

Miró a su hijo sin que este se percatara.

A sus diecisiete años era delgado y fibroso y con una cara con un gesto dulce e inocente que lo convertía en algo situado a medio camino entre un hombre y un niño.

Mariola sonrió satisfecha. «Al menos algo relacionado con Víctor ha salido bien», pensó.

Alejandro sentía la misma predilección por su madre.

—¿Qué libro has cogido esta semana? —le preguntó la mujer con los ojos fijos en su labor.

El chico mostró la tapa de un libro encuadernado en una lujosa piel marrón.

—*El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas.

—Lo recuerdo. Me gustó mucho —dijo la mujer con entusiasmo.

Su hijo asintió con el mismo fervor y regresó al instante a la lectura. O eso intentó, sus ojos iban y venían del libro al reloj de pie que se erguía junto a la chimenea.

Aunque Mariola no lo sabía, y él esperaba que fuese así o se moriría de vergüenza, había otra razón que le impulsaba a venir precisamente todos los miércoles a la misma hora. Esa razón estaba llamando a la puerta justo en aquel momento.

—Hola, madre —dijo Carmen, besando a Carmen en la mejilla.

—¡Pero si vienes empapada!

La joven se quitó el abrigo, que dejó en un colgador tras la puerta de entrada y se alisó el vestido que llevaba debajo. Se secó el pelo con una toalla que su madre le tendía y se adentró en el pasillo siguiendo sus pasos.

—Buenas tardes, doña Mariola —dijo la chica con una sentida reverencia.

—Buenas tardes, hija —respondió la señora, con la misma sonrisa que lucía cada miércoles que la joven venía a su casa a planchar o coser lo que fuera necesario.

—Buenas tardes —dijo un azorado Alejandro. Tan nervioso que olvidó el libro que tenía en el regazo, el cual cayó al suelo con estrépito al ponerse en pie.

Se apresuró a cogerlo, tratando de resultar digno en aquella labor; una misión que parecía de todo punto imposible.

Ambas mujeres compartieron una mirada cómplice.

—¿Te has fijado en que Alejandro viene todas las tardes que tu hija tiene labor en casa? —le había dicho varios meses atrás Mariola a su ama de llaves.

—Cómo para no fijarse, con la cara de pavisoso que pone cuando la ve entrar —respondió Carmen—. Son cosas de niños.

—Esperemos que así sea y que tu hija sepa que solo es un juego de niños —había concluido aquella conversación Mariola.

Desde ese día Carmen observaba en silencio cómo el muchacho contemplaba embobado a Carmenchu mientras esta cogía el bajo de una falda o tomaba medidas a la señora. Incluso en las ocasiones que la chica se encerraba en el cuarto de la plancha buscaba la oportunidad de colarse en él con cualquier excusa.

—Carmenchu estará pasando calor allí dentro. Voy a llevarle algo fresco —decía. O bien—: Hoy está la tarde fría, un café le vendrá bien.

Siempre que se refería a ella las cejas del chico se convertían en un par de pájaros que aleteaban despreocupados sobre unos ojos de carnero degollado.

Solo la inocencia de su edad podía hacerle creer que nadie, aparte de él, se percataba de aquel enamoramiento.

A todo esto, Carmenchu mostraba el entusiasmo justo, pero no se negaba a los favores del chico, como una danza en la que uno guiaba y la otra se dejaba llevar siempre que le interesaba. Pero de un tiempo a esta parte, Carmen estaban notando que lo que había comenzado como un juego para la chica estaba empezando a tener visos de realidad.

—Ten cuidado dónde te metes —le había advertido cierta tarde que estaban a solas.

De eso hacía meses y las palabras de Mariola aún resonaban frescas en la cabeza de Carmen. La señora podía ser amable con ella, pero Carmenchu era solo una costurera, no permitiría que aquello fuese a más. Era labor de su madre controlar que se quedara en una cosa de críos.

Pero lejos de alejar a la chica, aquel aviso no había sido sino una mecha para prender el deseo de Carmenchu.

—Buenas tardes, señorito Alejandro —dijo a la vez que avanzaba hasta el centro del salón.

El chico hundió la cabeza en el libro visiblemente nervioso.

—Anda, hija, tómate un cafecito antes de empezar, que vienes empapada —ofreció Mariola.

—No le voy a decir a eso que no.

Se sentó junto a la mujer, pero de tal modo que tenía al joven frente a ella.

Mientras su madre le traía una taza le hizo un gesto de advertencia.

Las miradas de Alejandro y Carmenchu se cruzaron varias veces a medida que tarde se desvanecía lenta tras la ventana. Había dejado de llover, pero un continuo sirimiri caía incesante y en los cristales gruesos goterones se deslizaban mansos formando regueros. En general, se adivinaba en la luz un sentimiento de tristeza otoñal. El sonido mortecino del reloj de pie y el crepitar de la lumbre en la chimenea contribuían a aquella atmósfera tan propia de la estación.

Aguja en mano, Carmenchu remataba las últimas puntadas de un botón de refuerzo de un abrigo de la señora. Una gran caja de costura con varios compartimentos yacía a sus pies. Mientras guardaba hilo y aguja lanzó una mirada a Alejandro. El chico no apartaba sus ojos del libro, barriendo las palabras impresas con una mueca de concentración pintada en el rostro. Era guapo de un modo no habitual, con un aire un tanto femenino y delicado, pero que le agradaba. Vestía bien y usaba un agua de colonia que le recordaba los campos florecidos de la primavera. Además, le gustaba su forma de ser: siempre tenía una palabra amable o un gesto educado para todo el mundo y a ella le dedicaba la mayor de las atenciones, siempre que no hubiera un libro cerca.

Carmenchu comprobó que doña Mariola y su madre estaban concentradas en sus labores. Cogió un botón de la caja de costura y con disimulo se lo lanzó al chico. El botón cayó en la alfombra, demasiado lejos de su objetivo. Volvió a comprobar que ninguna de las dos mujeres le prestaba atención y, tras tomar otro botón, repitió la operación. Esta vez su puntería fue mejor y el botón golpeó a Alejandro en el hombro derecho. El muchacho estaba tan inmerso en la lectura que emitió un pequeño gemido de sorpresa y miró a su alrededor sobresaltado. Tuvo que ponerse la mano en la boca para evitar lanzar una carcajada y se le escapó un débil bufido. El muchacho le devolvió la sonrisa y se guardó el botón en el bolsillo de la camisa. Lo hizo con un ademán tan refinado y discreto que parecía que lo que en realidad tenía entre sus dedos era el mayor tesoro del mundo.

Con cautela, Carmenchu señaló la puerta del salón. El semblante del muchacho pasó del blanco al rojo más vivo en cuestión de segundos, pero se levantó en silencio y con el libro bajo el brazo se encaminó a la puerta.

—Voy a la biblioteca un momento —se disculpó.

—¿Ya lo has terminado? —preguntó Mariola, señalando el ejemplar de *El conde de Montecristo*.

El chico asintió pese a sentirse terriblemente culpable de mentir a su madre. Cruzó la estancia impostando una seguridad que habría engañado a cualquiera.

—Sí que lees deprisa —se maravilló Mariola mientras Alejandro salía del salón.

Pasados unos minutos Carmenchu también se disculpó con un disimulo que pretendía ser natural.

La chica recorrió el pasillo en silencio, como si las dos mujeres pudieran aún escuchar o ver sus movimientos. Con paso medido alcanzó la puerta de la biblioteca y entró.

Allí le aguardaba el chico. Al verla entrar la tomó de las manos y la llevó hasta el centro de la estancia. Alejandro se apresuró a cerrar la puerta con el pestillo.

—No —negó Carmenchu—. Si nos ven a solas y encerrados aquí sería un escándalo, mejor deja abierto.

Él obedeció y quitó el cierre. Después se acercó a la chica, en su mundo ya no había nada más que ella.

—¡No veía el momento de estar a solas contigo! —le dijo, y la besó.

—No podemos estar mucho tiempo. Mi madre está con la mosca tras la oreja.

—Odio las tardes que no tienes plancha. Al menos allí puedo verte a solas.

—Algún día no necesitaremos mentir para vernos cuando queramos.

Se besaron de nuevo y en aquel beso cabía una tarde entera de silencios y miradas concentradas. Fue un beso como ella había enseñado a los dos.

—Un verdadero beso de amor de adultos —lo había llamado ella la primera vez.

De improviso se abrió la puerta y el rostro ceñudo de Carmen asomó.

Los dos amantes se apartaron con sobresalto. Para disimular, Alejandro tomó un libro de la estantería y con él en la mano hizo un gesto que era tan artificioso que producía risa.

—Este es el libro del que te hablaba —dijo, siguiendo la mala interpretación.

Carmenchu tomó el libro más por seguir la pantomima que porque tuviera fe en que aquello fuera creíble.

La criada se plantó en medio de los dos de tres zancadas.

—Necesito que me ayudes con una cosa —le dijo a su hija. En su rostro había una sonrisa que era todo menos amable.

Carmenchu obedeció resignada.

Ya en el pasillo, su madre se plantó frente a ella y la hizo detenerse.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le soltó en voz baja, pero tono firme.

La muchacha la miraba sin que su rostro denotara emoción alguna. Carmen la tomó por el codo y a trompicones la llevó hasta la cocina. Cerró la puerta tras de sí.

—Me estaba enseñando un libro. Solo eso.

—¿Te crees que me chupo el dedo? Menudas miraditas os echáis el uno al otro. Si doña Mariola no se ha dado cuenta es porque sigue creyendo que sois dos niños, pero yo ya me sé cómo acaba esto.

—No hacemos nada malo —se defendió la chica.

—El señorito es de otra clase social. Es el hijo de la patrona y tú solo una costurera. Si crees que te vas a casar con él, eres más infeliz que un fuelle. La propia doña Mariola ve esto como un juego sin malicia que le divierte, pero si intuye que hay algo entre vosotros dos hará lo que sea necesario para detenerlo. No creas que te quiere como esposa para su hijo, ella aspira a algo mejor para él. Y tu padre y don Víctor se la tienen jurada; antes se congelará el infierno que tú y Alejandro paséis por el altar.

—¡Nos queremos! —estalló Carmenchu.

Carmen retrocedió involuntariamente ante la decisión que mostraba su hija. Miró a la joven como si esta se hubiese vuelto loca. Recordó que también ella había tenido diecisiete años y creía saber todo sobre el amor. De su rostro, por lo general pétreo y grave, se apoderó una máscara de ternura por su hija. La tomó por los hombros con cariño y le habló con voz templada:

—A veces con amar no es suficiente —le dijo con cariño—. Tienes que prometerme que te alejarás de él. Nada bueno saldrá de esto.

Carmenchu se zafó de la caricia de su madre revolviéndose con rabia.

—Usted no lo entiende: Alejandro y yo estaremos juntos porque eso es lo que queremos. Así se ponga todo el mundo en nuestra contra. Nos queremos y con eso basta.

Sin dar opción a réplica, salió de la cocina dando un portazo para mostrar su determinación.

Carmen acarició el pico del delantal de modo distraído. No podía permitir que aquello fuese a más. De aquella relación solo saldría dolor para ambas familias.

Con ese pensamiento ella también salió de la cocina y se encaminó al salón.

Al día siguiente Carmen comunicó a su hija que a partir de entonces iría a la casa en horario de mañana, cuando Alejandro estaba ausente. Confiaba en que bastara con esa medida para cesar aquella insensatez.

Se equivocaba.

### III

El rostro de doña Inés parecía no mostrar emoción alguna, aunque en su interior ardía un fuego que amenazaba con salir a la superficie. Alfonso Pardo la miraba impertérrito.

—¿Esa ramera se ha atrevido a pedir parte de la herencia? ¿Para ese bastardo?

El abogado se alisó los ocasionales pliegues en su traje a modo de respuesta.

Elisenda Gárate, también conocida como la Bella Moreno, había salido de la vida de Inés de Muruaga tras la muerte de Miguel, pero ahora regresaba, empeñada en seguir con aquella pantomima.

La mujer tragó saliva antes de añadir nada más. Aquella zorra ni siquiera se merecía su desdén. Por si fuera poco, había llamado a aquel bastardo con el mismo nombre que su difunto marido.

—No es posible que exista base legal para tamaña osadía —dijo al fin.

Alfonso Pardo se inclinó sobre la mesita de café. Estaba encantado de que hubiese un tema al que su experiencia pudiese dar respuesta.

—Ciertamente no. Pero al no estar atestiguada la muerte de su esposo ha hallado el modo de que una corte escuche sus demandas.

—Pero Miguel está legalmente muerto. Nos aseguramos de realizar todos los trámites en su momento. De no ser así, Víctor no habría podido echar mano de su herencia.

Alfonso Pardo se limitó a asentir levemente.

—Aunque así es, o precisamente porque así es, puede reclamar parte de ella si demuestra que el niño es hijo de don Miguel. La celeridad con que dimos legalmente a su esposo por muerto juega a su favor en este caso.

De haber sido posible, Inés hubiese soltado un juramento a viva voz. Lo que la irritaba no era tener que compartir el dinero con aquella aprovechada, algo que según le había asegurado Alfonso era una posibilidad remota. Lo que realmente la sacaba de sus casillas era la obstinación de la mujer por volver a su vida, como una broma de mal gusto que su marido le gastaba desde el más allá.

—¿Y de dónde ha sacado el dinero para contratar a un abogado? Por lo que sé, es y ha sido siempre una muerta de hambre que no tiene donde caerse muerta.

—De su esposo. Elisenda se casó hace tres años con un farmacéutico de Logroño veinte años



mayor que ella. Además, le dio los apellidos al niño.

Doña Inés no se molestó en hacerse la sorprendida. Sabía de sobra que engatusar a un pobre idiota era la única salida de mujeres como Elisenda.

—Entonces, ¿qué posibilidades hay de que la demanda prospere?

Alfonso meneó su mano en un gesto difícil de identificar.

—Yo diría que es muy difícil que ningún tribunal obligue a usted y a su hijo a darle parte de su fortuna, pero es muy probable que tengan que declarar en un juicio e inevitablemente este asunto saldrá a la luz.

—¿Qué sugiere usted, don Alfonso?

El abogado se puso tieso como un palo en su sillón. Se quedó unos segundos callado, meditando su respuesta. En el palacete de los Arriola no se oía ni una mosca.

—Yo trataría de llegar a un acuerdo con esa mujer...

Inés lo interrumpió con un ademán cortante.

—¡Me niego a darle un solo real!

Alfonso Pardo se apoyó en el sillón y se limitó a esperar que la rabia que asomaba a los ojos de su clienta se apaciguara por sí sola. Estuvo tentado de recordarle que él mismo había sugerido llegar a ese acuerdo tras dar por muerto a don Miguel años atrás. Entonces la respuesta de doña Inés fue sacar un duro de sus ropas y darle un mensaje para que se lo entregara a doña Elisenda. De haberle escuchado en aquellos momentos no estarían discutiendo ahora. Se mordió las ganas, claro estaba. Si alguna habilidad tenía el curtido abogado era saber cuándo era conveniente callar y cuándo hablar.

—Tal y como lo veo, doña Inés —empezó cuando la mujer se calmó—, o bien llegan a un acuerdo con ella o permiten que se haga público el asunto. Y estoy seguro de que esta es una cuestión que don Víctor prefiere que se mantenga en el ámbito privado dada su proximidad a ser nombrado diputado por la provincia.

—Víctor tendrá que hacer lo que yo decida —dijo con rabia la mujer—. Lo mismo que usted. Le recuerdo que fui yo, y no mi hijo, quien lo contrató hace años.

Alfonso Pardo se abstuvo de hacer comentario alguno, y por toda respuesta agachó la cabeza. Sin embargo, no pudo evitar que un amago de sonrisa apareciese en sus labios. La relación entre madre e hijo le resultaba tan curiosa como enfermiza, pero lejos estaban los tiempos en que Víctor se plegaba sin oponer resistencia a los deseos de doña Inés. El polluelo había dejado atrás el nido batiendo sus propias alas. De saber a la altura que volaba ahora su hijo, la marquesa de Beria se hubiese sentido orgullosa de haber sido tan buena maestra.

Asintió con mansedumbre mientras sus pensamientos iban en la dirección opuesta. Era el bolsillo de Víctor Arriola quien pagaba su jornal en la actualidad, y Alfonso Pardo solo tenía un credo y una fe, y era ser fiel solo a quien le pagaba.

## IV

Tras varias semanas buscando incesantemente por todo Cienfuegos, Marcos dio por fin con la pista de don Ernesto. Para entonces, prácticamente había preguntado a media ciudad. No había posada o taberna en la que no hubiese entrado. Incluso había pagado una generosa suma de dinero a un mozo de estación que debía avisarlo si don Ernesto ponía un pie en la ciudad. Hasta ese momento todo había sido inútil. El portugués parecía vivir recluido en el ingenio. Por fin, un desgarrado limpiabotas cerca del puerto le dio algo de esperanza.

La tradición teatral de Cienfuegos era bien conocida en toda la isla. Era, compitiendo con la propia capital, la provincia cubana con una mayor y más rica vida cultural. Desde las primeras décadas del siglo la ciudad había tenido diversos teatros de los que los cienfuegueros se sentían muy orgullosos. En uno de ellos, el teatro Avellaneda, tendría lugar un acto al que toda la gente importante de la región asistiría.

Como muestra de apoyo a las tropas españolas, la *mezzosoprano* Pauline Viardot-García iba a dar un recital que serviría, además, para festejar las victorias sobre el ejército rebelde en la región.

—¿Cómo sabes que el portugués asistirá? —le preguntó Evaristo cuando llegó, exultante, con las noticias.

A pesar de que él tampoco las tenía todas consigo, Marcos no pensaba dejar que las razonables dudas que su socio mostraba lo amargaran. Era el primer hilo del que podían tirar desde su llegada a Cienfuegos. Asió a su camarada por los hombros y le habló con optimismo.

—No lo sé seguro, pero doña Úrsula es una apasionada del bel canto. Elena siempre decía que no había recital en la isla al que la mujer no asistiese. Incluso iba hasta La Habana si era necesario.

A pesar de la seguridad de las palabras de su amigo, Evaristo siguió ejerciendo de abogado del diablo.

—Pero que asista doña Úrsula no garantiza que don Ernesto también lo haga. Si hay algún lugar donde la presencia de ese cerdo se me hace rara es en un teatro.

—Tenemos que confiar en que se vea obligado a acompañar a su esposa —se limitó a decir Marcos.

Pero aquello planteaba infinidad de preguntas que Evaristo verbalizó en cuanto el optimismo de su amigo le dejó un resquicio.

—¿Y ahora qué? No estás invitado al recital. Y aunque logres colarte en él, el teatro estará lleno de oficiales españoles. Si don Ernesto o doña Úrsula te reconocen, y puedes jurar que el portugués lo hará, no tendrás opciones.

Marcos frenó el discurso de su camarada con un aspaviento que no admitía ninguna duda.

—No sé qué pasará. Pero si de algo estoy seguro es de que, si puedo acercarme lo suficiente a ese cerdo como para meterle una bala, me daré por satisfecho. Si después algún militar me pega un tiro a mí, moriré tranquilo sabiendo que vengué la muerte de Elena. —Evaristo se pasó nervioso la mano por el cabello. Aquello era justo lo que se temía. Su amigo no tenía un plan, solo lo motivaba el deseo de vengarse, aunque eso significase la muerte para él—. Por de pronto tengo que conseguir ropa adecuada para esa noche y lograr una invitación —dijo, ajeno a las preocupaciones de su amigo—. Tengo una semana para lograr ambas cosas.

—Y para conseguir un arma —señaló Evaristo.

## V

A la mañana siguiente, Ángel se paseaba nervioso con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el horizonte. El aire agitaba las hojas de los árboles que se arremolinaban a la entrada de la bodega. Consultó su reloj de bolsillo. Faltaban pocos minutos para las doce de la mañana.

—Pero ¿dónde se ha metido? —dijo para sí.

Aquellas palabras las escuchó Santiago, quien respondió a la interrogación de su patrón, a pesar de que sabía de sobra que aquella cuestión no era cosa suya.

—Por mucho que siga mirando el camino no va a aparecer el carro por ensalmo —dijo el muchacho.

Ángel le lanzó una mirada fulminante a la que la inconsciencia de la niñez respondió con indiferencia. Respiró hondo y se serenó. El crío tenía razón.

Resolvió ocupar su tiempo en otra cosa; con una seña conminó a Santiago a internarse en la bodega en busca de alguna labor que requiriera su presencia.

Antes de entrar él mismo también, lanzó un largo vistazo a la bodega de la que era encargado. A pesar de que esta seguía en obras, verla llenaba su pecho de un hondo y sentido orgullo.

La bodega estaba ubicada en la otra orilla del río Ebro y su construcción se había iniciado durante la estancia de ambos en Montpellier. Se valía de una terraza natural que había sido aprovechada para horadar un tubo en la misma roca que se adentraba casi cien varas en la montaña. Una labor dura y costosa en la que se seguía trabajando y que se llevaba la mayor parte del dinero aportado por Hermanos Chardin. Cuando estuviesen concluidos, esos calados serían la envidia de las demás bodegas de la región y podrían competir con los de Víctor Arriola. En el interior de la montaña se albergaban en la actualidad una docena de depósitos de ocho pies de alto y el mismo número de cubas de roble francés para envejecer vino.

Un edificio discreto, pero cuidado, a pie de calle cerraba la excavación y cumplía las funciones de despacho.

La bodega no era la más grande ni la más moderna, pero formaba parte de su vida, aunque el cartel sobre la puerta anunciara que se hallaba en Viñedos y Vinos Hermanos Chardin. Se ubicaba en un barrio que hasta hacía poco eran tierras de cultivo y que había visto incrementar su actividad con la llegada de los franceses que se instalaban allí merced a lo barato del terreno. Con el tiempo esa zona sería bautizada como el barrio de las Bodegas gracias a los numerosos negocios de ese tipo que albergaría, pero de momento se la conocía como la Orilla de los Franceses. Desde allí las torres de la muralla de Haro brillaban en la distancia y un cielo gris y plomizo se deslizaba sobre ellas con mansedumbre otoñal.

Aquel era el primer año de negocio de la bodega y, aparte de plantar y cuidar las vides, poco había que hacer. Aun así, Ángel se las ingeniaba para mantenerse ocupado y, de paso, tener entretenido a Santiago. Ellos dos, amén de Gustave, eran los únicos trabajadores en esos momentos del negocio.

En el interior de los calados descansaría en el futuro la primera producción de la bodega. De momento, permanecían en silencio y aquel día ni siquiera los albañiles trabajaban en ellos.

Desde el primer momento, la nueva empresa dejó claro que sus métodos diferían del resto de las bodegas de la zona incluso en el proceso de plantado. En lugar del habitual sistema «a manta»,

que consistía en plantar las cepas sin respetar márgenes entre ellas, habían optado por el más frecuente en Francia, el llamado «a marco», que dejaba márgenes entre vides de una medida determinada. Aquella técnica se apoyaba en la idea de que dejar tierra suficiente para cada planta haría que esta diese mejores frutos y en mayor cantidad. Por contra, la tierra de cultivo albergaba menos cepas. Además, al comienzo de cada hilera se había plantado un rosal que serviría de aviso ante la filoxera u otras plagas. Si alguna enfermedad llegaba a las vides, serían las flores donde primero se manifestaría. Aquella idea empezaba a calar en el resto de viñedos y era habitual ver coloridos rosales a pie de viña por toda la región.

Dado que aún faltaba un año para que las vides adquiridas diesen frutos, Hermanos Chardin tenía que comprar uva a aparceros ajenos. Eso resultó un problema desde el primer momento, ya que nadie osaba desobedecer a Víctor, quien amenazaba a quienes lo hicieran. Hubo de transcurrir casi medio año antes de que el primer campesino desafiase al alcalde, pero después de él un pequeño grupo de viticultores dio el paso definitivo para romper la hegemonía de Arriola. El bajo precio que Víctor venía pagando durante años jugaba a su favor, y aunque la producción a la que tenían acceso apenas si llegaba a las cien arrobas, era un comienzo. Ni que decir tiene que al alcalde aquello le había sentado como un tiro y juraba vengarse de aquellos traidores. Nadie en el pueblo dudaba de que así fuera, no obstante, el precio justo y el trato cercano de Ángel los mantenían firmes en su idea.

Aparte de eso, la enorme prensa de doble uso que poseía el edificio había sido alquilada a campesinos sin bodega propia y que hasta entonces no tenían otro remedio que usar las de Víctor para elaborar su vino. Aquella práctica era habitual, ya que la mayoría de los aparceros no disponían de bodega propia y el precio que el alcalde fijara en su momento era abusivo.

El monopolio en la práctica hasta entonces de la Bodega Arriola y que era usado para ahogar a los pequeños campesinos se volvía ahora en su contra. La herida que le infligía aquel nuevo competidor era doble, ya que apelaba, además de a su orgullo, a su bolsillo.

En la práctica, la bodega francesa no vendería un solo azumbre de vino en la zona. Casi la totalidad de su producción estaba destinada a abastecer a la bodega madre en Francia. No obstante, para Víctor, el simple hecho de que se hubiesen instalado en lo que consideraba su feudo ya representaba de por sí una afrenta. Por mucho que en público restase importancia a aquel hecho.

Sabedor de aquello, Ángel disfrutaba imaginando la frustración de su antiguo patrón. Pese a ello, por mucho que le doliese admitirlo, los vínculos que lo ligaban todavía a Víctor Arriola eran muchos. A él le debía sus primeros conocimientos sobre la elaboración de vino. En *lo hondo* había aprendido a amar aquel proceso mágico que transformaba las uvas en un caldo en torno al cual se reunían amantes y amigos desde la noche de los tiempos. Ahora hacía suyo el ímpetu con que el antiguo patrón persiguiera el sueño de lograr un caldo de calidad en La Rioja, y por alguna razón que no llegaba a comprender, se sentía impelido a continuar aquel sueño.

Cuando cierta tarde le confesó aquello al francés este sonrió y le habló con cariño.

—No te avergüences de esos sentimientos, el vino es pasión. Sin esto —dijo el francés, señalándose el pecho—, solo venderíamos un líquido rojizo que sirve para embrutecernos. En cambio, lo que vendemos es nuestra propia alma embotellada.

No obstante, disfrutaba de los golpes que podía propinar al cacique de Víctor, como el que estaba a punto de asestarle aquella mañana.

En el despacho de la alcaldía, Víctor Arriola, su abogado Alfonso Pardo y un francés que respondía al nombre de Philibert se reunían en torno a una escritura de propiedad.

A punto de estampar su firma, Víctor se quedó pensativo unos instantes, la pluma permanecía firme en su mano a escasa distancia del papel.

—Tengo curiosidad —dijo—, ¿para qué quiere ese terreno?

Philibert tragó saliva antes de responder. En un español sencillo y cargado de acento trató de explicarse.

—Ya se lo dije, *mon ami*. La compañía a la que represento desea adquirir algunas tierras en la región y la suya es una de ellas.

—Pero hay tierras mejores. La que usted quiere es una parcela pedregosa y cuyas vides casi no dan frutos. —El francés hizo un ademán dando a entender que aquello no era relevante—. Y, sin embargo —prosiguió Víctor—, insiste en pagar por ella más de su valor. Por un pedazo de tierra que no vale lo que ofrece.

Philibert se limitó a callar. El alcalde se quedó unos instantes mirando el papel como si nada más existiera en el mundo. Después ignoró al francés y se giró en su sillón para contemplar la plaza a través del ventanal.

Frente a él, don Alfonso aguardaba paciente, aquel era un gesto que veía en el alcalde a menudo cuando algo no le convencía del todo. Lanzó una mirada que reclamaba paciencia al francés.

—La parcela no es mala del todo, muy pedregosa, tal y como ha dicho el señor alcalde, pero todos estos años ha dado una buena cosecha pese a estar mal cuidada —aclaró el abogado.

Las dudas que mostraba su patrón le escamaban. Cuando le trasladó la oferta, Víctor había aceptado sin apenas reparar en la operación. No era ciertamente una cifra mareante, pero se trataba de una cantidad nada desdeñable de cualquier modo, así que el alcalde accedió a la venta al momento. No entendía la reticencia de última hora.

Transcurrieron unos instantes en los que nadie dijo nada. Alfonso Pardo temía que el francés se hartara de aquello y se echara atrás. Por el rabillo del ojo vio que este se revolvía en su silla.

Finalmente, Víctor se dio la vuelta y miró al comprador con las manos apoyadas en el mentón. El alcalde lo auscultó de arriba abajo.

Hasta aquella misma mañana Víctor no había caído en la cuenta de cuáles eran las tierras que aquel francés quería comprar. Para su sorpresa, descubrió que eran aquellas en las que el mismo Pierre ordenó plantar las vides traídas desde Burdeos hacía casi diez años. Pensar en aquella época hizo que el alcalde sonriese ante la inocencia de esos días. Tras la traición del francés sintió tanto odio que decidió dejar aquellas vides sin el cuidado que merecían y durante años fue una parcela olvidada. Con el tiempo había aprendido que en los negocios y la vida los sentimientos no solo nublaban los pensamientos, sino que podían hacer que se tomase la decisión errónea si uno se dejaba llevar por ellos.

Por lo que a él respectaba aquel pedazo de tierra no valía más que cualquier otro. Era solo un número en un papel y un número generoso bien mirado. Resolvió que si aquel gabacho quería pagar un precio mayor que el que valía podía quedarse con él.

Estampó su firma con un movimiento enérgico y la venta estuvo realizada.

Una hora después Gustave llegaba a la bodega donde, nada más verlo, Ángel salió a su encuentro.

El de Montpellier ya le esperaba en el despacho. Si las cosas habían salido bien el orondo gabacho le traía una nueva que a él le alegraría y haría enrojecer de rabia a Víctor.

—¿Y bien? —preguntó Ángel nada más llegar a su altura.

Por toda respuesta el francés acercó las manos a la pequeña estufa para aliviar el frío. El viento del norte comenzaba a soplar con fuerza desde la sierra; en unas pocas semanas era posible que la primera nevada alcanzara los campos.

—No me tengas en ascuas —le increpó esta vez con mayor ímpetu.

Gustave esbozó una sonrisa que indicaba que sus planes habían salido a pedir de boca. Ángel lanzó un hurra de alegría mientras el francés le tendía un sobre.

—¡Lo hemos conseguido! El viñedo es nuestro.

Desde antes de que el negocio fuera una realidad que empezaba a tomar cuerpo, hacerse con aquellos viñedos se convirtió en una obsesión para Ángel. Sentía en todo su ser que tenía una conexión con aquella tierra. No solo porque en ellos había venido al mundo su hija Carmenchu, sino además porque él mismo había plantado cada cepa en cada palmo de tierra con sus propias manos ante la atenta mirada de Pierre. En justicia, era a él quien debía cuidarlos y no Víctor Arriola. El alcalde había sustituido la pasión por crear un vino de calidad por los números y estaba más interesado en un futuro asiento en las Cortes Generales que en la bodega.

Por supuesto, aunque aquel pedazo de tierra tuviera más valor sentimental para él que para Víctor, su antiguo patrón no iba a vendérselo sin más. Antes habría dado fuego a las viñas y sembrado la tierra con sal que permitir que quien ahora era su competidor y enemigo se hiciese con el pequeño viñedo. Necesitaban un plan.

La táctica ganadora resultó ser la más sencilla de todas: apelar a la ambición del alcalde. Un viejo amigo comercial del de Montpellier se haría pasar por un comprador. Ofrecer de entrada una cifra mucho más alta del valor de la tierra había sido una estrategia que a punto estuvo de fracasar en el momento final de la venta. Pero por fin, aquellas tierras pasaban a ser posesión de Viñedos Hermanos Chardín a través de varios vericuetos legales. Ahora él y Gustave se encargarían de cuidar aquellas vides para que diesen el rendimiento adecuado.

Ángel sonrió entusiasmado. Palmeó con fuerza la ancha espalda de su amigo y no lo abrazó por pura vergüenza. Se sentía exultante.

## Capítulo 24

### I

El teatro Avellaneda se alzaba como un sólido edificio de madera y techo de tejamaní frente a la plaza de armas, en pleno centro de Cienfuegos. Construido a mediados de siglo, cuando el antiguo teatro Isabel II se quedó obsoleto, no era habitual que en él actuasen figuras prominentes del bel canto, por lo que la presencia de la reputada *mezzosoprano* Pauline Viardot-García convertía aquel recital en un acontecimiento que nadie en Cienfuegos quería perderse.

En la ciudad la mecha de la revuelta de 1868 había prendido con fuerza y solo el tiempo y un ingente esfuerzo por parte del ejército español fueron paulatinamente controlando la región hasta sumirla en una especie de paz tensa. Aquel recital de apoyo a las tropas era, además de un acontecimiento cultural de primer orden, un acto propagandístico que nadie quería perderse so pena de ser tomado por rebelde.

Allí estaba todo el que era alguien en aquella pequeña comunidad del sur de Cuba. Hacendados, empresarios, comerciantes de cierto rango y, en general, todo el mundo quería dar muestra de su presencia. Incluso los había que en un primer momento apoyaron la revuelta para cambiar de chaqueta tras ver el curso que tomaba la guerra.

Desde las sombras de una calle cercana, Evaristo y Marcos observaban la escena en silencio. La presencia de tropas era numerosa, hasta el punto de verse dos uniformes del ejército español por cada traje de paisano.

Embutido en sus nuevas galas, Marcos se sentía incómodo y añoraba la ropa de trabajo o los trajes menos pomposos que solía usar. No obstante, debía reconocer que el sastre había hecho una labor encomiable y las prendas le sentaban como un guante.

Evaristo le puso las manos en los hombros y le miró con fijeza. En sus ojos había un pozo de preocupación tan hondo como el mismo mar.

—Yo te estaré esperando aquí con dos monturas. Pero no puedo quedarme mucho tiempo sin llamar la atención.

—El recital dura un par de horas, no tardaré más que eso en el peor de los casos —repuso con sorprendente calma el español.

—Sabes que tengo tantas ganas como tú de matar a ese malnacido y apretaría el gatillo encantado si me lo pidieras.

—Lo sé. Pero he de ser yo.

Ambos hombres se abrazaron. Quizás aquella era la última vez que se veían y una cierta

atmósfera de fatalidad los rodeaba.

Se despidieron.

Marcos inspiró todo el aire que pudo y avanzó en dirección a la puerta del teatro con expresión firme. Un inmenso gentío que incluía a los asistentes a la gala y a numerosos curiosos se apiñaba en la explanada. Hubo de sortear a varias personas para acceder frente a un circunspecto portero, quien tras lanzarle una mirada escrutadora le dejó paso franco. Junto a él una pareja de soldados flanqueaban la entrada con expresión ceñuda.

Con tanta gente no contaba con encontrar a su objetivo con facilidad y su intención era sentarse en su localidad sin armar revuelo para buscar después entre el gentío a don Ernesto. Cómo acercarse hasta él sin llamar la atención y descerrajarle dos tiros iba a ser el verdadero reto.

Sus planes se fueron al traste nada más poner un pie en el teatro.

Frente a las escaleras que daban acceso al patio de butacas se topó con doña Úrsula que charlaba animadamente con un grupo de personas entre las que se hallaba un tipo de aspecto serio y grandes bigotes al que Marcos no reconoció pero que cualquiera en Cienfuegos quería tener entre sus amistades: el afamado banquero Tomás Terry. Al ver sola a la mujer temió que don Ernesto no hubiera asistido al recital.

Un sentimiento de frustración se apoderó de todo su ser. Se obligó a dejar de pensar de aquel modo. Esa noche había ido hasta allí para hacer algo y lo iba a hacer. De improviso se dio cuenta de que estaba parado frente a doña Úrsula, quien lo miró con curiosidad.

Echó a andar tratando de pasar desapercibido, pero era tarde para ello.

—¿Le conozco de algo?

Marcos no podía eludir aquella pregunta, habría llamado demasiado la atención. También Tomás Terry se fijó en él, intrigado. Una película de sudor empezó a formarse en su espalda.

—Creo que no tengo el gusto —respondió mientras se sacaba el sombrero cortésmente y trataba de alejarse de la escena.

Doña Úrsula no se dio por satisfecha con la respuesta y le auscultó de arriba abajo.

—El caso es que me resulta usted familiar.

El de Haro se sintió acorralado, pero no podía alejarse sin más. La etiqueta dictaba que se acercara a ella y eso mismo hizo con paso tan decidido que él mismo se sorprendió.

—Estoy en Cienfuegos de paso por negocios. He venido a comprar unos sementales en el puerto.

La mujer se golpeó la palma de la mano con el abanico que llevaba.

—Entonces usted debe de ser el comerciante de La Habana que me privó hace unas semanas de comprar un nuevo caballo —dijo divertida.

—Eso me temo. Pero negocios son negocios.

—Doña Úrsula es una verdadera apasionada de los caballos, dudo que un simple negocio la detenga. Ahora que sabe que tiene usted algo que quiere no cejará hasta conseguirlo —bromeó Tomás Terry, tendiendo la mano al recién llegado.

—Entonces debería venderle esa montura si tanto le interesa.

—Esa sería una idea sensata —apuntó entre risas el banquero. Viéndolos allí de pie frente a las escaleras bien podían haber pasado los tres por viejos conocidos.

—¿Y no la acompaña su esposo? —interrogó Marcos, sin molestarse en disimular su interés.

—¿Conoce usted a don Ernesto? —Se adelantó el señor Terry. El riojano fingió un momento



de duda.

—¿Don Ernesto? Tenía entendido que el esposo de usted se llamaba don Matías.

La referencia a su antiguo marido no agradó a doña Úrsula quien esbozó un mohín de fastidio.

—Murió hace unos años. Don Ernesto es mi actual marido —se limitó a decir.

—Don Ernesto era el capataz del ingenio que doña Úrsula posee cerca de aquí —informó el señor Terry.

—De cualquier modo, es extraño que su esposo no le acompañe —dijo de modo conciliador Marcos—. ¿Vendrá esta noche al teatro?

Doña Úrsula tenía una mirada cargada de desconfianza, pero respondió por cortesía. Un gesto inconsciente de su mano dio a entender que aquella conversación ya no le interesaba.

—Ha tenido que ausentarse de la ciudad unas horas, pero vendrá a tiempo de ver cantar a la Pauline. Al menos, eso espero...

—Espero tener el placer de saludarlo —dijo a modo de despedida el riojano.

Instantes después, sonaba la campanilla que anunciaba que el espectáculo estaba a punto de empezar. Todo el mundo se apresuró a dirigirse a sus localidades. También Marcos, quien comprobó que su asiento estaba muy bien colocado en el centro de la quinta fila.

Desde allí buscó con la mirada a doña Úrsula, a la que encontró en un palco a su derecha. Junto a ella había un asiento vacío. Marcos se acomodó en su butaca. No pensaba quitar ojo a aquella parte del teatro en toda la noche. Tarde o temprano, don Ernesto se sentaría en aquella silla vacía y sería lo último que haría.

Se apagaron las luces y el concierto dio comienzo.

Con una voz digna de las mejores y una experiencia que denotaba sus estudios con los más importantes profesores de canto, Pauline Viardot-García fue deshojando una a una las piezas que había elegido para aquella velada a una audiencia entregada a desde la primera nota. Se veía de igual modo que la genética influía en su talento, no por nada pertenecía a una insigne dinastía de cantantes y compositores.

Durante dos horas sonaron piezas de maestros italianos como Rossini o Bellini, pero también de compositores españoles, como Blas de Laserna, que proclamaban el origen hispano de la cantante. Entre susurros se comentaba en los asientos que pasaría mucho tiempo hasta que aquel teatro viera un talento como aquel.

Marcos apenas si prestaba atención a lo que acontecía sobre el escenario. Sus ojos se apartaban lo justo para no llamar la atención del palco donde estaba doña Úrsula. Empezaba a impacientarse. Don Ernesto no daba signos de aparecer. ¿Y si estaba perdiendo el tiempo mientras que el portugués estaba tranquilamente en la hacienda?

Justo cuando estaba a punto de perder la paciencia, vio una sombra acercarse al asiento que ocupaba doña Úrsula. Se revolvió inquieto en su butaca. La oscuridad le impedía ver quién acababa de llegar.

Aún hubo cuatro piezas más que Pauline desgranó con talento único, pero él no escuchó una sola nota. No apartó la vista del palco de doña Úrsula. Ya no importaba si su actitud llamaba la atención. Debía saber si don Ernesto estaba allí, a su alcance. Con nerviosismo asió el revólver que llevaba oculto bajo sus ropas; un colt recién importado de Estados Unidos, donde aquella nueva arma estaba causando furor.

La Viardot-García concluyó su brillante interpretación de un aria de *Norma* y un terremoto de

aplausos inundó el teatro. El ruido era ensordecedor, la gente puesta en pie se dejaba las manos en una enfervorizada ovación que parecía no tener fin. Desde el escenario una cortés Pauline respondía a las muestras de cariño con una sentida reverencia.

Los empleados del teatro empezaron a encender las lámparas de aceite y poco a poco se hizo la luz. Marcos pudo por fin ver quién acompañaba a doña Úrsula.

A pesar de los años transcurridos reconoció al instante al portugués. El parche en el ojo y una barba que ahora era completamente blanca no lo confundieron. A poca distancia de él tenía al asesino de Elena. Acarició el relicario que llevaba al cuello y se sorprendió susurrando el nombre de su amada.

La orquesta atacó las primeras notas de *D'amour l'ardente flamme* y el silencio se hizo en el teatro de nuevo. Pauline se aprestaba a obsequiar con un más que merecido bis a una audiencia entregada.

Los ojos de Marcos seguían fijos en don Ernesto. De improviso, la mirada de ambos hombres se cruzó. El antiguo capataz no tardó ni un instante en reconocerlo. Primero asomó a su rostro un gesto de sorpresa al que siguió el temor. Con una rapidez inusitada se levantó de su asiento y se encaminó a la salida del palco. El riojano hizo lo mismo en su butaca, ignorando las quejas que su comportamiento despertaba.

## II

Elisenda Gárate se negaba a aceptar aquel dinero. Por mucho que fuese una cifra más que suculenta. Sabía que si llegaba a juicio conseguiría una cantidad mayor, así que negó con vehemencia.

—La última vez que nos vimos me ofreció mucho menos dinero —dijo burlona.

Alfonso Pardo recordaba aquel momento, cuando por orden de doña Inés le había entregado un duro para que la mujer abortara. Sonrió.

El piso que la amante de Miguel Arriola ocupaba en aquellas fechas en Vitoria distaba mucho del sencillo despacho donde ahora se veían. Además de ellos dos estaban presentes el abogado de Elisenda y su esposo, Marcial Presa.

—Lo que en esos momentos le di era de parte de doña Inés. Esta oferta es de don Víctor —repuso, señalando el pedazo de papel con una cifra garabateada.

Elisenda volvió a menear la cabeza para mostrar su desacuerdo.

—Igual da de quién de los dos venga. Entre los dos mataron al pobre Miguel, estoy segura de ello. Pueden guardarse su limosna.

Nervioso, el abogado de la mujer, también presente, carraspeó pidiendo contención a su cliente.

Alfonso Pardo lo estudió con detenimiento largo rato. El tiempo suficiente para darse cuenta de que la categoría de su colega era inferior. Con aquel caso le había tocado la lotería, uno no se topaba todos los días con una demanda de paternidad a una de las familias más ricas del norte de

España. A pesar de todo, puso los ojos en blanco dejando claro con ello que restaba importancia a las palabras de la mujer. Se aclaró la voz antes de hablar.

—Señora Elisenda, entiendo que quiera obtener una cantidad mayor de dinero. Es natural, todos queremos más, pero deje que le diga, y aquí mi colega estará de acuerdo conmigo, que una demanda de paternidad rara vez tiene un veredicto favorable. La cantidad que le ofrece mi cliente es más que ventajosa para usted. Le aconsejo que lo reconsidere y acepte el dinero. Un bastardo nunca podrá optar a más.

Elisenda Gárate elevó tanto la voz que esta se convirtió en un desagradable graznido agudo.

—¡No le consiento a usted que hable en esos términos de mi hijo!

—Y sin embargo es lo que es, un bastardo —la cortó Alfonso.

La mujer miró a su esposo reclamando su ayuda. Este acudió al rescate tirando con gran pompa de las solapas de su traje.

—Elisenda tiene razón. Ese niño lleva ahora mi apellido y no le consiento que hable de Miguelito de ese modo.

Aunque Alfonso Pardo no hizo ademán alguno por replicar y más bien parecía que ni había escuchado al farmacéutico, tampoco hizo nada por calmar los ánimos. Elisenda se puso tiesa como un palo en su sillón y habló con un deje de presunción en su voz.

—Esa cantidad ni llega a la que podríamos conseguir si ganamos el juicio. Merezco más dinero de esa maldita familia. —Todos los presentes callaron. Elisenda cayó en el error que acababa de cometer y se apresuró a enmendarlo—: Por supuesto, el dinero no lo es todo. Antes está la dignidad de mi hijo —balbució.

Alfonso Pardo dedicó unos instantes a contemplarla en detalle. Conocía de sobra a aquella clase de mujeres. A pesar de frisar casi los cuarenta tenía que reconocer que seguía siendo una mujer atractiva. Sus labios carnosos y piel blanca todavía resultaban apetecibles.

Tal y como sospechaba, lo que la mujer buscaba era dinero, más del que hasta el momento se había puesto sobre la mesa, por lo visto, pero al menos ahora solo era cuestión de ponerse de acuerdo en la cifra. Carraspeó antes de hablar.

—Como bien dice, para conseguir más dinero ha de ganar usted el juicio.

—Podemos ganarlo. Tengo pruebas que demuestran que Miguel convivió conmigo en el piso de Vitoria. Que era de su propiedad y era habitual vernos juntos —replicó Elisenda, echándose hacia delante en su silla en un ademán desafiante.

El abogado recogió el guante que se le tendía y habló a la mujer con una seguridad apabullante.

—Créame, no lo ganará. Doña Inés hará cualquier cosa por evitar que su hijo sea considerado alguna vez hijo de don Miguel Arriola. Lo que sea necesario.

Elisenda guiñó los ojos.

—¿Me está amenazando usted?

Alfonso Pardo no se inmutó ante aquella acusación. Tampoco la negó. Se limitó a apartar la vista de la mujer, como si no fuese digna de su interés. Se levantó y caminó hasta la cercana ventana que se abría a la calle. Su voz sonaba monótona mientras sus ojos estaban puestos en lo que sucedía al otro lado de la cristalera.

—He conocido a su hijo —dijo de improviso.

Elisenda dio un respingo en su asiento.

—El otro día, junto a su niñera. Iba vestido demasiado emperifollado para mi gusto, pero es un niño muy guapo, he de admitirlo. Aunque yo no conocía a don Miguel, y por lo tanto no puedo decir si existe parecido entre ambos. Posiblemente tenga usted razón. ¿A quién le importa eso? — Un silencio tenso se instaló en el despacho. Alfonso se giró y con andar lento y calculado regresó a su butaca. A pesar de hablar en voz baja, casi en un susurro, sus palabras se sobreponían al ruido del exterior—: ¡Ah! ¡El pobre don Miguel Arriola! Muerto tan de improviso. Una pena.

A nadie se le escapó que más allá de la ley, Miguel seguía desaparecido para el mundo. El reconocimiento de su muerte llevaba implícita una amenaza tan sutil como certera.

A pesar del tono comedido de Alfonso, la tensión iba en aumento y el abogado de Elisenda decidió intervenir con la familiaridad que da tener la misma profesión.

—Querido colega, le ruego que dejemos cualquier otro tema y nos centremos en lo importante. Tratemos de llegar a un acuerdo. Quizá todo sea cuestión de la cifra adecuada.

Alfonso Pardo sonrió para sí. Su colega había captado el mensaje. Se alisó los pliegues de la chaqueta con parsimonia, tomándose su tiempo para responder. Toda aquella cháchara lo ponía enfermo. En la mayoría de los casos, de no ser porque los clientes se empeñaban tozudamente en estar presentes, se llegaba a un acuerdo con rapidez.

Se inclinó en el sillón a la par que arrancaba a hablar.

—Estoy autorizado a triplicar esa cifra, pero le advierto que es mi última oferta.

Don Víctor deseaba que aquel suceso no saliese a la luz jamás. Estaba casi hecho que sería diputado el año próximo y no podía permitirse un escándalo como aquel bajo ningún concepto. Alfonso hablaba directamente a su colega de profesión. Los ojos del abogado, y también los del marido de Elisenda casi se habían salido de sus órbitas ante la oferta. La cantidad era realmente interesante para cualquiera. Incluso la antigua amante de Miguel Arriola permaneció en silencio, rumiando la cifra.

—Estudiaremos su oferta y le haré llegar una respuesta en el plazo de una semana —dijo el abogado mientras se levantaba y tendía su mano a su colega con gesto distendido.

Alfonso Pardo tomó su maletín y salió del despacho haciendo una leve inclinación de cabeza.

—¿Vamos a aceptar? —inquirió Elisenda a su abogado cuando Alfonso hubo salido.

Este buscó la complicidad de Marcial.

—Es una cifra que nos permitirá vivir desahogados —trató de hacerla entrar en razón su esposo.

—Además ya lo ha escuchado, ha localizado al niño. Harán lo que sea necesario —apuntó el abogado.

Elisenda ahogó un mohín de frustración y asintió con mansedumbre.

### III

Marcos salió a la entrada principal y buscó la escalera que daba acceso a los palcos del teatro. Corrió hacia ella y ascendió veloz los peldaños. Para cuando subió el último, el colt estaba

sujeto en su mano y su cañón apuntaba al pasillo. Un pasillo que permanecía en penumbra todavía y donde no se intuía sombra alguna. Las puertas de los palcos permanecían cerradas y la música llegaba amortiguada desde el escenario. Con el colt en la mano echó a andar.

—Has prosperado mucho, llevas buenas ropas —dijo don Ernesto desde algún lugar en las sombras.

Marcos fue incapaz de adivinar su posición, pero sabía que estaba todavía lejos. Siguió avanzando con precaución.

—También usted, ahora es el dueño del ingenio. Dígame, ¿mataron a don Matías o murió él solo?

Una pequeña risa sofocada desveló que el portugués estaba a su derecha, oculto entre un grupo de columnas. Por instinto se pegó a una de ellas.

—Digamos que él ya estaba enfermo y nosotros solo aligeramos el trabajo.

Tenía que seguir haciendo hablar a aquel malnacido. Eso lo acercaría a su posición. Continuó, sin percatarse de que don Ernesto, con la misma intención, rodeaba las columnas y se colocaba a su espalda. Aunque no podían verse ambos hombres se sabían cerca.

—Y a Elena, ¿por qué la mató? Yo no habría dicho nada de usted y doña Úrsula. Íbamos a escapar y a dejarlos en paz.

En la oscuridad, don Ernesto se encogió de hombros, dando a entender a las sombras que aquello ya carecía de importancia. Pero cuando llovía, la cuenca donde antes estaba su ojo derecho le picaba como mil demonios. Aún guardaba suficiente odio para regalar y quería compartirlo con aquel infeliz antes de matarlo. Su voz era puro veneno.

—Lo cierto es que disfruté matando a esa negra. Chilló como un puerco en una charca cuando la colgamos de aquel árbol. Tendrías que haberla oído...

—¡Te mataré! —gritó Marcos, girándose y apuntando a la oscuridad.

Aquello fue suficiente para revelar su posición. Se oyó un agudo chasquido.

El látigo le golpeó la mano en la que llevaba el colt y el arma salió disparada, perdiéndose en las tinieblas. Don Ernesto disparó su revólver. Solo el instinto salvó a Marcos en el último instante. Se lanzó contra la columna más cercana y la bala pasó rozándole, para ir a alojarse en la pared del fondo. La música que bramaba desde el patio de butacas ahogó el sonido. El portugués rugió de pura frustración a la par que lanzaba un juramento.

—La siguiente no fallará —profetizó.

Marcos se apoyó en la columna y resopló con fuerza, sentía un ligero escozor en el hombro derecho. El disparo le había rozado lo suficiente para producirle una pequeña herida de la que manaba sangre. Estaba en mitad de la oscuridad y desarmado.

Calculó que el antiguo capataz estaba en la columna anterior. No podía salir huyendo en la dirección en la que había venido ya que se toparía de frente con él. Tampoco podía avanzar dado que el pasillo finalizaba justo ahí. Don Ernesto solo tenía que acercarse y dispararle a quemarropa. Antes de entrar en el teatro no contaba con salir de aquella, pero saber que el capataz iba a seguir con vida envenenaba su alma.

En la columna de al lado don Ernesto se sabía victorioso. Solo esperaba acabar con aquello antes de que la gente saliese de los palcos, no quería tener que dar explicaciones a nadie. Afianzó el arma en su mano y se dispuso a concluir su labor, aquel perro no tenía escapatoria posible. Se acercaría a él en silencio, le dispararía y regresaría a su palco antes de que nadie se diese cuenta

de nada. En el escenario la música había cesado y era sustituida por una estruendosa ovación, más sonora si cabía que la anterior.

De improviso un trapecio de luz se deslizó por el pasillo iluminando su figura. Alguien se asomó al pasillo.

Aquel fue el momento que Marcos aprovechó, no iba a disponer de otro.

Se lanzó contra el sorprendido portugués, que soltó el arma debido al ímpetu de su agresor. Ahora ambos estaban en igualdad de condiciones. Pero don Ernesto no iba a darse por vencido con tanta facilidad. Golpeó a su oponente en el estómago y se giró en busca del arma perdida. Marcos no perdió el tiempo y también él le propinó un potente puñetazo en la nuca. Después su brazo se cerró en torno al cuello del portugués. Don Ernesto se zafó de aquella llave utilizando sus piernas para ponerle la zancadilla. Ambos hombres cayeron al suelo. Mientras, quien había salido al pasillo regresó asustado al palco y solicitó ayuda a voz en cuello.

Los dos hombres porfiaban en el suelo y ninguno de ellos parecía que iba a salir victorioso. Los puñetazos se sucedían por una y otra parte.

En un momento dado, el portugués logró alcanzar en la garganta a su oponente que se quedó sin aliento. Aquel era el momento que necesitaba. Extrajo un pequeño cuchillo que portaba en la bota del pie derecho y alzó ambas manos para dar el golpe de gracia. Una sonrisa cruel se pintó en su rostro.

Un disparo sonó de repente y la luz de la deflagración iluminó a los dos. Con una mueca de sorpresa don Ernesto soltó el cuchillo y se llevó las manos a la espalda, donde había recibido el disparo. Cayó al suelo sin saber quién era su asesino.

—Te dije que tenía tantas ganas o más que tú de matar a ese cabrón —dijo Evaristo, aún con el cañón humeante del revólver en su mano.

Marcos se incorporó con los ojos abiertos como platos e hizo amago de echar a correr en dirección a las escaleras. Supo al instante que su amigo no tenía intención de huir con él.

—Ven conmigo —le suplicó.

El chico meneó la cabeza.

—Ya me he cansado de estar siempre huyendo.

Se miraron a los ojos por última vez. En ellos había un respeto y una amistad que trascendía el color de la piel. Lo que sucedió a continuación pasó tan deprisa que después creería que no había sido real.

—Un maldito moreno ha asesinado a don Ernesto —gritó alguien.

Ni siquiera prestaron atención a la presencia de Marcos. Un negro con un arma en la mano era demasiado terrorífico para pensar en otra cosa.

Una multitud rodeó al esclavo mientras este no dejaba de apuntar el arma a su alrededor.

—Al que se acerque lo mato —amenazaba al tiempo que retrocedía hacia la pared del fondo.

Solo aquello mantenía a la turba a raya, pero no iba a durar demasiado. Todos los que poseían un esclavo temían el momento en que estos se pusieran en pie y amenazaran su posición, al fin y al cabo, solo se necesitaba una chispa para empezar un fuego. Había que apagar la cerilla antes de que prendiese la hoguera.

La masa de gente se le echó encima y Marcos dejó de ver la figura de su amigo.

—No moriré como un esclavo —gritó Evaristo, antes de colocarse el revólver bajo la barbilla.

Con los ojos llenos de lágrimas, Marcos descendió las escaleras y salió a la calle. Dentro del teatro se escuchó una segunda detonación.

## Capítulo 25

### I

El bochorno del estío barría los campos con un aire cálido y pegajoso que presagiaba tormenta. En el cielo las nubes comenzaban a arremolinarse formando una compacta masa gris. El verano estaba siendo caluroso y las uvas crecían sanas y fuertes.

Vestido de forma impecable, Alejandro Arriola aguardaba a la sombra de un ciprés. Plantado en mitad del campo parecía estar fuera de lugar. Eran poco más de las cuatro de la tarde y el calor acumulado durante el día ascendía ahora de la tierra. En alguna parte el canto de una cigarra cortaba el silencio. En la distancia, Haro era apenas una mancha distorsionada por el calor.

A su diestra, Princesa, su preciosa yegua negra, reclamó su atención acercando la cabeza al chico. Este le acarició el hocico con un gesto distraído al que el animal respondió con un resoplido de placer. Hacía tan solo dos años que comenzara a tomar clases de equitación, pero descubrió muy pronto una enorme satisfacción en aquellas bestias leales. La yegua había sido un regalo de su padre al cumplir dieciséis años. Una de las pocas muestras de afecto de Víctor Arriola hacia su hijo.

Consultó su reloj de bolsillo por cuarta vez en poco tiempo. Aquella espera siempre le crispaba los nervios.

Miró al horizonte, donde el camino se tornaba una suave línea, y una nube de polvo en la lejanía le hizo sonreír. Se alisó el traje que llevaba puesto, demasiado grueso para la época del año, y se atusó luego el cabello. Mientras el carruaje se acercaba jugueteó con el mango del bastón para matar la ansiedad que atenazaba su pecho.

El carruaje llegó a su altura y de él descendió Carmenchu. La joven llevaba un sencillo vestido de color azul pálido. Alejandro la ayudó a poner pie en tierra tendiéndole la mano con galantería. Después se dirigió al cochero.

Hacía cuatro años que Lucio, el cochero, falleciera. Un poco antes, el sirviente hubo de dejar el trabajo por los fuertes dolores de espalda que padecía. Desde entonces Anastasio, su hijo menor, ocupaba el puesto. Saludó al señorito con el respeto que le habían enseñado.

—A las seis y media tienes que estar aquí —le recordó el chico.

Anastasio asintió incómodo. No le gustaba nada ser partícipe de aquel asunto, pero tampoco podía negarse.

Al momento el carruaje partió de regreso a Haro. Dejó una nube de polvo a su paso y desapareció de la vista en una curva. Alejandro tomó a Carmenchu por el talle y la estrechó entre



sus brazos. Después la besó con ganas acumuladas. Aquella boca que añoraba noche y día solo era suya una vez al mes. Daba la impresión de que pretendía saciar el apetito de ella, tal era su pasión. La chica lo apartó divertida.

—Deja algo para después —dijo entre risas.

Las manos de Carmenchu acariciaron la frente de la yegua. El animal estaba acostumbrado a las caricias de la chica y se dejaba hacer, complacida.

—Odio que tengamos que vernos de este modo —se quejó el muchacho a su lado.

—Es todo lo que podemos hacer de momento. Ni tu padre ni el mío nos dejarían vernos si lo supieran.

La relación entre Ángel Zaldivia y Víctor Arriola se había tornado en algo cercano a la inquina y representaban aquel odio a través de sus negocios. Los dos hombres antepondrían sin dudar las ansias de vencer al rival a la felicidad de su propia familia.

Se tomaron de la mano y junto a la montura se encaminaron a un cercano pinar donde buscaron la sombra. Cerca había una fuente a la que llamaban del Moro. Lo temprano de la tarde les garantizaba que nadie les molestaría. La hora de la siesta era algo sagrado en las soporíferas tardes de verano.

El frescor de los árboles se agradecía. Una ligera brisa corría entre las ramas agitándolas con vigor. Después de saciar su sed, Princesa se afanó en pastar. El chico tomó una manta que llevaba sobre la montura y la estiró en el suelo. Se sentaron sobre ella, la espalda pegada al tronco de una enorme haya.

Sus labios se buscaron de nuevo.

Una pareja de cardenalillos revoloteó sobre ellos, aterrizó cerca de la fuente, donde estuvieron un poco jugueteando, y al poco ambos pájaros alzaron el vuelo.

—Mi padre deberá entender algún día que esto es lo que quiero —dijo el chico—. Y también el tuyo. Nosotros no somos responsables de sus asuntos.

Ante aquellas inocentes palabras Carmenchu lo miró con ternura. Alejandro se había convertido en un chico alto y atractivo, y con la fortuna de su familia podría tener a quien quisiera. La chica a veces se preguntaba por qué, a pesar de todos los impedimentos que tenía aquella relación, la prefería a ella a cualquier otra.

—Porque te quiero —le decía entonces él.

Ella también lo quería. Aunque era más realista. En sus peores sueños imaginaba que un día él le diría que aquello se había acabado.

Hasta entonces, estaba dispuesta a aprovechar las pocas oportunidades que tuvieran de estar juntos. Pocas, desde que su madre había maniobrado para evitar que se vieran en casa de doña Mariola. Esos momentos se limitaban a una tarde al mes, y siempre en aquel lugar. Lejos del pueblo y apartados de miradas indiscretas. Era poco lo que tenían, pero era todo cuanto los dos ansiaban.

—Un día nos fugaremos si es necesario —dijo de improviso Alejandro.

Carmenchu se rio de la broma. Después, estudiando con detenimiento el rostro del chico cayó en la cuenta de que hablaba en serio. ¿Estaría ella dispuesta a seguirle llegado el caso?

Resolvió alejar aquellas preguntas del mejor modo posible. Se tendió sobre la manta y atrajo a Alejandro hacia ella. Los besos y caricias acallaron las dudas.

La tarde se deslizaba como arena fluyendo entre los dedos. Sobre sus cabezas el cielo se había

ido preñando de nubes amenazadoras. De repente se levantó un viento racheado que elevaba nubes de polvo y zarandeaba las ramas de los árboles. La tarde se puso tan oscura como si fuera plena noche y el cielo se iluminó con un relámpago, al que siguió un poderoso trueno bramando en la distancia. Princesa corcoveó inquieta. Su dueño se apresuró a calmarla.

—Será mejor que busquemos un sitio donde guarecernos. Va a llover enseguida —anunció.

Corroborando sus palabras unas gotas grandes como monedas de real ametrallaron el suelo. Las ramas de los árboles creaban un sonido atronador al mecerse a merced del viento.

Carmenchu recogió con precipitación la manta del suelo mientras que Alejandro trataba de calmar a Princesa. Al poco, un fuerte aguacero caía sobre ellos. Echaron a correr en dirección a una cercana viña.

Junto al camino se alzaba un guardaviñas. Una pequeña y tosca construcción cónica a base de piedras apiladas y que servía para guarecer a los campesinos de las tormentas de verano. Hubieron de meterse en una de ellas. La yegua fue amarrada fuera, dentro no había sitio para los tres.

—Pobre Princesa —dijo Carmenchu, contemplando la mirada de resignación del animal.

—Es solo agua, estará bien. Lo que la asustan son los truenos.

A pesar del viento, las primeras gotas despertaron el calor latente en la tierra y la temperatura subió un par de grados de golpe. Eso unido a la humedad de las ropas hacía que estas se pegaran a sus cuerpos. Además, el interior del guardaviñas conservaba el calor del verano.

—Hace mucho calor aquí dentro —se quejó el chico.

—Ven, que te vas a asfixiar —le dijo Carmenchu mientras le quitaba la chaqueta.

Bien mirado, resultaba abrumadora la cantidad de ropa que llevaba. Lo ayudó también con el chaleco y le remangó la camisa.

—¿Mejor así?

El chico asintió.

Fuera, la lluvia producía un ruido sordo e incesante que a duras penas les permitía escucharse. El cielo estaba oscuro como boca de lobo y daba la impresión de haber anochecido de repente. Un relámpago quebró esa oscuridad, al instante le siguió un trueno que retumbó durante largo rato.

Carmenchu dio un respingo y se abrazó con fuerza a Alejandro.

—Parece que Princesa no es la única que tiene miedo de los truenos —dijo él, cerrando sus brazos en torno a ella.

Se miraron y en ese instante ambos comprendieron que aquel era un momento para el que estaban predestinados. De un modo que solo se intuía sabían que todo los había conducido hasta aquel instante. Se besaron de nuevo y en sus bocas se presagiaba que estaban listos para entregarse el uno al otro. Para darse como nunca se habían dado a nadie.

La chica deslizó las mangas de su vestido y las dejó caer. Tomó el vestido por la cinturilla y se lo quitó con calma, pero con expresión de urgencia pintada en el rostro. Quedó tendido junto a ella. Él la contempló sin prisa. Deleitándose en aquella piel tibia y por estrenar. Se acercó a ella y la besó. La ayudó a quitarse el resto de la ropa. Después él se desnudó sin dejar de mirarla.

Tendieron la manta en el suelo y abrazados y temblorosos se acurrucaron sobre ella. Desnudos por primera vez frente a la persona amada, se dejaron dar forma por las manos del otro, como arcilla. Dos cuerpos enlazados como un mismo ser.

Se miraron como niños una última vez, después se tomaron de la mano y se adentraron juntos

en tierra desconocida. De allí se regresaba convertido en hombre y mujer.

Sus frentes perladas de sudor se tocaron, sus bocas unidas alimentaron gemidos en el otro y al instante el calor y el rubor cedieron paso al placer.

En el exterior un trueno hizo corcovear a Princesa y la lluvia caía ahora acompañada de pedrisco. El sonido era terrible, como si un dios colérico estrujase la tierra con sus manos.

## II

A las puertas de la bodega, Ángel lanzó un amargo juramento. Aquella piedra era la peor noticia para las vides. Un pedrisco a aquellas alturas del año, en que las uvas estaban maduras en sus vides, podía ser catastrófico.

Inquieto, comenzó a pasearse como un animal enjaulado. No podía hacer nada excepto contemplar con frustración cómo el cielo se derramaba en forma de piedra sobre los campos. Los pequeños trozos de hielo golpeaban inmisericordes las cepas que se limitaban a aguantar bajo el aguacero. Las hojas eran perforadas sin piedad y las uvas caían al suelo formando una amalgama de racimos que anunciaba una vendimia ruinosa.

A su lado, Gustave también tenía un semblante de preocupación. En toda su vida había visto caer pedrisco con tanta fuerza. En su interior sabía que aquello iba a ser trágico para las uvas, y justo con la primera vendimia propia en ciernes.

La naturaleza se derramó implacable sobre los campos casi durante una hora. De las laderas descendían riadas de agua que arrastraban la tierra a su paso y anegaban las viñas que para entonces ya eran balsas de puro fango.

Tal y como vino, la lluvia cesó y el viento se calmó.

Con la mirada fija en las vides, Ángel salió y, temeroso de lo que descubriría, se acercó a la carrera al viñado. El impacto de la tormenta era aún peor del esperado. Prácticamente no había una sola cepa que no mostrara los daños del pedrisco.

—¡Y precisamente este año, que es el primero! —bramó con impotencia Ángel.

El de Montpellier se limitó a mirar al cielo como si pidiera explicaciones.

—Aún es pronto para saber los daños. Quizá la piedra no ha caído en toda la zona.

El tono esperanzador de Gustave no llegó a calar ni siquiera en él. Aquella era una catástrofe que ponía en serios aprietos a la bodega.

Los dos hombres se quedaron en silencio. Mientras, una fina llovizna había sustituido a la piedra.

Toda la zona se vio afectada por la tromba de agua; aunque la peor parte se la llevaron las tierras de Haro. En pueblos vecinos los daños eran menores, pero igualmente preocupantes.

En un momento, hectáreas enteras de vides dejaron de ser útiles después de tantos meses de trabajo.

Pero la peor parada fue la viña que había comprado con engaños a Víctor. Allí la piedra golpeó con tanta fuerza e intensidad, que no quedaba una sola cepa que pudiera ser útil. El

espectáculo era desolador. Cepas tronchadas por la mitad, hojas agujereadas apiladas a los pies de los troncos y un mar de lodo que lo abarcaba todo.

Víctor, que montó en cólera tras saber quién era el verdadero comprador de las viñas, no podía creer ahora la suerte que tenía mientras disfrutaba del desastre de su enemigo.

No obstante, también él sintió el efecto de la tormenta. Decenas de vides de su propiedad habían resultado alcanzadas por la piedra, lo que significaba perder muchas arrobas de uva, pero su bodega se abastecía de frutos de otras zonas no afectadas por la terrible tormenta. Y aunque hubo de pagar un precio mayor del habitual, en general, su producción apenas si se resintió.

Era la ventaja de ser el mayor productor de la zona. Visto el resultado para Ángel y el resto de los viticultores pequeños, aquella tormenta había sido una bendición para él.

—Ya se sabe —decía burlón—, nunca llueve a gusto de todos.

### III

La vendimia había concluido hacía unas semanas cuando Víctor Arriola se dejó caer a última hora de la tarde por el despacho. Últimamente estaba tan inmerso en su carrera política que no era habitual verlo por la bodega y los trabajadores se extrañaron de su presencia. Iba acompañado de un hombre de mediana edad y aire solemne a quien acompañó hasta el despacho. Antes de entrar también él se dirigió a Manuel.

—Ven un momento —se limitó a decir.

Con la mosca tras la oreja el encargado arrojó una colilla al suelo, se quitó la gorra y con ella en la mano hizo lo que se le había ordenado.

Entró y miró con recelo al desconocido al que don Víctor no se molestó en presentarle. Aguardó pacientemente junto a la puerta. Por fin, Víctor lo miró y le señaló la silla frente a la mesa donde él estaba sentado.

—La competencia está empezando a mostrar sus dientes —dijo con aire circunspecto el patrón.

—Si es por la bodega de Ángel puede estar usted tranquilo. En el pueblo se rumorea que el pedrisco lo ha dejado bien tocado y a lo mejor desde Francia no llega más dinero.

Víctor Arriola sonrió para sí. Estaba al tanto de las dificultades de su antiguo empleado. Con suerte, la bodega de Ángel moriría incluso antes de alzar el vuelo. No era eso lo que le preocupaba. Con un enérgico ademán interrumpió a su encargado.

—Además de Hermanos Chardin, hay otros inversores interesados en la región. La filoxera es cada vez más virulenta y viñedos españoles empiezan a sufrir su azote. Pero en las zonas como La Rioja, donde aún no ha llegado el maldito insecto, el vino es un negocio floreciente. Este mismo año próximo, sé de buena tinta que se van a abrir tres bodegas nuevas en la región.

Manuel lo escuchó sin interrumpir, pero mentalmente se preguntaba a santo de qué venía aquel sermón. Él se limitaba a cumplir con su cometido, llevar la bodega lo mejor que sabía sin crearle preocupaciones al patrón. Sintió que necesitaba un cigarrillo con urgencia.

Ajeno a los pensamientos del encargado Víctor, siguió hablando.

—En definitiva, la competencia va a ser mucho más feroz de lo que hasta ahora ha sido. Tengo que hacer algo si quiero seguir siendo el mayor productor de la región. Necesitamos destacar del resto de bodegas. El coronel Murrieta y el marqués de Riscal apuestan desde hace años exclusivamente por la calidad y eso es lo que nosotros vamos a hacer. Ya hemos dado los primeros pasos con el vino que producimos en *lo hondo*, pero la marcha de ese traidor nos dejó sin un encargado para la elaboración de vinos finos. Necesité una nueva persona para esa labor.

El encargado entendió entonces la razón de su presencia en el despacho y sintió una punzada de orgullo. Esto le dio el coraje necesario para atreverse a interrumpir al patrón.

—Si usted me enseña, yo me encargaré de ello y le juro que pondré los cinco sentidos —dijo, alzando la barbilla.

Víctor bufó sin dar crédito a la estupidez de aquel patán. Sacudió la mano en un ademán para apartar aquellas palabras y actuó como si estas nunca hubiesen sido pronunciadas. Señaló al desconocido.

—Para esa labor he contratado a don Hipólito Carvajal, aquí presente. Un eminente químico y que desde mañana mismo se hará cargo de la producción de nuestro vino fino. Además, ya sabes que yo no puedo dejarme caer por aquí tanto como quisiera, por eso don Hipólito será el nuevo encargado de la bodega.

Manuel le lanzó una mirada confusa.

—Yo soy el encargado. Esa es mi labor —balbució.

—Y la has cumplido a la perfección todos estos años, pero seamos claros, Manuel: a ti esto te queda grande. Una cosa es elaborar un vino fuerte y peleón y otra un caldo refinado como el que pretendo crear. Para eso contamos con don Hipólito, que lleva varios años trabajando en bodegas francesas y portuguesas. Vamos a centrar todos nuestros esfuerzos en elaborar un vino que compita con los franceses en el mercado internacional.

—¿Y yo qué haré a partir de ahora? —acertó a decir Manuel.

—¿Tú? Serás un trabajador más en la bodega. Aunque con ciertos privilegios, por supuesto.

Manuel salió del despacho sin ser muy consciente de haberse levantado de la silla y cruzado la puerta. Caminaba sin prestar atención a sus pasos. De un plumazo había dejado de ser don Manuel, el encargado, para ser solo Manuel, el trabajador. Salió a la calle y se sentó con la espalda apoyada en la pared mientras encendía un cigarrillo.

## Capítulo 26

### I

Marcos detuvo el tiro del mulo asiendo la correa con fuerza y el arado se frenó, levantando algún tormo de tierra. Alzó la vista y miró las ordenadas hileras de vides a su alrededor. Se secó el sudor y sin darse cuenta esbozó una sonrisa ante lo irónica que era la vida a veces. Había dejado Haro atrás porque no quería trabajar en una bodega y acababa en la otra parte del mundo haciendo justo lo mismo.

La cuadrilla de campesinos que araba la viña junto a él estaba formada por cuatro hombres más del otro lado de la frontera, juntos bregaban contra la dura tierra aquella mañana.

—Si me viera ahora Carmen —se dijo mientras volvía a azuzar el mulo que tras una débil protesta prosiguió su labor. La dura tierra se abría ante el paso del arado como queriendo mostrar sus secretos.

Llevaba casi cuatro meses trabajando en esos viñedos. Cuando pidió trabajo en ellos, a duras penas podían llamarse así. Ahora, hectáreas de vides se desplegaban ante la vista en millas a la redonda.

Desde que llegó a los Estados Unidos había ido dando tumbos de aquí para allá. El barco lo dejó en Florida una mañana de invierno. De allí, malviviendo gracias a trabajos mal pagados pero que le permitían comer, fue recorriendo aquel fascinante país, siempre de este a oeste. Conociendo una tierra que empezaba a restañar las heridas de una guerra civil que hacía un lustro había acabado, para acabar recalando en California. Una soleada porción de tierra que hasta no hacía demasiado tiempo era territorio español. Aquello fue una ventaja, dado que apenas si hablaba algo de inglés.

La muerte de Evaristo era una losa que llevaba cargada a la espalda por donde quisiera que fuera.

Para la opinión pública el asunto estuvo claro desde el primer momento: un antiguo esclavo huido y cercano a los rebeldes había matado a un poderoso terrateniente afín a España.

De regreso a La Habana, Marcos malvendió el negocio y todo cuanto poseía. Con suficiente dinero para una larga temporada se entregó a curar el dolor que asolaba su alma; y encontró en el alcohol un bálsamo que le hacía olvidar a Elena y a Evaristo.

Durante dos anestésicas semanas se pasó el día de taberna en taberna en el puerto. Una mañana se descubrió mirando al mar y resolvió que debía irse de allí. A un lugar nuevo donde su pasado no importara. Necesitaba huir de aquella ciudad, de aquella isla. Pero no se sentía con

fuerzas para regresar a España.

Puso sus ojos en las tierras que se alzaban a pocas millas frente a Cuba y al día siguiente tomó un vapor que lo llevó a los Estados Unidos.

Aquella era realmente la tierra de las oportunidades como la llamaban; nadie le interrogaba acerca de su pasado ni a nadie le interesaba de dónde venía. Los Estados Unidos era un lugar donde dejar atrás su pasado y prosperar. Una tierra nueva para él.

Al mirar atrás, a Marcos le daba la impresión de que el tiempo era un caballo veloz sobre el que había montado sin que hasta entonces tuviera necesidad de frenar. Ahora, pie en tierra, comenzaba a ser consciente de su paso.

Absorto en aquellos pensamientos le sobresaltó la voz del patrón que lo llamaba por señas desde el límite de los viñedos. Marcos echó a andar en dirección a él.

August Antov era lo que se solía entender por un hombre hecho a sí mismo. Nacido en la más absoluta miseria, había logrado ser alguien gracias a su tesón y al trabajo duro. Desde su país natal, Bulgaria, había recorrido medio mundo como comerciante de caldos franceses e italianos, antes de asentarse en el norte de California. A pesar de rozar la cincuentena se mantenía en plena forma y las canas que ya peinaba solo le otorgaban un aspecto más distinguido. Sus negocios le habían convertido en un hombre rico, pero, a pesar de ello, no perdía sus maneras sencillas e incluso un poco toscas. Sabía todo cuanto era necesario saber sobre el mundo del vino y Marcos era como una esponja que asimilaba los conocimientos del búlgaro con afán. Desde el primer momento, la relación entre ambos había ido más allá de la existente entre patrón y empleado, se tenían por amigos. Con Antov, Marcos había aprendido a amar el negocio del vino y el duro trabajo en el campo era perfecto para olvidar.

—Deja lo que estés haciendo y vente a la bodega conmigo —le dijo en un inglés tan malo como el de su empleado.

Entre ambos se había creado un fuerte vínculo de amistad. Marcos veía en él un hombre en que fijarse y al que respetaba como a un padre. Por su parte, August sintió una simpatía especial por aquel español desde el día en que le pidió trabajo.

—¿Pasa algo, patrón?

August negó mientras le palmeaba la espalda y le señalaba el camino del edificio que se alzaba al final del viñedo.

—Ven conmigo y lo sabrás —le dijo misterioso.

Marcos se encogió de hombros y siguió a su jefe.

Caminaban por entre las vides que ya verdeaban con fuerza bajo el sol del otoño.

—¿Qué tal los hombres nuevos? ¿Responden al trabajo? —quiso saber August.

El de Haro meneó la cabeza mostrando sus dudas.

—Alguno sí, pero la mayoría no sabe ni cómo se coge la herramienta.

En un país que se recuperaba aún de la guerra era difícil conseguir mano de obra, por lo que en la mayoría de los casos se buscaba al otro lado de la frontera, en México. Para Marcos aquello tenía el aliciente de poder expresarse en su idioma natal. Se manejaba en inglés, pero sabía que nunca lo consideraría su lengua.

—Es lo que hay —se lamentó August—. Además, California no lleva tiempo suficiente elaborando vino para tener gente que sepa lo que se hace.

—Dele unos pocos años. Esta región empieza a tener demasiadas bodegas —repuso Marcos.

—Es un buen sitio para labrarse un futuro —sentenció August. Hizo una breve pausa—. Si un hombre quisiera, podría casarse aquí, tener su propia familia.

—Ya le he dicho que no tengo intención ni tiempo para eso —le cortó el español.

August Antov era un hombre de familia, devoto y tradicional. Aquella no era ni la primera ni sería la última vez que sacaría aquel tema. La sencillez con la que se expresaban entre ellos sobre ese tema mostraba la familiaridad que tenían. A pesar de ello, Marcos nunca le había hablado de Elena, aquel era un asunto que solo le incumbía a él. En su fuero interno estaba convencido de que jamás volvería a amar a alguien más en su vida, por lo que casarse estaba fuera de todo pensamiento.

—No es bueno que un hombre de tu edad esté solo —prosiguió, incansable, el búlgaro.

El empleado negó con la cabeza. Aquel era un tema en el que no iba a hacer concesión alguna. Para él, Elena sería siempre el único amor de su vida.

August suspiró resignado.

—Deberías pensarlo. Sobre todo ahora, que tengo planes para ti —dejó caer de modo enigmático. El español lo miró sin saber a qué se refería. August detuvo su caminar, estaban en mitad del inmenso viñedo que se perdía en el horizonte. Alzó su cabezota hacia el cielo y habló en tono confidencial—: Hay unos asuntos en Europa que me obligan a estar ausente del valle de Napa casi un año.

Marcos se rascó la barbilla. No alcanzaba a entender hacia dónde iba aquella conversación.

—Quiero que tú dirijas la bodega mientras yo estoy ausente.

—Yo no tengo experiencia en llevar un negocio.

—Eso no es cierto —le cortó August—. Me dijiste que tuviste unas caballerizas en Cuba. Esto no es mucho más difícil que aquello.

—Pero, don August, yo solo me dedico a trabajar la tierra. No sé nada de lo demás que rodea una bodega.

August le puso las manos en los hombros para demostrar su complicidad.

—Cuando llegaste aquí buscando un jornal con el que comer eras un pobre hombre sin pasado ni futuro. Te di trabajo no porque me dieras pena, sino porque vi las posibilidades que tenías. Y me has demostrado que no me equivoqué. Eres alguien en quien se puede confiar y, por mucho que digas, a experiencia en el vino pocos te ganan. Has aprendido todo cuanto podía enseñarte y, además, ¡has nacido en una tierra que elabora vino desde hace siglos! Eso se lleva en la sangre. —Marcos sacudió la cabeza para dejar a las claras sus dudas. Un gesto que Antov no estaba dispuesto a tener en cuenta. Redobló su entusiasmo y le habló en tono cómplice—: Tenemos aquí una bodega que hacer y necesito alguien que complete esta tarea. Y solo me fío de ti. Durante mi ausencia, y a todos los efectos, serás el patrón. Solo me rendirás cuentas a mí. Es una buena oportunidad para ti. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Marcos sopesó la oferta. ¿Se veía como un viticultor? Irónicamente, había tenido que cruzar medio mundo, pero por fin apreciaba la magia que encerraba el vino. August le había contagiado su pasión por ello. Junto al búlgaro, había aprendido a amar aquello a lo que en su Rioja natal apenas prestaba atención. Aquella era una oportunidad de las que se presentan solo una vez en la vida. No podía rechazarla. Asintió.

August le palmeó la espalda con entusiasmo.

—¡Estupendo! Y ahora vamos. Inmortalicemos este instante —dijo, misterioso, antes de



retomar el camino.

Alcanzaron el edificio principal de la bodega, que aún seguía en obras. Ante sus puertas, abiertas en aquel momento, se hallaba una docena de personas. De entre el gentío Marcos distinguió a la familia de August, compuesta por su madre, su esposa y sus tres hijas, y a varios trabajadores del viñedo.

Frente a ellos había un objeto de lo más extraño. Era una caja negra de madera de tamaño mediano que estaba apoyada sobre un trípode. Una tela negra que parecía una cortina tapaba su parte trasera. En su parte frontal, que apuntaba a la bodega, asomaba una especie de tubo de color dorado. Detrás de ella un tipo de sombrero alto y poblada barba cana trataba de imponer silencio en un inglés con notable acento francés.

—Señores, vayan colocándose en su sitio —decía, haciendo grandes aspavientos.

Como si alguien hubiese activado un resorte, el gentío actuó como un solo ser y se colocó en dos ordenadas filas, la una delante de la otra. En la más cercana a la puerta, la esposa, madre e hijas de August sonreían bobaliconas. Delante de ellos el resto del personal compuso una hilera. Marcos se preguntaba qué estaba pasando allí.

August le señaló el lugar donde debía colocarse.

—Tú ponte a mi lado —dijo, ufano.

—Pero ¿qué es todo esto? —preguntó el español, situándose donde se le había dicho.

—Se llama daguerrotipo. Viene de Francia y hace retratos capturando una imagen.

—¡Vamos, August! Que estamos esperándote —le increpó la señora Antov.

El patrón se colocó en el lugar que le reservaban, se alisó el traje, se colocó bien el sombrero y levantó orgulloso el mentón.

Marcos había oído hablar de aquel invento, pero jamás había visto uno. Los que lo conocían aseguraban que plasmaba en un vidrio lo que tenía frente a él con más detalle que si se tratase de un cuadro.

El hombre del sombrero se acercó a la primera fila y sin miramientos colocó a la gente a su acomodo. Después dio dos pasos hacia atrás y juzgó la escena desde aquella distancia.

—*Très bien!* —exclamó complacido, antes de sacarse el sombrero y dárselo a su ayudante—. Ahora tienen que estar quietos un rato.

Ocultó medio cuerpo tras la tela y tras unos treinta segundos que a Marcos se le hicieron eternos salió de ella con un gesto triunfante en su rostro.

—Ya son ustedes inmortales —dijo, riendo su propia gracia.

## II

Carmenchu sabía que no podía mantener aquel secreto por más tiempo. Cada día que pasaba su estado resultaba más evidente. Acababa de salir de la academia de corte en la que estudiaba y ahora caminaba con la cabeza gacha y el pensamiento distraído. Las calles de Haro mostraban los signos de la primera nevada que cayera solo dos días atrás.

Al cruzarse con la gente se preguntaba si reparaban en su estado. Aquella misma mañana había comprobado frente al espejo que era bastante obvio, cualquiera que se fijara con detenimiento se daría cuenta al instante. No estaba demasiado gorda para estar de poco más de cuatro meses, pero no engañaría a nadie que la mirara dos veces. Amén de la tripa que empezaba a despuntar en su vientre, hasta entonces plano, sus ojos tenían un brillo que solía identificarse con las embarazadas. Pronto no tendría más remedio que vestir ropas holgadas.

Sentía verdadero pánico de dar la noticia a sus padres; sobre todo a Ángel quien desde la tarde que cayó piedra arrastraba un aire de dolor y enfado perpetuo. Y en cuanto supiese que el padre de la criatura que esperaba no era otro que Alejandro Arriola, los gritos que daría se oírían en leguas a la redonda. Por eso debía ser Carmen la primera que lo supiera. Confiaba que contar con su madre como primera confidente la ayudaría a suavizar el golpe.

No obstante, sabía de sobra que el enfado de la mujer sería de órdago; Carmenchu se las había ingeniado para hacerla creer que ella y Alejandro no se veían ya. Cuando supiese lo sucedido no iban a ser palabras de consuelo las primeras que saliesen de su boca.

Con aquellos nefastos pensamientos se dio cuenta de que estaba delante del portal de doña Mariola.

Se plantó frente al edificio y se quedó petrificada, incapaz de ascender los tres peldaños que daban al portal. Su cabeza hervía en un océano de dudas.

—Tengo que hacerlo —se dijo en voz baja para infundirse ánimos. Sin ser consciente de ello, se palpó la tripa y emitió un suspiro. Tenía que aprovechar aquellos momentos en que había conseguido reunir el valor necesario para hablar con su madre o alguna locura podía pasársele por la cabeza.

Empujó la puerta y penetró en el oscuro portal. Dejó atrás la escalera, caminando un tramo en penumbra hacia la puerta del bajo. Una sombra frente a ella la sobresaltó.

Estuvo a punto de ponerse a gritar y lo habría hecho si la mano de Alejandro no la hubiese detenido.

—Soy yo —dijo el chico en un susurro.

—¿Qué haces tú aquí?

A modo de respuesta el muchacho la empujó contra la pared y la besó con ansia.

Carmenchu hubo de esforzarse en apartarlo.

—¿Te has vuelto loco? Tu madre o la mía pueden salir en cualquier momento.

El muchacho la tomó de la mano y la condujo al pie de la escalera.

—Tenía que verte. Desde que me lo contaste hace una semana no he podido dormir y apenas si como. Quiero que sepas que nada me hace más feliz que saber que serás la madre de mi hijo.

El chico era la viva imagen del entusiasmo. Quizá más consciente al sentir de modo físico aquel bebé, Carmenchu trató de hacerle poner los pies en la tierra.

—Cuando tu padre lo sepa igual no piensas lo mismo.

El semblante de Alejandro demudó durante un instante.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

Carmenchu se arrepintió al momento de haber dudado. Lo estrechó entre sus brazos con fuerza y trató de hacerse entender. El chico se revolvió y la miró con fijeza a los ojos.

—Nada me apartará de ti y de esa criatura, si así lo quieres tú también. Ni mi familia ni la tuya. Si es necesario huiremos juntos los tres, a un lugar donde no tengamos que ocultar lo que

sentimos el uno por el otro.

A pesar de la oscuridad que los rodeaba, la chica fue consciente de que Alejandro parecía haber madurado diez años aquella semana. Lo abrazó con fuerza y lloró entre sus brazos, sintió que también él derramaba lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Estaba dispuesta a tener aquel bebé con o sin ayuda, pero saber que el chico estaba a su lado la hizo sentirse fuerte de nuevo. Si en algún momento había tenido dudas acerca de él se disiparon al momento.

—He venido a contárselo a mi madre —confesó ella cuando se serenaron.

—Se lo contaremos a tu madre y a la mía a la vez. Ella no es como mi padre. Entraremos los dos.

Carmenhu recordó la advertencia de Carmen.

—No —negó, aunque decidió guardarse sus temores para sí—. Yo sola se lo contaré a mi madre y ya veremos qué pasa con la tuya. Créeme, es lo mejor de momento. Y ahora vete. Tengo que entrar.

Con fuerzas renovadas se plantó frente a la puerta y llamó con decisión.

### III

Semanas después, la nieve había vuelto a hacer acto de presencia. Las Navidades estaban cerca y aquellos días el pueblo parecía estar más vivo que de costumbre a pesar del mal tiempo.

Carmen y su hija caminaban del brazo en dirección a la casa de la familia. La sirvienta se sentía insegura entre los charcos de nieve derretida y las peligrosas placas de hielo que aguardaban amenazadoras en las calles. Hubo un tiempo en que descendía aquellas callejuelas y plazas sin prestar atención a donde pisaba.

—Déjame que sea yo quien se lo diga —insistió, por tercera vez desde que salieran a la calle.

Carmenhu asintió. Aunque parecía segura, por dentro era un manojo de nervios. Su madre volvió a manifestar sus dudas con respecto a aquello.

—Sigo diciendo que deberíamos esperar a que terminaran las Navidades, por lo menos tengamos las fiestas en paz —dijo.

Carmenhu estaba de acuerdo con aquella opinión, pero echándose un vistazo no podía evitar pensar que no era lo más sensato.

—Si padre se fijara en mí, y sin estas ropas amplias, vería al instante que estoy embarazada. No sé cómo no ha caído en la cuenta aún.

—Pues por la misma razón por la que no ve nada de verdad desde hace meses. Esa bodega le tiene sorbido el seso.

La piedra caída en verano había malogrado la práctica totalidad de la cosecha. Ángel seguía siendo el encargado de la bodega y esta seguía abierta, pero todo estaba en el aire. Gustave había ido de urgencia a reunirse con sus patrones en Francia para tratar de garantizar el futuro de la bodega. Aquel negocio parecía estar al límite de su existencia sin haber comenzado a andar.

Se detuvieron frente a la casa.

Antes de entrar al portal, Carmenchu se persignó con más desesperación que fe. Su madre la observó tratando de recordar si alguna vez la había visto hacer aquel gesto.

Hacía frío en el piso y la primera tarea en la que se afanaron madre e hija fue en encender la lumbre. Cuando esta crepitaba alegremente se arrebujaron frente a la pequeña cocina económica. El viento frío que traía ecos de nieve las había dejado heladas. Era reconfortante el calor que provenía del hogar. Tanto que por un instante Carmenchu olvidó la razón por la que estaba allí.

Al poco, un ruido en la puerta anunció que Ángel acababa de llegar. Carmenchu lanzó una honda mirada de preocupación a su madre. Esta la tomó de la mano para infundirle ánimos.

La cabeza aún cubierta con bufanda asomó en la puerta.

—¿Qué hacéis las dos ahí sentadas? —dijo, sorprendido, mientras se sacaba la ropa de abrigo y se arrimaba a la lumbre.

Ángel tenía un aspecto cansado. En su rostro se veían con claridad los efectos de la presión de la bodega. Unas ojeras oscuras y profundas delataban lo poco que dormía. Además, mostraba una descuidada barba de varios días. Un hecho insólito, ya que desde siempre había mantenido un afán que rayaba en la obsesión por el afeitado diario.

—Siéntate —le indicó Carmen.

La seriedad de la mujer le hizo ponerse en guardia.

—¿Ha sucedido algo? ¿Es tu hermano Marcos? ¿Le ha pasado algo?

Desde una lejana carta en la que su hermano les decía que estaba bien y trabajando en los Estados Unidos, no habían vuelto a tener noticias de él. La preocupación de Ángel al ver a las dos mujeres con semblante grave estaba más que justificada.

—No —negó Carmen, volviendo a indicarle que se sentara a su lado.

Aquello, lejos de tranquilizarlo, lo puso aún más nervioso.

El silencio se hizo en la pequeña cocina. La leña crepitaba en el hogar mientras las dos mujeres compartían una mirada que les infundiera fuerza.

—¿Me queréis decir qué es lo que pasa? —Se impacientó el hombre.

Saltándose lo hablado con su madre, una compungida Carmenchu sacó fuerzas desde lo más hondo de su ser y puesta en pie se dispuso a dar la noticia a su padre. Sentía que pasase lo que pasase tenía que ser ella y nadie más quien le contase lo sucedido.

—Estoy embarazada, padre —sollozó.

Su voz era un débil hilillo de voz que parecía a punto de quebrarse en cualquier momento.

Ángel parpadeó confuso unos instantes. Su mirada fue alternativamente de una a otra mujer sin llegar a entender del todo aquella información.

¡Carmenchu estaba esperando un niño! Si hasta hacía bien poco aún jugaba con muñecas, acertó a pensar.

Una recua de preguntas salió atropellada de su garganta.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Tú has...? ¿Quién es el padre?

Carmenchu recabó la ayuda de su madre agarrándole la mano con fuerza.

—Alejandro Arriola. Él es el padre.

Durante casi un largo minuto nadie dijo nada en la pequeña cocina. La madera ardía con fuerza en el hogar, rellenando con su chasquear el pesado silencio. Finalmente, el hombre se levantó y miró a su hija con expresión de inmensa decepción.

—No esperaba eso de ti —fue todo cuanto dijo.

Aquellas cinco palabras fueron más dolorosas que cualquier otra cosa para Carmenchu.

Desde que naciera, ella había sido la niña de sus ojos. Por encima de su hermano gemelo, sentía verdadera devoción por su hija. Se le llenaba la boca cuando en la bodega le decía a todo el mundo que la niña estaba aprendiendo a leer y escribir. Ella estaba destinada a ser algo más que sus padres.

Se levantó y con semblante ceñudo salió de la cocina. Instantes después la puerta de la calle se cerró con estrepito.

—Se le pasará —trató de consolarla su madre.

Ya a solas, madre e hija volvieron a sentarse frente a la cocina y no se movieron de allí hasta que la lumbre estuvo ya amortecida y era una débil llama que apenas iluminaba la estancia. En algún momento se quedaron dormidas, la una apoyada en el hombro de la otra.

Al despertar, la madrugada estaba bien entrada, pero ninguna de las dos mujeres quería acostarse. Tampoco Ángel había regresado. Carmen estaba segura de que su marido no volvería, pasaría la noche en la bodega.

La mujer se levantó y echó un par de troncos al hogar. Después se dispuso a preparar un café. Al rato se sentó a la mesa junto a dos tazas humeantes.

—Tengo el estómago cerrado, madre —se quejó Carmenchu.

Carmen hizo un gesto que no admitía oposición alguna y su hija dio un resignado sorbo de la taza.

También ella se llevó la taza de loza a los labios. Cuando la dejó, con las manos entrelazadas al recipiente, su voz era resuelta y decidida.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer —dijo—. Esto es un pueblo y no estaría bien que te dejases ver en tu estado, pero tampoco puedes estar encerrada aquí hasta el parto. Lo mejor es que te vayas a Bilbao o algún sitio cercano hasta que nazca la criatura y después regreses.

Carmenchu escuchó a su madre con paciencia. Sabía que la mujer decía todo aquello porque quería lo mejor para ella, pero ya tenía un plan.

—Se lo agradezco, pero Alejandro está conmigo en esto. Buscaremos un sitio donde vivir en cuanto podamos y yo trabajaré de costurera hasta que venga el bebé. Después, Dios dirá.

Carmen le puso las manos en los hombros para cortarla.

—Los hombres dicen mucho y hacen poco. Lo que ese chico te dijo fue fruto del momento, en cuanto pueda pensar en ello es muy posible que se dé cuenta de que todo esto es una locura. Una locura que tú has de pasar, pero de la que él no tiene que participar si no quiere.

—¡Pero nos queremos!

—Y no lo dudo, pero una cosa es quererse y otra estar juntos con la carga de una criatura. Además, ¿has pensado en la vida que le espera? Aquí es el heredero de una fortuna, si se va contigo será un don nadie. No es justo que le hagas pasar por eso.

Carmenchu rompió a llorar desconsolada. Su madre la estrechó entre sus brazos y le acarició el cabello como hiciera tantas veces cuando era niña.

—Tú solo date unos días para pensar qué harás. Ahora no estás sola, también está él o ella —dijo Carmen, señalando la incipiente tripa—. Tienes que hacer lo que sea mejor para los dos, porque estáis solos. Por mucho que ahora te duela, solo estás tú y la criatura que crece en tu vientre. Necesitas pensar con calma. Por los dos.

Carmenchu se secó las lágrimas con el anverso de la mano. La ternura con que su madre la hablaba le llegó al alma.

Asintió, aun sin saber si estaba de acuerdo con lo que le pedía o si podía cumplirlo llegado el momento, pero consciente de que era lo mejor para todos.

## IV

Pese a haberlo hablado con Carmenchu, Alejandro sentía que tenía que dar la noticia del embarazo a su madre. Obligado a vivir con Víctor y su abuela Inés en un palacete en el que se sentía como un extraño, ella era la única parte de su familia con la que encajaba de algún modo. No podía mantenerla al margen de aquello. El muchacho estaba convencido de que se trataba de una buena nueva y como tal quería compartirla con Mariola. Al día siguiente se fue a verla nada más salir de la bodega y le contó lo sucedido.

Cuando las palabras terminaron de salir de la boca del muchacho, Mariola se quedó plantada en la misma postura en la que había escuchado pacientemente. Sentada en el sillón del centro del salón trataba de entender lo que su hijo le acababa de contar.

Después carraspeó ligeramente y volvió a sus labores como si nada hubiese sucedido.

Un atónito Alejandro la vio regresar a su bastidor sin saber muy bien qué hacer.

—¿Es que no va a decir nada?

La mujer levantó la vista del bordado con parsimonia y lo miró como si el chico hubiese aparecido por ensalmo ante sus ojos.

—¿Habéis pensado qué vais a hacer? Hay remedios para ese problema.

—Vamos a casarnos —dijo ufano el muchacho.

Mariola lo habría abofeteado de no haberse obligado a no hacerlo. Ni cuando Víctor perdió la pierna y la trataba como a una basura había sentido tantas ganas de abofetear a alguien como las que sentía ahora.

—¿Casaros? ¿Crees que tu padre estará de acuerdo con eso?

El muchacho elevó el mentón con toda la dignidad de la que era capaz.

—No me importa lo que padre tenga que decir al respecto. Carmenchu y yo nos queremos y eso es todo cuanto importa.

—Ya veo —se limitó a decir la mujer—. Y, si os casáis, ¿de qué viviréis?

—Trabajaré de lo que sea.

—¿Renunciarías a tu herencia por esa chica?

—Sin dudar. No me importa nada el dinero de padre —sentenció el chico.

Durante unos segundos nadie dijo nada en el salón. El sonido rítmico del reloj de pie era cuanto se escuchaba.

Mariola regresó al bastidor. Con la vista fija en él, lanzó una pregunta que le bullía en la cabeza.

—¿Y ya estás seguro de que es hijo tuyo?

—Madre, ¿cómo puede pensar eso de Carmenchu? —exclamó ofendido el chico.

Mariola se encogió de hombros.

—Yo solo digo que esa chica y tú os veis poco y el niño bien podría ser de otro. Muchas mujeres harían cosas mucho peores por poner sus manos en la fortuna de tu padre.

Alejandro se levantó irritado de la butaca.

—¿Esa chica? Esa chica se llama Carmenchu y me quiere. Ese bebé es mío. No tengo duda al respecto. Creía que precisamente usted lo entendería y no sería como padre.

Su madre se limitó a mirarlo mientras esbozaba un gesto de disculpa. Estaba claro que si quería hacerlo entrar en razón necesitaba otra estrategia.

—No pretendía faltarle al respeto a Carmenchu. Bien sabes que la aprecio y pocas costureras saben su oficio tan bien como ella. Pero deja que sea yo quien le dé la noticia a tu padre. Yo sabré manejarlo.

Alejandro aún la miraba con el ceño fruncido y los puños apretados. Sin embargo, se serenó y volvió a sentarse en el sillón, retomando su aspecto pacífico.

—De acuerdo —dijo—. Pero no vuelva a insinuar jamás algo tan asqueroso como eso.

Mariola dio la callada por respuesta, pero en su cabeza comenzó a pergeñar un plan para impedir que su hijo cometiera el mayor error de su vida. Una parte de ella le decía que era mejor dejar que Alejandro siguiera su corazón, pero acalló aquella voz e ideó el modo de acabar con aquella locura. Había aguantado todos aquellos años de matrimonio con Víctor solo por su hijo. Para que él fuese el heredero de la inmensa fortuna de la familia. No iba a dejar que ahora Alejandro tirara su futuro por un capricho.

—Lo que lamento es que no podré ayudarte económicamente —dijo sin apartar la vista del bastidor.

Su hijo la miró de hito en hito.

—No le estoy pidiendo dinero, madre.

De improviso la mujer estalló en lágrimas. El muchacho se hincó de rodillas junto a ella y la tomó de la mano.

—¿Qué es lo que le pasa? —dijo alarmado.

Mariola hubo de contener los hipidos para poder hacerse entender.

—Desde hace meses tu padre me mantiene. Él se hace cargo de todos mis gastos.

—Pero yo creía que tenía el dinero que le dejó la abuela Matilde —balbució Alejandro.

El chico la miraba sin saber qué decir.

—No te preocupes —sentenció Mariola mientras se secaba las lágrimas con la ayuda de un pañuelo—. Es cosa mía. Tu padre se hará cargo de todo. Puede ser como es, pero para él la familia es lo primero.

El chico hizo caso del consejo. Ya tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Las siguientes semanas Carmenchu apenas salía de la casa de sus padres, donde Ángel no la miraba y las palabras que intercambiaba con ella no iban más allá de monosílabos. De no ser por el apoyo de su madre no sabía qué podría haber llegado a hacer.

Por su parte, Alejandro creía estar a punto de enloquecer. No sabía dónde estaba su amor y aquella ausencia alimentaba sus miedos. En sus peores temores imaginaba que se había ausentado para dejarlo o incluso para solventar el asunto del embarazo de un modo expeditivo. Debía averiguar dónde estaba Carmenchu y estaba seguro de que su madre la llevaría hasta ella.

Empecinado, decidió plantarse desde buena mañana frente a la casa de su amada y aguardó hasta ver salir a Carmen.

—Sé que usted sabe dónde está Carmenchu —le espetó a la mujer nada más verla salir del portal.

Faltaban dos días para Nochebuena y la helada caída durante la noche había teñido de blanco los tejados y calles. Carmen trató de continuar su camino sin prestar atención a las palabras del chico. Pero este se le puso delante cerrándole el paso.

—Dígale que se reúna conmigo, se lo ruego. Dígale que si no quiere verme, mi vida ya no me sirve para nada porque yo sin ella no soy nadie...

La mujer se lo quedó mirando con expresión perpleja. El chico parecía al borde del llanto. ¿Era posible que aquel fuese un amor real y no el capricho de dos niños?

—Váyase de aquí, señorito. Si por casualidad lo llega a ver Ángel, no quiero pensar qué podría suceder —se obligó a decir la mujer.

El chico no cedió. Durante un terrible segundo dio la impresión de que incluso iba a ponerse de rodillas para suplicar.

—Se lo ruego. Déjeme verla cinco minutos. Es el tiempo que necesito para decirle lo que tengo que decirle.

Carmen se apiadó del chico.

—Venga a las once de la mañana a los soportales de la plaza —dijo de modo casi telegráfico.

Alejandro estalló en lágrimas de júbilo. Tomó la mano de la mujer y la besó como si fuese la reliquia de la santa más querida del mundo.

—Allí estaré —acertó a decir, antes de irse calle arriba a toda velocidad.

A la hora señalada, un circunspecto Alejandro aguardaba bajo los soportales del ayuntamiento. Una ligera llovizna que traía algo de aguanieve los acompañaba.

La silueta de Carmenchu llegó refugiada bajo una capa de la tenue pero pertinaz lluvia.

—¿Por qué no has querido verme estos días? —le soltó él nada más verla saliendo a su encuentro.

La joven venía acompañada de su madre, quien ante esas palabras decidió cortar por lo sano.

—Tenéis cinco minutos —sentenció con severidad.

El chico entendió que Carmen hablaba en serio. No podía perder el valioso y poco tiempo que se les concedía con reproches.

—De acuerdo, pero déjenos usted ese tiempo a solas.

La primera intención de Carmen fue la de negarse, pero algo en el rostro de su hija le hizo pensarlo dos veces. Aunque refunfuñando, la mujer se alejó unos pasos, poniéndose a cubierto del pésimo tiempo.

Alejandro y Carmenchu echaron a andar bajo los soportales. Él le ofreció su brazo con



galantería.

—Cuanto antes se acostumbren a vernos juntos mejor —dijo el chico, mirando desafiante a su alrededor.

Ella lo miró reticente durante un instante. No podía negarse a aquel gesto, primero porque habría sido una descortesía, pero sobre todo porque nada añoraba más que tocarlo. Finalmente aceptó y salieron a la plaza, como si la fina lluvia que caía no fuese con ellos.

La cercanía de las Navidades hacía que a pesar del mal tiempo aquella mañana el mercado estuviese más concurrido que de costumbre. Un considerable gentío se apiñaba en los puestos buscando cardo, borraja y otras verduras de temporada con que aderezar la cenas esas fechas señaladas.

La pareja caminaba sin prisa, dejando a su paso una retahíla de comentarios en voz baja.

Carmenchu le puso al día respecto a su situación.

—Mi padre apenas me habla, pero parece que con el paso de los días acepta lo que ha sucedido.

El chico escuchaba aquello con un gesto de gravedad pintado en su rostro.

—Deberías habérmelo contado, pensaba lo peor. Que te habías ido o que estabas abortando.

La chica negó con vehemencia, casi con violencia.

—No tienes derecho a acusarme de esas cosas.

—Lo sé... Perdóname, es que lejos de ti enloquezco.

Llegados al otro extremo de la plaza decidieron dar la vuelta y regresar por el lado opuesto. Carmenchu decidió detallarle los pasos que iba a dar.

—A primeros de año me iré a Bilbao. No puedo quedarme aquí. Mi madre conoce a una señora que me dará techo y podré seguir trabajando de modista hasta que el niño nazca.

El semblante de Alejandro demudó ante aquellas palabras.

—¿Que te vas? ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo?

La chica hundió la cabeza en el pecho. Llevaba días pensando en cómo responder a aquella pregunta. En primera instancia, el chico le había jurado estar con ella pasase lo que pasase, pero ella no estaba dispuesta a obligarlo a hacer nada que no quisiese por voluntad propia. Le habló con un hilo de voz.

—Lo que dijiste en el portal de doña Mariola parece que fue hace siglos y yo no voy a obligarte a nada. Tu sitio está aquí y quiero que sepas que lo entiendo.

El chico se detuvo y la miró con gravedad.

—Mi sitio está donde vosotros dos estéis —dijo con firmeza—. Si tú te vas a Bilbao, yo me iré contigo.

Ella tuvo que vencer la tentación de arrojarse a sus brazos y besarlo. Sacando fuerzas desde lo más hondo le habló con tono severo. Tratando con ello de imponer la distancia que necesitaba para hacer que él eligiese con libertad.

—El 2 de enero parte una diligencia hacia Bilbao, a las siete de la mañana. Si estás en ella sabré que formas parte de mi vida; si no, entenderé el mensaje. Hasta entonces no nos veremos, será lo mejor para todos.

—Allí estaré. Lo prometo por ti y por nuestro hijo.

## Capítulo 27

### I

Marcos echó un vistazo cargado de orgullo a su alrededor. La bodega de August Antov era una realidad. Tras meses de duro trabajo y superar lo que parecían miles de obstáculos, estaba en marcha. Aún faltaba tiempo para obtener la primera cosecha, pero las vides lucían hermosas.

Las cepas eran importadas de Francia, de una región libre de la plaga de filoxera, y prometían un tipo de uva que permitiría la elaboración de un vino parecido a los caldos finos europeos. Aquel era el primer paso en esa dirección que se daba en la región.

El valle de Napa era un lugar idóneo para la elaboración de vino. Sus suaves pendientes y su clima mediterráneo resultaban perfectos para las vides. Tal y como August había augurado, por toda la región se empezaban a asentar numerosas bodegas. A ese ritmo, estaba seguro de que el vaticinio del búlgaro de un valle dedicado en pleno al vino sería una realidad en poco tiempo.

Se plantó en mitad del viñedo y sonrió complacido. A su lado, el búlgaro hizo otro tanto.

—¡Excelente, Marcos! ¡Excelente! —exclamó, y le dio un golpe cariñoso en el hombro.

Ambos hombres recorrieron el camino de vuelta a la bodega. Era un edificio enorme, aunque algo tosco, que había sido construido a toda prisa por jornaleros mejicanos sobre los cimientos de un antiguo aserradero. No obstante, aún estaba sin concluir y se veía una incesante actividad por todas partes. Ahora que aún faltaban unos meses para que las vides dieran sus primeros frutos era todo el trabajo que podía hacerse.

El español vivía allí mismo. Desde hacía tan solo unas semanas en una pequeña habitación de la bodega a tal efecto. Hasta entonces pernoctaba en una pequeña y destartalada casucha no muy diferente del barracón del resto de los trabajadores.

—En peores sitios he dormido —respondía cuando alguien le recordaba que el capataz merecía un lugar mejor donde descansar tras un largo día de trabajo. Y no mentía.

Él y August se sentaron en el porche delantero del edificio para tomar un café que les sirvió uno de los trabajadores. La mañana estaba despejada y cálida. El tiempo normal en aquella región durante todo el año.

—Has hecho un gran trabajo —le felicitó el búlgaro.

Marcos se permitió un breve destello de orgullo. Su labor para crear la bodega desde prácticamente la nada había sido encomiable. Durante aquellos meses se levantaba el primero y se acostaba el último. Lo mismo se encargaba de poner tablones o encalar una pared en el edificio que plantaba las cepas recién traídas de Francia. No hubo una tarea que no realizase si con ello

conseguía ganar tiempo.

—Nuestro sudor nos ha costado.

Con esas palabras quiso reconocer el mérito de los trabajadores del otro lado de la frontera, que eran tan responsables de aquel éxito como él mismo.

Sobre la mesita descansaba la pila de diarios que cada mañana leía August. Una costumbre que, como siempre decía, le permitía estar más informado que sus competidores. Aquel hábito había arraigado en el de Haro y también él dedicaba una hora al día a estar informado siempre que podía.

La guerra entre los rebeldes cubanos y España seguía estancada y August le tendió un diario en el que un amplio artículo hablaba de ello y de las repercusiones económicas de aquello en el panorama mundial. Marcos sabía de sobra que su patrón lo hacía más por comprobar sus progresos con el inglés que por la información en sí.

Aun así, le echó un breve vistazo, para después depositar el diario junto al resto sin decir nada.

—Los rebeldes van perdiendo —le informó August—. Los españoles se afianzan en el este de la isla, milla a milla.

Marcos se encogió de hombros. Aunque su simpatía seguía estando con los insurgentes, hacía tiempo que aquel asunto le importaba poco.

—Si esta revuelta no vence lo hará otra. Toda América se ha librado de ser una colonia más tarde o temprano, Cuba no va a ser una excepción.

—Dios te oiga y todo acabe pronto en uno u otro sentido. Al final, es el pueblo el que paga con sangre siempre —dijo el búlgaro, alzando su taza de café al cielo—. Pero dejemos de hablar de la maldita guerra. Imagino que en mi ausencia no has tenido oportunidad de conocer alguna dama a la que conviertas en tu esposa. —El español chascó la lengua a modo de queja, pero August insistió en el tema—: En cuanto la bodega comience a funcionar serás alguien, no puedes permitirte estar soltero a tu edad.

—No tengo intención de pasar por el altar. Te lo he dicho un millón de veces —interrumpió el español.

Antov se inclinó sobre la mesa, listo a dar una lección que él creía vital.

—Si Dios hubiese querido que estuviésemos solos, no habría creado a las mujeres. Un hombre solo y una mujer sola no son sino polvo que se escurre entre los dedos. ¡Un desperdicio de vida!

La vehemencia del búlgaro era tal que Marcos decidió que no podía pasar un día más sin que le contara sus razones para no comprometerse con ninguna mujer. El búlgaro era para él casi como un padre y le confiaba prácticamente todos sus secretos, sin embargo, aquella fue la primera vez que le habló de Elena. Mientras lo hacía sintió una liberación y al concluir se sintió alegre de haber compartido aquella carga con alguien.

—Por eso no me casaré nunca. Sé que actúas de buena fe, pero no quiero conocer a nadie.

El búlgaro meneó la cabeza para mostrar su disconformidad.

—Entiendo tu dolor y lo respeto, pero no puedes pasar tu vida añorando aquello que no tienes. No se debe vivir en el pasado, Marcos.

—Quizás algún día —concedió—. Pero ya que eres un hombre tan familiar estoy seguro de que entenderás la petición que voy a hacerte.

Con un ademán de muñeca August le conminó a seguir. El riojano se retrepó en su silla antes

de hablar.

—Quiero regresar a España unos meses. Quiero ver a mis hermanos. Estaré de regreso antes de que este sitio me necesite veinticuatro horas al día —dijo, abarcando con su brazo los viñedos circundantes.

—¡Por supuesto! La familia es lo más importante en esta vida. Sé que mantienes correspondencia con ellos, pero te confieso que en ocasiones he llegado a creer que algo turbio en España te impedía regresar.

El español sonrió ante aquellas palabras.

—Sabes que no te lo pediría si no fuese importante. Siento que debo regresar a mis raíces al menos una última vez.

—Pondré alguien al cargo mientras estás fuera y si necesitas algo más para el viaje solo has de pedirlo. ¿Cuándo tienes intención de partir?

—A finales de mes. De ese modo estaré en La Rioja para el verano y me quedaré hasta después de la vendimia. ¿Quién sabe? Quizá venga con ideas nuevas que poner en práctica aquí.

—Entonces que así sea. Sobreviviremos una temporada sin ti —bromeó.

## II

Unos días antes de Navidades Víctor Arriola se instaló junto a su hijo y su madre en la nueva finca extramuros de Haro. La hacienda constaba de varias hectáreas dedicadas a viñedos y numerosos edificios que formaban una magnífica bodega. En uno de los muros que flanqueaban la entrada principal se había instalado un gran cartel de madera en el que se leía: «Viñedos Señorío de Arriola». Tras dejar atrás un camino bordeado de cedros se accedía al edificio principal: una impresionante mansión que era la envidia de toda la región. Su deseo por poseer la bodega más importante de La Rioja era ya una realidad; además, su candidatura a Cortes Generales se haría pública en pocos días.

Era el día de Año Nuevo y en la nueva mansión de los Arriola el servicio se preparaba para el acontecimiento que se iba a desarrollar allí. Desde antes del alba, cocineras y criadas se afanaban en sus labores. Había catorce invitados a una comida de gala a la que estaba invitada la flor y nata de la región. Poco después de la hora del desayuno, en el saloncito principal, una furiosa Inés se enfrentaba a su hijo al saber cómo había llevado el tema del bastardo de Miguel Arriola.

—No tenías que haberle dado un solo real a esa fulana —graznó la mujer.

Víctor tomó todo el aire que pudo antes de responder. De no controlarse era capaz de decir algo de lo que se arrepintiera. No obstante, empezaba a estar cansado de tener que justificar su proceder.

—Ya se lo he explicado, madre. No puedo permitirme un escándalo justo ahora que voy a ser candidato a diputado.

—¿Y crees que dándole dinero harás que esto se acabe? ¿Qué crees que hará cuando se quede sin él? Volverá a amenazarte con ello. ¡Eso es lo que hará ese parásito!

Al alcalde no se le escapaba aquel detalle. El propio Alfonso se lo había advertido. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si Elisenda o el bastardo volvían a inmiscuirse en su vida ya actuaría en consecuencia llegado el momento.

—Es todo lo que se podía hacer —se ratificó.

—Y ese condenado abogado actuando a mis espaldas —se quejó la mujer.

—Alfonso solo hizo lo que yo le ordené.

—Nadie me tiene en cuenta ya. Solo soy una vieja inútil...

Víctor alzó la voz tratando con ello de imponer su parecer a Inés.

—Hice lo que debía hacer y no se hable más de ello. Y ahora deje ese tema. Hoy viene a la mansión gente importante y hay mucho que hacer todavía —dijo, como si limpiar la plata o adecentar el salón fuese cosa suya.

Inés lanzó una agria mirada a su hijo y durante una décima de segundo estuvo tentada de responderle. Pero se refrenó y sus ojos volvieron al bordado que tenía entre manos.

—¿Asistirá Mariola a la comida? —inquirió, tras unos segundos de silencio.

Su voz era calmada y serena, pero Víctor intuía que aquella conversación estaba cargada de veneno.

—Asistirá, como es su obligación —se limitó a responder de mal humor.

Tras unos segundos en los que nadie dijo nada, Inés volvió a la carga.

—Y mañana se irá, claro está.

—Mi esposa y yo tenemos un acuerdo...

—Su lugar está aquí, en esta casa, con su familia.

Víctor golpeó la mesa en un arranque de ira.

—¡Eso a usted no le incumbe!

La mujer respondió con una calma tal que parecía que aquello no fuese con ella.

—Yo solo digo que Mariola es tu mujer y como tal habría de hacer lo que tú le digas.

—¿Y cree que no lo he intentado?

—A mí me quedan pocos años y me gustaría irme sabiendo que tienes una familia como Dios manda —dijo Inés, en un tono que pasaba por sincero.

Víctor se quedó con la palabra a medias en la garganta. Sentía el impulso de contestar a su madre como merecía, pero resolvió no entrar al trapo.

Se levantó y la señaló con un dedo admonitorio.

—Usted límitese a arreglarse para la comida y déjese de todo lo demás.

Malhumorado, consultó su reloj de bolsillo y salió del salón dando un sonoro portazo que retumbó en la mansión.

Inés trató de retomar la labor en la que trabajaba antes de ser interrumpida. Sin embargo, desistió. La discusión con Víctor la había ofuscado y no era capaz de centrar su atención en el bordado.

Su hijo ya no era el chico dócil que la escuchaba cuando lo aconsejaba. Ahora volaba lejos de ella y no la tenía en cuenta.

Desde hacía años sabía que tenía alguna querida fuera del pueblo y pasaba con ella varios días. Lo entendía. Un hombre tenía sus necesidades, pero la irritaba el modo en que la había dejado de lado. Además, estaba la condenada política. Desde el momento en que Víctor había entrado en ella se transformó en otro hombre.

Después de lo que había hecho por él.

Y lo peor era que poco podía hacer en su situación, salvo aceptar que su tiempo había pasado. La juventud se alejaba de Inés de Muruaga y el espejo le devolvía un aspecto que detestaba.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer que conformarse con su papel secundario?

Enrabiada, lanzó el bastidor al suelo y a grandes zancadas salió de la estancia.

### III

En la fresca mañana, Haro era una mancha borrosa en la distancia. Alejandro Arriola salió de la mansión familiar a buen ritmo. Pensaba aprovechar el trajín de los preparativos de la comida de Año Nuevo para alejarse cuanto pudiese de aquel horrible sitio.

De camino a las cuadras su cabeza bullía. Ni siquiera la baja temperatura parecía afectarle y caminaba encogido y sin mirar a nada en concreto. Esos días necesitaba, más que nunca, cabalgar, apartarse de todo. Solo a lomos de Princesa sentía una pizca de alivio.

Pensaba en Carmenchu y en el hijo de ambos que crecía en sus entrañas. El destino se empeñaba en actuar contra ellos y su amor de modo cruel, se lamentaba una y otra vez. A pesar de todo, juntos vencerían a ese terrible destino.

No. No era el destino, se corrigió. Era su padre quien se interponía entre él y el amor de Carmenchu. Entre él y su familia.

La impresionante finca de los Arriola estaba en calma. Enero era un mes en el que las vides reclamaban poca atención y al ser Año Nuevo no había jornaleros en la finca. Aun así, tomó todas<sup>1</sup> las precauciones para no toparse con nadie. Esos días le parecía que todo el mundo le era ajeno. Hasta que se marchara al día siguiente, quería tener el menor contacto posible con los demás. De haber podido tampoco habría asistido a la estúpida comida que daba su padre, pero debía de mantener las formas, al menos hasta que tomara la diligencia a Bilbao junto a Mariola.

El diseño de su padre estaba inspirado en los *châteaux* franceses y había sido llevado a cabo de modo magistral por el arquitecto madrileño que Víctor contratara. La finca era un gran complejo dedicado a elaborar caldos y diseñado para mantener a la familia pareja a su negocio. El apellido Arriola estaba ligado ya para siempre al vino.

Pero a él se le había presentado la disyuntiva de elegir entre el vino y su amor, y elegía lo segundo. Sentía un inmenso regocijo al pensar que aquellas eran las últimas horas que pasaría en aquella condenada mansión.

—¿De verdad creías que no me enteraría?

Víctor Arriola estaba plantado junto a la puerta de entrada a las caballerizas. Tenía el rictus severo y las manos en jarras. Sus ojos destilaban una rabia contenida, un irritante control que incluso se intuía en su voz y resultaba peor que si hubiera perdido los nervios.

El joven no supo qué decir. Se quedó en silencio observando a su padre. Un ligero dolor le asaltó en el estómago y luchó por contenerlo. No iba a dar a Víctor la satisfacción de tenerle miedo. No otra vez.

—Si querías entretenerte podías haber tenido a cualquiera del pueblo. Todas se habrían abierto de piernas para mi hijo, sin dudarle. Pero precisamente de todas has elegido a la hija de Ángel Zaldiverna.

—Ella no es cualquiera.

—¡Es la hija de un campesino! ¡Una vulgar zorra!

—¡No se atreva a volver a insultarla! —Alejandro avanzó con decisión y se quedó a un palmo de su padre. La seguridad de aquella acción hizo dudar a Víctor durante una décima de segundo. Apenas un hecho insignificante, pero que dio alas al chico—. Me alegro de que ya lo sepa —dijo crecido—, así no tendrá que enterarse por otros de que me he ido con ella.

El alcalde de Haro lo miró de hito en hito.

—¿Irte? Pero ¿es que piensas hacerte cargo de ese hijo? ¿De un bastardo? ¡Tú has perdido el juicio!

Aquello era suficiente para Alejandro. Hubo de esforzarse para no golpear a su padre. Aun así, dio otro paso hacia él. Ahora sus rostros estaban tan cerca que menos de una cuarta los separaba. Por primera vez, Víctor vio en los ojos de su hijo verdadera decisión. Instintivamente se echó hacia atrás. Alejandro le lanzó una última mirada desafiante. Después giró sobre sus talones y una sonrisa iluminó su rostro. Se alegraba de que aquello terminara de ese modo y en aquel momento. Ya no tendría que fingir más.

—Si te vas con ella puedes considerarte desheredado. No verás un real de mi dinero.

Pero aquellas palabras, lejos de hacerle dudar, envalentonaron a Alejandro. Por él, podía irse al infierno todo el oro del mundo. Elegía el amor.

Víctor no sabía interpretar aquel comportamiento. ¿Cómo podía renunciar a su fortuna por el amor de una costurera?

—Parece que esta familia no te importa nada. ¿Tampoco tu madre?

Alejandro se detuvo justo cuando estaba a punto de entrar a las cuadras. Se quedó clavado con la mano apoyada en la puerta.

—Ella está de mi lado —dijo.

Víctor retomó su discurso, sabedor de que sus palabras harían mella en su hijo.

—Creo que sabes que desde hace meses ha perdido cuanto tiene. Yo la mantengo. Pongo comida en su plato y pago la casa. Si te vas, juro que dejaré de hacerlo. Puedes estar seguro de que no moveré un dedo por ella.

El muchacho giró sobre su eje y miró con fijeza a su padre.

—¿Se atreve a amenazarme con eso? ¿Sería capaz de dejar en la calle a su propia esposa?

Víctor se tiró de las solapas de la levita en un mohín cargado de orgullo y soberbia.

—No voy a dejar que destruyas a esta familia. Ponme a prueba y verás de qué soy capaz.

Aquello concluyó la conversación. Alejandro sabía que su padre jamás amenazaba en balde.

Abrió la puerta y entró a las cuadras sin pronunciar palabra. Su cabeza era un mar de dudas en el que se desataba una tempestad entre corazón y cabeza.

No podía romper su promesa a Carmenchu. Ni podía ni quería. Todo cuanto anhelaba era estar con ella y con su futuro hijo. Pero sabía que Víctor cumpliría su amenaza. No podía hacerle eso a su madre.

De modo automático avió a Princesa y la ensilló. Salió a lomos de ella y dejó atrás la finca.

Pasó toda la mañana lejos de todo. Recorriendo caminos y veredas sin ser consciente de

dónde se hallaba. Sus pensamientos giraban enloquecidos en un torbellino de dudas y miedos, mientras la yegua trotaba por instinto, sin detenerse.

Poco antes del mediodía se plantó frente a la casa de Mariola. Ella misma le abrió la puerta.

Le costó cerca de una hora redactar la carta. La dobló sintiendo que con ello sellaba su destino.

En sus líneas se había esforzado por hacer entender a Carmenchu las razones de no presentarse en la diligencia al día siguiente. Le pedía paciencia y le juraba por todo lo que era sagrado que un día no lejano se reuniría con ella. Pero, de momento, no podía cumplir su promesa. Le explicaba que, si no actuaba así, su madre pagaría por ello y no podía empezar una vida con aquel peso en su conciencia.

—Hágasela llegar a Carmenchu —le dijo a su madre, tendiéndole el sobre.

Mariola la guardó entre sus ropas.

Aquellas letras jamás llegarían a su destinataria.

Alejandro regresó a la mansión de la familia. A partir de ese momento, se resignaría a su destino y lo abrazaría con dolor, pero también cargado de esperanza por volver a ver a Carmenchu y a su hijo en cuanto pudiera.

## IV

Al día siguiente, Carmenchu estaba cada vez más nerviosa ante la inminencia de la partida de la diligencia. A cada segundo, la certeza de que Alejandro faltaría a su promesa se iba clavando en su corazón con crueldad pertinaz.

La diligencia partió a su hora. Mientras el carro traqueteaba por las callejuelas de la villa, desde su asiento, la Joven miraba a través de la ventanilla aún con esperanza.

—Todavía puede aparecer —se decía tontamente, incluso cuando dejaron atrás las murallas de Haro.

Pero Alejandro Arriola no se presentó ni dejó mensaje alguno dando explicación de su comportamiento.

A su lado, Carmen le agarraba la mano, sabedora de la tormenta que estaba estallando en el interior de su hija. Internamente la mujer estaba segura de que el chico no acudiría, pero con una chispa de esperanza ansiaba estar equivocada. Por desgracia, aquella no había sido la última vez que alguien de la familia Arriola la defraudase. Doña Mariola la había echado del trabajo sin dar explicaciones. Aunque sobaban, las dos mujeres sabían que la razón de aquel acto crecía en el vientre de Carmenchu.

Miró a su hija. La muchacha iba con la cabeza encogida y los ojos puestos al otro lado de la ventanilla del carruaje. Le apretó la mano para hacerla saber que no estaba sola.

—¿Cómo he estado tan ciega para no ver qué clase de hombre es? —se preguntó la chica en voz baja.

No iba a llorar por él, aunque un deseo desbocado de derramarse en lágrimas le brotaba de lo



más hondo. Ahogó las ganas mordiendo el pico del vestido, que para cuando alcanzaron Vitoria era un arrugado montón de tela.

A esa misma hora Víctor Arriola estaba plantado frente a su hijo en el salón de la mansión. Su madre, que ni siquiera era capaz de mirarlo a la cara, también estaba presente. Ambos esposos habían quemado media hora antes en la misma chimenea que calentaba la estancia la carta que nunca llegaría a Carmenchu. Aquello era lo único que el matrimonio había hecho en conjunto y de común acuerdo en muchos años.

Los ojos del Alejandro estaban fijos al otro lado del ventanal que daba a los viñedos. Su pensamiento trataba de adivinar en qué lugar se hallaría la diligencia que alejaba a Carmenchu de él. La voz de su padre le llegaba amortiguada en medio de un caos de pensamientos confusos. Sin embargo, sus ojos enfocaron a su padre cuando este le anunció algo.

—Esta primavera te casarás con una mujer que yo decida y sea digna de tu apellido —sentenció Víctor. Una breve chispa de insurrección contra aquel destino brilló débilmente en la mirada de Alejandro. Pero recordó la amenaza de Víctor. Se resignó mientras miraba a algún punto en la lejanía—. Te comportarás conforme a las normas de la familia para que un día te hagas cargo del negocio. —De nuevo Alejandro dio la callada por respuesta. Podían hacer con él lo que quisieran, pero no pensaba darles la satisfacción de asentir o negar. Se limitaría a asistir a su sentencia como un testigo mudo. Víctor se vio impelido a decir algo ante aquel silencio—: Veo que callas. Bien, eso facilitará mucho las cosas porque desde ahora no harás nada sin mi consentimiento. Participarás del negocio de la familia bajo mi supervisión y trabajarás en la bodega. ¿Lo has entendido?

Alejandro suspiró de modo profundo. Se tragó las ganas de llorar y asintió.

Lo peor era el anuncio de su boda. Un enlace que se acercaba a pasos agigantados y que lo alejaba definitivamente de Carmenchu.

Días después conoció a quien se convertiría en su esposa. Virginia Serra, segunda hija de un próspero industrial leridano, miembro del partido. Desde el primer momento supo que aquel matrimonio estaba abocado al desastre. No solo porque le bastaron unas horas para saber que no soportaba a la que sería su mujer, sino porque él no pensaba mover un dedo para que aquella farsa llegase a buen puerto.

Si le obligaban daría el sí ante el altar. Viviría bajo el mismo techo que ella, que no sería otro que la mansión familiar, pero su corazón y su cabeza estarían con Carmenchu.

## V

A finales de marzo Gustave regresó a Haro. Nada más verlo bajar de la diligencia Ángel supo que no traía buenas noticias.

Ambos hombres se abrazaron con el afecto que se tenían y echaron a andar en dirección a la plaza. Allí se sentaron en torno a una mesa de la taberna y compartieron un azumbre de vino.

—¿Y bien? No me tengas en ascuas —inquirió el riojano.

El pelirrojo agachó la cabeza. Se sentía terriblemente mal sabiéndose portador de malas nuevas. Resolvió no andarse por las ramas.

—Mis jefes quieren cerrar. He intentado convencerlos, pero han perdido mucho dinero con el pedrisco del año pasado.

Ángel dio una sonora palmada en la madera a la par que un juramento se ahogaba en su garganta. El de Montpellier miraba a su amigo con pena.

—Lo siento mucho. Lo he intentado todo, pero no ha habido manera de convencerlos.

El riojano le hizo un gesto para indicarle que entendía lo sucedido. Al fin y al cabo, aquello era un negocio. Se trataba de ganar dinero, y la bodega no estaba dando un solo real desde que abriera.

—¿Y para cuándo cierra? —preguntó resignado a su amigo.

Gustave se encogió de hombros. Dando a entender que no había una fecha concreta.

—De momento me han ordenado que las obras en los calados cesen. No van a invertir ni un real más. En cuanto todo el vino que hay actualmente se haya vendido pondrán a la venta el edificio —añadió.

El de Montpellier le echó la mano al hombro.

—Pero aún hay una esperanza —dijo—. Hermanos Chardin está dispuesto a vendernos la bodega a nosotros a un buen precio. Yo te ayudaré, poniendo dinero de mi propio bolsillo. Tengo fe en este negocio. Seremos socios.

—¿Socios de qué? Yo no tengo un real.

—Pues pediremos un préstamo. Lo que haga falta.

Ángel se echó a reír sin ganas.

—Ningún banco va a dejarme dinero. Desengáñate. Esto se ha acabado.

El francés dio un trago a su vaso. En su rostro había una expresión de gran tristeza. Con afecto le dio un golpe en el hombro, pero habría querido abrazarlo.

—De eso nada. Intentaremos todo antes de darnos por vencidos. Acudiremos a quien haga falta. Seguro que encontramos alguien dispuesto a dejarte el dinero necesario —exclamó.

Pero Ángel no se dejó llevar por el optimismo de su camarada. Él era realista, sabía que comprar entre los dos la bodega era una quimera imposible. Se frotó los ojos con rabia. Los tenía empañados de pura frustración. Su sueño se volatizaba ante él antes incluso de haber echado a andar, y no podía hacer nada por evitarlo. Lo peor era que sabía que Víctor estaba apostando fuerte por elaborar vinos finos. No le costó nada imaginar la cara de infinita satisfacción del alcalde al enterarse de que la bodega Chardin iba a cerrar en unos meses. Aceptó la triste realidad: Víctor había ganado sin siquiera necesidad de una batalla.

Hasta que se vendiese la bodega, Ángel solo podía seguir trabajando como cada día. Por supuesto, recurrirían a los bancos para solicitar un préstamo, pero tenía los pies en la tierra. Aquello era casi un imposible.

Resignado, se levantó de la mesa.

—Anda, vamos a comer a mi casa —ofreció.

Gustave apuró lo que quedaba de su jarra y también él se puso en pie.

—Sí, vamos. Tengo ganas de ver a tu mujer y a Carmenchu.

—Pues te vas a quedar con las ganas —le dijo.

Su amigo lo miró confuso.

Mientras recorrían las calles de Haro le contó al francés lo que había sucedido en su ausencia. Carmen estaba en Bilbao junto a su hija, que estaba embarazada nada menos que de Alejandro Arriola.

—Y solo he estado fuera tres meses —se quejó el de Montpellier—. *C'est une folie!*

## VI

Una semana antes de salir de cuentas, Carmen y su hija paseaban por las inmediaciones del río Nervión. La primavera del norte era tibia y fresca aún.

Para la joven aquella era la primera vez que salía de su pequeño pueblo natal y la inmensidad de la capital vizcaína se le antojaba enorme.

Se alojaban en casa de doña Ernestina, una viuda, familia lejana de doña Casilda que, por un buen precio, permitía a la futura madre y a la abuela vivir en su caserón del lado izquierdo de la ría.

Aquella mañana madre e hija caminaban como solían hacer habitualmente tras el desayuno. Su costumbre era acercarse hasta los astilleros del dique Bilbao. Desde allí, ambas mujeres contemplaban la ría en todo su esplendor. Les gustaba quedarse sentadas en la hierba mientras hablaban de cualquier tema sin importancia. En la otra orilla las casas se recortaban contra los montes que rodeaban Bilbao y se desdibujaban por la niebla matutina.

Carmenchu se quedó mirando a su madre sin decir nada. Tras un rato resolvió que no iba a encontrar mejor momento para hablar que ese. Se armó de valor, y tras inspirar aire se expresó con total sinceridad.

—Quiero quedarme aquí, madre —dijo.

Carmen le puso la mano en el hombro con afecto. Con una sutil seña la conminó a seguir. Desde su llegada a Bilbao, madre e hija estaban más unidas que nunca. La predisposición de la mujer hizo que Carmenchu continuase hablando con libertad.

—No quiero que mi hijo crezca cerca de un padre que no lo quiere ni lo desea. Eso es lo que le sucedía a Alejandro y no lo quiero para este niño.

Carmen asintió en silencio. Comprendía a la perfección los motivos de aquel parecer.

—¿Estás segura? Yo he de regresar con tu padre. Estarías sola.

—Tendría a doña Ernestina.

Aunque la viuda había censurado el embarazo de Carmenchu desde el primer día, lo cierto es que sentía una simpatía natural hacia la muchacha.

—Primero deberías preguntarle a ella.

—Ya lo hice. Está encantada de tener compañía en ese caserón tan grande. Podría cuidar de la criatura.

—¿Y de qué vas a vivir?

—Estos meses he seguido trabajando aquí de costurera gracias a doña Ernestina y dice que puede encontrarme más clientas. Con eso me podría defender. Y si no es suficiente, a lo mejor me

pueden contratar en alguna fábrica. Usted sabe que no se me caen los anillos por trabajar y por mi hijo haré lo que sea necesario.

Carmen se la quedó mirando con tristeza. Cuando dio a luz a ella y a su hermano Francisco nunca pensó que perdería a los dos tan pronto.

—Lo tienes todo pensado —sentenció.

—No quiero estar cerca de Alejandro, madre.

Carmen se abrazó a su hija y con ese gesto le dijo que siempre podría contar con ella.

Cuando ambas mujeres se serenaron Carmen levantó la cabeza y oteó el cielo. Si algo sabía era que en aquella ciudad la lluvia podía presentarse en cualquier momento sin avisar.

—Será mejor que regresemos. Se está estropeando la mañana —dijo.

Desanduvieron el camino y al poco unos gruesos y molestos goterones comenzaron a caer con fuerza. Se guarecieron bajo un pequeño paraguas de color hueso a la par que apretaban el paso.

Carmenchu había empezado a sentir alguna molestia, pero decidió callarse. El dolor no era intenso y no servía de nada alarmar a su madre innecesariamente. Las molestias continuaron todo el camino de vuelta y nada más dejar atrás la verja de entrada a la casa de la viuda sintió un fuerte dolor que la hizo de doblarse en dos. Había roto aguas.

Una hora después nació Antonio Zaldierna. El niño tenía los ojos verdes de su madre y abuela y los mofletes regordetes de un padre al que jamás conocería.

## Capítulo 28

### I

A los pocos días de finalizar la vendimia, el enlace entre Alejandro y Virginia Serra se llevó a cabo en la pequeña iglesia de Santo Tomás.

Ese día, el banquete de bodas de la nueva pareja reunió a más de doscientas personas en la mansión de la familia. Víctor esperaba de aquel acontecimiento que fuera el impulso definitivo para su candidatura a las Cortes, una pretensión hartamente deseada y que nunca acababa de llegar. Diversas causas parecían ponerse siempre en su camino: la guerra de Cuba, la tercera guerra carlista, el breve reinado de Amadeo I, y más recientemente la proclamación de la República en febrero pasado. Todo parecía obrar en su contra. Contaba con que invitar al enlace a los miembros más destacados de su partido diese por fin sus frutos.

Para ello no había escatimado en gastos. Media docena de cocineros y más de cincuenta camareros se encargaron de que todo fuese a la perfección. Se servirían ostras de aperitivo junto a anchoas y embutido de la región, chuletas de cordero con patatas, trucha en salsa verde y faisán relleno, entre otros platos, que harían las delicias de los invitados. Todo regado con los nuevos caldos de estilo francés de la Bodega Arriola que tan buenas críticas estaban logrando al poco de su salida al mercado. A la hora del postre una magnífica tarta nupcial de cuatro pisos y elaborada por una afamada pastelería de Vitoria provocaría innumerables elogios.

Una pequeña orquesta amenizaría la velada, interpretando piezas clásicas aparte de otras populares por petición de Víctor.

Todo el mundo hablaría durante semanas de aquella ceremonia.

Los novios asistían al convite expresando en sus rostros las sensaciones que aquel matrimonio les producía. Virginia Serra derrochando alegría y saber estar. Por su parte, Alejandro se mostraba huraño y costaba arrancarle una palabra que fuese más allá de un monosílabo.

A la llegada de la nueva pareja a los salones de la mansión Arriola una multitud quería felicitar a los recién casados y se agolpaba a su alrededor.

Mariola iba cogida del brazo de Víctor, interpretando a las mil maravillas el papel de esposa sacrificada. Lanzando sonrisas y aceptando las lisonjas con su mejor pose fingida. La mujer lanzó una mirada a su hijo y vio tal tristeza en sus ojos que quiso decirle algo que lo animara. En cuanto tuvo ocasión, se soltó de su marido y se acercó a él.

—Algún día entenderás que esto es lo mejor para ti —le susurró al oído mientras lo abrazaba.

Le dio un beso en la mejilla para sellar aquel deseo. Su hijo la miró como si de repente se

hubiese convertido en una desconocida.

—Precisamente usted mejor que nadie debería saber el infierno al que este matrimonio me condena —replicó el chico con congoja.

Los deberes del acto reclamaron a su hijo y Mariola lo vio alejarse entre una nube de invitados. Al ver su expresión triste la mujer se cuestionó su comportamiento. Ella misma había sido rehén de un matrimonio que solo le había traído dolor y soledad. ¿Estaba empujando a su propio hijo a lo mismo? El plan para hacer creer a Alejandro que estaba en la miseria y su futuro dependía de Víctor había sido idea suya. Ahora, viendo el destino al que condenaba a su hijo, se dijo que quizá todo era un gran error. Un error que no tenía solución posible.

## II

A la misma hora, los trabajadores de la Bodega Arriola celebraban una comida, aunque mucho menos opípara. Para compensar estaba regada por abundante vino. La pitanza consistía en carne asada a la brasa y ensalada para acompañar.

Manuel Ureña asistía a la celebración sin decir palabra. Su boca solo se abría para dar buena cuenta de la bota de vino.

—Lo que aguanta este hombre —dijo uno de los trabajadores en voz baja.

—Desde que ya no es el encargado aún le da más al morapio —bromeó otro en el mismo tono confidente.

Lo cierto era que Manuel siempre había bebido mucho, pero de un tiempo a esta parte bebía más que dos de aquellos hombres juntos, y eso que ellos estaban igual de acostumbrados al vino. Todos eran de los que daban el primer tiento del día poco después de la salida del sol y regaban los descansos con una bota puesta siempre a la fresca.

—Don Víctor podrá tener sus cosas, pero hay que reconocer que no escatima con sus trabajadores —dijo uno de los empleados en la bodega—. ¡Brindo por él!

Era uno de los que más tiempo llevaba trabajando allí y era mejor no decir nada en contra del patrón delante de él. Todos sabían que tenía muy ligera la lengua.

—Y por don Hipólito, que este vino es obra suya —alzó su jarro otro.

Ante la mención al nuevo encargado, Manuel gruñó a modo de respuesta y esta vez no se llevó el vaso a los labios. No olvidaba la humillación que Víctor le había infligido al despojarlo de su rango de encargado de la bodega. A él eso no se lo sacaba nadie de la cabeza por mucho vino que tomara. Animado por el alcohol y el calor del momento habló en voz alta, quería que todos le escucharan.

—Ese maldito lisiado nos va a echar a todos a la calle en cuanto pueda. —La cuadrilla entera de trabajadores lo miró con perplejidad. Manuel se sentía encantado de despertar tanta atención. Se tomó su tiempo antes de proseguir, momento que aprovechó para darle otro tiento a la bota de vino—. Eso de hacer vinos finos no es más que una excusa para echarnos a todos. ¡Al tiempo!

Satisfecho, volvió a catar el vino con ganas.

Uno que estaba a su lado y a quien le unía cierta amistad le advirtió en voz baja:

—Ten cuidado con lo que dices, que las paredes tienen oídos.

Manuel resopló con teatralidad para restar importancia a aquello.

—Mucho me importa a mí que vayan con el cuento al cojo ese —dijo.

El que había brindado por don Víctor se dirigió a él, señalándole con la navaja con la que cogía pedazos de carne.

—¿Qué quieres decir tú con eso de que nos va a echar a todos?

—¡Pues eso! Que en cuanto pueda ya veréis como el lisiado nos pone a todos de patitas en la calle.

—¡Menudas tonterías dices! ¿Y quién iba a hacer el vino entonces?

—Pues inventarán alguna máquina, o si no, traerá gente de fuera para que le ayude.

El trabajador se lo quedó mirando un instante, calibrando aquella respuesta. Toda la mesa se miraba entre sí. Al fin, el trabajador meneó la cabeza de modo vehemente.

—¡Don Hipólito no permitiría que eso pasase nunca!

—¡Me meo yo en tu don Hipólito, en sus vinos finos y en el cabrón de Víctor Arriola!

El silencio se extendió en la mesa. Una cosa era quejarse del trabajo y otra mentar al patrón en aquellos términos. Nadie quería ser partícipe de ello.

Manuel Ureña entendió falsamente aquel silencio como una muestra de respeto a lo que tenía que decir. Se puso en pie, tomó la bota y con ella en la mano se lanzó a dar un discurso que pretendía se encendido.

—Miradme a mí —dijo, dándose golpes en el pecho—. Confíe en ese cojo y así me lo paga. Mandándome a trabajar con vosotros otra vez como un cualquiera. —Dio un largo tiento a la bota de vino y volvió a su soflama—: Que si yo os contara... ¿Os acordáis de don Elías? Pues el día que me dé a mí por hablar...

—Cállate antes de que digas algo de lo que te arrepientas —le cortó uno de los empleados.

—¡No me da la gana de callarme! ¡Que tenéis un ladrón y un asesino como patrón!

—¡Tú estás loco! —le interrumpió otro de sus compañeros.

—Loco no sé, pero borracho un tanto así —dijo otro de los trabajadores, quitándole la bota de las manos al antiguo encargado.

La mesa entera se rio a mandíbula batiente, contenta de aligerar la tensión del momento. Al ver que le arrebataban el tinto y el respeto, Manuel lanzó un juramento. Trató de recuperar la bota y estuvo a punto de caerse. Ese torpe gesto solo provocó más risas entre sus compañeros. Se alejó tambaleante en dirección a las cavas entre las burlas.

—Dejadlo, ¿no veis que está muy borracho?

La mesa continuó comiendo como si tal cosa mientras el antiguo encargado se dirigía con andar renqueante a las profundidades de la bodega.

Al bajar las escaleras tropezó y estuvo a punto de caer. Logró recomponerse y, decidido, descendió el resto de los escalones agarrándose a la pared.

—Se van a enterar don Víctor y ese bastardo de Hipólito —masculló entre dientes.

Llegó a *lo hondo* y tomó un pellejo colgado de la pared y en el que se guardaba vinagre de vino. Con él en brazos siguió avanzando. Se internó en las oscuras galerías de las cavas con ayuda de la luz de una lámpara. Tenía muy claro cuál era su destino. En la oscuridad, la débil llama de la lámpara de aceite oscilaba temblorosa.

La voz entrecortada de Manuel se escuchaba con claridad.

—Después de lo que hice por él me paga con esto.

Encendió un cigarrillo y con decisión continuó adentrándose en *lo hondo*.

La sala donde se guardaba el vino estaba en completo silencio y el frío era intenso. Allí estaban macerando los nuevos caldos del año. Un olor acre y penetrante que procedía de las cubas con el mosto fermentado lo impregnaba todo.

Manuel se limpió el sudor de las manos en la camisola. Se plantó en mitad de la sala y se encaramó a lo alto de una escalera apoyada en la cuba. La lámpara brillaba a sus pies. Abrió el pellejo y sonrió satisfecho. Tenía intención de darle una lección a aquel condenado cojo.

—Así aprenderás —dijo para sí mientras vertía el contenido del pellejo en el vino.

Después se bajó los pantalones como pudo y se las ingenió para orinar en la cuba. Tan ensimismado estaba en su tarea que no se dio cuenta de que la llama de la lámpara oscilaba cada vez más, hasta que se apagó del todo. La baja concentración de oxígeno en las cavas impedía su combustión.

Manuel Ureña lanzó un juramento en mitad de la oscuridad y bajó de la escalera para volver a encender la lámpara.

Fue lo último que hizo.

### III

La nueva pareja se dispuso a cortar la tarta con gran ceremonia. Fueron llamados de sus asientos al centro del salón donde uno de los cocineros ya los esperaba cuchillo en mano. La cara de Alejandro seguía siendo sombría. Por el contrario, Virginia estaba exultante. Daba la impresión de que disfrutaba de todo aquello, aunque su marido no lo hiciera.

Víctor Arriola asistía a la escena impostando una sonrisa falsa.

—Es el día de tu boda, muéstrate más alegre —dijo entre dientes a su hijo.

—Hoy comienza mi condena, no me pida que además de someterme sonría —le replicó Alejandro.

El político se guardó las ganas de abofetearlo. Retomó su pose fingida y abrazó a la pareja continuando con aquella representación.

Al poco, todo el mundo tenía en su mano un plato con una ración del delicioso postre. Se procedió después a servir los cafés y licores. Como colofón de aquella velada aún quedaba una última sorpresa que había de tener lugar al aire libre. Un runrún de expectación se apoderó de los invitados a medida que salían a la tibia noche.

En los jardines se habían ubicado varias mesas con platos, copas y todo aquello que los invitados pudiesen necesitar. Para alumbrar la oscuridad, que empezaba a posarse sobre la sonsierra riojana, se encendieron varias antorchas que moteaban la escena con su fulgor ambarino.

Los invitados habían empezado a formar corrillos con sus conocidos. Era el momento de socializar con los visitantes más notorios del banquete.



Habano en mano, Víctor echó a andar hacia uno de los grupos. En él estaban los miembros nacionales y locales más destacados de su partido.

—Una velada perfecta —lo felicitó uno de los presentes.

El resto del grupo se extendió de igual modo en halagos hacia el acontecimiento.

—Se hablará de este banquete durante meses —señaló una de las mujeres.

Víctor aceptó los cumplidos con falsa modestia. Su objetivo esa noche, no obstante, no eran las lisonjas.

Se las ingenió para hacer un aparte con dos de los miembros más destacados del partido que habían venido desde Madrid expresamente para la boda. En cuanto estuvieron lejos de oídos indiscretos, no se anduvo con rodeos.

—¿Qué hay de lo mío?

Los dos hombres se miraron entre sí sin que ninguno de los dos dijera palabra alguna.

—No soplan buenos tiempos para nosotros, señor Arriola. La proclamación de esa maldita República Federal nos tiene maniatados —se arrancó finalmente uno de ellos—. Las Cortes están en manos de esos malditos liberales y federalistas. Castelar ha sido nombrado presidente hace menos de un mes. No están las cosas ahora para andar moviendo sillones a nadie.

Víctor entendió aquellas palabras como una nueva excusa para sus planes. Empezaba a estar harto de tanta palabrería. Resolvió que ya era suficiente de pedir lo que le correspondía, era hora de exigirlo.

—Hace casi tres años que me marean con excusas similares. ¿Es que todas las contribuciones que he dado al partido no han servido de nada? Denme un asiento en Madrid o ya pueden ir devolviendo hasta el último real de inmediato.

Los dos políticos se miraron entre sí. El que había hablado primero puso su mano en el hombro de Víctor en lo que el bodeguero entendió como un exceso de confianza.

—No se ponga usted así, amigo Arriola. Vendrán tiempos mejores para nosotros. Se oyen rumores de que ya hay gente preparada para acabar con esta república. Gente como los generales Serrano y Pavía. La inestabilidad de este experimento federal no resistirá más allá de este o del próximo año. Tenga usted paciencia, don Víctor.

—Si creen que pueden seguir dándome largas es que no saben con quién están hablando. Tienen ustedes de aquí a finales de año para nombrarme diputado a Cortes. Por esta provincia o por la que sea. Si no es así, pueden ustedes irse olvidando de mi dinero. Seguro que los republicanos estarán encantados de tenerme entre sus filas —sentenció Víctor, apuntando con un dedo a sus acompañantes.

—No sería usted capaz de semejante traición, don Víctor. Usted es hombre de firmes ideales conservadores, no podría juntarse con esos liberales...

—Pónganme a prueba. —Los dos hombres eran incapaces de articular palabra. Tras unos incómodos segundos, uno de ellos cabeceó de modo sumiso—. Me alegra que hayamos podido ponernos de acuerdo, caballeros. Y ahora disfruten del espectáculo. Está a punto de empezar —sentenció a modo de despedida.

Justo en ese momento los sirvientes procedieron a apagar las antorchas de los jardines. Un murmullo de expectación se adueñó de los presentes. De improviso, un fogonazo iluminó la noche dejando tras de sí una estela de colores en el cielo. Los fuegos artificiales provocaron un aplauso generalizado entre los sorprendidos invitados.

Cada estallido era respondido por los invitados con un murmullo de admiración. ¡PUM!  
¡BAM!

Las deflagraciones fueron sucediéndose una tras otra. Llenando el cielo nocturno de figuras que despertaban la imaginación de los presentes.

En un momento determinado uno de los criados se acercó a Víctor y le indicó que le esperaban en la mansión.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —preguntó, irritado por la interrupción.

—Ha insistido en que era muy urgente, señor Arriola.

Víctor gruñó entre dientes y se alejó tratando de no llamar demasiado la atención.

—¿Qué es lo que pasa para venir a molestarme en el banquete de boda de mi hijo? —dijo de mal humor. El empleado frente a él tenía los ojos fijos en las puntas de sus alpargatas y trataba de serenarse antes de hablar—. ¿Qué urgencia es esa? —requirió explicaciones al trabajador.

—Es Manuel —acertó a decir el trabajador.

—¿Qué tripa se le ha roto a ese mastuerzo?

—Está muerto.

—¿Cómo que está muerto?

—Ha sido el tufo, señor Arriola. Manuel estaba comiendo con el resto de nosotros cuando ha bajado a *lo hondo* sin estar acompañado. Los gases lo han matado.

El tufo, el llamado mal de la bodega, era el culpable de numerosas muertes desde tiempos inmemoriales. Durante los meses en que el vino fermentaba dentro de sus depósitos en la oscuridad de la bodega, liberaba ciertos gases que podían matar a un hombre en cuestión de minutos. Por eso nunca se bajaba solo a los calados en esos momentos y siempre se hacía con un cabo de vela o mecha encendido. Todos los que trabajaban en una bodega sabían que si la llama se apagaba debido a la falta de oxígeno era momento de regresar a la superficie con rapidez. Manuel también lo sabía, pero el alcohol que llevaba encima y la rabia le habían hecho ser imprudente.

—Ni siquiera en un día como este me dejan estar tranquilo —se quejó Víctor mientras daba orden de aviar el carruaje—. Hay gente que no sabe ni cuándo ha de morir.

## Capítulo 29

### I

Carmen miraba alternativamente a Ángel y a Marcos. En el océano verde que eran sus ojos, las lágrimas eran una amenaza a punto de estallar. Así era desde el inesperado regreso de su hermano.

La mañana que le vio bajar del carruaje sintió una gran alegría. Desde que se fuera a Cuba veinte años atrás, no había pasado ni un solo día en que no pensará en su regreso. Su ilusión no era otra que ver sano y salvo a su hermano, por quien tanto había sufrido todos estos años. Y aquel día de Reyes esa ilusión se estaba haciendo realidad.

Sentada a la mesa junto a Marcos, su marido y Carmenchu se sentía la mujer más afortunada del mundo. El pequeño Antonio dormía plácidamente en su cuna cerca de la lumbre.

Miró con cariño a su marido. Desde que su hija se quedara embarazada, Ángel había pasado de la ira a la aceptación.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Es mi hija —le respondió el hombre cuando lo felicitó por el cambio de actitud.

Tal era la nueva predisposición del hombre que en un principio se había negado a que su hija se quedara en Bilbao tras el parto, hasta que alcanzó a comprender los motivos de Carmenchu. En ese cambio Carmen sabía que tenía mucho que ver el bueno de Gustave. El francés asimiló la noticia del embarazo de la joven con naturalidad. Esas cosas al otro lado de los Pirineos se tomaban menos a la tremenda. También el de Montpellier estaba sentado a la mesa ese día. El francés era como uno más de la familia.

Para compensar, la chica había aceptado pasar las primeras Navidades de Antonio con su familia.

La caricia cálida y reconfortante de las manos de Carmenchu le sacó de su ensimismamiento y esbozó una sonrisa. Respondió a la caricia de su hija apretándole las manos con fuerza.

—¿Está usted bien, madre? Está usted llorando.

—Es de alegría, hija. Al ver a todas las personas que quiero juntas.

Carmen se enjugó las lágrimas y continuó sirviendo la carne estofada que con esmero y cariño había preparado.

En la mesa Ángel, Marcos y Gustave discutían cordialmente sobre vino y técnicas de cultivo. La experiencia que atesoraba el francés y su marido era suplida con creces por los conocimientos adquiridos en California por su hermano. Se sentía muy orgullosa de él y a Ángel se lo veía

entusiasmado de poder hablar sobre su pasión.

—Y pensar que te fuiste porque no querías trabajar en el mundo del vino —dijo con cierta sorna Ángel.

Marcos no pudo evitar sonrojarse ligeramente.

—La vida da muchas vueltas —respondió.

—Para unos más que para otros. Mira tú qué vida más apasionante llevas, mientras que yo no he salido de este pueblo.

No había queja alguna en las palabras de su cuñado. Tan solo una chispa de envidia sana, que era olvidada con facilidad al ver a sus seres queridos alrededor. Solo una oscura nube ennegrecía su felicidad. El cierre de la bodega se formalizaría en cualquier momento.

Viñedos Hermanos Chardin aún no había encontrado comprador para la bodega y sus tres empleados seguían trabajando en ella como si la amenaza de cierre no pendiera sobre sus cabezas. Tanto era así que se habían lanzado a cosechar y elaborar un vino del que apenas sacaron doscientas botellas. Un último canto de cisne para un sueño que estaba destinado a morir en breve. Antes de comer abrió una botella para Marcos. Le interesaba la opinión de alguien ajeno al pueblo durante tanto tiempo.

—¿Y qué te parece el vino que hacemos? —preguntó, señalando impaciente el vaso de su cuñado.

Este miró el caldo un instante antes de responder.

—Realmente es un buen vino. Dudo que nadie en toda La Rioja pueda competir con él.

—¿Lo dices en serio? Ahora que trabajas en el extranjero, tu opinión no puede ser tomada a la ligera.

Marcos le puso la mano en el hombro corroborando sus halagos.

—Aún no se puede comparar a los caldos bordeleses, pero si seguís así tendréis fama en toda la región.

Una punzada de orgullo aguijoneó el pecho de Ángel. Solo Dios sabía el enorme esfuerzo y sacrificio que habían tenido que hacer para lograr aquella insignificante cosecha. Escuchar aquellas palabras tras haber pasado por tantísimas vicisitudes le producía una honda satisfacción.

—Es lo que yo le digo —intervino Gustave—. Deberíamos enviar unas cuantas de estas botellas a Montpellier. Seguro que cambiaban de idea.

Ángel restó importancia a aquella idea, a la par que daba un tiento a su vaso.

—No serviría de nada. La bodega está más que condenada. No quiero hacerme ilusiones.

Sin embargo, a pesar de la aparente conformidad de aquellas palabras, había un poso de tristeza encerrado en ellas.

Marcos entendía el porqué. Él tampoco querría que cuando la bodega del valle de Napa diera sus primeros caldos estos fuesen también los últimos. Sintió que compartía un vínculo con su cuñado.

—Por cierto —dijo Ángel mientras se servía otro vaso—, tendrás tus injertos listos para llevártelos en un par de semanas.

—Estupendo —exclamó su cuñado, feliz de poder cumplir con su encargo—. Al señor Antov le complacerá que se los puedas conseguir. Estaba realmente muy interesado en disponer de plantones libres de filoxera para injertar en California. Nos serán de gran utilidad allí. Me los llevaré conmigo a la vuelta.

—Has venido como quien dice ayer y ya estás pensando en irte —le recriminó Carmen.

Marcos se levantó y abrazó a su hermana con ternura.

—Sabías que solo iba a estar unos meses.

La mujer meneó la cabeza para mostrar su disconformidad. En su cuna, Antonio Zaldierna emitió un breve llanto que cesó enseguida. Como si él también quisiese dejar constancia de su discrepancia.

## II

Cuando la comida como tal concluyó, Carmen llevó con gran solemnidad un postre a la mesa. Se trataba de un bollo con forma de rosco y recubierto de fruta escarchada.

—¿Y esto qué es? —quiso saber Ángel, señalándolo con afectación.

—En Francia lo llaman Rey del Haba —informó Gustave.

—¿Y lo habéis traído desde Francia?

—No, es de una pastelería de aquí, animal —respondió Carmen.

—Lo han elaborado según la receta que le dimos. En Francia es típico tomarlo con una taza de chocolate —informó Carmenchu.

Carmen trajo una bandeja con tazas humeantes de chocolate que fue poniendo en silencio frente a cada comensal. Al rato todos estaban degustando el postre sin decir palabra.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó Ángel con grandes aspavientos tras dar un mordisco de su ración—. ¡Pues no he dado con algo duro! ¡Qué daño!

Durante unos instantes se dedicó a buscar el objeto mordido mientras se masajeaba la dolorida mandíbula. A su alrededor unos cómplices Carmen y Gustave observaban la escena divertidos.

Ángel extrajo del interior del rosco un haba que sujetó incrédulo ante sus ojos.

—¿Qué hacía esto dentro de la masa?

—Se nos ha olvidado decir que es tradición que se meta en el bollo una moneda y un haba. Quien encuentre la moneda será rey ese día. Quien encuentre el haba pagará el rosco.

Ángel bufó disconforme.

—Menuda tradición tonta. No le auguro mucho futuro en España.

## III

En la mansión de los Arriola también se degustaba un rosco de reyes ese día. Al contrario que el de los Zaldierna, este había sido traído para la ocasión de una afamada pastelería.

—El mejor roscón que se puede encontrar en toda la región —dijo ufana Virginia, dando palmadas fruto de la excitación del momento.

La camarera depositó el dulce en el centro de la mesa y se alejó un par de pasos para que todos contemplaran el plato.

—Recordad que a quien le toque el haba tiene que pagar prenda, y quien encuentre la moneda será rey durante un día —prosiguió jovial la esposa de Alejandro.

Sentados a la mesa, además de ella, estaban Víctor, Inés, Alejandro y Mariola, pese a que nadie contaba con su presencia. Desde que había despedido a Carmen, la mujer se sentía tan sola que en ocasiones pensaba seriamente en aceptar la propuesta de Víctor y vivir en la mansión.

—Querida, haz los honores y reparte —ofreció Víctor, tendiendo los cubiertos a su esposa. Esta declinó el ofrecimiento con un ademán de cabeza.

—Que lo haga Virginia. Al fin y al cabo, lo del roscón ha sido idea suya —dijo.

Víctor repitió la operación con su nuera. Esta tomó los cubiertos con gran alegría.

—De acuerdo, pues. La suerte está echada —bromeó al tiempo que se afanaba en su tarea.

Cada ración fue servida en su correspondiente plato. Al punto, todo el mundo tenía frente a sí una generosa porción de postre. Las camareras procedieron entonces a traer humeantes tazas con chocolate caliente.

Víctor asintió complacido. Aquel día de por sí festivo tenía algo más que celebrar. Ya era oficial, sería diputado por las Cortes. Tomaría posesión de su escaño en solo dos semanas.

Miró a su alrededor. Todos los presentes parecían disfrutar de la comida, a excepción de Alejandro. Su primogénito tenía expresión mohína y la cabeza gacha. Sentado junto a su esposa, sus ojos buscaban el suelo y evitaba la conversación. Víctor maldijo entre dientes. Aquel condenado muchacho seguía sin aceptar el destino que le aguardaba. En su cabeza, estaba seguro, seguía presente la imagen de Carmenchu Zaldierna.

A la izquierda de Alejandro, una resignada Virginia Serra trataba de seguir el hilo de la conversación a la mesa. Desde su boda, el chico se comportaba como si no existiese. Apenas le dirigía la palabra y cuando lo hacía era como si hablara con una extraña en lugar de con su legítima esposa. Por fortuna, la chica había resultado tener carácter y aquel trato parecía no hacer mella en ella.

Víctor contempló a su nuera con deleite.

La joven tenía un pelo castaño y rizado que le caía con gracia sobre los hombros. El busto firme, los labios flamígeros y el gesto sereno la convertían en una hembra que cualquiera desearía. ¿Cómo era posible que su hijo prefiriese a aquella ramera campesina?

La chica se percató de que era objeto de la atención de su suegro y le sonrió sin recato durante un instante. Ligeramente incómodo, aunque enardecido por la osadía de su nuera, apartó los ojos antes de que alguien se percatara. Los ojos de Virginia siguieron fijos en él unos segundos más. Si aquella condenada niña no tenía más cuidado, alguien se daría cuenta. Esa noche la castigaría como merecía por su atrevimiento, pensó divertido.

## IV

Manuela se quedó largo tiempo mirando el paisaje que desfilaba al otro lado de la ventanilla. Los campos que rodeaban la ciudad que la alojara los últimos años desaparecían ante ella velozmente. No sentiría nostalgia de Logroño, apenas había sido una invitada de piedra en una ciudad provinciana y aburrida. Lo que tenía era miedo por el futuro que le esperaba delante. Asió el bolso de mano donde llevaba a buen recaudo las tres mil pesetas.

Esa cantidad había sido el finiquito después de tantos años de dedicación a Víctor Arriola. El precio por las numerosas palizas, siempre consentidas, tenía que admitirlo, dos abortos y las innumerables ocasiones en que hubo de aguantar el trato de su amo. Pero María Manuela Ledesma no se engañaba, ella había querido que fuese así todos esos años. Era mejor aguantar la tunda semanal de Víctor que vivir en un burdel sin saber quién sería el próximo cliente.

En su cabeza atesoraba de un modo vivido el momento en que Alfonso Pardo la visitó hacía un mes. El abogado de los Arriola se limitó a darle las gracias por los servicios prestados y tenderle un fajo de billetes para ayudarla en su nueva vida. Alfonso Pardo era aséptico y frío haciendo su labor, como quien se encarga de llevar la ropa de otro a la tintorería o vacía los orinales del patrón tapándose la nariz.

—Así que tú eres quien le saca la basura a Víctor —dijo Manuela.

Aunque su tono era de broma, jamás había dicho algo con tanta seriedad. El abogado se limitó a quedarse de pie, sin decir palabra, y sin que su rostro transmitiera emoción alguna. Sabía hacer su trabajo.

—Usted sabía que las cosas acabarían de este modo un día u otro —repuso Alfonso mientras sacaba las tres mil pesetas del maletín. Vaya si lo sabía. Por mucho que se engañase a veces—. Don Víctor le desea lo mejor y le entrega esta cantidad de dinero que espera sea de ayuda para comenzar su nueva vida.

Manuela cogió el dinero sin siquiera molestarse en contarlo. Sabía que Víctor Arriola era muy generoso con sus posesiones. Incluso cuando se desprendía de ellas, como era el caso. El abogado cerró el maletín y continuó con un discurso que parecía preparado de antemano.

—Víctor será elegido diputado en breve. Sus nuevas obligaciones le harán pasar mucho tiempo en Madrid. Como comprenderá usted, en esa situación le resulta harto difícil seguir viéndola.

La cordobesa detuvo al abogado con un movimiento de muñeca.

—No es necesaria ninguna explicación en nombre de Víctor. Si hubiera querido, habría venido él mismo en persona a darme la patada.

Alfonso Pardo no acusó la interrupción. Tomó el maletín y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir asió el pomo y miró a la cordobesa con aire de superioridad.

—El señor Arriola espera que guarde usted la debida prudencia respecto a la naturaleza de su relación con él.

—Dígale a Víctor que puede estar tranquilo. Nadie se enterará nunca por boca mía de sus gustos.

Alfonso hizo un imperceptible gesto con la cabeza, se colocó el sombrero y salió sin mirar atrás.

Ahora, sentada en el vagón de aquel tren, Manuela no sabía qué la esperaba a partir de ahí. Aún tenía un cuerpo apetecible y le quedaban unos cuantos años buenos. Todo era posible.

—Dios dirá —se dijo para sí—. Dios dirá.

## V

Tras la jornada festiva se imponía el retiro. El día de Reyes acababa y cada mochuelo volvía a su olivo. Desde que regresara, Marcos pernoctaba en una pensión. No había habido modo de que su hermana lo convenciera para quedarse con ellos.

—Vosotros ya tenéis bastante con Carmenchu y el pequeño Antonio —se disculpaba.

Hacia su habitación se encaminaba cuando las primeras farolas comenzaban a iluminar las calles de Haro. Junto a él iba Ángel. Su cuñado se había empeñado en acompañarlo a pesar del corto trayecto.

—Un paseo me vendrá bien después de semejante comilona —alegó como excusa mientras se golpeaba el vientre.

Las pisadas de ambos hombres resonaban en la calle. A pesar de que no era una hora avanzada, el pueblo estaba desierto. El mal tiempo no acompañaba al paseo nocturno. La temperatura era baja y una espesa niebla lo cubría todo. La luz procedente de lámparas de aceite se filtraba del otro lado de las ventanas bajo las que caminaban en silencio. Todos querían apurar los últimos instantes de unas Navidades que unían familias que no se veían durante el resto del año.

De improviso comenzaron a caer gruesos copos de nieve.

Marcos atrapó un par con la mano desnuda.

—Estaba seguro de que no iba a volver a ver nevar en mi vida —dijo con la ilusión de un niño que vive su primer invierno.

Ángel sonrió.

—¿No nieva en los Estados Unidos?

—Sí, claro. En las montañas y en el este. Pero en California siempre hace sol. Y en Cuba cuando les hablaba de la nieve eran incapaces siquiera de imaginarlo.

El recuerdo de Elena cruzó por su mente como la cola de un cometa brillando en una noche oscura. Un puño cargado de dolor le golpeó el estómago.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ángel.

Su cuñado asintió. No mentía. A pesar del tiempo pasado, la muerte de Elena seguía siendo como una pesada maleta cuya carga se hacía real cuando menos esperaba. No obstante, había aprendido a vivir con ello, como quien arrastra una minusvalía con dignidad.

Decidió cambiar de tema.

—Aunque a mi hermana le digas que has aceptado lo que ha pasado con la bodega, sé que no es así. Te lo noto en los ojos. Y Carmen también lo nota, aunque no diga nada.

Ángel resopló incómodo. Su cuñado le puso la mano en el hombro y le obligó a detener su paso.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras. Para mí tú has sido siempre como un hermano.

—No me importa que la bodega cierre. Bueno, claro que me importa, pero lo que de verdad me quita el sueño es que cuando cierre no voy a tener trabajo. Nadie me va a contratar mientras Víctor Arriola sea quien manda aquí. Ese cabrón no cejará hasta verme en la miseria más absoluta. Es una cuestión de orgullo. No es solo que lo humillara públicamente, eso se podría haber solucionado si hubiese suplicado por mi trabajo al día siguiente. Lo que lo envenena es que



me aliara con Hermanos Chardin convirtiéndome en su competencia. Eso es algo que no me perdonará nunca. Y total, ya ves para qué. Para cerrar en poco más de un año.

—Pero Víctor va a ser diputado. Pasará más tiempo en las Cortes en Madrid que aquí.

—¿Y eres tan iluso como para creer que con eso bastará? —bufó resignado Ángel—. La mano de ese cacique es tan larga y tiene tanto poder que puede manejar toda la región sin que sea necesario que esté aquí.

—Pero si la bodega cierra, dejarás de ser una amenaza para él. Además, ahora tenéis algo en común los dos. Algo que une a las dos familias.

Ángel tardó unos segundos en entender lo que su cuñado le quería decir. Cuando cayó en la cuenta se echó a reír amargamente ante la sorpresa de Marcos.

—¿Antonio? ¡No me hagas reír! Si no le importa su propio hijo, mucho menos le iba a importar un nieto bastardo. Te juro que si no fuera por lo que le ha hecho a mi hija me daría pena el pobre. Carmen me ha dicho que cuando Carmenchu estaba en Bilbao incluso vino varias veces a preguntar por ella. Por supuesto, no le abrió ni la puerta. ¿Te lo puedes creer? Ha de estar desesperado por salir de casa de su padre y arriesgarse a que yo lo vea...

—O está muy enamorado de tu hija —replicó Marcos.

Su cuñado lo estudió unos instantes calibrando lo que acababa de decir. Se encogió de hombros y echó a andar. El otro lo siguió. Quietos, bajo la nevada que empezaba a caer con fuerza, el frío era intenso.

Marcos empezaba a hacerse una idea de cómo eran las cosas en realidad. Cuando él se marchó a Cuba, Víctor era un muchacho poco mayor que él. Ahora era un rico terrateniente que controlaba la vida del pueblo desde su sillón. Ángel tenía razón. No pararía hasta destruirlo por completo.

—¿Y tú crees que la bodega tendría futuro? —preguntó.

—¡Por supuesto! Tú mismo has probado el vino que podemos hacer. En unos años estaríamos compitiendo con caldos franceses. Si hasta Gustave lo sabe y se ha ofrecido a ser socio conmigo.

—¿Y a qué estás esperando entonces?

—¿De dónde voy a sacar el dinero necesario? Si lo tuviera, sería otro cantar. Pero ningún banco me va a dejar lo que necesito. Y no creas que no lo hemos mirado, pero no hay nada que hacer. —Ángel suspiró con resignación—. Esta región está abocada a elaborar el mismo vino refinado que en Burdeos. Si hasta el propio Víctor Arriola se ha lanzado a ello. Lo que me da rabia es que con nuestros conocimientos y experiencia nosotros no tardaríamos en hacer uno mejor que el suyo. Estoy seguro de ello.

Marcos miró con detalle a su cuñado. Había mucho de él que le recordaba a su patrón Antov. El búlgaro y su cuñado eran hombres valientes y tenían visión de futuro. Sin embargo, a Ángel le faltaba una cosa para convertir su sueño en realidad: dinero. Meditó unos instantes sus siguientes palabras. Sobre sus cabezas la nieve caía con más fuerza.

—Yo te ayudaré. Me haré cargo de un tercio del negocio y te dejaré el dinero que necesites para otro tercio. Gustave, tú y yo seremos socios a partes iguales.

Ángel se detuvo y se echó a reír de buena gana. Cuando constató que Marcos hablaba en serio se lo quedó mirando como si hubiese perdido la cabeza.

—¡Tú estás loco! ¿Sabes el dineral que se necesita? —dijo, negando con la cabeza.

Su cuñado se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que preguntemos.

—Definitivamente te has vuelto loco —sentenció Ángel mientras echaba a andar de nuevo.

Marcos hubo de esforzarse por alcanzarlo. Se plantó frente a él para impedir que siguiera avanzando.

—¡No es ninguna locura! No nado en la abundancia, pero he ahorrado un dinero a lo largo de estos años y no tengo familia, por lo que apenas gasto.

Ángel lo miró de arriba abajo. Tenía que reconocer que la ropa que llevaba su cuñado era todo menos barata. Y sabía, porque Carmen así se lo había contado, que había dado a sus otros hermanos mil pesetas. Sin duda las cosas le iban bien por los Estados Unidos. A pesar de ello negó con vehemencia.

—De ningún modo voy a aceptar dinero de ti.

Marcos no iba a darse por vencido tan pronto.

—Para empezar, tú y Carmen me dejasteis dinero para pagar el billete a Cuba y nunca os lo devolví, así que considéralo una devolución con intereses. —Lo asió por los hombros—. Te ofrezco la oportunidad de ser dueño de tu propio trabajo. No lo rechaces por orgullo.

Un mar de dudas poblaba la mente de Ángel. Lo que le estaba planteando su cuñado era la oportunidad que siempre había soñado. Tener su propia bodega, elaborar su vino. Marcos estaba en lo cierto. A pesar del riesgo que implicaba, no podía permitir que el orgullo le impidiera cumplir aquel sueño.

—De acuerdo —accedió por fin Ángel—. Pero dejaremos muy claro que un tercio de la bodega pertenece a cada uno de nosotros tres y que mi parte te será devuelta mensualmente.

Marcos accedió y le tendió la mano para ratificar el acuerdo.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo—. ¡Vayamos a buscar a Gustave!

De ese modo, la Bodega y Viñedos Bretol, Egea y Zaldierna echaba a andar.

## VI

Alejandro salió a la fría noche. Echó a andar con decisión en dirección a las cuadras. La nieve caía con fuerza y los campos recibían aquella bendición blanca en silencio. Arrebujado bajo su abrigo, caminaba inclinado hacia delante. Sus pasos dejaban huellas en el virginal manto que al instante eran rellenadas de blancos copos. A lo lejos, las luces de Haro titilaban difuminadas.

Llegó a los establos y se acercó a Princesa. La yegua estaba inquieta. El viento hacía crujir el establo por mil sitios, agitando nervioso puertas y postigos. Sacó a la montura de su cubículo y la acarició con ternura mientras la preparaba. Quizá ella le echaría de menos.

—Tranquila, chica. Tranquila —le susurró.

Princesa reaccionó a la voz de su amo alzando la cabeza de modo amistoso y corcoveando ligeramente. Cuando hubo apretado todas las cinchas, colocado el estribo y la silla estuvo lista Alejandro subió a ella y salió del establo.

El camino era una mancha borrosa entre las heladas ráfagas de nieve. El viento soplaba con más fuerza ahora y la yegua se negaba a caminar en aquellas condiciones. Ráfagas heladoras de

nieve azotaban sin piedad a montura y jinete. El joven clavó las espuelas en el costado del animal sin ánimo de herirlo, pero con firmeza.

—Solo un poco más, pequeña —dijo en voz alta, para hacerse oír por encima de la tormenta.

Como si le hubiese entendido, Princesa apretó el paso y siguió así hasta llegar a su destino.

Había casi dos palmos de nieve sobre el puente cuando llegaron a él. Alejandro echó pie a tierra. Soltó las cinchas y el estribo a la yegua. Después le quitó la silla.

Apretó su cabeza contra la testa del animal y tras aquella última caricia le dio una sonora palmada en el lomo.

—¡Vete! —gritó, sacando fuera toda la rabia contenida.

El animal corcoveó y después se alejó para perderse en la fría noche. Alejandro se asomó por encima del pretil de puente. Se subió a él y se dispuso a saltar. Bajo él, las gélidas aguas del Ebro bajaban embravecidas. Mientras se disponía a cumplir su fatal decisión le vino a la mente la imagen clara de lo que había presenciado tan solo dos semanas atrás. Aquella tarde gélida había regresado antes de su paseo a lomos de Princesa y había sorprendido a su padre y a Virginia en su propia cama. Ninguno de los adúlteros se percató de su presencia y se limitó a alejarse de la escena. ¿Qué importancia tenía ya aquello?

Lanzó una última mirada al cielo nocturno y saltó.

El abrazo helador con que lo recibió el río fue casi reconfortante. Sus últimos pensamientos fueron para Carmenchu y el hijo que no conocería. Deseó que tuviesen la vida plena y libre de la que él no había podido disfrutar.

## VII

Justo cuando el reloj de la iglesia dio las siete de la mañana la diligencia que iba a Bilbao bordeó la plaza y se detuvo. Por una vez era puntual, y Carmen maldijo por lo bajo que fuera así. Había llegado el momento de despedirse de su hija y de su nieto y la pena se le clavaba en el corazón como si fuesen los cristales de hielo que brillaban a aquellas horas en los tejados de Haro. La mujer se abrazó a Carmenchu con fuerza y no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas de tristeza.

—No llore usted, madre. En cuanto se quiera dar cuenta, estaremos aquí de nuevo —le dijo la chica, intentando evitar que el llanto de su madre la contagiara.

Carmen logró dejar de hipar y se puso seria.

—En verano os quiero aquí a los dos.

—Para junio, como hemos acordado. Pierda usted cuidado.

—Más te vale, Carmenchu. O tu madre es capaz de presentarse en Bilbao y traerte de la oreja —bromeó Marcos.

Su hermana le propinó un golpe cariñoso en el hombro.

—Doy fe de que sería así —intervino Gustave.

Tampoco el francés había querido perderse la partida de Carmenchu y el pequeño Antonio. Se

sentía parte de aquella familia con la que estaba a punto de embarcarse en la aventura de su vida. En unas horas, esa misma mañana, él, Marcos y Ángel harían tangible su unión en un contrato que convertiría a los tres en socios a partes iguales de Bodega y Viñedos Bretol, Egea y Zaldierna. El gabacho besó a madre e hijo con afecto y se hizo a un lado.

Entre risas nerviosas, fruto de la tristeza del momento, Marcos rebuscó entre sus ropas y extrajo algo de ellas que le tendió a su sobrina.

Carmenchu lo tomó en sus manos y lo observó con detalle. Era un pequeño camafeo con la imagen de una virgen tallada en él.

—¡Es precioso! —No pudo reprimirse la muchacha.

—Lo compré para alguien que conocí hace mucho —aclaró a medias Marcos—. Lo llevo desde hace demasiado tiempo conmigo. Creo que es hora de que cambie de manos. Te dará suerte.

Carmenchu agradeció el obsequio y se abrazó a su tío.

Frente a ellos, Ángel asistía a la escena sin saber qué decir. Sentía una congoja que lo dejaba sin palabras e inquieto pasaba el peso de una pierna a otra mientras se frotaba las manos. Se inclinó sobre su hija y le susurró al oído:

—Ya sabes que si quieres quedarte puedes hacerlo. No tienes por qué irte a Bilbao a vivir. Puedes criar a Antonio aquí. Con tu familia.

Carmenchu asintió y por segunda vez hubo de hacer un esfuerzo para que las lágrimas no aflorasen a sus ojos.

—Lo sé, padre. Y si las cosas no salen bien, prometo que volveremos. Pero siento que debo hacer esto por mí, y también por él —dijo, señalando al pequeño Antonio que dormitaba en su moisés.

Ángel miró a su hija con gravedad, y por primera vez la vio como lo que era: una mujer adulta de los pies a la cabeza. La niña que solía sentarse en su regazo o le regañaba cuando escribía mal una palabra en el cuaderno se había ido y su lugar lo ocupaba ahora una persona nueva que tenía alguien a quien cuidar y proteger. Una mujer con una vida propia que aprender a vivir.

Besó a su hija en la frente y después hizo lo mismo con el niño. El bebé emitió un ligero borboteo de placer. Después, y por evitar echarse también él a llorar, ayudó al cochero a subir al techo del carruaje el equipaje de Carmenchu. El único, ya que habían alquilado la diligencia para que madre e hijo fuesen cómodos.

—Acuérdate de escribir. Todos los meses, nada de dejarlo para el siguiente —le recordó Carmen cuando su hija ya estaba a bordo del carruaje.

Carmenchu asintió, tratando de disimular las lágrimas que, ahora sí, corrían por sus mejillas sin control mientras agitaba la mano para despedirse.

Unos segundos después, el carruaje enfilaba la calle y se alejaba de la plaza.

Ángel abrazó a su mujer, que seguía llorando desconsolada mientras el vehículo se perdía en la distancia.

—¿Le habéis dicho que han encontrado al chico de Víctor en el río? —intervino Marcos.

Tras la desaparición de su hijo, el alcalde había removido Roma con Santiago para encontrarlo. Solo dos días antes, el cuerpo sin vida de Alejandro Arriola había sido encontrado a tres leguas río abajo. Por primera vez en su vida, Víctor Arriola había perdido algo que no podía reponer con dinero. Por irónico que pudiese resultar, la muerte del primogénito unió al político y a Mariola de nuevo.

Carmen negó con la cabeza.

—Bastantes cosas tiene Carmenchu en la cabeza para preocuparse también por eso. Tiene un hijo que la necesita. Se lo diré yo cuando vaya a verla en primavera. No pienso estar seis meses sin ver a mi nieto —sentenció.

Los cuatro echaron a andar calle abajo.

Haro era un borrón neblinoso en la distancia y Carmenchu fue consciente por primera vez del paso que estaba dando. Se echó a llorar con desconsuelo. Aunque durante la despedida con su familia había aguantado el tipo, ahora todos los miedos y dudas se le echaban encima como avispa furiosa. Iba a empezar una nueva vida en Bilbao. Una vida llena de incertidumbres y temor. El valor que le infundía la ilusión de un comienzo desde cero se desvanecía con rapidez a medida que sentía el peso de su decisión sobre los hombros.

Sentía ganas de gritar al cochero que se detuviese y diese media vuelta.

El llanto de Antonio interrumpió sus pensamientos. El niño se revolvió inquieto y lanzó primero un lastimero sollozo que se convirtió después en llanto. Carmenchu olvidó al instante sus preocupaciones, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y lo tomó en brazos.

—¡Ea, ea! Duérmete, pequeño —trató de calmarlo tras darle el pecho.

Tras varios intentos, las palabras de Carmenchu surtieron efecto y al poco el niño se quedó tranquilo en sus brazos. Minutos después dormitaba en calma apoyando su cabecita en el pecho de su madre.

Por miedo a despertarlo, Carmenchu resolvió retrasar el momento de devolver al pequeño a su cuna. Hacía frío dentro del carruaje, así que se puso por encima de los hombros un chal de punto con el que también arropó al bebé.

Miró a su hijo y de improviso el miedo se fue. Sintió que, aunque Alejandro no estuviese con ella, aunque nadie lo estuviese nunca, aquella criatura la completaba. Era todo cuanto necesitaba en su futuro. Una nueva vida los aguardaba a los dos. Llena de dudas, pero también de esperanzas e ilusiones.

—Ahora tú eres todo lo que tengo. Y a veces los dos tendremos miedo, y nos equivocaremos, y lloraremos como tú lo has hecho ahora. Pero una cosa te prometo: todo saldrá bien —dijo, mirando a Antonio con ternura.

Le dio un beso en la frente y el pequeño emitió un suave murmullo de satisfacción.

Fuera, el paisaje desfilaba veloz mientras el pueblo de Haro iba quedando atrás, en la distancia.

## Epílogo

### *Julio de 1905*

#### I

Ángel se incorporó en la cama con la lentitud que da la edad. Se quedó un buen rato sentado en silencio. Dentro de la habitación se filtraba el calor de la tarde estival a pesar de las contraventanas cerradas, y olía a los medicamentos de Carmen. Mientras se frotaba la cara para despejarse, la débil voz de su mujer lo llamó.

—¿Te he despertado? —dijo. Se inclinó para besarla.

—Como has hecho todas las madrugadas desde que nos casamos.

El hilo de voz de Carmen se quebró en una risita que se convirtió en una tos.

Desde que enfermara hacia siete meses, el estado de la mujer había ido debilitándose a ojos vista. Ahora, apenas era capaz de salir de la cama y cada día que pasaba era peor. Por no echarse a llorar, Ángel apartó la cara y se encaminó en dirección a la palangana en la que vertió agua con la que se lavó con ímpetu.

Ángel estaba seguro de que las pocas fuerzas que le quedaban a su mujer eran fruto de la ilusión de ver a su familia reunida bajo un mismo techo después de tantos años.

—¿Vas a ir? —Escuchó a Carmen decir desde la cama cuando abría la puerta del armario.

Ángel asintió.

—Claro que voy a ir. ¿Tú no tienes ganas de saber qué quiere después de tantos años?

—Pues ponte el traje de tres piezas gris. Que vea que has prosperado tanto o más que él.

El hombre sonrió sin ganas y obedeció. ¿Qué habría sido de él todos aquellos años? Todo el mundo hablaba del genial bodeguero que había levantado un negocio de la nada, pero sin Carmen no era capaz ni de recordar que tenía que cambiarse de muda cada mañana.

Se acercó y la besó mientras le tomaba la mano con cariño. A Carmen aquellas pocas frases parecían haberle costado las pocas fuerzas que le quedaban y volvía a dormir.

Estaba a punto de salir de la habitación cuando Carmen volvió a regresar de aquel duermevela en el que vivía últimamente y lo miró con fijeza.

—Te quise desde el primer momento en que te vi en el paseo de la fuente —le dijo de sopetón. Después volvió a sumirse en un sueño placido. Tan en calma que no parecía que instantes antes había estado consciente.

—Yo también a ti —susurró el hombre con un hilo de voz.

Ángel se frotó las lágrimas y salió de la habitación intentando no despertarla. Antes de cruzar

la puerta volvió a mirarla una vez más. Últimamente la miraba dos veces antes de salir.

Cruzo el caserón en silencio y se plantó frente al balcón de la sala que se abría a los viñedos. Al otro lado del cristal, hectáreas de vides se agolpaban bajo el sol del verano hasta donde la vista abarcaba. Y todos y cada uno de ellos eran suyos, aunque el rumbo de Bodegas y Viñedos Bretol, Egea y Zaldierna estuviera desde hacía cuatro años en manos de su nieto, Antonio. Desde que cumpliera la mayoría de edad, el chico había estado ligado a la bodega familiar en puestos cada vez de mayor peso, y bajo su mando había seguido prosperando. Se notaba que por sus venas corría la sangre de Ángel y de Víctor. Sangre de bodegueros.

—¿Dónde vas tan elegante? —Escuchó a su espalda.

Marcos Egea lo miraba sonriente desde el umbral.

—Tengo una cita —repuso Ángel misterioso.

Marcos se limitó a sonreír y Ángel se percató de lo mayor que su cuñado era también. Los pliegues y arrugas poblaban su rostro.

Lo que no perdía era el aire elegante y refinado que había adquirido con los años. Cualquiera hubiese dicho que había nacido rico y que su inmensa fortuna no era fruto del esfuerzo y el duro trabajo. Claro que emparentar con su patrón en los Estados Unidos, Gustav Antov, había ayudado un poco a hacerle un hombre muy rico.

—¿Cómo está? —preguntó Marcos, señalando con la barbilla la habitación donde descansaba Carmen.

—Igual. O un poco peor.

—Al menos no está triste. Ayer me contaba entre risas que tenía una compañera de trabajo que por lo visto estaba loquita por mí.

—Eso es porque sabe que os tiene a todos aquí una última vez —dijo Ángel. Apoyó sus manos en el brazo de su cuñado. Aquel gesto era su forma de agradecerle que hubiese recorrido medio mundo para ver a su hermana por última vez.

Después salió del salón y bajó las escaleras asiéndose de la barandilla.

Nada más salir a la calle se tropezó con Carmenchu. Su hija había enviudado hacía tan solo dos años del marido con quien se había casado en Bilbao. Un boticario cuyo único vicio había sido tomarse un vaso de vino en las comidas y que, sin embargo, se había ido demasiado joven. Un buen hombre que le había dado una buena vida a ella y a Antonio durante todos aquellos años.

—¿A qué viene tanta elegancia? —dijo Carmenchu con un tonillo de retintín en su voz.

—¿Es que a todos os va a extrañar verme así? —Gruño el hombre con cierto enfado.

Carmenchu lo miró de arriba abajo. Sonrió, pero se abstuvo de decir nada. Sobraban dedos en una mano para contar las veces que había visto a su padre de traje. Mostró las palmas para dejar claras sus nulas intenciones de discutir.

—Es solo que me sorprende, padre. Ni cuando Bretol, Egea y Zaldierna ganó la medalla de oro de la Exposición Vinícola de Bayona en 1887 se vistió usted tan acicalado. Me acuerdo de la pelea que tuvo Gustave con usted para convencerle de que no subiera a recoger el premio con alpargatas.

Ángel esbozó una mueca de dolor. El recuerdo de Gustave Bretol, muerto hacía diez años, seguía estando muy presente. Su amigo se había ido sin ver cómo sus vinos seguían obteniendo numerosos premios en diversas exposiciones y concursos en todo el mundo.

Iba a replicar algo, pero lo pensó mejor. Su hija llevaba toda la razón. Dios sabía que se

sentía más cómodo con un traje de trabajo y las alpargatas que emperifollado de aquel modo.

—He quedado con alguien, y, además, ha sido tu madre la que me ha pedido que me vistiera así —se limitó a decir mientras echaba a andar.

La mujer sonrió con afecto mientras lo vio alejarse. Hasta regresar a Haro para cuidar de su madre no había sido consciente del gran amor que sus padres se tenían.

Justo al llegar a la cuadra Ángel vio en las cercanías al miembro más joven de la familia: Mercedes Zaldierna, su primera biznieta. Hija de Antonio y de su mujer, Teresa, era una preciosa niña rechoncha de risa fácil y con los mismos ojos verdes que Carmen. A pesar de que solo tenía cuatro años, verla a ella era ver a su mujer en cada gesto, en cada rasgo de la cara, en cada mueca. La pequeña estaba jugando con su madre a la gallinita ciega, a la sombra de un castaño donde se refugiaban del calor del verano. Nada más ver a su bisabuelo echó a correr y se abrazó a las piernas de Ángel.

—Ten cuidado no vayas a tirar al bisabuelo al suelo —le riñó su madre.

Ángel restó importancia a la acción de la niña con un ademán de muñeca, aunque lo cierto es que sus rodillas no eran las que solían ser. Abrazó a la pequeña y la besó en la frente. Sentía verdadera pasión por aquella niña y sabía que a Carmen le ocurría otro tanto.

—¿Hoy no hay siesta? —preguntó Ángel en tono de queja.

Fue la madre de la niña la que respondió:

—Para variar no quiere dormirse ni un ratito.

Ángel sonrió. Teresa era una buena mujer, la mejor esposa que Antonio podía haber elegido.

De improviso, Mercedes se apartó de las piernas de su bisabuelo y se lo quedó mirando con gesto reconcentrado.

—¿Por qué vas vestido tan elegante? —inquirió la niña.

—Porque tengo una cita.

—¿Con un amigo?

Ángel negó con la cabeza.

—No, cariño. Tengo una cita con un viejo enemigo.

## II

Ángel llegó antes de la hora. Se sacudió el traje y echó a andar hacia el interior del viñedo. El coche simón en el que había ido se fue alejando hasta que se perdió tras un recodo. La sequía propia del verano convertía los senderos y caminos en verdaderos secarrales y las ruedas dejaban tras de sí una abundante polvareda rojiza.

En la distancia, Haro era una mancha borrosa en la canícula del estío. Ángel estudió la vista durante unos segundos y pensó en todo lo que había sucedido en aquel remoto rincón del mundo en tan solo unas décadas.

El vino había colocado al pequeño pueblo en el mapa. Había sido uno de los primeros lugares de España en tener luz eléctrica, poseía una estación enológica, primera en el país y envidia de



otras regiones vinícolas, e incluso el Banco de España había instalado una sede, dada la cantidad de dinero que generaba el negocio del vino.

La región había visto en las últimas décadas cómo las bodegas se multiplicaban a lo largo de su geografía. Numerosos inversores, sobre todo vizcaínos, ponían sus ojos en los viñedos y esto generaba una actividad económica de primer orden. La provincia vivió en las últimas décadas del siglo pasado una auténtica fiebre por el vino que hizo que poco a poco la elaboración artesanal fuera siendo sustituida por una industria pujante y en alza.

Los caldos riojanos no tenían ya nada que envidiar a los franceses, si acaso les debían gratitud. Habían sido los franceses los que trajeron sus técnicas de elaboración y ayudado a poner la incipiente industria del vino en La Rioja en marcha. A título personal, podía sentirse muy orgulloso de haber sido testigo y protagonista de aquel milagro. Bodegas y Viñedos Bretol, Egea y Zaldierna destacaba con luz propia. Junto a cientos de hombres que se habían dejado la piel en conseguir colocar los vinos riojanos entre los mejores del mundo.

De todos modos, no todo eran éxitos. La filoxera, el insecto que durante los peores años respetara las vides riojanas, hizo acto de presencia en la región en 1899. De nada había servido la comisión contra la plaga que desde hacía años luchaba por impedir que esta llegara a La Rioja. Ahora la región entera estaba afectada por la terrible enfermedad y para paliar sus efectos había sido necesario replantar casi todas las cepas existentes. A pesar del mazazo, Ángel era optimista. Trabajar el campo consistía en eso, en levantarse una y otra vez cuando el clima o el condenado mercado no eran favorables. En luchar contra viento y marea para lograr que la tierra diese sus frutos.

Se detuvo en medio del viñedo. Como tantos viejos, se había dejado llevar por aquella marea de recuerdos. Consultó su reloj, era el mismo que el servicio del palacete de los Arriola le había regalado a Carmen muchos años atrás.

Víctor se retrasaba.

Alzó la vista y a lo lejos vio una nube de polvo que anunciaba la llegada de su rival.

### III

Víctor Arriola apagó el motor de su Benz. El automóvil era un invento que aún no se dejaba ver demasiado, por lo que no era infrecuente que los campesinos levantasen la cabeza asustados al escuchar el estruendo de su potente motor patentado en Alemania.

Bajó del coche y ordenó al chófer que lo esperara. Miró a su alrededor con semblante firme. En ese momento lo asaltó una fuerte tos y hubo de llevarse un pañuelo a la boca. Una vez repuesto se encaminó en dirección al viñedo.

A su encuentro salió un expectante Ángel. La cita le resultaba tan extraña como la nota que había llegado una semana antes a su casa para concretarla. La curiosidad por saber qué quería Víctor lo había impulsado a aceptar.

Se plantaron uno frente al otro y se observaron en detalle y sin pronunciar palabra. Lo que los

dos pudieron constatar era que el tiempo pasaba para ambos.

—Hola, Ángel.

—Hola, Víctor.

Después de décadas sin hablarse, nadie habría adivinado que aquellas simples palabras serían las primeras que se dirigirían.

—Siento lo de tu madre.

Víctor agradeció el gesto de su rival con un ligero movimiento de cabeza.

—Era ya muy mayor —dijo, dando por zanjado el tema.

Doña Inés había muerto el invierno pasado con ciento dos años. Sus restos descansaban en un cementerio de su amado Bilbao, como era su deseo.

Los dos hombres echaron a andar. A Ángel le pareció que Víctor cojeaba menos que de costumbre. Su andar trastabillado gracias a la pierna ortopédica era una marca de su identidad, ahora daba la impresión de que arrastraba menos la pierna. Los tiempos estaban trayendo mejoras a todos los campos, incluido el de la protésica. Además, desde que había dejado oficialmente la política se lo veía más relajado. No obstante, un nuevo ataque de tos más fuerte que el anterior le asaltó.

—¿Estás bien? ¿Quieres que descansemos? —ofreció Ángel.

Arriola negó con un ademán mientras se limpiaba con el pañuelo. Ángel observó que había trazas de sangre en la tela. No dijo nada.

El calor apretaba con fuerza y ambos hombres habían tenido la misma idea. Ambos iban vestidos de punta en blanco, con traje, chaqueta y sombrero. Los dos querían impresionar al otro con su vestimenta.

—Tú no querrás descansar, pero yo estoy muerto de calor —exclamó Ángel desabrochándose los botones del cuello.

Se pusieron bajo la agradable sombra de un alcornoque que crecía a la vera del camino.

Ángel se quitó la chaqueta y el chaleco. Respiró hondamente de puro alivio al verse libre de las prendas. Tras meditar sus palabras unos segundos decidió decir lo que desde hacía rato le bullía en la cabeza.

—Os vi aquella noche —dijo de modo críptico.

Víctor lo miró receloso, sin alcanzar a comprender lo que su enemigo insinuaba.

—La noche en que tu padre desapareció. Os vi a ti y a tu madre en la bodega. Yo también estaba en *lo hondo*. —El antiguo político se irguió tieso como un palo. Un gesto de Ángel lo invitó a relajarse—. ¿A quién puede importar eso ya? —dijo, alzando los hombros.

Víctor relajó su semblante. Los dos se quedaron en silencio largos instantes. En la distancia se oía cantar a las cigarras, su canto monótono se extendía por los campos como una letanía estival.

—¿Por qué estamos aquí, Víctor? ¿Por qué me has citado para hablar después de tantos años?

El otro lo miró como si no hubiese entendido la pregunta. Se quedó con los ojos fijos en su rival. Al final, también él se desabotonó el cuello de la almidonada camisa y arrancó a hablar.

—Llevamos demasiados años enemistados y nos hacemos viejos, o mejor dicho ya nos hemos hecho viejos. La vida pasa y a veces me pregunto qué quedará de mí cuando muera. —Víctor hizo una pausa. Daba la impresión de que pronunciar aquellas palabras le costaba un esfuerzo tremendo. Tras unos segundos, continuó hablando en una voz tan baja que casi era un susurro—: El tiempo no se detiene por nadie. Esa maldita mansión es demasiado grande y yo estoy solo. Solo y

enfermo, como habrás podido ver. Primero Alejandro y después Mariola. No me queda nadie.

—¿Y qué sugieres? ¿Que seamos amigos? ¿Que hagamos como si nada hubiese pasado entre nosotros? —espetó con sarcasmo Ángel.

—Los dos estamos en el final de nuestras vidas. Es hora de que dejemos la lucha para otros. Tú has dejado los negocios en manos de tu heredero. Yo ni siquiera puedo hacer eso.

Por primera vez en toda su vida, Ángel sintió pena por su eterno enemigo. Después de tantos años de rencillas y odio. De buscarle las cosquillas al otro bajando el precio o quitándose clientes y proveedores, después de tantas y tantas peleas, Víctor se mostraba ante él como lo que era. Un viejo solitario que solo tenía los recuerdos para aferrarse a la vida. Y lo peor era que él se sentía igual de cansado y viejo. Era como si estuviera frente a un espejo.

Víctor leyó la pena que despertaba en los ojos de su enemigo. Carraspeó y alzó la barbilla para mostrar que no estaba suplicando por nada.

—Tengo ofertas de sobra para vender mis negocios por una suma enorme, como podrás entender. Pero lo que te ofrezco es un acuerdo comercial. Tu bodega y la mía tienen alguien común que podría heredarlo todo. Alguien a quien yo estaría dispuesto a nombrar heredera.

¿Heredera? Ángel abrió sus ojos de par en par. ¿Se estaba refiriendo Víctor a su biznieta común?

—¿Estás diciendo que quieres hacer heredera de toda tu fortuna a Mercedes? —inquirió.

Víctor asintió a la par que se desprendía de la chaqueta y se desabotonaba el chaleco. En mangas de camisa dio unos pasos en dirección al formidable alcornoque bajo el que se cobijaban y se apoyó en su tronco. Ángel receló de la postura aparentemente relajada del político.

—¿Por qué?

Víctor se tomó unos segundos para responder.

—Estoy cansado. Muy cansado. Y no sé cuánto tiempo me queda. Solo aspiro a que después de que me vaya quede algo en este mundo que trascienda a mi vida.

Como si su enfermedad viniera a darle la razón, un nuevo ataque de tos lo obligó a detener sus palabras. Tosió varias veces hasta que pudo recuperarse.

Ángel se acercó a él y también se apoyó en el tronco del árbol, en la parte opuesta a la de Víctor. Viéndolos así, su estampa era dos caras de una misma moneda.

—Pero ¿por qué ella? ¿Por qué no su padre? Antonio también es tu nieto.

—Era mi primera elección, al fin y al cabo, entiende del negocio. No hay más que ver lo que ha logrado con tu bodega y, además es un hombre y si alguien debería heredar es él, pero no soy tonto. Sé de sobra que mi nieto me aborrece y no le culpo por ello. Al menos con la niña me aseguro de que no rechazará mi oferta.

Ángel rumió unos instantes en silencio aquellas palabras. Finalmente se giró y miró con fijeza a quien había sido su enemigo tantos años.

—¿Y qué quieres a cambio de hacer heredera a Mercedes?

Víctor sonrió de medio lado. Los dos hombres se conocían tan bien que adivinaban los pensamientos del otro.

—Nada.

Ángel se quedó unos instantes en silencio, después torció el gesto. No se fiaba de Víctor.

—No hay nada oculto. Lo juro. Lo único que quiero es que el apellido de mi familia perdure. Si no queda otra, que vaya junto al tuyo y al de tus socios. Arriola, Bretol, Egea y Zaldierna.

—Bretol, Egea, Zaldierna y Arriola —corrigió Ángel.

Víctor soltó un leve gruñido, pero acabó por aceptar. Tras un inicial titubeo, ambos hombres sellaron el acuerdo con un apretón de manos; un gesto que de haber sido realizado en público habría hecho correr ríos de tinta en toda la comarca. La enemistad entre los Arriola y los Zaldierna era legendaria.

—Daré orden a mis abogados para que preparen todo —sentenció Víctor.

Se sacudió una imaginaria mancha en la camisa y dio por zanjada la reunión.

—¿Querrás verla? —preguntó Ángel mientras Víctor volvía a colocarse la ropa.

—¿A quién?

—A Mercedes. A nuestra biznieta.

Víctor se quedó meditando su respuesta unos instantes. Negó con la cabeza. Se despidió con una leve inclinación de respeto a la que su interlocutor respondió de igual modo y echó a andar sin añadir nada más ni mirar atrás.

Subió al automóvil y al poco se perdió en la distancia.

Ángel lo vio alejarse. También él regresó al camino para esperar la llegada del coche simón. Fue la última vez que lo vio con vida.

Víctor Arriola murió dos meses después. Tras haber redactado un nuevo testamento en el que legaba todo cuanto poseía a Mercedes Zaldierna, quien se convirtió a su mayoría de edad en una de las mujeres más ricas del país.

Ajeno a los cambios y al tiempo mismo, en lo más profundo de las bodegas que horadaban la roca, en la quietud de la oscuridad, los procesos químicos que realizaban el milagro de convertir las uvas en vino seguían adelante. La alquimia que producía aquel prodigio no se detenía por nadie.

El silencio de la piedra guardaba el secreto por el cual la sangre de la tierra se transformaba en magia.

## Agradecimientos

**S**iempre he querido escribir una historia que tuviese como escenario mi tierra. Que contase el apasionante relato de los hombres y mujeres que extraen sus frutos y los convierten en los preciados caldos riojanos que el mundo conoce y admira. Una historia del orgullo que sienten por sus productos y de su constante lucha contra los elementos y las adversidades. Durante años maduré la idea, pero nunca acometí la labor.

Tras ganar el Premio Círculo de Lectores con mi primera novela (*El diablo en Florencia*), encontré la confianza y valor necesarios para atreverme a ello y sentí que era el momento. Sin embargo, tras concluir sus primeras 300 páginas constaté que, en esa incesante carrera que todo escritor tan bien conoce entre lo que imagina y lo que sus dedos teclean, no lograba alcanzar lo que perseguía. Faltaba algo que no era capaz de ver... hasta que caí en mi error. En un lugar donde la tierra lo es todo, la tierra no podía ser un mero escenario. No. El *terruño* tenía que ser un personaje más del libro. Reescribí la novela entera de nuevo, y tras varias versiones más e infinitas correcciones, creo que conseguí mi objetivo: que La Rioja sea un personaje más de la novela que tienes en las manos como lo son Carmen, Víctor, Ángel o el resto de los protagonistas. Si así lo has sentido mientras lees sus páginas podré darme por satisfecho.

Quiero dar las gracias a mis padres, Eufemia y Óscar, de cuyas vidas he tomado mucho prestado para crear a Carmen y Ángel. Escribir es un proceso extraño mediante el que algo que está en tu cabeza pasa a las de los demás. Por el camino hay meses de teclear como un poseso y dejarte las pestañas en un monitor. Sin la ética del trabajo que me inculcaron, esta novela se habría quedado por el camino.

Gracias también a mi hermana Montserrat, sin cuyas aportaciones esta novela no sería lo que es. Te debo una.

Gracias también a Delia, que se cuenta entre las primeras personas que pusieron los ojos en esta historia. Que la vida que llevas dentro te siga dando lágrimas de alegría.

A Cristina, mi todo, que me dio el impulso necesario para acometer este libro y que me recordó que tenía un cuento sobre el vino archivado en el cajón de las historias posibles. Sin ella se habría quedado eternamente allí.

A mi agente, Silvia Bastos y a su gente, que creyeron en esta novela desde el principio y se han dejado la piel para que llegue a las librerías.

A Carmen y Berenice de la Esfera de los Libros, y al resto de la gente que trabaja en la editorial. Un escritor solo puede desear trabajar con gente que ame los libros tanto como él.

He tratado de plasmar como mejor he sabido la historia de las gentes que hicieron crecer la industria vitivinícola en La Rioja y con ello colocarla en el mapa del mundo, y rendir homenaje a una región que amo profundamente. Solo espero haber estado a la altura de tanta labor y si te ha picado el gusanillo por conocer esta tierra, lector, ven. Puedo asegurarte que las intrigas que pueblan estas páginas son fruto de la imaginación del autor y que solo encontrarás gente orgullosa de su trabajo y serás bien recibido.

No quiero acabar sin apuntar algo que afecta al mundo del vino directamente y que considero uno de los mayores problemas de nuestra época. Las regiones vinícolas, de las que en España podemos decir con orgullo que son muchas y de calidad, son especialmente sensibles al cambio climático. Es una amenaza que estamos a tiempo de revertir. Cuidemos el planeta, es el único lugar del universo en el que sabemos se elabora vino y se brinda con él para celebrar la amistad.

Facebook: *Óscar Soto Colas*

Twitter: *@oscarsotocls*



ÓSCAR SOTO COLÁS (Villamediana de Iregua, La Rioja, 1973). Apasionado de la música, desde adolescente ha militado en varias bandas de *rock*, para cambiar la guitarra por la pluma años más tarde. Lector voraz de casi cualquier género, comenzó escribiendo relatos cortos sin más afán que el de contar historias.

En 2017 ganó el Premio Círculo de Lectores de Novela con *El Diablo en Florencia*, libro del que se enamoraron más de veinte mil lectores.

Ha sido traductor de inglés y articulista en diversas páginas de ciencia, videojuegos y tecnología. En la actualidad estudia Historia del Arte y vive en Logroño, donde es presidente y fundador de la Asociación Riojana de Escritores.